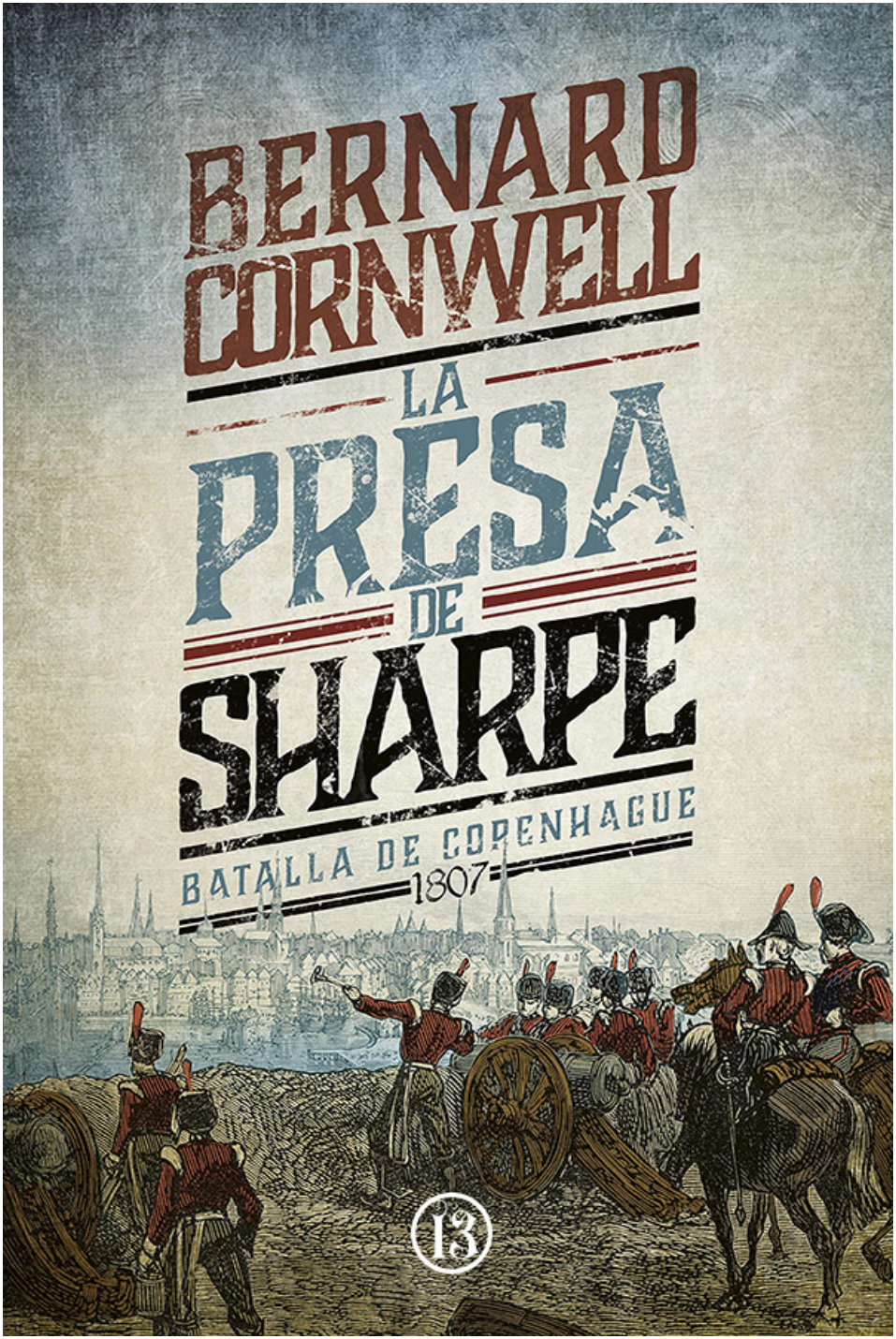
BERNARD CORNWELL

LA PRESA DE SHARPE

BATALLA DE COPENHAGUE
1807



13

El teniente de fusileros Richard Sharpe vive un momento complicado: su amada, *lady* Grace Hale, ha muerto al dar a luz, los abogados se han quedado todas sus riquezas y, por si fuera poco, en su compañía ha quedado relegado al servil trabajo de intendente. Se está planteando incluso dejar el ejército cuando, por un encuentro casual, el mayor David Baird le asigna una misión secreta en Copenhague. Dinamarca es neutral, pero tiene una flota poderosa, y Sharpe debe evitar que los daneses entreguen sus barcos de guerra a Napoleón, que busca reemplazo para los navíos que perdió en la batalla de Trafalgar. Arrastrado a una brutal guerra de espionaje, Sharpe descubre que no es más que un peón listo para ser sacrificado… Pero, a veces, los peones también pueden cambiar el destino del juego, y, una vez descubierto el traidor, decide poner sus propias normas y convertirse en el cazador de la partida en medio de una ciudad asediada por las tropas británicas.

Bernard Cornwell

La presa de Sharpe

Richard Sharpe y la expedición a Copenhague, 1807

Sharpe
5

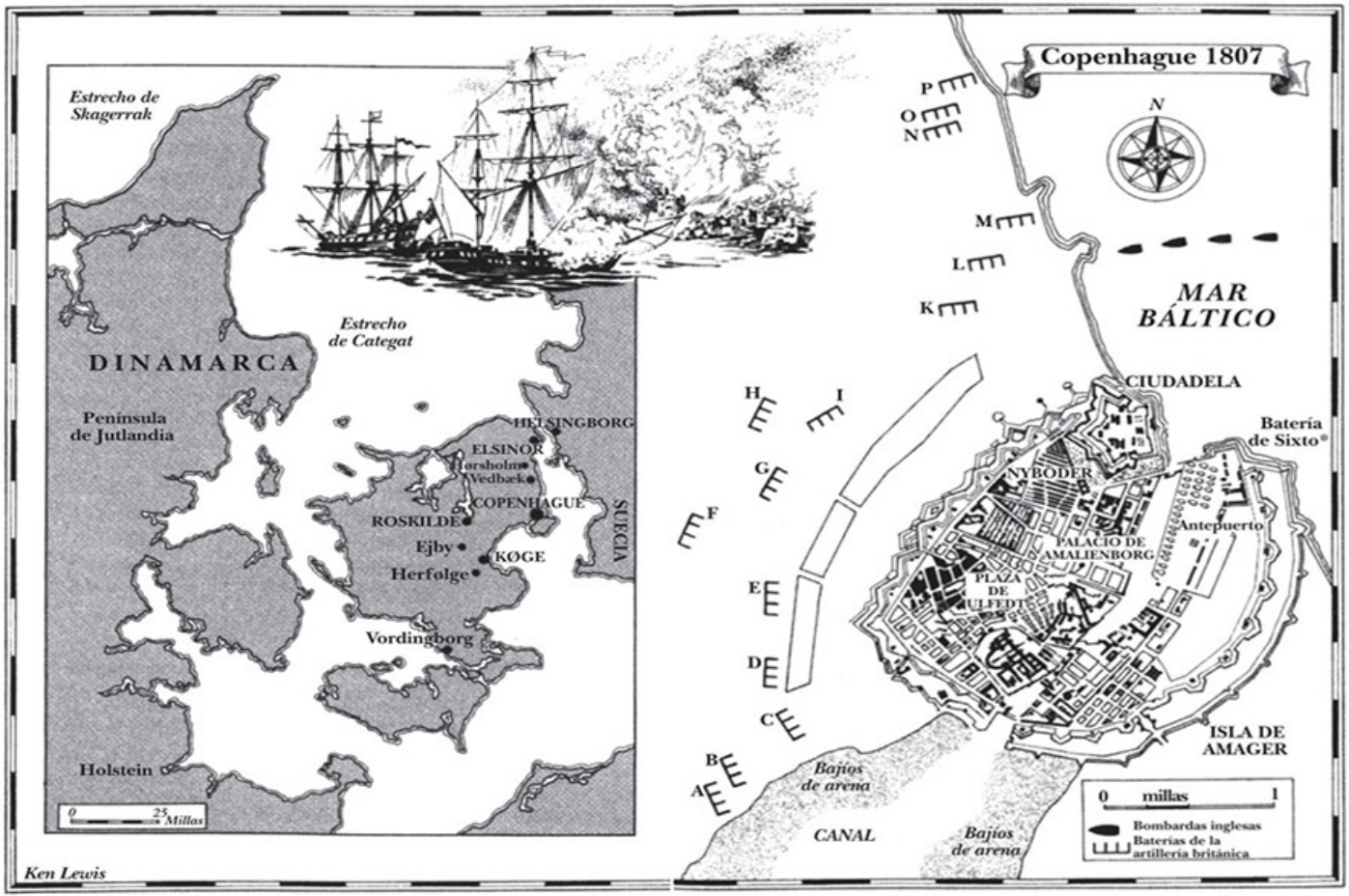
Título original: *Sharpe's Prey*
Bernard Cornwell, 2001
Traducción: Tomás Fernández Aúz, 2021

-

Revisión: 1.0

21/05/2023

La presa de Sharpe *es para*
Jarl, Gerda, Boy Christine.


Copenhague 1807
Estrecho de Skagerrak
Estrecho de Categat
DINAMARCA
Península de Jutlandia
HELSINGBORG
ELSINOR
Horsholm
Vedbæk
COPENHAGUE
ROSKILDE
Ejby
KØGE
Herfølge
Vordingborg
SUECIA
Holstein
0 25 Millas
Ken Lewis
P
O
N
M
L
K
MAR BÁLTICO
CIUDADELA
Batería de Sixto
NYBODER
Antepuerto
PALACIO DE AMALIENBORG
PLAZA DE ULFELDT
H
I
G
F
E
D
C
B
A
ISLA DE AMAGER
Bajíos de arena
CANAL
Bajíos de arena
0 millas 1
Bombardas inglesas
Baterías de la artillería británica

CAPÍTULO I

El capitán Henry Willsen, de la Media Compañía de Esbirros de Su Majestad británica, más formalmente conocido como el 50.° regimiento del Kent Occidental, bloqueó *in extremis* el sable de su oponente. Había armado atropelladamente el gesto. Al haber quedado muy baja, la mano izquierda había hecho que la hoja de su chafarote se elevara y adquiriera esa posición a la que los maestros de esgrima dan el nombre de *quarte base*, lo que explica que los espectadores avezados se percataran perfectamente de que la parada había sido bastante pobre. Un murmullo de asombro inquietó el aire, porque Willsen era bueno con la espada. Muy bueno. Había estado atacando, pero ahora se veía a las claras que no había acertado a prever con suficiente rapidez la contra de su espigado adversario y que no tenía más remedio que batirse desorganizadamente en retirada. El duelista de mayor estatura arreció en sus embestidas, barrió la cuarta baja y comenzó a batir el hierro de tal forma que Willsen se vio obligado a retroceder con tanta prisa que sus zapatillas rascaron el entarimado con un estridente chirrido entrecortado, pese a estar embadurnado a conciencia con jaboncillo de sastre. El propio grito del calzado sobre la madera deslizante era una confesión de pánico. El acero de los contendientes volvió a chocar con fuerza, el hombre alto dio un brusco paso adelante, haciendo relumbrar la hoja, que chillaba al extremo del brazo distendido al máximo, mientras Willsen, aparentemente desesperado, respondía a duras penas a aquel fraseo de armas, hasta que, de repente, con tan veloz aceleración que los

asistentes apenas pudieron seguir el raudo arco del estoque, se hizo a un lado y dirigió el filo a la mejilla del competidor. Parecía una respuesta floja, ya que había sido más un golpe de muñeca que un alcance a fondo, pero la fuerza y la sorpresa del tajo habían sido tales que el grandullón perdió el equilibrio. Se tambaleó, con la mano izquierda desmayada, y Willsen aprovechó la ocasión para tocarle el pecho suavemente con la punta del acero hasta hacerlo rodar por tierra.

—¡Basta! —aulló el capitán de armas.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó el caído antes de lanzar un golpe con la parte plana de la cuchilla a los tobillos de Willsen en un acceso de rabia. El triunfador frenó sin dificultad la finta ofensiva y se limitó a abandonar la sala.

—¡He dicho que ya está bien! —bramó de nuevo el aristócrata.

—¿Cómo demonios ha hecho eso, Willsen? —escupió lord Marsden mientras extraía la cabeza del casco de cuero acolchado de careta metálica que le había resguardado el rostro—. ¡Iba usted de culo y le tenía acorralado…!

Willsen, que había planeado toda la comedia tras realizar aquella *quarte basse* deliberadamente lacia, respondió con una muda inclinación y añadió con sorna:

—¿Será tal vez que solo me ha asistido la fortuna, señor mío…?

—Ahórrese la condescendencia, caballerete —soltó destempladamente lord Marsden mientras se incorporaba—. ¿Dónde ha estado el fallo?

—Se ha zafado muy lentamente de la sexta[1], señor.

—¡Vaya que sí…! —gruñó lord Marsden. Pese a ser un hombre orgulloso de su habilidad, tanto con el florete como con el sable, era muy consciente de que Willsen le había superado fácilmente al fingir el alocado gimoteo de quien retrocede. Su señoría miró con mala cara al rival, pero al darse cuenta de que se estaba mostrando grosero se rehízo, encajó el arma en hueco del sobaco y tendió la mano al ganador—. Es usted rápido, Willsen, jodidamente rápido…

El puñado de personas que asistían al choque aplaudieron aquella muestra de deportividad, haciendo resonar la atmósfera del

Salón de Armas de Horace Jackson, un recinto sito en la londinense calle Jermyn al que acostumbraban a acudir los hombres pudientes para instruirse en las artes del pugilismo, la esgrima y el tiro con pistola. Se trataba de un vestíbulo de techos altos con espeteras para espadas y sables por todo mobiliario y una fragante mezcla de tabaco y linimento flotando en el ambiente. La decoración se limitaba a unos cuantos carteles con la imagen de distintos mastines, caballos de carreras y boxeadores profesionales. Las únicas mujeres de la sala eran las encargadas de servir bebidas y refrigerios a los parroquianos, o las que trabajaban en los cuartitos de la entreplanta asomada al vasto gimnasio, célebres por sus lechos blandos y sus elevados precios.

Willsen se quitó el protector y se pasó la mano por la larga cabellera rubia. Hizo una reverencia al vencido y llevó las dos armas a los colgadores alineados en uno de los costados del salón, donde le aguardaba un capitán alto, esbelto y extraordinariamente atractivo enfundado en la roja casaca de bocamangas azules del Primer Regimiento de Guardias de Infantería. Al ver que el espadachín se le aproximaba, el uniformado, al que Willsen desconocía, arrojó lejos de sí un cigarro puro a medio fumar.

—Le ha hecho picar el anzuelo —dijo con una amplia sonrisa el militar.

Al escuchar la impertinencia del extraño, Willsen frunció el ceño, pero se contuvo y consiguió responder con cierta cortesía. A fin de cuentas, Willsen no era más que un empleado del Salón de Jackson, y el oficial de la Guardia debía de ser un hombre de peso, a juzgar por el elegante corte de su costosa guerrera y el tipo de pez gordo, además, al que suele corroer la impaciencia de medirse al famoso Henry Willsen.

—¿Engañado, dice? —preguntó el interpelado—. ¿Y cómo?

—La cuarta baja —contestó el infante— la ha hecho mal aposta, ¿o me equivoco?

Willsen quedó impresionado al constatar la agudeza del individuo, pero se cuidó muy mucho de dejarlo traslucir.

—Ha podido ser simple cosa de suerte, ¿no le parece? —sugirió

repitiendo su anterior argumento.

Trataba de mostrar una mínima modestia, ya que llevaba fama de ser el mejor espadachín de la Media Compañía de Esbirros de Su Majestad, incluso el más hábil del ejército y hasta campeón tal vez del país entero. Sin embargo, él se empeñaba en restar importancia a su destreza, tal y como hacía, por otra parte, cuando le atribuían el mérito de ser el mejor tirador de pistola del condado de Kent, afirmación que recibía siempre encogiéndose de hombros. Como gustaba de reiterar él mismo, un soldado ha de dominar las armas, pues son su herramienta de trabajo, y por ello mismo practicaba sin cesar, rogando al cielo que llegara el día en que su pericia se revelara útil y le permitiera servir debidamente a su patria. Entretanto, se ganaba a pulso la paga de capitán, que, no obstante, al no dar de sí lo suficiente para procurar manutención a su esposa e hijo y costear su propio sustento en la cantina de oficiales, le obligaba a enseñar esgrima y tiro en el mencionado Salón de Armas de Horace Jackson. Este último —un viejo púgil con la cara destrozada— quería que Willsen abandonara la tropa y pasara a engrosar a tiempo completo la nómina del local (aunque con muy poco éxito, puesto que a su pupilo le gustaba la vida cuartelera). Mientras permaneciera en filas tendría un puesto en la sociedad británica. Puede que no fuese en un escalón muy alto, pero sí honroso.

—La suerte no existe —replicó el guardia, aunque en esta ocasión optó por expresarse en danés—; no en el combate, al menos.

Willsen ya se iba, pero el cambio de idioma le hizo dar media vuelta y observar con más atención la dorada melena del capitán de la Guardia. En su primer vistazo, teñido de rutinaria indiferencia, le había parecido uno de esos jovencitos mimados por la vida, pero ahora, fijándose mejor, comprendió que su colega debía de sobrepasar ligeramente la treintena y que cultivaba adrede esa actitud descarada y temeraria del hombre consciente de su bizarría. Hete aquí un individuo capaz de sentirse a sus anchas en un palacio o en una riña a puñetazos. Desde luego tenía una planta formidable; la de alguien particularmente importante para Willsen, dicho sea de paso, razón por la que este le dedicó ahora un discreto y cortés

saludo.

—Usted debe de ser, señor —comenzó a decir respetuosamente —, el honorable comandante John Lavisser, ¿no es cierto?

—Capitán Lavisser —abrevió el aludido, que no deseaba alardear de su segundo título de mando. Los miembros de la Guardia de Infantería asignan un doble rango a sus jefes: el inferior indica las responsabilidades que les incumben en el regimiento, y el superior marca la convicción de que todo oficial de ese cuerpo es un ser de altos vuelos, sobre todo en comparación con un pobre esgrimista de los Cincuenta Esbirros de Su Majestad—. Soy el capitán Lavisser —recalcó el distinguido estratega—, pero, por favor, llámeme simplemente John. —De su boca seguían saliendo palabras danesas.

—Según lo previsto no debíamos vernos hasta el sábado, ¿me equivoco? —inquirió Willsen mientras se quitaba las chinelas de esgrima y se embutía las mosqueteras.

—Vamos a ser compañeros de armas durante una temporada —sostuvo Lavisser haciendo caso omiso de la hostilidad de su interlocutor—, así que me parece que será mejor que nos llevemos bien. Además, ¿no le han despertado curiosidad las órdenes que nos han dado?

—Las que yo tengo se limitan a escoltarle hasta Copenhague y en traerle de vuelta sano y salvo —repuso Willsen fríamente al tiempo que se colocaba el sobretodo encarnado—. La lana del capote aparecía descolorida, y el negro de los puños y el cuello estaba igualmente deslucido. El duelista se ciñó la espada, que apenas le había costado siete guineas, incómodamente consciente del valioso acero que colgaba del tahalí de Lavisser. Hacía ya mucho tiempo que había aprendido a doblegar el borbotón de envidia que afloraba en su ánimo ante las injustas desigualdades de la vida, pese a que no lograra sustraerse por entero a su influjo. Sabía muy bien que su capitanía del Medio Centón de Esbirros de la Corona le reportaba mil quinientas libras anuales, y que eso era exactamente lo que costaba adquirir el simple grado de teniente de la Guardia de Infantería. Pero qué se le iba a hacer… Sus padres —una explosiva

mezcla de inglesa y danés— le habían enseñado a creer en Dios, a cumplir con su deber y a aceptar los designios del destino, y hete aquí que a este le entraba de pronto la ventolera de comisionarle para acompañar a un hombre que no solo estaba llamado a administrar un condado, sino que era miembro de la Guardia y hacía las veces de edecán, para más inri, del príncipe Federico, duque de York, segundo hijo de Jorge III y comandante en jefe del ejército británico.

—Pero ¿no ignorará la razón que nos lleva a Copenhague? —quiso saber Lavisser.

—Estoy seguro de que se me informará a su debido tiempo —respondió el interrogado sin abandonar su rígida gesticulación.

Una sonrisa transformó el taciturno semblante de Lavisser, haciéndole adquirir una suerte de embrujo resplandeciente.

—El momento propicio del que habla es este, Willsen —declaró el aristócrata—. Vamos, permítame al menos invitarle a cenar para que pueda revelarle los misterios de nuestra encomienda.

La verdad es que el capitán Willsen estaba muy intrigado. Llevaba doce años al servicio del ejército de Inglaterra y jamás había oído restallar la pólvora en una refriega militar. Siempre había anhelado distinguirse, y ahora, del modo más inopinado, el solo hecho de que se necesitara a un oficial de escolta para conducir hasta la capital danesa a un auxiliar del duque de York le ofrecía la ocasión de hacerlo. Eso era todo cuanto sabía, aunque su jefe directo ya le había dado a entender que su destreza con las armas ligeras podía constituir una inmensa ventaja. En un primer instante, Willsen se había visto atravesado por una punzada de inquietud, ya que temía verse envuelto en un combate contra los paisanos de su padre, pero, como le habían dado garantías de que en Copenhague el peligro vendría de los franceses, no de los daneses, esa seguridad le había permitido aceptar la responsabilidad que se le echaba sobre los hombros (y contribuido igualmente a excitar su curiosidad). Ahora Lavisser se prestaba a explicárselo todo, y Willsen, perfectamente consciente de haber Tacaneado en la cortesía, asintió con la cabeza.

—Desde luego —consintió—. Será un placer compartir mesa y

mantel con su señoría.

—Me llamo John —insistió Lavisser mientras precedía a Willsen por el tramo de escaleras que daba a la calle. El espadachín tenía la leve impresión de que les estaría aguardando un carruaje, pero resultó que su cicerone había venido a pie, pese a la fría llovizna que difuminaba el ambiente.

—Parece mentira que estemos en julio —gruñó el guardia.

—La cosecha se echará a perder —observó Willsen.

—Pienso que lo mejor será tomar un bocado en Almack's[2] —propuso Lavisser—. Y después podríamos echar una partidita de cartas, ¿no le parece?

—Yo no juego nunca —zanjó Willsen. Y, aunque hubiera tenido esa costumbre, estaba claro que no podría permitirse el lujo de cubrir las elevadísimas apuestas que menudeaban en Almack's.

—Sabia decisión —sentenció su compañero. Ambos habían vuelto a hablar en inglés—. Por otra parte, creo que le agradará cambiar impresiones con Hanssen antes de la cena.

—¿Hanssen?

—Es el primer secretario de la embajada danesa —precisó Lavisser, mientras examinaba minuciosamente a su interlocutor—. Quiero tener la completa seguridad de que nuestras actividades no van a causar ningún perjuicio a Dinamarca. Hanssen es un hombre íntegro y sus posiciones siempre me han parecido muy sensatas.

Willsen compartía el deseo de no irritar a los daneses, de modo que tendía a ver con buenos ojos la idea de pulsar la opinión de un alto funcionario de la legación, pero su innata tendencia a la cautela afloró al primer plano.

—¿Acaso nos disponemos a revelar nuestros objetivos al gobierno danés?

—Por supuesto que no; como es obvio, nuestro deber es justamente el contrario. —Lavisser interrumpió el paso y lanzó sobre Willsen los deslumbrantes destellos de su expresión más risueña—. Sir David ya me había advertido de que la visita a Dinamarca podría despertar en usted algún escrúpulo de conciencia. No se equivoca, ¿verdad? Créame, querido Willsen, yo abrigo las

mismas aprensiones. Los parientes de mi madre residen en ese país y no hay nada en este mundo (*nada*, entiéndame bien) que pudiera empujarme a ponerlos en peligro. —Tras una pausa, su voz siguió exhibiendo la misma firmeza, si acaso con un timbre de gravedad añadida—. Si no conseguimos estrecharlos lazos de amistad entre Dinamarca y Gran Bretaña, estimado Willsen, nuestro viaje será inútil; carecerá de todo sentido. Lo único que pretendo, en términos generales, es que Hanssen nos confirme que no hay motivos para la intranquilidad. Quiero conocer de primera mano cuál es la situación política que reina ahora mismo en Dinamarca. He de saber en qué se concretan las presiones que están ejerciendo los franceses, cuya actitud resulta realmente irritante. Para variar, me dirá usted… Y, por descontado, Hanssen querrá que se le informe de la finalidad de nuestra visita, pero solo le diremos que vamos a visitar a la familia. ¿Qué podría resultar más inocente?

El espigado guardia de Su Majestad sonrió y reemprendió la marcha. Restablecida la confianza, Willsen cruzó la calle a corta distancia. El barrendero encargado de salir al paso de las inmundicias que pudieran interceptar la marcha de los viandantes, un enclenque muchachito que exhibía una llaga abierta en mitad de la frente, se apresuró a hacer desaparecer una boñiga de caballo con la que Lavisser había entrado en rumbo de colisión. Con un golpe de pulgar, el guardia de infantería lanzó displicentemente una pieza de seis peniques al chaval y guio a Willsen hasta un callejón.

—Espero que no juzgue ofensivo que cursemos visita a Hanssen por la entrada de servicio… —señaló Lavisser—. Con la agitación que perturba ahora mismo el Báltico, puede estar absolutamente seguro de que los puñeteros gabachos tienen vigilada la puerta principal.

—¿Los franceses? ¿En Londres?

—Cuentan con agentes en todas partes —ratificó el de la guerrera encarnada—, incluso aquí. Pero no creo que hayan pensado en esta calleja…

El pasaje era lóbrego y mugriento. En su extremo había una verja entreabierta que daba a un angosto patío gélido y

entenebrecido, cuya triste negrura se veía aún más acentuada a causa de las densas nubes del cielo y de los claustrofóbicos muros del callizo. Montones de basura cubrían parcialmente los adoquines de la cerrada plazoleta, y un tipo alto y fornido, aparentemente atónito al ver que dos oficiales de uniforme escarlata invadían sus gusarapientos dominios, se afanaba en recogerla y cargarla en una carretilla. El hombre se hizo apresuradamente a un lado, se arrancó de un manotazo el sombrero andrajoso que le cubría y se atusó el flequillo para dejar paso a los dos oficiales ocupados en sortear cuidadosamente los cochambrosos escollos de la trasera.

—¿Se opondría usted a que buscáramos compañía femenina después del condumio? —se informó Lavisser.

—Soy un hombre casado, capitán —respondió severamente Willsen.

—Haga el favor de llamarme John, le digo.

El modesto militar se había sentido sumamente incómodo ante una invitación como aquella, pues presuponía una familiaridad que no tenían.

—No alargaré la noche más allá de la cena —precisó torpemente mientras esquivaba el carretón del pocero.

Una vez desenvainado el sable, no había prácticamente nadie en todo el ejército británico que pudiera rivalizar con Henry Willsen, y su pericia con el pistolete habría sido la envidia de cualquier duelista… Pero no pudo defenderse del ataque que se abatió sobre él tan pronto como hubo superado el volquete de las barreduras. El tipo alto pateó con formidable ímpetu las corvas de Willsen, y al caer este al suelo, el asaltante le hundió entre las costillas el acero tieso de un puñal. El agresor clavó la hoja hasta la guarda y la mantuvo firmemente hincada, sosteniendo todo el peso de Willsen, que de pronto comenzó a boquear mientras con la mano derecha buscaba a tientas el pomo de su económica espada. Consiguió empuñarla, pero sin fuerzas, y en ese momento el capitán Lavisser, que se había girado al sentir la embestida del corpulento emboscado y se limitaba a sonreír, frustró sin dificultad el desesperado intento de Willsen.

—No creo que sea esto lo que ahora necesita, Harry —susurró.

—Usted… —Willsen intentó articular palabra, pero la sangre le anegaba ya los pulmones. Empezó a dar signos de asfixia y abrió desmesuradamente los ojos mientras sacudía frenéticamente la cabeza.

—Le ofrezco mis más sinceras disculpas, querido Willsen —se ensañó Lavisser—, pero me temo que su presencia en Copenhague resultaría espantosamente incómoda.

El oficial de la Guardia dio un brusco paso atrás cuando el forzudo verdugo, que había estado sosteniendo en vilo a su víctima en la punta de la daga, extrajo de golpe la hoja. Willsen se desplomó, desmadejado, y el matarife, con un rápido brinco, se situó a su espalda y le cercenó de un limpio tajo la garganta. Tendido sobre el sucio pavimento, el desdichado esgrimista emitió un gorgoteo ininteligible, recorrido por violentas convulsiones.

—Buen trabajo —dijo con cálido acento Lavisser.

—Pan comido —masculló el gorila. Se puso en pie y se limpió el cuchillo en el tabardo churretoso. El individuo era un auténtico coloso, con una caja torácica de gigante, y sus nudillos cubiertos de cicatrices delataban una larga experiencia de lucha a puño descubierto. La viruela le había cubierto el rostro de cráteres, y se veía claramente que le habían partido y recolocado de mala manera la nariz al menos en una ocasión. Sus ojos eran duros como piedras. Todo en él proclamaba a los cuatro vientos que había salido del más repugnante arroyo que haya visto el mundo, hasta el punto de que bastaba ponerle la vista encima para felicitarse de la hilera de patíbulos que festoneaban los muros de la prisión de Newgate.

—Aún respira —escupió ceñudamente Lavisser al observar al agonizante.

—No por mucho tiempo —dijo el ogro, arreando una coz en el pecho de Willsen para subrayar la verdad de su vaticinio—. Ya no incordiará más, no señor…

—Eres un ejemplo para todos, Barker —le halagó Lavisser antes de aproximarse a Willsen, ya definitivamente inerte—. Un hombrecillo extremadamente gris —musitó—, probablemente

luterano. ¿Qué tal si le quitas la calderilla y haces que parezca un robo?

A Barker le faltó tiempo para entregarse a la faena de rasgar los bolsillos.

—¿Crees que encontrarán a otro capullo que se anime a acompañarnos? —preguntó.

—Parecen empeñados en procurarme a toda costa una carabina —comentó frívolamente Lavisser—, pero ahora andan cortos de tiempo, así que dudo que logren dar con alguien. En cualquier caso, si lo consiguen, amigo Barker, tendrás que administrar al reemplazo la misma medicina que a este… —Cualquiera habría dicho que a Lavisser le tenía fascinado el muerto, porque no le quitaba ojo—. Eres una gran ayuda para mí, Barker, y apuesto a que te va a encantar Dinamarca.

—¿En serio, señor?

—Es un pueblo sumamente confiado —señaló Lavisser, que seguía sin poder apartar la vista del cadáver—. Caeremos como lobos hambrientos sobre esos tiernos corderitos… —Por fin reunió fuerzas para sustraerse al sortilegio del fiambre, levantó lánguidamente la mano con lastimero ademán y rodeó el carrito. Salió del pasadizo imitando burlonamente los balidos de un borrego.

La lluvia caía ahora con más fuerza. Corrían los últimos días del mes de julio de 1807, pero parecía una fría jornada de marzo. La cosecha se malograría y Kent amanecería con una viuda más, pero al honorable John Lavisser todo eso le traía sin cuidado. Acudió a Almack's según lo previsto y perdió en el juego bastante más de mil guineas, pero aquella minucia carecía de importancia. Nada podría ya preocuparle. Repartió aquí y allá un manojo de pagarés sin fondos en los que prometía satisfacer sus deudas y se largó tan campante. Iba camino de la gloria.

* * *

Sentados codo con codo, los señores Brown y Belling, uno flaco y otro gordo, como Botellín y Botellón, contemplaban con solemne continente la elegante casaca verde del oficial del ejército que aguardaba respuesta al otro lado de la mesa. Ni míster Brown ni míster Belling juzgaban con benevolencia al individuo. Este, al que no podía considerarse exactamente un cliente, era un hombre alto de cabello oscuro, rostro pétreo y mejilla rasgada. Lo que daba peor pálpito a los dos oficinistas era justamente el hecho de que aquella cicatriz no pareciera afear a un tipo desacostumbrado a los costurones. El señor Brown soltó un suspiro y volvió la cara para embobarse con los chuzos que batían el Eastcheap de Londres.

—No habrá buen trigo este año, señor Belling —dijo pesaroso.

—Eso me temo, señor Brown.

—¡En pleno julio! —gimoteó Brown—. ¡Ni más ni menos que en julio…! ¡Cualquiera diría que estamos en marzo…!

—¡Una lumbre en verano! —protestó unánime el señor Belling —: ¡Inaudito!

La lumbre —un triste montón de ascuas— remoloneaba en un brasero ennegrecido sobre el que parecía querer tostarse un sable de caballería colgado de la pared. Junto al revestimiento de madera, el arma agotaba la decoración de la sala y apuntaba al carácter militar del establecimiento. El cometido de los señores Belling y Brown, de Cheapside, que trabajaban como apoderados del ejército, consistía en auditar las cuentas de los oficiales que operaban en el extranjero. También actuaban como intermediarios de todo el que quisiera comprar o vender un cargo, pero aquella tarde de julio, pasada por agua, no les estaba reportando ingreso alguno.

—¡Por desgracia…! —exclamó Brown, plantando sobre la mesa las manos extendidas de dedos muy blancos y regordetes en los que lucía una pulcra manicura para flexionarlos después, como si se dispusiera a tocar el clavecín—. ¡Por desgracia…! —repitió sin terminar de arrancar la frase y clavando la vista en el tipo de guerrera verde que echaba chispas por los ojos pese a permanecer frente a él en estático compás de espera.

—Por desgracia forma parte de la naturaleza de su

nombramiento… —trató de explicar el señor Belling.

—En efecto —terció míster Brown—, tal es, por así decirlo, la naturaleza del gran puesto que se le concede… —y rubricó su intervención con una mueca afligida.

—¡Ya lo creo! ¡De lo mejorcito que hay…! —bramó con beligerante sorna el oficial.

—Sí, sí, desengáñese…, podría ser peor… —saltó animadamente el señor Brown—. ¿No opina usted lo mismo, señor Belling?

—Nada tiene que envidiar a otros destinos, desde luego —corroboró triunfal el aludido—. ¿Unos galones que le permitirán brillar en el campo de batalla, señor Sharpe…? Créame si le digo que es un raro privilegio. ¡Extremadamente raro!

—Una encomienda admirable —añadió Brown.

—¡Admirabilísima! —concedió vivamente Belling—. ¡Una designación para el combate! ¡Y propuesta a un hombre salido de la tropa! ¿Cómo decírselo…? —El chupatintas detuvo en seco el vuelo de la frase en un intento de ponderar bien la cosa—. ¡Solo eso es ya una verdadera hazaña!

En efecto, pero no se trata de una hazaña que admita… —El señor Brown adoptó un tono sutil, abriendo y cerrando alternativamente las manos como las alas de una mariposa— que admita *canjes*.

—¡Exacto! —Los suaves modales de míster Belling traslucían el gran alivio que le producía la feliz circunstancia de que su colega hubiera clavado el término capaz de zanjar el asunto—: No admite canjes, señor Sharpe —aseveró concluyente.

Se fraguó un silencio de varios segundos. Las ascuas dejaron escapar un bufido, la lluvia tamborileó su llanto en la ventana del despacho, y afuera se oyó restallar el látigo de un carretero, sobreponiéndose al retumbar de los carromatos, al chirrido de los ejes de los coches de punto y al golpeteo de las ruedas sobre el empedrado de la calle.

—¿No es canjeable? ¿A qué se refiere? —preguntó el teniente Richard Sharpe.

—El nombramiento no puede trocarse por dinero —puntualizó el señor Belling—. Como no lo ha comprado, tampoco puede venderlo. Se lo han concedido. Hay vías para rechazar lo que el rey da, pero no para enajenarlo. —Se interrumpió un instante y prosiguió—: Es una dignidad no canjeable.

—¡Me dijeron que podría venderlo! —rugió Sharpe.

—Se equivocaron —corrigió profesoralmente míster Brown.

—Le informaron mal —corroboró el señor Belling.

—Me temo que han cometido un grave error —resumió Brown.

—La normativa es clara —continuó Belling—. El oficial que adquiere de su bolsillo un nombramiento tiene entera libertad para transmitirlo a buen precio, pero el que lo recibe a modo de otorgamiento, no. Quisiera poder darle mejores noticias.

—¡A los dos nos gustaría! —recalcó Brown.

—Pero me aseguraron…

—Se ha llamado usted a engaño —disparó míster Belling, aunque de inmediato sintió deseos de no haberse expresado con tanta brusquedad, ya que el teniente Sharpe dio un respingo en el asiento como si estuviera a punto de abalanzarse sobre los dos empleados.

Sharpe se contuvo. Sus ojos rodaron del rechoncho míster Brown al escuálido señor Belling.

—¿Me están diciendo que no pueden hacer nada?

Belling clavó la vista en el techo, acastañado por las vaharadas de tabaco que tantas veces habían ascendido desde el escritorio, e imitó durante un breve instante las expresiones de quien busca inspiración. Finalmente meneó taciturno la cabeza.

—Nosotros no podemos hacer nada —sentenció—, pero siempre puede elevar una súplica al gobierno de Su Majestad y solicitar una dispensa. Que yo sepa, nadie ha tomado nunca semejante iniciativa, pero tal vez… ¿Cree que en su caso se haría una excepción? —El tono no podía ser más dubitativo—. Quizás haya algún alto mando dispuesto a interceder en su favor…

Sharpe permaneció mudo. Tiempo atrás, en la India, había salvado la vida a sir Arthur Wellesley, pero resultaba muy poco

probable que el general se aviniera ahora a echarle un cable. Todo cuanto quería el teniente era liquidar su nombramiento, coger las cuatrocientas cincuenta libras que podía sacarle y dejar el ejército. Y ahora le decían: «No hay venta para lo que no se compra», remedó mentalmente Sharpe. Pero los picapleitos no habían terminado.

—Las apelaciones de palacio van despacio —advirtió Brown—. De hecho, yo no me haría demasiadas ilusiones respecto al desenlace, señor Sharpe. Sería como pretender que la administración sentara un precedente, y a las burocracias, que son sumamente precavidas, no les gusta atarse las manos.

—Muy recelosas, ya lo creo —ponderó el eterno eco de Belling —, y así debe ser. Aunque, ¿quién sabe si en sus circunstancias…? —Sonrió, arqueó las cejas y se repantigó nuevamente en el sillón.

—¿En mis circunstancias? —trató de averiguar Sharpe, desconcertado.

—Yo no me dejaría llevar por el optimismo —reiteró míster Brown a modo de turbia aclaración.

—¿Me está diciendo que voy jodido? —preguntó con fría indignación Sharpe.

—Lo que intento explicarle, señor Sharpe, es que nosotros no podemos ayudarlo.

El orondo cagatintas discurseó con sequedad un buen rato, ya que las palabras de Sharpe le habían ofendido.

—Una pena —remató.

El militar volvió a observar a la extraña pareja. «Cárgatelos a los dos», pensó. «*Dos* minutos de sangre y violencia y después les vacías los bolsillos. Los muy hijoputas deben de estar podridos de dinero. Y yo tengo tres chelines con tres peniques y medio en los míos. Eso es todo. Tres chelines con tres peniques y medio…».

Sin embargo, ni Botellín ni Botellón tenían la culpa de que él no pudiera vender el cargo. Era cosa del reglamento. De las normas. A los ricos se les da licencia para amasar fortunas, y a los pobres… ¡Bah, que se vayan al infierno!

Se incorporó, y el chasquido metálico de la vaina del sable contra la silla hizo que míster Brown se estremeciera. Sharpe se echó sobre

los hombros el empapado capole gris, se encasquetó con fuerza el chacó que usaba para contener su rebelde cabellera y cogió el petate.

—Buenos días, caballeros —dijo cortésmente, y acto seguido desapareció por la puerta, dejando entrar una ráfaga de aire y lluvia atípicamente fríos para la época del año.

El señor Belling soltó un tremendo suspiro de alivio.

—Pero ¿quién es ese tipo, míster Brown?

—El teniente Sharpe, del 95.° de Fusileros, o eso ha dicho al presentarse —aseguró el señor Brown—. Y la verdad es que no tengo ningún motivo para dudar de su palabra, ¿o me equivoco?

—Pues no, no hay error. ¡Y se trata, además, señor Brown, del mismo oficial que vivía (o debería decir cohabitaba) con *lady* Grace Hale!

El señor Brown abrió unos ojos de lechuza.

—¡No puede ser…! ¡Yo creía que se había amancebado con un portaestandarte!

Míster Belling suspiró.

—En el cuerpo de Fusileros no hay abanderados, amigo Brown. Este individuo es un simple alférez… ¡Lo último de lo último!

El señor Brown observó la puerta con la mirada perdida.

—¡Qué cosas, Dios mío! ¡Qué cosas! —dijo quedamente. Desde luego, ya tenía algo que contarle a Amelia cuando regresara a casa… ¡Un escándalo en el ejército! En todo Londres se habían escuchado bisbíseos sobre los amoríos de *lady* Grace Hale, que había terminado yéndose a vivir con un quinto del montón pese a ser viuda de un hombre eminente. Cierto que, en realidad, el simple recluta había resultado ser un oficial, aunque no del escalafón propiamente digno de tal nombre. No se trataba de un hombre de bolsa nutrida, capaz de comprar su cargo, sino más bien un sargentucho ascendido por méritos de guerra, algo sumamente estimable en cierto modo, pero aun así… ¿*Lady* Grace Hale, hija del conde de Selby, enredada con un soldado raso? ¡Y no solo había tenido la audacia de compartir con él techo y lecho, es que además se había atrevido a darle un hijo! O eso decían las malas lenguas… La familia Hale mantenía que el padre de la criatura había sido el finado, y señalaba que entre la

muerte de lord William y el nacimiento del chiquillo no habían transcurrido más de los oportunos nueve meses, aunque muy pocos daban crédito a tales alegaciones—. Ya me había parecido a mí que el nombre de ese sujeto me sonaba de algo… —declaró Brown.

—Cuando me enteré, se me hizo dificilísimo creer en esos amoríos… —admitió el señor Belling— ¿Se imagina lo que debió de padecer la noble dama con un zafio como ese…? ¡Si no es más que un salvaje!

—¡Santo cielo! ¿Se ha fijado en la cicatriz del rostro…?

—Desde luego. ¿Y cuánto hace que no se afeita…? —se espantó Belling reprimiendo un escalofrío—. Temo que no vaya a durar demasiado en el ejército, míster Brown. Una carrera corta, ¿no le parece?

—Truncada, míster Belling.

—¡Y estará sin blanca, seguro!

—¡Sin duda! —proclamó Brown—. ¡Y él mismo tiene que andar acarreando de acá para allá el petate y el capote! ¡Los oficiales no van por ahí cargados como mozos de cuerda! ¡En toda mi vida había visto cosa semejante…! Y apestaba a ginebra…

—¿En serio?

—¡Y tanto! Un tufo insoportable… —salmodió Brown—. ¡Lo que hay que ver…! ¡Es que jamás había topado yo…! ¿Así que ese es el gañán de marras? ¿Pero en qué estaría pensando *lady* Grace? ¡Perdió la cabeza, sin duda…; no hay otra explicación! —Un sobresalto le detuvo en ridícula postura: alguien había abierto la puerta de golpe—. Señor Sharpe, ¿qué le trae de nuevo…? —acertó a decir con un hilo de voz mientras en su cabeza saltaba la alarma ante la posibilidad de que el espigado fusilero hubiera regresado dispuesto a cobrarse venganza por la inoperancia de su bufete—. ¿Ha olvidado algo tal vez…?

Sharpe meneó la cabeza.

—Hoy es viernes, ¿verdad? —preguntó.

Belling parpadeó.

—Sí, sí, viernes…, señor Sharpe —corroboró en un susurro—. De eso no hay la menor duda…

—Viernes —remachó Brown—, y último día del mes de julio, para más señas.

Desde lo alto de su elevada estatura, las oscuras pupilas de Sharpe relucieron en su duro semblante tallado a cuchillo y se clavaron con malencarada suspicacia en los dos hombres, deteniéndose un largo instante en cada uno. Asintió con desgana.

—Eso me había parecido —se le oyó decir, y volvió a coger el portante.

Esta vez fue Brown quien resopló para liberar la angustia al ver que la puerta se cerraba.

—Nadie podrá convencerme de que ascender a la tropa sea una buena idea —peroró sentencioso.

—Nunca terminan de cuajar; son aves de paso… —resolvió Belling con ánimo de consolarlo—. No están hechos para llevar galones, míster Brown. Y luego se dan a la bebida y acaban quedándose sin una perra en el bolsillo. Los hombres de baja extracción no conocen la prudencia. Se verá en la calle en menos de un mes, no le quepa duda, no le doy ni treinta días…

—Pobre diablo —dijo el señor Brown en un murmullo de piedad fingida mientras echaba el pestillo de la puerta. Apenas habían dado las cinco, y se suponía que el despacho debía permanecer abierto hasta las seis, pero parecía sensato dar por terminado el día. Por si acaso se le ocurría regresar a Sharpe. Solo por si acaso.

«Oh, Grace», pensó Sharpe, «Grace… Que Dios me ayude, Grace, amor mío. Que Dios me ayude… Tengo tres monedas de un chelín, y con las otras cuatro no paso delos tres peniques y medio…». Tres chelines y cuarto y un puñetero cobre, esa era toda su fortuna. «¿Qué voy a hacer ahora, Grace?». Hablaba muchas veces con ella. No podía escucharlo, ya no, pero él seguía consultándole a menudo. Le había enseñado tantas cosas… Le había animado a leer y a reflexionar… Pero nada es permanente en la vida. Nada.

—Maldita sea, Grace —dijo en voz alta, y los viandantes le abrieron paso al oírlo, tomándolo por un loco o un borracho—.

Maldita sea.

Una cólera fría le mordía las entrañas, una rabia densa y siniestra, un coraje que le sumía en el dilema de dejarlo aflorar, furioso y violento, o ahogarlo en un océano de alcohol. Tres chelines, tres peniques y una jodida pieza de cobre. Desde luego habría podido beber hasta hartarse con esos caudales, pero la cerveza clara y la ginebra que se había metido entre pecho y espalda al mediodía ya se le habían agriado en el estómago. Lo que le pedía el cuerpo era partirle la cara a alguien, al primero que se cruzara en su camino. Solo por librarse de aquel desesperado veneno que le cegaba el alma.

No era eso lo que tenía planeado. Estaba convencido de que una vez en Londres podría solicitar un préstamo a algún factor del ejército para marcharse después con viento fresco, con idea de volver a la India… Eso había planeado. Sabía de hombres que habían partido al subcontinente y regresado cubiertos de riquezas. Sharpe convertido en potentado…, ¿por qué no? Pues porque no podía vender su cargo de oficial, sencillamente. Cualquier presumido niño de papá podía traficar a su antojo con el puesto, pero un auténtico soldado que se había abierto paso luchando como un valiente, no. Que les dieran matarile a todos. Pero la pregunta subsistía: ¿qué iba a hacer ahora? Ebenezer Fairley, el mercader que había embarcado con él en el tornaviaje de la India, le había ofrecido un trabajo, así que nuestro alférez imaginó que no sería demasiado difícil recorrer a pie las millas que le separaban del Cheshire y pedir audiencia con el tal comerciante, pero tampoco era cuestión de salir pitando inmediatamente para allá. Y como lo único que quería era dar rienda suelta a su exasperación encaminó sus pasos a la Torre de Londres, feliz de saber que era efectivamente viernes. En la calle, el hedor del cieno del Támesis se unía al olor acre del humo de carbón y las plastas de caballo. Sin embargo, de ese limo y esa atmósfera cargada brotaba un río de oro, ya que esa parte de Londres se hallaba muy cerca de los embarcaderos fluviales, del puesto de aduanas y de los inmensos pósitos rebosantes de especias, té y tejidos de seda. Era un barrio de contables, banqueros y negociantes, una bocana para

canalizar los tesoros de la Tierra… Ahora bien, el dinero no estaba a la vista, claro. Unos cuantos escribanos y empleados de pagaduría se azacaneaban en un constante ir y venir entre despachos, pero no había barrenderos obsequiosos en los cruces ni ninguno de aquellos signos externos de lujo y disipación que tanto abundaban en las elegantes avenidas del flanco occidental de la ciudad. Los edificios de esta zona eran altos, oscuros y herméticos como cajas de secretos, y resultaba imposible determinar si el hombre de cabellos grises que apresuraba de pronto el paso para escabullirse entre las sombras con un enorme dietario bajo el brazo era en realidad un príncipe de las finanzas o un exhausto burócrata de medio pelo.

Sharpe dobló la esquina por la que se sube a la colina de la Torre. En el cruce, frente al portalón exterior dela vieja prisión, había una pareja de centinelas de sobretodo rojo que fingían no haber visto la vaina del sable que se marcaba bajo el capote del alférez y que se empeñaban en ignorar incluso la presencia del militar mismo. A este le importaba un bledo que no se dignaran a dirigirle siquiera el saludo. De hecho, le traía sin cuidado no volver a pisar un cuartel en su vida. Era un fracasado. Guardalmacén del regimiento. Un jodido e insignificante intendente. Acababa de llegar de la India, donde había obtenido un cargo que le había permitido formar parte de una unidad de vistoso uniforme rojo, y ahora se encontraba de nuevo en Inglaterra, asignado a un destacamento de casacas verdes. Hubo un tiempo en el que se había sentido a gusto entre los fusileros, pero después de la muerte de Grace todo se había ido al carajo. No había sido culpa de la joven, sino del propio Sharpe —él era el primer convencido—, pero seguía sin entender en qué había podido fallar. El Tercio de Fusileros era un tipo de media brigada muy distinta a las demás, dado que en ella se concedía más valor a la capacidad y la inteligencia que a la disciplina ciega. Sus integrantes se esforzaban al máximo en realizar bien su cometido, y los jefes recompensaban los progresos y estimulaban a los soldados, fomentando en ellos el hábito de pensar con criterio propio. Los oficiales acompañaban a los hombres durante la instrucción y hasta se ejercitaban con ellos. Además, las

largas horas que otros batallones perdían en blanquear los patios de armas con albero, bruñir las culatas de los rifles, embetunar las bolas y atusarse el tupé, los casacas verdes las dedicaban a las prácticas de tiro. Los miembros de la tropa y la oficialidad competían sanamente entre sí, pues todos trataban de que su sección se distinguiese como la mejor del cuerpo. Era exactamente la clase de regimiento con el que Sharpe había soñado durante el servicio en la India, y por eso había obtenido una recomendación para que se le admitiera en él. El coronel Beckwith lo había recibido con palabras muy prometedoras: «Me han dicho que es usted el tipo de oficial que justamente andamos buscando». El mando lo había dicho de corazón, ya que Sharpe no solo aportaba a los casacas verdes un importante caudal de experiencia, sino una larga serie de competencias prácticas recién adquiridas en combate. Sin embargo, al final habían preferido prescindir de él. No encajaba en el molde. No se resignaba al paripé. A lo mejor es que había acabado asustándolos… La mayor parte de los oficiales del tercio habían dedicado los últimos años a formarse en la costa sur de Inglaterra, mientras que Sharpe había luchado a pie firme en la India. La instrucción le aburría soberanamente, y después de lo de Grace se le había avinagrado el carácter, así que el coronel le había apartado de la tercera compañía y puesto al frente de los bastimentos. De hecho, en los encallecidos y reaccionarios regimientos de los guerreras rojas; ese era precisamente el lugar al que iban a parar casi todos los oficiales salidos de las filas de la simple soldadesca, pese a que el de Fusileros fuese presuntamente distinto.

Su unidad había terminado marchándose para combatir en alguna parte, pero a Sharpe, en quien todos veían a un simple despensero taciturno y malhumorado, le habían dado esquinazo. El coronel Beckwith le había espetado sin miramientos:

—Es una buena ocasión para lavarle la cara a los barracones. ¡Joder, necesitan un buen restregón! ¿No cree? Téngalo todo dispuesto a nuestro regreso.

—Sí, señor —había respondido Sharpe, mientras mandaba internamente al infierno a Beckwith.

Era un militar, no un puto limpiacuarteles… Sin embargo, había tomado la precaución de ocultar la rabia mientras el regimiento enfilaba al norte ante sus mismas narices. Nadie sabía qué destino se proponía ganar. Unos decían que partía a España, otros que su meta se hallaba en el enclave de Stralsund, en el Báltico, donde los británicos habían destacado una guarnición, aunque nadie acertara a explicarse por qué se había acantonado una guardia en la costa meridional de esa región marítima. Por último, un tercer grupo aseguraba que la media brigada se encaminaba a Holanda. En realidad, nadie tenía la menor idea de cuál era la misión, pero todos los compañeros de armas de Sharpe esperaban intervenir en una honrosa refriega y marchaban con el ánimo encendido. Pertenecían a los casacas verdes, un nuevo regimiento nacido con el siglo, en el que, sin embargo, no había cabida para un hombre como Richard Sharpe. Puesto que así estaban las cosas, el excluido decidió desertar. A la mierda Beckwith, a paseo los casacas verdes, al diablo el ejército… ¡Al carajo todo! Tenía pensado vender su cargo de oficial, coger la pasta y cambiar radicalmente de vida. Pero ahora descubría que eso era imposible por culpa de las puñeteras ordenanzas.

«¡Por todos los santos, Grace!», pensó; «¿qué voy a hacer ahora?». Lo único que tenía claro era el siguiente paso que tocaba dar. No había renunciado a la idea de darse a la fuga. Sin embargo, para empezar de cero necesitaba efectivo, y eso había sido justamente lo que le había impulsado a cerciorarse de que era viernes. Por eso descendió las pringosas escaleras de la colina de la Torre y con un ademán de cabeza llamó la atención de uno de los barqueros.

—Al amarradero de Wapping —indicó mientras se acomodaba a popa de la chalana.

El batelero empujó el muelle con el remo y dejó que la corriente del río le llevara suavemente aguas abajo hasta pasar por delante de la Puerta de los Traidores. Un bosque de mástiles oscurecía las dos orillas del Támesis, pues una doble hilera de buques y barcazas cabeceaba atracada junto a los fondeaderos de uno y otro lado,

toscamente protegidos por una abultada serie de palletes confeccionados con gruesas maromas retorcidas y empapadas en brea. Sharpe conocía bien esos andullos. Cuando se desmenuzaban con el uso se los llevaba en carretas a la casa de expósitos del callejón de Brewhouse, y una vez allí se ordenaba a los incluseros que separaran los apelmazados restos de alquitrán y esparto. Sharpe recordaba perfectamente sus nueve años, ya que a esa edad la labor le había llevado las uñas de cuatro dedos. Había sido un trabajo inútil. ¡Tener que luchar, una a una, con las enredadas hebras de cáñamo con las manos desnudas y ensangrentadas! Después, la hilaza se vendía como sucedáneo del pelo de caballo con el que se añadía consistencia al yeso de enlucir paredes. Se miró las manos. Seguían siendo bastas y ásperas, pensó, pero al menos ya no tenían las uñas rotas ni las embadurnaba aquel espeso mejunje rojinegro de pez y sangre.

—¿Se acaba de alistar? —preguntó el remero.

—Nada de eso.

Es muy posible que el tono cortante ofendiera al botero, pero este se encogió de hombros.

—No es asunto mío —dijo, manejando hábilmente la espadilla para que la proa continuara a la vía—, pero Wapping no es un lugar muy recomendable… No para un oficial como usted, caballero.

—Pues allí he crecido yo.

—¡Ah…! —exclamó el buen hombre lanzando una mirada de estupor a Sharpe—. Entonces vuelve a casa, ¿no?

—A casa, sí… —concedió Sharpe.

El cielo aparecía entoldado y oscuro como panza de burro, ensombrecido todavía más por las fúnebres veladuras de humo prendidas a chapiteles, torreones y mástiles. Solo una desigual veta sonrosada aliviaba a poniente el riguroso luto del firmamento que gravitaba sobre la ciudad renegrida. «A casa…», repitió Sharpe para sus adentros. Un viernes por la tarde. La fría llovizna acribillaba el río. Una débil luz brillaba en los ojos de buey de los buques amarrados, cuyos hedores a carbonilla, cloaca, aceite de ballena y especias inundaban el puerto. Las gaviotas flotaban en lo alto como

girones de papel llevados por el viento, dejando que las primeras sombras de la noche acentuaran su blancura. Las aves, que describían grandes círculos, acababan dejándose caer a plomo sobre el pesado travesaño central del cadalso del Muelle de las Ejecuciones, del que pendían, con el cuello roto, los cadáveres de dos hombres; sin duda un par de piratas o de amotinados.

—Tenga cuidado —advirtió el marinero, deslizando con eficaces toquecitos su barcón entre las demás falucas del amarradero de Wapping. No era un aviso destinado a evitar que Sharpe resbalara en los grasientos escalones del malecón, solo le informaba de la inquietante catadura de las gentes que vivían en las atestadas y alborotosas calles que se ramificaban a escasos metros sobre sus cabezas.

Sharpe le pagó con unas cuantas monedas de cobre y trepó hasta el muelle, a uno de cuyos costados se abría una larga fila de almacenes bajos defendidos por perros zarrapastrosos y rufianes armados con garrotes. Ese lugar todavía era bastante seguro, pero una vez se hubo internado en el paseo y penetrado en las callejuelas se encontró en territorio comanche. Tenía plena conciencia de que volvía a encontrarse en un vertedero, pero era *su* vertedero, el escenario de sus primeros pasos en la vida, y no sentía ninguna aprensión particular.

—¡Coronel! —le interpeló una buscona agazapada tras un cobertizo.

La mujer se levantó ostentosamente las faldas y después vomitó una maldición al ver que Sharpe pasaba de ella. Al doblar la esquina de la calle Mayor, un perro tensó brutalmente la cadena al tratar de abalanzarse sobre él. Una decena de golfillos comenzaron a proferir alaridos de burla al ver a un oficial del ejército por aquellos lares y fingieron marcar el paso tras los suyos. Sharpe dejó que le siguieran unos veinte metros y después se volvió como un rayo y atrapó al chico más próximo por el raído cuello del abrigo, lo alzó en vilo y lo sujetó con todas sus fuerzas contra la pared. Otros dos tunantes salieron como alma que lleva el diablo, con la clara intención, sin duda, de dar la alarma a sus padres o hermanos.

—¿Dónde está Maggie Joyce? —preguntó Sharpe al chaval.

El muchacho pareció titubear, porque no conseguía decidir si le convenía mostrarse valiente o sumiso. Al final optó por enarbolar una media sonrisa.

—Se ha ido, señor.

—¿Ido? ¿A dónde?

—Al cruce de Siete Caminos.

Sharpe le creyó. Maggie era su única amiga, o eso esperaba, pero sin duda había tenido la sensata idea de dejar Wapping, aunque tampoco es que Siete Caminos le pareciera mucho más seguro. Pero no se había presentado en el barrio para ver a Maggie. Estaba allí porque se aproximaba la noche del viernes y no tenía un céntimo.

—¿Quién lleva ahora el hospicio? —se informó.

Ahora sí, el jovencito dio muestras de verdadero pánico.

—¿Quién es el director? —susurró—. ¡Contesta!

—Jem Hocking, señor.

Sharpe dejó al pillastre en el suelo, cogió el medio penique que guardaba en el bolsillo y lo hizo rodar calle abajo para que la panda de granujas saliera tras él a la carrera, sorteando todos los obstáculos: gente, perros, carros y caballos. Conque Jem Hocking, ¿eh? Era el nombre que esperaba. En esas dos palabras resonaban los ecos de un tenebroso pasado, como si ambas fueran la causa de la llaga abierta en la memoria del alférez, que sin embargo tuvo la presencia de ánimo suficiente para caminar por el centro de la rúa y evitar así que a alguien le diera la ventolera de vaciarle un orinal encima.

Avanzaba la tarde estival. El sol, oculto por los nubarrones, aún no se había hundido tras el horizonte, pero la zona parecía sumida en una grisura invernal. En los exhaustos ladrillos de las fachadas de los caserones negros destacaba el remiendo de unos tablones sin desbastar. Algunas de las viviendas se habían desmoronado y no eran ya más que puras pilas de escombros. Las fosas sépticas soltaban su fétido aliento. El ladrido de los perros resonaba en todas partes. Cuando servían en la India, los oficiales británicos se estremecían si tenían que capear el hediondo resuello de las callejas, pero ninguno de ellos había desgastado las botas en estos otros

horrores, tan cercanos. Hasta la peor costanilla de la India era mejor que este nauseabundo lugar habitado por individuos de rostro enjuto y marcado por el hambre. En sus ojos ardió sin embargo un rescoldo de energía codiciosa al observar el petate que Sharpe llevaba en la mano izquierda. Como no había duda de que el bulto pesaba lo suyo y lo adornaba además un sable, los famélicos transeúntes clavaron la vista en aquellas posesiones para estimar mejor su precio y el del sobretodo que el desconocido llevaba echado sobre los anchos hombros a manera de manto. Por muy pobre que se considerara, lo cierto era que Sharpe llevaba encima más riquezas de las que habían alcanzado a ver aquellos tipos en un lustro. De hecho, durante un breve período de tiempo había sido un potentado. En el infecto túnel de la compuerta de acceso al río Kaveri de la fortaleza de Seringapatam, se había apoderado de las joyas del agonizante sultán Ali Tipú, pero aquellos fastos se habían esfumado. ¡Malditos abogados! ¡Así ardieran mil veces todos los picapleitos del mundo en las calderas del infierno!

No obstante, la misma sagacidad que permitía peritar a aquellos hampones el valor de los bienes de Sharpe les advertía no solo de su imponente estatura y fuerte complexión, sino de las cicatrices de su rostro pétreo, agrio y amenazador. Solo alguien trastornado por la necesidad arriesgaría la vida intentando robarle a aquel gigante el capote o el petate, así que los maleantes se limitaron a observarle como lobos que ventean la sangre pero temen derramar la suya. Y, a pesar de que los más intrépidos habían reunido el coraje preciso para seguirle al verle doblar la esquina del carril de Wapping, renunciaron a tensar la cuerda más allá del callejón de Brewhouse. Allí se alzaban la institución de caridad y el hogar de los expósitos, y nadie tenía arrestos para acercarse a sus tétricos murallones a menos que lo llevaran a rastras.

Sharpe se detuvo frente a la puerta principal de la vieja fábrica de cerveza y contempló largamente los muros del orfanato desde el otro lado de la calle. A la derecha se veía el asilo para pobres, en el que se recogía fundamentalmente a los desdichados incapacitados para el trabajo a causa de la edad, aunque también se acogía a ancianos

achacosos a los que sus hijos habían dejado en la estacada. Los propietarios de las viviendas que tenían arrendadas los echaban a la calle y el sacristán de la parroquia los llevaba a la institución de caridad, al mezquino imperio de Jem Hocking, en el que los hombres ocupaban un ala del edificio y las mujeres otra. Allí exhalaban su último aliento, sin que el marido hubiera podido cambiar una sola palabra con la esposa, demacrados y medio muertos de hambre, tirados finalmente al fondo de la carreta del matarife de caballos que se encargaba de arrojarlos a la fosa común. Así se las gastaban en el hospicio de los pobres, separado del hogar de los expósitos por un angosto caserón de ladrillo de tres plantas, contraventanas pintadas de blanco y un elegante farol de hierro forjado sobre la restregadísima escalinata de la fachada principal. Era la vivienda del director, el palacete de Jem Hocking, desde el que se dominaba la inclusa, que por otra parte disponía de una entrada independiente, igual que el asilo de indigentes: una negra mampara de pesados tablones embadurnados de betún y rematada por una corona de picas de hierro roñoso de diez centímetros de largo. Se trataba de una auténtica prisión para huérfanos. Los jueces enviaban a este mausoleo a las muchachas embarazadas, a las chicas sin amparo a las que el peso de la miseria abrumaba hasta el punto de no contar con un hogar, o a las quedaban doblegadas por las enfermedades y no lograban vender sus hinchados cuerpos en las sucias calles de la ciudad. Aquí venían al mundo sus hijos sin nombre, y aquí morían ellas como moscas, víctimas de las fiebres puerperales. Las que sobrevivían tenían que regresar al arroyo, dejando a sus bebés en las tiernas manos de Jem Hocking y su esposa.

Hubo un tiempo en que el mismo Sharpe llamaba «hogar» a este purgatorio. Y hoy era precisamente viernes.

Cruzó la calle e hizo sonar con fuerza la aldaba del pequeño postigo practicado en el portalón frontal de la casa de los incluseros. Grace había querido personarse aquí mismo. Los relatos de Sharpe no solo la habían conmovido, la habían dejado convencida de que podría cambiar las cosas, pero no había tenido tiempo. Por eso era

Sharpe el que deseaba generar ahora su particular transformación. Cuando acababa de alzar la mano para volver a blandir el llamador, el portillo se abrió de pronto, dejando ver la figura de un pálido y angustiado mancebo que retrocedió de inmediato al ver el puño de Sharpe, que no había tenido tiempo de soltar el picaporte.

—¿Quién es usted? —soltó el soldado, inquisitivo, mientras cruzaba de un paso el raquítico dintel.

—¿Có-cómo dice? —respondió asombrado el jovencito, que pensaba ser el más indicado para hacer esa misma pregunta.

—¡Digo que quién es usted…! —aclaró Sharpe de viva voz—. ¡Vamos, hombre, no farfulle, joder! ¿Dónde anda el director?

—El preceptor está en su domicilio, pero… —El imberbe dejó la frase en suspenso y trató de obstaculizar el paso a Sharpe—. ¡Señor…! ¡Oiga…! ¡No puede entrar ahí… ¡¡Señor…!!

—¿Y por qué no? —replicó una voz lejana.

Sharpe había atravesado el pequeño patio y abría ya, con soberbio empujón, la cancela del vestíbulo. De niño le parecía una sala inmensa, como una catedral, pero en ese momento se le antojó escuchimizada y canija. Apenas era mayor que un barracón de la compañía de Fusileros, pensó con súbita revelación. Ya habían llamado a cenar a los internos, así que unos treinta chiquillos, o quizá más, se alineaban sentados en el suelo entre montones de estopa renegrida y pilas de palletes empapados de alquitrán, fruto de las penalidades del día. Como remos de galeotes, sus cucharas de madera se hundían al unísono en otros tantos cuencos del mismo material, mientras otra treintena de chavales hacía cola junto a una mesa en la que campeaba un caldero de sopa y una tabla de cortar pan. Una mujer de cárdenos brazos como mazas montaba la guardia tras las magras vituallas, y un muchacho apenas salido de la adolescencia, armado de una fusta, exhibía su repantigada indolencia en la tarima baja del zaguán. Sobre la aleccionadora estampa se mecía el arco de una orla en la que un texto bíblico cruzaba la pared, que, teñida a brochazos de marrón, remataba el opresivo retablo: «Sabed que vuestro pecado os saldrá al encuentro».

Sesenta pares de ojos se detuvieron, atónitos, en Sharpe.

Ninguno de los chicos se atrevía a abrir el pico por miedo a las cabalgadas de la tralla del centinela o a los golpes de los fornidos miembros de la valquiria. Sharpe tampoco dijo esta boca es mía. Contemplaba la estancia con mirada sideral, aspiraba el acre olor de las defensas embreadas y trataba de combatir la embestida de una catarata de recuerdos. Hacía veinte años que no se veía bajo aquellos techos. ¡Veinte años! La peste, sin embargo, era la misma.

Hebras de pez, miedo y comida putrefacta le asaltaban los sentidos. Se acercó a la mesa y olisqueó la sopa.

—Gachas de puerro con cebada, señor.

Unida al relumbrar del sable, la vista de las abotonaduras de plata y el negro bordado de los galones arrancó a la mujer una desmañada reverencia.

—Pues a mí me parece una aguachirle medio helada —la zahirió Sharpe.

—Puerro y cebada, caballero.

El militar eligió al azar un chusco de pan. Duro como una piedra. Un pedernal comparable solo a la galleta marinera.

—¡Señor! —advirtió la mujerona alzando la mano. Se la veía nerviosa—. El pan está racionado, señor… Racionado.

Sharpe lo tiró con brusquedad al suelo. Sintió la tentación de rubricar su ardor con algún gesto fuera de lugar, ¿pero, de qué serviría? Si volcaba el caldero solo conseguiría que los chavales se marcharan a la cama con el estómago vacío, y arrojar todo el contenido de la panera en la sopa sería simplemente inútil. Grace sí que habría sabido qué partido tomar. Su voz habría restallado como un látigo y los lacayos del hospicio habrían salido pitando a comprar algo de comida digna, unas cuantas pastillas de jabón y ropas decentes. Pero todo eso costaba dinero, y Sharpe apenas tenía un puñado de calderilla.

—¡Vaya, vaya, vaya…! ¡Mira quién tenemos aquí! —ladró con fuerza desde la entrada una voz que hizo resonar el vestíbulo—. ¿Qué nos han traído hoy los vientos de Levante?

De la garganta de los chicos surgió un ronco y breve gemido seguido de una petrificación total acompañada de otra especie de

genuflexión de la madama. Sharpe dio media vuelta.

—¿A quién tengo el placer de saludar? —se oyó decir sarcásticamente al recién llegado—. Sin duda ha de ser usted el coronel del regimiento de esta plaza —apostilló.

Era el mismísimo Jem Hocking. El propio diablo, salido del último círculo de los infiernos.

Sin embargo, no había nada tremendo en su figura. Cualquiera que se topara con Hocking por la calle lo tomaría por un granjero acomodado venido de las Cañadas de Kent. Los años le habían agrisado el cabello y atirantado el chaleco de cuadros que le ceñía la panza prominente, pero no había dejado de ser un hombrón de piernas sólidas y amplias espaldas coronadas por un semblante plano como la placa de una pala. Sus gruesos mofletes pendían lacios bajo las pobladas patillas entrecanas. Una docena de dijes jalonaban los eslabones dorados de la cadena del reloj y varias borlas remataban sus botas altas. Enfundado en un gabán azul marino de puños aterciopelados, ocupaba las manos en acariciar un bastón lacado negro de pomo de plata. Era el director, y Sharpe quedó sin habla un corto instante. Le dominaba un maretazo de odio, el recuerdo nítido de la crueldad de aquel individuo; hasta sintió una punzada en la cicatriz del miedo… Veinte años y un puesto arrancado al campo de batalla no habían bastado a borrar aquella congoja. El cuerpo le pedía imitar a los chiquillos, permanecer estático, fingir que se lo había tragado la tierra, suspender hasta el aliento en caso de que la mirada del hombre diera en señalarle.

—¿Nos conocemos? —preguntó Hocking. El esfuerzo de intentar detectar algún rasgo familiar en la cara cortada del visitante fruncía el ceño del jayán, pero la memoria no supo ayudarle. Meneó la cabeza con aire desconcertado—. Bueno, dígame; ¿quién es usted?

—Me llamo Dunnett —aseguró Sharpe, echando mano del apellido de un oficial de los casacas verdes que le detestaba particularmente—. Soy el comandante Warren Dunnett —subrayó, ascendiendo de un plumazo al mentado, que era solo capitán.

—Conque comandante, ¿eh? ¿Y qué clase de uniforme viste, señor militar? Conozco las guerreras rojas, y también las de color

azul, pero discúlpeme, jamás había visto a nadie así de verdinegro… —Avanzó en dirección a Sharpe, apartando displicentemente a su paso las flacas piernas de los críos con su báculo de muñidor—. Un nuevo traje de faena, ¿no es eso? Una especie de hábito que concede al monje derecho a allanar las moradas de la parroquia… ¿Voy muy descaminado…?

—Pregunto por el responsable de la institución —concretó Sharpe—. Es un hombre de negocios, según me han dicho.

—Negocios… —gargajeó Hocking—. ¿Y qué asuntos se trae usted entre manos, comandante, al margen del que le obliga a liquidar a los enemigos del rey?

—¿Quiere que los exponga aquí mismo? —quiso saber Sharpe. Cogió uno de los peniques que continuaban aparcados en su bolsillo y lo lanzó dando vueltas hacia el techo. La monedita destelló durante el vuelo, atentamente observada por los pasmados y hambrientos muchachitos, y luego se desvaneció, atrapada como en ágil prestidigitación por el intruso.

El fugaz vislumbre del dinero, aun de un modesto penique, era todo lo que Hocking necesitaba para tranquilizarse. El resto de las incógnitas podían esperar.

—Esta noche tengo cuestiones que ventilar frente al asilo, dado que es viernes —anunció el leviatán—. ¿Tendría usted la gentileza de compartir una jarra de cerveza conmigo, oficial?

—Con sumo placer, patrón —mintió el aludido, aunque quizá no esté bien acusarlo de faltar a la verdad, dado que Sharpe estaba furioso y que la venganza da siempre satisfacción. Además, el alférez llevaba veinte años madurando en sueños su desquite. Echó una última ojeada a la máxima que ondeaba en la pared y se preguntó si Jem Hocking habría sopesado alguna vez lo pertinente que podía llegar a ser aquel inmemorial mensaje. «Desde luego, tus pecados van a salirte al encuentro», masculló para sus adentros.

Lo cierto es que Hocking debería haber tomado buena nota de sus propias recomendaciones; de haber sido así, estaría hincado de rodillas e implorando misericordia.

Y es que Richard Sharpe había venido a cobrarse una vieja

deuda.

CAPÍTULO II

No había rótulo que declarara el nombre de la tasca. Ni siquiera se veía la enseña general que suele denotar la presencia de un establecimiento con licencia para dispensar bebidas alcohólicas. Simplemente no había nada que distinguiera el local de las viviendas colindantes, salvo, quizá, un ligero aire de prosperidad que lo hacía destacar en la calle del Vinagre como una duquesa en un burdel. Había no obstante quien lo llamaba la Taberna de Malone porque había sido propiedad de una tal Beaky Malone, que también lo había llevado durante un tiempo, aunque para entonces Beaky ya debía de estar en el otro barrio. Otros conocían la casa como la Cervecería del Vinagre, por encontrarse precisamente en esa calleja. Y unos terceros le daban sin más el nombre de «El Director», debido justamente a que Jem Hocking culminaba buena parte de sus chanchullos frente a la hilera de grifos cerveceros de la barra.

—Mis intereses —comenzó a decir grandilocuentemente Hocking— no se circunscriben a los meros límites de la parroquia. Soy hombre de muchos talentos, comandante…

Para Sharpe, las pretensiones de su interlocutor querían decir que este no se contentaba con acosar únicamente a los pupilos de su institución. El paso de los años le había enriquecido, lo suficiente como para reunir un gran número de inmuebles en el barrio del Wapping, y los viernes por la noche era el momento escogido para que los arrendatarios se presentaran al pago de la renta. Cada uno aportaba en realidad unos pocos peniques, aunque, ya se sabe, un grano no hace granero, pero ayuda al compañero. Hocking hacía la

recaudación en el mostrador del bar, y a medida que pagaban los deudores él iba dragando los montantes, que se desvanecían en una bolsa de cuero, mientras un contable de silueta acobardada y pelo cano anotaba los apuntes en el libro mayor. En el salón solo había dos clientes, un par de tipos jóvenes, altos y corpulentos, provistos de sendas cachiporras, y ambos vigilaban de cerca todas y cada una de las transacciones.

—Son mis mastines —había dejado escapar Hocking a modo de explicación.

—Un hombre con sus responsabilidades ha de procurarse protección —le respondió Sharpe en un tono simuladamente aprobatorio y sacrificando dos de sus tres chelines para adquirir un botellón de cerveza clara.

La cantinera extrajo cuatro jarras de peltre de los anaqueles. Al parecer, el apagado interventor no estaba llamado a participar de la liberalidad del comandante Dunnett. La ronda incumbía solo a Sharpe, Hocking y los dos perros de presa.

—Hay que ser un hombre con autoridad y vara alta para comprender lo que son las obligaciones —aseguró Hocking inmediatamente antes de hundir la cabeza en el pichel y permanecer así abismado unos segundos—. Va a asistir usted, señor comandante, a la concreción de una avenencia privada. —El superior de la inclusa y el hospicio vigiló con la mirada a una mujer escuálida que ofrecía en ese momento unas monedas al tenedor de cuentas—. Pero en el cumplimiento de los deberes que atañen a mi feligresía —continuó diciendo Hocking observando al escribano contar las perras chicas—, la responsabilidad de atender al buen uso de los fondos públicos y de cuidar del alma inmortal de los pupilos recae sobre mis espaldas. Y le garantizo que no me tomo a la ligera ninguna de esas dos tareas, comandante.

El subsidio municipal se elevaba a cuatro peniques y cuarto al día por menesteroso, suma de la que Hocking conseguía sisar dos y dedicar lo restante a la compra, muy a regañadientes, de pan duro, cebollas, cebada y harina de avena. La salvación de las ánimas no arrojaba dividendos, pero tampoco exigía desembolso alguno.

—¿Hay alguien que le supervise? —se informó Sharpe mientras volvía a llenar los vasos.

—Tengo por encima de mí a una Junta de Inspectores, en efecto —señaló Hocking con un asentimiento de cabeza mientras espiaba la correcta repartición de la cerveza clara que su acompañante le escanciaba—. La ley lo estipula así, y nosotros la cumplimos.

—¿Sobre quién gravita entonces la responsabilidad, sobre su cabeza o sobre la de los junteros? —Sharpe percibió claramente que la pregunta había ofendido a Hocking—. Doy por supuesto que es usted el verdadero apoderado, pero me gustaría estar seguro.

—Soy yo quien rinde cuentas, no lo dude —aseveró Hocking dándose aires de grandeza—. Es a mí a quien incumben estas cosas, comandante. La constitución de la Junta depende de la parroquia, y esta, señor mío, padece una infestación de jodidos huérfanos. ¡Y no crea que solo debemos soportar a los propios! Hay barcos que los abandonan aquí mismo. Fíjese; la semana pasada, sin ir más lejos, los poceros que andan rebuscando entre el cieno encontraron a una chiquilla… ¡Imagínese el panorama!

Meneó la cabeza y zambulló las napias en la blanca espuma del brebaje, mientras Sharpe trataba de representarse a los raqueros del lodo, a aquellos hombres y mujeres que peinaban las enfangadas orillas del Támesis en la bajamar en busca de los restos y sobras que los barcos dejan caer por la borda, convertidos en escoltas de una niña y llevándola al callejón de Brewhouse. ¡Pobre chica! Tenía que ser terrible acabar su corta carrera en manos de un tipejo como Hocking, ¡y erigido además en tutor suyo!

—La Junta —continuaba diciendo el individuo— no puede atender a tantísimos chavales, así que se contentan con examinar cuatrimestralmente las cuentas, que, como usted comprenderá, cuadran al céntimo, con lo que el organismo me transmite todas las Navidades sus más efusivas felicitaciones…. Ya eso se reduce todo, ya que, por lo demás, el comité se desentiende totalmente de mí. Como le he dicho, soy un hombre de negocios, comandante, así que mi misión consiste en ahorrarle al pueblo la molestia de bregar con todos esos desarrapados. Tengo ahora mismo cerca de tres veintenas

de esos cabroncetes en mi establecimiento; cincuenta y seis para ser exactos. ¿Se figura el lío en el que se vería la Junta de Inspectores si no pudiera contar con mis desvelos y los de la señora Hocking…? Somos una auténtica bendición para el vecindario. —En ese momento, el director levantó súbitamente la mano para impedir que Sharpe tomara la palabra. No lo había hecho para declinar el elogio que probablemente pensaba merecer, sino porque acababa de entrar por la puerta trasera del tascucho un joven delgado que en ese momento le susurraba algo al oído. Fuera se escuchó el estridente sonido de una áspera aclamación. Aunque hasta ese momento había estado haciéndoles oídos sordos, los vítores venían sonando desde que Sharpe llegara al buchinche. Ahora también tuvo que hacer caso omiso de la interrupción del tipo flaco que rociaba de monedas sueltas la bolsa de cuero del contable antes de entregar a Hocking un fajo de papelitos cochambrosos que desaparecieron de inmediato en el bolsillo del hombretón—. Negocios… —indicó Hocking secamente.

—En Lewes —comentó Sharpe—, el ayuntamiento ofrece tres libras a todo el que saque a un huérfano del hospicio.

—Si me dieran una suma semejante, oficial, no tardaría ni cinco minutos en vaciar de putos pescaditos el callejón de Brewhouse —rezongó Hocking con risita sofocada—. ¡Me conformaría con una sola libra por cabeza! ¡Una libra…! Pero no somos un barrio rico. No estamos en Lewes. No tenemos las arcas tan llenas como para endilgarle a un tercero ese tropel de granujillas… ¡No, señor, no nos queda más remedio que confiar en que otros paguen las facturas! —Trasegó media jarra de un tirón y observó a Sharpe con un brillo de recelo en la mirada—. Muy bien. ¿Y qué es lo que se le ofrece, señor comandante?

—Busco tamborileros —reveló el interrogado. No los había en el 95.° de Fusileros, pero ni por lo más remoto iba a saber Jem Hocking ese detalle.

—Tambores… —repitió el capataz de los incluseros—. Tengo chavales con alcances para golpear el cuero, sin duda… No sirven prácticamente para nada, pero tanto como para aporrear un cacharro

de esos… ¿Y cómo es que recurre a mí, caballero? ¿Por qué no acudir directamente a las autoridades de Lewes? ¿Para qué renunciar a las tres libras por cretino?

—Porque la Junta de Inspectores de esa localidad no permite militarizar a los chicos.

—¿Ah, no? —exclamó Hocking sin poder disimular su asombro.

—Hay mujeres en la Junta —añadió Sharpe a manera de explicación.

—¡Mujeres…! —vino casi a gritar Hocking remedando un eureka. Sacudió la testa con una mezcla de exasperación y desesperanza—. Con ellas se entierra todo sentido común, sin duda. No las hay en nuestra Junta, eso se lo garantizo. ¡Mujeres…!

—Además, el Comité de Canterbury insiste en que los chicos sean previamente conducidos ante un magistrado —añadió Sharpe para colmar la medida.

—¿Canterbury? —Hocking se hallaba decididamente confuso.

—Tenemos un segundo batallón en esa plaza —puntualizó Sharpe—. Podríamos conseguir allí nuestra tropilla; el único problema es que los jueces se entrometerían en el asunto.

—El del hospicio seguía sin ver claro el embrollo. «¿Qué puñetas puede importarles a los malditos golillas que nuestros mocosos formen filas?», rumiaba.

—Es que se mueren —lo iluminó Sharpe—, caen como putas moscas. Compréndalo, señor Hocking, la unidad de Fusileros es la que más se frota con el enemigo. Peleamos en sus mismas narices, y cuando no están dándole al tambor, los chicos hacen de municioneros. Van de acá para allá, y claro, de un modo u otro se convierten en objetivos preferentes. Pum, pum…, y se acabó. No paramos de triturar rapaces. Pero, ojo, si sobreviven, llevan una existencia de primera. ¡Pueden formar parte de los Elegidos!

—¡Un raro privilegio! —asintió Hocking, como si supiera de lo que hablaba y tragándose con sedal y todo el anzuelo del embuste urdido por su expupilo—. Yo puedo asegurarle a carta cabal, comandante, que en nuestro distrito no habrá injerencia alguna, sea de la Junta o de los tribunales. ¡Ni tanto así! Palabra. —Se sirvió

otra pinta de cerveza—. En concreto: ¿de qué estamos hablando?

Sharpe echó el torso levemente atrás, como sumido en profundas cavilaciones.

—Dos batallones… —desgranó—. Veinte compañías… Pongamos que perdemos un mozo por trimestre en nuestros choques, o sea cuatro, y que otros seis sucumben a las fiebres o se las ingenian para llegar a adultos… ¿Le parece bien diez arrapiezos anuales? Han de tener once años, o no andarle demasiado lejos para que cuele.

—¿Diez pollos al año? —rumió Hocking refrenando a duras penas su entusiasmo— ¿Y a cómo los pagaría usted?

—El ejército se encargará de eso, señor Hocking, no yo.

—Sí, vale, pero, ¿cuánto? ¿Cuánto?

—Dos libras por barba —soltó el militar, asombrado de su propia cara dura. Se había pasado dos décadas soñando con ajustarle las cuentas al mandamás de los expósitos y puliendo mentalmente sus maquinaciones sin llegar a plantearse en ningún momento si terminaría por llevarlas a la práctica o si surtirían verdadero efecto. Sin embargo, ahora descubría que las parrafadas de la pantomima salían de su boca con persuasiva soltura.

Hocking cargó tabaco en una pipa de arcilla para ponderar mejor la oferta. Veinte libras al año representaban una bonita suma, pero todo parecía demasiado arreglado, más claro y aseado de lo que cabría esperar en un asunto tan turbio como ese. Alargó el brazo para coger una vela y prendió la mezcla.

—Los magistrados querrán sacar tajada —señaló.

—Acaba de decirme que no habría ningún problema con los togados —protestó Sharpe.

—Precisamente porque recibirán su parte —puntualizó Hocking —. Y habrá otros gastos, comandante, muchos más. En todo hay siempre costes… —Dejó ascender al techo una bocanada de humo —. ¿Ha hablado de esto con su coronel?

—De lo contrario no me encontraría aquí.

Hocking asintió con un leve movimiento de cabeza. Eso significaba que el soldadito había negociado una cifra con su

superior, y no le cabía la más mínima duda de que lo acordado no había sido dos libras por chiquillo. Cinco parecía más verosímil… Así el coronel podía birlar dos, y Sharpe quedarse con una.

—Cuatro libras —concluyó Hocking saliendo de su meditación.

—¡¿Cuatro?!

—No lo necesito, comandante —dijo Hocking descubriendo su juego—. Tengo deshollinadores que sacan muy buen provecho a mis tunantes, y los que no se dedican a limpiar chimeneas siempre pueden liarse a paletadas con los puros. —Se refería a que se les encargaba recoger los zurullos de los perros para después entregárselos a los curtidores de la villa, que los empleaban en la preparación del cuero—. Unos chavales se meten a grumetes —explicó Hocking pomposamente—, otros quitan el tizne de los ricos, o la mierda de las calles, los hay que la diñan sin más aspavientos, y el resto es carne de patíbulo. No son más que escoria, oficial, pero son *mi* escoria, y si los quiere tendrá que aceptar mis precios… Y lo hará, lo hará…

—¿Lo haré…? ¿Y cómo es eso?

—Porque usted no tiene ninguna necesidad de venir hasta el Wapping para reclutar mozalbetes, mi estimado comandante. Con jueces o sin ellos, puede encontrar chavalines en cualquier sitio. —Hocking clavó sus astutos ojillos en Sharpe—. No, señor oficial, usted ha venido a mí por alguna otra razón.

—Sí he acudido a usted ha sido únicamente por el tema de los tamborileros —porfió el militar—. Y porque sé que aquí los jueces no van a ponerse difíciles y que a nadie le importa un bledo que los chicos acaben fritos a montones.

Hocking seguía mirándolo impertérrito.

—Continúe —dijo.

Sharpe titubeó un momento. Pero de pronto pareció resolverse a hablar más claro.

—Y también quiero algunas chicas…

—¡Acabáramos…! —babeó el de la inclusa con media sonrisa. El campo de acción en el que se desenvolvía como un experto era el de la debilidad y la codicia, y la encomienda de Sharpe empezaba

por fin a tener sentido.

—Hemos oído… —comenzó a decir Sharpe.

—¿Cómo que «hemos»…? —le interrumpió Hocking.

—Hablo del coronel y de mí —aclaró el falso Warren Dunnett.

—¿Y por quién se ha enterado usted de estas cosas? —disparó el canalla a bocajarro.

—A mí nadie me ha dicho nada —replicó Sharpe—. La información le llegó al coronel, y él es quien me envía.

Hocking se echó hacia atrás y empezó a caracolear pausadamente con los dedos en sus pobladas patillas para dar forma cabal a su respuesta. La patraña se le antojó plausible y asintió.

—¿A su coronel le gustan jovencitas, eh…?

—A los dos nos encantan —aseguró Sharpe—, intactas e infantiles.

Hocking volvió a menear afirmativamente la cabeza.

—Los chicos le costarán cuatro libras por cabeza, y ellas diez por servicio.

Sharpe fingió estar sopesando los precios, y terminó encogiéndose de hombros con aire displicente.

—Quiero catar la mercancía esta misma noche —exigió.

—¿Chica o chico? —soltó Hocking salivando lascivamente.

—Chica —precisó el aludido.

—¿Ha traído el dinero?

Sharpe sacudió con una palmadita el petate apoyado en el suelo cubierto de serrín.

—Guineas —señaló triunfante.

Al otro lado de la puerta trasera volvió a escucharse un jaleo. Hocking torció violentamente la cabeza en esa dirección.

—Tengo unos asuntillos que zanjar ahí fuera, comandante, y tardaré una o dos horas en dejarlo todo resuelto. Mandaré asear a la muchacha mientras espera. Pero quiero cinco libras ahora mismo.

Sharpe negó con la cabeza.

—Nadie verá el dinero mientras yo no le ponga el ojo encima a la muchacha.

—Vaya, ya empezamos con las mañas, ¿eh…? —escupió

Hocking con ademán desdeñoso, pero no insistió en recibir un depósito—. ¿Cómo las prefiere, comandante? ¿Pelirrojas? ¿Morenazas? ¿Gorditas? ¿Flacuchas…?

—Me basta con que sean tiernitas —recalcó Sharpe. Saber que todo era una comedia no le impidió sentir una punzada de asco en el estómago.

—Será una perita en dulce, amigo mío, se lo aseguro —aseguró el alcahuete, tendiendo la mano a Sharpe para sellar el acuerdo. El uniformado la estrechó, pero tuvo que refrenar un escalofrío al ver que Hocking la retenía. El gigantón, que tenía puños de acero, lo observaba con expresión torva—. Es curioso —comentó—, me resulta usted familiar…

—Crecí en el Yorkshire —mintió Sharpe—. Quizás haya pasado usted por allí…

—Nunca visito regiones extrañas —concluyó desabridamente Hocking antes de liberar las zarpas de Sharpe e inmovilizar las suyas —. El amigo Joe, aquí presente, le indicará dónde debe aguardarnos, pero si yo estuviera en su lugar, oficial, me entretendría un rato con los perros.

Joe, que era uno de los dos jóvenes gorilas, dedicó a Sharpe un bronco movimiento de cabeza para indicarle que le siguiera, y acto seguido cruzó la puerta trasera de la tasca. El alférez sabía exactamente lo que le esperaba al otro lado, porque, en vida de Beaky Malone, él mismo había echado muchas veces una mano en esa habitación semioculta que en realidad apenas era otra cosa que un cobertizo largo, sombrío y parcialmente sobrealzado en relación con los patios de las tres casas colindantes. Apestaba a fluidos animales. Había varios puntos de almacenamiento al fondo del tinglado, pero lo cierto es que casi todo el espacio había sido transformado en una especie de coso improvisado cuyo perímetro se marcaba con unos bancos de madera ladeados y superpuestos que delimitaban una suerte de foso de unos tres metros y medio de diámetro. Remataba el ruedo, cubierto de arena, una barrera de tablones.

—Es aquí —dijo Joe, apuntando a uno de los huecos—. No es

lujoso, pero tiene una cama.

—Prefiero esperar fuera —comentó Sharpe.

—Cuando haya acabado lo de los perros —explicó Joe—, quédese en la habitación y aguarde allí.

* * *

El casaca verde se encaramó al banco más alto, cerca ya de las vigas del techo. Seis candiles de aceite iluminaban el foso desde arriba, resaltando los gruesos salpicones de sangre que lo tachonaban. Agravada por los efluvios de la ginebra, el tabaco y las empanadas de carne que se embaulaban los clientes, la peste de toda esa carnicería tiznaba el aire del cobertizo. Debía de haber un centenar de hombres en los bancos, flanqueados por un puñado de mujeres. Varios espectadores observaron a Sharpe al verle subir los escalones. No solo no encajaba en aquella atmósfera, también les ponían nerviosos los botones de plata del capote del recién llegado. Cualquier uniforme habría alarmado a esa clase de tipos, pero, aun así, una parte del público se apartó para permitir que el oficial se acomodara en la bancada superior. En ese mismo momento, un individuo de notable estatura y perfil aguileño saltó la barda de planchas de madera.

—El siguiente combate, señoras y señores —aulló el tiparraco —, enfrentará a Priscilla, una perra de dos años, con el Noble, un dogo macho de tres. Priscilla es propiedad de míster Philip Machin. —El nombre desató un huracán de gritos y palmoteos—. El Noble, por su parte —prosiguió el maestro de ceremonias cuando se hubo restablecido la calma—, pertenece a la cabaña de cría del señor Rogelio Collis. Hagan sus apuestas, damas y caballeros… Les deseo a todos la mejor de las fortunas…

Un muchachito se aupó hasta el banco en el que se encontraba Sharpe con ánimo de coger el dinero que se dispusiera a jugar, pero él despachó al chaval barriendo el aire con el revés de la mano. Jem

Hocking acababa de dejarse ver en una de las gradas inferiores, enfrascado en la supervisión de las notas de envite de los presentes, meticulosamente recogidas por su tesorero. Otro hombre, tan flaco como el propio director de pista, se abrió paso entre los atestados bancos para tomar asiento al lado de Sharpe. De ojos hundidos y larga melena, aparentaba unos treinta años, y lo único que animaba su macilenta silueta era el flamante pañuelo rojo que llevaba anudado en torno al cuello, tan escuálido como el resto de su anatomía. Sacó suavemente un puñalito de la caña de la bota y empezó a limpiarse las uñas.

—Lumpy desea saber quién demonios es usted, coronel —siseó.

—¿Y quién es Lumpy? —quiso informarse Sharpe.

—Ese de ahí —aclaró el flaco sujeto estirando ligeramente el cuello en dirección al que organizaba el cotarro.

—¿Te refieres al hijo de Beaky?

El fideo lanzó a Sharpe una mirada llena de recelo.

—¿Cómo sabe eso, coronel?

—Porque se parece a ella —dijo sencillamente el oficial—. Y tú eres Dan Pierce. Tu madre vivía en Shadwell y le faltaba una pierna, pero no le impidió nunca andar zorreando por ahí, ¿verdad? —El cuchillo saltó como un rayo y se dejó notar bajo las costillas de Sharpe, pinchando ligeramente la piel. El militar se giró y clavó la vista en Pierce—. ¿Serás capaz de matar a un viejo amigo, Dan?

Pierce quedó mudo de asombro, con los ojos fijos como platos en aquel rostro curtido.

—¿Tú no eres…? —empezó a decir, pero se frenó en seco. La daga seguía pegada al costado de Sharpe—. No puede ser —se reafirmó Pierce, que no podía dar crédito a sus sospechas.

Sharpe abrió una amplia sonrisa.

—Tú y yo, Dan… ¿Has perdido la memoria? Solíamos hacerle recados a Beaky… —Se volvió y echó un vistazo al *ring* en el que se estaba sacando a desfilar en ese preciso instante a los dos contendientes. La perra estaba muy alborotada y tiraba constantemente de la correa mientras daba la vuelta al coso—. Parece llena de energía —estimó Sharpe.

—Una preciosa exterminadora —declaró Pierce—, y veloz como una anguila, la muy ladina.

—Sí, pero es demasiado inquieta —apreció el alférez—, está desperdiciando fuerzas.

—Eres Dick Sharpe, ¿a que sí…? —El acero desapareció.

—Jem no sabe quién soy —confesó Sharpe—, y quiero que siga a oscuras.

—No voy a chivarme al hijo de puta ese, descuida. ¿Pero, de verdad eres tú?

Sharpe afirmó en silencio.

—¿Y metido a militar?

Volvió a asentir sin pronunciar palabra.

Pierce soltó una carcajada.

—¡Maldita sea! ¿Pero es que Inglaterra se está quedando sin caballeros?

Sharpe sonrió.

—Poco más o menos, Dan… ¿Has apostado dinero a la perra?

—No, no; al macho —contestó Pierce—. Pelea bien y es muy constante. —Volvió a mirar fijamente a Sharpe—. Parece mentira: ¡Dick Sharpe!

—En persona —replicó annimoso el militar, consciente de la sorpresa que causaba el reencuentro en Dan, tras veinte años de no pisar aquel nido de ratas. Beaky Malone siempre había profetizado que Sharpe terminaría en la horca, pero al parecer se las había arreglado para evitar la soga. Había huido de Londres para buscarse la vida en el Yorkshire, detalló. Había quitado mercenariamente unas cuantas vidas, se había unido al ejército para esquivar el largo brazo de la ley, y había terminado encontrando un hogar en ese condado. Poco a poco se las había ingeniado para ascender en el escalafón. Y un buen día, en el sofocante calor de la India, agravado por la inmensa polvareda del campo de batalla, le habían elevado al rango de oficial. Sin embargo, tras haber salido de aquella cloaca y obtenido un nombramiento real, Sharpe se hallaba de nuevo en el viejo y apestoso redil. Como los uniformados no querían conservarle en sus filas, había decidido largarse, pero lo primero que tenía que

hacer era quitarle las telarañas a la bolsa.

Observó al cronometrador de la lid, que llevaba un reloj de bolsillo tan grueso que parecía verse obligado a sujetarlo en vez de lucirlo, y en ese mismo instante se lanzó una moneda al aire para decidir cuál de los dos canes debía salir primero a la palestra. El tumo recayó en la inquieta perra. Se levantó en vilo al macho para sacarlo del loso y se pusieron dos grandes jaulas sobre los tablones. Un chiquillo quitó el pestillo que mantenía cerrada la puerta de las cajas de alambre, las volcó a conciencia, y brincó rápidamente al otro lado de las planchas de madera.

Treinta y seis ratas salieron a explorar velozmente el espacio cubierto de arena.

—¿Estáis listos…? —aulló el presentador.

La masa apiñada en la sala respondió con un griterío ensordecedor.

—¡Cinco segundos! —avisó el maestrescuela borrachín que se encargaba de controlar el tiempo antes de clavar la vista en las agujas de su medidor con leontina—. ¡Ya!

La suelta de Priscilla hizo que Sharpe y Pierce se inclinaran hacia delante. El animal era muy hábil. Los dos primeros roedores perecieron antes de que los demás hubieran tenido tiempo de percatarse de la presencia de un predador en el ruedo. Los enganchaba por el cuello, les daba una frenética sacudida, y los dejaba caer de inmediato, inertes. Sin embargo, la emoción la embargó a tal punto que empezó a perder valiosos instantes lanzando tarascadas inútiles a tres o cuatro ratas a la vez. «¡Menéalas!», berreaba su dueño, aunque sus chillidos se perdían, anegados por los de la multitud. La perra se lanzó sobre un denso grupo de roedores y comenzó a repetir la maniobra, haciendo caso omiso de los repugnantes bichos que la acometían. Esta vez no dejó escapar a una gran rata negra. «¡Tírala! ¡Boñiga muerta!», se asfixiaba el propietario. «¡Tírala! ¡Tírala! ¡Perra hijaputa! ¡Tírala! ¡Es una boñiga muerta!».

—Demasiado joven —se desconsoló fríamente Pierce—. Ya le había dicho yo a Phil que la entrenara otros seis meses más. «Déjala

practicar», insistí, pero no me hizo ni puñetera caso. Siempre presta oídos sordos a todo cuando no le interesa, ese es el problema… —Se quedó mirando fijamente a Sharpe—. No me lo puedo creer… ¡Dick Sharpe convertido en un jodido polichinela! —Así llamaba él a los oficiales, porque ya sabemos que un polichinela es un fantoche de esos que salen en los guiñoles de las ferias, un títere cómico ataviado con falsas sederías y unas orejas de burro prendidas en el pelo—. ¿Hocking no te ha reconocido?

—No. Y no quiero que lo haga.

—No diré ni una palabra a ese asqueroso —lo tranquilizó Pierce antes de echarse nuevamente hacia atrás para ver las evoluciones de Priscilla, concentrada en dar caza a los últimos roedores dispersos por el coso.

Regueros de sangre fresca moteaban ahora la arena. Unas cuantas ratas se movían aún, con las patas amputadas o la tripa abierta, y quienes habían apostado por la perra la jaleaban a voz en cuello para que les diera el mordisco de gracia.

—La primera vez que la vi —explicó Pierce—, pensé que sería tan letal como su madre. ¡Dios, qué buena era: un verdadero témpano asesino! Esta, en cambio, está todavía muy verde. Pero mejorará, sin duda… —La miró mientras degollaba a un roedor que se había mostrado particularmente esquivo. Lo zarandeó con todas sus fuerzas, rociando de sangre a los clientes más próximos a la barrera—. No los mata con los dientes —señaló Pierce—, los descabeza con todas esas sacudidas.

—Ya me doy cuenta, no creas…

—Está claro…, está claro…; sin duda… —dijo Pierce plegando velas mientras contemplaba lo que sucedía abajo, donde el muchachito que había traído las jaulas regresaba de un salto al *ring* para recoger a paletadas los cadáveres ensangrentados y meterlos en un saco—. Lumpy siempre intenta vender las ratas muertas —comentó—. Uno imagina que siempre debería haber alguien dispuesto a comérselas. La empanada de rata no está nada mal, sobre todo si no sabes de qué está hecha. Sin embargo, nunca consigue colárselas a nadie. —Se interrumpió para considerar desde

su atalaya los ajetreos de Jem Hocking—. ¿Va a haber problemas? —quiso saber.

—¿Te molestaría?

Pierce se sacó el sarro de las encías con una de sus largas uñas.

—No —dijo secamente—, y a Lumpy le encantará. Hace tiempo que tiene ganas de ocuparse de las apuestas del garito, pero Hocking no le deja.

—¿Que no le deja?

—Hocking es ahora el propietario —aclaró Pierce—. Se ha adueñado de todas las casas de la calle, el muy cabrón. —Se habían vaciado en la arena otros dos cajones de ratas, y los animales, convertidos en una mancha oscura y escurridiza, salían corriendo en todas direcciones en el instante mismo en que la turba aclamaba con un rugido al perro. Su cuidador lo sujetó un momento sobre la arena en ebullición y en cuanto lo soltó comenzó la escabechina. El Noble cumplía su misión con pasmosa eficacia, abriendo una amplia mueca complacida en el rostro de Pierce—. Jem va a perder hasta la camisa con este —se regodeó.

La perra se había revelado hábil y veloz, pero su contrincante estaba en la fuerza de la edad y contaba con experiencia. Se puso a exterminar roedores a un ritmo frenético, y la algazara del público alcanzó su paroxismo. No solo daba la impresión de que casi todos habían apostado por el perro, sino que a la alegría de la victoria se sumaba la clara conciencia de que Jem Hocking estaba a punto de perder el envite. La única pega era que Jem Hocking no era hombre al que le gustara perder. Cuando el can llevaba liquidada una veintena de roedores, un espectador de la primera bancada se puso súbitamente malo, sacó la cabeza por encima de la barrera y vomitó una alargada masa amarillenta al otro lado, lo que hizo que el perro se precipitara a engullir de inmediato aquel pastel de carne a medio digerir. El dueño protestó con un gutural bramido y de la aglomeración de público se elevó un rumor de burla, pero Hocking mantuvo el rostro impasible.

—¡Canalla! —masculló Pierce entre dientes.

—Un viejo truco —corroboró Sharpe, echándose hacia atrás.

Paseó la yema de los dedos por la empuñadura del sable. No le gustaba la hoja curvada del arma, demasiado ligera para causar verdaderos daños al adversario, pero ese era el acero oficialmente asignado a los oficiales del regimiento de Fusileros. Habría preferido con mucho uno de los espadones de empuñadura de celosía que solían blandir los escoceses en las batallas, pero las normas eran las normas y los casacas verdes habían insistido en que llevara el equipo reglamentario. Según aseguraban, se trataba de un sable o de una espada, el hierro era un mero elemento decorativo del uniforme, así que el simple hecho de que un oficial se viera obligado a desenvainar el suyo en combate constituía ya una confesión de fracaso. Por consiguiente, carecía de importancia que el sable de la caballería ligera resultase muy poco práctico, proseguían. Sin embargo, él ya se había defendido muchas veces a espada, y en multitud de refriegas, y desde luego nunca había salido malparado. «Tómese la molestia de abrir brecha en el frente enemigo», le había venido a decir al coronel Beckwith, «y se alegrará de tener en las manos una Tizona capaz de partir en dos al enemigo». Sin embargo, el mando de la media brigada se había contentado con menear condescendientemente la cabeza antes de responderle: «La misión de los oficiales de Fusileros no consiste en penetrar en cuña en las filas del contrincante. Nuestro deber se centra en permanecer al margen de los reñideros más enconados y en acabar con el adversario desde lejos. Esa es la razón de que dispongamos de rifles, no de mosquetes». Fuera como fuese, todas aquellas cuestiones se le hacían ahora a Sharpe puras paparruchas. Iba a coger su dinero, a renunciar al nombramiento y a vender después el sable para olvidarse de su arma de fuego preceptiva.

Lumpy clausuró la velada anunciando que en la sesión siguiente habría peleas de gallos y hostigamiento de tejones. Estos últimos provenían de Essex, recalcó con la doble intención de alardear de su fiereza y de sugerir que esa región les confería algún tipo de resabio particular en los enfrentamientos (aunque también pretendía ocultar la circunstancia de que el condado fuera simplemente el lugar más cercano a Wapping en el que procurarse una alimaña tan belicosa).

La muchedumbre comenzó a desfilar y Sharpe volvió a la pieza en la que le habían indicado que aguardara. Dan Pierce le acompañó.

—Yo que tú no me quedaría, Dan. Es probable que haya dificultades.

—Dificultades para ti, Dick —esbozó a modo de aviso su viejo amigo—. Jem nunca está solo.

—No te preocupes, me las arreglaré… Cuando todo acabe dejaré que me invites a una cerveza.

Pierce se marchó, y Sharpe reunió toda su fuerza de voluntad para meterse en el pestilente cuartucho que le había asignado el guardaespaldas de Hocking. Los tejones estaban todos encerrados en una serie de jaulas de alambre apiladas contra una de las paredes. El resto del espacio lo ocupaban una mesa en la que ardía con luz difusa una lámpara de aceite y una improcedente cama inflada de sábanas, mantas y cojines. Las chicas de Lumpy, las que se dedicaban a expender ginebra y empanadillas calientes, utilizaban la habitación para sus propios menesteres, cosa que a Sharpe le vino al pelo. Arrojó sobre la mesa el petate y el capote. Desenvainó a continuación el sable y lo colocó sobre las cajoneras de los tejones, con la guarda mirando hacia él. Pese al torpor de su huraña tristeza, los animales, que destilaban un hedor acre, se revolvieron inquietos en su prisión.

Esperó con el oído alerta, espiando los sonidos que se iban amortiguando en el cobertizo. Un año antes, Grace y él habían alquilado una casa de ocho dormitorios cerca de Shorncliffe. En esa época se sentía bastante bien integrado en el batallón, ya que Grace había causado una espléndida sensación entre los oficiales, encantados con ella. Pero ¿cómo había podido alimentar la peregrina idea de que aquella situación iba a ser duradera…?

Había sido como un sueño. La única diferencia era que tanto los hermanos de Grace como sus abogados se inmiscuían una y otra vez en la ensoñación, exigiendo a la joven que le abandonara, y llegando incluso a ofrecerle dinero si se decidía a tomar el camino que juzgaban decente. Más tarde otros leguleyos habían aherrojado el testamento de su marido, encapsulándolo en una maraña de

palabrería, dilaciones y confusión… «Quítatela dela cabeza», se repetía Sharpe a sí mismo en ese instante, pero no había forma… Las lágrimas nublaban la vista al alférez al resonar de pronto unos pasos a escasa distancia del cubículo. Se frotó rápidamente los ojos al percibir que se abría la puerta.

Jem Hocking cruzó el umbral en compañía de una chiquilla y dejó el batiente entreabierto para que los dos hombres que le protegían permanecieran justo al otro lado. La muchachita, delgada, pálida y pelirroja, era la viva imagen del temor. Echó una rápida mirada a Sharpe y rompió a sollozar sin ruido.

—Te presento a Emily —comenzó a decir Hocking, tirando de la mano a la niña—. Este hombre tan simpático quiere jugar un ratito contigo, ¿no es así, comandante?

Sharpe asintió con la cabeza. La cólera que le invadía era tan abrumadora que temía traicionarse si abría la boca.

—No quiero que salga demasiado dolorida —precisó el proxeneta. Su rostro, del color de la carne cruda, aparecía marcado por la prominente nariz, salpicada de irregulares venillas cárdenas—. Quiero que vuelva de una pieza. Bueno, señor oficial…, ¿dónde está el dinero? —Acarició con untuosas palmaditas la saca que le pendía del hombro—: Aquí hay que meter diez libras —dijo tajante.

—Las tengo en el petate —argumentó Sharpe señalando la mesa con un movimiento de la frente—. Solo tiene que abrir la faldilla superior.

Hocking se giró hacia el lugar indicado mientras Sharpe se ponía al lado de Emily y aprovechaba el gesto para arrimar la puerta con el hombro y cerrarla casi por completo. Cogió a la pobrecilla en vilo, y con un veloz movimiento le envolvió la cabeza con la manta. Aterrorizada, la chica empezó a gritar a voz en cuello al verse sofocada en una mullida negrura. Las quejas hicieron volverse a Hocking, pero Sharpe extraía ya limpiamente el sable del montón de jaulas. Hocking entreabrió la boca, enmudecido por el asombro, pero la afilada lámina de acero se le apoyó sobre el pescuezo.

—Ni una palabra —ordenó el militar mientras echaba el cerrojo —. Suelta la pasta, Jem… ¡Hasta el último cobre! Pon la bolsa en la

mesa y vacíate los bolsillos…

Pese a sentir el frío sable contra la garganta, Jem Hocking no pareció alarmarse.

—Está usted loco —señaló con calma.

—La mosca, Jem… En la mesa.

El aludido sacudió la testa, totalmente desconcertado. Se encontraba en su terreno, en un reino que él mismo había levantado, y se le antojaba imposible que nadie se atreviera a lanzarle tamaño desafío. Tomó una fuerte bocanada de aire, con la obvia intención de berrear pidiendo ayuda, pero la punta del arma se hincó súbitamente en la carne con fiera determinación, derramando sobre la piel un hilillo de sangre.

—En la mesa, Jem —repitió Sharpe en un tono suavísimo que disimulaba el furor que le sacudía el pecho.

Hocking seguía sin obedecer. Frunció el ceño.

—¿Le conozco…?

—En absoluto —replicó el casaca verde.

—No va a sacarme ni un penique, joven —aseguró el apoderado del hospicio.

Sharpe hizo girar a la hoja. Hocking dio un paso atrás, pero el oficial mantuvo la espada pegada a su cogote. Apenas había arañado la piel del muy sinvergüenza, pero apretó un poquito más el estoque y volvió a retorcerlo.

—El dinero —insistió— en la mesa.

—Eres un tarado, chico, un perfecto imbécil —susurró Hocking —. No podrás salir de aquí. De ninguna manera. Tengo guardias ahí fuera, y te van a hacer trizas.

—Los cuartos —se oyó decir a Sharpe con acento cansino, y reforzó su imperioso requerimiento asestando un doble zarpazo con el extremo del sable en el rostro de Hocking, cruzado ahora por dos finas y largas líneas rojas en nariz y mejillas. Una expresión atónita se asomó al semblante del individuo. Acercó un dedo al carrillo y contempló incrédulo la evidente advertencia de la sangre.

Se oyó el golpear de unos nudillos contra la puerta.

—¿Señor Hocking? —inquirió una voz.

—Solo estamos negociando el precio —especificó Sharpe elevando el tono—. ¿Verdad, Jem…? —Y luego, con un sosegado y casi inaudible murmullo—: En la mesa, o te fileteo como a un congrio…

—¿Usted no es oficial, verdad? Viste como si lo fuera… Claro… Una comedia… Pero esta vez se ha equivocado de hombre, amigo…

—Soy alférez —cortó Sharpe, y volvió a sangrar a Hocking cerca de la carótida—. «Un militar de pura cepa —añadió—. Y ahora afloje los bolsillos».

El cancerbero de la inclusa tiró de mala gana el talego encima de la mesa e introdujo velozmente la mano en el bolsillo del sobretodo. Sharpe esperaba oír el tintineo de unas monedas, pero lo que salió de la entretela de la prenda no fue nada de eso, así que, en el instante mismo en que el brazo de Hocking reemergía del gabán, el casaca verde dejó caer pesadamente el sable, cercenó el pulgar de su adversario, y blandió de nuevo el hierro para herir una vez más al bellaco. Este, que acababa de extraer un pistolete del bolsillo, lo soltó para agarrar con la zarpa sana la que tenía herida. La pistola cayó al suelo.

—Vacíate los putos bolsillos —le conminó Sharpe.

Hocking titubeaba, sin saber si pedir auxilio o no. Sin embargo, algo en Sharpe parecía tan decididamente implacable que juzgó más sensato seguirle la corriente. Se encogió con un sobresalto de dolor al valerse de la mano derecha, destrozada, para hurgar en el bolsillo en busca de unas piezas. La puerta empezó a tabletear, sacudida por alguien que intentaba forzar el pestillo.

—¡Un momento! —aulló Sharpe. Varias monedas de oro brillaron entre las de plata y cobre—. Sigue, Jem, no te detengas… —apremió al mutilado.

—Eres hombre muerto —masculló Hocking, pero sus muñones habían encontrado más efectivo, así que lo apiló sobre la mesa—. Eso es todo lo que tengo —declaró.

—De espaldas contra las jaulas, hijo de la gran puta —escupió Sharpe mientras empujaba a punta de sable a Hocking, obligándolo a pegarse a los tejones. Después, con el acero todavía en la diestra,

Sharpe se apresuró a embutir en el morral los puñados de monedas. No pudo examinar de cerca el botín, dado que tenía que vigilar a Hocking, pero comprendió que había cuando menos unas dieciocho o diecinueve libras en total.

El siniestro clic le salvó la vida. Lo que acababa de oír a su espalda era el inconfundible chasquido de un arma de fuego al amartillarse. Tras echarse a un lado, se arriesgó a mirar rápidamente en la dirección de la que procedía el sonido, y vio que había un agujero en la mampara de madera que hacía las veces de pared. Era sin duda el orificio por el que Lumpy satisfacía sus inclinaciones voyeristas, y uno de los gorilas que montaban guardia al otro lado debía de haberse percatado de lo que sucedía… En el preciso instante en que Sharpe basculaba el cuerpo hacia la cama, el fogonazo de una pistola agitó su endiablada lengua a través del boquete, dispersando una bruma de pólvora por la habitación. Emily chilló bajo la manta, y Jem Hocking aprovechó el momento de distracción para agarrar una de las jaulas de los tejones y lanzársela a Sharpe con todas sus fuerzas.

El cajón metálico rebotó violentamente en el hombro del alférez. Con la mano crispada, Hocking pugnaba por hacerse con el arma, pero Sharpe lo disuadió con un terrible puntapié en la cara, seguido de un nuevo golpe de sable, que esta vez encontró la cabeza. El cuerpo del explotador de expósitos quedó tendido en cruz sobre la mesa. Sharpe atrapó la pistolita y descerrajó un tiro contra el muro, justo al lado de la indiscreta mirilla. El maderamen se astilló, pero no brotó grito alguno de la parte opuesta. Clavó la rodilla en la panza del vencido y aplicó la espada a la garganta del gigantón.

—Claro que me conoces —siseó rabioso Sharpe—. Por cojones que te acuerdas de mí…

No tenía intención de darse a conocer. Se había prometido a sí mismo que todo se reduciría a robar a Hocking, pero ahora supo, como si el olor de la pólvora que saturaba el aire hubiera sido un oráculo revelador, que siempre había querido acabar con aquel desalmado. No, ahora no iba a conformarse con desplumar al viejo. Quería ver la cara que ponía el muy cabrón cuando comprendiera

que uno de sus antiguos pupilos había vuelto, y convertido en un polichinela, además. Sharpe esbozó una sonrisa, y por primera vez planeó sobre el rostro de Hocking la sombra del terror.

—Soy un oficial hecho y derecho, Jem. Me llamo Sharpe; Dick Sharpe…

Vio pintarse una mueca de incredulidad en el semblante de su enemigo. De hecho, la sensación de vivir un imposible que de pronto le teñía la expresión no afloraba sola, sino de la mano de un asombro y un miedo infinitos. Para el casaca verde aquello era recompensa más que suficiente. Al reconocer a Sharpe, Hocking abrió los ojos —tanto que parecía querer dejarlos escapar de las órbitas—, pero al mismo tiempo su cara declaraba que aún no lograba entender que uno de sus muchachos hubiese podido auparse a un puesto de mando en el ejército. Fue entonces cuando la perplejidad se transformó en pavor al caer en la cuenta de que aquel tipo buscaba venganza.

—Maldito bastardo —exclamó el soldado—, jodido y asqueroso pedazo de mierda… —La ira lo había vuelto lívido—. ¿Te acuerdas de los latigazos que me arreabas? —preguntó con tensa exigencia—. ¿Has olvidado que te ensañabas en los azotes hasta hacer correr la sangre? Yo no, Jem. Yo lo recuerdo perfectamente… Por eso estoy aquí.

—Escúchame un momento, muchacho —rogó Hocking.

—¡Ni se te ocurra usar conmigo esa basura de «muchacho»! —le conminó Sharpe—. Soy un adulto, Jem. Un militar…, un jefe con mando en plaza…, y he aprendido a matar…

—¡No…!

—¡Sí! —contrarrestó inflexible Sharpe. Nada podía aplacar ya el amargo resentimiento que brotaba de lo profundo de su alma, que le anegaba como un torrente desbordado y le consumía. Todos aquellos años de dolor y miseria le tensaron el brazo y propulsaron la hoja, que, movida por una fuerza rápida e inexorable, penetraba ya profundamente en las tragaderas del ruin Hocking. Un río de sangre atajó bruscamente el último alarido de protesta del bandido. El corpulento endriago pugnaba por tomar aliento, pero con un gañido

animal, Sharpe siguió hundiendo el acero, seccionando músculos y cartílagos y haciendo brotar un manantial de sangre de las fauces de la víctima, hasta chocar violentamente contra el hueso. Las exhalaciones de Hocking salían ya como un puro burbujeo rojo por la garganta abierta mientras el oficial se afirmaba en los dos pies para clavar el sable en lo más hondo. Lo hizo con tanta furia que la hoja terminó combándose al tropezar con las paredes interiores de la caja del cráneo—. ¿Vaya putada, eh, Jem? —rugió el verdugo—. ¡Para que te enteres, hijo de la grandísima puta! —La puerta retembló, sacudida por los hombres de fuera que trataban de hacer saltar el pestillo. Sharpe arreó un patadón en el batiente—. ¡Todavía no hemos terminado! —ladró.

Al otro lado se produjo un súbito silencio. Pero ¿cuántos hombres había allí apostados? Además, todo el mundo tenía que haber oído por fuerza los dos tiros de pistola. «Los gorilas deben de contemplar indecisos esta ratonera», pensó Sharpe. «Saben que algún despojo podrán sacar de la movida. Maldito estúpido», se recriminó interiormente. Grace ya le había advertido que tenía que pensarse las cosas dos veces antes de dejar que la rabia ciega gobernara sus acciones… Pero la lección no había servido de nada. Su llegada no respondía a la idea de liquidar a aquel capullo, solo pretendía desvalijarlo. Bueno, no; no era exactamente así… Hacía años que soñaba con hacerle escupir la vida por la boca al muy cabrito, pero lo había hecho torpemente, cediendo a un arrebato incontrolable, y el sofito se había metido en la trampa. Todavía brillaban algunas monedas en la mesa, una de ellas de una guinea… las arrojó todas a la cama.

—¿Emily? —llamó.

—¿Sí…? —gimoteó una vocecita.

—Este dinero es para ti. Escóndelo. Y sigue oculta tú también. Echate y no te muevas…

En el exterior vibraba todavía el silencio, pero aquella calma no auguraba nada bueno. Sharpe apagó el candil de un soplo y cargó con el capote y el petate. Se puso el zurrón del dinero en bandolera, arrancó la espada, incrustada en la cabeza de Hocking, se acercó a la

puerta y abrió el cerrojo lo más calladamente que pudo. Levantó el pestillo y empujó con cuidado la hoja hasta dejarla entreabierta. En el interminable momento de quietud que había seguido al estertor final de Hocking, Sharpe había supuesto que los dos hombres no tenían más que un pistolete, pero también imaginó que los dos irían armados con cuchillos y cachiporras. Pensó por un instante que lo más lógico sería esperar que uno y otro cargaran contra él en cuanto empujara el batiente, pero ahora que lo había hecho le sorprendió comprobar que permanecían a la espera. Sabían que, tarde o temprano, Sharpe tendría que abandonar su escondrijo, de modo que se habían limitado a aguardar el momento más oportuno. Sin dejar de vigilar a los guardaespaldas del muerto, el alférez se agachó y buscó a tientas la jaula de tejones que el de la inclusa le había lanzado en un amago de resistencia. Situó el cajón inmediatamente detrás de la puerta y deslizó el cierre que liberaba la tapa, y con ello a los cautivos.

Del extremo opuesto del tinglado venía algo de claridad. Era muy débil, pero bastó para permitir que los hombres de Hocking percibieran el taimado avance de la pesada y negra silueta que acababa de escabullirse por la rendija de la sórdida habitación y que ahora progresaba husmeando con desconfianza aquí y allá. Tras unos tensos instantes, el animal, de buen tamaño, intentó ganar nuevamente el amparo del oscuro cuarto del crimen. Sin embargo, Sharpe le animó a seguir adelante, hostigándolo con la punta de la espada, y el tejón se internó pesadamente en el vasto espacio del cobertizo.

Se oyó el estampido de un pistoletazo y un destello cegador rasgó la oscuridad. La bestia emitió un chillido, y una estaca le partió el espinazo. Sharpe aprovechó la ocasión que le brindaba el hecho de que los tipos que le buscaban malgastaran sus esfuerzos en el pobre bicho para empujar suavemente la puerta y eclipsarse sin ser visto. La lámina de acero siseó como una serpiente, arrancando un mugido de dolor a uno de los centinelas. Acto seguido, Sharpe volvió a describir un mortífero arco con la guadaña en un intento de alcanzar al segundo tipo, pero este consiguió esquivar el golpe. El

casaca verde no perdió tiempo. Corrió hacia la parte trasera del hangar, ya que recordaba que por allí se accedía a un callejón por el que podía llegarse hasta una inmunda e insalubre zanja desde cuyas orillas podían engancharse las barcazas para sacarlas del Támesis. Trastabillando en la negrura del pabellón, uno j de los dos esbirros de Hocking salió pisándole los talones. Al llegar al ángulo de la lonja, Sharpe desfondó la puerta con el hombro y bajó como alma que lleva el diablo por la calleja. Allí había otros dos tipos apostados, pero se echaron unánimemente a un lado al primer relumbrón del sable. Sharpe dobló la esquina de la derecha y enfiló a toda velocidad hacia el enorme pósito en el que se almacenaban los sacos de tabaco, y en el que una banda de falsificadores solía acuñar moneda ilegalmente en los lejanos tiempos de su infancia.

—¡Cogedlo! —berreó una voz, seguida de un apresurado rumor de pasos.

El perseguido se metió por otro pasadizo. El griterío era cada vez más fuerte. Los individuos que trataban de darle caza no lo hacían para vengar a Hocking —ya que ni siquiera sabían que la había diñado—, sino porque aquel uniformado era una rata ajena a su agujero. En su loca carrera, Sharpe se percató, sable en mano, de que las bravatas y aullidos de los lobos, envalentonados, vibraban cada vez más cerca en la espesa oscuridad que se pegaba a su espalda como una estela. El petate, el sobretodo y el costal pesaban lo suyo, la precipitación le hacía resbalar en las sucias costanillas, y los pies se le llenaban de lodo y boñigas… Sabía que no le quedaba más remedio que encontrar pronto un cubil en el que refugiarse, así que torció por el angosto pasaje que bordeaba el paredón lateral de la ceca, dobló nuevamente a la izquierda, después a la derecha, y remató el zigzag con otro bandazo a babor. Vio por fin un portal lóbrego en el que pudo hacerse un ovillo y recuperar el aliento. Oyó a los energúmenos rebasar estrepitosamente la boca de la callejuela, y al cabo de un rato se reclinó con alivio al constatar que la alborotada montería se desvanecía lentamente por la barriada norte.

Reprimió un mohín de asco al caer en la cuenta de que tenía la guerrera empapada de sangre. Bueno, eso podía esperar. De

momento se contentó con devolver el sable a su vaina, disimular el arma bajo el capote y levantar el petate en volandas para dirigirse al este por las calles y callejas de su infancia, todavía parcialmente impresas en su memoria. Empezó a sentirse un poco más seguro al dejar atrás la Torre de Londres, tras cuyos altos y estrechos ventanucos refulgían de cuando en cuando unas luces amarillas. Sin embargo, continuó volviendo una y otra vez la vista para cerciorarse de que nadie le seguía. El grueso de sus perseguidores había proseguido en manada las pesquisas, pero los más espabilados quizás hubieran tenido la idea de ventear sigilosamente su rastro. Después de la experiencia vivida, tenía claro que era una presa apetecible, no solo por lo que pudiera sacarse por su sable en un cambista o vendiendo la botonadura de plata de su uniforme, sino por las monedas que le había birlado a Hocking. Era potencialmente una diana para cualquiera. Las calles de la ciudad estaban desiertas, y en dos ocasiones creyó oír pisadas a su espalda, aunque no vio a nadie. Continuó la marcha hacia poniente.

Después de superar la zona de Temple Bar, las avenidas empezaron a estar más concurridas, y Sharpe se alegró de saberse más seguro, aunque no por ello descuidó la retaguardia. Apresuró el paso por la calle Fleet, a continuación giró al norte y se introdujo en una confusa maraña de callejones estrechos. La lluvia había vuelto a hacer acto de presencia, y empezó a sentir los efectos del cansancio. Un grupo de hombres salió con precipitación de una taberna, y Sharpe se apartó instintivamente de su camino para adentrarse en una vía ancha que reconoció enseguida: se trataba de la avenida de High Holbom. Hizo un alto para que su corazón latiera con más calma. ¿Lo habrían localizado?

A derecha e izquierda de la calle, las ventanas que daban a la acera arrojaban un resplandor ambarino, iluminándolo todo. «Tienes que ir al cruce de Siete Caminos», pensó Sharpe, «y buscar a Maggie Joyce». El aguacero, que había empezado a arreciar con más fuerza, tamborileaba sobre la lona embreada de un carruaje aparcado. Otro coche de caballos pasó raudamente a su lado, haciendo añicos el espejo de los charcos. A la débil luz de sus fanales

de posición resaltaron brevemente los contornos del cartel pintado de verde y amarillo que campeaba en la fachada de aquel edificio de relucientes ventanales. Dos serenos con impermeables azules de brillante abotonadura y provistos de largos chuzos le adelantaron lentamente. ¿Habrían oído algo los guardias? De ser así, andarían en busca de un oficial del ejército cubierto de sangre… Era evidente que debía desaparecer de la circulación… Las luces de la berlina habían revelado que la taberna del vasto cartelón era el French Horn. Se trataba de un establecimiento al que en otro tiempo solían acudir los músicos del teatro del pasaje Drury, que estaba a la vuelta de la esquina, pero después lo había adquirido un antiguo soldado que simpatizaba con cualquier oficial que se dejara caer por el barrio, de modo que todo el personal del ejército conocía la tasca por el mal nombre de Frog Prick[3].

«Eso es, un buen filete», pensó Sharpe. «Un gran pedazo de carne con cerveza y una chimenea que tire como las mismísimas calderas del infierno…». Se proponía abandonar las filas, pero seguía siendo un oficial, así que en el Frog Prick lo recibirían con los brazos abiertos. Agarró el petate, cruzó la calle y subió las escaleras.

Nadie se percató de su presencia. Aproximadamente la mitad de los parroquianos que se apoyaban en la barra del bar, que funcionaba a medio gas, eran mandos de alguna compañía, pero muchos de los que vestían de paisano también podían pertenecer perfectamente al ejército. No había ningún rostro conocido. Sharpe encontró una mesa libre en un rincón discretamente envuelto en la penumbra. Dejó el bulto en el suelo y se quitó el capote empapado. Una pelirroja que lucía en los tirantes del delantal los escudos del morrión de una docena de regimientos le hizo saber que al local le quedaba todavía una cama libre para la noche.

—Ahora bien, tendrá que compartirla —advirtió—, y le agradecería que no despertara al caballero que la ocupa cuando suba a la habitación. Se ha acostado muy temprano.

De pronto se le pintó una fea mueca en el rostro al comprender que la casaca de Sharpe estaba embadurnada de sangre.

—Un ladronzuelo ha intentado quitarme esto —explicó el

alférez dando unas palmaditas al morral del dinero—. ¿Podría darme un balde de agua fría? —preguntó.

—¿Quiere que le traiga también algo para limpiarse las botas? —contestó ella.

—Sí, y una jarra de cerveza —dijo Sharpe—, con el filete más grueso que tenga, por favor.

—No hemos visto a muchos fusileros por aquí últimamente —comentó la camarera—. He oído que parten al extranjero.

—Pues fíjese que a mí me ha llegado el mismo runrún… —repuso socárronamente el oficial.

—¿Y a dónde se dirigen, si puede saberse?

—Nadie lo sabe; es un secreto militar… —replicó Sharpe haciéndose el interesante.

La mujer se le acercó al oído:

—A Copenhague, encanto —dijo en un susurro—. Solo asegúrate de volver a casa de una pieza, cielo —remató la chica.

«Copen…», comenzó a balbucir Sharpe.

«Shhh…», oyó que le ordenaba sellándose los labios con un dedo. «Si tienes alguna pregunta relacionada con el ejército, cariño, vente al Frog Prick. Nos enteramos de todo dos días antes de que los guardias de Caballería se pasen por aquí a averiguar lo que se cuece…». Dicho esto, y blandiendo una espléndida sonrisa, la joven dio media vuelta y se marchó.

Sharpe abrió la saca y trató de calcular cuánto efectivo había dentro. «Por lo menos veinte libras», se dijo. «Delinquir sale a cuenta», continuó farfullando en su fuero interno mientras giraba la silla para dar la espalda a la sala. «¡Veinte libras!». Un hombre bien podía empezar una nueva vida con esa cantidad.

«¡Veinte libras!», repitió para sus adentros… «Bonito salario para una noche de trabajo», pensó, aunque la sombra del chapucero asesinato que acababa de perpetrar hizo que se enfadara consigo mismo. Había tenido mucha suerte de salir indemne. No creía que fuese a tener problemas con la ley, ya que la gente de Wapping no era amiga de llamar a la policía. Un montón de vecinos había podido ver a Hocking en compañía de un oficial de los Fusileros, y

muchos llegarían a la conclusión lógica de que ese militar había sido también el autor de la muerte que se había producido en la trasera de la taberna de Beaky Malone, pero, según Sharpe, los agentes ni se habrían inmutado; y eso suponiendo que les llegara un soplo de lo ocurrido. Alguien llevaría el cadáver del rastrero personaje al río y lo arrojaría en marea baja para que el agua lo vomitara después en Dartford o Tilbury. Entre chillidos y picotazos, las gaviotas se cebarían en las tripas del puto carcamal y le sacarían el ojo que aún conservaba. Nadie se rasgaría las vestiduras por un tipo como Jem Hocking. O eso esperaba Sharpe, al menos.

Sin embargo, todas aquellas consideraciones no ocultaban el hecho de que seguía siendo un hombre acosado. Había huido de Wapping con una pequeña fortuna y desde luego a más de uno le entrarían ganas de dar con su paradero para quedarse con la pasta. Los primeros en salir tras su preciada talega serían sin duda los mastines de Hocking, y estaba claro que uno de los sitios en que se apresurarían a husmear sería justamente una cantina como la del Frog Prick. «Tal y como están las cosas», caviló, «lo mejor es quedarse una noche aquí, y después ahuecar el ala una temporada, y a ser posible lejos de Londres». En el mismo momento en que tomaba esa decisión, se oyó una súbita conmoción en la puerta de entrada del garito, lo que hizo que le asaltara el temor de que los sabuesos que iban tras él hubieran encontrado ya su pista, pero solo era un bullanguero grupo de hombres y mujeres que se guarecía precipitadamente del diluvio. Los jóvenes sacudieron a conciencia el agua de los paraguas y cogieron gentilmente los abrigos de las damas. Sharpe sospechó que venían del teatro cercano, ya que ellas llevaban unos vestidos escandalosamente cortos y e iban pintadas como puertas. Lo más probable es que se tratara de actrices, y desde luego los tíos, de distintas edades, eran todos oficiales del ejército: así lo pregonaban a coro los chillones tonos carmesíes de sus sobretodos, las doraduras de los galones y el satén rojo de sus fajines. Sharpe apartó la vista para evitar que la mirada de alguno de esos nuevos clientes se cruzara con la suya.

—¡Insisto en declarar que el buen vino aumenta el

discernimiento de los genios! —exclamó uno de los oficiales de guerrera encarnada. El singular alegato arrancó gritos de júbilo afirmativo entre sus camaradas. Los de la partida cambiaron de sitio sillas y mesas para acomodar a la banda, cuyos miembros eran viejos conocidos para muchos de los parroquianos.

—Estás perfectamente divina, querida —aseguró un oficial halagando los oídos de una de las muchachas mientras sus compañeros le abucheaban burlonamente por la galantería.

Sharpe miró con mala cara el bocal de cerveza. A Grace le encantaba el teatro, pero él no encajaba en el mundillo de los aficionados a tales entretenimientos, ya no, al menos… «¡A la mierda!», pensó. No conservaría mucho más tiempo los entorchados de oficial. Ahora tenía pasta, así que podía echarse a la calle y empezar de nuevo. Cogió maquinalmente la cerveza y la apuró a grandes tragos, súbitamente consciente de la terrible sed que le abrasaba el gaznate. Necesitaba asearse. Y también remojar en agua fría la casaca. «Todo a su tiempo…», se dijo, «todo a su tiempo…». Primero a la cama para descabezar un buen sueño —o para intentarlo, al menos—; tratar de adormilarse para no pensar en Grace… Solo así conseguiría ordenar sus ideas por la mañana y reflexionar en lo que iba a hacer con los años que le quedaran por delante.

En ese preciso instante, una manaza terrible se abatió con fuerza sobre su hombro.

—He estado buscándote —escupió una voz áspera—, y ya te tengo…

Atrapado. Sharpe quedó petrificado, incapaz de mover un solo músculo.

CAPÍTULO III

—Nunca olvido una cara —había empezado a decir el general de división sir David Baird antes de dar un brusco paso atrás, alarmado por la ceñuda fiereza de la mirada que acababa de dirigirle el alférez —. Es usted Sharpe, ¿no es eso? —preguntó retóricamente Baird apeando el jovial tuteo con el que había iniciado el contacto, aunque solo consiguió que los ojos de su interlocutor cambiaran la expresión hostil por otra de pasmada incomprensión—. Bueno, ¿estoy en lo cierto o no? —exigió con destemplanza Baird.

Sharpe se rehízo un poco y, sobreponiéndose al asombro, asintió con un gesto.

—Sí, en efecto, señor; no se equivoca…

—En una ocasión intervine para librarle de las caricias del látigo… Y ahora le veo convertido en oficial… Los designios del señor son realmente inescrutables, ¿no le parece, señor Sharpe?

—Sin duda, señor.

Baird era un auténtico gigante. El uniforme rojo de brillantes charreteras y pesados cordoncillos de oro resaltaba su estatura y su complexión. Miró con mala cara a sus compañeros, integrantes del grupito de hombres que acababa de llegar con los paraguas chorreando y en compañía de un puñado de mujeres maquilladas hasta las cejas.

—Esos jovencitos que ve usted allí son edecanes del duque de York —explicó—, y Su Majestad insistió en que me llevaran al teatro. ¿Por qué motivo? La verdad, no sabría decírselo… ¿Alguna vez le han obligado a acudir a una representación, Sharpe?

—Pues sí, señor, en una ocasión. —Calló que en aquella función todo el mundo había mirado con indisimulado asombro a Grace para después cuchichear a sus espaldas… Y ella había soportado la situación estoicamente, aunque después rompió a llorar.

—*She Stoops to Conquer*[4]… ¿Qué clase de título es ese para una obra cuyo presunto fin es el entretenimiento? —se interrogó Blair en voz alta—. No he llegado despierto ni al final del primer acto, así que no tengo ni idea del argumento. Sin embargo, le confieso que últimamente he estado pensando en usted, Sharpe. Y no solo eso, he andado también en su busca.

—¿En mi busca, señor? —dijo Sharpe sin poder ocultar su extrañeza.

—¿Es sangre lo que veo en su guerrera…? —le interrumpió de pronto el general—. ¡Caramba, vaya que si lo es…! ¡Dios santo, soldado!, ¡no me diga que los malditos gabachos ya han desembarcado en nuestras costas!

—Ha sido un ladrón, y se ha llevado su merecido, señor.

—¿Otra vez…? Hace solo dos días mataron a un capitán de la Media Compañía de Esbirros del rey… ¡Ya menos de cien pasos de Piccadilly! Tuvo que ser obra de esos malditos rateros. ¡Espero que haya dejado malherido al muy bastardo…!

—Eso fue exactamente lo que hice, señor.

—Perfecto. —El general se sentó frente a Sharpe—. Me han dicho que lo ascendieron. Le felicito. Hizo usted muy buen trabajo en la India, Sharpe.

El alférez se sonrojó.

—Solo cumplí con mi deber, señor.

—Bien, bien, desde luego. Pero era una obligación muy dura, Sharpe; durísima. ¡Por Dios santo, amigo! ¿Plantar cara a las células del sultán Tipu, el tigre de Mysore? Bastante tiempo he tenido que pasar yo mismo en poder de ese malnacido tiznado para no saber cómo se las gastaba… No se lo desearía ni a mi peor enemigo. Pero el tipo ya está criando malvas, gracias al cielo.

—Muy cierto, señor —asintió Sharpe. De hecho, había liquidado a Tipu con sus propias manos, aunque nunca se lo hubiera

contado a nadie. Y, si alguna vez tuvo Sharpe ocasión de considerarse rico, fue justamente entonces, gracias a las joyas que le había arrebatado al reyezuelo. Sí, había sido un potentado… Pero eso ya era agua pasada.

—No dejan de llegarme noticias suyas —prosiguió Baird con indecorosa fruición—. ¿Dando pie al escándalo, eh…?

Sharpe acusó el golpe.

—¿A qué se refiere, señor? —preguntó, tratando de ganar tiempo para calmarse y no desatar la lengua.

Baird no era hombre que se anduviera por las ramas.

—Hablo de la época en que usted era un simple recluta y ella hija de un aristócrata. Sí, Sharpe, yo diría que eso es materia de escándalo… Dígame, ¿qué pasó realmente?

—Murió, señor. —Sharpe sintió el envión del llanto, así que mantuvo la mirada baja. Se produjo un silencio tenso y le asaltó la oscura necesidad de colmarlo—. Fue al dar a luz, señor… Unas fiebres…

—¿Y el chiquillo…?

—Sí, señor, era un chico.

—Dios le valga, amigo mío —dijo Baird tratando de parecer turbado al comprobar que unas gruesas lágrimas moteaban la mesa —. Es usted muy joven. Habrá más ocasiones.

—Sí, señor, así lo espero.

—¡Usted! —La perentoria llamada iba dirigida a una de las taberneras—. ¡Una botella de oporto y dos vasos! Y de buena gana tomaría también unos taquitos de queso, si es que alguno tienen comestible.

—La familia de *lady* Grace —dijo Sharpe, cediendo a la súbita urgencia de contarlo todo— aseguró que el niño no era mío, sino del marido, así que los abogados me la liaron bien liada. Se quedaron con todo, porque el crío falleció al poco de expirar su madre… Después que ella, ¿comprende…? Esa fue la gran cuestión. Dijeron que el angelito era el legítimo heredero del esposo y que… —El llanto fluía ahora torrencialmente—. No me importó acabar sin un céntimo, señor, pero no puedo soportar su pérdida…

—¡Vamos, serénese de una vez, hombre! —vociferó Baird—. ¡Deje de gimotear…!

—Discúlpeme, señor.

—Dios nos lo da y Dios nos lo quita… —salmodió bíblicamente Baird—, así que no tire por la borda toda su jodida vida por el simple hecho de que no le guste lo que Él dispone —concluyó.

Sharpe resolló y levantó los ojos hasta topar con el rostro de Baird, cuajado de cicatrices.

—¿Echar a perder mi vida…? No le entiendo…

—Hace tiempo que vengo siguiendo sus movimientos, Sharpe —explicó Baird— ¿Tiene usted idea de las vidas que salvó al hacer saltar por los aires esa mina de Seringapatam? ¡Cientos! Entre ellas, la mía… De no ser por su intervención, Sharpe, me habrían mandado al otro barrio. —Para grabar bien la idea en el ánimo del alférez, el general Baird clavó con fuerza su enorme dedo índice en el pecho de Sharpe—. Estaría muerto y enterrado, no le quepa duda.

El casaca verde no necesitaba que lo convencieran, pero prefirió guardar silencio. Baird había encabezado el ataque al baluarte del sultán Tipu, y lo había hecho además sin esconderse, en primera línea. «De no haber volado él los explosivos con los que se había intentado tender una trampa letal al grupo de asalto, el corpulento escocés estaría sin duda bajo tierra», pensó Sharpe. La inmensa polvareda y la lluvia de piedras regresaron a su mente. La cegadora nebulosa de llamas que barrió la soleada calle volvió a iluminarse en su memoria y creyó estar oliendo de nuevo el aire saturado de humo, percibiendo en el estómago el terrible estruendo que echó a rodar con vida propia, envolviéndolo y produciendo un fragor similar al de un millar de barriles descarriándose por una calle empedrada… El silencio posterior penetró una vez más en sus entrañas; un silencio extraño, vibrante, casi sonoro, sobre cuyo lienzo en blanco comenzaron a tejerse, con bruscos brochazos crecientes, los lamentos y alaridos de los moribundos, acentuados por el crepitar de un pálido rescoldo…

—Fue Wellesley quien le ascendió, ¿no es así? —se informó Baird.

—En efecto, señor.

—Y no es que Wellesley sea persona aficionada a hacerle favores a nadie —observó agriamente el general—. De la cofradía del puño cerrado, ya lo creo… —A Baird nunca le había caído bien sir Arthur Wellesley—. ¿Y por qué fue? ¿Por Seringapatam?

—No, señor.

—Sí, señor; no, señor… ¿Qué es usted, Sharpe? ¿Un puto colegial? ¿Por qué le nombró oficial un tipo como Wellesley?

Sharpe se encogió de hombros.

—Le presté servicios útiles, señor. En la batalla de Assaye…

—¿Qué es eso de «servicios *útiles*»? —remedó sinceramente intrigado Baird.

—Tuvo un problema —aclaró parcialmente su interlocutor. Hizo un breve resumen de lo sucedido: le habían derribado del caballo y se había visto rodeado. Supo al instante que estaba perdido. Sin embargo, el sargento Sharpe se metió por el medio y, en lugar de él, los que acabaron en el hoyo fueron los indios…

—Conque un problema…, ¿eh? —escupió Baird, mofándose de la modestia de Sharpe—. Para que Wellesley quedara convencido de que debía recompensarlo, tuvo que haber visto muy, pero que muy clarito, que se trababa de una jodida cuestión de vida o muerte… Pero, ahora que lo pienso, ¿cree realmente que le benefició el ascenso? —La pregunta demostraba la aguda penetración psicológica del general, y Sharpe no intentó armar una respuesta. Pero daba igual, porque Baird parecía estar al cabo de la calle—. Wallace me escribió al poco de unirse usted a su regimiento —prosiguió el hombre del uniforme rojo—. Me dijo que era usted buen soldado, pero mal oficial…

Sharpe, picado, se retuvo.

—Lo hice lo mejor posible, señor.

El comandante Wallace había estado al frente del 74.°, un regimiento escocés, y Sharpe se había integrado en sus filas tras recibir el ascenso de sir Arthur Wellesley. La recomendación que había permitido a Sharpe incorporarse al 95.° de Fusileros había partido precisamente de este Wallace, pero el alférez no se había

sentido más a gusto en su nuevo destino. Seguía siendo un fracasado; o eso pensaba.

—No es fácil progresar saliendo de lo más bajo —admitió Baird —. Pero si Wallace asegura que es usted un buen militar, no hay duda de que tiene usted merecimientos… Y yo necesito justamente eso: un buen soldado. Se me ha ordenado que encuentre a un hombre capaz de cuidar de sí mismo en una situación difícil. Alguien que no rehuya el combate. Cuando me lo pidieron, me acordé de usted, pero no conocía a ciencia cierta su paradero. Debería haber caído inmediatamente en la cuenta de que el primer sitio en el que debía buscar era Frog Prick… Pero hínquele el diente a su chuletón, amigo mío. No puedo permitir que se le enfríe un plato tan apetitoso…

Sharpe terminaba ya de engullir el filete cuando la camarera trajo a la mesa el oporto y el queso que acababa de pedir el general. Dejó que Baird le llenara el vaso antes de volver a pronunciar palabra.

—La verdad es que me proponía dejar el ejército, señor — admitió con franqueza.

Baird lo miró con expresión de disgusto.

—¿Ya qué puñetas piensa dedicarse…?

—Ya encontraré algo —dijo Sharpe. Tal vez recurriera a Ebenezer Fairley, pensó, el comerciante con el que había hecho buenas migas en el viaje de regreso a Inglaterra, o quizá se dedicara al robo… A fin de cuentas, ese era el terreno en el que había dado sus primeros pasos—. Ya me las arreglaré —afirmó en tono de desafío.

Al cortarlo con el cuchillo, el pedazo de queso que sir David Baird trataba de servirse se desmenuzó.

—Hay tres clases de soldados, Sharpe —comenzó a explicar con aire taxativo—. En primer lugar, están los jodidos inútiles, y Dios sabe que la lista es interminable… Después vienen los buenos tipos de sólido temple que cumplen con su deber pero que se mearían en los calzones si no se les enseñara a abotonarse correctamente la guerrera. Y finalmente estamos los tipos como usted y como yo.

Soldados-soldados, simplemente.

Sharpe le lanzó una mirada escéptica.

—¿Soldados-soldados…? ¿Y eso qué es?

—Somos los que recogemos la porquería cuando termina el desfile, Sharpe. Las carrozas y los reyes pasan con sus fanfarrias, los de caballería encabritan las monturas como putas reinonas, y al final todo lo que queda es un montón de boñigas y basura. Entonces venimos nosotros y limpiamos toda esa mierda. Los políticos meten al mundo en un tremendo follón y después recurren a los ejércitos para enderezar sus entuertos. Les hacemos el trabajo sucio, Sharpe, y se nos da muy bien, francamente bien… Puede que no sea usted el mejor oficial del ejército del rey Jorge, pero es sin duda un soldado cojonudo. Y además le gusta la vida militar, no me diga que no…

—¿Para acabar de furriel? —soltó Sharpe desdeñosamente.

—Pues sí, también para eso, amigo mío. Alguien tiene que ocuparse de la intendencia, y en la mayoría de los casos es algo que se endilga a los hombres que salen de la tropa. —Contempló largo rato a Sharpe y después, para sorpresa de ambos, una sonrisa le iluminó la cara—. O sea que tampoco se lleva bien con el coronel Beckwith, ¿no es cierto?

—Pues en efecto, señor, debo admitir que ha dado usted en el clavo.

—¿Y cómo ha sido eso? —quiso saber el general.

Sharpe ponderó el asunto en su fuero interno y llegó a la conclusión de que no podía decir las cosas tal y como realmente eran. No iba a confesar que no encajaba con los oficiales. Sería además un argumento demasiado vago y saturado de autocompasión, así que optó por responder con medias verdades.

—Se han marchado, señor, y me han dejado atrás con el encargo de asear los barracones. He peleado en más batallas que cualquiera de ellos, me las he visto con más enemigos y matado más hombres que toda la compañía junta… Pero eso no cuenta. No quieren saber nada de mí, señor, así que me largo…

—¡No sea estúpido, joder! —se soliviantó Baird—. Mire, Sharpe, dentro de uno o dos años, habrá guerra para todo el que

vista una casaca en este ejército. Hasta ahora nos hemos limitado a echar unas cuantas meaditas aquí y allá para marcar territorio en las fronteras con Francia, pero antes o después tendremos que vérnoslas con esos hijos de la gran puta, embestirles y zanjar nuestras diferencias de una vez para siempre. Cuando ese momento llegue, necesitaremos a todos los oficiales disponibles, y entonces tendrá su oportunidad. Puede que ahora se vea relegado al rango de simple guardalmacén, pero de aquí a diez años se verá usted al frente de un batallón, así que tenga un poco de paciencia…

—No estoy seguro de que el coronel Beckwith desee volver a verme, señor. Se supone que no debería estar en Londres, mi puesto está en Shorncliffe.

—Beckwith hará lo que yo le mande —gruñó displicentemente Baird—, y lo que voy a ordenarle es que le bese a usted el culo si acepta la misión que tengo en mente.

Sharpe se entendía bien con Baird. De hecho, casi todos los soldados congeniaban con él. Por muy general que fuese, le sabían tan correoso como el último recluta. Juraba peor que un sargento, marchaba hasta agotar a los Fusileros, y peleaba con más ardor que cualquier oficial, vistiera de verde o de escarlata. Era un combatiente, no un burócrata. Había alcanzado una elevada posición en el ejército, pero se rumoreaba que tenía enemigos en las altas esferas, individuos a los que incomodaba con su ruda franqueza.

—¿En qué clase de misión está pensando, señor? —preguntó Sharpe.

—Una de esas en las que resulta fácil dejarse la piel, amigo mío —replicó Baird, encantado. Vació el vaso de oporto y se sirvió otro —. Vamos a enviar un guardia a Copenhague. Supuestamente, los intereses que tenemos que defender en esa ciudad son secretos, pero me atrevería a decir que todos los agentes franceses de Londres están ya al cabo de la calle. El individuo del que le hablo parte para allí mañana, y quiero contar con alguien que lo mantenga con vida. No se trata de un verdadero soldado, Sharpe, sino de un edecán del duque de York… No, no es uno de esos cantamañanas… —se

interrumpió el general al ver que Sharpe lanzaba una torva mirada a la mesa de la peña teatral—, pero, sí, en efecto, es un tipo del mismo estilo… Hablamos de un cortesano, Sharpe, no de un militar. No encontrará a nadie más indicado para montar la guardia frente al orinal del rey, pero no lo querría a su lado si le toca penetrar por una brecha en el flanco del adversario. No si quiere alzarse con la victoria, al menos.

—¿Y dice usted que se va mañana? —soltó Sharpe.

—Sí, lo sé, lo aviso sin la menor antelación. Teníamos a otro hombre listo para hacer de guardaespaldas, pero es justamente el tipo que mataron hace un par de días. Tras el asesinato, el duque de York me ha pedido que encuentre a un sustituto. Pensé en usted, pero no sabía dónde encontrarlo, y luego resulta que la Providencia me envía al teatro y que después lo veo aquí, trasegando cerveza tranquilamente… Un punto para la Providencia… Porque no le importará cortarle el gaznate a unos cuantos franchutes, ¿no?

—La verdad es que no, señor…

—Nuestro puto guardia jura y perjura que no necesita protección alguna —prosiguió Baird—. Dice que no hay peligro… ¿Pero qué coño sabrá él? Además, su dueño y señor, el duque, insiste en que lleve compañía, que vaya de la mano de alguien que sepa pelear de verdad… ¡Y vive Dios que arrea usted duro cuando hay tortas, sí señor! Casi tan bien como yo… —remató con sorna el general.

—Casi, señor, casi… —recogió elegantemente el guante.

—Entonces pasa usted a estar inmediatamente a mis órdenes, Sharpe. —Baird agarró la botella de oporto por el cuello y echó hacia atrás la silla, alejándose levemente de la mesa—. ¿Se aloja usted aquí?

—Así es, señor.

—Yo también. Un carruaje vendrá a buscamos a las siete de la mañana para llevarnos a Harwich. —Baird se puso en pie, pero se detuvo antes de dar media vuelta—. Resulta muy extraño decirlo, Sharpe, pero si cumple usted como es debido la encomienda podrá impedir una guerra. Un cometido bastante raro para un soldado, ¿no

le parece? ¿Cómo vamos a ascender si no combatimos? Pese a todo, dudo que vayamos a tener que fundir la espada para convertirla en un arado en un futuro próximo, al menos no si los gabachos se apresuran a actuar con seso. Bueno, joven, nos vemos mañana…

Baird saludó a Sharpe con un brusco movimiento de cabeza y volvió a reunirse con sus camaradas. Solo entonces se vio el alférez asaltado por un súbito arrebato de sorpresa, al comprender que además de no indicarle los motivos del envío del dichoso guardia a Dinamarca, tampoco le habían preguntado si verdaderamente estaba dispuesto a hacer de niñera o no. Tuvo la impresión de que Baird había dado por supuesto que aceptaría el encargo, —y no tuvo más remedio que asumir en su interior que el general estaba en lo cierto, dado que, le gustara o no, era un soldado-soldado.

* * *

Al sonar las siete, Baird amaneció malhumorado. Su ayuda de cámara, el capitán Gordon, explicó visualmente la causa de aquellas malas pulgas llevándose una botella imaginaria a los labios, advirtiendo así discretamente a Sharpe que le convenía proceder con mucho tacto. Sharpe permaneció en silencio y se acomodó en el asiento delantero del coche de punto mientras Baird gruñía un monólogo de improperios: que si Londres olía a mil diablos, que si el tiempo era una mierda, que si los asientos del simón estaban llenos de bultos… Mientras los criados del mesón aseguraban con correas el equipaje del general en el techo del vehículo, la tartana comenzó a sacudirse. Después aún hubo que esperar un buen rato a que apareciera el último pasajero, que obviamente insistió en que sus bultos quedaran bien asegurados junto a los de Baird. El recién llegado era un civil que aparentaba unos treinta años. Además de su extrema delgadez, lo que más sorprendía en su persona era que luciera en el rostro, de aspecto frágil, casi como el de un pajarillo, un lunar artificial de terciopelo negro. Vestía un abrigo plateado

adornado con encajes blancos y blandía un bastoncillo de puño de oro del que pendía un pañuelo de seda. Se había suavizado el cabello, negro como la pólvora, con aceites perfumados, y lo llevaba recogido con una cinta igualmente plateada. Subió al coche y, sin mediar palabra, se sentó frente a Sharpe.

—Llega tarde, milord —dijo secamente Baird.

El joven alzó la mano enguantada, hizo palpitar los dedos en el aire como queriendo sugerir que Baird le producía un tedio absolutamente insoportable, y cerró los ojos con aire soñoliento. Viendo que no podía embromar a su señoría, Baird frunció el ceño y se volvió hacia Sharpe.

—Sigue teniendo el capote ensangrentado, amigo mío —observó.

—Lo siento, señor. He intentado lavarlo, pero no ha habido manera…

El coche se puso en marcha con un brusco tirón.

—No puedo permitir que vaya a Dinamarca con el jodido uniforme en esas condiciones, Sharpe.

—Yo suponía, sir David —terció con voz meliflua el capitán Gordon—, que el alférez Sharpe vestiría de paisano en Dinamarca, dado que el objeto de nuestra misión es secreto.

—A la mierda el «objeto» —soltó el general con amable campechanía—. Es mi sobrino —explicó a Sharpe indicando con un gesto al capitán Gordon—, y habla como un puñetera abogado.

Gordon esbozó una sonrisa.

—¿Tiene ropa de civil, Sharpe?

—Desde luego, señor —aseguró Sharpe señalando el petate.

—Le sugiero que se la ponga en cuanto embarquemos —comentó el capitán.

—«Le sugiero que se la ponga…» —voceó cómicamente Baird, imitando en son de burla la aguda vocecita de su sobrino—. Por todos los demonios. ¿Pero es que este puto cacharro no se va a mover o qué…?

—El tráfico, sir David —dijo Gordon tratando de apaciguar a su fogoso pariente—. Están llegando al mercado de los sábados las

verduras de Essex.

—¡Las putas legumbres de Essex! —lamentó el general—. Primero me obligan a ir a una mierda de teatro, Gordon, ¿y después tengo que ceder el paso a los nabos y las berzas de Essex…? ¡Debería fusilaros a todos! —El general entornó los ojos, inyectados en sangre por efecto de la resaca.

El coche, tirado por seis caballos, pasó primero por la Torre de Londres, cuyos portalones se abrieron después de que sir David lanzara unas cuantas blasfemias a los centinelas. En el patio interior descubrieron una carreta custodiada por una docena de guardias aparentemente sujetos a las órdenes de un tipo enormemente apuesto y alto de sobretodo azul pálido, corbatín de seda, pantalones blancos y botas negras. La juvenil figura hizo una reverencia al ver que Baird bajaba pesadamente del coche de punto.

—Aquí tengo el oro, sir David.

—Ya puede estar jodidamente seguro de que así lo esperaba —gruñó con mala cara sir David—, ¿Hay algún meadero en este puto sitio?

—Por allí, señor. —El oficial le hizo una indicación con la mano.

—Le presento a Sharpe —dijo ásperamente Baird—. Es el sustituto de Willsen, a quien Dios tenga en su gloria. —El general se volvió para dirigir la palabra a Sharpe—: Este es el hombre al que deberá proteger con su vida; el capitán Lavisser, ¿o debiera decir el capitán y comandante Lavisser? A estos cabritos de la guardia no les basta con un rango, tienen que ponerse dos… ¡Putos payasos…!

En los primeros momentos, Lavisser apenas había podido reprimir la expresión de sorpresa al enterarse de que el fusilero era el encargado de reemplazar al finado Willsen, pero después, tras marcharse el general a las letrinas, el guardia le sonrió, y su semblante, en el que Sharpe solo había visto acritud y cinismo hasta entonces, comenzó a irradiar de pronto una suerte de amistoso embrujo.

—¿O sea que vamos a ser compañeros? —preguntó.

—Eso parece, señor.

—En tal caso, creo que lo mejor será cultivar nuestra amistad, Sharpe. Se lo digo de todo corazón. —Lavisser tendió la mano al alférez, que la estrechó torpemente, incómodo ante la efusiva y cortés cordialidad del capitán—. Pobre Willsen —continuó diciendo Lavisser, apretando con las dos manos la del casaca verde —. ¡Morir asesinado en plena calle! Y deja viuda y una hija, según parece… —se interrumpió brevemente, turbado, antes de proseguir —: Y es solo una niña, además, solo una niña… —Parecía apenado.

Tras el saludo, el capitán sé giró para supervisar a sus hombres, que hacían grandes esfuerzos para sacar de la carreta un enorme cofre de madera.

—Creo que lo mejor será que el oro viaje dentro del simón —propuso.

—¿Oro? —exclamó Sharpe.

Lavisser se volvió hacia él.

—¿No le han explicado el motivo de nuestra pequeña expedición?

—He de velar por su seguridad, señor, eso es todo cuanto sé.

—Algo por lo que le estaré eternamente agradecido. Pero nuestra misión, Sharpe, consiste en llevar ese oro a los daneses. ¡Cuarenta y tres mil guineas! Somos unos potentados, ¿eh…? —Lavisser abrió de un tirón la puerta del coche e instó a sus hombres a acercar la arqueta del oro. Solo entonces percibió la presencia del tercer pasajero del carruaje, el pálido civil de gabán plateado. Esta vez, Lavisser no pudo disimular su asombro—. ¡Válgame el cielo, Pumps! ¿Qué haces aquí…?

Pumps, si tal era su verdadero nombre, se limitó a hacer revolotear de nuevo los dedos para apartar después los pies y evitar así cualquier rasguño en su elegante calzado, dado que, entre resoplidos, los guardias estaban subiendo mal que bien el oro al carricoche. En el mismo momento en que la escolta, formada por veinte dragones, tomaba posición frente al vehículo, regresó Baird, que se quejó inmediatamente de que el baúl no dejaba espacio para las piernas de los pasajeros.

—Supongo que tendremos que aguantamos —rezongó antes de

dar unos cuantos golpes en el techo del carruaje para indicar al cochero que podía partir definitivamente.

El talante del general cambió a mejor al ver que el viaje arrancaba al fin, aunque fuera entre traqueteos, y que comenzaban a desfilar los campos de frutales y huertos de hortalizas cubiertos de hollín que se extendían por la zona de Hackney mientras el sol, intermitentemente interrumpido por las nubes, arrojaba espasmódicas sombras sobre los bosques y las suaves colinas circundantes.

—¿Conoce a lord Pumpey? —preguntó Baird a Lavisser, señalando con un ligero ademán al endeble jovencito, que parecía seguir descabezando un sueño.

—William y yo estudiamos juntos en Eton —respondió el aludido.

Pumphrey entreabrió los ojos, contempló adormilado a Lavisser por la estrecha rendija de los párpados, como si le sorprendiera descubrirle a bordo de la tartana, se encogió de hombros y volvió a abrazar la blanda tentación de Morfeo.

—Usted y yo sí que debíamos haber ido a Eton —comentó Baird a Sharpe—. Habríamos aprendido un montón de cosas útiles, como en qué lado del orinal conviene aplicar el chorro… ¿Ha desayunado ya, Lavisser?

—En efecto, señor; el teniente de la Torre se ha mostrado sumamente hospitalario, gracias.

—Les gusta tener cerca a los guardias en la Torre… —dejó caer Baird con sorna, insinuando implícitamente que los soldados de verdad no eran tan bien recibidos—. El capitán Lavisser —detalló dirigiéndose ahora a Sharpe—, es uno de los edecanes del duque de York. Pero esto ya se lo he dicho, ¿no es cierto? Lo que no le he señalado aún es la total inutilidad de Su Alteza Real… El muy imbécil se considera un soldado. La jodió en la campaña de Holanda en el 99 y sin embargo ahora es comandante en jefe de las tropas. ¿Qué quiere que le diga, Sharpe? Eso es lo que tiene ser hijo del rey. Por fortuna —siguió Baird, que claramente se lo estaba pasando en grande, antes de girarse y leer en la expresión de Lavisser el efecto

de sus palabras—, por fortuna para vosotras, las putitas que zumbáis en torno al campamento real, el ejército todavía cuenta con uno o dos soldados de verdad. El alférez Sharpe es de esa clase de hombres. Pertenece al cuerpo de Fusileros… Lo digo por si no logra reconocer ese harapo manchado de sangre que lleva, y además es un auténtico mastín.

Lavisser, que no se había dejado ofender por los insultos vertidos sobre su insigne amo, pareció desconcertado.

—¿Un auténtico qué, señor…?

—No ha estado usted en la India, ¿a que no? —le espetó sir David, consiguiendo que su timbre de voz diera un tono acusatorio a la pregunta—. Digo que tiene ante usted a una alimaña, Lavisser, a un matarife, a una fiera… Sharpe es un arma letal eficiente y sin escrúpulos. Yo soy un mastín, capitán, igual que el señor Sharpe. No puedo decir lo mismo de usted, amigo mío, y tampoco de ti, Gordon…

—No hay noche en que no dé gracias al Todopoderoso por la misericordiosa gracia que me he hace —dijo displicentemente el ayuda de cámara de Baird.

—Sharpe es un buen bulldog —prosiguió Baird—. Ha salido de las filas de la soldadesca, y eso no es cosa que se consiga a base de delicadezas. Vamos, cuénteles lo que hizo en la fortaleza de Seringapatam, Sharpe.

—¿Es preciso, señor?

—Desde luego —insistió el general, obligando así a Sharpe a referir lo sucedido de la forma más breve posible.

Lavisser escuchó como simple muestra de cortesía, pero lord Pumphrey, cuya presencia en la partida seguía constituyendo un misterio para Sharpe, abrió de par en par los ojos y prestó muchísima atención a lo que se decía, tanta que Sharpe se sintió súbitamente incómodo. Sin embargo, su señoría calló por completo al término de la pobre explicación.

Quien sí abrió la boca fue Lavisser.

—Me impresiona, señor Sharpe —aseguró obsequiosamente—, me impresiona tremendamente, en serio…

Sharpe no supo qué contestar, así que se limitó a contemplar a través de la ventanilla el discurrir de un pequeño trigal que parecía sufrir el azote de la lluvia. Al otro lado del campo cultivado se recortaba la silueta de un almiar, y aquella forma familiar le suscitó el triste recuerdo de que Grace había fallecido el año anterior, entre la siega y la cosecha. Sintió la presión de un nudo en la garganta. «¡Maldita sea mi suerte!», pensó, «¡maldita sea! ¿Es que nunca va a curarse esta herida?». La veía perfectamente bien en el escenario de la mente, sentada en la terraza, con las manos reposadamente apoyadas en la abultada barriga y riendo feliz por alguno de sus estúpidos chistes. «¡Dios!», exclamó en su fuero interno mientras hacía un esfuerzo para desprenderse de la melancolía.

Como si saliera de un sueño, Sharpe cayó súbitamente en la cuenta de que sir David Baird había empezado a hablar de Copenhague. Según decía, el rey danés había perdido la chaveta y quien gobernaba realmente el país era el príncipe heredero.

—¿Es cierto que le conoce? —preguntó a Lavisser.

—Es el príncipe quien me conoce a mí, señor —afirmó Lavisser con tacto—. Mi abuelo es uno de sus chambelanes, y gracias a eso fui presentado a Su Alteza. Además, mi jefe, el duque, es primo camal suyo.

—¿Cree que bastará con esas credenciales?

—Desde luego, serán más que suficientes —sostuvo Lavisser con firmeza. Lord Pumphrey extrajo un reloj del bolsillo del chaleco, manipuló con amodorrado torpor el objeto, miró la hora, y bostezó ostentosamente.

—¿Le aburrimos, milord? —refunfuñó Baird.

—Sir David, sabe bien que su compañía es una inagotable fuente de entretenimiento para mí —respondió con la voz más aflautada que nunca lord Pumphrey. Había pronunciado las palabras con la precisión de quien confiere maquinalmente autoridad a su actitud, lo que no dejaba de resultar extraño—. Me tenéis embelesado —añadió mientras volvía a encajar el relojito en el bolsillo y cerraba nuevamente los párpados.

—¡Puto payaso! —murmuró sir David entre dientes antes de

volverse hacia Sharpe—. Estábamos hablando de la flota danesa —explicó—. El país cuenta con una armada jodidamente grande, que se encuentra anclada en Copenhague sin hacer absolutamente nada. Se limita a dejar que se pudran los maderos… Sin embargo, los franchutes quieren ponerle sus sucias manos encima y resarcirse de ese modo de los buques que les cogimos en Trafalgar. Eso les ha llevado a sopesar la idea de invadir esa pequeña nación escandinava y a mangarles las embarcaciones.

—Y si los franceses lanzan efectivamente esa operación, se harán dueños de la entrada al Báltico y cortarán las rutas comerciales británicas —dijo suavemente Lavisser para completar la exposición del general—. Dinamarca es neutral, evidentemente, pero aún no hace muchos años que Bonaparte hizo caso omiso de esa circunstancia…

—Lo que busca Napoleón es precisamente el contingente naval danés —recalcó Baird—, porque el muy cabrón se propone utilizarlo para invadir Inglaterra. Nuestra meta consiste por tanto en impedir que se apodere de esas naves.

—¿Y cómo piensa conseguirlo, señor? —quiso saber Sharpe.

Baird mostró los dientes en una ancha y codiciosa sonrisa.

—Pues, para empezar, siendo nosotros quienes las robemos… El Ministerio de Asuntos Exteriores británico tiene colocado por esos lares a un tipo que ya se está esforzando en convencer al gobierno danés de que envíe sus navíos a puertos británicos, pero de momento las autoridades con las que ha tratado nuestro contacto se empeñan en el no. Al capitán Lavisser le incumbe la tarea de hacerles cambiar de opinión.

—¿Podrá hacerlo? —volvió a informarse Sharpe.

El señalado se encogió de hombros.

—Me propongo sobornar al príncipe heredero, Sharpe —dijo dando unas palmaditas al cofre de madera—. Somos portadores del Danegeld[5], y desde luego vamos a deslumbrar a Su Alteza con estos cuarenta y tres mil destellos: es un tesoro que le apabullará…

Lord Pumphrey emitió un débil gemido. Todo el mundo pasó por alto el sonido, ya que Baird continuaba desgranando los detalles

del proyecto.

—El capitán Lavisser va a comprar la lealtad de la corona danesa, Sharpe, y si los gabachos llegaran a olerse la jugada harían todo cuanto estuviera en su mano para detenerlo. Un puñal en la espalda lo conseguiría del más eficaz de los modos, y por eso ha de protegerlo usted como sea.

La tarea no despertaba el menor escrúpulo en la conciencia de Sharpe. En realidad, casi esperaba con ansia que la misión le ofreciera la oportunidad de buscarles las cosquillas a un buen puñado de franceses.

—¿Y qué sucederá si los daneses no quieren entregarnos la flota, señor? —preguntó a Baird.

—Entonces seremos nosotros quienes invadamos el país —concluyó serenamente el general.

—¿Penetraríamos en Dinamarca? —intervino un asombrado Sharpe. La verdad es que la mujer que le había atendido en el Frog Prick ya se lo había sugerido, pero seguía pareciéndole una idea chocante. ¿Luchar contra Dinamarca? ¡Pero si los daneses no eran enemigos de Inglaterra!

—Pues sí, nos apoderaríamos de la península —confirmó Baird —. Nuestra armada ya está lista para entrar en acción y aguarda órdenes en Harwich, así que los daneses no tienen elección: o aceptan poner su flota bajo nuestra protección o yo mismo se la arrebataré de las manos…

—¿Usted, señor?

—Bueno, es lord Cathcart quien se ocupa del asunto —concedió Baird—, pero se trata de un viejo carcamal. Seré yo el que haga acto de presencia, Sharpe, y que Dios se apiade de los daneses si llegamos a ese extremo. Por lo demás, su amigo Wellesley —añadió Baird sin poder evitar un deje de acritud al pronunciar el nombre—, está siguiendo muy de cerca todo este embrollo y se nos ha pegado como una lapa para ver si consigue sacar algo en limpio.

—Desde luego no cuento a Wellesley entre mis amigos, señor —aclaró Sharpe. Aunque Wellesley era el hombre que le había ascendido al grado de oficial, el casaca verde no había vuelto a verlo

desde el episodio de la India. Y tampoco podía decirse que deseara con ansia ese reencuentro. Grace era pariente del general Wellesley, una prima muy muy lejana… Sin embargo, la desaprobación de la conducta de la joven había alcanzado los más altos peldaños de su aristocrática familia.

—Yo sí que le cuento entre los míos, señor Sharpe —respondió Baird con expresión rapaz—, y no me importa admitir que quiero que fincase. ¿Una guerra con Dinamarca? La disfrutaría como un chiquillo. No volverá a insinuarse que soy un tipo que solo sabe pelear en la India… —La amargura del general quedó patentemente al descubierto. El alto mando tenía la sensación de haber sido tratado injustamente en el subcontinente, sobre todo porque se habían ofrecido a Wellesley los eminentes puestos que él creía merecer.

«No me extraña que desee un conflicto», pensó Sharpe.

El grupito llegó a Harwich al atardecer. Los terrenos que rodeaban el pequeño embarcadero aparecían cubiertos de campamentos militares, y en los pastizales anegados había una infinidad de monturas, todas pertenecientes a las unidades de caballería y artillería. Los cañones no solo se habían aparcado en las calles de la población, también se alineaban muy juntos, rueda con rueda, en el muelle enlosado. A un lado de una pila no excesivamente grande de caras maletas de cuero aguardaba un hombre de tan elevada estatura y anchos hombros como el propio Baird. El tipo vestía el atuendo negro de los sirvientes, así que en un primer momento Sharpe lo tomó por un descargador dispuesto a esperar lo que hiciera falta a fin de llevar los equipajes a bordo de algún barco a cambio de una buena propina. No obstante, al ver que el presunto peón saludaba con una inclinación de cabeza a Lavisser y que este le respondía dándole en la espalda unas palmaditas de conciliadora familiaridad, Sharpe se dijo que las cosas no eran lo que parecían.

—Le presento a Barker —dijo Lavisser a su guardaespaldas—. Es mi hombre de confianza. Y este es el alférez Sharpe, amigo mío, el sustituto del desdichado Willsen.

Barker dedicó una mirada inexpresiva a Sharpe. Otro mastín, pensó este. Un encallecido y formidable perro de presa cubierto de cicatrices… Saludó con la cabeza al asistente, pero este no correspondió al gesto, sino que se limitó a mirar para otro lado.

—Barker era un simple ladrón, un salteador de caminos, Sharpe —detalló Lavisser entusiasmado—, pero eso era antes de que yo le enseñara ética, modales y buenas maneras —concluyó triunfante.

—No veo que me necesite —reflexionó Sharpe en voz alta—, teniendo a su lado a un forajido.

—Yo también dudo de que su presencia resulte imprescindible —coincidió Lavisser—, pero nuestros respectivos jefes insisten en proporcionarme un protector, así que no hay más remedio: debe acompañarme usted sin rechistar. —El apuesto capitán culminó la argumentación con otra de sus deslumbradoras sonrisas.

Un pequeño grupo se había reunido en el muelle, y sus integrantes contemplaban embobados los enormes buques de guerra de la flota atracada en el estuario del río, cuya estampa completaba la larga serie de mercantes, fragatas y bergantines que aparecían anclados, o simplemente amarrados, junto al embarcadero, bajo cuyos postes brillaban las anchas bandas de cieno húmedo que la marea menguante había dejado expuestas. Todavía más cerca del malecón cabeceaban unos cuantos navíos desgarbados, de dimensiones muy inferiores a las de una corbeta y que sin embargo destacaban por su reducido francobordo y sus cascos vacíos.

—Son bombardas —explicó pedagógicamente Gordon, el sobrino de Baird.

—Llevan en la panza unos morteros acojonantemente grandes —añadió Baird antes de dar media vuelta y ponerse a observar los perfiles de la modesta localidad—. Con una docena de estas bombardas y una tripulación que sepa lo que se hace se podría borrar Harwich de la faz de la tierra en veinte minutos —comentó el general con impío regocijo—. Resultaría más que curioso averiguar lo que pueden hacer en una ciudad como Copenhague…

—¡Dígame que no está pensando en cañonear una capital de ese calibre! —exclamó consternado el capitán Gordon.

—Bombardearía el mismísimo Londres si el rey me lo ordenara —contestó tranquilamente Baird.

—Pero no Edimburgo —murmuró el capitán.

—¿Decías algo, Gordon…?

—Comentaba que se está haciendo tarde, señor. Estoy seguro de que el capitán Lavisser y el alférez Sharpe desean embarcar cuanto antes.

El buque que los aguardaba era una de las fragatas. Estaba recién pintada y atracada más cerca de Felixstowe, la población que se veía en el extremo septentrional de la bocana de los ríos Orwell y Stour.

—El barco es el *Cleopatra* —señaló el ayuda de cámara del general, y los viajeros no tardaron en comprender que la tripulación de la fragata se había percatado de la llegada del coche de punto, dado que se había arriado un bote que ya cruzaba la ría a grandes golpes de remo.

Una nutrida cuadrilla de oficiales salidos de las tiendas de los campamentos próximos se había congregado en el muelle, algo más abajo, y Sharpe vislumbró de pronto la presencia de unos cuantos casacas verdes entre los uniformes carmesíes. No quería que lo reconocieran, así que optó por ocultarse tras una gran pila de barriles de arenques, como si le hubiera dado por contemplar extasiado el lodo en el que se pavoneaban las gaviotas entre una y otra escaramuza por los restos de pescado dispersos por el fondo. El impulso inicial que le había llevado a aceptar la misión se enfrió sin previo aviso. No quería hacerse a la mar, y sabía que el repentino bajón se debía a que el escenario de su primer encuentro con Grace había sido precisamente un barco. Su congoja se agravó al acercarse en carruaje descubierto un caballero de la campiña que deseaba ver las naves. El hombre empezó a explicarle a sus hijas que alguno de aquellos buques había participado en la batalla de Trafalgar.

—Mira, ¿lo ves…? ¡Allí! ¿Ese que se llama *Mars*? Ese estuvo allí…

—¿Cuál dices, papá…?

—El negro y amarillo.

—Pero si todos llevan esos mismos colores, papi. Como las

avispas…

Sharpe clavó la vista en los navíos, escuchando a medias a las jovencitas que se divertían metiéndose con su padre. Absorto en los esfuerzos que se obligaba a hacer para no pensar en Grace, que también solía tomarle simpáticamente el pelo, casi se sobresaltó al oír una voz de falsete a sus espaldas.

—¿Se siente usted contento, oficial?

Al girarse, Sharpe vio que se trataba de lord Pumphrey, el joven civil taciturno que se había mostrado tan sumamente reservado a lo largo de todo el trayecto.

—¿Perdón, milord…?

—Acabo de enterarme de que lo embarcaron en esta descabellada aventura ayer mismo, a última hora de la tarde —aclaró dulcemente Pumphrey—, y confieso que sus cualidades me eran totalmente desconocidas. Le pido disculpas por mi ignorancia, pero no soy una persona excesivamente familiarizada con el escalafón militar. Hubo un tiempo en que mi padre pensó que podría ser un buen soldado, pero acabó llegando a la conclusión de que me sobran luces y delicadeza para esas labores. —Dedicó una sonrisa a Sharpe a la que sin embargo no correspondió el alférez. Lord Pumphrey suspiró profundamente—. La cuestión es que me he tomado la libertad de molestar a uno o dos conocidos para averiguar más detalles sobre usted, y los informes que me han llegado señalan que tengo ante mí a un hombre de recursos, y probablemente a uno de los más hábiles de Inglaterra.

—¿Eso le han dicho, milord…? —Sharpe se preguntaba, atónito, cómo demonios podían tener Pumphrey y él alguna amistad en común.

—También yo soy persona de recursos —prosiguió el de la voz atiplada—. Aunque es verdad que, de momento, trabajo para el Ministerio de Asuntos Exteriores…; lo que significa que me veo reducido a la condición de sirviente de sir David, ya que soy su ayuda de cámara. Es un puesto que le abre a uno los ojos; permite ver cómo funciona el ejército, quiero decir. Por eso le he preguntado si se siente usted contento…

Sharpe se encogió de hombros.

—Encuentro que todo ha sido un poco precipitado, milord, si es a eso a lo que se refiere…

—¡Fatigosamente atropellado, en efecto! —corroboró Pumphrey. Era tan delgado y frágil que daba en verdad la impresión de que un simple soplo de viento podía barrerle del muelle y arrojarle de bruces al fango del puerto. Sin embargo, sus ojos contradecían aquella aparente debilidad, ya que brillaba en ellos la luz de una afilada inteligencia. Cogió una cajita de rapé, levantó con rápido gesto la tapa y ofreció el contenido a Sharpe— ¿No tiene costumbre…? Yo le encuentro un efecto calmante, y me da la impresión de que vivimos momentos en los que es preciso contar con personas de cabeza fría. El impulsor de esta alarmante excursión, señor alférez, es nada menos que el duque de York. Los encargados de la política exterior, que deberíamos conocer bastante más a fondo que Su Alteza Real la situación de Dinamarca, desaprobamos taxativamente todo el plan, pero por desgracia el duque ha obtenido el respaldo del primer ministro. El señor Canning quiere esa flota, pero preferiría no tener que meterse en una campaña inevitablemente abocada a añadir el nombre de Dinamarca a la lista de nuestros enemigos. Canning también sugiere que la aceptación de este soborno por parte del príncipe heredero escandinavo ahorraría a las arcas de Inglaterra el terrible desembolso de un choque militar. Son argumentos bastante convincentes, ¿no le parece, oficial?

—Si usted lo dice, milord…

—Pues sí, realmente persuasivos, y también producto de mentes fabulosamente atolondradas… Todo este asunto acabará en un mar de lágrimas, oficial, y por eso el Ministerio de Asuntos Exteriores, en su inefable sabiduría, ha decidido incorporarme a esta expedición danesa. Me han encargado que recoja los pedazos cuando todo haya saltado por los aires, por así decirlo…

Sharpe solo lo escuchaba a medias, enfrascado como estaba en intentar deducir qué podía haber animado a su señoría a pegarse con cola un lunar artificial en la mejilla. Aquello era un dengue

femenino, impropio de un hombre, pero Sharpe no era persona a la que le gustara hacer preguntas indiscretas. Se consoló contemplando la riña dedos gaviotas que se disputaban las vísceras de un pescado semienterrado bajo los pilones del muelle.

—¿Cree usted que el asunto saldrá mal, milord?

Pumphrey dejó vagar la vista por la oscura silueta de las embarcaciones.

—¿Bastaría que le dijera, alférez, que nada de cuanto he alcanzado a saber sugiere que la futura testa coronada de Dinamarca sea un individuo de naturaleza venal?

—¿Venal? —quiso saber Sharpe.

El leve rastro de una sonrisa pareció aflorar al semblante de su señoría.

—Nada de lo que he oído decir, Sharpe, apunta a la idea de que el príncipe de Dinamarca sea un hombre al que pueda comprarse con sobornos, y, por consiguiente, el Ministerio de Exteriores está extremadamente preocupado ante la posibilidad de que todo este asunto termine por colocar a Gran Bretaña en una posición más que embarazosa.

—¿En qué sentido…?

—Suponga por un instante que al heredero al trono le ofende el simple hecho de que se le juzgue corruptible y decide proclamar a los cuatro vientos ese artero intento de comprarle…

—No me parece que sea tan terrible… —observó gravemente Sharpe.

—Nos colocaría en una posición muy poco elegante —respondió con severidad lord Pumphrey—, y las situaciones inelegantes o próximas a la zafiedad son las más incómodas y ultrajantes para una correcta diplomacia. La verdad es que tenemos a sueldo a la mitad de los soberanos de Europa, pero debemos fingir que no es así… Y no acaba ahí la cosa: lo peor viene ahora… —Echó un vistazo tras de sí para asegurarse de que nadie se encontrara en situación de escuchar lo que se disponía a decir—. Sabemos que el capitán Lavisser está fuertemente endeudado. Apuesta grandes suméis en Almack's. Vale, no es el único, otros muchos oficiales hacen lo

mismo, pero el solo hecho de que esté tan entrampado ya resulta preocupante.

Sharpe miró con una sonrisa al frágil Pumphrey, cuya figura de pajarillo se acentuaba todavía más al lado del alférez.

—¿Está hipotecado hasta las cejas y ustedes le piden que custodie un cofre lleno de monedas de oro…?

—Nuestro comandante en jefe insiste en ello, el primer ministro coincide con su parecer, y nosotros, los que trabajamos en el Ministerio de Asuntos Exteriores, no tenemos más remedio que aplaudir y aceptar como hecho comprobado que el honorable John Lavisser es un hombre escrupulosamente honesto. —Pumphrey había pronunciado la última palabra de la forma más agria, como si quisiera sugerir exactamente lo contrario de lo que acababa de afirmar—. Todo lo que debemos hacer, oficial, es poner un poco de orden cuando el entusiasmo haya cedido. Mala cosa, esta del entusiasmo… De hecho, si la operación sale mal, nos felicitaremos de que nadie se hallara al tanto del proyecto. No queremos que el duque y el primer ministro queden como unos rematados imbéciles, ¿no le parece?

—¿Lo cree usted así, milord…?

Lord Pumphrey dio un leve respingo al oír el frívolo comentario de Sharpe.

—Si Lavisser fracasa, alférez, quiero que lo saque de Copenhague (con el dinero, claro está) y que lo devuelva inmediatamente a las muy seguras filas de nuestro ejército. No deseamos que el gobierno danés anuncie un fallido y torpe intento de soborno… —Pumphrey sacó del bolsillo un trozo de papel—. Si llegara a necesitar ayuda en Copenhague, este hombre podrá procurársela. —El aristócrata tendió la mano, sostuvo el papel durante un breve instante frente a Sharpe, pero luego la retiró bruscamente, como impulsado por un resorte—. Debo decirle, Sharpe, que la idea de revelarle este nombre me ha supuesto una gran preocupación. Se trata de un colaborador de valía inestimable. Deseo de todo corazón que no se vea obligado a recurrir a él.

—¿Qué traición está usted maquinando, milord? —preguntó

Baird en voz alta.

—Me limitaba a comentar la belleza de esta estampa marinera, sir David —respondió displicentemente lord Pumphrey con su vocecita chillona—. Y también señalaba al alférez Sharpe —prosiguió—, el delicado trazo de los aparejos navales. Me encantaría hallar ocasión de captar la escena en una acuarela…

—¡Por el amor de Dios, caballerete, deje esas veleidades a los auténticos artistas de los cojones! —Baird fingió espantarse—. Es para lo único que sirven los muy idiotas…

Pumphrey depositó discretamente el pedacito de papel en la mano de Sharpe y la apretó en un aparente gesto de cordialidad.

—Conserve celosamente este nombre, alférez —dijo en un susurro—. De toda la partida, es usted el único que lo conoce.

Sharpe pensó que aquello significaba que a Lavisser no se le había confiado esa información.

—Gracias, milord —contestó, pero lord Pumphrey ya se había alejado, puesto que la lancha del *Cleopatra* había alcanzado ya la escollera por la que se accedía al profundo canal.

Como se estaba subiendo el cofre del tesoro a bordo del bote, Baird se prestó a echar una mano a Lavisser.

—Le deseo buen viaje, mejor viento y espléndida fortuna —exclamó Baird—. He de admitir que no me importaría que se le torcieran las cosas, pero no tiene sentido enviar a la muerte a los militares de una pieza si un puñado de oro puede mantenerlos con vida. —Mientras decía esto, el general daba un fuerte apretón de manos a Sharpe—. Proteja la vida de su guardia, Sharpe.

—Así lo haré, señor.

Los dos oficiales no intercambiaron palabra mientras los hombres del lanchón remaban de vuelta al *Cleopatra*, cuya tripulación, ansiosa por aprovechar la marea y los vientos favorables, ya había recibido orden de levar anclas. Sharpe oyó los cánticos de los marineros que se azacaneaban con pesados pasos en tomo al cabrestante de proa y observó con curiosidad las maromas, que vibraban a causa de la tensión y arrojaban una cortina de gotas de agua y pedazos de cieno a medida que se elevaban del grisáceo fondo

del río. Los hombres de las cangrejas se habían encaramado ya a los mástiles, dispuestos a largar la vela mayor. Sharpe y Lavisser treparon por la borda, saludados por el diligente chirriar de los silbatos de los contramaestres y por un estresado teniente de navío que les urgía a dirigirse al alcázar de popa, mientras el descomunal Barker bajaba los equipajes a la bodega y una docena de marineros tiraban con todas sus fuerzas de un cabo para subir a bordo el arcón de los caudales.

—El capitán Samuels les mega que lo disculpen, ya que ahora se encuentra muy atareado con la maniobra —explicó rápidamente el teniente—. Les pide que permanezcan en la batayola del coronamiento, caballeros, en tanto no se hayan izado las velas.

Lavisser sonrió al ver que el ajetreado teniente se alejaba.

—Lo que ha querido decir es que el capitán Samuels no quiere que andemos incordiando mientras larga el trapo al estilo chapucero. ¡Y eso que lo vigila la atenta mirada del almirante, nada menos! La operación se parece un poco al cambio de guardia del castillo de Windsor. Supongo que nunca ha tenido que hacerla, ¿verdad, Sharpe? Me refiero a que no ha oficiado jamás como centinela de la residencia real, ¿o me equivoco…?

—En efecto, señor, nunca me han convocado para eso —respondió Sharpe.

—Aunque se haga con la máxima perfección, no falla: siempre se te acerca algún estúpido carcamal, de esos que intervinieron por última vez en las guerras de Guillermo el Conquistador, para decirte que Fulanito de Tal tiene mal colocado el pedernal de ataque del mosquete… ¡Y, por Dios santo, Sharpe, deje de llamarme «señor» a troche y moche…! —le regañó con amable sonrisa Lavisser—. Hace que me sienta mayor, y eso es una descortesía espantosa por su parte… Bueno, dígame…, ¿qué decía ese pedacito de papel que le ha dado el pequeño William…?

—¿El pequeño William…?

—Lord Pumps, si lo prefiere… Ya era un pálido e insignificante gusanito cuando estábamos en Eton, y no ha cambiado en absoluto a mejor…

—No es más que su dirección —mintió Sharpe—. Dice que deberé informarlo en persona a mi regreso.

—¡Tonterías! —aseguró Lavisser, aunque no pareció ofenderlo que Sharpe le hubiera ocultado la verdad—. Si mis conjeturas son ciertas, se trata del nombre de un individuo de Copenhague que podría echarnos una mano.

Un nombre, he de añadir, que los recelosos hijos de perra del Ministerio de Asuntos Exteriores se niegan a proporcionarme. «Divide y vencerás», así se las gastan los de esa cartera… ¿Piensa confiarme el nombrecito de marras…?

—Si me acuerdo de él, sí, cómo no… —volvió a decir Sharpe para esquivar el compromiso—. Lo he tirado por la borda.

Lavisser soltó una sonora carcajada al escuchar la burda trola.

—¡No me diga que el pequeño Pumps le ha pedido que lo mantenga en secreto! ¿Sí… en serio? Pobre Pumpito…, ve conspiraciones en todas partes… Bueno, da igual, mientras uno de nosotros esté al cabo de la calle imagino que no tiene importancia… —Lavisser alzó la vista al ver que ya se estaban desplegando las gavias.

Las fuertes lonas se sacudieron con fuerza mientras la marinería cazaba las escotas para tensar los puños del velamen. Los hombres desenrollaron los obenques y gatearon por las berlingas para soltar los foques. Tras el largo periplo que había efectuado al regresar de la India, la estampa entera le resultaba sumamente familiar a Sharpe. El capitán Samuels, un hombre de notable estatura y corpulencia, permanecía en pie junto a la línea blanca que separaba la toldilla y el puesto de mando de la primera cubierta de la fragata, que a partir de allí corría ya lisa y sin variaciones de nivel hasta el extremo de popa. El marino no decía una palabra, se limitaba a observar las evoluciones de sus hombres.

—¿Es un viaje muy largo? —preguntó Sharpe a Lavisser.

—Como de una semana…; o diez días, tal vez… Aunque a veces se tarda mucho más. Todo depende de Eolo, el dios del viento. Ojalá que su aliento nos empuje con tanta rapidez como seguridad…

Sharpe emitió un gruñido de asentimiento, contentándose después con clavar la vista en la orilla, que los hornos en que se ahumaban los arenques cubrían de un sudario blanquecino. Se asomó por la borda de popa, movido por el repentino deseo de encontrarse en cualquier sitio menos en el mar.

Lavisser sacó también la cabeza por la parte del coronamiento en la que se apoyaba.

—No le veo muy feliz, Sharpe —dijo el guardia.

El alférez frunció el ceño al escuchar el comentario, que se le antojó un tanto confianzudo. No dijo ni pío, pero sentía claramente la presencia de Lavisser, que se encontraba a pocos centímetros de su espalda.

—Permítame averiguar por qué… —El capitán de los Guardias de Infantería alzó la vista para contemplar los amplios círculos que describían las gaviotas sobre sus cabezas y durante un buen rato simuló hallarse sumido en profundas cavilaciones, al cabo de las cuales volvió a mirar de frente a Sharpe—. A mí me parece, alférez, que usted conoció a *lady* Grace Hale a bordo de un barco y que desde entonces no ha tocado tierra… —Levantó la mano con gesto de fingida precaución al ver brillar un ramalazo de cólera en las pupilas de su interlocutor—. Mi querido Sharpe, le suplico que no me malinterprete… Simpatizo con usted y me compadezco de su situación, créame. Yo mismo tuve ocasión de conversar un buen día con *lady* Grace… Espere que se refresque mi memoria… Debió de ser hace diez o doce años, tal vez más… Entonces yo no era más que un mocoso quinceañero, pero ya entonces sabía inclinarme ante una belleza. Era preciosa…

Sharpe no abrió la boca, se limitó simplemente a sostener la mirada a Lavisser.

—Tan bonita como inteligente… —continuó diciendo con voz suave el capitán de los guardias—, pero tuvo la mala ocurrencia de casarse con un viejo cargante y aburrido. Y usted, Sharpe, discúlpeme la franqueza, le ofreció días de auténtica felicidad. ¿Acaso no es eso algo que deba recordarse con satisfacción? — Lavisser esperó a que Sharpe hubiera tenido tiempo de encontrar las

palabras más adecuadas para responderle, pero el oficial de fusileros no abrió la boca— ¿No cree que estoy en lo cierto? —preguntó gentilmente Lavisser.

—Su desaparición me ha dejado jodidamente destrozado —admitió burdamente Sharpe—. No creo que pueda superarlo… Y, sí, es cierto: verme a bordo de un barco hace que se reabra la herida…

—Pero ¿por qué habría de superarlo? —vino a afirmar indirectamente Lavisser—. Mi querido Sharpe…, ¿puedo llamarlo Richard? Gracias, muy amable… Pues bien, mi querido Richard, debería estar usted viviendo el duelo. Desde luego, ella se merece eso y más. Cuanto mayor es el afecto, mayor el luto y el pesar… ¡Y ya sé que las circunstancias se han ensañado cruelmente con usted! ¡Santo Dios! ¡Todas esas habladurías…! A nadie le importaba lo que usted y *lady* Grace pudieran haber hecho o…

—Pues todo el mundo ha creído tener vela en ese entierro… —cortó Sharpe con amargura.

—Todo pasará —le aseguró Lavisser con afable cortesía—. Las murmuraciones son efímeras, Richard, se desvanecen como el humo o el rocío de la mañana. Su dolor permanecerá, pero el resto del mundo lo echará todo al olvido. De hecho, la gente ya ha dejado ese asunto prácticamente a sus espaldas…

—Usted no, por lo que veo… —dijo Sharpe.

Lavisser esbozó una sonrisa.

—Me he pasado el día entero devanándome los sesos para tratar de recordar de qué me sonaba usted… Y no he visto la luz hasta ahora, al verme a bordo del barco…

Un apresurado ruido de pasos les interrumpió. Era la marinería, que acababa de aparecer por popa para amarrar bien las velas de mesana. Batido por el viento, el enorme pedazo de lona chascaba terriblemente sobre sus cabezas. Poco después, sin embargo, la tripulación logró embridarlo y la fragata comenzó a coger velocidad. Mecido por el viento norte que se había levantado a la caída de la tarde, el pabellón cobalto que la nave tenía izado, dado que el almirante de la flota pertenecía al Escuadrón Azul[6], aleteaba con

sequedad.

—El dolor cederá, Richard —insistió suavemente en voz baja Lavisser—, se irá, se lo aseguro… Yo viví la muerte de mi hermana, a la que quería con locura, y sufrí por ella. Sé bien que no es lo mismo, pero el hecho de dejar traslucir nuestros sentimientos no debería avergonzarnos. Y menos cuando la pena nos la produce la pérdida de una hermosa mujer…

—Desde luego, no va a impedirme cumplir con mi deber —trató de zanjar Sharpe estoicamente mientras luchaba por contener el llanto que le trepaba a la garganta.

—¡Pues claro que no! —exclamó fervientemente Lavisser—, y confío en que tampoco le niegue el disfrute de los antros de puterío de Copenhague. Son muy pocos y escogidos, se lo aseguro, pero desde luego nos lo harán pasar de miedo a todos…

—Yo no puedo permitirme esos lujos… —confesó Sharpe.

—¡No sea tonto, Sharpe! Viajamos en compañía de ese cofre de cuarenta y tres mil guineas que tan gentilmente nos ha proporcionado el gobierno, y desde luego me propongo quedarme con todo el oro que pueda, siempre dentro de lo que dicta el decoro, claro… ¡Y sin olvidar la prudencia, desde luego, porque no es cuestión de dejarse atrapar…! —Lavisser certificó su descarada propuesta con una sonrisa tan amplia y tan impregnada de alegría contagiosa que Sharpe no tuvo más remedio que acompañarle en la risotada—. ¡Pues quedamos así…! —concluyó Lavisser—. ¡Ya verá que se lo pasa bien conmigo…!

—Así lo espero —replicó Sharpe con la vista perdida en la leve estela del *Cleopatra*.

La marea estaba menguando y el viento había rolado al oeste, de modo que los buques anclados en la rada tenían la popa enfilada hacia el alcázar de la fragata. Las feas bombardas flotaban pesadamente en el agua, con el casco profundamente hundido. En una de ellas se leía un nombre: el *Thunder*, y en otra campeaba la palabra *Vesuvius*. Les seguían el *Aetna* y el *Zebra*, que se hallaba anclado un poco más allá. La fragata pasó tan cerca de este último que Sharpe pudo contemplar con perfecta claridad la cubierta de

pozo, repleta de una serie de bultos que parecían maromas enrolladas y que el capitán había colocado allí para amortiguar las sacudidas que provocaba en toda la estructura el disparo de los dos enormes morteros agazapados en la bodega del buque. Sendos tapabocas obturaban el ojo de los cañones, pero Sharpe consiguió deducir que podían lanzar proyectiles de un pie de diámetro[7], y como el fogonazo de la detonación se elevaba en el aire, dado que las bombas tenían que describir un vasto arco balístico para dar en el blanco, los estayes de proa con los que se sujetaban los mástiles del *Zebra* no eran cabos de cáñamo, sino gruesas cadenas metálicas. A popa del palo mayor se habían montado otras ocho piezas de artillería, que por la pinta debían de ser carroñadas. «Un navío horrendo», pensó Sharpe, «pero también una bestia de fieros colmillos…». En la ensenada fluvial se alineaban dieciséis bajeles similares, anclados o amarrados, junto a una legión de cañoneros pesados de escaso calado y aparejo de bergantín. La función de estos últimos no consistía en usar la pólvora para combatir con otras naves, sino en apisonar objetivos en la costa.

A medida que la tripulación tensaba las escotas y acomodaba el trapo, el *Cleopatra* iba ganando velocidad. La fragata se escoró a babor y el agua empezó a gorgotear con fuerza en la popa. El avance del crepúsculo oscurecía la silueta de los grandes buques de setenta y cuatro cañones que la marina británica empleaba como mulas de carga. Aunque la mayoría de aquellas naves le eran totalmente desconocidas, Sharpe cayó de pronto en la cuenta de que algunas habían luchado efectivamente en Trafalgar. El *Mars*, por ejemplo, y también el *Minotaur*, el *Orion* y el *Agamemnon*, entre otros. El *Goliath* desmentía su nombre, empequeñecido ante la ciclópea masa del *Prince of Wales*, un monstruo de noventa y ocho cañones en cuyo mástil flameaba el pendón del almirante. El buque insignia abrió una de sus troneras de proa para devolver la salva que el *Cleopatra* había disparado al pasar a modo de saludo. El estruendo de los cañones resultó ensordecedor, y el denso humo, unido al violento espasmo que sacudió la cureña tras el disparo, añadió dramatismo a la estampa. De hecho, aunque no se les hiciera vomitar metralla, el

simple peso de las piezas de artillería, agitadas por los embates del mar, sacudía la cubierta y la hacía retemblar bajo los pies de Sharpe.

Por delante del *Prince of Wales* solo navegaba un barco, también de setenta y cuatro bocas de fuego. Era un hermoso navío, y Sharpe, que había aumentado notablemente sus conocimientos navales en el viaje que le había llevado de la India a Inglaterra, se percató de que era obra de artífices franceses y de que debía de tratarse por tanto de una de las numerosas embarcaciones ganadas al enemigo. Al surcar ágilmente las olas, las bombas de achique del *Cleopatra* comenzaron a escupir agua, y al levantar la vista, Sharpe divisó claramente a los hombres de los demás navíos, que dejaban un momento sus quehaceres para contemplar el paso de la elegante fragata. Después, al dejar atrás el *Cleopatra* al cañonero de setenta y cuatro piezas, el casaca verde alcanzó a ver el rótulo que, pintado con letras de oro, cruzaba orgullosamente la popa. Era el *Pucelle*. El corazón se le sobresaltó en el pecho. ¡El *Pucelle*! ¡Su barco, el mismo barco en el que había peleado en Trafalgar a las órdenes de su amigo, el capitán Joel Chase…! Sharpe se preguntó si Chase seguiría ostentando el mismo grado o si no se hallaría incluso a bordo del navío… Solo sabía que él y Grace habían sido felices en ese mismo buque, al que los carpinteros de ribera galos habían bautizado con el sobrenombre de Juana de Arco: *la pucelle*, la doncella de Orleans. Sharpe quiso dedicar un gesto amistoso a los que viajaban en el artillero, pero el navío estaba demasiado lejos y no alcanzó a reconocer a nadie.

—Bienvenidos, caballeros. —El capitán Samuels, un individuo de rostro aceitunado, cabellos grises y expresión ceñuda, acaba de acercarse a sus invitados para saludarles—. El teniente Dunbar los conducirá a sus camarotes. Samuels miró con serio semblante a Sharpe, que había vuelto a clavar la vista en el *Pucelle*—. ¿Le aburren mis observaciones, alférez…?

—Disculpe, señor. Es que tuve ocasión de navegar a bordo de ese bastimento.

—¿A bordo del *Pucelle*?

—¿No se apoderó del *Revenant* en Trafalgar, señor?

—¿Y qué…? Hubo presas muy fáciles en esa batalla, alférez. —

La voz de Samuels dejaba traslucir a las claras la envidia de un hombre como él, que no había navegado nunca junto al almirante Nelson.

—¿Tuvo usted la suerte de luchar en esa gesta, señor? —preguntó Sharpe, consciente de que sus palabras escocerían al capitán.

—No, no viví ese episodio, pero usted tampoco, alférez, y ahora espero que me haga el favor de tomar buena nota de cuanto tengo que decir… —A continuación, el oficial comenzó a desgranar las normas del barco, que se resumían en dos prohibiciones (no fumar a bordo y no encaramarse a los cordajes) y una obligación: saludar a los oficiales del castillo de popa—. Comerán ustedes en el salón de oficiales y les agradeceré que no entorpezcan la labor de la marinería. Dios sabe bien que cumpliré con mi deber, desde luego, pero eso no significa forzosamente que me guste. He de dejarles a ustedes en la costa, junto a su maldito cargamento, a hurtadillas y con el máximo sigilo, y por el diablo que lo haré. Sin embargo, me alegraré cuando ustedes dos me den al fin la espalda y desaparezcan de mi vista para que yo pueda dedicarme a labores verdaderamente marineras.

Una vez soltada su arisca perorata, el capitán desapareció con la misma brusquedad con la que se había presentado.

—Me encantan estos recibimientos tan calurosos —murmuró Lavisser con sorna.

Sharpe volvió a tender la vista en la lejanía, pero la silueta del *Pucelle* se había perdido ya, oculta por la oscura y formidable masa de la costa. A sus ojos, el barco había dejado de existir y él volvía al mar, alejándose de los hermosos recuerdos de una vida que también se había apagado para siempre. Navegaba hacia el horizonte para ir a la guerra, impedirla, o verse atrapado en alguna sórdida traición. En cualquier caso, y ocurriera lo que ocurriera, lo único que sabía es que seguía siendo un soldado.

* * *

Pero Sharpe era un militar sin armas. Había subido a bordo del *Cleopatra* únicamente con su sable de oficial. No tenía nada que pudiese resultarle verdaderamente útil. Expuso su situación a Lavisser, y este le aseguró que se le proporcionaría todo lo necesario en cuanto llegaran a Vygârd.

—Allí está la casa en la que creció mi madre, ya verás cómo te gusta el sitio… —le explicó el capitán, a quien las largas jornadas de camaradería marítima habían hecho recurrir al tuteo. Su voz transmitía una sensación de nostálgico anhelo—. Mi abuelo dispone hasta del más mínimo elemento que puedas desear: pistolas, espadas…; cualquier cosa, aunque la verdad es que dudo mucho que tengamos problemas. Estoy seguro de que los franceses han desplegado agentes en Copenhague, pero es francamente improbable que intenten asesinar a nadie…

—¿Dónde está Vygârd? —preguntó Sharpe.

—Cerca de Køge, el discreto puerto en el que nuestro hospitalario capitán tiene intención de dejarnos.

Habían pasado once días, y la lejana tarde en que habían largado amarras comenzó a difuminarse lentamente en la memoria. El mar no solo había estado en calma, sino que habían tenido la suerte de ver lucir el sol a diario. Apoyado en el barandal de popa, Lavisser parecía un hombre totalmente despreocupado. Había dejado de usar el sombrero, y el viento acariciaba sus dorados cabellos. El intenso azul de los ojos y su rostro cortado a cuchillo le daban el aspecto de uno de aquellos antiguos vikingos de los que descendía y que también habían surcado aquellos mismos mares glaciales.

—En serio te digo que no vas a tener que echar mano de ningún arma, Richard —prosiguió Lavisser—. Nos limitaremos a alquilar un coche en Vygârd y a transportar el oro a Copenhague. Después finiquitaremos el asunto con el príncipe heredero y podremos felicitarnos de haber contribuido a preservar la paz.

Lavisser había hablado con un notable aplomo, como un hombre seguro de lo que va a encontrarse. Sin embargo, Sharpe recordó que lord Pumphrey dudaba de que el futuro rey de Dinamarca fuese persona proclive a aceptar mordidas.

—¿Y qué pasa si Su Alteza se niega a aceptar el dinero? —tanteó.

—No hará tal cosa —señaló Lavisser con firmeza—. Mi abuelo es su chambelán y me ha explicado que la idea del soborno partió del propio príncipe. —El apuesto oficial desplegó su mágica sonrisa —. Mira, Sharpe, el heredero necesita efectivo para reconstruir el palacio de Christiansborg, devastado por un incendio hace pocos años. Va a ser todo facilísimo, ya lo verás, y podremos regresar a casa convertidos en héroes. ¿Qué peligro podría haber? No hay franchutes en Vygârd; desde luego, no van a estar acechándonos en la residencia que tiene mi abuelo en Bredgade; y si llegara el caso, la guardia del propio príncipe mantendría bien alejados de nosotros a esos malnacidos. Ya puedes estar bien seguro de que no vas a precisar arma alguna, Richard. De hecho, te diré una cosa (y no quiero ofenderte): tu misma presencia, pese a ser más que bienvenida, es también del todo superflua.

—Las cosas podrían torcerse —insistió tozudamente Sharpe.

—Muy cierto. Cabe la posibilidad de que un terremoto arrase Copenhague. Quizá se abata una plaga de sapos sobre la ciudad… O tal vez los Cuatro Jinetes del Apocalipsis pasen a degüello Dinamarca… ¡Vamos…, Richard! El rumbo que llevamos nos conduce a mi hogar. Voy a entrevistarme con un príncipe con el que me une un lejano parentesco. Es medio inglés, igual que yo… ¿A que no lo sabías? Su madre es hermana del rey Jorge.

Desde luego, si algo tenía Lavisser eran unas espléndidas dotes de persuasión. Pese a todo, Sharpe se sentía desnudo sin poder echar mano de unas armas eficaces. Además, otros hombres, y de rango muy superior al del propio Lavisser, habían considerado prudente proporcionar protección al guardia… —Sumido en estas reflexiones, el casaca verde bajó a la segunda cubierta, entró en el minúsculo camarote que compartía con Lavisser y abrió su petate. Guardaba dentro sus ropas de paisano, el equipo de calidad que Grace le había comprado, así como el catalejo que le había regalado sir Arthur Wellesley, aunque bien es verdad que a regañadientes. Sin embargo, al fondo de la gran bolsa de lona, oculto y semiolvidado, encontró su

viejo juego de ganzúas, plegado entre dos cachas, como una navaja. Lo sacó y separó uno a uno los diferentes garfios y ganchos, ligeramente cubiertos de orín. Grace había descubierto casualmente un día el artilugio y le había preguntado divertida qué demonios era aquello. Sharpe recordó la risa incrédula de la joven al explicarle él para qué servía—. ¡Podrían colgarte por tener en tus manos este cachivache…! —había declarado Grace.

—Lo guardo en recuerdo de mis viejos tiempos —había comentado Sharpe sin excesiva convicción.

—Seguro que nunca lo has usado, ¿verdad? —le había preguntado Grace con morbosa curiosidad.

—¡Pues claro que lo he hecho! —le había contestado él.

—¡Enséñame cómo funciona…! ¡Venga, enséñame!

Él le había mostrado cómo forzar una cerradura; era una maña que había puesto mil veces en práctica en otra época. Ahora tenía el oficio un tanto roñoso, como los propios arponcillos, pero, a pesar de todo, las uñas de hierro de la navaja consiguieron abrir en un santiamén el candado que protegía el enorme cofre en el que se guardaban los caudales que el gobierno había entregado a Lavisser. Sin duda había muchas armas a bordo del *Cleopatra*, pero, si quería hacerse con algunas de ellas, Sharpe iba a tener que untar de oro unas cuantas manos embreadas.

Sharpe disponía de un peculio propio. Había arrebatado veinticuatro libras, ocho chelines y cuatro peniques y medio a Jem Hocking, y aunque casi toda la suma le había llegado en forma de calderilla de cobre y piezas pequeñas de plata, el sargento Matthew Standfast, nuevo propietario del Frog Prick, se había apresurado a cambiárselas por monedas de oro.

—Aunque le cobraré por el servicio —había insistido Standfast.

—¿Qué dice…? ¿Qué me va a cobrar…? —le había preguntado un sorprendido Sharpe.

—¡Este dinero está muy guarro…! —le había respondido el tabernero toqueteando las mugrientas monedas de cobre—. ¡Voy a tener que hervirlas en vinagre! ¿Qué demonios ha estado haciendo, alférez? ¿Ha metido la mano en los cepillos de las iglesias o qué…?

Al final, Standfast había convertido las veinticuatro libras con sus ocho chelines y cuatro peniques y medio en las veintidós brillantes guineas de oro que ahora dormitaban a buen recaudo en el petate, envueltas en una de las camisas limpias de Sharpe. Podía haber empleado parte de esos dineros en comprar armas, pero no veía necesidad de hacer tal desembolso. Gran Bretaña enviaba a Dinamarca porque los enemigos del país suponían una amenaza para Lavisser, así que debía ser el propio gobierno, se dijo Sharpe, el que pagara las facturas, y eso implicaba coger una parte del oro encerrado en el arcón que ocupaba prácticamente la mitad de la cabina en la que él mismo dormía en compañía del guardia. Sharpe tuvo que apartar una de las hamacas para abrir la tapa del baúl. En su interior, había varias capas de bolsas de tela gris, todas ellas precintadas con alambres sellados y provistos de unos marchamos de plomo embutidos en lacre. Sharpe levantó tres de las sacas de la parte superior, eligió una de las que se encontraban por debajo y la rasgó con el cuchillo. Estaba llena de guineas, hasta arriba de dorados caballeritos de san Jorge. Cogió una de las monedas y contempló la hermosa imagen del reverso, en la que se veía al santo alanceando al dragón y obligándole a retorcerse de dolor. Gruesas y preciosas piezas de oro. Desde luego, el cofre contenía una cantidad más que suficiente para comprar la lealtad de un reino, de modo que no pasaría nada si el Estado británico se dignaba a ofrecer unas cuantas moneditas al humilde alférez Sharpe; así que, ni corto ni perezoso, este se hizo con quince de las pesadas piezas, escondiéndolas rápidamente en los bolsillos antes de volver a colocar las sacas en su sitio. En el preciso instante en que devolvía la última a su inocente posición inicial, el alférez escuchó el sordo y rítmico golpeteo de unos pasos que parecían descender la escalerilla del entrepuente, que terminaba al pie mismo de la cabina en la que se encontraba. Sharpe cerró a toda prisa la tapa de la arqueta y se sentó encima para que no se viera que faltaba el candado. Se abrió la puerta del camarote y entró Barker con un balde. Al ver a Sharpe, el gigantón se inmovilizó por un instante.

Sharpe fingió estar calzándose las botas. Miró al inmenso

Barker, que se veía obligado a encorvarse bajo las vigas del pequeño compartimento.

—Según me han dicho, Barker, hubo un tiempo en el que se dedicaba usted a asaltar a los viandantes, ¿no es así?

—Imagino que esa es la información que le ha proporcionado el capitán —replicó tranquilamente el aludido, dejando el cubo en el suelo.

—¿Y dónde ejercía usted tan noble profesión? —preguntó Sharpe.

Barker titubeó un momento, como si sospechara que la pregunta encerraba alguna trampa, pero después se encogió de hombros y contestó:

—En Bristol.

—No conozco la ciudad —dijo a su vez Sharpe con desparpajo —. Bueno, en cualquier caso, ahora se ha reformado, ¿no es eso?

—Si usted lo dice…

—¿Entonces me equivoco…?

Barker respondió con una mala mueca.

—He venido a buscar el capote del señor Lavisser —dijo con ánimo de cortar la conversación.

Sharpe vio de pronto que el candado estaba a la vista en un ángulo del camarote y se aferró a la esperanza de que el monumental individuo no se percatara de ello.

—Pero, dígame, ¿qué tiene intención de hacer si los franceses se interponen en nuestro camino…?

Barker miró con cara de pocos amigos a Sharpe. Daba la impresión de que no había entendido la pregunta, o quizá fuera simplemente que detestaba aquella cháchara incómoda. En cualquier caso, se contentó con replicar desdeñosamente:

—¿Y cómo iban a enterarse siquiera de nuestra llegada? Mi jefe habla danés, y tanto usted como yo nos limitaremos a cerrar el pico.

Cogió rápidamente uno de los capotes que pendían de un gancho sujeto en la parte de atrás de la puerta y salió sin dar más explicaciones.

Sharpe aguardó a que el sonido de las pisadas se alejara y volvió

a asegurar el candado en la falleba. Barker no le gustaba un pelo, y estaba claro que el sentimiento era mutuo. Saltaba a la vista que aquel individuo no respondía al estereotipo habitual y que era por tanto un criado muy extraño para un hombre como Lavisser. Pese a todo, el alférez ya había tenido ocasión de averiguar por experiencia propia que a muchos caballeros de buena familia les encantaba mezclarse con matarifes de la peor calaña. Eran personas que disfrutaban escuchando los relatos de los hampones y a los que halagaba el solo hecho de trabar amistad con esos perdonavidas, así que entraba dentro de lo posible que Lavisser compartiera sus aficiones. Tal vez por eso se gastaba el guardia tantas campechanías con un modesto alférez como él, se dijo interiormente Sharpe.

Al día siguiente, el casaca verde utilizó dos de las guineas robadas para sobornar al capitán de armas, que hizo desaparecer el oro en el bolsillo con la agilidad de un consumado prestidigitador… Una hora más tarde, el oficial naval traía al alférez un alfanje de buena forja y dos de esos pesados pistolones que forman parte del equipo reglamentario de la marina, así como una caja de cartuchos.

—Le quedaría muy reconocido, señor, si acertara usted a evitar que este acuerdo nuestro llegara a oídos del capitán Samuels, dado que es hombre aficionado a desempolvar el látigo a la mínima ofensa —explicó muy cabalmente el encargado de la santabárbara—. Manténgalas bien ocultas en tanto no abandone el barco, caballero.

Sharpe prometió poner buen cuidado en atender a esa elemental precaución. Sabía que no iba a resultarle difícil cumplir su palabra mientras se hallara a bordo del *Cleopatra*, pero no veía forma de desembarcar con ellas sin que el capitán Samuels se diera cuenta. Sin embargo, no tardó en pensar que el cofre mismo podría constituir un buen escondrijo, así que pidió a Lavisser que las colocara entre las bolsas.

Lavisser se echó a reír al ver la cimitarra y las pistolas de grueso calibre.

—No podías esperar a que llegáramos a Vygârd, ¿verdad?

—Me gusta saber que voy bien armado —se justificó Sharpe.

—¿Armado? ¡Te tomarán por el despiadado Barba Azul si te ven

con semejante arsenal! Ahora bien, si con eso te sientes más feliz, Richard…, adelante, ¿por qué no…? La primera de mis preocupaciones es tenerte lo más contento posible. —Lavisser sacó la llave del arcón de uno de los bolsillos de su chaleco y levantó la tapa—. Una visión que caldea el corazón más frío, ¿eh? —exclamó mientras señalaba las insulsas sacas grises—. En cada una de estas bolsas hay una auténtica fortuna… Yo mismo las retiré del Banco de Inglaterra, y… ¡Dios, menudo jaleo! Una legión de hombrecillos de rosadas redingotes exigiendo firmas a troche y moche, esgrimiendo llaves para cerrar las compuertas de medio mundo, y un denso manto de sospecha flotando en el ambiente… Estoy convencido de que pensaban que me iba a quedar con el oro. ¡No habría sido mala idea! ¿A que no…? ¿Qué te parecería que tú y yo nos repartiéramos este tesoro y nos retiráramos a algún hermoso lugar? A Nápoles, por ejemplo… Siempre he querido conocer esa ciudad; entre otras cosas porque me han dicho que las mujeres son de una belleza sobrecogedora… —Al ver la expresión de Sharpe, Lavisser se echó a reír—. Veo que te escandalizas con facilidad, Richard, lo que no deja de resultar extraño, sobre todo en un hombre surgido de la nada… Confieso que la idea que te acabo de exponer me tienta mucho. Sufro el cruel destino de los segundones. Mi hermano será conde algún día, el muy bribón, y heredará todo el dinero de la familia, pero se supone que yo debo valerme por mí mismo. Te parece cómico, ¿verdad? Sé que vienes de un mundillo en el que cada palo ha de aguantar su vela, lo quiera o no, así que se te antojará lógico que yo tenga que hacer lo mismo… —Lavisser puso las armas que Sharpe había conseguido sobre las talegas grises y cerró el cofre—. Este oro será para el príncipe Federico —aseguró mientras giraba la llave en la cerradura del candado—, y habrá paz en la tierra para los hombres de buena voluntad…

Al atardecer del día siguiente, la fragata dobló el cabo más septentrional de Jutlandia. El promontorio, conocido con el nombre de Skagen y escasamente elevado sobre las aguas, presentaba un deprimente aspecto melancólico en la grisácea y brumosa penumbra de aquellas latitudes. La brillante luz de un faro erguido en su

extremo final rasgaba la caliginosa mortaja, y su resplandor pareció seguir el rumbo del *Cleopatra* hasta que la nave torció el timón para aproar al sur y enfilar hacia el estrecho de Categat. Al capitán Samuels le preocupaba enormemente lo que pudiera pasar en ese angosto brazo de mar, que en uno de sus puntos ni siquiera alcanzaba los cinco kilómetros de anchura. Navegar por esas aguas implicaba cruzar los umbrales del Báltico, que el inmenso cañón de Helsingborg defendía desde la costa sueca, y que en el lado danés guardaban las baterías artilleras del castillo de Kronborg, en la localidad de Elsinor. La fragata se había cruzado con muy pocos buques desde que partiera de Harwich, apenas si había avistado un puñado de pesqueros y un lento e inestable mercante que transportaba una pesada carga de madera en la cubierta principal. En cambio, ahora, una vez atrás el Skagen para internarse en el ajustado canal que separa Dinamarca de Suecia, el tráfico empezó a adensarse.

—Lo que todavía no sabemos —dijo de pronto el capitán Samuels dignándose por fin a hablar con Sharpey Lavisser la mañana posterior al paso del Skagen—, es si Dinamarca sigue siendo un país neutral. Podemos rebasar la plaza de Elsinor ciñéndonos al litoral sueco, pero eso no impedirá que los daneses nos vean y piensen que la maniobra es un claro signo de que no traemos buenas intenciones.

Según creyó comprender Sharpe, los suecos eran aliados de los británicos.

—Vale, pero eso no nos despeja demasiado el panorama —le comentó Lavisser—. Al rey de Suecia también le falta un tomillo… ¿Qué curioso, no? La mitad de los jodidos reyes de Europa son un hatajo de maníacos profundos, de esos que echan espumarajos por la boca. Desde luego, los suecos no van a combatir en nuestras guerras, pero están de nuestra parte. En cambio, los daneses no quieren luchar en ningún bando. Son estrictamente neutrales, los muy ilusos, pero el poderío de su flota hace que esa imparcialidad resulte extremadamente complicada. Si quieren protegerla tendrán que batirse… Y la única alternativa a ese escenario pasa por aceptar el

soborno. Evidentemente, si los franceses les hubieran enviado ya una suma aún mayor para comprarles, podrían haberle declarado ya la guerra a Gran Bretaña…

El navío de Su Majestad no tenía más remedio que atravesar el estrecho paso marítimo. Lavisser y Sharpe debían desembarcar al sur de Køge, cerca de un pueblecito llamado Herfølge, ya que allí se encontraba la finca de los abuelos de Lavisser, y la bahía de Køge se hallaba en una región más meridional que la que abrigaba los edificios de Elsinor y Copenhague. Podían haber evitado Elsinor poniendo proa a poniente, en dirección a Selandia, la isla en la que se asienta Copenhague, pero eso les habría obligado a efectuar un viaje mucho más largo, y no andaban sobrados de tiempo.

—Hemos de entrevistarnos con el príncipe antes de que la armada y el ejército británicos se presenten por estos pagos —señaló Lavisser—. ¿Crees de verdad que acabarán cañoneando Copenhague?

—¿Y por qué no habrían de hacerlo? —se extrañó Sharpe.

—¿Te imaginas en serio que los artilleros británicos se prestarían a triturar a mujeres y niños indefensos?

—Hombre, apuntarían a las murallas para acabar con sus baluartes… —supuso Sharpe.

—¡Que te crees tú eso! —continuó Lavisser—. ¡Los muy cabrones reducirán a escombros las calles y las casas! Y lo harán por mucho que lord Cathcart no desee llegar a tales extremos… Es un melindroso relamido… —Lord Cathcart era el general en jefe del ejército británico—. Esperemos que la mordidita funcione, ¿eh…?

La fragata pasó frente a las costas de Elsinor esa misma tarde. De la fortaleza partió el estampido de varios cañonazos. Fue sin embargo un estruendo apagado y difuso, dado que no se habían cargado las armas con balas ni metralla, sino solo con pólvora, a fin de responder a las salvas que el capitán Samuels había ordenado disparar para honrar la enseña danesa. Sharpe observó minuciosamente la bandera con el catalejo, y estudió los limpios trazos de la cruz blanca que ondeaba sobre el campo de gules. El capitán Samuels también analizaba los movimientos que conseguía

divisar en las inmediaciones de la fortaleza, pero lo que él buscaba eran las claras salpicaduras de espuma que indicarían que los cañones disparaban balas de verdad y no simples cargas huecas. No detectó ninguna, así que le tranquilizó saber que los daneses se habían limitado a devolver el saludo.

—Bueno, esto significa que siguen siendo neutrales —gruñó Samuels.

—Harán todo cuanto esté en su mano para conservar esa inmunidad —opinó Lavisser—. Son un país muy pequeño, capitán, y no querrán meterse en ningún jaleo armado mientras no se vean obligados a ello.

Lavisser tomó el catalejo de las manos de Sharpe y clavó las lentes en el macizo castillo de Kronborg, que a esa distancia más parecía un palacio que una fortaleza. El revestimiento de cobre de sus agujas y abruptos tejados arrojaba un resplandor verde sobre los blancos restos astillados del humo que habían escupido los cañones. Anclada al final de la avenida portuaria de Elsinor, una fragata desplegaba apresuradamente el trapo con la evidente intención de seguir al *Cleopatra*.

—¿Cree usted que nos dará problemas? —preguntó Lavisser.

El capitán Samuels negó con la cabeza.

—No podrá darnos caza —contestó en tono displicente—, y además es muy probable que este viento termine por levantar neblina…

Lavisser siguió escudriñando el castillo.

—Algo huele a podrido en Dinamarca… —anunció con ahuecada pompa.

—¿Cómo puede decirlo desde aquí…? —le interrogó un estupefacto Sharpe.

El guardia se echó a reír.

—Es una cita de *Hamlet*, querido Richard… Y si viene a cuento es porque la intriga tiene lugar en ese mismo alcázar. Estuve en él de niño, y acabé convenciéndome de que había entrevisto el espectro del viejo rey vagando por las almenas, pero por desgracia solo fue una jugarreta dela imaginación. Después, varios años más tarde,

interpreté justamente ese papel en una función de Eton. El puñetero Pumphrey hizo de Ofelia… y a fe mía que le quedó una muchacha más que convincente… Yo tenía que besarlo en una de las escenas, y él le cogió tanto gusto a la cosa que no me quedó más remedio que estrujarle las pelotas hasta hacerle chillar como un marrano… —El guardia ladeó una sonrisa al recordar el episodio y después se asomó por la barandilla para echarle un vistazo a las verdosas y poco profundas aguas de la costa—. Ojalá hubiese algo auténticamente corrupto en el país —prosiguió—. Es una nación de aburridos, Richard, de lugareños beatos, formalistas y circunspectos; gentecillas que llevan vidas insulsas y anodinas…

—A ti debe de parecerte que a todos nos aqueja ese mismo mal… —observó audazmente Sharpe.

Un celaje de tristeza ensombreció al instante el rostro de Lavisser.

—No, no, en absoluto… Perdona… He nacido rodeado de privilegios, Richard, tienes razón…; olvido fácilmente que pocos disfrutan de esa suerte…

El *Cleopatra* se aproximó al litoral sueco para hacer creer a los vigías que navegaba rumbo a Stralsund, en la Prusia septentrional, ya que allí se encontraba destacada una guarnición británica. Sin embargo, durante la noche posterior a su paso por Copenhague, la fragata abandonó la transitada ruta marítima y dobló la barra a poniente para alcanzar rápidamente la bahía de Køge. El barco quedó súbitamente solo. Hacía ya mucho tiempo que la fragata danesa decidida a seguirles había desistido de su propósito al perder de vista la popa del navío británico, y la rada de Køge estaba desierta. Por entre las dispersas nubes asomaba de cuando en cuando el disco luminoso de la luna, confiriendo una mágica fosforescencia a la natural blancura de los acantilados bajos de caliza. La fragata viró al norte hasta ver menguar las quebradas que, diluidas por el mar, iban dejando paso a largas fajas arenosas. Una vez en ellas, el capitán Samuels eligió un punto para la recalada y ordenó arriar un bote.

Tras improvisar un cabrestante enredando dos vueltas de la

cuerda de las cabrias en uno de los penóles, los marineros hicieron descender el pesado cofre del oro por la borda. Terminada la operación, Sharpe, Lavisser y Barker se deslizaron por el costado de la nave hasta la lancha que les aguardaba en la vertical. Los tres integrantes de la comitiva vestían de paisano. El alférez se había puesto un sobretodo castaño, botas y pantalones negros y un corbatín blanco, rematando el conjunto con el sombrero de tres picos marrón que según le había dicho siempre Grace le daba aires de granjero cascarrabias. El uniforme de fusilero permanecía guardado en el petate que se había echado a la espalda.

La tripulación del chinchorro remó suavemente en la oscuridad. La luna había quedado oculta tras los nubarrones que poco a poco habían ido encapotando el cielo, y mucho más al norte, al otro lado del propio Copenhague, se escuchaban los sordos redobles de una tormenta que amenazaba con enturbiar la noche. Bífidas lenguas de fuego rasgaban las tinieblas en la lejanía, pero la lluvia no hizo acto de presencia en la ensenada de Køge, ya que el rodar del trueno se apagaba en la distancia antes de acercarse siquiera a la barca en la que progresaban. Al desvanecerse el gruñido de la tronada, los únicos sonidos que persistieron fueron el murmullo de los remos, manejados con aterciopelado tacto para no dar la alarma, y el suave chapoteo del agua hendida por el casco de la embarcación.

No había oleaje, solo el blando rumor de las pequeñas ondas que venían a morir en la lisa arena de la playa. La quilla del lanchón rascó súbitamente el fondo y uno de los marineros saltó por la borda para sujetarlo firmemente mientras media docena de hombres trasladaban la arqueta del tesoro a tierra. Sharpe, Lavisser y Barker imitaron al batelero y ganaron la playa chapaleando en los bajíos. El guardiamarina que mandaba el pequeño grupo les deseó buena suerte, sus hombres empujaron la barca para sacarla de la arena, y la dotación volvió a sumergirla en las sombras, desapareciendo velozmente tras el rítmico eco de los remos, cuyo sordo impulso también acabó por disolverse en la nada. Una ráfaga de viento frío hizo crepitar un puñado de granos de arena en las botas de Sharpe.

Había llegado a Dinamarca, pero, antes de que pudiera hacer un

solo gesto, el capitán Lavisser desenfundó la pistola.

CAPÍTULO IV

El guardia pareció vacilar un instante.

—¿Crees que los de la fragata oirían un disparo ahora? —preguntó a Sharpe.

—Es probable —respondió el alférez—. Los sonidos se transmiten con mucha facilidad sobre la superficie del agua… ¿Por qué lo dices…?

—Me gustaría probar el arma. Me preocupa que el cebador se haya mojado, pero tampoco quiero alarmar al *Cleopatra*. Podrían pensar que nos están atacando…

—Los cebos no están húmedos —le tranquilizó Sharpe—. No hemos hundido las piernas más allá de los tobillos…

—Seguramente tienes razón… —Lavisser volvió a enfundar el hierro—. Creo que lo mejor es que me esperes aquí, Richard. Si Samuels nos ha dejado efectivamente en el sitio previsto, todavía tendremos una hora de marcha hasta Herfølge. Regresaré al amanecer, y, con un poco de suerte, conseguiré traerme un carro y un caballo para sacar el maldito oro de aquí. —El capitán escaló una duna, se giró y dijo a Barker—: Quédate con míster Sharpe, ¿de acuerdo?

—Descuide, señor —asintió el gorila.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —comentó desenfadadamente Lavisser antes de volverles la espalda y emprender camino.

—¿Lleva usted consigo la llave del cofre? —quiso saber Sharpe alzando levemente la voz para que el capitán le oyera.

Lavisser dio media vuelta. Apenas era ya una vaga sombra encaramada al filo de la duna.

—¿No me dirás que la necesitas, Richard? —soltó sarcástico.

—Me gustaría echar mano de esos pistolones.

—Si no tuvieras más remedio que hacerlo, Barker puede abrirlo. ¡Adiós! ¡Hasta dentro de dos o tres horas…!

El guardia saludó con un ademán y se esfumó tras la vertiente opuesta de la duna. Sharpe entrecerró los ojos para observar detenidamente la negra silueta de Barker.

—¿La llave…?

—Estoy en ello… —El criado del guardia había respondido de muy mal humor. Se puso a rebuscar en una maleta, y Sharpe, para hacer tiempo, subió a lo alto del médano. El tiempo era frío para estar en verano, pero supuso que eran cosas de aquel gélido mar. Desde lo alto de la duna alcanzó a divisar la fragata, convertida en una alambicada maraña de aparejos recortados sobre el cielo de levante. Tierra adentro solo se veía, entre turbios retazos, el lejano parpadeo de una débil luz. El capitán Samuels ya había dicho que lo más probable era que la niebla hiciera acto de presencia, y desde luego la difusa claridad del horizonte parecía indicar que estaba formándose por encima de los campos llanos de las granjas. Sharpe tenía la impresión de que el suelo oscilaba bajo sus pies, porque todavía no había conseguido acostumbrarse a las sensaciones de la tierra firme tras los largos días de navegación. El aire olía a heno, salitre y algas—. ¿Había visitado alguna vez Dinamaca, Barker? —preguntó lanzando la voz a la playa oscura.

—No —fue la respuesta.

—Bueno, ¿dónde está esa llave…? —repitió.

—Me parece que no me la ha dado.

—Es costumbre añadir «señor» a las respuestas que se dan a los oficiales, Barker. —Sharpe no lograba ocultar el desagrado que le producía el fornido criado, que evidentemente debía el empleo a su imponente constitución y a su capacidad para actuar con extrema violencia y no a sus dudosas competencias de asistente. Sharpe revisó a fondo su petate, y tras mucho escarbar encontró al fin el

juego de ganzúas. Regresó a la orilla y se arrodilló junto al arcón.

—¿Qué hace usted, señor? —quiso enterarse Barker, recalcando sarcásticamente la última palabra.

—Trato de coger mis pistolas —replicó el alférez que ya sostenía el candado entre las manos. Un sordo estampido le obligó a volverse. El lanchón debía de haber alcanzado la fragata, que arriaba ya los trinquetes para alejarse de la costa, y la crepitación debió de ser un simple efecto del azote del viento sobre las velas amolladas; sin embargo, el chasquido le salvó la vida. Al girarse, Sharpe vio brillar algo en la mano de Barker, y comprendió que se trataba de un puñal que le buscaba ávidamente el cuello, así que saltó a un lado y gateó lo más deprisa que pudo para apartarse del cofre. Dejó caer las ganzúas, arrojó un puñado de arena a los ojos de su agresor, y desnudó el sable. Entonces oyó el inconfundible chasquido metálico de un arma que se amartilla y supo que Barker, desentendiéndose de cualquier posible alarma en el *Cleopatra*, debía de haber sacado la pistola, que seguramente habría guardado escondida bajo su enorme balandrán. Sharpe echó a correr, alcanzó la cresta de la duna, atrapó el petate, y bajó a toda prisa la pendiente arenosa hasta desaparecer en la oscuridad que envolvía el cordón de médanos opuesto a la orilla.

Desde que oyera el restallido de la lona apenas había tenido tiempo de pensar. Se había limitado a reaccionar instintivamente… Ahora, sin embargo, agachado entre los ásperos tallos del herbazal que cubría la extensión abierta al otro lado de los lomos de arena, comenzó a observar atentamente la arista superior de la duna para tratar de discernir el perfil de Barker. «¡Gracias a Dios!», se dijo. Pero estaba claro que se había dejado engatusar. Debería haber presentido el peligro al decirle Lavisser que Barker tenía la llave del cofre. Nadie en su sano juicio habría confiado semejante fortuna en monedas de oro a un lacayo como Barker.

Comprendió que lord Pumphrey había acertado al sugerirle que había algo muy extraño en todo aquel asunto, pero ni en sus más descabelladas conjeturas habría imaginado Sharpe una situación tan retorcida. Lavisser le quería muerto… Pero ¿qué más perseguía el

capitán de la guardia…? No había forma de saberlo, y desde luego no era momento para especulaciones, ya que Barker se había encaramado al vértice de la duna y barría las sombras con la mira de la pistola. Aguardaba a que Sharpe hiciera un movimiento, solo eso…; una lenta y paciente espera… Sin embargo, el contacto entre el templado viento estival que soplaba del sur y aquellas heladas aguas septentrionales empezaba a adensar la niebla. El alférez permaneció perfectamente inmóvil. Muy lejos, tierra adentro, una campana hirió cuatro veces el aire. La temblorosa lucecita se había esfumado, devorada por la bruma creciente.

Al ver que Barker daba unos cuantos pasos al norte, Sharpe salió de su escondrijo y partió como un galgo en dirección opuesta. El titán lo oyó, pero eso era justamente lo que Sharpe quería, ya que tenía la esperanza de que Barker intentara disparar a ciegas. Una vez hubiera vaciado la pistola, tardaría un buen rato en volver a cargarla y él podría caer sobre el esbirro como el terrier sobre las ratas. Sin embargo, Barker no era ningún estúpido. Supo contener los ímpetus del gatillo y prefirió seguir a Sharpe con ánimo de acercársele lo suficiente para no marrar el tiro.

Sharpe fue a ocultarse entre las negras sombras que inundaban un collado entre dos médanos de escasa altura. La calima blanqueaba los primeros atisbos del amanecer, amortiguando el tenue susurro del viento y las olas. Aunque Barker había vuelto a perder su rastro, el sicario sabía aproximadamente por dónde andaba su presa, así que optó por agacharse para que su silueta no destacara en exceso contra el horizonte. El tipo carecía claramente de formación militar, ya que de lo contrario habría elegido las zonas bajas para disimular sus movimientos, ya que de noche no hay forma de discernir lo que ocurre en las hondonadas. Cualquiera podía orientarse si su objetivo se hallaba en alto y se recortaba sobre el cielo, pero quien oteara desde arriba y mirara hacia abajo solo vería oscuridad. Sharpe observó detenidamente al voluminoso victimario, y, transcurridos unos instantes, rastrilló con los dedos la arena y las hierbas hasta conseguir un palo y dos guijarros, que arrojó en rápida sucesión hacia la vertiente sur de la playa. La estratagema funcionó,

porque el leve rumor que hicieron los objetos al caer consiguió que Barker avanzara hacia el punto del que procedía el sonido.

Sharpe volvió sobre sus pasos. Se arrastró con sumo cuidado, tanteando primero el terreno que tenía delante para asegurarse de no cargar el peso del cuerpo sobre ningún montón de hierba seca. Encontró otros dos trozos de madera y los arrojó con todas sus fuerzas al muro de brumosa negrura que se interponía entre Barker y él con la esperanza de engañar al ojeador y empujarle aún más al sur… No se puso en pie hasta haber perdido de vista al jayán. Cruzó el mar de dunas y regresó a la playa. Tenía que encontrar las ganzúas, pero la arena removida que rodeaba la arqueta se las había tragado. Dio una rápida batida, tamizando la zona con las manos, pero no pudo encontrarlas… De pronto escuchó un blando ruido de pasos. Era Barker, que también había dado media vuelta. El criado había abandonado la caza para regresar junto al tesoro y custodiar el oro, así que Sharpe se desentendió de las armas atrapadas en el cofre y atravesó de nuevo las dunas.

Se internó en la campiña hasta llegar a un campo de cultivo anegado que enmarcaba una acequia. Cambió de dirección para dirigirse al norte, siguiendo la zanja, ya medio colmatada de arena a causa del viento. Espantado, un pájaro abandonó ruidosamente el nido, haciéndole dar un respingo. Entonces vio que tenía delante una pista desfondada, recorrida por la profunda cicatriz de las roderas de los carros. El camino se adentraba en el campo, alejándose de las rompientes. Se disponía ya a seguirlo cuando escuchó un chapaleo de cascos de cabalgadura, así que se escabulló a toda prisa y se ocultó en la cuneta, entre la hierba empapada.

El rumor creció hasta revelar la llegada de una tropa de caballería, pero los esponjosos velos de la niebla le impedían ver nada. Aguardó inmóvil, cubriéndose el rostro con el sombrero para impedir que la pálida luz del alba lo hiciera destacar en la penumbra. De pronto distinguió una forma entre la blanca estopa que le cegaba, luego otra, y otra, hasta comprobar que tenía delante media docena de jinetes. Todos vestían largas casacas rojas con el cuello y las bocamangas de color azul pálido. Completaban su uniforme con

unos pantalones negros de ribetes blancos y se tocaban con un bicornio igualmente negro, adornado con un alambicado penacho de plumas blancas. Llevaban la espada sujeta a un fajín de seda gualda, lo que parecía indicar que se trataba de dragones. Un segundo grupo hizo también acto de presencia. La comitiva avanzaba a paso muy lento a causa de la niebla. De pronto se dejó ver, como surgida de la nada, una carreta desvencijada. Tiraba de ella un despacioso caballito y por sus costados colgaban profusamente los restos de unas algas. Sharpe dio por sentado que el vehículo se utilizaba habitualmente para recoger esas plantas marinas, ya que constituían un buen abono, y que ahora se dirigía al punto en el que había desembarcado a fin de recoger el oro.

En cuanto el carro y los jinetes se hubieron desvanecido en la orilla, Sharpe cruzó como un rayo la pista y fue a refugiarse en otra zanja. Oyó el apagado rumor de unas voces y creyó percibir la tensión de la cólera en el timbre de los interlocutores. Ahora bien, ¿quién se sentía así de irritado, y por qué? ¿Habían apresado los dragones a Lavisser o había sido él mismo quién los había enviado? El alférez levantó un poco la cabeza, pero no pudo ver nada. Se arrastró tierra adentro, manteniendo el centro de gravedad lo más bajo posible para no convertirse en una mancha oscura recortada en la clara niebla, cada vez más iluminada por el resplandor del alba. ¿Qué demonios debía hacer? El chasquido metálico de las barbadas de otra cabalgadura le obligó a echar nuevamente cuerpo a tierra. Era evidente que los soldados de caballería se habían desplegado en la niebla para ir en su busca, pero estaban concentrando sus esfuerzos demasiado al sur. Oyó cómo se llamaban unos a otros, pero ahora, al percibir una reverberación extrañamente alegre en sus avisos, Sharpe tuvo la sensación de estar escuchando a los miembros de un grupo de amigos más que a los integrantes de una unidad militar. Los ceñidores amarillos daban a entender que todos ellos eran oficiales, y desde luego ninguno estaba gritando órdenes. Soltaban grandes risotadas mientras espoleaban a las monturas para que avanzaran por el terreno enfangado del campo de cultivo… Al poco, el destacamento se perdió en la lejanía y Sharpe continuó

avanzando a gatas. «Vete hacia el interior», pensó, «y búscate un escondrijo». Su objetivo pasaba por encontrar unos árboles o cualquier otra cosa que le permitiera esconderse y reflexionar en su siguiente movimiento. Quizá debiera limitarse a esperar, sin más, se dijo a sí mismo. Se suponía que el ejército británico estaba a punto de llegar a Dinamarca, pero la sola idea de abandonar una acequia o un granero para ponerse en manos de un comité de bienvenida formado por un puñado de oficiales arrogantes superaba el escaso caudal de su paciencia. Sabía que todos llegarían a la conclusión de que había vuelto a fracasar, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Volvieron a escucharse voces y ruido de cascos, así que Sharpe se dejó caer en el barro. Debía de estar más cerca del camino de lo que pensaba, dado que podía oír perfectamente el traqueteo y los chirridos del carromato. Entonces distinguió la voz de Barker. Se estaba deshaciendo en disculpas, pero Lavisser le cortó en seco:

—Es una pena, Barker, pero tampoco hay por qué convertirlo en una tragedia. Y, además, ¿qué puede hacernos? Era un tipo que me caía bastante bien, pero no dejaba de ser un estorbo, por no mencionar que su presencia resultaba totalmente inútil; penosamente estéril, diría incluso…

«¿Vana su misión…?». Sharpe alzó la cabeza y consiguió ver a Lavisser embutido en un uniforme danés. Debía de haber llegado a la casa de su abuelo y trocado allí las prendas de capitán inglés por las que ahora vestía, antes de unirse a la compañía de amigos que le aguardaba para así poder hacerse con el oro y convertirse en un hombre inmensamente rico. Y todo ello en el breve plazo de una o dos horas. «Pues al infierno con él», se dijo Sharpe. «¡Al diablo…!», se repitió mientras veía alejarse al carro y a los caballeros, devorados por la niebla.

«Vete a Copenhague», pensó. Metió la mano en el bolsillo y encontró el pedacito de papel que lord Pumphrey le había confiado en Harwich. La luz se había intensificado ya lo suficiente para poder leer la elegante letra del aristócrata. El texto decía: «Ole Skovgaard, Ulfedt's Plads». Sharpe se quedó mirándolo fijamente. ¿Qué era aquello? ¿Un nombre o una dirección? Después adivinó que la coma

indicaba que el individuo en cuestión se llamaba Ole Skovgaard, y que Ulfedt's Plads era su lugar de residencia. También recordó que Pumphrey había dicho que la casa se encontraba en Copenhague. «Pues vete allí a toda velocidad», decidió. «Demuéstrales que tu presencia no es inservible».

Volvió a guardarse la nota en el bolsillo del sobretodo, se cercioró de que Lavisser y los demás jinetes se habían perdido definitivamente de vista y se incorporó.

Entonces saltó la trampa que le habían tendido los dragones.

Era un truco extremadamente viejo. Los jinetes habían dejado rezagado a un compañero, doblemente conscientes de que Sharpe se creería pronto a salvo al comprobar que el escuadrón se desvanecía en la bruma, y de que se apresuraría a abandonar su escondite en cuanto pensara no correr ya ningún riesgo.

Y como ese había sido exactamente el proceder de Sharpe, el último dragón, que aguardaba oculto entre las dunas, vio surgir al poco la negra silueta del fusilero recortada sobre la blanca envoltura de los campos.

El dragón debería haber lanzado inmediatamente un grito de alerta. Tendría que haber convocado sin tardanza a sus compañeros y provocado su regreso. Sin embargo, quiso arrogarse todo el mérito de la captura del inglés, así que desenvainó la espada y zahirió con la espuela los yares de su montura. Sharpe oyó el sordo chapaleo de las pezuñas, se giró y vio al enorme corcel que se le venía encima, galopando por el terreno embarrado. Se maldijo interiormente por haberse dejado sorprender de ese modo y caído en un engaño tan burdo. Sin embargo, también se percató de que el jinete sostenía el arma en la diestra y comprendió que el animal se le aproximaría por su derecha. Esto le indicó que el dragón se inclinaría en la silla para asestarle un tajo decisivo, y le hizo saber asimismo que no iba a tener tiempo de desenvainar su propio sable. O quizá no supiera a ciencia cierta nada de esto y únicamente lo comprendiera de forma instantánea. El caso es que sus dotes de soldado le permitieron reaccionar instintivamente y plantar cara a la situación.

El jinete dio un alarido, más para atemorizar a Sharpe que para

hacer saber a sus compañeros lo que estaba sucediendo. Sin embargo, el dragón era muy joven y carecía de experiencia… Pensó que el huido se quedaría inmóvil como un espantapájaros y que conseguiría derribarlo asestándole un golpe con la parte plana de la hoja… Lo último que esperaba era que el oficial de los fusileros utilizara su pesado petate para arrear un golpazo en la cabeza al caballo. El animal se desvió de su rumbo y el dragón, que ya había empezado a blandir su pesado espadón para describir con él un gran arco, descubrió demasiado tarde que su alazán y él mismo partían en direcciones opuestas. Lavisser ya le había advertido que el inglés era un individuo peligroso, y por eso había concebido el osado dragón la idea de aturdir a su adversario dándole un tremendo palmetazo con la gruesa hoja de su acero… Sin embargo, lo único que consiguió fue agitarse en el aire en un desesperado intento de no perder totalmente el equilibrio, y todo lo que tuvo que hacer Sharpe fue soltar el petate, agarrar el brazo armado dél jinete y pegar un formidable lirón. El soldado, que emitió un extraño gemido al verse violentamente expulsado de la silla, quedó sin respiración al caer de bruces en el lodo. Volvió a gañir como un animal herido al notar el peso de Sharpe, que acababa de saltar sobre su vientre.

—¡Maldito estúpido! —rugió el alférez.

La montura, sacudiendo la cabeza, frenó en seco. De la cartuchera sujeta en la silla asomaba una pistola.

Sharpe estaba furioso. No resultaba nada difícil ponerle en ese estado, al menos no desde la muerte de Grace, así que golpeó al hombre con todas sus fuerzas, empleándose a fondo. Demasiado a fondo. Había encontrado un pedrusco que se le acomodaba bien al hueco de la mano, y lo utilizó para quebrar la mandíbula del dragón. El individuo dejó escapar un largo quejido mientras la sangre comenzaba a gotear por los largos bigotes rubios.

—¡Maldito estúpido! —volvió a aullar Sharpe.

Se incorporó y arreó una patada a su agresor. Pensó en hacerse con la espada, ya que el pesado acero de los oficiales de caballería era mucho mejor que un sable tan ligero como el suyo, pero el arma había caído varios metros más allá, y además resultaba muy

complicado soltar las fijaciones y herrajes de la vaina. Para colmo, los demás dragones ya debían de haber escuchado los gritos de su compañero, ya que una voz acababa de perforar la niebla en tono perentorio. Lavisser y sus camaradas debían de estar en camino, así que Sharpe recuperó el petate y corrió hasta el lugar en que había quedado la cabalgadura. Encajó el pie izquierdo en el estribo y se puso a saltar torpemente, ya que el animal empezó a recular nerviosamente de través. Finalmente consiguió auparse al lomo del corcel. Acertó a enhebrar el pie derecho en el otro estribo, obligó al cuadrúpedo a virar al norte y lo espoleó con todas sus fuerzas. Tendido en el suelo, el hombre que le había atacado le observaba con expresión triste.

Caracoleando, Sharpe volvió grupas para regresar a la playa. Escuchaba ya la fuerte percusión de los cascos de los demás caballos y supo que el grueso de la unidad de dragones no tardaría en correr tras él, lanzándose a una persecución desenfrenada. Una vez que hubo cruzado el cordón de dunas y alcanzado la playa, el alférez torció bridas para enfilar al sur y puso al caballo al galope tendido. Sharpe se aferraba con uñas y dientes a la esperanza de salvar su vida, desentendiéndose del petate que se agitaba a un lado, yendo a estrellarse sobre su muslo derecho con rítmico golpeteo, y de la funda del sable que chasqueaba sobre su otro flanco con la desafinada vibración metálica de una campana rajada. Dejó atrás el caótico amasijo de huellas de cascos en que se había convertido el punto en el que Lavisser y él mismo habían echado pie a tierra, y volvió a ordenar a su montura que avanzara hacia el interior del país. Cabalgaba en círculos con la esperanza de que los cambios de dirección consiguieran confundir a sus perseguidores. Atravesó el frente de dunas, dejó que el animal buscara por sí solo el mejor punto para salvar la zanja, y después lo frenó al llegar al herbazal. Aguzó el oído, pero no oyó nada, salvo la trabajosa respiración del caballo.

Picó nuevamente espuelas para continuar la marcha. Cruzó otras dos acequias más y después giró al norte hasta alcanzar la trocha cubierta de roderas. Una vez allí, dobló al oeste y luego nuevamente

al norte, tomando un sendero que salía del camino y se adentraba serpenteando entre los árboles, cuyas retorcidas formas daban fe de lo ventosa que era la zona. El instinto le dijo que había conseguido despistar a quienes trataban de darle caza, pero no estaba seguro de que hubieran renunciado a atraparle. Le estarían buscando, y como el sol empezaba ya a cobrar altura, la niebla no tardaría en disiparse. El caballo iba a convertirse rápidamente en un problema, dado que en ese paisaje llano y descamado Lavisser y sus compinches distinguirían con facilidad a un jinete. Por ello, y aunque a regañadientes, Sharpe se dejó caer suavemente del lomo del animal. Le desabrochó la cincha, le quitó la silla y le dio una palmada en la grupa para conseguir que se internara en una pradera cubierta de hierba. Con un poco de suerte, Lavisser y sus compañeros verían simplemente un caballo pastando, no una montura de la caballería abandonada.

Se deshizo de la pistola. No estaba cargada y la munición debía de haber quedado en poder del soldado, así que Sharpe la lanzó a la zanja en la que también había ocultado la silla y siguió su camino al norte. Apresuró el paso para aprovechar los últimos vestigios de niebla y conseguir que le cubrieran las espaldas. A media mañana, una vez que el sol hubo deshecho definitivamente la neblina, Sharpe se escondió en el hondón de otra acequia y desde allí no le fue difícil divisar a los hombres que iban tras sus pasos. Se encontraban a mucha distancia, y estaba claro que se esforzaban en escudriñar los campos de cultivo. Contempló sus evoluciones durante una hora o algo más, hasta que finalmente se cansaron, se desentendieron de la búsqueda, y espolearon a las monturas tierra adentro.

Sharpe aguardó pacientemente en previsión de que a los camaradas de Lavisser se les hubiera ocurrido la idea de repetir la estratagema del hombre rezagado. Le estaba empezando a entrar hambre, pero no tenía forma de calmarla. El cielo se estaba cubriendo y amenazaba lluvia. Pese a todo, siguió esperando hasta tener la certeza de que no había nadie emboscado. Solo entonces trepó por un costado de la zanja y atravesó los campos parduzcos que dominaban la llanura. Progresó manteniendo constantemente

las dunas a su derecha, ya que de ese modo tenía la seguridad de llevar dirección norte. Pasó frente a una serie de granjas de fachadas blancas y tejados rojos, rebasó hileras de graneros enormes, cruzó carreteras de tierra apisonada y superó canales de drenaje. Al final, en las primeras horas de la tarde, en el preciso instante en que empezaba a chispear, se vio obligado a internarse bruscamente al interior para esquivar una aldea de pescadores. Vadeó ruidosamente una corriente, culebreó entre los troncos de un robledal entreverado de fresnos, y finalmente fue a parar a las tierras de una vasta mansión enmarcada entre dos altivas atalayas. Las ventanas permanecían cerradas y una docena de hombres segaba a golpe de guadaña la crecida hierba del vedado, protegidos de la lluvia con capuchas hechas de tela de saco. Recorrió el parque, se encaramó a uno de los muros que lo limitaban y se vio nuevamente rodeado de campos parduzcos. Sin embargo, una vaharada de humo embadurnaba el cielo que tenía al frente, delatando la presencia de una población. El alférez rogó que se tratara de Copenhague, aunque tenía la clara sensación de que la capital se encontraba bastante más al sur. La única forma de estimar la distancia que le separaba de su objetivo consistía en ponderar el tiempo que había necesitado el *Cleopatra* en su ruta de cabotaje entre Copenhague y la ensenada de Køge. Tras algunas reflexiones, Sharpe llegó a la conclusión de que lo más probable era que la ciudad se encontrara a dos o tres días de marcha.

Aunque no lo sabía, el pueblo que despedía a lo lejos aquella especie de fumarolas era Køge. En realidad, consiguió olerlo antes de avistarlo. Le llegó de inmediato el familiar relente de una fábrica de cerveza y el aroma penetrante del pescado ahumado, lo cual no consiguió más que aumentar las punzadas de hambre que le bailaban en el estómago. Pensó ir a la localidad para mendigar o robar algo de comer, pero al acercarse al extremo meridional de la población vio a dos hombres de uniforme oscuro apostados a un lado del camino. Lo único que trataban de hacer en ese momento era guarecerse de la lluvia lo mejor posible, pero en cuanto oyeron el retumbar de las ruedas de un carruaje que avanzaba calle abajo lo

pararon. Sharpe se percató de que uno de los vigilantes se subía al pescante para echar una ojeada por la ventanilla. El individuo no vio nada que le despertara sospechas, así que se bajó del vehículo y se despidió esbozando un breve saludo militar. Resultaba evidente que andaban buscando a alguien, y Sharpe sabía perfectamente a quién. Lavisser le había convertido en el hombre más buscado del momento.

Se dijo a sí mismo que no era la primera vez que soportaba el hambre, así que continuó su camino hacia el interior. Con la caída de la noche, el aguacero arreció con fuerzas renovadas, pero contribuyó a disimular su silueta mientras caminaba sin descanso, dejando siempre a su derecha el tufo de Køge y sus borrosas hileras de luces dispersas. Cruzó una carretera importante, siguió una pista que llevaba rumbo norte, y continuó campo a través, abriéndose paso como podía. Tenía las botas cubiertas de barro y la ropa empapada. El petate le martirizaba los hombros y los riñones. Anduvo hasta quedar convencido de que no podría dar un solo paso más. Se echó a dormir en un bosque, pero justo antes del amanecer le despertó el ruido del fortísimo chaparrón que había comenzado a azotar con súbita furia las hojas de los árboles. El cuerpo le saludó haciéndole cobrar conciencia inmediata del dolor que le atenazaba las tripas y de la tiritona que le sacudía de arriba abajo. Le vino a la memoria la habitación que un día compartiera con Grace, el calor de la lumbre en la chimenea, y los anchos ventanales que daban al balcón. Ahora comprendía cabalmente que había actuado con absurda ligereza al pensar que el idilio podía durar eternamente. Había vendido las joyas rapiñadas en la India y empleado el dinero en la adquisición de un refugio seguro para él y su amada mientras los picapleitos discutían los pormenores del testamento que había dejado a su fallecimiento el esposo de Grace. Por desgracia, también ella había dejado al poco tiempo el mundo de los vivos, y aquellos mismos tinterillos miserables se habían lanzado como ávidas comadrejas sobre la propiedad que Sharpe había comprado.

Había escriturado la casa a nombre de Grace, diciéndose que la joven necesitaba saber que contaba con la seguridad de un hogar

propio mientras él partía a guerrear al extranjero. Y por esa quijotesca galantería se había quedado sin nada. Lo peor, sin embargo, era haberla perdido a ella. «Grace», pensó, «¡Grace…!». Una oleada de autocompasión se apoderó de él con tanta vehemencia que tuvo que levantar la cara hacia la lluvia como si solo el cielo tuviera la facultad de barrerle el llanto del rostro.

«¡Pobre imbécil!», se dijo para sus adentros. «Sé útil. ¡Recupera la compostura, joder! La pobre Grace ya no está contigo, y desde luego no vas a poder honrar su memoria si te derrumbas… Levántate y anda», se ordenó, sin saber muy bien de dónde había sacado aquellas palabras. Lloriquear y sentir lástima de sus propias circunstancias no iba a ayudarle en nada. «Sé útil», se repitió. Se puso en pie, cogió el petate y enfiló hacia la linde del bosque.

Allí le cambió la suerte. Había una granja a unos pocos cientos de metros. En el centro se elevaban, junto a una casa baja, larga y enjalbegada, dos graneros, un molino de viento y una vaquería. Parecía un lugar próspero en el que no faltaba el trabajo. Dos hombres conducían a las cuadras a un gran rebaño de vacas, y una docena de labriegos se afanaban en el patio. Todos se habían echado el morral a la espalda, así que Sharpe no tardó en comprender que estaban almorzando. «Quizá sea pan con queso», pensó. Se quedó observándolos desde la última hilera de árboles del bosquecillo. La lluvia perdió intensidad. La mayor parte de los hombres se encaminaron a poniente con un carrito cargado de palas y horcas, pero tres de los integrantes de la comitiva desaparecieron en el interior del granero de menor tamaño. Sharpe siguió a la espera, con el hambre mordiéndole las entrañas. El silo de mayores dimensiones tenía el portalón abierto de par en par. «Si consigo colarme ahí dentro», reflexionó, «podré explorar el resto de la granja y tal vez meterme de rondón en la cocina o la vaquería y hacerme con algo de comer». En ningún momento se le pasó por la cabeza echar mano de las guineas que llevaba en el petate. Podría haber comprado algo con lo que engañar el estómago, pero el instinto le decía que era mejor no hacerse notar. Resultaba mucho más sensato llevar el mismo tipo de vida que antes de conocer a Grace.

Las vacas de la lechería salieron de nuevo para ir a pastar. Después de eso, nadie pareció mover un dedo en la granja durante un buen rato. Al menos no antes de que dos muchachitos, con los macutos escolares en bandolera, echaran a andar camino adelante. En cuanto desaparecieron de su vista, Sharpe abandonó el escondrijo, corrió por los pastos, que todavía chorreaban agua, y saltó ágilmente una zanja. En los últimos metros aceleró todo lo que pudo para zambullirse de cabeza en el granero grande. Había dado casi por descontado que se oiría una voz de protesta o que algún perro se pondría a ladrar, pero la verdad es que nadie le había visto. Una vez hubo traspasado las puertas del sencillo edificio, vio que en su interior había un carro inmenso cargado de heno hasta los topes. En el asiento de la carreta había un morral idéntico a los que había visto suspendidos del hombro de los labradores. Alguien parecía habérselo dejado olvidado allí, así que Sharpe se hizo rápidamente con él después de auparse al elevado lateral del vehículo, formado por varios adrales de madera montados como una especie de verja a fin de impedir que la mies que se recogiera acabara desperdigándose por ahí. Se puso a escarbar hasta abrir una suerte de nido en el heno lo suficientemente grande como para poder acomodarse en él, se quitó el petate y el abrigo, abrió el zurrón recién afanado y encontró en su interior un pedazo de pan, queso, un buen cuarto de jamón, una salchicha y una botella de gres que una vez descorchada reveló ser de cerveza.

Se comió el pan entero y la mitad del queso. Se dijo que no le importaría quedarse allí varias horas, pero lo más importante, con mucho, era llegar a Copenhague y dar con Skovgaard. Se disponía ya a descender del carromato cuando le sobresaltó un extraño guachapeo que parecía venir del interior del silo. Se trataba de un sonido fuerte, como el repiqueteo de un objeto de madera contra una piedra. El ruido le tuvo un buen rato desconcertado, hasta que al final comprendió que eran las pisadas de una persona. «¡Zuecos!», se dijo, viendo con súbita claridad el origen del misterio. «Zuecos que resuenan sobre el enlosado del granero…». Entonces oyó la voz de un hombre que protestaba a grandes gritos, muy probablemente

tras comprobar que le habían birlado la cena. Escuchó también las risotadas de otro individuo, acompañadas del pesado impacto de los cascos de una cabalgadura y de un tintineo de cadenas. Se estaba enganchando un tiro de caballos al carretón de heno. El vocerío no cesaba, y de pronto una mujer dijo algo que hizo estallar nuevas carcajadas. Parecía que la juerga no se iba a acabar nunca. Sharpe permaneció agazapado en su escondite, semienterrado en lo alto del copo de heno del carro.

Por fin, cuando ya creía consumida toda su paciencia, el carretero hizo restallar el látigo y el carromato echó a andar con una sacudida, mientras los animales tiraban con todas sus fuerzas de los arneses para vencer el enorme peso. Poco a poco, con gran acompañamiento de crujidos y chirriar de ejes, la carreta fue dejando atrás la penumbra del granero, trocando los chasquidos por un traqueteo más monótono al alcanzar el patio e ir ganando velocidad. Un hombre y una mujer levantaron la voz a coro, en lo que a Sharpe se le antojó una despedida.

Las nubes comenzaron a deshilacharse, así que al avanzar el carro dando tumbos por un camino de herradura se entreabrieron en el cielo unas cuantas bandas azuladas. El vehículo progresaba hacia el interior de la isla de Selandia, en la que había desembarcado, así que Sharpe se dejó llevar tranquilamente en esa dirección… Aunque el problema surgiría en cuanto llegara a la carretera principal… ¿Qué rumbo iba a tomar entonces? Rezó para que enfilara al norte. Se agachó a toda prisa al escuchar más voces, y después apartó ligeramente los montones de paja y vio que se trataba de una cuadrilla de peones camineros que estaban limpiando la maleza de la cuneta y se habían puesto a hablar con el que guiaba la carreta. A lo lejos destacaba el perfil de un campo de trigo que ya estaba listo para la cosecha.

El carro giró efectivamente al norte. Entró en un vado con fuerte chapoteo, ascendió chirriando la pendiente del otro lado, y después los caballos empezaron a devorar metro a metro, con paso lento y trabajoso, la carretera ancha, desierta y bien pavimentada que arrancaba en ese punto. A Sharpe le llegaron los efluvios de una

bocanada de humo de tabaco. El carretero debía de haber encendido una pipa. ¿Adónde se dirigía? Copenhague parecía un destino tan probable como cualquier otro, ya que el alférez estaba prácticamente seguro de que en la ciudad había una insaciable demanda de paja, tal y como sucedía en Londres. Sin embargo, aun en el caso de que el carretón se propusiera entregar su mercancía en otro destino, lo cierto era que llevaba el rumbo que le convenía, al menos de momento, así que Sharpe se arrellanó en el hondón de heno que había excavado, se hizo un ovillo y quedó profundamente dormido.

Se despertó a eso del mediodía. Por lo que podía ver, el carro seguía avanzando hacia el norte por el ameno paisaje salpicado de aldeítas de casas pintadas y sencillas iglesias, todas ellas techadas con tejas de color rojo brillante. La carretera tenía más movimiento ahora. Había sobre todo un gran número de viandantes, y la mayoría saludaban animadamente al carretero. Otro carretón de paja les seguía sin prisas a unos ochocientos metros, poco más o menos. La carretera parecía enfilar directamente a la difusa mancha de humo gris que moteaba el horizonte. Sharpe se dijo que la carreta iba a alguna ciudad. No tardó en comprender que tenía que tratarse forzosamente de Copenhague. Sin embargo, tuvo buen cuidado en recordarse que Lavisser podía llevar ya veinticuatro horas en la ciudad.

Lavisser. El alférez no sabía aún qué forma habría de adoptar su venganza, pero desde luego no iba a dejar correr el asunto sin más. Volvió a anegarle una sorda oleada de cólera por haberse dejado enredar con las amistosas atenciones que le había prodigado el guardia durante la travesía. Sharpe había dado por buena la idea de que aquel hombre simpatizaba con él, y por ello mismo no había encontrado inconveniente alguno en confiarle sus inquietudes. ¡Y ahora resultaba que el capitán había dedicado la navegación entera a urdir una conjura destinada a liquidarlo! Pero Lavisser lo iba a pagar caro, se dijo para sus adentros. «¡Vive Dios que va a acordarse de esto…!», se juró a sí mismo. Le iba a sacar las tripas por el solo placer de oírle berrear. Sharpe no sabía aún cómo lograría ingeniárselas para cobrarse la burla con intereses, pero sí que estaba

seguro de cuál iba a ser el escenario de su desquite: Copenhague.

* * *

Cuando Sharpe se plantó en la ciudad caía ya la tarde. El carro se internó rechinando en un barrio de mansiones suntuosas, todas ellas situadas en medio de un vasto jardín propio. Al llegar al final, el guía rodeó el extremo de lo que parecía ser un amplio foso excavado para proteger las murallas de la urbe. Una calzada ancha y elevada permitía superar uno de los ramales menores del canal defensivo y acceder a una de las puertas de la plaza. Este umbral estaba guardado a su vez por un par de hojas inmensas de metal claveteado, tras las cuales se abría un gran túnel que recorría los muros, dispuestos de forma escalonada. El carro de heno se detuvo entre un grupo de vehículos similares, flanqueados, aquí y allá, por otros coches de caballos, aunque en este caso mucho más elegantes. Sharpe oyó unas voces que trababan conversación muy cerca de donde él estaba. El alférez sospechó que los soldados estaban inspeccionando todos los carruajes que llegaban a Copenhague. Sin embargo, si sus presentimientos eran ciertos, la verdad es que se contentaban con plantear unas cuantas preguntas al conductor. Ninguno de ellos se estaba tomando la molestia de encaramarse al costado de los carros. Así las cosas, y tras una moderada espera, el arriero chasqueó la lengua, los caballos volvieron a tirar de la enorme carga y, entre saltos y vaivenes, el vehículo se adentró en el largo y oscuro túnel hasta salir por el otro lado, ya en pleno corazón de la ciudad.

Sharpe, que permanecía tumbado en la paja, no podía ver más que una larga hilera de gabletes, tejados y chapiteles. El sol se hallaba ya muy bajo sobre el horizonte, y su aterciopelada luz tardía arrancaba destellos rojos a las tejas y tonalidades verde mate al cobre de las cubiertas. Una brisa crepuscular hinchó como una vela una cortina blanca que parecía querer asomarse a una alta ventana

abierta. Sharpe percibió el cálido aroma del café, y una suave ráfaga perdida le trajo las armonías del órgano de alguna iglesia, cuyos poderosos acordes flotaban con solemne vibración en el aire calmoso del anochecer. Sharpe cogió el sobretodo, echó mano del petate y esperó a que el carro doblara una esquina y se internara por una callejuela secundaria. Al verse en una parte menos concurrida de la capital, saltó por encima de las compuertas traseras del vehículo y se encontró de pie sobre los adoquines. Desde un portal, una muchacha le observó con curiosidad mientras intentaba quitarse las cañas de paja suelta que le cubrían la ropa. Con un chiquillo de la mano, una mujer prefirió cruzar al otro lado de la calleja para no tener que pasar cerca del extraño… Al ver el lodo que le manchaba los pantalones, Sharpe comprendió perfectamente bien la reacción de la señora. Parecía un pordiosero, o algo peor: un mendigo muy raro, armado con un sable…

Había llegado el momento de ir en busca del hombre al que lord Pumphrey le había aconsejado recurrir en caso de que se encontrara apurado. El alférez se abotonó el abrigo para disimular un tanto su desaliñado aspecto y echó a andar en dirección a la calle mayor. Ya era prácticamente de noche, pero desde luego Sharpe tuvo la clara impresión de encontrarse en una ciudad próspera. Los tenderos habían empezado a cerrar sus locales, y de las lámparas apostadas en los centenares de ventanas que le rodeaban salía una luz amarillenta. De la fachada de un estanco pendía, a manera de reclamo, uña gigantesca pipa de madera. Una taberna dejaba escapar a la calle el alegre sonido de las risas de los parroquianos y su entrechocar de vasos. Un marinero lisiado con la coleta empapada de brea caminaba calle abajo, bamboleándose sobre las muletas. Unos carruajes de gran tamaño pasaron a toda velocidad por una avenida ancha en la que unos muchachitos se afanaban en barrer las boñigas de los caballos, pastoreándolas con la escoba hasta las cajas de madera en que debían amontonarlas. Aunque se pareciera bastante a Londres, la ciudad era también muy distinta. Para empezar, estaba mucho más limpia. Sharpe se quedó mirando boquiabierto un edificio cuya aguja más elevada, formada por las colas trenzadas de cuatro

dragones de cobre, parecía querer alcanzar el cielo. Pero también tuvo ocasión de divisar algo de mayor utilidad: que en todas las calles y pasajes había una placa en la que se indicaba claramente el nombre de la vía. En eso, Copenhague no guardaba la más mínima semejanza con Londres, donde los visitantes tenían que encomendarse al buen Dios y a sus mejores conjeturas para dar con una dirección.

Un hombre de avanzada edad y barba espesa que llevaba un manojo de libros sujetos con una cuerda se percató de que Sharpe andaba inspeccionando con cara de paleto los letreros de todas las calles. Dijo algo en danés, pero, al no entenderlo, Sharpe se limitó a encogerse de hombros.

—*Vous êtes français*…? —preguntó de nuevo el desconocido.

—No, soy estadounidense —contestó el alférez. No le pareció sensato revelar de buenas a primeras que era inglés en un momento en el que la flota y el ejército británicos avanzaban a marchas forzadas hacia allí con la intención de tomar Dinamarca.

—¡Estadounidense! —exclamó el anciano con aire de sentirse encantado con la idea—. No se habrá perdido, ¿verdad?

—Me temo que sí —confesó el oficial.

—Anda en busca de un hotel, ¿verdad?

—Trato de encontrar un sitio que se llama… ¿Cómo demonios era…? Algo así como Elfins Platz… ¿Puede ser? —dijo para probar suerte—. Allí vive un hombre llamado Ole Stoveguard o algo parecido… —Sharpe sabía que lo había dicho todo de través, así que rebuscó en los bolsillos hasta encontrar el trozo de papel que le había dado lord Pumphrey—. ¡Ulfedt's Plads! —exclamó triunfante, pese a haber leído con torpe acento aquel nombre de extrañas sonoridades. Para entonces ya se habían detenido en la calle otros dos o tres transeúntes más. Era como si las gentes de Copenhague se consideraran obligadas a prestar ayuda a todo el que se perdiera en su ciudad.

—¡Ah…! Ulfedt's Plads…, sí… Está muy cerca —dijo el señor de edad—, pero la verdad es que en Copenhague todo se encuentra muy a mano. No estamos en París ni en Londres. ¿Ha tenido

ocasión de visitar esas ciudades?

—No.

—Y Washington… ¿Es también muy grande?

—Sí; bastante —aseguró Sharpe, que no tenía ni idea del tamaño de la capital estadounidense.

—¿Es qué todos los hombres llevan espada en Estados Unidos? —se preguntó, curioso, el buen hombre. No contento con acompañarlo a la plaza de Ulfedt, el viejecito se ponía ahora a conversar con él.

—Todos no, pero sí la mayoría —dijo el alférez.

—Pues fíjese que esa es una costumbre que ya se ha perdido en Dinamarca —le explicó el señor mayor—. Solo los soldados siguen llevando esas armas, claro está, y también un puñado de nuestros aristócratas, que al parecer la tienen por un timbre de distinción. —El hombrecillo soltó una risita por lo bajo y dio un gran suspiro—. Pero me temo que muy pronto vamos a tener que ponérnoslas todos al cinto…

—¿Ustedes? ¿Y cómo es eso?

—Nos han avisado de que los británicos van a presentarse otra vez por estos lares. Rezo para que no sea así, porque me acuerdo muy bien de lo que pasó la última vez, cuando vino su famoso lord Nelson… ¡Hace solo seis años! Mi hijo iba embarcado en el *Dannebroge*, y perdió una pierna…

—No sabe cuánto lo siento… —dijo desmañadamente Sharpe. Recordaba vagamente haber oído que Nelson había lanzado un ataque sobre Copenhague, pero aquello había tenido lugar durante su estancia en la India y la noticia no había despertado demasiado interés en su regimiento.

—Pero no hay mal que por bien no venga —prosiguió el anciano—. Edvard es ahora ministro del Señor, en Randers. Ser pastor de almas es un trabajo mucho más seguro que el de los oficiales de la armada… ¿Hay luteranos en Estados Unidos? —preguntó a bocajarro el danés.

—Sí, sí, ya lo creo —confirmó precipitadamente el falso norteamericano, que no tenía ni la más remota idea de lo que era un

luterano.

—Me alegra saberlo —se alborozó el viejo. Había guiado a Sharpe por una callejuela estrecha que iba a desembocar en una plazoleta—. Esto es Ulfedt's Plads. —Señaló mientras describía un amplio círculo con el brazo—. ¿Podrá arreglárselas ahora? —preguntó con amistosas ansias.

Sharpe tranquilizó al hombre y le dio las gracias. Al verse nuevamente solo, pescó el pedacito de papel que llevaba en el bolsillo y leyó una vez más el nombre a la débil luz reinante. Ole Skovgaard. Una destilería de ginebra ocupaba uno de los chaflanes de la plaza. En otro de sus ángulos había un enorme almacén, y entre uno y otro edificio se estiraba una breve hilera de talleres: una tonelería, el establecimiento de un fabricante de ruedas de carreta, y una cuchillería. Recorrió el frente de las manufacturas, tratando de distinguir el apellido «Skovgaard». No tardó en verlo pintado con deslucidas letras blancas en lo alto de la fachada del gigantesco pósito.

El cobertizo se hallaba bajo unos arcos anchos y altos, y a un costado se veía una puertecita con un llamador de latón pulido y brillante. Era la entrada de una casa evidentemente relacionada con el almacén, ya que en los ladrillos se veía perfectamente la «S» de Skovgaard. Sharpe hizo sonar la aldaba. Estaba nervioso. Lord Pumphrey había dejado muy claro que solo debía buscar la ayuda de su misterioso contacto cuando no le quedara más cartucho que ese, pero Sharpe no veía de qué otro modo podría conseguir algún apoyo. Volvió a agitar el llamador, oyó que se abría una de las ventanas de guillotina de la vivienda y retrocedió un poco para darse a conocer. Un rostro se asomaba por la abertura, tratando de distinguir algo en la penumbra gris.

—¿Señor Skovgaard? —preguntó.

—¡Oh no…! —se oyó exclamar quedamente al hombre, que sin embargo no aclaró su identidad.

—¿Es usted el señor Skovgaard? —volvió a decir Sharpe.

Se produjo una pausa.

—¿Es inglés? —quiso saber el individuo, atento a proceder con

cautela.

—Tengo que ver urgentemente a míster Skovgaard.

—¡Ya es muy *tarrde*! —trató de excusarse el desconocido, adoptando un tono de desaprobación y pasando por alto el hecho de que en el cielo estival todavía resplandecían los últimos fulgores del día.

Sharpe soltó un juramento entre dientes.

—¿Está el señor Skovgaard en casa o no…?

—Espere ahí, *porr favorr*…

La ventana se cerró de golpe, se oyeron pasos en las escaleras, y un instante después comenzó la laboriosa ceremonia de quitar los pestillos y cerrojos de la puerta. Al abrirse esta apareció la silueta de un joven de elevada estatura y aspecto lúgubre. Una larga melena de color castaño claro le enmarcaba el rostro, en cuya palidez se leía una expresión de angustia.

—¿Es usted inglés? —repitió el hombre.

—Y usted, ¿es Ole Skovgaard?

—¡Ah, no, no…! —se apresuró a aclarar el joven, poniendo cara de pocos amigos—. *Yo llamo* Aksel Bang. Soy el capataz de míster Skovgaard. ¿Se dice así…?, ¿capataz…? Yo me he instalado aquí. Míster Skovgaard se ha ido a Vester Fælled.

—¿Dónde está eso…? —intentó informarse Sharpe.

—¿Vester Fælled? Ah…, no *estarr* lejos, no *estarr* lejos… Es el *trrozo* por el que aumenta…, eh…, por el que crece, la capital. —Bang frunció el ceño al ver que las prendas de Sharpe estaban cubiertas de barro y trozos de paja.

—¿Es usted inglés?

—Me llamo Sharpe. Richard Sharpe…

Bang se desentendió del peloteo protocolario de las presentaciones y fue directamente al grano.

—Míster Skovgaard *siemprre* insiste en que todos los ingleses que llamen se *dirrijan* a él personalmente. Es un reglamento al que tiene mucho gusto… eh… Mucho *apeggo*… ¿Me entiende…? Deje que me ponga algo de *abrrigo* y le *acompañarré* a Vester Fælled. Quédese aquí, por *favorr*.

Desapareció por el pasillo y regresó un instante después con un gabán y un sombrero de ala ancha.

—Míster Skovgaard vivía aquí —comenzó a explicar mientras cerraba la puerta y corría con sumo cuidado la falleba—, pero no hace mucho *comprró* un edificio *fuerra*; uh…, no: *en afuerras*. Hace un mes que ya no *estarr* en esta casa. No se han encontrado por poco, me *parrece*, pero Vester Fælled no *estarr* lejos. Es un barrio de viviendas nuevas… Menos de cinco años hace, toda esa *parrte* de Copenhague *erra* un montón de prados, y ahora solo *haberr* casas… Pienso que acaba de *llegarr* a la ciudad, ¿me equivoco?

—No, no; está en lo cierto, soy un recién llegado.

—No hablo demasiado bien su lengua —se excusó Bang—, pero trato de *practicarr*. ¿Sabe cómo…? Leo las *Escrriturras* en inglés. Es buena cosa, *arreo*. Hay una iglesia inglesa aquí, ¿sabía eso?

—No, no tenía idea…

—¿Hay iglesia danesa en Londres?

Sharpe confesó que lo ignoraba. Se estaba poniendo cada vez más nervioso, porque era consciente de que tenía unas pintas muy raras. Llevaba el sobretodo hecho una pena y las botas cubiertas de barro, pero lo que parecía atraer un mayor número de miradas de oblicua desaprobación era el sable, así que se metió el arma en la axila izquierda, la embutió lo más arriba que pudo, y consiguió esconderla bajo el abrigo. No había terminado de hacerlo cuando un hombre salió súbitamente dando tumbos de un callejón y dejó de piedra al alférez al intentar darle un abrazo. Aksel Bang le indicó que apresurara el paso.

—Ese tipo es un *bebedorr* de vino… —dijo en tono de censura —, un borracho. Eso…; cosa mala…

—¿No se ha emborrachado nunca? —preguntó Sharpe, sorprendido.

—Yo *aborrecerr el licorr*. Es bebida del diablo. Mis labios nunca han probado una gota, y con ayuda de Dios así *seguirrán*. ¡No lo *probarré* nunca! *Mirre*, no tenemos muchos borrachos en Copenhague, pero algunos sí que hay… —Dedicó a Sharpe una mirada muy seria—. Confío en que haya renacido usted en la fe de

Cristo…

—También yo confío… —gruñó Sharpe con la esperanza de que aquella evasiva diera a entender a Bang que no le divertía esa clase de charla. La verdad es que en ese momento le importaba poco la suerte que pudiera correr su alma, ya que lo que realmente le preocupaba era lo que pudiera suceder en la puerta de acceso por la que se entraba y salía de la ciudad, cuyo siniestro perfil acababa de aparecer justo delante de ellos. Volvió a sacudirse la paja del sobretodo y a cerciorarse de que el sable permanecía bien oculto bajo el brazo. El doble batiente del portalón urbano, situado en el interior del túnel interminable que perforaba las gruesas murallas, estaba abierto de par en par. Sin embargo, había varios hombres de uniforme azul apostados bajo la luz de las dos grandes luminarias suspendidas del techo del pasadizo. ¿Se estaba buscando a Sharpe? Desde luego, parecía lo más probable, pero el alférez todavía abrigaba la esperanza de que solo estuvieran investigando el tráfico que pasaba por el punto de control.

—«Porque tanto amó Dios al mundo —empezó a salmodiar Aksel Bang—, que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna»[8]. Estoy *segurro* de que conoce esta *parirte* de las *Escrriturras*… —comentó.

Ya estaban prácticamente encima del subterráneo. De la caseta de los centinelas salió un individuo uniformado de tupido mostacho y mosquete al hombro que echó un breve vistazo a Bang y Sharpe. Tras ese primer contacto, el guardia se detuvo y frotó un pedernal contra un trozo de acero para prender la pipa. Aspiró con fuerza de la boquilla para tirar bien de la llama, y la lumbre, al reflejarse en el rostro, pintó en sus cristalinos la imagen de Sharpe, delatando el objeto de atención del soldado.

—¿Cómo se diría ese versículo en danés? —propuso Sharpe a Bang.

—*The således elskede Gud Verden, at han gav sin Søm den enbårne* —recitó gozoso el aludido—, *for at hver den, som tror på ham, ikke skal fortabes, men have et evigt luv.*

Sharpe intentó no mirar al hombre del bigote espeso. Rezaba

para que la sonoridad de una aparente conversación en danés confundiera a los centinelas y los llevara a pensar que se encontraban ante dos lugareños. Mantenía lo más alto posible la vaina del sable a un costado, firmemente sujeta con el codo por debajo del sobretodo. Llevaba la cabeza gacha y fingía prestar gran atención a las fervorosas palabras de Bang. Sus pasos despertaban fríos ecos en el tenebroso pasaje. Al pasar por delante del guardia, el olor del tabaco llegó hasta el alférez en gratas vaharadas. Sharpe tuvo la sensación de que todas las miradas convergían en él, y, por un momento, también la certeza de que alguno de los integrantes de la guarnición iba a estirar súbitamente el brazo para sujetarle del codo, pero nadie pareció juzgarle sospechoso, y cuando quiso darse cuenta, tanto él como su piadoso acompañante se vieron al otro lado del túnel de acceso, cruzando la zona abierta y despejada que se encontraba entre los muros y los lagos que protegían, a modo de foso, los murallones del flanco terrestre de la capital. Dejó escapar un profundo suspiro de alivio.

—Hermosas *palabrras*, ¿verdad? —afirmó Bang alegremente, confundiendo la relajación de Sharpe con un gesto de devoción.

—Ya lo creo —aseguró este, consciente de que el desahogo le hacía parecer persona fervorosa.

Bang dejó finalmente de ocuparse del alma de Sharpe.

—¿Conocía ya de antes al *señorr* Skovgaard? —se informó.

—No —repuso secamente el alférez.

Se encontraban en una carretera elevada que cruzaba el canal, así que Sharpe empezó a sentirse seguro por primera vez desde que se viera obligado a huir de Barker.

—Lo digo porque se *rumorrea* que Inglaterra ha enviado un ejército al país para *apoderrarse* de nuestra flota. ¿*Crree* usted que hemos de dar *crrédito* a ese runrún…?

—Pues la verdad es que no lo sé.

Al ver que asomaba por debajo del gabán del alférez, Bang echó un vistazo a la funda del sable del desconocido, que ahora había dejado que el arma colgara libremente del cinto, ya que, una vez extramuros y en los barrios periféricos, bastante menos populosos, el

peligro había disminuido notablemente.

—Me *parrece* que es usted *militarr*, no sé bien, tal vez… —vaciló Bang.

—Lo fui hace tiempo —contestó Sharpe bruscamente.

—Los botones de su *abrrigo*, ¿sí…? Y la espada… Me *habrría* gustado ser soldado, pero mi *padrre crreía* que yo debía *estudiarr* comercio… o… ¿cómo se dice…? ¿Un oficio? Míster Skovgaard es un maestro muy bueno…, muy capacitado… Tengo *suerrte, crreo*… Es un buen *hombrre*.

—¿Y es rico? —le espetó de pronto Sharpe en tono desabrido.

Habían dejado la carretera y atravesaban ahora un cementerio, pero al otro lado de las tapias bajas del camposanto se veía la maciza silueta de las mansiones del barrio, rodeadas de vastos jardines con árboles de sombra.

—Sí, sí; es *perrsona* pudiente —certificó Bang—, pero en cuestiones *espirrituales* es casi un *menesterroso. Pendió* a su hijo, y también a su esposa, quien Dios tenga en su *Glorria*; el marido de su hija, y el hijo de ambos, *muerrtos* igual… ¡Cuatro defunciones en tres años! *Ahorra*, todo lo que queda de la familia es el *señorr* Skovgaard y Astrid…

Algo en la voz de Bang hizo que Sharpe se volviera a mirarlo. ¡Así que por ahí iban los tiros! Esa era la razón de que el sombrío larguirucho mantuviera un trato tan familiar con Skovgaard. El acaudalado negociante tenía una hija, pero no un varón, lo que significaba que la heredera era ella.

—Y la hija —continuó indagando Sharpe—, ¿se ha vuelto a casar…?

—Todavía no… —indicó Bang con estudiada despreocupación mientras descorría el pasador de la verja del cementerio y hacía un ademán para indicarle a Sharpe que tuviera la amabilidad de adelantarse.

Avanzaron por una calle bordeada de árboles hasta alcanzar una valla pintada de blanco tras la cual se alzaba una de las grandes viviendas de aquel barrio tan acomodado. Ni los ladrillos ni las tejas rojas de la cubierta parecían haber tenido tiempo de decolorarse con

las inclemencias del tiempo, lo que sugería que el edificio apenas debía de tener uno o dos años. A sus espaldas, en la ciudad, el reloj de una iglesia dio las ocho y media, un llamamiento horario al que pronto se sumaron a coro los campanarios de otros templos. Bang condujo al alférez por un largo camino de carros.

Un anciano criado, embutido en una sobria casaca de color castaño y abotonadura de plata, les abrió la puerta. No pareció sorprenderle la presencia de Aksel Bang, pero su expresión constató con grave severidad el barro y la paja del sobretodo de Sharpe. Bang intercambió unas palabras en danés con el sirviente, que hizo una reverencia y se marchó.

—Aguarde aquí, por favor —pidió Bang a Sharpe—, yo *avisarré* a míster Skovgaard de su llegada.

El melenudo joven desapareció por un corredor corto y forrado de paneles de madera, dejando a Sharpe enfrascado en fisgar por el vestíbulo de suelo embaldosado. Sobre su cabeza pendía una araña de cristal, bajo los pies le acariciaba los pasos una alfombra oriental, y por una de las puertas, que estaba cerrada como todas las demás, se escapaba el delicado tintineo de un sonsonete musical. Debía de tratarse de una espineta o un clavecín, no lograba determinarlo con seguridad. Cuando ya se quitaba el sombrero, se vio de pronto reflejado en la vasta luna de un espejo de marco redorado suspendido sobre una mesa larga y ovalada, presidida a su vez por un cuenco de porcelana china cuya alta misión parecía consistir en custodiar en su interior una pila de tarjetas de visita. Sharpe no pudo reprimir una mueca de disgusto ante la inmisericorde delación del espejo, que le devolvía la imagen de un individuo francamente desaliñado. Se quitó unas cuantas pajitas más del abrigo y trató de alisarse los alborotados cabellos. La música había cesado, y el alférez, sorprendido en su improvisado acicalamiento, vio en el espejo que una puerta se abría a sus espaldas.

Se volvió, y, por primera vez desde la muerte de Grace, el corazón le brincó en el pecho.

Allí de pie, una muchacha, toda vestida de negro, lo miraba con regocijada expresión de asombro. Era alta, de cabellos muy rubios y

ojos profundamente azules. Después, mucho después, lograría fijarse Sharpe en la ancha frente, la generosa boca, la nariz larga y recta y la risa sincera y fácil. Sin embargo, en ese momento, todo lo que supo hacer fue quedársela mirando a su vez, con los ojos muy abiertos. Al devolverle la mirada, el rostro de la joven se transformó, se borró de su semblante el complacido gesto de bienvenida y en su cara se pintaron los rasgos de una persona tristemente desconcertada. La chica pronunció unas palabras en danés.

—Lo siento, pero no la entiendo —dijo él.

—¿Es usted inglés? —quiso saber ella con claros signos de sorpresa en el timbre de la voz.

—Sí, señorita.

La mujer le miró con extrañeza antes de sacudir levemente la cabeza.

—Se parece usted tanto a alguien que conozco… —se detuvo—, que conocía, quiero decir… —De pronto los ojos se le cubrieron de lágrimas—. Soy la hija de Skovgaard —señaló a modo de presentación—. Me llamo Astrid.

—Mi nombre es Richard Sharpe, señorita —contestó él—. Habla usted un inglés perfecto.

—Mi madre era inglesa. —La muchacha echó un rápido vistazo al corredor—. ¿Ha venido a ver a mi padre?

—Eso espero hacer, sí… —respondió el militar.

—Entonces lamento haberle molestado —se excusó la joven.

—¿Era usted la que tocaba? —preguntó Sharpe.

—Oh, no lo hago nada bien —replicó la señorita brindando al alférez una rápida sonrisa azarada—. Todavía tengo que practicar mucho… —Tras lanzar al recién llegado una mirada con cierto aire confundido, Astrid regresó a la habitación. Dejó la puerta entreabierta y al poco rato empezaron a colarse por la rendija unas cuantas notas aisladas.

Dos hombres acudieron a llamar a Sharpe. Al igual que el criado que les había abierto la puerta, tanto uno como otro vestían una librea de color castaño. Sin embargo, se trataba de unos hombres mucho más jóvenes. Su aspecto era también el de individuos

correosos y en perfecta forma física. Uno de ellos hizo un brusco ademán con la cabeza y Sharpe les siguió dócilmente por el corto pasillo. La puerta del final, que se había abierto con un chirrido inquietante, daba paso a unos aposentos sumamente elegantes en los que la figura de Aksel Bang aparecía erguida tras un hombre de complexión enjuta que, sentado frente a un escritorio, mantenía la cabeza inclinada sobre unos papeles. Sharpe dejó caer el petate, el sobretodo y el sombrero en una silla y esperó de pie. A sus espaldas, el batiente de la entrada volvió a quejarse para cerrar de nuevo la cámara, y los dos jóvenes, que eran a todas luces guardias al servicio del dueño, se apostaron detrás de él, poniendo buen cuidado en tenerle a tan solo un paso de distancia.

Sharpe se encontraba en un estudio. Sin embargo, sus dimensiones eran tan notables que habría podido celebrarse una pequeña sesión de baile en su interior. Dos de las paredes aparecían cubiertas de estanterías repletas de imponentes volúmenes encuadernados en cuero. La tercera contaba con unas altas puertas de cristal que daban a un jardín, y la cuarta, forrada de paneles de madera clara, estaba presidida por una chimenea de mármol labrado sobre la que se veía el retrato de un hombre de aspecto sombrío ataviado con las negras vestiduras talares de un pastor protestante, realzadas por dos largas bandas blancas a modo de alzacuellos. Al cabo de un rato, el hombre sentado en la mesa del despacho dejó la pluma, se quitó las gafas que llevaba bien caladas en las orejas, y pasó revista a Sharpe con la mirada. Parpadeó dos o tres veces, aparentemente atónito, al ver el rostro del visitante, pero no dejó traslucir la causa de su sorpresa.

—Soy Ole Skovgaard —dijo con voz grave—, y Aksel ha olvidado su nombre.

—Soy el alférez Richard Sharpe, señor.

—Inglés, claro —exclamó el dueño de la mansión en tono de desaprobación—. Un inglés… —repitió—, y sin embargo guarda usted un parecido asombroso con mi pobre yerno, a quien Dios tenga en su Gloria. No conoció usted a Nils, ¿verdad Aksel?

—No tuve ese privilegio, señor —contestó Bang, meneando la

cabeza por el evidente placer que le producía el hecho de que su jefe le hiciera una observación personal.

—Era igualito que este inglés —aseguró Skovgaard—. El parecido es… ¿Cómo se dice…? Extraordinario. —El acaudalado negociante sacudió la cabeza, maravillado ante aquella coincidencia. Skovgaard tenía las mejillas hundidas, la frente alta y recta, y una expresión de grave descontento. Debía de rondar la cincuentena, pero sus cabellos rubios todavía no habían empezado a cubrirse de hebras grises—. ¿Su apellido termina con la letra «e»? —quiso saber el anfitrión, y al confirmarle Sharpe que así era, volvió a calarse los anteojos y redactó una nota con un cálamo, arrancando al papel el áspero sonido de un roce seco—. Y es usted alférez, ¿no es eso? ¿De la armada o del ejército? ¿Y en qué regimiento sirve? —Skovgaard hablaba inglés sin acento alguno. Tomó cumplida nota de las respuestas de Sharpe, sopló unos instantes sobre la tinta, todavía húmeda, y se puso a juguetear con un abrecartas de marfil, mirando a Sharpe de arriba abajo. Al cabo de un rato, se encogió brevemente de hombros y se volvió hacia Bang—: Aksel, ¿le importaría aguardar en el recibidor, junto a la señorita Astrid?

—Desde luego, desde luego… No faltaba más… —Bang parecía absurdamente complacido ante aquella petición, y salió apresuradamente del cuarto.

—Y dígame, alférez Sharpe —comenzó a decir Skovgaard—, ¿qué le trae a mi casa?

—Me dijeron que usted podría ayudarme, señor.

—¿Y quién le ha dicho tal cosa?

—Lord Pumphrey, señor.

—Jamás he oído hablar del tal lord Pumphrey —cortó el danés con voz sombría. Se puso en pie y dio unos pasos hasta colocarse junto a una mesita. Iba todo vestido de negro y llevaba un brazalete de crepé del mismo color en la manga derecha. Su delgadez era tal que parecía un esqueleto andante. Skovgaard seleccionó cuidadosamente una pipa de un soporte específicamente diseñado para exhibir su colección, sacó tabaco de un bote panzudo ceñido en su diámetro principal por la imagen de un dragón, llenó la cazoleta,

y, cogiendo un yesquero de plata, regresó a la mesa del escritorio. Golpeó la rueda dentada, prendió la punta carbonizada de la mecha y tocó con el extremo incandescente un pequeño brasero decorativo con el que encendió la pipa. Esperó a que el tabaco ardiera de manera uniforme—. ¿Y qué ha podido inducir a ese lord Pumphrey a pensar que yo iba a estar dispuesto a prestarle algún tipo de ayuda?

—Dijo que era usted leal a Gran Bretaña, señor.

—¿Eso dijo…? ¿En serio? —se interrogó en voz alta Skovgaard al tiempo que aspiraba con fuerza por la boquilla. El humo ascendió en rizadas volutas hasta tocar el techo, cubierto de espléndidas molduras de estuco—. Soy un simple comerciante, alférez Sharpe —añadió a modo de explicación y pronunciando el rango del militar como si se tratara de un insulto—. Trabajo los ramos del azúcar, el tabaco, el yute, el café y el índigo. Todos esos artículos, señor alférez, han de traerse en barco hasta aquí. Eso parecería sugerir —corríjame si me equivoco— que soy persona favorable a la Marina Real Británica, ya que sus barcos cooperan con los de nuestra propia flota en la salvaguarda y seguridad de las rutas marítimas que más nos interesan. ¿Considera usted que eso basta para convertirme en un fiel servidor de Gran Bretaña?

Sharpe miró directamente a los ojos al comerciante. Lo que vio fue una mirada pálida, en modo alguno amistosa y francamente desconcertante.

—Eso es lo que me habían indicado, señor —dijo torpemente.

—Y, sin embargo, no lo ignorará usted, alférez Sharpe, Gran Bretaña ha enviado una flota de guerra al Báltico. Navíos de tres palos con cubiertas artilladas, fragatas, bombardas, cañoneros y más de doscientos buques de transporte; un número que, en mi opinión, permitiría desembarcar veinte mil hombres en nuestras costas. La noche pasada vimos que las embarcaciones de la armada inglesa doblaban el Skagen. ¿Qué rumbo cree usted que pueden llevar…?

—Lo desconozco, señor —admitió Sharpe.

—¿Van a Rusia? No lo creo… ¿A la pequeña guarnición sueca de Stralsund, quizá? Sin embargo, Francia puede tomar el Stralsund cuando le dé la gana, así que comprometer un mayor número de

hombres intramuros de ese enclave solo serviría para condenarlos… ¿A Suecia? ¿Y por qué habría de enviar Gran Bretaña un ejército al territorio de sus amigos suecos…? Yo creo que esa flota se dirige hacia aquí, alférez Sharpe, a Copenhague… ¿Le parece tal vez que estoy haciendo conjeturas alejadas de lo razonable?

—No lo sé, señor —negó débilmente Sharpe por segunda vez.

—No lo sabe… —La voz de Skovgaard había adquirido de pronto las propiedades corrosivas del vitriolo. Volvió a ponerse en pie. Se le veía extremadamente agitado—. ¿A qué otro lugar podría encaminarse una flota de esas características…? —El negociante comenzó a pasearse a grandes trancos frente a la chimenea vacía, arrastrando en su ir y venir una estela de humo azulado—. Este mismo mes, sin ir más lejos, alférez, Francia y Rusia han rubricado un tratado de paz. Napoleón y el zar se han reunido en Tilsit para repartirse Europa. ¿Estaba usted al corriente de ese detalle…?

—En absoluto, señor.

—Entonces me veré en la obligación de ilustrarlo, alférez. Francia y Rusia se han convertido ahora en aliados, y Prusia ha quedado reducida a una simple cáscara huera… Napoleón es el amo de Europa, alférez, así que todos vivimos bajo su alargada sombra. Sin embargo, hay algo que todavía no posee: una flota. Sin ella será incapaz de derrotar a los británicos…, y solo hay una única armada en toda Europa cuya fuerza alcance a rivalizar con el poderío de la Marina Real Británica…

—La flota danesa… —dejó escapar Sharpe.

—Vaya, vaya… Resulta que no es usted tan ignorante como pretende hacernos creer, ¿eh? —Skovgaard hizo una pausa para volver a encender la pipa—. Sepa, alférez, que el Tratado de Tilsit contiene una cláusula secreta por la que Rusia acepta que Francia se apodere de la flota danesa. Ocurre, desde luego, que ni Rusia puede ceder esa escuadra ni Francia asumirla como propia, pero es evidente que Napoleón no va a detenerse en semejantes florituras. Ha enviado un ejército a nuestra frontera terrestre con la esperanza de que prefiramos rendir la flota a combatir a sus ejércitos. ¡Pero no vamos a rendirnos, alférez! ¡De ninguna manera! —Skovgaard había

pronunciado esas palabras con pasión, pero Sharpe distinguió claramente que los ecos de la desesperación le atenazaban la garganta. ¿Cómo iba a resistir la diminuta Dinamarca el empuje de aquella Francia ciclópea?—. Se lo preguntaré por tanto una vez más, alférez —prosiguió Skovgaard—: ¿por qué ha enviado Gran Bretaña buques y soldados al Báltico?

—Para apoderarse de la flota —admitió Sharpe mientras hacía cábalas para tratar de imaginar cómo demonios había podido llegar a oídos de Skovgaard la existencia de un artículo confidencial en el pacto que Francia y Rusia acababan de firmar. Ahora bien, si lord Pumphrey estaba en lo cierto, en esas intrigas de altos vuelos andaba justamente metido Skovgaard en los ratos que le dejaba libres la importación de tabaco y yute.

—Dinamarca es un país neutral —protestó el dueño de la mansión—. Ahora bien, si Gran Bretaña nos ataca, nos echará sin remedio en brazos de Francia… ¿Es eso acaso lo que desea su país, alférez…?

Lo que quiere mi gobierno es impedir que la flota caiga en manos francesas, señor…

—Eso es algo que podemos conseguir sin su ayuda —respondió Skovgaard.

«Pero no si los franceses invaden el país y desbaratan el ejército danés», pensó Sharpe. El tratado de paz que se firmara tras el choque exigiría la rendición de la armada danesa, y de ese modo Napoleón conseguiría los navíos de guerra que tanto ansiaba. Pero Sharpe se guardó muy mucho de explicar todos estos extremos en voz alta, ya que estaba convencido de que Skovgaard debía de saber todas aquellas verdades tan bien como él mismo.

—Así que, dígame, alférez —añadió Skovgaard, retomando el hilo de la conversación—, ¿qué es lo que le ha traído a mi casa?

Sharpe desembuchó entonces todo cuanto había sucedido. Habló de Lavisser, del cofre de monedas de oro, del objeto de la misión, de la propuesta que debía hacerse al príncipe heredero, de su huida de la playa próxima a Køge… Skovgaard lo escuchaba con expresión impávida, y al final de la relación quiso averiguar más

cosas. ¿Quién le había enviado exactamente? ¿Cuándo había tenido Sharpe noticia de la expedición? ¿Cuáles eran específicamente sus competencias profesionales? ¿Qué trazos definían lo esencial de su carrera? Skovgaard pareció interesarse de manera muy particular en el hecho de que Sharpe hubiera ascendido de la nada, partiendo de las filas de los soldados rasos. Lo cierto es, por otra parte, que en la mitad de los casos el alférez ni siquiera alcanzó a comprender los motivos que podían animar a Skovgaard a plantearle todas aquellas preguntas, pero desde luego trató de responderlas de la mejor manera posible, a pesar de que la brusca interpelación del comerciante había hecho brotar en su pecho un sentimiento de ofensa, dado que se sentía extremadamente incómodo, como si lo estuvieran sometiendo al interrogatorio de un juez.

Skovgaard dio al fin por terminada la batería de asuntos que le preocupaban y apoyó la pipa en un cenicero para coger una hoja de papel en blanco de un cajón del escritorio. Pasó algún tiempo garabateando algo con la pluma y sin decir palabra. Cuando hubo acabado, cubrió de arenilla el texto, dobló el folio y dejó caer una gruesa lágrima de lacre en la abertura a fin de dejarlo sellado. Hecho esto, dijo unas palabras en danés a uno de los dos hombres que continuaban montando la guardia detrás de Sharpe. Instantes después, el agrio chirrido de la puerta al abrirse precedió a un golpeteo de pasos, que resultaron ser los de Aksel Bang, que acababa de regresar al despacho. Skovgaard redactaba en ese momento una dirección a escasos centímetros del rojo sello lacrado.

—Aksel —comenzó a decir en inglés, presumiblemente para que Sharpe le entendiera—, sé que es muy tarde, pero ¿tendría usted la amabilidad de entregar esta nota?

Al coger la carta, la dirección escrita en el papel pintó una expresión de asombro en el rostro de Bang.

—Por supuesto, señor —aseguró.

—No es preciso que regrese aquí —le dijo Skovgaard—, a menos que le confíen una respuesta, cosa que no creo que vaya a ocurrir. Le veré mañana en el almacén.

—Desde luego, señor… Claro… —se apresuró a confirmar

Bang, antes de salir precipitadamente de la habitación.

Skovgaard rascó con una espátula el tabaco quemado de la pipa, reducido a una masa un tanto pegajosa.

—Y dígame, alférez —comenzó a decir—, ¿cómo es que lo han enviado aquí precisamente a usted, un oficial del ejército sin ninguna distinción particular…? Doy por supuesto que el gobierno británico emplea hombres en la cara oculta y secreta de la guerra, pero es lógico pensar que deberá tratarse de individuos capaces de dominar las diferentes lenguas de Europa y duchos en las distintas técnicas de la falsedad y la argucia… Y, sin embargo, le han asignado la misión a usted… ¿Cómo es eso?

—El duque de York quería que alguien protegiera al capitán Lavisser, señor.

Skovgaard torció manifiestamente el gesto.

—El capitán Lavisser es militar, ¿comprende? Y es también nieto del conde de Vygârd… Se me hace muy difícil pensar que un hombre de tal condición y cualidad pueda necesitar que usted le guarde las espaldas en Dinamarca… O en cualquier otro sitio, dicho sea de paso…

—El asunto era algo más complicado, señor —acertó a balbucir con el ceño fruncido Sharpe, consciente de que se estaba explicando pésimamente—. La verdad es que lord Pumphrey no creía demasiado en la lealtad del capitán Lavisser, señor.

—¡Ah! O sea, que las autoridades británicas no confiaban en él, pero decidieron enviarlo a Dinamarca con un arcón de monedas de oro… —expuso Skovgaard con gélido sarcasmo.

—El duque de York insistió en ello, señor —argumentó débilmente Sharpe.

Durante unos segundos, Skovgaard mantuvo la vista clavada en el inglés.

—O sea, si me permite que resuma la situación, oficial, lo que me está usted diciendo —le ruego que me corrija si me equivoco— es que el capitán Lavisser se ha presentado en Dinamarca con intenciones falsas y poco claras, ¿no es eso…?

—En efecto, señor, eso es lo que digo…

—¡Muy bonito, señor alférez…! ¡Muy bonito! —explotó súbitamente Skovgaard—. ¡Tiene usted toda la razón! ¡Pero vamos, sin faltar detalle…! —En sus palabras se percibía el manifiesto desagrado y la animadversión que le inspiraba Sharpe—. ¡Sepa usted, señor alférez, que el honorable John Lavisser llegó a Copenhague ayer mismo y que se presentó por iniciativa propia ante Su Excelencia, el príncipe heredero! ¡Esta misma mañana el *Berlingske Tidende* ha dado cuenta de la cordial audiencia…! —Al decir estas palabras, Skovgaard cogió el periódico de la mesa de su despacho, lo desdobló con un golpe de muñeca y señaló con un seco y displicente manotazo una de las columnas impresas—. El diario comenta que Lavisser ha venido al país para combatir al lado de Dinamarca, puesto que, en conciencia, no le es posible prestar respaldo a Inglaterra. Como recompensa, alférez, ha sido nombrado comandante del Cuerpo de Dragones de Caballería Ligera de Fionia y designado edecán del general Ernst Peymann. Lavisser es un patriota…, un héroe, señor alférez. —Skovgaard, arrojando violentamente el periódico sobre el escritorio, hablaba ahora con nuevos acentos en la voz, mezcla de rabia y amargura—. ¡Y resulta francamente despreciable que usted se atreva a sugerir aquí que se le ha enviado para sobornar al príncipe heredero…! Su Excelencia no es un hombre corrupto. Es más, en él hemos depositado nuestros mejores anhelos y esperanzas. El príncipe se dispone a liderar el país y a plantar cara a todos los enemigos que se ciernan sobre nosotros, sean británicos o franceses. Si perdiéramos al príncipe, señor alférez, veríamos llegado el momento de otros hombres, de individuos pequeños, sin talla… Será la oportunidad de los hombres tímidos y apocados… Ellos sabrán hallar algún acomodo con esos adversarios, sean cuales sean… Pero el príncipe…, el príncipe es un auténtico baluarte, y el comandante Lavisser, lejos de haber viajado hasta nuestras costas con el objetivo de corromper a Su Excelencia, está aquí para prestarle apoyo.

—Pero ha traído un cofre repleto de monedas de oro, señor.

—Que yo sepa, eso no es ningún crimen… —reflexionó Skovgaard con hiriente mordacidad—. Pero vayamos al grano,

alférez: ¿qué pretende que haga yo?

—Señor, las órdenes que recibí consistían en llevar a presencia del ejército británico al capitán Lavisser, sin olvidar el cofre, en caso de que el príncipe se negara a aceptar el arreglo…

—¿Y ha venido usted a esta casa para que yo le ayude en ese empeño…? —soltó incrédulo el comerciante.

—Así es, señor.

Skovgaard dejó caer todo el peso del cuerpo sobre el respaldo de la silla y miró fijamente a Sharpe con expresión de desagrado. Sus largos dedos juguetearon un buen rato con el abrecartas, pero al final acabó lanzándolo desabridamente sobre la mesa.

—Es verdad, alférez, que de cuando en cuando he procurado algún auxilio a Gran Bretaña —se decidió a explicar.

El blando gesto de la mano con el que había acompañado esa confesión parecía sugerir que el carácter de esa ayuda había sido siempre puramente trivial, aunque en realidad había pocos hombres en toda la Europa septentrional que Londres juzgara más valiosos. Skovgaard era un danés patriota, pero el hecho de haberse casado con una inglesa había conseguido encender en su interior un profundo sentimiento de apego por ese país de adopción. Sin embargo, la expectativa de una inminente llegada de la flota británica estaba sometiendo a una dura prueba esa doble lealtad. El negociante no había tenido en ningún momento la intención de implicarse en los turbios manejos del espionaje. Al principio se había limitado simplemente a transmitir a la embajada británica en Copenhague todas las noticias que alcanzaba a reunir sobre las andanzas de los patrones de los mercantes que recorrían las aguas del Báltico y desembarcaban después las mercancías en sus almacenes. Con el paso de los años, esas informaciones confidenciales habían ido *in crescendo*, tanto que al final Skovgaard había terminado pagando con doradas monedas de san Jorge a la legión de hombres y mujeres que le aportaban noticias relacionadas con los movimientos políticos que se detectaban en la Europa septentrional. Londres seguía teniéndole en gran estima, pero Skovgaard ya no estaba seguro de querer apoyar a la corona

británica; al menos no ahora, sabiendo que una flota inglesa navegaba a todo trapo rumbo a Copenhague.

—Estamos en una encrucijada en la que todos los daneses han de elegir el bando en el que quieren militar —indicó gravemente a Sharpe—. Esto se aplica a mi propio caso tanto como al del comandante Lavisser, un hombre del que no tengo la menor sospecha. Es además persona que ha sabido alcanzar una elevada posición sin dejar de prestar buenos servicios a nuestro país, alférez. Era oficial del Primer Regimiento de Guardias de Infantería de Su Majestad británica, edecán del duque de York, y además un perfecto caballero que, en lo más íntimo de su conciencia, no podía continuar apoyando lo que se dispone a perpetrar su rey. ¿Pero usted…? ¿Quién es usted, alférez…?

—Soy un soldado, señor —manifestó Sharpe, en cuyo timbre de voz gravitaba una tensión sombría.

—Sí, pero… ¿de qué tipo? —La pregunta tuvo un efecto abrasivo en Sharpe—. ¿Qué edad tiene usted? ¿Treinta años…? ¿Y sigue siendo un simple alférez…?

—Lo importante es el punto de partida, señor —agregó amargamente el aludido.

—¿Y adónde cree que va a ir a parar con esto…? —Skovgaard, que no esperaba realmente una respuesta, volvió a coger entre las manos el ejemplar del *Berlingske Tidende*—, Mire, alférez, el periódico no se limita a exponer el hecho desnudo de la llegada del comandante Lavisser. Ayer por la tarde, a instancias del príncipe heredero, el nuevo alto mando pronunció un discurso ante la Comisión de Defensa, y creo que debería usted tomar buena nota de sus manifestaciones. El comandante Lavisser advierte que Gran Bretaña está desesperada y que no dudará en rebajarse ni en recurrir a los más mezquinos medios con tal de hacer flaquear la determinación de Dinamarca. Le leo unas frases: «Si de cortar cabezas se trata, Gran Bretaña puede mostraren tan siniestro ejercicio la misma eficacia que el señor Guillotin». ¿Oye lo que le digo, alférez? Son las palabras del propio Lavisser. Pero hay más: «Aunque no me sea posible dar fe de la veracidad de lo que he oído

decir», añade el comandante, «se afirma que se ha enviado a Dinamarca a un oficial del ejército cuya carrera se aproxima rápidamente al abismo, a un rufián extraído de los más bajos niveles de la soldadesca que se enfrenta a la ruina en Inglaterra a causa del gran escándalo que ha protagonizado. Y se rumorea que el cometido de ese bárbaro consiste ni más ni menos que en asesinar a nuestro príncipe heredero… La sola perspectiva de dar crédito a semejante atrocidad me produce escalofríos, pero, en cualquier caso, animo a todos los daneses leales a la corona a mantener la más estricta vigilancia ante cualquier indicio sospechoso». —Dicho esto, Skovgaard tiró lejos de sí el diario con incontenible expresión de desprecio—. Y bien, alférez, ¿qué tiene que añadir a esto…?

Sharpe lo miró fijamente, abrumado por un sentimiento de incredulidad.

—¿Y quién es usted, señor alférez? —repitió Skovgaard—. Un oficial entrado en años que empezó su carrera como simple soldado… ¿Y usted pretende hacerme creer que Gran Bretaña iba a estar dispuesta a enviar a un hombre de semejantes características a tratar con un príncipe…? ¿Usted en palacio? —Skovgaard miró de hito en hito a Sharpe con gesto de absoluta repugnancia.

—¡Le he dicho la verdad! —protestó airadamente Sharpe.

—Lo dudo mucho —aseguró con vehemencia Skovgaard—, pero será muy fácil averiguarlo. Acabo de enviarle una nota al comandante Lavisser en la que le solicito que venga aquí mañana por la mañana a fin de confirmar o desenmascarar sus afirmaciones.

—¡¿Qué ha invitado a Lavisser a presentarse aquí?! —aulló Sharpe— ¡Ese malnacido ha intentado matarme…!

Skovgaard se puso tieso como un palo.

—Soy hombre que deplora el lenguaje soez… —sentenció altivamente—. Le pregunto, por tanto, alférez: ¿está usted dispuesto a esperar aquí y a tener un careo con el comandante Lavisser?

—¡Ni por todos los demonios me prestaría yo a eso! —vociferó. Se giró con intención de coger el petate y el sobretodo—. ¡Y váyase a la mierda, Skovgaard! —concluyó.

Al ver que Sharpe se encaminaba a la puerta, los dos jovencitos

le bloquearon el paso. Sin embargo, algo en el timbre de voz de Skovgaard indujo a Sharpe a volverse otra vez. El negociante seguía al otro lado del escritorio, pero ahora sostenía en la mano una pistola de cañón largo.

—Como usted comprenderá, no pienso poner en peligro la vida de nuestro príncipe, alférez —declaró Skovgaard—. Tiene dos alternativas: o permanece aquí por iniciativa propia o me obligará a detenerlo en tanto el comandante Lavisser no me aconseje otra cosa.

Sharpe ya había empezado a calcular la distancia que le separaba de la mesa del despacho y las probabilidades de que el arma fuese precisa, pero en ese momento observó que uno de los dos guardaespaldas había desenfundado otra pistola. Era enorme, uno de esos pistolones que emplearía uno para sacrificar a un caballo, y el negro metal de su ancha boca de fuego apuntaba directamente a la cabeza de Sharpe. Skovgaard dijo algo en danés y el otro guardián, protegido por su compañero, cuyo punto de mira seguía fijo en el alférez, cogió prestamente el sable de Sharpe. Hecho esto, se puso a rebuscar en sus bolsillos y encontró inmediatamente las monedas de oro que el oficial se había agenciado a bordo del *Cleopatra*. Sin embargo, Skovgaard ordenó insistentemente que se le devolviera la suma. Después, el joven escolta dio con la navajita de Sharpe y Skovgaard la metió en uno de los cajones del escritorio. A continuación, los tres hombres empujaron a Sharpe hasta el recibidor, sin dejar de apuntarle con los hierros. Astrid, la hija de Skovgaard, lo observaba todo, asombrada, desde la puerta de su habitación, pero permaneció en silencio.

Sharpe fue arrojado sin contemplaciones a un cuartito que daba al vestíbulo. Sus captores cerraron la puerta y el alférez pudo escuchar claramente los chasquidos de una llave al girar en la cerradura. El sonido le hizo recordar que había perdido el juego de ganzúas en la playa próxima a Køge. La estancia en la que le tenían retenido carecía de ventanas, y se hallaba por tanto completamente a oscuras, pero tras mucho tantear por todas partes comprendió que se encontraba en un comedorcito en el que había una mesa ancha y seis sillas. Era una de esas habitaciones en las que se acostumbran a

celebrar veladas íntimas entre amigos, al calor del hermoso fuego que sin duda ardería en esas ocasiones en la chimenea, ahora fría y tenebrosa. Sharpe se dijo que, pese a su probable carácter acogedor, la estancia había pasado a convertirse en su mazmorra.

Se encontró atrapado y con la sensación de haberse conducido como un maldito imbécil. Lavisser se le había adelantado y ahora le tenía cogido y a su merced. El guardia se había embolsado cuarenta y tres mil guineas y él, en cambio, había fracasado en su misión.

CAPÍTULO V

En la vasta terraza del castillo de Kronborg, en Elsinor, que un día fuera escenario de las sigilosas asechanzas nocturnas del espectro del padre de Hamlet, se adivinaban ahora, agazapados en las hondas troneras de los antemuros que la noche ennegrecía, los destellos de plata que la media luna arrancaba, suspendida de otro firmamento, a la larga hilera de pesados cañones que contemplaban, boquiabiertos, los trasiegos del mar.

Bajo la azotea, en una cripta abovedada, dos hombres forcejeaban frenéticamente con los brazos de unos inmensos fuelles con los que bombeaban aire a presión en uno de los tres hornos de fundición de la fortaleza. Valiéndose de unas bateas de mangos muy largos y de fuertes mordazas y atizadores, otros operarios se afanaban en arrojar grandes bolas metálicas a las brasas que, aparentemente dormidas en el corazón del enorme crisol, despertaban de pronto con cada bufido de las titánicas boquillas de hierro, entre siseos reptilianos y resplandecientes irisaciones blancas. Mirar aquella fragua, oculta bajo la bóveda para que sus pulsaciones luminosas no se irguieran sobre los muros de la fortaleza durante la noche y la delataran, era como entrever las puertas del infierno. Un fulgor rojo anaranjado titilaba en los arcos de piedra y trazaba aristas de luz en el torso desnudo de los hombres que bregaban en las fauces mismas del rugiente magma.

Las primeras seis balas de cañón, de más de diez kilos cada una, entraron en incandescencia.

—¡Ya están calientes, señor! —aulló un hombre empapado en

sudor, haciendo bocina para encauzar la voz por el anguloso pasadizo que salía de las catacumbas de fuego.

—¡Todo listo! —se oyó gritar a un oficial apostado afuera que advertía de ese modo a los artilleros de la batería más cercana.

Los cañones estaban ya cargados con sacas de pólvora, cubiertas de gruesas capas de felpa prensada y remojada en agua. La misión de las rodelas de fieltro consistía en impedir que las balas al rojo vivo acabaran prendiendo prematuramente el detonante.

—¡Traed los proyectiles! —rugió uno de los hombres de la batería.

Una docena de hombres se las arreglaron para colocar la munición incandescente en las bateas. Estas eran un artilugio similar a unas parihuelas, aunque lo que tenían en el centro no eran tablas ni telas, sino unas cubetas poco profundas de hierro destinadas a sujetar la bala ardiente.

—¡Vamos, daos prisa…! —insistió el oficial al ver que los peones de fragua salían atropelladamente de la cripta y subían como podían los peldaños de piedra que les separaban de los cañones. La enorme bola de metal se enfrió rápidamente y perdió el resplandor rosado que aún conservaba. Sin embargo, el artillero sabía que el calor permanecía aprisionado en el núcleo de la pieza y que, al dispararse el arma, la bala recuperaría su brillante aureola. Una vez puesto al rojo vivo, y aunque se lo dejara enfriar durante una hora entera, un proyectil de diez kilos seguiría almacenando muchísima energía en las entrañas, la suficiente para incendiar cualquier estructura de madera. Eran municiones letales para los barcos.

—¡Esperad! —se oyó vocear a otra persona. El comandante del castillo de Kronborg, un teniente general al que se había arrancado precipitadamente del primer sueño, subía a toda velocidad la escalera que daba a la plataforma de tiro de la fortaleza. Llevaba un gorro de dormir adornado con una borla y se había puesto una bata sobre la larga camisola que usaba en la cama.

—Las balas ya están calientes, señor —señaló con todo respeto el capitán de la unidad.

Los fogoneros apoyaban las bateas en el suelo, a un lado de los

cañones listos para disparar, junto a los cuales permanecían en posición de firmes los artilleros que, armados con unas tenazas gigantescas, se aprestaban ya a introducir la bola en la boca del arma. El capitán quería prensar inmediatamente las balas y la estopa de los seis primeros cañones, ansiaba escuchar el chirrido de la guata húmeda al contacto con la munición, deseaba ver la luminiscente trayectoria de las bolas nuevamente incandescentes sobrevolando el mar y trazando seis rojas estelas de fuego en el cielo negro… Sin embargo, el comandante del fortín no dio orden de prender las mechas. Lo que sí hizo, en cambio, fue auparse al borde de una de las aspilleras y contentarse con echar un vistazo al estado de las aguas.

Un sinfín de embarcaciones penetraban en ese momento por el canal. Con sus blancas velas al viento, iluminadas por la luna, surcaban la noche con aspecto fantasmal. Parecían inmóviles, ya que apenas soplaba una leve brisa. El general del fuerte no perdía detalle. Tenía frente a sí varios centenares de buques…, demasiados para su reducida dotación de artillería y, además, todos esos navíos espectrales venían a Dinamarca bien provistos de cañones, caballos y tropas. Más allá de la escuadra, en la costa sueca, titilaban las dispersas luces de la ciudad de Helsingborg.

—¿Nos han disparado? —preguntó el comandante a su capitán.

—No, señor —respondió este. El halo sonrosado de la bola de cañón se desvanecía lentamente—. Todavía no, señor…

En ese preciso momento, la distante flota dejó escapar una sorda detonación y el general alcanzó a ver la acharolada pátina de uno de los cascos negros y amarillos, súbitamente iluminado por un destello rojo.

—¡Señor! —exclamó en tono conminatorio el impaciente capitán. Ardía en deseos de verter la incandescente púrpura de sus cañones sobre las panzas morenas de los navíos británicos. En su imaginación veía ya la flota en llamas, las velas transformadas en penachos de fuego, y el mar estremecido bajo una lluvia de andanadas.

—Espere —ordenó el general—. Aguarde…

En el mar, otro cañón vomitó su carga. Sin embargo, no se escuchaba en el aire el aciago resonar de las balas, y tampoco se quebraban las olas bajo las salpicaduras blancas de ningún proyectil. Solo el apagado estampido de la pólvora rodando en la lejanía de la noche… De repente, como si renaciera de sus cenizas, un tercer cañonazo hizo retemblar la atmósfera.

—Son salvas de salutación —señaló el general—. Devuélvales el saludo… Sin munición…

—¿Pero…? Pero ¿es que vamos a saludarles…? —se oyó decir al capitán con desgañitado acento de incredulidad.

El general, sintiendo de pronto el frío de la noche, se envolvió con fuerza en la bata y la ciñó enérgicamente con el cinto antes de abandonar el derrame del matacán.

—Todavía no hemos entrado en guerra, capitán —repuso en tono de reproche—, y, lo sepa o no, oficial, nos están brindando un saludo, así que nuestro deber consiste en responder al cumplido como corresponde. Quince cañonazos, si me hace el favor…

La bala incandescente llevaba camino de enfriarse.

Los navíos británicos se deslizaron como irreales sombras en dirección al sur. En sus compartimentos viajaba el ejército enviado para aplastar Dinamarca.

Y la pequeña península lo recibía con una salva fría…

* * *

Sharpe oyó voces procedentes del salón que se abría al otro extremo del vestíbulo, pero se trataba de una conversación en danés, así que no consiguió entender nada, aunque supuso que Skovgaard estaba enterando a su hija de las perfidias británicas. Sonaron las diez en uno de los relojes de la casa, seguido de la cacofónica imitación de los campanarios de la urbe.

Una luz quiso destellar fugazmente por la rendija inferior de la puerta del refectorio, traicionando los pasos de Skovgaard o su hija

al retirarse al piso de arriba con una vela en la mano. Al poco rato, Sharpe oyó el seco y amortiguado golpe de las contras de la casa, que alguien procedía a cerrar, para provocar después un violento crujido de los pestillos en el pasador. Una mano vino a comprobar que la puerta de la habitación en la que le mantenían prisionero seguía teniendo bien echado el cerrojo. Quien quiera que se hubiese acercado a efectuar la verificación pareció encontrar a su entera satisfacción la hermeticidad del calabozo y se marchó —aunque no sin haber sacado antes la llave para ponerla a buen recaudo.

Pero Sharpe no había permanecido de brazos cruzados. Había explorado el cuarto a fondo y descubierto un escritorio con una amplia cajonera. Sin embargo, no había encontrado nada de verdadera utilidad, solamente manteles y lienzos de gala. Había buscado a tientas los morillos de la chimenea, pero el hogar estaba sencillamente vacío. Había intentado echar abajo la puerta, pero se trataba de una pieza maciza y de muy sólida construcción, lo que, unido al cerrojo echado, le impidió moverla.

Todo lo que podía hacer por el momento era esperar. Skovgaard podía pensar lo que quisiese y tener por un héroe al guardia renegado, pero él estaba al cabo de la calle. El honorable John Lavisser era un ladrón y un asesino. Todo lo que le importaba era alejarse de sus acreedores ingleses, y desde luego ya no había que seguir preguntándose quién habría podido liquidar al primer hombre encargado de acompañar a Lavisser, porque resultaba evidente que el ahora comandante quería empezar con buen pie esa nueva andadura en su país de adopción. Y Sharpe no era más que una insignificante inmundicia que era preciso apartar de su camino.

Skovgaard no había sido de ninguna ayuda. El patriótico gesto de Lavisser había deslumbrado a los daneses y dejado en ellos la absurda impresión de que el guardia era un caballero con contactos en la casa real. «Lo primero que tienes que hacer es largarte de aquí», pensó Sharpe. «Y será mejor que te pires antes de que Lavisser traiga aquí a Barker con idea de que le haga el trabajo sucio», concluyó para sus adentros.

Sin embargo, no solo le reducía a la impotencia la cerrada puerta

del comedor, también le condenaban sus paredes, inamovibles como una roca y revestidas de gruesos paneles de madera. Sharpe había tratado de arrancar las tablas del parqué, pero estaban muy bien claveteadas, y al no conseguir un punto de agarre tuvo que desistir de su propósito. Y sin embargo había, de hecho, una salida.

No quería ni pensar en recurrir a ese expediente, pero la escapatoria estaba ahí, al alcance de la mano, y además no tenía elección. O, mejor dicho, cualquier otra opción se hubiera revelado manifiestamente peor que aquella. Podía aguardar al nuevo día y quedar después a disposición de los caprichos de Lavisser. O podía decidirse a hacer lo que más temía.

En una ocasión, siendo Sharpe todavía un chiquillo, Jem Hocking había intentado venderlo a un deshollinador, solo que él se las había ingeniado para poner pies en polvorosa. El trabajo de los que se dedicaban a ese mugriento oficio equivalía en verdad a una sentencia de muerte. Había muchachos que quedaban atascados en el tubo de extracción y morían asfixiados, y el resto empezaban a escupir sanguinolentos trozos de pulmón y se consumían mucho antes de llegar a la edad adulta. Por eso había tenido Sharpe que salir corriendo, y desde luego no había parado desde entonces… Sin embargo, ahora no iba a tener más remedio que intentar escalar aquel sórdido tobogán a la manera de los chicos de la carbonilla. Como dice el proverbio: «Sabed que vuestro pecado os saldrá al encuentro». El texto bíblico le vino a la mente cuando ya se agachaba para introducir la cabeza y los hombros por la ancha garganta de la chimenea. Estaba bastante limpia, pero desde abajo se olía perfectamente el rancio tufo del hollín del sifón y el tiro que ascendían hacia el exterior. Alargó las manos hasta encontrar el resalte de un ladrillo unos sesenta centímetros por encima de la boca de la obra. Todo su ser le gritaba interiormente que desistiera de lo que estaba a punto de hacer. Le asustaba quedar atrapado en el estrecho paso, negro como la boca del lobo, pero no había otra salida, aunque en realidad sería más exacto decir que cifraba todas sus esperanzas en escapar por ahí, porque la verdad es que no podía estar seguro de conseguirlo. Era muy posible que la chimenea solo

sirviera para extraer el humo de ese hogar, y en tal caso la luz del caño de aspiración todavía se reduciría más y él quedaría irremediablemente atrancado. Sin embargo, lo más probable era que aquel conducto terminara empalmando con otro. «Sube por este tubo», se dijo a sí mismo, «y después déjate caer por el otro. Será fácil», se repitió para su coleto, «cualquier chaval de diez tacos sería capaz de hacerlo».

Se izó como pudo, levantando todo su peso con las manos precariamente crispadas en la pequeña repisa de ladrillo que sobresalía en el interior de la chimenea, y escarbando al mismo tiempo con las botas en las losetas que revestían el hogar para tratar de encontrar algún punto de apoyo. Resbaló un par de veces, pero al final se las arregló para sujetarse y ascender por la garganta del extractor. El aire apestaba, pero salvó el primer tramo con bastante facilidad, así que trepó hasta arrodillarse sobre el resalte. Después continuó tanteando y comprendió que el tiro empezaba ya a estrecharse. La casa apenas tenía un par de años, pero, aun así, el breve plazo de tiempo había bastado para dejar una gruesa capa de tizne en las paredes del extractor. Ahora, esos residuos crasos y granulosos se le deshacían entre los dedos y le caían en el pelo y los ojos. No tardó en tener la boca llena de aquella porquería. Trató de escupirla, pero lo único que consiguió fue atragantarse de la peor manera… Oía caer los trozos de hollín… Y lo malo era que toda aquella escoria quemada resonaba abajo, en el hogar, como una granizada negra. ¿Y si Skovgaard seguía atareado en el primer piso? ¿Y si a alguien se le ocurría la brillante idea de encender alguna de las demás chimeneas…? Se aferró a su sentido común, que le indicaba que no parecía excesivamente probable que sus temores se vieran materializados, pero la aprensión se negaba tercamente a disiparse.

Intentó ponerse de pie, pero, como los costados de la chimenea se arqueaban y le impedían toda contorsión, no lograba colarse entre los ladrillos saledizos. Al ver que sus intentos resultaban infructuosos, se puso de lado y volvió a la carga. Al final consiguió pasar a viva fuerza e introducirse más a fondo en la tenebrosa

madriguera. Sin embargo, el trabajo de albañilería del interior del conducto era un tanto rudimentario y había un montón de puntas sobresalientes, con lo que la ropa no dejaba de engancharse en los restos de mortero seco. Las dos primeras veces que sintió la tela trabada, tiró con energía para liberarse, y en ambas ocasiones oyó el inconfundible sonido de un desgarrón. Sin embargo, al ver que el abrigo quedaba prendido por tercera vez, tuvo que rendirse a la evidencia: el cañón de humo iba a seguir estrechándose implacablemente… Tenía que reflexionar para decidir su siguiente movimiento. Volvió a ponerse de rodillas en el saliente, se giró y cayó de nuevo a la leñera vacía. Salió a gatas de aquella especie de cueva y al verse otra vez en la habitación se incorporó, hizo unas cuantas inspiraciones forzadas para intentar coger un poco de aire fresco, se frotó los ojos, y comenzó a eliminar a manotazos los terrones de hollín que le cubrían los párpados y la cara.

Si quería alcanzar su objetivo, pensó, tendría que hacerlo desnudo. Se quitó la ropa, se armó de valor y regresó a la garganta de carbón. Se encaramó al reborde, se giró y se puso de pie. Notó enseguida que el avance se revelaba ahora más sencillo, aunque las rugosidades y aristas de la mampostería se le hincaban en la carne y le arañaban la piel. La luz del tubo se reducía tanto que la argamasa y los ladrillos le oprimían los omóplatos y el pecho. Era como si lo enterraran a uno vivo, se dijo. Cada vez que respiraba sentía rebotar su propio aliento en la obra, llenándole de carbonilla los ojos y la nariz de nauseabundos efluvios de hollín en descomposición. No podía ver nada, pero las opresivas paredes del caño se pegaban a él, embadurnándole el cuerpo de capas y capas de fría y negra podredumbre, como si se revolcara en una tumba. La temperatura y el asco le hicieron tiritar. El hueco de la chimenea, que le apretaba como una tenaza el esternón y la columna, superaba sin embargo en unos pocos centímetros la anchura de sus hombros, de modo que pudo utilizar esa mínima holgura para reptar hacia arriba. Como casi no podía doblar las piernas, la ascensión resultaba todavía más penosa, ya que cada vez que intentaba moverse tenía que levantar unas pulgadas el pie a fin de encontrar un ángulo o una

protuberancia en el tosco calicanto de la chimenea a fin de empujar después y ganar un palmo. Para poder meter los dedos de las manos en los pequeños espacios que separaban las hileras de ladrillos tenía que escarbar en el grueso depósito de carbonilla, y la avalancha de cisco que provocaba esa labor de zapa le caía invariablemente en el rostro. Intentó respirar por la nariz, pero el hollín la tenía tan taponada que se vio obligado a aspirar fuertemente por la boca, seca como la mojama por efecto del polvo calcinado, y a punto estuvo de asfixiarse. Ni siquiera podía levantar la vista y valorar lo que todavía tenía por delante, ya que el tiro era tan exiguo que le resultaba imposible echar la cabeza atrás. Desesperado, estiró un brazo para intentar encontrar el punto en el que otro tubo de extracción viniera a empalmar con el que tan penosamente recorría, pero no había nada.

Ascendió centímetro a centímetro. De repente resbaló, y lo único que le impidió caer pesadamente hasta el resalte próximo a la boca de la chimenea fue la determinación de atrancar los hombros contra la pared. Tanteó con el pie, rascando el enfoscado de la tubería que tenía debajo, buscando ansiosamente algo en lo que apuntalarse. Acabó por topar con un hueco en el que el revoque del tiro se había desprendido del enladrillado. Se izó una pulgada más, y luego otra y otra, pero la sección del canal de extracción se estrechaba cada vez más. Tenía los brazos estirados por encima de la cabeza, pero ahora los tabiques de la chimenea empezaban a comprimirle también los hombros, así que se veía obligado a luchar por cada milímetro de avance. Pese a mantenerlos cerrados, los ojos le escocían horriblemente. Tenía la garganta seca, sentía en el gaznate el agrio regusto del hollín, y la peste empezó a provocarle arcadas. Levantó cinco centímetros el pie izquierdo —era todo el juego que le permitía el sifón— y notó el bulto de un irregular pedazo de argamasa. Apoyó en él el peso del cuerpo, pero el mortero se desmenuzó, resbalando con un repiqueteo terroso hasta el hogar y las losetas de abajo. Se sujetó con las manos, descubrió otro minúsculo relieve y se izó como pudo. Se raspó todo el pelo de la nuca en los ladrillos y comprendió que el tiro se estaba estrechando

aún más. Le entró una angustia terrible, porque sabía que si lo intentaba quedaría bloqueado, quizás incluso atascado sin remedio… De repente, sin previo aviso, la mano derecha dio con un espacio vacío. Un instante de agitación se apoderó de él, batió el aire con los dedos y descubrió que los ladrillos que tenía por encima adquirían de pronto un acusado sesgo descendente. Era obvio que había llegado al punto de empalme de dos tubos de extracción. Todo lo que tenía que hacer ahora era retorcerse como un gusano, dejarse caer en el segundo tobogán y rezar para que su anchura fuera al menos como la del que acababa de recorrer. Encontró un resquicio en el que afirmar el pie, empujó, resbaló y se giró hasta que la cara le quedó frente a una negra abertura. Hizo una breve pausa y después alargó el brazo para examinar el mogote de ladrillo en el que confluían las dos canalizaciones y sintió un frenético arrebato de euforia. ¡Iba a poder salir airoso de aquella maldita mierda…! Agarró fuertemente con las manos la arista que formaban las chimeneas en la base de su ensamble, se aupó con todas sus fuerzas, se giró para que la tripa se deslizara sobre el caballón de obra y después clavó la cabeza contra el enladrillado y empujó para tirar del cuerpo, pese a lo doloroso que resultaba.

Los cañones de las dos chimeneas se unían hasta formar una suerte de cámara que, aun siendo relativamente ancha, resultaba demasiado baja. Por otra parte, el tramo final que se elevaba hasta el tejado era muy estrecho, tanto que había que descartar toda posibilidad de salir por él. Aunque seguía sin poder ver absolutamente nada, Sharpe notaba una leve corriente de aire que venía de la parte alta de la chimenea. Y, a pesar de que los ojos le picaban terriblemente, se obligó a mantenerlos abiertos. Sin embargo, entre la oscuridad y las lágrimas que le inundaban las cuencas le fue imposible divisar ni siquiera un mínimo resplandor por el hueco que ascendía al tejado, aunque sabía que la luna debía de iluminar un tanto la noche. Por el segundo caño tampoco se veía nada. Continuó palpando la negrura que le envolvía. Pretendía encaramarse a la cresta elevada que marcaba la unión de los dos tiros para descender después por la segunda tubería, pero la cámara que

formaba el empalme no dejaba espacio suficiente para la maniobra. «¿Cómo diablos limpian las chimeneas en este país?», se preguntó con rabia irracional. A lo mejor es que los chiquillos a los que se encargaba la tarea se limitaban a restregar las secciones más bajas y después alguien se subía al tejado para rascar desde allí, con distintos tipos de cepillos, la parte superior de la obra, ya que ni el chico más enclenque lograría colarse por la parte alta del cañón de extracción. Además, el alférez sabía que le iba a resultar sencillamente imposible rebasar el parapeto de unión, ya que el espacio que había encima apenas alcanzaba los treinta centímetros. Eso significaba que iba a tener que serpentear por encima del caballón y dejarse caer después de cabeza por el segundo tubo.

Cada vez que respiraba, los pulmones se le llenaban de una mezcla de aire y hollín. Necesitaba oxígeno desesperadamente, y beber agua… No pudo impedir un estornudo. Tras el pequeño estrépito, magnificado por las resonancias de la angosta abertura, Sharpe se quedó totalmente inmóvil, ante el temor de que alguien hubiera podido escucharlo. En cualquier caso, era evidente que estaba haciendo bastante ruido, dado que todos sus movimientos provocaban el desprendimiento de grandes trozos de carbonilla apelmazada que después caían como una especie de diminuto alud de grava sobre los dos hogares que tenía debajo. Afortunadamente, todo parecía permanecer en silencio. Lo más lógico era suponer que tanto Skovgaard como su hija estaban ya en sus respectivas habitaciones y que los criados dormían en el ático o en el sótano.

Trató de pasar a viva fuerza por encima de la arista de unión de los dos tubos. Había tan poco sitio que, al deslizarse a duras penas sobre la barriga, los ladrillos que tenía encima le arañaron la espalda. Ya se notaba claramente la parte que bajada hacia el segundo caño. De repente, quedó completamente atascado. Podía doblar la parte superior del cuerpo y pasarla por encima del mogote en el que confluían las dos chimeneas, pero no había modo de hacer lo mismo con las piernas. Intentó encontrar algún asidero en el que afianzar las manos y tirar con fuerza para salir del atolladero, pero las rebabas del mortero que conseguía alcanzar se le deshacían en las manos. Ya

no podía mover las piernas para nada. Se sacudió y se empujó apoyándose en los dos lados del tubo, pero no consiguió nada. Intentó incluso dar marcha atrás en un desesperado esfuerzo por zafarse de la negra garra de aquella mazmorra en miniatura que parecía haberle devorado… Nada. Estaba atascado, encajado como un palo recto en el codo de una cañería.

«Bueno, pues date la vuelta», se dijo a sí mismo. Giró para que las piernas pudieran articularse por la rodilla y lograr resbalar así sobre la espalda a fin de caer por el segundo agujero. Al iniciar la maniobra, se dio cuenta de que solo había el espacio justo para hacer medio giro…, y volvió a atascarse. Ahora bien, era eso o nada. No había otra forma. De lo contrario, moriría allí mismo, asfixiado a base de bocanadas de hollín. Comenzó a jurar para su coleto, volvió a rotar, y esta vez pudo forzar al fin el giro de la cadera sobre los ladrillos de la parte superior. Al quedar nuevamente atrapado, volvió a girarse, utilizando su propio peso para completar la rotación de la pelvis, en la que sin embargo se hizo profundas heridas. Los ladrillos y la argamasa le abrieron las carnes. Sintió resbalar la sangre caliente por la piel rasgada, pero apretó los dientes y se sacudió con todas sus fuerzas, una y otra vez, consiguiendo ganar unos milímetros con cada espasmo y ahondando las heridas. De pronto supo que lo había logrado. Había girado y se encontraba ahora apoyado sobre la espalda con el ombligo mirando a la parte alta de la chimenea y el tronco y los hombros lo suficientemente libres como para estirar el cuello y quedar inclinado por la pendiente de la segunda tubería. Se dejó caer, sintiendo que el peso de la cabeza y el pecho tiraba de las caderas mientras la sangre le entibiaba el abdomen. Estiró las manos hacia abajo y tocó una junta mellada entre los mampuestos, tiró asiéndose a ella y se encontró resbalando y girando a la vez, con lo que al fin pudo doblar las rodillas para pasar por encima del montículo que formaba la junta de las dos chimeneas.

Continuaba cayendo, pero se estaba raspando las manos y la columna al pasar tan apretadamente entre los ladrillos. Se hizo desgarrones en las palmas, llevándose trozos de piel y de carne al mismo tiempo, pero consiguió controlar la caída. Iba cabeza abajo

por el segundo tubo, y desde luego estaba resultando mucho más fácil que el ascenso. Todo lo que tenía que hacer era valerse de los dedos, ensangrentados, para frenar y dejarse caer, centímetro a centímetro, hasta alcanzar la garganta del otro hogar… Una vez llegado a ese punto, ya no hubo modo de parar, así que simplemente dejó que la gravedad se ocupara de todo.

Cayó a una leñera vacía. El aire fresco le pareció maravilloso. Se agachó, notando como la piel se deshacía de los copos de hollín. Durante unos largos segundos se vio sacudido por fuertes temblores. Ya había empezado a creer que le había llegado la hora en ese horrendo vientre artificial, renegrido y fétido. La mente se vio asaltada por la angustiosa sensación de las fauces de piedra tratando de triturarlo, del aire enrarecido por el sudario de luto que le aprisionaba. Conmocionado, todo lo que quería era permanecer en posición fetal. «¡Grace!», exclamó en un susurro contenido. Pronunciaba su nombre en voz alta, como si su espíritu pudiera hacer acto de presencia e insuflarle fuerzas. «¡Grace!», repitió. No podía creer que se hubiese ido para siempre. Tenía la impresión de que se cernía bondadosamente sobre él, convertida en un nuevo ángel de la guarda.

Salió a gatas del hogar y descubrió que se encontraba en el estudio de Skovgaard. Por las ventanas más altas se colaba la débil claridad de la luna, pero las contras de la parte inferior estaban cerradas. Atravesó la habitación, doblándose de dolor a cada paso a causa de los zarpazos que el ladrillo le había dejado en las caderas, y levantó la tranca que mantenía en su sitio una de las contraventanas. Le parecieron extremadamente pesadas, tanto que enseguida comprendió que eran de hierro. «Este Skovgaard es sin duda un hombre muy precavido», reflexionó para sus adentros. La ventana hacía además las veces de puerta, ya que se abría para dar acceso al jardín. Sharpe giró la manilla y la abrió…, para encogerse de inmediato, sobresaltado por el chirrido de las bisagras. El aire fresco de la noche fue un verdadero soplo de vida. La pálida luz de la luna le dejó entrever el bulto pardo del petate, que todavía se encontraba junto al abrigo y el sable en una silla de la estancia. Como tenía el

uniforme en el bulto de mano, se dijo que no iba a quedarle más remedio que enfundarse la casaca verde, ya que Skovgaard o alguno de sus esbirros se había llevado la llave del comedorcito en el que le habían encerrado y no veía forma de regresar al extraño calabozo en el que habían quedado sus ropas desgarradas sin despertar a toda la casa. Tendría que resignarse a perder las guineas que había afanado a bordo del *Cleopatra* y a prescindir de las botas, pero desde luego cualquier cosa era mejor que dejarse prender por Lavisser. No tardó en convencerse de que lo que debía hacer era largarse a toda prisa de aquel maldito lugar. Sin embargo, antes de vestirse quería quitarse toda aquella porquería de la piel rasgada. Se metió en el jardín y vio un gran tanque de agua en el que se recogía, para regar, parte de la lluvia que bajaba por los canalones. Levantó la tapa del tonel y descubrió que estaba prácticamente lleno. Se metió lentamente dentro, con mucho cuidado, y no solo porque el agua estuviera muy fría, sino porque el sonido que podría provocar si lo hacía bruscamente habría sido demasiado fuerte.

Se zambulló entero en la cisterna, se frotó la piel, el pelo y los cortes de la pelvis, que todavía sangraban. Con la cabeza sumergida, dio un largo trago, y después se limitó a quedarse un momento allí, acuclillado en la enorme barrica. Tenía que escapar cuanto antes, estaba clarísimo, pero ¿adónde dirigirse? Supuso que su única opción sería aguardar la llegada del ejército británico y después abrirse paso como fuera hasta dar con sir David Baird y confesarle su fracaso.

Salió de la barrica y, empapado, regresó al estudio. Abrió el petate y sacó una camisa sucia y el uniforme de fusilero. Era muy posible que no resultara excesivamente sensato ponerse esas ropas estando tan cerca de Copenhague, pero podía taparlo con el sobretodo. Se enfundó en los pantalones negros, se abotonó la guerrera, se ciñó el fajín rojo y se ató el sable al cinto. Se sintió estupendamente después de recuperar al fin la condición de soldado. Le invadió una sensación magnífica, casi eufórica. «¡Maldita sea!», pensó, «Lavisser me las pagará por esto».

El único problema era que no veía cómo cobrarse esa ansiada

venganza. Por el momento, todo lo que tenía que hacer era salir de allí a toda prisa… Sin embargo, calculó que todavía le quedaba tiempo suficiente para rebuscar en el estudio de Skovgaard y encontrar algo que pudiera serle de utilidad. Se acercó a la mesita auxiliar en la que el danés guardaba las pipas y encendió una mecha con el yesquero de plata. Prendió dos velas y después se acuclilló junto al escritorio recubierto de cuero.

Los siete cajones se hallaban perfectamente cerrados, pero el atizador de la chimenea le sirvió de palanqueta. De hecho, era un instrumento magnífico para ese cometido, así que hizo saltar sin dificultad el primer cerrojo. La madera hizo un fuerte ruido al partirse, y Sharpe quedó inmóvil, aguardando con el corazón en vilo algún sonido que le indicara que alguien se había despertado. No oyó nada, así que reventó los demás cajones y echó mano de las velas.

En seis de las gavetas no había absolutamente nada excepto un montón de papelotes, pero en el séptimo encontró su faca y la pistola que Skovgaard había empleado para reducirlo. El arma tenía una pareja idéntica, y las dos estaban espléndidamente equilibradas. En sus largos cañones se veía la grácil decoración de unas incrustaciones de plata. Al primer golpe de vista, el alférez pensó que se trataba de un par de pistolas de duelo, pero al mirar al trasluz uno de los pistolones descubrió que tenía el ánima estriada. No se trataba de ningún juguete para aristócratas, sino de una verdadera máquina de matar, tan cara como letal. Abrió el rastrillo y comprobó que el arma estaba cargada. Sacó la baqueta y la introdujo en las dos armas para verificar que las dos estaban listas para disparar, y acto seguido se puso a rebuscar en el cajón para ver si había más municiones. Las encontró al fin en una caja de cuero repujado en cuyo interior había un frasco de plata con pólvora y una docena de balas extra. La boquilla del pomo que contenía el detonante estaba provista de un pequeño recipiente medidor que permitía garantizar al usuario que siempre habría de cargar la cantidad exacta de fulminante que precisaba el arma. Se metió el recipiente y las balas en uno de los bolsillos y a continuación se sujetó las dos pistolas al

cinto. «Muchas gracias, Skovgaard…», se dijo por lo bajo.

Se cubrió con el sobretodo y el sombrero. En el petate apenas quedaba ya nada de verdadera necesidad, así que se limitó a guardar en las faltriqueras del abrigo las veintidós guineas, el material de costura y el catalejo, abandonando allí mismo el resto de los bártulos de la bolsa. Un ruido repentino le hizo girarse alarmado, pero era solo el reloj de la repisa de la chimenea, que se había puesto a zumbar para dar la medianoche.

Apagó las velas de un soplido y volvió al jardín. Cerró las contras y las puertas acristaladas, cruzó la terraza enlosada y bajó por una pendiente cubierta de césped. Desde allí se veía una docena de casas, pero todas ellas estaban a buena distancia, y además ninguna tenía las ventanas encendidas. Un muro de ladrillo rodeaba el jardín de la mansión de Skovgaard, pero Sharpe vio también que había una puerta junto a los establos y supuso que debía dar a algún camino. Se volvió, y al mirar hacia el edificio del que acababa de salir vio un débil resplandor tras los listones de las contras. Aunque no sabía muy bien por qué, llegó a la conclusión de que debía de tratarse de la habitación de Astrid: el pensamiento le trajo súbitamente a la memoria la frente alta y pálida de la joven, sus cabellos dorados y el brillo de sus ojos. Se sintió culpable, como si estuviera traicionando el recuerdo de Grace.

«¡Márchate de una vez!», se dijo a sí mismo. «Intérnate en el campo y pon rumbo a poniente, roba un par de botas, y después aguarda la llegada de las fuerzas británicas…». No era eso lo que quería hacer, ya que implicaba regresar y presentarse de mala manera ante sir David Baird, con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas… Pero ¿qué otra opción tenía? Fue entonces cuando escuchó el sonido de alguien que trataba de avanzar con el máximo sigilo.

¿Sería un gato? Se agachó a la velocidad del rayo. No era nada de eso, porque se escuchaban pasos. Alguien rondaba cerca de la casa, decidido a no delatar de ningún modo su presencia. ¿Podría tratarse de un criado asegurándose de que la casa estuviera bien cerrada y en orden…? Había sirvientes que vivían sin ninguna

ceremonia en la cochera que se encontraba junto a las caballerizas, y a lo mejor uno de ellos, en cumplimiento del último deber del día, estaba inspeccionando el perímetro del domicilio del danés. Sin embargo, parecía que los pasos no eran los de un hombre solo, y desde luego, hubiera los que hubiera, ninguno de ellos llevaba un farol de mano… Era evidente que se movían con deliberada intención furtiva. Sharpe se zambulló en la negra sombra de un seto y esperó. La niebla difuminaba el halo de la media luna prendida del firmamento, y además había unos pinos de gran porte que la ocultaban parcialmente… Pese a todo, la luz que arrojaba bastó a Sharpe para distinguir las seis siluetas oscuras que acababan de emerger por uno de los flancos de la residencia. Progresaban con muchísima lentitud, y pasaron al lado del tanque en el que se recogía el agua de la lluvia. Sin querer, uno de ellos golpeó con el pie la tapa del barril que Sharpe había dejado tirada en el senderillo del jardín, y los seis individuos se inmovilizaron de inmediato. Transcurrieron unos instantes que a Sharpe le parecieron una eternidad, y al cabo, uno de ellos intentó abrir la puerta trasera. Al ver que estaba cerrada, continuó andando cautelosamente hasta llegar a los altos ventanales del estudio. Una vez allí, descubrió que la puerta acristalada se encontraba abierta y que las contras no estaban atrancadas. El misterioso sexteto se detuvo, recelando una trampa, pero al final, tras muchos conciliábulos en voz baja, el grupo entró en la casa. Sharpe no había podido verles la cara, pero si el fornido corpachón de uno de los allanadores le hizo pensar que podía tratarse de Barker, la estatura de otro correspondía muy bien a la de Lavisser. Ahora bien, ¿por qué iba a meterse Lavisser en semejante berenjenal, presentándose a hurtadillas en plena noche, como si fuera un ladrón…? Lo habían invitado a acudir a la vivienda. Podía esperar sin ningún problema a que clareara el día. El alférez no entendía nada de lo que estaba sucediendo ante sus ojos, así que optó por permanecer en el mismo sitio. Oyó, amortiguado, el débil quejido de la puerta del estudio y supo que los asaltantes la estaban franqueando. Los seis individuos no tardarían en descubrir su fuga, y después lo más probable era que también ellos decidieran

marcharse. No le pareció probable que se pusieran a buscarle en el jardín, ya que parecía más lógico seguir su pista en las carreteras de las inmediaciones, así que pensó que lo más seguro para él pasaba por permanecer en su escondite. Al percibir un destello de luz en una de las ventanas del piso de arriba, se dijo que no iba a tener que esperar demasiado. El resplandor vaciló un instante para después perder progresivamente intensidad, como si alguien estuviera alejándose por un pasillo con una vela en la mano.

«¡Lárgate ahora!», se animó Sharpe, «aprovecha mientras siguen allí en el piso alto…». Pero en ese momento oyó un grito. Había sido muy breve, proferido por una garganta de mujer, y se había cortado abruptamente. En las ventanas de la segunda planta se encendieron más luces. Un hombre dio una voz en tono conminatorio. Sharpe estaba allí y no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. ¡No habían venido a por él, sino en busca de Skovgaard…! De ser así, no podía tratarse de Lavisser. Pero ¿quién era el cabecilla entonces? ¿Alguien del propio bando danés? Y, entonces, ¿por qué infiltrarse así, en plena noche? Si alguien merodea con nocturnidad en los alrededores de una casa, hay buenas razones para sospechar que no se propone nada bueno… Eso significaba que Skovgaard debía de necesitar ayuda, y, si no quería que la misión que le habían encomendado acabara convirtiéndose en un estrepitoso fracaso, él mismo, Sharpe, precisaba del respaldo de Skovgaard… Tras estas sesudas reflexiones, el alférez olvidó su intención de huir al oeste y llegó a la conclusión de que lo mejor era penetrar en la vivienda. Echó a correr sin hacer ruido, se despojó del sobretodo con un gesto, porque en esas circunstancias no era más que un estorbo, y llegó al pie de la fachada. Se detuvo brevemente en la ventana del estudio, intentado oír algo, pero al no advertir ningún movimiento al otro lado de las contras decidió entrar. La habitación estaba a oscuras, pero por las rendijas de la puerta del vestíbulo se colaba una tenue claridad.

Cruzó el despacho de Skovgaard, doblándose como atravesado por un dardo cada vez que los listones crujían bajo las alfombras. En el recibidor no había nadie. La luz venía del piso superior, donde

también se oían voces airadas. Era una discusión a cara de perro, y en danés, así que Sharpe no pudo entender ni una palabra. Atravesó el zaguán y se encontró en la salita en la que Astrid había estado tocando el clavecín. La estancia se encontraba totalmente a oscuras, así que Sharpe se apretujó junto a la puerta y tendió la oreja.

Los sonidos parecían indicar que se estaba obligando a bajar por las escaleras a toda la gente de la casa, incluidos los criados. De repente, alguien arreó un patadón a la puerta de la salita, abriéndola de par en par y dejando entrar a raudales la amarillenta luz de una lámpara. Por fortuna, a nadie se le ocurrió entrar, lo que permitió que Sharpe se escabullera detrás de un biombo cubierto de molinos y patos pintados. En un descuido había tirado un bacín decorado con dibujos de flores, pero gracias a la batahola que se había montado afuera nadie se dio cuenta. Volvió a contener la respiración y a esperar acontecimientos.

Entonces oyó la voz de Lavisser. No había duda alguna: era él. Pero no estaba hablando ni en danés ni en inglés. Sharpe estaba casi seguro de que era efectivamente francés. El antiguo guardia estaba desgranando una serie de órdenes… Un instante después alguien llevó una lámpara al saloncito y Sharpe escuchó ruido de pasos. Entre las dos ventanas cerradas había un gran espejo, y en él podía ver reflejadas a dos de las doncellas, ambas embutidas en sus camisones y tocadas con un gorro de dormir. Los bribones las estaban metiendo a empujones en la habitación. A continuación, pasó el anciano ayuda de cámara que le había abierto la puerta al llegar, seguido de Astrid y de un hombre con una pistola. Lavisser le dijo unas palabras.

—¿Me necesita usted aquí, señor? —preguntó alguien en inglés. Era Barker.

—No. Ve a buscar a Sharpe —le respondió Lavisser, y después, siempre en inglés, el excapitán se dirigió a Astrid—. No tema, no vamos a hacerle daño, se lo prometo.

—Pero… ¡¿y mi padre…?! —Astrid parecía muy alterada, y no era para menos. Llevaba una camisola larga, y sus cabellos de oro le resbalaban en cascada sobre los hombros—. ¡Quiero que me lleve

junto a mi padre! —exigió.

—Su padre se ha enriquecido luchando contra Francia —respondió inopinadamente una voz desconocida. No había sido Lavisser, sino una mujer. Otra incógnita más de una noche que decididamente se había torcido sin remedio—. Y le aseguro que su padre va a tener que atenerse a las consecuencias de semejante locura —sentenció la dama desconocida. Tenía acento francés. ¿Francés…?

La puerta se cerró de golpe. Sollozando, Astrid se sentó en el banco en el que acostumbraba a tocar su instrumento preferido, mientras el francés al que Lavisser había estado dando instrucciones señalaba el sofá a los aterrados sirvientes de la casa con un displicente gesto de la mano. La imagen de Sharpe, reflejada en el espejo, debía de aparecer sin duda en su campo de visión, pero la figura del fusilero quedaba oculta en las espesas sombras de la salita, así que el francés, que no sospechaba ninguna celada, no se percató de su presencia. Ni siquiera tomó la precaución de echar un vistazo detrás del biombo; se limitó a apoyar la espalda sobre la puerta cerrada con la pistola apuntando al suelo. Bostezó. ¿Qué temores podía tener? ¿Tres mujeres y un hombre de edad…?

Sharpe extrajo una de las pistolas que llevaba sujetas al cinto. O sea, que Lavisser trabajaba para los franceses. La idea le resultaba repugnante, pero tenía sentido. El enemigo debía de tener agentes en Londres; ¿y qué mejor manera de enredar a los idiotas aficionados a jugar a las cartas que echar el anzuelo en el Almack's y otros clubes de apuestas para ricos? Y desde luego, al captar a Lavisser, a los gabachos les había tocado el premio gordo… Sin embargo, si lo que planeaba ahora el presunto héroe nacional danés era liquidar a Skovgaard, entonces había que actuar sin demora. Envolvió la pistola en los bajos de la guerrera para amortiguar el característico sonido del rastrillo al colocar el pedernal en posición de disparo. Desde que llegara a Dinamarca había estado nadando en aguas procelosas, muy lejos de los terrenos en los que a él le gustaba desenvolverse; había soportado afrentas y chácharas dogmáticas sobre asuntos religiosos, y hasta lo habían honrado con una breve estancia en una celda improvisada… Ahora, sin embargo, sabía al

fin lo que estaba haciendo. Volvía al escenario que le era propio, y eso le llenaba a tal punto de alegría, que, al salir de detrás del biombo, en su rostro resplandecía una ancha sonrisa.

Sostuvo la pistola con el brazo bien estirado, y el francés, perplejo, tardó al menos un par de segundos en cobrar conciencia de la amenaza. Para entonces ya tenía la pistola a menos de cuatro metros de la cabeza. Sharpe hizo un claro gesto indicativo con la mano izquierda:

—Tire la pistola, *messié*. —El tono de voz vibraba con inquietante suavidad.

El hombre dio la impresión de estar a punto de disparar el arma.

—Solo se lo diré una vez —dijo Sharpe—, si hace un solo ruido le mato… Y me haría usted un favor, se lo aseguro… —añadió. En el rostro campeaba todavía su mejor sonrisa.

El francés se estremeció imperceptiblemente. Un extraño brillo en los ojos del hombre de la casaca verde le advertía de que la muerte exhalaba su aliento muy cerca de él en ese confortable saloncito, así que, haciendo acopio de toda su sensatez, y moviéndose con la máxima lentitud, dejó la pistola en el suelo. Astrid y los criados contemplaban la escena con expresión incrédula. De una patada, Sharpe hizo resbalar por el pulido parqué el arma del rival, que no se detuvo hasta llegar al otro extremo de la habitación.

—Al suelo —indicó a su adversario, dándole a entender lo que pretendía con la mano libre.

El individuo se tendió boca abajo, sin dejar de girar la cabeza a un lado y a otro para vigilar las acciones de Sharpe.

—Yo preferiría no ver lo que va a ocurrir, señorita —señaló Sharpe a Astrid mientras se llevaba un dedo a los labios para señalarle que debía permanecer en silencio.

Pero acababa de buscarse un problema. El francés había visto el gesto de discreción de Sharpe y sin duda había comprendido que el ruido era en ese momento su mejor aliado, y eso le permitió deducir a su vez que Sharpe no deseaba dispararle, ya que el estampido haría que los demás acudieran precipitadamente al salón. El extraño cogió

aire para dar un grito, y Sharpe, a la desesperada, le hundió brutalmente la garganta de un tremendo puntapié. Se hizo daño, porque no llevaba botas, pero la peor parte se la había llevado claramente el francés. Astrid quedó sin aliento al ver que el hombre, que empezaba a ahogarse, se agarraba a dos manos el gaznate y tamborileaba el entarimado con los pies, presa de convulsiones. Sharpe se lanzó sobre la espalda de su enemigo para inmovilizarlo. Tenía que dejarlo sin sentido, pero eso iba a requerir el uso de la violencia y produciría inevitablemente más ruido. Las carísimas pistolas de Skovgaard, pese a su indudable capacidad letal, no pesaban lo suficiente para servir de porras. El francés, que comenzaba a coger aire, trató de quitarse a Sharpe de encima, así que el alférez no tuvo más remedio que golpearle con todas sus fuerzas, haciendo que el cráneo rebotara en el piso. Sin embargo, su rival siguió culebreando para zafarse del abrazo de Sharpe. El inglés volvió arrearle, y esta vez con tanta fuerza que el individuo quedó momentáneamente inerte, lo que permitió a Sharpe dejar la pistola en el suelo. Sacó la navaja y la abrió para dejar la hoja al descubierto.

—Cierre los ojos, señorita —dijo con acento siniestro.

—¿Pero qué…?

—Shhh… —ordenó suavemente Sharpe—. Diga a los demás que se tapen también la cara. Rápido… Sin tardar…

Astrid susurró unas palabras en danés en el mismo momento en que Sharpe empezaba a notar que los músculos del francés volvían a tensarse bajo su peso. El intruso estaba a punto de renovar sus esfuerzos y de intentar descabalgar al alférez, pero el fusilero le asestó una puñalada con la corta cuchilla del arma. Solo necesitó hundírsela una vez en la carne, justo en la base del cráneo. El agredido tuvo un fortísimo espasmo, tanto que Sharpe quedó sorprendido del vigor de aquella última contracción. Sin embargo, tras la sacudida se oyó una especie de suspiro. No hizo ningún otro ruido. Además, apenas hubo efusión de sangre, lo que no dejaba de resultar notable. Sharpe levantó el cuello de la chaqueta del muerto para ocultar la herida, limpió la hoja de la navaja en el abrigo del francés y se incorporó.

—Ya puede abrir los ojos, señorita —aseguró.

Astrid miró fijamente a Sharpe, y después al cuerpo tendido e inmóvil.

—Solo está dormido —dijo el alférez inmediatamente antes de coger la pistola del francés. Era un arma bastante tosca, sobre todo en comparación con las refinadísimas pistolas de Skovgaard, pero estaba cargada y le daba la oportunidad de disponer de tres tiros consecutivos en caso de necesidad.

A Sharpe todavía le quedaban cinco peligrosos adversarios en la casa: cuatro hombres y una mujer.

—¿Hay más armas de fuego en la habitación? —quiso saber Sharpe dirigiéndose a Astrid.

Ella meneó negativamente la cabeza.

El alférez se arrodilló junto al cadáver y rebuscó en sus ropas, pero tampoco el francés llevaba más pistolas encima.

—O sea, tres tiros y cinco adversarios —se dijo Sharpe.

Se acercó a la puerta y pegó el oído al batiente. Se escuchaban voces. Después percibió los débiles chasquidos metálicos de una llave: indudablemente alguien estaba hurgando en una cerradura. Después hubo una pausa, seguida inmediatamente de un súbito rumor de pasos en el vestíbulo. Sharpe aguardó un instante y después abrió un par de centímetros la puerta del saloncito.

—¡Ha desaparecido! —dijo Barker.

—No puede haberse marchado… —replicó la voz de Lavisser.

—¡Le digo que se ha ido! —insistió Barker.

Sharpe imaginó que Lavisser se mostraba incrédulo tras echar un vistazo a las contras del estudio. La ventana del despacho de Skovgaard había quedado tan oportunamente abierta que la única explicación posible era que Sharpe se hubiera dado a la fuga por ahí.

—Mira fuera —ordenó Lavisser—, y ten cuidado…

La mujer volvió a tomar la palabra, esta vez en francés. Lavisser le respondió en danés. Se produjo una nueva pausa, y de repente Skovgaard —solo podía ser él— dio un fuerte grito, rápidamente transformado en un terrible gemido, seguido de un escalofriante aullido de dolor. A Astrid pareció que le faltaba súbitamente el aire,

aterrada, y, como un rayo, Sharpe giró en redondo para llevarse un dedo a los labios.

Skovgaard volvió a proferir un quejido sordo. Era el tipo de lamento que suele salir de los hombres que caen heridos en el campo de batalla y tratan de no conceder alaridos al enemigo. Se trataba de una suerte de exhalación de sufrimiento, inarticulada e involuntaria. Sharpe hizo una seña a Astrid.

—Quédese aquí —dijo firmemente, y acto seguido abrió de par en par la puerta del salón. Lo más probable era que Barker ya hubiera salido al jardín, de modo que en la casa quedaban cuatro rivales para sus tres balas. ¿Qué era lo que le había llamado Baird…? Un mastín, ¿no? Pues bien, se comportaría como tal, y como una maldita alimaña en peligro, además. Cruzó el vestíbulo y vio que la puerta del estudio de Skovgaard se hallaba entreabierta. Como sabía que las bisagras chirriaban de mala manera, no se atrevió a empujarla un poco para ver lo que pasaba en el interior, pero tenía que saber lo que sucedía en la habitación. Sin embargo, todo lo que consiguió entrever fue a Skovgaard atado de pies y manos a la silla de su escritorio, sobre el que alguien había colocado un farol. Gracias a esa luz, el alférez se dio cuenta de que la parte delantera del camisón de Skovgaard estaba empapada en sangre. Entonces observó que un hombre se inclinaba hacia el desdichado danés y le obligaba a abrir la boca. El individuo llevaba unas tenazas en la mano. Lo estaban obligando a hablar.

De pronto, apareció un segundo hombre en su campo de visión, ya que el primero no conseguía forzar la mandíbula del torturado. El dueño de la casa intentaba cerrar herméticamente los dientes, pero el recién llegado utilizó un cuchillo para obligarle a separar las quijadas. La mujer tomó entonces la palabra. Skovgaard sacudió blandamente la cabeza, pero las mordazas le aprisionaron uno de los dientes. El danés soltó un largo gemido e hizo un esfuerzo sobrehumano, tratando de sacudir la cabeza con todas sus fuerzas, pero uno de los que le estaban martirizando le atizó un golpazo en la coronilla. De la garganta del pobre hombre empezó a brotar un aullido, porque las tenazas habían comenzado a ejercer una presión

insoportable.

Sharpe mató de un tiro al torturador.

Había empleado una de las pistolas de cañón estriado de Skovgaard, comprobando complacido que la precisión del arma estaba a la altura de su hermosa factura. Esperaba que el cañón, al ser tan largo, imprimiera un fuerte retroceso al pistolón, y por eso había apuntado deliberadamente un poco más abajo del punto en el que quería herir. Sin embargo, el arma estaba tan magníficamente bien equilibrada que prácticamente no hubo sacudidas parásitas. El tiro salió acompañado de un chorro de humo tan veloz que dibujó de lado a lado del estudio la trayectoria del proyectil, que había ido a alojarse en la nuca del esbirro. Un grueso surtidor de sangre barrió el escritorio de Skovgaard. El alférez tiró la pistola al suelo, sacó del cinto la segunda arma del danés y abrió de par en par la puerta. El hombre que había estado sujetándole la cabeza a Skovgaard había reaccionado con una agilidad increíble, tanto que ya estaba empuñando la pistola, de modo que Sharpe, que se proponía dedicar la segunda bala a Lavisser, tuvo que gastarla en el sicario. Una nube de pólvora inundaba ahora la estancia, difuminando las dianas de Sharpe. Con un movimiento veloz, este cogió la tercera pistola y apuntó el cañón a Lavisser, que acababa de agarrar la mano de la mujer y la empujaba hacia la ventana abierta. El alférez apretó el gatillo. El pesado pistolón del francés, que tenía en cambio un retroceso comparable a la coz de una mula, produjo un estruendo muy superior al de las caras armas del comerciante. Sharpe oyó el chasquido de un cristal roto.

Alguien soltó un grito de dolor y, de repente, Lavisser y la mujer desaparecieron, deglutidos por la noche. Al correr Sharpe junto al doliente Skovgaard, el humo de los disparos llenó la habitación de caprichosas volutas acres. El danés lo miró con los ojos muy abiertos, asombrado, dejando ver al mismo tiempo el reguero de sangre que le resbalaba por la afilada barbilla. Sharpe se agazapó bajo la mesa del despacho a fin de no ofrecer un blanco fácil a cualquiera que viniera del jardín. El segundo de los tipos que había tumbado se retorcía tendido en el suelo, al pie de la pared, y su

pistola seguía en el suelo. Sharpe cogió rápidamente el arma y acto seguido estrelló el farol contra el fondo de la chimenea, sumiendo el estudio en la oscuridad. Se acercó a la ventana, se arrodilló y echó un vistazo al jardín. No se veía a nadie, así que cerró las contras metálicas y colocó la tranca en su sitio. Todo parecía indicar que Lavisser había huido. El hecho de que los tres disparos se hubieran producido en tan rápida sucesión debía de haberle convencido de que tenía enfrente a varios hombres.

—¿Señor Sharpe…? —dijo Skovgaard rasgando la negrura del despacho. El suplicio al que había sido sometido le obligaba a arrastrar las palabras.

—¿Qué…? ¿No se alegra ahora de que Gran Bretaña haya enviado a un alférez entradito en años…? —le espetó Sharpe, implacable. Se acercó al escritorio y se inclinó hasta colocar el rostro a poca distancia del de Skovgaard—, Maldito seas mil veces, jodido imbécil… —escupió. Las palabras parecían mordiscos salidos de su boca—. Que te folien, puto payaso, de aquí al infierno y vuelta, baboso… A ver si te enteras de que no me han mandado aquí a matar a tu príncipe heredero…, ¡mamón!

—Le creo —dijo Skovgaard humildemente. Su voz sonaba espesa y pegajosa a causa de la sangre que le embadurnaba la garganta.

—¡Y ahí tiene de lo que es capaz su héroe, Lavisser, zoquete hijo de puta…!

Sharpe, que seguía ardiendo de ira como una caldera, fue hasta el saloncito.

—Su padre necesita una palangana de agua y toallas —dijo secamente a Astrid antes de coger la lámpara y regresar al estudio.

Se oyeron gritos fuera. Era evidente que los disparos habían despertado a cocheros y mozos de cuadra, y que estos pedían ahora a grandes voces que Skovgaard o su hija les dijeran si se encontraban bien o no.

—¿Son esos los dos hombres que lo acompañaban antes? —preguntó Sharpe a Skovgaard, que seguía atado a la silla.

El danés señaló las contras con un movimiento brusco de la

cabeza.

—Así es, en efecto… —se le oyó decir en un balbuceo casi indescifrable.

—¿Son los guardas?

—No, solo un lacayo y un caballerizo…

Tras cortar Sharpe las ligaduras de Skovgaard, el negociante se asomó a la ventana para calmar a los hombres que aguardaban en el exterior mientras su liberador se arrodillaba junto al francés herido, aunque solo para descubrir que había muerto. Se había desangrado. El casaca verde soltó un taco. Skovgaard lo miró con mala cara.

—Alférez, por favor…

—Lo sé, lo sé… Detesta usted las expresiones malsonantes, pero después de lo que me ha hecho me importa un pijo, la verdad. Además, la cuestión no es esa, sino que yo esperaba que este aguantara con vida. Podía habernos dicho quién estaba con Lavisser… Pero ya no hay nada que hacer; el muy cabrón la ha palmado…

—Yo puedo decirle quiénes eran —explicó Skovgaard con grave acento de amargura, pero en ese momento sonó un grito agudo: su hija acababa de entrar en la habitación y la visión del padre ensangrentado la había espantado. La joven se precipitó a su encuentro, y el comerciante la estrechó contra la camisola cubierta de sangre e intentó consolarla instintivamente con unas palmaditas en la espalda—. Estoy bien, hija mía… Estoy bien… —susurró Skovgaard en inglés. De pronto advirtió las marcas de hollín que tachonaban aquí y allá la gran alfombra del despacho. Abrió desmesuradamente los ojos y clavó la vista, primero, en las negras huellas que correteaban de acá para allá, y después en Sharpe—. ¡No me diga que ha escapado por ahí…! —se asombró.

—Se lo digo, se lo digo… —ratificó casi jovialmente el alférez.

—Vaya, vaya… —remató con un hilo de voz el dueño de la casa. Una de las doncellas había traído una jofaina con agua y varios juegos de toallas. Skovgaard se sentó en la mesa y se enjuagó la boca a conciencia—. Solo me quedaban seis muelas —comentó tristemente—, y ahora tendré que conformarme con cuatro… —

Rojas de sangre, las dos piezas arrancadas descansaban en el escritorio junto a su dentadura postiza de marfil y los destrozados cristales de sus gafas de cerca.

—Debería haberme escuchado cuando me presenté ante usted —gruñó malhumoradamente Sharpe.

—¡Señor Sharpe…! —comenzó a amonestarlo Astrid.

—Tiene razón, hija mía —zanjó su padre.

Astrid miró al casaca verde con expresión afligida.

—El hombre que ha quedado dentro… —comentó señalando el saloncito con un ademán— sigue dormido.

—No va a despertarse —concretó Sharpe.

—¿Tres muertos…? —se interrogó en voz alta Skovgaard, que todavía no podía dar crédito a lo que había pasado.

—Ojalá hubiesen sido cinco… —Sharpe puso las dos magníficas pistolas damasquinadas sobre el escritorio—. Sus armas —dijo—. Me proponía robárselas… ¿Cómo es que no guarda un par de estas en el dormitorio?

—Y las tengo —dijo el herido—. Pero Astrid fue la primera en caer en manos de esos desalmados… Y además me aseguraron que si no abandonaba mi cuarto le harían daño.

—Bueno, ¿de quién se trataba entonces? —preguntó Sharpe—, Sé que uno de ellos es su patriótico Lavisser, pero ¿quiénes son los otros?

Skovgaard parecía agotado. Escupió una mezcla de sangre y saliva en un cuenco y después, esbozando una sonrisa lacia, agradeció el gesto de la mucama que acababa de traerle una bata. Sin pensárselo dos veces, se envolvió en ella, cubriéndose así la camisola ensangrentada.

—La mujer es madame Visser —empezó a decir—. Trabaja en la legación francesa. En apariencia, no es más que la esposa del secretario del embajador, pero en realidad se dedica a reunir información. Recopila y coteja todos los mensajes del Báltico que logra interceptar. —Skovgaard tuvo un instante de vacilación—. La señora Visser hace para Francia, alférez, lo que yo mismo hago (o hacía) para los británicos.

—¿Una mujer… tiene arrestos para semejante cometido…? —exclamó el inglés sin poder ocultar su sorpresa.

Astrid le dedicó una mirada de reproche.

—Es una mujer sumamente inteligente —resaltó Skovgaard—. Y despiadada.

—¿Y qué es lo que pretendía?

El comerciante volvió a enjuagarse la boca, secándose después con una breve y cortés tanda de golpecitos en los labios. Intentó colocarse la dentadura postiza, pero las encías en carne viva le dolían demasiado, así que se vio obligado a desistir, conteniendo a duras penas un gesto de dolor.

—Querían que les dijera ciertos nombres —prosiguió—: los de las personas con las que acostumbro a intercambiar mensajes.

Sharpe recorría a grandes trancos la habitación. Le invadía un poderoso sentimiento de frustración. Había matado a tres hombres y herido a un cuarto, a juzgar por la sangre que había salpicado la alfombrita colocada bajo las contras. Sin embargo, los acontecimientos se habían sucedido a una velocidad de vértigo, y la rabia continuaba atenazándole con fuerza, ya que no había tenido ocasión de disiparla por entero. ¿Actuaba Lavisser a sueldo de los franceses? Es más, el falso guardia de Infantería de Su Majestad había estado a punto de entregar al enemigo al cabecilla de la red de espionaje británica en la región del Báltico, y lo único que se lo había impedido había sido la espera y pronta intervención de un fusilero.

—¿Y ahora qué…? —soltó Sharpe de sopetón.

El negociante se encogió de hombros.

—¿Va a informar a las autoridades de lo que acaba de ocurrir? —indagó señalando con un gesto los cadáveres tendidos al otro lado del escritorio del danés.

—Me parece que nadie se mostrará dispuesto a creernos… —confesó Skovgaard—. El comandante Lavisser es un héroe. Yo no soy más que un mercader… Y usted… Perdone, pero ¿por quién piensa que van a tomarlo? Por un inglés, evidentemente. Y hemos de tener en cuenta que el inveterado afecto que siempre me ha

inspirado Gran Bretaña es perfectamente conocido en toda Dinamarca… Si perteneciera usted a las fuerzas de orden público, ¿cuál de las dos versiones juzgaría más digna de crédito?

—¿Me está usted diciendo que va a limitarse a permanecer ahí, con los brazos cruzados, hasta que vuelvan a intentarlo…? —preguntó retóricamente el alférez.

Skovgaard intercambió una mirada con su hija.

—Tenemos que regresar a nuestra casa de la ciudad. Creo que allí nos sentiremos más seguros. Los vecinos están a un paso, y además la vivienda se encuentra junto al almacén, así que no tendré que ir de un lado para otro… Sí, será mucho más adecuado… O eso pienso, al menos.

—Quédese aquí —le sugirió el casaca verde.

Skovgaard respondió con un profundo suspiro.

—Olvida usted, señor oficial, que su ejército viene de camino. Pondrán cerco a nuestra capital y la residencia en la que ahora estamos se encuentra extramuros. Sospecho que en menos de una semana los oficiales británicos establecerán su cuartel provisional en estas habitaciones.

—Lo que significa que estará a salvo… —insistió Sharpe.

—Si Copenhague va a pasarlo mal —replicó Skovgaard recuperando una punta de su antigua aspereza—, yo me niego a escabullirme. ¿Cómo podría mirar a la cara a mis trabajadores si me inhibo y dejo que padezcan el asedio solos? Y usted, alférez, ¿qué piensa hacer?

—Me quedaré a su lado, señor —aseguró Sharpe con expresión sombría—. Me han enviado aquí para proteger de los franceses a una persona, y esa persona ha pasado a ser usted, señor. Además, Lavisser sigue con vida, lo que significa que tenemos mucho que hacer… Para empezar, necesitaré una pala.

—¿Una pala…?

—Tiene usted tres cadáveres en casa… En mi pueblo tenemos costumbre de enterrarlos…

—Pero… —empezó a protestar Astrid, antes de que se le quebrara la voz.

—Usted misma acaba de comprobarlo, señorita: si no hay forma de explicarlo, lo mejor es ocultarlo…

Sharpe necesitó prácticamente el resto de la noche, pero no le resultó excesivamente difícil cavar una zanja poco profunda, ya que la tierra próxima al murete trasero del jardín reveló ser bastante blanda. Una vez abierta la fosa, sepultó en ella a los tres franceses. Apisonó cuidadosamente todo lo que había removido y cubrió el trabajo con el montón de ladrillos que encontró en la cochera.

Por fin, cuando el día extendía ya las primeras luces grises de un sol exhausto, cayó en el sueño hondo y oscuro del soldado que vuelve de la batalla.

* * *

Dieciocho kilómetros al norte de la mansión de Ole Skovgaard se alzaba la modestísima aldea de Vedbæk. Se trataba de una localidad situada a la orilla del mar, a medio camino entre Copenhague y la fortaleza de Elsinor. El pueblecito apenas contaba con un puñado de casuchas, una iglesia, dos granjas, y una pequeña flotilla de barcos pesqueros. Una hilera de cobertizos embreados perfilaba la playa, engalanados con las redes que los lugareños habían puesto a secar colgadas de unos postes altos románticamente asomados a la arena, cubierta a su vez por la vibrante neblina baja del carbón de leña con el que los pescadores ahumaban los arenques.

Las gentes de Vedbæk se atareaban desde las primeras horas del día. Había que ordeñar las vacas y botar las lanchas para salir a faenar. Esa mañana, sin embargo, el alba sorprendió a todo el mundo ocioso. Reducidos a un débil rescoldo, los ahumaderos de pescado se apagaban y la gente de la pequeña localidad se desentendía de sus quehaceres cotidianos, súbitamente abstraída y encaramada a la suave cresta herbosa que servía de espinazo al litoral. Apenas pronunciaban palabra: se limitaban a contemplar, atónitos, la tranquila lámina del mar.

Una flota había surgido de la noche, como materializada de la nada por el nuevo día. En la porción más próxima a la arena habían anclado varias filas de cañoneros y bombardas, de modo que si las tropas danesas se dejaban ver en la orilla se encontrarían frente a la inmediata amenaza de una disciplinada hilera de piezas de artillería y pesados morteros. Tras esa avanzadilla armada, se desplegaban las fragatas y, más atrás aún, se ordenaba una nutrida escuadra de buques de guerra de tres palos, todos inmensos y con las portañolas abiertas. Ningún enemigo se oponía a la flota, pero las armas estaban listas.

Entre los navíos de guerra y las fragatas se hallaba fondeado un convoy de embarcaciones de transporte formado por gabarras, lanchas y chalupas, que, amarradas junto a los vastos bergantines, parecían frotarse la proa contra sus cascos con cada cabeceo de la marea, como lechones amorrados a la teta de la madre. Por medio de eslingas y cabrestantes, los oficiales procedían a sacar los caballos de las bodegas de carga, depositándolos en lanchones. Nadie en todo Vedbæk había visto jamás tantísimos barcos juntos. En la aldea había al menos una docena de hombres que se habían ganado la vida como marineros, y, pese a todo, ninguno había tenido ocasión de maravillarse ante una flota de tal calibre, ni en Copenhague, ni en Londres, ni en Hamburgo, ni en cualquier otro gran puerto.

La campana del templo se puso a repicar para dar la alarma, pero el pastor regresó a toda prisa al pueblo para hacerla callar.

—Ya hemos enviado a un emisario —explicó el párroco al enardecido campanero—. Seven ha partido hacia Hørsholm al galope.

En esa localidad había un cuartel de la policía, aunque la verdad era que el sacerdote no acertaba a imaginar qué iban a poder hacer los agentes en semejante situación. Se hacía bastante difícil pensar que tuvieran en su mano la facultad de arrestar a un ejército entero, aunque sin duda podrían alertar a las autoridades de Copenhague.

Los habitantes de Hørsholm y de los pueblecitos de menor tamaño que se apiñaban en su esfera de influencia inmediata ya habían empezado a afluir a Vedbæk para asistir al espectáculo. Al

eclesiástico le preocupaba que la presencia de aquella masa de curiosos pudiera hacer creer a los británicos que se estaba agrupando un ejército, así que hizo todo lo posible por dispersarlos.

—¡Jarl! ¡Tus vacas no dejan de mugir! ¡Tienes que ir a ordeñarlas…!

—¡Para eso están mis hijas! —respondió el aludido.

—¡Pues ve a llamarlas! ¡Hay mucho que hacer…!

Sin embargo, ninguno de los requerimientos del cura logró que los curiosos se inmutaran. Preferían observar las evoluciones de las primeras barcas, que ya comenzaban a enfilar la playa.

—¿Creéis que vienen a matarnos…? —preguntó una mujer.

—Solo a los más feos —respondió alguien, desatando una risotada nerviosa entre los presentes. El hombre que había soltado aquel mal chiste había sido marino y poseía un enorme catalejo que ahora tenía apoyado en el hombro de su esposa. Gracias al artilugio podía ver que las tropas habían sacado uno de los cañones de campaña y que lo estaban bajando con la cabria a una de las lanchas grandes—. ¡Mirad, están movilizando una de las piezas para acabar con Ingrid…! —anunció a los que le rodeaban. Ingrid era su suegra, y podía competir en volumen con una vaca frisona.

De repente se presentó a caballo un joven alférez embutido en el uniforme azul de las milicias danesas. Era hijo de un carretero de Sandbjerg, y los únicos tiros que había escuchado jamás habían sido las descargas de mosquetería que la milicia vaciaba en las dunas durante las prácticas.

—Si has venido para combatirlos —le dijo el pastor—, quizá deberías bajar a la playa. De lo contrario, Christian, haz el favor de quitarte la guerrera para que no se den cuenta de que eres militar… Por cierto, ¿cómo va tu madre?

—Pues sigue tosiendo. Y a veces escupe sangre.

—Ocupaos de que no coja frío este invierno.

—Lo tendremos muy en cuenta, desde luego —replicó el alférez mientras se desembarazaba de la casaca.

Los lugareños de la orilla permanecieron en silencio, contemplando las primeras lanchas que iban llegando a tierra. Los

marineros que empuñaban los remos lucían largas coletas bajo los sombreros de lona impermeabilizada con brea, y todos sus pasajeros, que vestían uniformes rojos, se tocaban con grandes morriones negros, lo que daba la impresión de que en las barcas viajaban unos tipos de estatura colosal. Uno de los soldados sostenía una bandera, pero como había prácticamente calma chicha, el estandarte pendía flácido del asta. Los botes parecían haber iniciado una regata, ya que los hombres querían competir entre sí para tener el honor de ser los primeros en tocar tierra. La pequeña pugna duró poco, ya que, al aprovechar el impulso de las pequeñas olas que se formaban en las inmediaciones de la playa, la primera quilla no tardó en clavarse en los bajíos, obligando a los hombres de rojo a saltar por la borda.

—¡En formación, sargento!

—¡A sus órdenes, señor!

—¡No es usted un jodido marinero, sargento! ¡Basta con un simple «sí»!

—¡Cómo guste, señor!

El resto de las barcas fueron llegando a la playa en rápida sucesión. Los soldados abandonaron las embarcaciones a toda velocidad, y los marineros empujaron inmediatamente las lanchas para volver a ponerlas a flote y regresar a grandes golpes de remo a los buques de transporte. Un teniente coronel tocado con un bicornio negro recorría la playa. Lo acompañaban un comandante y cuatro capitanes. Los aldeanos se apartaron cortésmente al ver que el teniente coronel señalaba una pequeña colina situada en el interior, a unos ochocientos metros de la playa.

—Quiero que tres compañías levanten una empalizada en ese terreno elevado, John. Mandaré a tierra a la primera batería para que refuercen su posición. Colin, sus hombres permanecerán aquí por si hay algún enfrentamiento…

Colin, que era uno de los capitanes, observó a los aldeanos.

—No parecen hostiles, señor…

—Pues consiga que no cambien de actitud. Y asegúrese de que nuestros hombres se comportan como es debido.

El teniente coronel se giró y centró su atención en el bote en el

que viraba su montura. El pastor del pueblo se le acercó.

—¿Puedo preguntarle a qué han venido ustedes? —quiso informarse el sacerdote en correcto inglés.

—¡Muy buenos días! —respondió el teniente coronel llevándose dos dedos al extremo de su bicornio decorado con borlas— ¡Una jornada magnífica! ¿No le parece…?

—¿Se proponen ustedes hacemos algún daño? —preguntó nerviosamente el cura.

—¡Nicolson! —aulló el teniente coronel al sorprendido soldado que se hallaba en la primera fila de la compañía trasladada a la playa —. ¡Al hombro…, ar! ¡Apunte al cielo! ¡Amartille…, ar! ¡¡Fuego…!!

Con perfecta obediencia, Nicolson levantó el mosquete hacia un vaporoso velo nuboso y apretó el gatillo. El pedernal golpeó la cazoleta vacía.

—No están cargadas, padre… —dijo el teniente coronel al párroco a modo de explicación—. No estamos aquí para matar a la gente decente, no en una mañana tan hermosa como esta… Solo hemos venido a estirar las piernas —remató, antes de rubricar sus palabras con una sonrisa—. ¿Es esta su aldea?

—Soy el pastor, sí.

—Pues me temo que el espectáculo de toda esta soldadesca va a acompañarlos a lo largo del día, así que procure que no se apague el fuego de las cocinas, padre, porque a todos estos malandrines les gusta tomar el té… Y, si alguno de mis hombres le causa el más mínimo problema, del tipo que sea, solo tiene que acudir a un oficial y ordenaremos que se ahorque al miserable. ¡Buenos días…!

Volvió a llevarse la mano al sombrero y regresó sobre sus pasos hasta llegar a la orilla, donde la tropa intentaba desembarcar a su caballo, al parecer reacio a bajar a la playa. El animal acababa de pasarse dos semanas a bordo de un barco, así que al pisar tierra comenzó a vacilar como si estuviera borracho. Durante un rato, el oficial de guardia del teniente coronel le hizo recorrer disciplinadamente al paso la banda arenosa, primero en un sentido y luego en otro. Después lo contuvo tranquilo y quieto un instante para facilitar la monta a su amo.

—¡¡Adelante…!! —vociferó el coronel.

Las tres primeras compañías marcharon en dirección a tierra y comenzaron a ascender el cerro para ganar la ventajosa posición que se abría en lo alto. Entretanto, las lanchas de desembarco seguían llegando a la playa. Varios soldados se esforzaban en bajar a tierra una batería de cañones de campaña, y un nuevo grupo de caballos se aventuraba a dar ya sus primeros pasos titubeantes sobre aquel suelo desconocido. Uno de los jumentos, más brioso que los demás, se zafó de la brida de su cuidador y recorrió al trote unos cuantos metros de playa, aunque se detuvo súbitamente, sorprendido, al parecer, por la presencia de tantos espectadores. Uno de los artilleros corrió tras él y lo sujetó por el correaje. Tras su airosa demostración, guiñó el ojo a unas muchachas que se encontraban a pocos pasos de distancia. El ramillete de jovencitas se echó a reír por lo bajo.

Dos compañías de casacas verdes desembarcaron en un punto más cercano a la aldea, lo que animó inmediatamente a los vecinos a regresar a toda prisa a sus casas, no fueran a tener la intención de saquear sus viviendas. Sin embargo, al llegar a la calle principal descubrieron que los soldados se apostaban para montar la guardia frente a la puerta de sus domicilios. Un oficial avanzaba con paso resuelto por la arenosa calle.

—¡Todo esto es propiedad privada! —iba gritando sin detenerse —. ¡Y el general Cathcart ha dado instrucciones de que todo hombre que robe una sola cosa, y me importa un bledo que sea una pequeñez o algo absolutamente insignificante y sin valor, irá directo al patíbulo! ¡¿Lo habéis entendido bien…?! ¡Tendréis que véroslas con la soga! ¡Moriréis pataleando en el aire! ¡Así que dejad las manos quietas! ¡Mostraos respetuosos con todos los civiles! ¡Fusilero…! ¡Tú, sí…, el más alto…! ¿Cómo te llamas? —El oficial conocía a todos los hombres de su compañía, pero aquel individuo de tan poderosa estatura no pertenecía a su unidad.

El fusilero, que rebasaba con mucho el metro ochenta, fingió extrañarse de que se fijaran en él.

—¿Se refiere a mí, señor…? Me llamo Pat Harper, señor, y soy de Donegal…

—¿Qué lleva en esa saca?

El fusilero Harper miró con expresión inocente un saco apoyado en la pared exterior de una casita de campo a pocos pasos de donde él se encontraba.

—No lo había visto en mi vida, capitán Dunnett… Eh…, señor. Ha debido de dejárselo aquí alguno de los aldeanos, señor.

Dunnett parecía recelar, pero aceptó la explicación.

—Montará usted guardia ahí mismo —dijo al soldado alto—, hasta que llegue nuestro relevo. Si sorprende a algún hombre intentando apropiarse de cualquier objeto, arréstelo y llévelo a mi presencia para que podamos darnos el gusto de colgarlo…

El capitán Dunnett caminó calle abajo, sin dejar de repetir sus órdenes. Otro fusilero miró a Harper.

—¿Qué hay en el bulto, Pat…?

—Tres gallinas, Cooper… Están bien muertas y son solo mías, así que como se te ocurra ponerles encima tus sudas manos de ratero te meto las plumas por el gollete hasta que acabes cagando alitas de ángel…, ¿entendido? —El fusilero Harper sonreía pícaramente al decir su parrafada.

—¿Dónde las has encontrado…?

—Pues en el sitio en el que he mirado, tío listo… —replicó con guasa cuartelera el aludido.

—¿Habéis visto a esa gachí…? —dijo un tal Harris. La soldadesca en pleno se giró para mirar, embelesada, a una joven de cabellos de oro que avanzaba calle arriba. La muchacha era perfectamente consciente de que la tropa se la comía con los ojos, así que levantó muy en alto la cabeza y comenzó a contonear las caderas para pavonearse a gusto ante los uniformados—. ¡Me parece que me han pegado un tiro y que he subido al cielo…! —dijo Harris.

—Yo diría que este sitio va a estar bien, muchachos…, pero que muy bien… —coreó Harper—. Al menos mientras dejen la soga para todo lo que no sea amarrar barcos…

—¡Diez a una a que terminas colgado de una rama, Harper! —se oyó decir a una voz áspera y fuerte. Había sido el capitán Murray, el comandante de la compañía del soldado que había afanado las aves.

Murray acababa de aparecer junto a la casa y se había puesto a indagar en el saco.

—¡No es mío, señor Murray! —aseguró el interpelado—. Sea lo que sea, no es mío. Y ya sabe usted que yo no le mentiría, señor.

—Que ni se te ocurra hacerlo, Harper…; ni por lo más sagrado… Pero con todo y con eso sigo pensando que me toca una pata, aunque sea fría, de esto que hay aquí y con lo que tú no tienes nada que ver…

Una ancha sonrisa iluminó el rostro de Harper.

—Me parece perfecto, señor…

Tres batallones se repartían ya la playa. Los primeros cañones de campaña, montados en armones tirados por caballos, empezaban a dirigirse al interior. Su destino se encontraba en el terreno elevado. Por otra parte, en el horizonte se perfilaba la silueta borrosa de los nuevos buques que, empujados por la leve brisa del norte, afluían a la misma rada. No se había disparado un solo tiro, y nadie había ofrecido resistencia. Los primeros generales habían bajado ya a tierra, y sus edecanes extendían sus mapas sobre la arena. Un escuadrón del primer regimiento de Dragones de Caballería Ligera llevaba de la rienda a sus inestables monturas camino de la aldea, donde una bomba manual permitía aportar agua al abrevadero.

—¡Eh, parienta…! —dijo uno de los fusileros a una mujer a la que deseaba abordar y consiguiendo que esta lo mirara atemorizada —. ¿Té? —trató de indicar el hombre, enseñándole un puñado de hojas sueltas—. ¿Podría hervirme un poco de agua…?

El marido de la señora, que había navegado a bordo de un mercante del Báltico y realizado varios viajes a Leith y a Newcastle, comprendió lo que pretendía el soldado.

—La leña cuesta dinero —explicó con un gruñido.

—¡Claro…! Aquí tiene… —El fusilero le tendió una moneda de cobre—. ¡Esto es buen dinero! ¿Eh? Moneditas inglesas, nada de esas porquerías vuestras… Té, ¿vale…?

El fusilero consiguió su infusión, se consolidó rápidamente la ventajosa posición elevada y el recién llegado ejército británico se instaló en la orilla.

CAPÍTULO VI

Las nubes se cansaron al fin de ensombrecer el cielo de Copenhague, dejando tras de sí un reluciente cielo azul. El tardío sol de estío rebrillaba en los tejados de cobre y arrancaba centelleos a las aguas del puerto, súbitamente atestadas, dado que los buques mercantes se habían refugiado en sus amarraderos, asustados por la presencia de la flota británica que acababa de echar el ancla diez millas más al norte.

El palacio de Amalienborg se elevaba en el flanco oeste del fondeadero. Se trataba en realidad de cuatro palacetes agrupados en tomo a una vasta plaza de armas. El aspecto general del edificio resultaba más grácil que grandioso, ya que su vocación respondía más a la intimidad que a la intimidación. Y allí, en la planta baja asomada al puerto, se despedía en ese momento de los notables de la capital el príncipe heredero. Su Alteza Real regresaba a Holstein. Había pasado todo el verano en esa provincia meridional, pero había vuelto a Copenhague al tener noticia de que la flota británica había puesto rumbo al Báltico. Con su reaparición pretendía elevar la moral de sus ciudadanos. Dinamarca, les dijo, no tenía voluntad de entrar en guerra. Su país no había iniciado el desencuentro y no deseaba ningún mal a Gran Bretaña. Sin embargo, si los ingleses persistían en el ultrajante empeño de exigirles la flota, entonces la nación resistiría. El príncipe era perfectamente consciente de que eso significaba grandes e inevitables sufrimientos para Copenhague, ya que la flota danesa se hallaba cobijada precisamente en el seguro puerto interior de la capital.

En cualquier caso, resaltó el heredero, los británicos no lograrían su propósito. El año estaba ya demasiado avanzado para iniciar un asedio. Se tardarían semanas en abrir brecha en los vastos murallones que circunvalaban la ciudad, y además el enemigo no podría cantar victoria ni siquiera en el caso de que lograra perforar las defensas de la plaza, ya que aún tendría que salir airoso del ataque. Además, mucho antes de que los muros quedaran fisurados, el príncipe sacaría al ejército de sus cuarteles de Holstein y aplastaría a las fuerzas sitiadoras.

—Por todo ello, puedo afirmar que los británicos no atacaran nuestra capital —había asegurado tajantemente el heredero de la corona danesa—. Se limitarán a amenazarla —añadió—, pero será un farol, caballeros, una mera baladronada. No hay tiempo para organizar un cerco…

—Pero lo hay, y de sobra, para un cañoneo naval —señaló con voz sombría el general Ernst Peymann, que había sido nombrado comandante de la guarnición de Copenhague.

—¡En absoluto! —replicó con vehemencia el príncipe—. ¡No, no y mil veces no…! —El heredero sabía muy bien que la ciudad temía verse bajo el fuego de los morteros y los obuses enemigos, ya que esas armas podían imprimir trayectorias curvilíneas a sus proyectiles, superando las murallas y convirtiendo la ciudad en un montón de ruinas humeantes—. Los británicos no son ningunos bárbaros —insistió el príncipe—, y no se arriesgarán a perpetrar una acción llamada a suscitar la unánime condena de los pueblos civilizados. No habrá ningún bombardeo. Los británicos lo esgrimirán como elemento de intimidación, tal y como harán con la eventualidad de un asedio, pero no son más que fanfarronadas, amagos hueros y nada más… —Lo que sí harían, predijo el príncipe, sería someter a la capital a un bloqueo de suministros con la esperanza de que el hambre acabara por forzar la capitulación de su destacamento de guardia.

—Por consiguiente, deberemos ordenar que se abastezca de toda clase de alimentos a la ciudad —dijo la testa coronada al general Peymann—, y deberá usted resistir el aislamiento hasta finales del

otoño. Entonces yo mismo dejaré Holstein para acudir en su ayuda al frente de un ejército. —Holstein era la región en la que el grueso de las fuerzas armadas danesas protegía la frontera sur del país, sujeta a la amenaza del ejército francés.

Peymann, que ya era persona de edad, se irguió pesadamente. Corpulento y de cabellos blancos, nunca había guiado a las tropas en la batalla, pero de su figura emanaba una suerte de aura tranquilizadora. A sus setenta y dos años, había algo en Heinrich Ernst Peymann que parecía sugerir que jamás se dejaría doblegar, de ahí que el príncipe tuviera la completa seguridad de que el alto oficial —más que cualquier otro general— constituía un baluarte capaz de transmitir confianza a los habitantes de Copenhague. Sin embargo, en las palabras que Peymann desgranó a continuación resonaron los ecos del nerviosismo.

—Sería mejor, majestad, que Su Excelencia viniese…

—No es posible… De ninguna manera… —El príncipe se acercó a uno de los ventanales que dominaban el puerto. Entre el enjambre de lanchas cañoneras danesas que la marinería aprestaba para el combate se veían tres embarcaciones de pequeña eslora, todas ellas profundamente hundidas en el agua a causa del peso del grano que habían traído a la capital. El heredero al trono contemplaba, absorto, la superficie de una mesa en la que se había desplegado un mapa a fin de aprovechar la luz que entraba por el vano de la cristalera. Le seguía un ayuda de cámara, cuya misión consistía en sostener el sombrero, la espada y el talabarte del príncipe, pero Su Alteza lo ignoraba.

—La armada británica —comenzó— procederá a bloquear con toda seguridad Selandia, y no tendremos modo de trasladar al ejército en barco si los buques ingleses permanecen apostados y a la espera.

Peymann paseó por la carta una mirada larga y tenebrosa, como quien busca algún elemento en el que hallar inspiración. Una lucecita pareció encenderse en sus pupilas al constatar el notabilísimo tamaño de la isla de Selandia, en la que se alza la propia capital danesa.

—¡Siete mil kilómetros cuadrados! —exclamó—. ¡Les será imposible vigilar toda esa costa!

—Lo único que tienen que mantener bajo control son los puertos, señor —indicó respetuosamente el antiguo capitán Lavisser, ahora ascendido al rango de comandante.

—Y para ese cometido cuentan con navíos de sobra… —añadió el heredero—. Aunque bien es cierto que no son gatos, Peymann, no son felinos, no, no…

—Doy por seguro que no lo son, sir —corroboró Peymann, totalmente desconcertado por la principesca declaración, pero desde luego decidido a no admitir bajo ningún concepto su perplejidad.

—No ven en la oscuridad —aclaró magnánimamente el príncipe —, lo que significa que en cuanto comiencen las largas noches de invierno podremos llevar de vuelta al ejército hasta Selandia sin peligro. —El futuro coronado inclinó el torso y la cabeza para que su ayudante pudiera pasarle el tahalí por el hombro, levantando acto seguido los brazos a fin de que al criado le resultara más fácil atarle las hebillas de la espada al talabarte.

—Hemos de aguardar al acortamiento invernal de las horas de luz —declaró con cierta solemnidad—. Dicho de otro modo, general: debe asegurar usted la defensa de Copenhague durante dos meses. Tan solo dos meses.

—Podremos aguantar ese tiempo —manifestó Peymann con firmeza—, salvo en el caso de que nos bombardeen.

—No lo harán —replicó tajante el príncipe—. Los británicos no querrán tener sobre la conciencia la muerte de civiles inocentes.

—Sé de buena tinta que el general inglés, lord Cathcart, se opone a ese ataque de mortero —señaló Lavisser—, aunque no me cabe duda de que alguno de sus subordinados le instará a llevarlo a cabo.

—Lord Cathcart es quien dirige el ejército, ¿no es así? —preguntó Su Alteza—. Hemos de esperar que acierte a ejercer efectivamente la autoridad que le ha sido confiada.

—Podríamos ordenar la evacuación de las mujeres y los niños —sugirió Peymann, cuyo rostro resplandecía de contento ante esa

súbita inspiración—. Así tendremos menos bocas que alimentar.

—Si hace usted eso —le contradijo el príncipe—, estará animando a los británicos a cañonear la ciudad. No; las mujeres se quedan, y los británicos, se lo aseguro, no se mancharán las manos con la matanza de una población inofensiva. ¡Dos meses, general! Defienda las murallas durante ese lapso de tiempo y yo me ocuparé de traer de vuelta al ejército para que podamos aplastarlos como a simples piojos… ¡Sí, como a liendres y nada más que liendres! —Hecha esta exclamación, el heredero, satisfecho, se colocó los guantes, de un blanco inmaculado. Sentía de verdad el optimismo del que hacía gala. Antes de que la flota británica se pusiera en marcha, la mayor amenaza a la que había tenido que enfrentarse Dinamarca había sido la del ejército francés, que rondaba por su frontera sur. Sin embargo, el futuro rey Federico VI de Dinamarca estaba prácticamente seguro de que la llegada de los británicos disuadiría a los franceses de toda eventual embestida—. ¿Por qué iban a atacar los bonapartistas Dinamarca en el preciso instante en el que los británicos estaban convirtiendo al país nórdico en un nuevo aliado de Francia? —Eso significaba que Holstein no iba a ser el escenario de ningún combate, y que, a medida que se alargaran las noches y la flota enemiga quedara incapacitada para orientarse en la densa oscuridad septentrional, el ejército danés podría regresar a Selandia, donde superaría enormemente en número a las fuerzas británicas—. Si logra usted resistir dos meses —señaló a Peymann —, la victoria será nuestra. ¡Y puede hacerlo, general! Las murallas son muy sólidas, ¡y tenemos una infinidad de cañones!

El militar asintió con la cabeza. Al igual que el resto de los presentes, lo que hacía ya algún tiempo que echaba de menos era que el gobierno no hubiera dedicado en los últimos años más recursos a las defensas de Copenhague, pero, aun así, había que reconocer que los parapetos que protegían la capital habían sido adecuadamente concebidos para su función. Además de contar con un macizo conjunto de cortinas y corachas, lo reforzaban sus bastiones, baterías y reductos. Por su flanco oeste, la ciudad se asomaba a los barrios más acaudalados del término municipal, pero

entre dichas viviendas y el centro se había dejado un espacio despejado en el que poder instalar las piezas de artillería pesada para acabar así con cualquier atacante. Había además un amplio anillo de lagos que, trabajados a modo de canales, hacían las veces de foso de contención. Las barbetas y barbacanas aún precisaban de algunas reparaciones, pero en ellas podían alinearse cerca de doscientos cañones. Por otro lado, afuera, en los barrios de la urbe —en los que el más mínimo punto elevado podía ofrecer a las baterías británicas una posición de ventaja—, se habían empezado a construir nuevos fortines a base de tierra apisonada, piedra y madera. La ciudad disponía de una guarnición integrada por cinco mil quinientos soldados. No obstante, como esa cifra no alcanzaba para dotar de destacamentos al conjunto de los baluartes de más reciente factura, Peymann tenía asimismo bajo su mando a cuatro mil marinos bien preparados. Todos ellos habían formado parte de la tripulación de los buques de guerra que todavía permanecían guarecidos en el puerto de Copenhague. Y por si con todo esto no bastara, había empezado a afluir a los cuarteles tal número de voluntarios que el ejército no daba abasto.

—Sabremos cuidar de nosotros mismos durante dos meses —declaró Peymann.

—Siempre y cuando no nos traicionen —terció el reden ascendido comandante Lavisser. Sus palabras enfriaron como por ensalmo el inmoderado optimismo que reinaba en la habitación. El elegante oficial se encogió de hombros, como queriendo dar a entender lo difícil que se le hacía aceptar aquel papel de portador de malas noticias—. Hay espías británicos en la ciudad, Alteza —añadió para explicarse—, y es preciso que nos ocupemos de ellos.

—¿Espías? —se inquietó el príncipe, descubriendo de pronto un semblante de alarma agigantado por sus ojos saltones.

—Hice algunas investigaciones antes de abandonar Londres, sire —mintió Lavisser—, y en seguida comprendí que un nombre sobresalía de los demás. Me hubiese gustado averiguar más cosas, suponiendo que las haya, pero sigo pensando, majestad, que es mi deber instaros a que deis orden de detener a ese individuo con el

doble fin de ponerlo a buen recaudo en las celdas de Gammelholm y de proceder a su interrogatorio.

—¡Por supuesto que sí…! —exclamó con vehemencia el heredero al trono—. ¿De quién se trata?

—Su nombre es Skovgaard, sire —respondió Lavisser.

—¡No puede tratarse de Ole Skovgaard…! —bramó Peymann sin poder contenerse—. ¿Se refiere usted a Ole Skovgaard?

—Así es, en efecto… —Lavisser se había quedado momentáneamente petrificado ante el súbito y enérgico arranque del general.

—Ya puede tener usted la más completa seguridad de que ese Skovgaard no es ningún espía —insistió Peymann con gran aplomo —. De hecho, me ha escrito esta misma mañana… —el general comenzó a hablar en un aparte con el heredero— y me ha confesado que en otro tiempo había colaborado con los ingleses, pero únicamente en relación con sus querellas con Francia; y lo cierto es que me atrevería a decir que en esta sala hay al menos una docena de hombres que han hecho otro tanto…

El príncipe volvió a consultar en silencio el mapa. Su madre era inglesa[9], y se había ganado una bien merecida fama de simpatía hacia los británicos, pero en ese momento no quería que se le recordaran tales cosas.

—Skovgaard me garantiza su lealtad —continuó Peymann, impasible—, y yo lo creo. Sé que se trata de un hombre de buena reputación, de una persona de valía y piadosamente devota de Nuestro Salvador… Es además apoderado de la Beneficencia, y tengo asimismo claro que, tal y como nos sucede a todos, le asquea el proceder de los británicos. Arrestar a un individuo de su talla y prestigio no contribuirá en nada a levantar la moral de los habitantes de la ciudad, sire. El ataque extranjero debe unirnos, no llevamos a la discordia.

El príncipe golpeó suavemente el mapa con los dedos.

—¿Está usted seguro de su lealtad?

—¡Es persona piadosa y rinde culto a Nuestro Señor! —reiteró Peymann, como si aquella devoción zanjara definitivamente la

pregunta de Su Alteza—. Me ha enviado esa información a iniciativa propia, sire —añadió pese a todo—. No es un espía, sino solo un comerciante cuyos negocios se han venido resintiendo a causa de los pillajes de los franceses. Ha intentado protegerse ofreciendo alguna ayuda a los enemigos de Francia. ¿Vamos a castigar a un hombre por eso?

—No —decidió inapelablemente el príncipe—. Lo dejaremos en paz… —Dedicó una sonrisa a Lavisser—. Estos tiempos difíciles tienen la virtud de lograr que los hombres encuentren en el fondo de su corazón el objeto de sus más íntimas lealtades, comandante… ¡Así le ha ocurrido a usted mismo…! Y otro tanto cabe decir de nuestro compatriota, Skovgaard… Olvidémonos, pues, de las viejas fidelidades, si le parece. ¡Hemos de enlazar nuestras manos en la lucha común contra el verdadero enemigo! —El heredero condujo a su reducido séquito hacia la escalinata de palacio—. ¡Resista tres meses! —dijo al fin como queriendo dar ánimos a Peymann, a quien sin embargo añadía treinta días más de los esperados a sus seguros sufrimientos—. ¡Y no olvide que tenemos a Castenschiold!

—¡Castenschiold! —exclamó Peymann. El general Castenschiold estaba reclutando tropas en el sur de Selandia, y de ahí la euforia del príncipe, pero Peymann tenía serias dudas de que las nuevas remesas de soldados alcanzaran a nutrir suficientemente las filas del ejército. Estaba convencido de que apenas notarían la diferencia.

—Tengo puestas grandes esperanzas en Castenschiold —declaró el heredero—. Puede asaltar las líneas británicas, hostigarlas… ¡Nuestros enemigos no contaban con Castenschiold! —Al salir por la puerta principal de la regia residencia, una ancha sonrisa cruzaba el rostro de Federico, cuya aparición en la plaza pública desató de inmediato una cerrada ovación.

Una inmensa multitud de ciudadanos capitalinos se había congregado para despedir enfáticamente al heredero. La masa humana llenaba los muelles y se agolpaba en todas las ventanas que daban al puerto. Los más jóvenes se habían encaramado incluso, como enjambres, a las dos grúas pesadas que descollaban por encima

de las más altas agujas de las iglesias.

Ole Skovgaard y su hija habían obtenido el privilegio de contemplar la escena desde la inmejorable perspectiva que les ofrecía la balconada del pósito de la Compañía Danesa de las Indias Orientales, desde el que podían ver la comitiva del príncipe, que se dirigía a pie a los muelles. Sharpe había insistido en acompañar a los Skovgaard, vestido una vez más con sus ropas de paisano, pese a que estuvieran desgarradas y cubiertas de manchas de barro y hollín. Ole Skovgaard se había opuesto a su petición.

—Esto es Copenhague —le había dicho—. Aquí estamos perfectamente a salvo.

—¿Lo estaba hace tan solo un par de días…? —le contestó el alférez con mordaz ligereza.

Astrid, sin embargo, espontáneamente amiga de apaciguar los ánimos, había rogado a su padre que cediera a los deseos de Sharpe, y aunque a regañadientes, el negociante había terminado por dar su brazo a torcer.

Sharpe sabía que esa mañana nada tenía que temer de Lavisser, ya que el guardia se encontraba entre los dignatarios uniformados que acompañaban al príncipe. El alférez observó detenidamente al traidor con el catalejo y no vio nada que le indicara que su enemigo hubiera salido herido del reciente encontronazo que habían tenido en casa de Skovgaard, así que pensó que lo más probable era que su última bala se hubiera alojado en el cuerpo de la francesa. Se rumoreaba que la embajada gala había abandonado la ciudad en bloque para instalarse en la localidad de Colding, en Jutlandia, en la que residía el rey Christian VII, mentalmente incapacitado, y toda su corte. A través de las lentes de su anteojo, Sharpe vio reír animadamente a Lavisser por alguna ocurrencia del príncipe.

—¿Se marcha Lavisser a Holstein? —se preguntó en voz alta el oficial.

—No si continúa ejerciendo el cargo de edecán de Peymann —le contestó Skovgaard.

—¿Quién es Peymann? —quiso saber el alférez.

—El hombre alto que camina al lado de Su Majestad. Es el

comandante en jefe de la ciudad.

Pronto se hizo evidente que Lavisser se quedaba en la plaza. Dedicó un cortés saludo al heredero, hizo una reverencia y estrechó la mano de Su Alteza. El príncipe se giró hacia el gentío, provocando un *crescendo* de aplausos y vítores aún más intenso, descendió los peldaños de piedra que le separaban del agua, y embarcó en la lancha que le esperaba para llevarle hasta una fragata. El buque, que era el más veloz de toda la flota danesa, le conduciría a Holstein, donde se encontraba agrupado el ejército. El resto de la armada danesa reposaba en el antepuerto. Sharpe podía ver sin problema los mástiles y vergas que sobresalían por encima de los tejados de algunos de los almacenes de la orilla opuesta al palacio de Amalienborg.

—Lo que no comprendo —dijo— es por qué no se ordena simplemente largar amarras a la flota para hacerla desaparecer.

—¿Y a dónde podría ir? —preguntó Skovgaard agriamente. En el rostro hinchado todavía se apreciaba la lividez de los tejidos asediados por el dolor—. ¿A Noruega? Su litoral no dispone de puertos tan resguardados y bien protegidos como el de Copenhague. Podríamos llevarlos a alta mar, supongo, pero allí serían interceptados por algún escuadrón británico… No. Este es sin duda el sitio más seguro. —El puerto de la capital danesa no se encontraba a las afueras de la urbe, sino todo lo contrario, ya que sus constructores lo habían excavado en su mismo centro. Por consiguiente, si querían llegar hasta él, los británicos tendrían que superar una larga serie de fuertes, murallas, reductos, cañones y bastiones—. Si nuestros barcos se encuentran aquí —concluyó Skovgaard—, es porque nuestro fondeadero ha revelado ser prácticamente inexpugnable.

Alrededor de los Skovgaard y su acompañante, unas cuantas personas habían escuchado la conversación y lanzaban miradas de irritada suspicacia a Sharpe.

—Estadounidense… —les indicó a modo de explicación al ver sus malhumorados semblantes.

—¡Bienvenido a Copenhague! —le respondieron,

aparentemente más tranquilos.

Los veintiún cañones de la Batería de Cristián VI largaron una salva de saludo al ascender el príncipe por el costado de la nave.

—¿Sabe que su ejército ha desembarcado ya en el país? —le comentó Skovgaard—. Llegaron ayer por la mañana, y sus buques se encuentran anclados no demasiado lejos de aquí —dijo, simultaneando la información con un gesto que apuntaba al norte —. Eso significa que en unos pocos días los tendremos en la capital. Creo que lo más sensato es que se uniera usted a ellos, alférez.

—¿Y dejarle a merced de Lavisser…?

—Yo vivo en esta ciudad, oficial, usted no… Y, si quiere que le diga la verdad, ya he tomado medidas para garantizar mi propia seguridad.

—¿A qué se refiere…? —indagó Sharpe.

—He escrito una carta a Peymann en la que le reitero mi total lealtad.

—No me cabe duda de que el general Peymann logrará convencer a los franceses de que le dejen en paz —apostilló socarronamente el inglés.

—Siempre es posible contratar una guardia… —Skovgaard había pronunciado esas palabras con voz glacial.

Estaba claro que la constante presencia de Sharpe le exasperaba sobremanera. La mañana anterior, después de haber enterrado a los tres franceses, el casaca verde había acompañado a Ole Skovgaard al dentista mientras Astrid y las doncellas hacían el equipaje y trasladaban los enseres de la casa al carro que debía llevar los trastos a su antigua casa de la plaza de Ulfedt.

El odontólogo, que resultó ser un hombre verdaderamente obeso, se había estremecido de espanto al ver el estado en que había quedado la boca de Skovgaard. Rellenó los alveolos vacíos de la mandíbula con trocitos de musgo de turbera y después dio al paciente un frasquito de aceite de clavos de olor a fin de que se masajeara suavemente con él las devastadas encías. También prometió hacerle prontamente otro juego de dientes postizos. En esa época había al parecer un gran número de piezas dentales

verdaderas en el mercado. Se importaban sin dificultad de distintos países debido a las guerras que habían permitido a los franceses derrotar a Austria y Rusia. La gente los llamaba «dientes de Austerlitz». Sharpe y los Skovgaard habían dedicado el resto del día a trasladar los muebles, la ropa blanca, los libros y los documentos de la mansión a su antigua residencia. No obstante, habían dejado en la casa de campo al criado de más edad a fin de que cuidara del edificio. Por lo demás, el cochero y los mozos de cuadra habían partido con la intención de unirse a la milicia, y para ello Skovgaard les había dejado que se llevaran los caballos.

—En la ciudad no necesitaré los animales —le había explicado a Sharpe—, y nuestro gobierno precisa bestias de tiro para mover las carretas de municiones.

—Definitivamente, es imprescindible que cuente usted con alguna protección, créame… —dijo el alférez—. Además, acaba de quedarse sin los varones que estaban a su servicio.

—La ciudad requiere sus servicios con más urgencia que yo —le había respondido Skovgaard—, y Aksel ha prometido buscarme unas cuantas manos para que me ayuden en la casa y otros menesteres. Serán sin duda personas que hayan sufrido alguna mutilación, y por eso se hallarán exentos del servicio militar, pero la verdad es que, aunque le falte una pierna, cualquier hombre puede disparar un mosquete para defenderme. —En la voz de Skovgaard parecía haber quedado pendiente una deuda de amargura—: Y no se preocupe, oficial, en Copenhague tenemos montones de lisiados, cosa que hemos de agradecer al último ataque de los suyos…

Aquel desengaño había intrigado a Sharpe.

—¿Y por qué no rompió usted con Gran Bretaña tras ese episodio…? —quiso saber.

Skovgaard se había encogido de hombros.

—En esa época todavía vivía mi querida esposa. Además, cuando Nelson desató su ofensiva me pareció ver una cierta motivación justa en la causa de Inglaterra. Les estábamos negando la posibilidad de comerciar, y el aliento de una nación depende del mercado… ¿Pero ahora? Ahora no cerramos el paso a nada que no

sea incontrovertiblemente nuestro. Además, jamás he hecho un solo movimiento que pudiera poner en peligro la estabilidad de Dinamarca. Me limité sencillamente a ayudar a Gran Bretaña en su lucha contra Francia, eso es todo. Por desgracia, en estos momentos vamos a tener que aliarnos con Napoleón.

Al regresar de la ceremonia de despedida del príncipe heredero, Skovgaard descubrió que le aguardaban dos hombres vestidos de negro y armados con maletines repletos de papeles. Sharpe sospechó de inmediato alguna trampa, pero enseguida vio, sin sombra de duda, que el negociante conocía bien a los individuos, a los que rápidamente hizo pasar a su despacho.

—Son agentes del gobierno —le dijo Aksel Bang.

—¿Y qué pretenden…? —preguntó el militar sin andarse por las ramas.

—Quizás hayan venido en su busca, alférez. ¿Le parece posible?

Sharpe hizo caso omiso de la pulla. Recorrió el pasillo central del vasto almacén.

—¿Adónde da esto? —preguntó mientras señalaba una escalera que se perdía entre las polvorientas vigas del altísimo techo. El casaca verde se puso a comprobar todas las puertas y ventanas, rebuscando hasta en el último escondrijo del local para cerciorarse de que no hubiera ningún resquicio por el que pudiera colarse algún intruso.

—Por aquí se sube a mi habitación, en el piso de arriba —dijo Bang, que se había acomodado en un altillo—. Es mi nuevo dormitorio, el que ocupo desde la vuelta de míster Skovgaard.

—Vaya… Se ha quedado sin casa, ¿no es eso?

—No me importa —repuso Bang en un alarde de zalamería—. Además, el domicilio no es mío, y me parece maravilloso tener aquí de nuevo a la señorita Astrid.

—¿Maravilloso para usted o para ella…? —dejó caer Sharpe.

—Para ambos, quiero pensar. Las cosas vuelven a ser como antes de que se mudaran a la nueva casa. Es estupendo.

Sharpe no encontró ningún punto débil en el almacén. Era un lugar en el que se guardaban muchas cosas de valor, así que

Skovgaard se había asegurado de que estuviera virtualmente a salvo de los ladrones. No en vano debía proteger los sacos de índigo, los montones de yute y los barriles de especias, cuyo intenso y particular aroma consiguió que afluyera a la memoria de Sharpe un torrente de recuerdos de la India.

—Bueno, ¿y qué es lo que quieren de Skovgaard esos hombres del gobierno? —preguntó a Bang.

—Tratan de averiguar si alguna de las mercancías del depósito pertenece a uno o más comerciantes británicos.

—¿Y con qué propósito?

—Para confiscarlas, obviamente. Estamos en guerra, alférez…

Sharpe paseó la vista por los diferentes huecos del almacén, repletos de toneles, sacos y cajas.

—¿Y hay algo aquí que sea de propiedad británica?

—No. No almacenamos artículos de otros comerciantes. Todo lo que ve es nuestro.

—¡Perfecto! —exclamó Sharpe, queriendo significar con ello que ningún otro funcionario podría volver a presentarse allí con la excusa de una inspección. Se giró hacia Bang—. Dígame, al entregar la carta del señor Skovgaard, ¿coincidió con Lavisser?

Bang parpadeó nerviosamente, sorprendido por el enérgico tono del inglés.

—Pues sí, me entrevisté con el comandante Lavisser. Se comportó con la mayor de las gentilezas.

—¿Le hizo alguna pregunta a usted?

Bang asintió con un gesto de cabeza.

—Quería saber ciertos detalles sobre míster Skovgaard, así que le expliqué que era un buen comerciante y un cristiano piadoso y observante.

—¿Y nada más…?

—Eso es todo cuanto Dios nuestro señor nos pide, oficial.

Poco faltó para que Sharpe le partiera las narices a Bang. No era más que un falso oficinista, pero tenía una faceta astuta y sabía manejar bien su puntilloso orgullo.

—Lo que pretendo es que me diga si Lavisser hizo más

averiguaciones sobre Skovgaard o no…

De un displicente manotazo, Bang se apartó la melena de los ojos.

—Me preguntó si el señor Skovgaard mantenía o no una relación estrecha con Inglaterra. Le dije que sí, claro; que cultiva allí numerosas amistades y que envía cartas a ese país… ¡Ah, y que había estado casado con una inglesa! ¿Tiene alguna importancia?

—No —contestó secamente el fusilero. Lavisser debía de haber adivinado que Sharpe se pondría en contacto con el hombre al que lord Pumphrey le había recomendado acudir, así que el hecho de que el tal Skovgaard le remitiera una carta no habría contribuido más que a confirmar sus sospechas. Además, estando los franceses a punto de evacuar la legación diplomática, debió de juzgar imperativo actuar con la máxima celeridad.

—No entiendo por qué me somete usted a todo este interrogatorio —protestó Bang. Le había dejado auténticamente perplejo que Skovgaard hubiese regresado a la ciudad. Por otra parte, la mera presencia de Sharpe invalidaba la explicación que le habían dado al decirle que lo único que pretendía su jefe era eludir la inminente irrupción de los británicos. Para colmo, el rostro tumefacto del negociante añadía un elemento más de inverosimilitud a la versión que conocía—. Lo que yo creo —aventuró Bang— es que ha tendido usted una trampa al señor Skovgaard y le ha metido en algún asunto indecoroso.

—Todo lo que usted tiene que saber —le espetó Sharpe— es que el señor Skovgaard se encuentra en peligro. Así que, si se dejara caer por aquí algún extraño, mándeme llamar. No deje entrar a nadie. Y si alguien le hace preguntas sobre su jefe, no le diga nada… ¡Nada! ¿Entiende? Ni siquiera les diga si es cristiano o no. No es cosa que le incumba una mierda a ningún desconocido.

Bang pareció afligido por la brusca forma de hablar de Sharpe.

—¿El señor corre peligro? Entonces quizás a la señorita Astrid le aceche también algún riesgo… ¿Es así?

—Sí, sí… La señorita Astrid ha de permanecer igualmente alerta —confirmó Sharpe—. Esté muy atento, ¿vale? Vigile y rece,

¿estamos?

—Sí, pero tal vez yo debiera acompañar a la señorita Astrid, ¿no cree? —La voz de Bang había adquirido de pronto un timbre regocijado—. Se dispone a ir al orfanato.

—¿Adónde?

—¡Al orfanato! Lo visita a diario. ¿Podría ir con ella? ¡Dígame que sí, señor Sharpe!

—¿Usted…? —El alférez no consiguió impedir que una veta de desprecio tiñera su extrañeza—. ¿Y qué podría hacer si la atacan? ¿Rezar por su alma? ¡Maldita sea, Bang…! Si alguien ha de escoltarla seré yo, créame.

Bang no emitió ninguna queja, pero esa misma tarde, al ver que Sharpe y Astrid salían juntos del almacén, su rostro se transformó en el vivo retrato del rencor. Sharpe se había cepillado la ropa y llevaba bien ocultas bajo el sobretodo las dos espléndidas pistolas de Skovgaard. También se había ceñido el sable. En la calle vio que otros muchos hombres iban asimismo armados. Parecía ser la última moda, al menos desde el desembarco de los británicos.

El alférez también llevaba consigo un gran cesto repleto de cebada, arroz y arenques.

—Tenemos que llevarlo al orfanato —le había explicado Astrid al ver su cara de sorpresa.

—¿Al orfanato?

—Pues sí, es un orfanato —confirmó la joven—, y también un hospital infantil. En él falleció mi hijito…

—Cuanto lo siento…

—Era muy chiquitín… No había cumplido el año todavía… Pobrecillo… Se llamaba Nils, como su padre… —Sus ojos se cubrieron de lágrimas, pero encontró fuerzas para izar una sonrisa y señalar que lo mejor sería dar un rodeo por el muelle del puerto, justo por donde había embarcado el príncipe esa misma mañana.

La primera reacción instintiva de Sharpe fue rebelarse y asegurar que su trabajo consistía en protegerla, a lo que aún añadió que la mejor manera de cumplir ese objetivo consistía en ir directamente al orfanato y regresar acto seguido a casa. Sin embargo, no tardó en

caer en la cuenta de que no le apetecía lo más mínimo pasarse la tarde encerrado en el triste almacén de Skovgaard. Por otra parte, el comerciante se encontraba a salvo. Estaba en su despacho, tenía un mosquete a mano, y aunque seguía de mal humor, le había prometido no dejar entrar en el depósito a ningún desconocido, así que Sharpe no tenía por qué apresurar la vuelta. Además, le apetecía bastante dar un buen paseo con Astrid, así que los dos se lanzaron alegremente a la calle, inundada de sol. Al poco rato, sin embargo, se vieron obligados a detenerse cada pocos metros para saludar a los amigos y conocidos de la muchacha. Ella presentaba invariablemente a su acompañante diciendo que se trataba de un marino estadounidense, cosa que no extrañó a nadie y que suscitó en cambio infalibles muestras de cordial bienvenida.

—Copenhague es una ciudad muy pequeña —explicó Astrid tras el enésimo encuentro—, así que es normal que casi todos nos conozcamos.

—Parece una capital muy interesante —aseguró Sharpe.

Ella asintió complacida.

—Y personalmente me gusta vivir intramuros… En la casa de Vester Fælled había veces que me sentía muy sola. —La joven se detuvo un instante para mostrar a Sharpe los requemados muros de un edificio que en otro tiempo había presentado una estampa magnífica—. Este era el palacio de Christiansborg —indicó afligida —. En él tenía su residencia el rey antes del pavoroso incendio…

—¿Fue en otra guerra…? —se interesó el fusilero.

—No, solo un desafortunado accidente. Un terrible desastre. Prácticamente la tercera parte de la ciudad fue pasto de las llamas… Y todavía no se han podido culminar todas las reparaciones… —El derruido palacio aparecía envuelto en una suerte de maraña de andamiajes, mientras, en otra zona, una hilera de chabolas improvisadas, levantadas en medio de lo que un día fueran vastos salones regios, daba a entender a las claras que había gente refugiada en tan incongruentes parajes—. Pobre Copenhague… —suspiró Astrid.

La caminata los llevó frente a otro palacio, en este caso el de

Amalienborg, el que había acogido precisamente al príncipe heredero antes de su partida. Un sendero abierto al público cruzaba la plaza central de armas, así que el puñado de guardias de uniforme azul que se hallaban apostados en las garitas, acostumbrados al trasiego de gente, ni siquiera prestaban atención a las personas que deambulaban por la zona al calor del sol vespertino. Una docena de carros agrícolas, cargados hasta los topes —unos de nabos y otros de cereales— se hallaban alineados junto al palacio. La ciudad estaba haciendo acopio de víveres en previsión de un asedio.

Pocos cientos de metros más allá había un jardincito municipal dominado por el vasto alcázar que protegía, apostado como un centinela, el canal de acceso al puerto. El jardín, fundamentalmente compuesto por una amplia superficie de césped con unos cuantos árboles dispersos aquí y allá, era en realidad la explanada del fuerte, es decir, el terreno despejado concebido para impedir que el enemigo avance a cubierto y puedan abatirlo con facilidad los cañones alojados en sus altas troneras. La hierba estaba repleta de balas de cañón, y por todas partes se veían pequeños depósitos de municiones. No obstante, la gente paseaba y tomaba el aire aun en estas zonas de evidente aroma militar, haciendo caso omiso de los soldados, enfrascados en seleccionar los proyectiles y los obuses en función de sus diferentes calibres. Sharpe sospechaba que los daneses planeaban estacionar una nueva batería en ese punto, una línea de fuego capaz de cubrir la bocana del puerto, en la que en ese momento se entregaba a la pesca una docena de hombres, plácidamente instalados en un pequeño embarcadero de madera.

—Siempre están en el mismo sitio —comentó Astrid—, pero nunca he visto que cobraran una sola pieza. —A continuación, la joven señaló al norte, ya que, a lo lejos, en el horizonte, se veía una masa grisácea, como una especie de nube baja. Sharpe había visto algo muy similar en la mañana de Trafalgar. Era una flota—. Son sus amigos, oficial —comentó afligida Astrid—, y vienen hacia aquí.

—Me encantaría que las cosas no fueran así…

La joven se sentó en un banco frente al mar.

—Se parece usted tanto a Nils… —pareció decirse como en una

reflexión personal.

—Supongo que lo ha pasado usted muy mal.

Ella asintió.

—Se lo tragó el mar. No tenemos ni idea de cómo pudo suceder. Era capitán, ¿sabe? Dio a su barco el nombre de *Astrid* y transportaba azúcar de las Indias Occidentales… Al ver que no llegaba, pensé que a lo mejor su navío estaba en dique seco, haciendo algunas reparaciones, pero no fue así… Nos enteramos de que se había hecho a la mar y de que pocos días después había estallado una terrible tempestad. Esperamos pacientemente, pero no regresó. Sin embargo, yo lo veía a diario. Veía de pronto a un desconocido en la calle y pensaba: «¡Es Nils! ¡Ha vuelto!». Y entonces el extraño se giraba y yo comprobaba que no se trataba de él… —Astrid no hablaba de frente a Sharpe, sino con la mirada perdida en el océano. Por su parte, el militar se preguntaba si no habría adquirido la costumbre de acudir a ese mismo sitio al poco de quedarse viuda, presa de la ansiosa esperanza de volverlo a ver—. Y un buen día lo vi de pronto en nuestra casa… —Ahora sí que centró sus grandes y expresivos ojos en Sharpe—. Supe de inmediato que se trataba de Nils…, o eso creí durante un instante. ¡Qué momento tan feliz!

—Lo siento… —balbuceó torpemente Sharpe. Conocía bien los sentimientos que zarandeaban a su acompañante, porque desde la muerte de Grace siempre le parecía verla en todas las mujeres de cabello oscuro que alcanzaba a divisar en la calle. También a él se le sobresaltaba el corazón en el pecho al descubrirla y le acuchillaba después el ánimo la punzada del enésimo desengaño.

Las gaviotas chillaban en círculos sobre la embocadura del puerto.

—¿Cree usted que podemos correr un serio peligro…? —preguntó Astrid.

—¿Está usted al corriente de las actividades de su padre…? —Fue la contestación.

La muchacha movió afirmativamente la cabeza.

—Yo misma lo he ayudado en los últimos años. Desde que

murió mamá…, se limita a mantener una correspondencia, alférez, eso es todo. Solo una larga serie de cartas… Nada más.

—¿Ya quién escribe? ¿A personas residentes en Europa y Gran Bretaña?

—Así es. —Astrid fijó la vista en la flota inglesa—. Mi padre hace negocios en todo el Báltico y por los territorios septentrionales alemanes, así que dirige cartas a un montón de gente. Si una columna de la artillería francesa pasa por Magdeburgo, él se entera del asunto antes de que transcurra una semana.

—¿Y se lo cuenta a los ingleses? —quiso saber Sharpe.

—Sí.

—Un trabajo peligroso… —ponderó el alférez.

—No demasiado, la verdad. Sus interlocutores saben preservar la seguridad del grupo y proteger los mensajes. Por eso mismo he empezado a ayudar a mi padre. Sus ojos no son ya los de antes. Sus mejores corresponsales le envían periódicos. Los franceses no reparan en los noticiarios que se envían a Dinamarca, y menos si vienen de París y cubren de alabanzas al emperador. Sin embargo, si abre usted la publicación y la sostiene a contraluz frente a una ventana, verá que alguien ha hecho centenares de perforaciones en las páginas. Cada uno de esos diminutos orificios se encuentra inmediatamente debajo de una letra, así que basta con ir reuniendo todos esos agujeritos en orden, uno por uno, para descifrar el código. —Dicho esto, Astrid se encogió de hombros, en un intento de mostrarse tranquilizadora—. No es tan peligroso…

—Pero ahora los franceses conocen su identidad —le recordó Sharpe—. Querrán saber quién le escribe, quién pincha con ese alfiler las páginas de los diarios… Tienen el máximo empeño en cegar ese canal de comunicación, y su padre es justamente el más indicado para darles los nombres que todavía ignoran. Por eso es tan arriesgado.

Astrid permaneció un buen rato en silencio. Paseó la vista a lo lejos, perdida en la contemplación de una cañonera que unos marineros sacaban del puerto a golpe de remo. Se oyó el estruendo de los pesados maderos sujetos con cadenas que servían para

controlar las entradas y salidas del fondeadero, ya que los encargados de manejar la compuerta acababan de izarlos y ponerlos a un lado a fin de abrir paso al buque artillero. El navío tenía un altísimo mástil, y en él se veía una vela arrollada, pero la suave brisa se oponía al avance de la desgarbada embarcación, así que una veintena de tripulantes empuñaba con todas sus fuerzas unas largas espadillas para sacar al barco del canal. La nave tenía una suerte de pico feísimo en la proa, y sobre él se habían montado dos piezas de artillería pesada provistas de unos cañones extremadamente largos. Sharpe supuso que se trataba de armas para proyectiles de veinticuatro libras. Sabía que aquellos artilugios tenían un alcance endiablado y una terrible potencia. Otro importante número de cañoneras cabeceaba al final de sus cabos de amarre en el muelle más alejado, en el que un grupo de auxiliares se afanaban en descargar los carros de barriles de pólvora y balas de cañón que se alineaban sobre el pavimento. Otros barcos traían víveres a la ciudad.

—Me gustaría que el peligro hubiera pasado —aseguró Astrid al cabo de un buen rato—, sobre todo ahora que los franceses se han ido… Lo único bueno que tiene esta circunstancia es que barre un poco el tedio de la existencia.

—¿Le parece que la vida es aburrida, señorita Astrid? —preguntó el fusilero.

Ella le dedicó una hermosa sonrisa.

—Pues mire, oficial… Voy a misa, llevo las cuentas del negocio, cuido de mi padre… —La joven levantó pesarosamente los hombros —. Debe de parecerle un día a día de lo más insípido, oficial.

—Mi vida sí que se ha vuelto una pesada rutina —dijo Sharpe pensando en su trabajo de guardalmacén.

—Su vida…, ¿sosa? —exclamó Astrid para meterse con él. Una luz picara le brillaba en los ojos—. ¡Es usted un soldado! ¡Escala chimeneas y mata a forajidos! —La hija de Skovgaard no pudo reprimir un escalofrío—. ¡Pero si su vida es de lo más emocionante!

Sharpe seguía mirando fijamente a la cañonera. Los marineros, desnudos de cintura para arriba, tiraban con toda su alma de los remos, pero la nave apenas se movía. El fusilero veía claramente que

las suaves ondas de la marea lamían las escolleras del muelle y que el buque progresaba a contracorriente. Pese a ello, los hombres del navío se esforzaban con denuedo, como si todos y cada uno de los calambres musculares que empezaban a sufrir estuviera contribuyendo a rechazar a los británicos.

—Tengo treinta años —dijo Sharpe al fin—, y me he pasado guerreando los últimos catorce. Y si hablamos de lo que vino antes, de la infancia, me temo que debo confesarle que en esa lejana época los niños como yo no éramos nada…

—¡Nadie es nunca nada…! —protestó Astrid.

—¡Yo lo fui…, se lo aseguro! —En la voz del casaca verde sonaban los ecos de una vieja irritación—. Nací en la indigencia, fui educado como una simple escoria, no tenía la más mínima expectativa de futuro. ¡Ah, pero también vine al mundo con un talento: se me da muy bien matar!

—No puede decirse que eso sea una buena cosa, alférez.

—Por eso me hice soldado y me enseñaron cuándo echar mano de mi don y cuándo refrenarlo… Conseguí ser alguien, ascender al grado de oficial. Pero ahora ya no quieren saber nada de mí. No soy un caballero, ¿comprende? No soy como Lavisser. Él sí que es un gentilhombre… —Sharpe era perfectamente consciente de que había dado la imagen de un tipo corroído por la envidia y la amargura. Se sintió incómodo y frustrado. Además, había olvidado por un momento los motivos de su presencia junto a Astrid, así que, movido por un fuerte sentimiento de culpabilidad, se giró y echó un vistazo a las gentes que aprovechaban la tarde veraniega para dar un paseo por la explanada del fuerte. Nadie parecía estar fijándose sospechosamente en la extraña pareja que formaba con la hermosa muchacha. No había franceses a la vista ni enemigos agazapados. No se veía ni rastro de la voluminosa masa de Barker ni de la más fina silueta de Lavisser—. Lo siento muchísimo, señora.

—¿Por qué…?

—La marea ha cambiado —repuso Sharpe a modo de pretexto. Como lo único que deseaba era cambiar de tema, señaló con un gesto de la cabeza la cañonera de la bocana del puerto—. Al fin

parece que esos chavales están avanzando un poco.

—Y nosotros también deberíamos continuar nuestro camino —dijo ella al tiempo que se levantaba. Se echó a reír—. Hace usted que me sienta inmensamente rica, alférez.

—¿Rica? ¿A qué se refiere?

¡A tener a un ayudante dispuesto a llevarme la cesta! —exclamó ella—. Solo las gentes que viven en Amaliegade y Bredgade pueden permitirse tales lujos.

Astrid y Sharpe caminaron a poniente, bordeando el foso de la inmensa ciudadela hasta llegar a un barrio más humilde de la capital, cuyas casas, pese a tratarse de una zona modesta, eran de buena factura y se hallaban perfectamente pulcras. Se trataba de un conjunto de edificios de una sola planta, cortados por el mismo patrón, embellecidos con pinturas de brillantes colores y en muy buen estado.

—Este es el barrio de los marinos —indicó Astrid—. Se llama Nyboder. ¡Todos los vecinos cuentan con un horno! O, mejor dicho, hay uno por cada dos viviendas. Yo creo que es muy buena cosa.

—Muy buena, desde luego.

—Mi padre era hijo de un marinero. Se crio en esta calle, la de Svanegaden. Era muy pobre, ¿sabe? —Astrid miró al oficial con sus enormes ojos claros en un evidente intento de tranquilizarlo y hacerle saber que no se consideraba de mejor cuna que él. No sabía que, a pesar de sus esfuerzos, su acompañante pensaba que Svanegaden era un paraíso en comparación con Wapping.

—¿Dice usted que esta es una zona deprimida? —preguntó el fusilero.

—Sí, desde luego… —comenzó a decir Astrid muy seria—, y sé lo que me digo. Mi padre es uno de los apoderados de la Comisión de Beneficencia, y yo lo ayudo a responder a las cartas que recibe.

El orfanato se encontraba al final del Nyboder, cerca del cementerio de los navegantes, donde estaba enterrado el hijo de Astrid. La joven adecentó la diminuta tumba, quitándole algunas hojas y hierbas, y después inclinó piadosamente la cabeza. Al ver que unas gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, Sharpe tuvo que

reprimir el impulso de abrazarla. Optó sin embargo por retirarse unos cuantos pasos a fin de procurarle un poco de intimidad. Se puso a observar a las gaviotas, que rondaban en círculos por los murallones de la ciudadela. Le invadió el recuerdo de Grace y se preguntó qué pájaros sobrevolarían en ese mismo momento su sepultura. La habían inhumado en el camposanto de una iglesia del Lincolnshire, junto a otros miembros de su familia y bajo una tablilla conmemorativa dedicada a desgranar el largo catálogo de virtudes de lord William Hale. Sharpe imaginó por un momento que su espíritu se cernía sobre él en ese preciso instante. ¿Aprobaría Grace que se sintiera tan atraído por Astrid? Se giró y contempló la frágil silueta de la viuda inclinada sobre el pequeño sepulcro. Comprendió súbitamente que se estaba enamorando. Era como si el odio y la rabia que le habían venido obsesionando desde la desaparición de Grace hubieran retoñado sin previo aviso y la dura cepa de su amargura estuviera echando brotes verdes.

Astrid se puso en pie y le sonrió.

—¡Ven! —le dijo—. ¡Tienes que conocer a los críos!

La joven danesa lo condujo al hospital en el que había fallecido su hijo, y Sharpe quedó atónito: no podía acabar de creerse que aquello fuera un orfanato. Desde luego no se parecía en nada al callejón de Brewhouse. Aquí no había ni rastro de los muros altos cerrados por una puerta coronada de pinchos al que había ido a parar de niño, aunque también en esta fachada se vieran barrotes de hierro en todas las ventanas del piso superior.

—Es para evitar que los chicos hagan travesuras temerarias —le explicó Astrid—. A veces a los mayores se les ocurre la descabellada idea de subirse al tejado.

—¿Quieres decir que no están encerrados?

—¡Por supuesto que no! —repuso ella, divertida por la salida de su protector.

De hecho, el orfanato podía parecer cualquier cosa menos una prisión. La construcción, de dos plantas y pintada de blanco, ceñía amorosamente un patio repleto de arriates de flores cuidados con gran esmero. Había una capillita con un órgano, un altar muy

sencillo y una alta vidriera en la que se veía la figura de un Cristo rodeado de chiquillos de cabellos dorados.

—Yo crecí en un sitio como este —expuso Sharpe.

—¿En un orfanato?

—En una casa de expósitos, pero viene a ser lo mismo —contestó—. No se parecía en nada a esta, desde luego… Nos obligaban a trabajar.

—También aquí se confían quehaceres a los internos —dijo Astrid con cierta severidad—. Las chicas aprenden a coser y los chicos el oficio de marino. ¿Qué le parece? —Astrid había regresado con Sharpe al amplio patio ajardinado. Una vez allí señaló un palo de buena altura cubierto de banderas y aparejado como el mástil de un navío—. Los muchachos aprenden a trepar por él, y ellas confeccionan todos los banderines.

Sharpe escuchó el estallido de unas risas.

—Desde luego, nuestro caserón era completamente distinto… —se le oyó repetir como si reflexionara en voz alta. Una docena de chicos y chicas, unos con vestidos grises y otros con pantalones del mismo color, se entregaban a un complicado juego de pilla-pilla alrededor del asta. Había tres chiquillos mutilados y un tercero padecía de idiocia. Una de las muchachitas les contemplaba desde una silla de mimbre provista de ruedas. Tenía la cabeza torcida a un lado y se sacudía, babeando, al compás de una suerte de débiles maullidos—. Parecen muy felices —aseguró Sharpe.

—Eso es lo más importante —resaltó Astrid—. Un niño feliz tiene más probabilidades de encontrar un hogar en el seno de una buena familia.

La joven llevó a Sharpe a la planta superior, en la que había dos amplias salas convertidas en hospital. El militar aguardó en el balcón a que ella terminara de distribuir los alimentos que había traído. La mente del casaca verde voló hasta Jem Hocking y la calleja de Brewhouse. Recordó el miedo que se había apoderado de Hocking en sus últimos instantes y le asomó al rostro una sonrisa.

—¿Qué es lo que te pone tan contento? —quiso saber Astrid al volver a la terraza.

—Me acordaba de los años de mi niñez —mintió.

—Eso quiere decir que fuiste feliz, ¿no?

—Para nada. Nos pegaban constantemente.

—También a estos chavales se les aplican castigos corporales —reconoció Astrid—, al menos en caso de que roben algo o cuenten trolas. Pero es bastante raro.

—Solían azotarnos —precisó Sharpe—. Hasta hacemos sangre.

Astrid torció el gesto como si no supiese a ciencia cierta si debía dar crédito a sus palabras o no.

—Mi madre siempre dijo que los ingleses eran crueles…

—Lo es el mundo, señorita —sentenció Sharpe.

—Por eso mismo hemos de intentar ser amables —lo corrigió Astrid con firmeza.

Él la acompañó a casa. Bang puso muy mala cara al verlos entrar por la puerta, y Ole Skovgaard, al constatar que su hija parecía enteramente feliz, miró con recelo a Sharpe. Esa misma tarde, el negociante trató de convencer a su hija:

—Hemos de confiar nuestra protección a los daneses.

Sin embargo, las milicias nacionales necesitaban contar con todos los hombres disponibles. Además, todo el personal destinado a la defensa de la capital se afanaba en esos días en levantar nuevas contraescarpas y revellines en la parte exterior de las barriadas. Por consiguiente, a regañadientes, y básicamente a instancias de los ruegos de su hija, Skovgaard consintió que Sharpe se quedara en la plaza de Ulfedt. El domingo, el fusilero fue con toda la familia a la iglesia, envuelta en el sonoro murmullo de los himnos religiosos. El sermón se le antojó interminable, tanto que se quedó profundamente dormido y no se despertó hasta que Aksel Bang, indignado, le clavó el codo en las costillas. A la mañana siguiente, Sharpe escoltó a Skovgaard hasta un establecimiento bancario, y por la tarde acompañó a Astrid de vuelta al orfanato. Más tarde acudió con ella a un almacén de azúcar sito en la pequeña isla de Amager, en la que se encuentra la mitad este de Copenhague. Para ello tuvieron que cruzar el puente levadizo que permitía salvar la porción más estrecha del puerto y dejar después atrás el inmenso hornabeque

de gruesas cadenas que protegía el puerto interior. En él permanecía guarecida la flota danesa, segura de burlar así el peligro que se cernía sobre ella. Sharpe contó dieciocho buques de guerra (de los empleados en las tácticas de andanada en línea) y otras tantas fragatas, bergantines y lanchas cañoneras. En los astilleros había dos barcos a medio construir. Los cascos, aupados a las gradas, parecían sendos esqueletos de madera despojados de todo revestimiento. Aquellas embarcaciones no solo representaban la última esperanza de Napoleón, que estaba convencido de poder invadir Gran Bretaña si se hacía con ellas, también constituían la razón de que los ingleses se hubieran presentado en Dinamarca, y el motivo de que los franceses se apostaran al otro lado de la frontera de Holstein, listos para intervenir. La marinería se afanaba en sacar las grandes piezas de artillería de los buques de línea para fijarlas en la costa y sumar de ese modo su potencia de fuego a la de las baterías que defendían los muros de la ciudad.

Una vez que hubo entregado el comprobante de venta en el pósito de azúcar, Astrid llevó a Sharpe al murallón que guardaba el flanco marítimo de Copenhague. De allí subieron al parapeto que corría entre las dos gigantescas casamatas desde las que la tropa podía proceder al fuego de flanqueo. El viento comenzó a rizar la superficie del agua y apartó de la nuca de Astrid sus cabellos rubios. La joven dirigía la mirada al norte, donde los mástiles de la flota británica parecían formar una espesura en el horizonte.

—¿Por qué se quedan allá lejos…? —se interrogó.

—Lleva tiempo desembarcar a todos los hombres de un ejército —comentó Sharpe—. Mucho tiempo… Tardarán un día o dos en presentarse aquí.

El amortiguado crepitar de un cañón rasgó sordamente la cálida tarde. Sharpe volvió la vista al este y vio alzarse una borrosa mancha de humo blanquigris en lontananza. La brisa corrió blandamente la nubecilla de pólvora, dejando al descubierto el casco de una cañonera hundida en el agua hasta la borda. De repente se escuchó el estampido de una segunda pieza de artillería, que también despidió su particular celaje blanquecino. Los navíos armados, que

habían formado una hilera de lado a lado del canal, se extendían más allá de la ciudad y bloqueaban el paso a todas las embarcaciones que pretendieran entrar. Y precisamente en ese momento acababa de caer un barco en sus garras. El aire tembló con el crujido de un tercer mortero, seguido casi inmediatamente de una andanada cerrada que sacudió con la fuerza del trueno las olas, aún acariciadas por el sol. Sharpe sacó el catalejo del bolsillo y lo extendió en toda su longitud, justo a tiempo de observar la espasmódica vibración del velamen del barco atrapado, que trataba de orzar a toda velocidad para encarar el viento, tal y como había ordenado su capitán. Entonces vio arriar la bandera británica que había estado ondeando en el palo de popa.

—¿Qué está pasando? —quiso saber Astrid.

—Un mercante inglés —le contestó Sharpe.

El patrón debía de venir de un largo viaje por el Báltico y probablemente no tenía ni idea de que su país había entrado en guerra con Dinamarca. Solo las detonaciones de las cañoneras le habían sacado bruscamente del error. Al plegar velas el inglés, las naves danesas, prácticamente empanzadas en las olas, habían dado el alto el fuego. El alférez pasó el anteojo a Astrid, que lo apoyó en el muro del baluarte para evitar que las oscilaciones del pulso le impidieran fijar la imagen.

—¿Y ahora qué ocurre…? —preguntó de nuevo.

—Lo están trayendo a puerto. La embarcación cobrada se ha convertido en un trofeo.

—¿Significa eso que estamos en guerra…? —El timbre de voz de la muchacha reflejaba a las claras su completa incredulidad. El ejército británico había desembarcado en las costas danesas, la ciudad estaba reclutando aceleradamente una milicia y levantando fortines por todas partes, y sin embargo la idea de un choque armado seguía pareciéndole algo inconcebible. No en una nación como Dinamarca, y menos contra el reino de Gran Bretaña.

—Me temo que sí —confirmó Sharpe.

Al regresar a la plaza de Ulfedt, Astrid y su acompañante dieron un rodeo para poder contemplar las mansiones de Bredgade. No les

fue difícil descubrir cuál era la casa del abuelo de Lavisser, ya que un pequeño grupo de gente aguardaba frente a sus puertas para intentar entrever siquiera un instante al nuevo héroe de la patria. Las mujeres llevaban ramos de flores, y alguien había colgado una bandera danesa del farol situado sobre la puerta principal. Sharpe permaneció un buen rato al final de la calle y trató de adivinar lo que sucedía tras las ventanas, pero no había rastro del traidor. Y es que, en efecto, Lavisser se había esfumado… Su ausencia hacía que los sucesos de la noche vivida en el domicilio campestre de los Skovgaard parecieran un simple mal sueño.

Sin embargo, tanto Lavisser como sus aliados franceses no tardarían en volver, se dijo Sharpe para sus adentros. No le cabía la menor duda.

Al día siguiente, la noticia de que los británicos habían empezado a marchar hacia el sur recorrió la ciudad como un reguero de pólvora. Poco después, Sharpe regresó del orfanato y se encontró con la sorpresa de ver a Aksel Bang vestido de uniforme. Llevaba un abrigo liso de color azul y deslucida abotonadura de plata. En los hombros lucía únicamente una barra plateada.

—Soy alférez de la milicia —se apresuró a precisar con orgullo.

Ceñía también una antigua espada enfundada en una vaina recubierta de tela negra. Media docena de hombres, todos armados de mosquetes, holgazaneaban entre las sombras del pósito. Eran hombres mayores, los últimos restos de la plantilla de Skovgaard, y todos se habían alistado en la milicia, igual que el propio Bang.

—Permanecerán acantonados aquí —señaló este—, dado que el local ha adquirido ahora la categoría oficial de almacén de víveres de la ciudad. Nos mantendremos alerta. Además, ahora que disponemos de mosquetes podremos garantizar la seguridad de míster Skovgaard.

Sharpe observó a los seis individuos.

—Cuentan con la instrucción adecuada, ¿a que sí?

—Sabremos defendernos como Dios manda —aseguró Bang en un alarde de aplomo—. Pero hay otra cosa, señor Sharpe…

—Dígame.

—Es usted inglés, ¿no es cierto?

—Continúe.

Bang se encogió hombros.

—Se ha convertido usted en nuestro enemigo. Hasta ahora, la lealtad que profeso al señor Skovgaard me ha impedido obrar en consecuencia, pero esta situación tiene que acabarse… Voy a tener que proceder a su arresto.

—¿Ya mismo…? —soltó el aludido con una sonrisa.

—Si no abandona inmediatamente la ciudad, sí. He sido nombrado oficial… Tengo responsabilidades.

—Lo que usted tiene, Aksel —le espetó el fusilero—, es un picorcillo en la bragueta. —Sin embargo, Sharpe sabía que su rival estaba en lo cierto. Lo sorprendente era que no hubiera venido nadie a detenerle antes, ya que estaba prácticamente seguro de que todo el mundo se hallaba al tanto de que Skovgaard alojaba a un inglés en su domicilio. No obstante, Copenhague era una capital tan civilizada, tan decidida a dar crédito a la idea de que nada ni nadie podría querer perjudicarla, que las autoridades habían optado por tolerar su presencia.

A la mañana siguiente, al despertarse en el almacén, Sharpe escuchó el distante crujido de una descarga de mosquetería. El sonido venía de muy lejos, pero resultaba in confundible. Una hora más tarde, mientras se lavaba bajo el caño de aspiración manual que había instalada en el patio trasero, le llegó con claridad el zambombazo sordo de la artillería pesada. Aquello quería decir que el ejército había llegado finalmente a la ciudad. Ole Skovgaard, a quien ya le había bajado considerablemente la hinchazón de la mandíbula, se acercó al pósito y miró con expresión ceñuda a Sharpe.

—Creo que debería dejarnos, alférez.

—¿De veras se siente a salvo en manos de Aksel y su alegre compañía?

—¿A salvo de quién? —respondió retóricamente Skovgaard señalando con la vista el firmamento, cruzado de este a oeste por blancas estelas de humo blanco—. ¿De mis amigos los británicos…?

—se preguntó sarcásticamente.

—No, señor Skovgaard. De sus nuevos camaradas, los franceses…

—Voy a quedarme aquí, en el depósito. Igual que Astrid. Aksel y sus hombres bastarán para garantizar nuestro bienestar, o eso creo. —Durante unos segundos Skovgaard prestó oídos al distante cañoneo que parecía decidido a protagonizar la jornada—. Aksel ha sido nombrado oficial —prosiguió—, y su presencia le resulta extremadamente incómoda.

—Me pregunto qué es lo que de verdad le molesta… —respondió Sharpe en velada alusión a Astrid.

Skovgaard debió de darse cuenta de lo que Sharpe había querido decir, ya que se ruborizó ligeramente.

—Aksel es un buen danés —afirmó vehementemente el comerciante—, y usted es un enemigo, señor Sharpe.

—¿Un enemigo? —remedó Sharpe estirando nerviosamente la tela de la camisa—. Me he pasado las dos últimas tardes jugando a la tala con los chiquillos del orfanato. ¿Son esas las maneras de un enemigo?

Skovgaard puso mala cara.

—Usted es inglés, y Aksel lleva razón: su presencia me está poniendo en una situación muy comprometida. Puede quedarse las dos pistolas si lo desea, pero insisto en que tiene que marcharse.

—¿Y si me niego…?

Un ramalazo de irritación cruzó por un momento la expresión de Skovgaard, pero después inclinó la cabeza como sumido en graves cavilaciones.

—Son muchas las pérdidas que he sufrido en la vida, alférez. —Su voz tenía acentos sorprendentemente suaves, y el hombre seguía con la mirada fija en el suelo—. Mi esposa, mi hijo, mi yerno y mi nieto… Dios ha considerado justo castigarme. Me he dedicado a tareas mundanas, señor Sharpe… —Levantó la vista para que el militar pudiera verle bien la cara—. He preferido perseguir el éxito en lugar de aceptar Su Voluntad. Inglaterra me ha recompensado espléndidamente por la ayuda que le he prestado. Eso fue lo que me

permitió comprar la residencia de Vester Fælled, pero en el fondo la mansión no es más que el fruto del pecado. Lo siento, alférez, pero a mis ojos usted es la representación del mal. Tanto los deseos de su país como sus acciones y sus ambiciones son producto del error.

—Querrá decir los actos y la codicia de los franceses —le corrigió Sharpe.

—Pienso que los franceses son tan malos como los ingleses, cuando no peores —saltó Skovgaard sin inmutarse, habiendo previsto la réplica del soldado—, pero de lo que ahora he de preocuparme es de mi alma, Sharpe. Debo poner toda mi fe en Dios Nuestro Señor…, de donde no tendría que haberla apartado todos estos meses, por cierto. Mi familia es muy piadosa, alférez, siempre lo ha sido, mientras que usted…, según creo…, no es persona devota. Me da la impresión… —Skovgaard tuvo un momento de vacilación que le ensombreció el semblante, pero después consiguió reunir ánimos y proseguir con su razonamiento—, me da la impresión, digo, de que mi hija se interesa en su persona. No me sorprende, porque la verdad es que guarda usted un asombroso parecido con Nils, pero, créame, no es el hombre adecuado para ella.

—Pero yo… —trató de mediar Sharpe.

Sin embargo, Skovgaard volvió a interrumpirlo, y esta vez con brusquedad:

—¡Cállese! —exclamó el comerciante—. Dígame, oficial, ¿se considera usted salvado por nuestro señor Jesucristo?

Sharpe, inmóvil, contempló fijamente el delgado rostro de Skovgaard. Al cabo de un tiempo, que le pareció una eternidad, exhaló un hondo suspiro:

—No.

—Entonces tiene usted que dejarnos, porque esta es una casa de fervorosos creyentes y su presencia nos incomoda.

—¿Cree que Dios podrá protegerlo de Lavisser?

—Dios es Todopoderoso, alférez, y puede hacer lo que desee. Nos defenderá de todos los males de este mundo si tal es Su Voluntad.

—Entonces será mejor que empiece a rezar, míster Skovgaard.

Le aseguro que hará usted bien en elevar desde ahora mismo sus malditas plegarias.

No había nada que hacer. Sharpe se enfundó de nuevo en su uniforme, que no obstante ocultó con el sobretodo. Puso el catalejo en un bolsillo, las guineas en el otro, se ciñó el sable en torno a la cintura, y sujetó en el cinto las magníficas armas del danés. Una vez listo, bajó a la cocina, en la que Astrid acababa de servir a Aksel Bang unas gachas de cebada.

—Parece que nos deja… O eso he oído… —soltó Bang con grandes muestras de alegría.

—¿No era eso lo que quería, Aksel?

—Sabremos arreglárnoslas sin los ingleses —replicó Bang, feliz.

—¿Le apetece desayunar, alférez? —le preguntó Astrid.

—Solo he venido a despedirme.

—Lo acompañaré hasta la puerta —dijo con decisión la joven. Se quitó el delantal, e ignorando a Bang, que la miraba como el perro a un hueso, condujo a Sharpe hasta el patio. El fusilero había creído entender que la muchacha se disponía a llevarle hasta la salida trasera del almacén, que daba a la calle Skindergade, pero sin duda se había referido a uno de los portalones de la ciudad, porque salió con él al exterior.

—No debería caminar sola por aquí fuera —le dijo Sharpe, dado que en cuanto se dijeran adiós ella tendría que regresar a la casa paterna sin escolta.

—Nadie piensa venir a por mí esta mañana —contestó como quien rechaza despreocupadamente esa inquietud, aunque no sin cierta tristeza—. Todo el mundo tiene la vista puesta en los ingleses… —añadió. Astrid pasó junto a Sharpe por delante de la catedral, que se encontraba a corta distancia del pósito—. Siento mucho que se vaya.

—Y yo también.

—Además, los niños echarán de menos a su amigo estadounidense —Astrid iluminó el diálogo con una sonrisa—. ¿Le gustan los chiquillos?

—Siempre que me los cocinen como es debido. Aborrezco que

me los sirvan fríos.

—Es usted un hombre horrible, alférez —se quejó Astrid.

—Richard…

—Eres un hombre horrible, Richard —lo requebró ella, poniéndole la mano en el codo—. ¿Cómo vas a arreglártelas para salvar las puertas de la ciudad?

—Ya me las apañaré.

Se detuvieron cerca de la puerta de Nørre. En el camino de ronda del terraplén que dominaba el túnel había un montón de gente con la cara vuelta a poniente. En los barrios periféricos de la ciudad seguían restallando los agrios acentos de los mosquetes, y de cuando en cuando parecía responderles la atronadora voz de bajo de la artillería pesada. Un constante desfile de milicianos cruzaba la puerta, y Sharpe pensó que no le resultaría difícil mezclarse con la multitud. Sin embargo, se resistía a marcharse. Miró a Astrid.

—Ten mucho cuidado —le dijo cariñosamente.

—Somos un país de gentes precavidas —le contestó ella con una hermosa sonrisa—. Cuando todo acabe… —No terminó la frase.

—Vendré a buscarte.

Astrid asintió.

—Me gusta la idea. —Le tendió la mano—. Siento que las cosas hayan salido así. ¿Piensas en mi padre…? Recuerda que no ha vivido un solo instante de felicidad desde que murió mi madre. Y en cuanto a Aksel… —Se encogió de hombros, como si no lograra encontrar una explicación para el comportamiento del capataz de Skovgaard.

Sharpe no le cogió la mano. En lugar de eso se inclinó hacia delante y la besó en la mejilla.

—Hasta pronto.

Astrid volvió a afirmar en silencio. De repente se giró y echó a correr. Sharpe quedó quieto, con la vista fija en la frágil silueta a la fuga. A los ojos de cualquiera que los estuviera observando debía de parecer simplemente uno más de los cientos de hombres obligados a decir adiós a sus novias o esposas. A unos veinte pasos del casaca verde, Astrid se volvió de nuevo y vio que él la seguía mirando,

estático. El gesto de la joven dio a entender claramente a Sharpe que tampoco ella deseaba verlo marchar, pero ¿qué otra cosa podía hacer? El alférez se acercó a paso lento a la puerta de la ciudad, aprovechando la circunstancia de que sus armas le permitían confundirse con el resto delos milicianos. Dio media vuelta por última vez para tratar de ver a Astrid, pero había desaparecido. La multitud le arrastró poco a poco y, entre empujones, terminó saliendo al otro lado del pasadizo. En el cielo que coronaba los tejados y los árboles de las barriadas de la parte occidental de la ciudad flotaba el oscuro nubarrón de la pólvora que habían estado disparando los cañones.

Una vez extramuros, Sharpe se detuvo nuevamente con la esperanza de entrever siquiera a Astrid. Se sentía confuso. Se había enamorado de una mujer a la que no conocía; o peor aún, de una muchacha de la que sabía una sola cosa: que su lealtad estaba con el enemigo. Pese a todo, no lograba convencerse de que Dinamarca fuese un adversario. Y, sin embargo, así era. En cuanto a él, no había duda: seguía siendo un soldado, y los soldados, pensó, luchan por todos aquellos que no son capaces de combatir por sí mismos, lo que significaba que debería esgrimir las armas por el pueblo de Astrid, no por sus propios compatriotas. Sin embargo, el fusilero prefirió abandonar cuanto antes aquellas reflexiones, porque lo torturaban más de cuanto alcanzaba a soportar. Volvió así al punto de partida y quedó en un estado de desconcierto duro e insuperable, del que sencillamente no veía forma de salir.

* * *

Un sargento agarró a Sharpe del brazo y le indicó que se uniera a un grupo de hombres cuyas filas parecían engrosar a ojos vista. Los milicianos comenzaban a apretujarse precipitadamente en las inmediaciones del lago que hacía las veces de foso defensivo de Copenhague. El alférez dejó que la marea humana le llevara en

volandas. Un oficial que se había encaramado a un murete soltaba en esos momentos una arenga a los aproximadamente trescientos hombres que le rodeaban. Se trataba en su mayor parte de un aluvión de jovencitos aturullados, pero también había un destacamento de marineros armados con los pesados mosquetes de la armada. Sharpe no entendía una palabra de lo que decía el mando, pero a juzgar por el tono de voz que empleaba y por los gestos que hacía, adivinó que los británicos habían ocupado una posición amenazadora al suroeste y que estaba pidiendo a esa suerte de batallón improvisado que expulsara del lugar a los invasores. Cada vez que el militar terminaba una frase, los congregados emitían un rugido de aprobación. Al cabo de un rato, la espontánea compañía comenzó a avanzar por el camino de ronda, y Sharpe entre ellos. No se esforzó lo más mínimo en zafarse de sus camaradas. No tenía más remedio que unirse al ejército británico, y aquella estratagema le acercaba indefectiblemente a su objetivo.

El oficial les hizo cruzar el foso y dejar atrás un cementerio, una iglesia y un hospital. Poco después se internaba, siempre al frente de los reclutas, en un dédalo de calles flanqueadas por casas de reciente construcción. Volvió a oírse el crujido de una nueva descarga de mosquetería, pero esta vez más cerca. Al norte bramaban los grandes cañones, cubriendo el cielo de esponjosos retazos de pólvora gris. El oficial se detuvo junto a un alto muro de ladrillo y esperó a que la desharrapada y heterogénea muchedumbre que le seguía encontrara tiempo de agruparse. Una vez reunidos, empezó a hablar en tono perentorio, y parecía evidente que, dijera lo que dijese, sus palabras conseguían enardecer a los hombres, ya que respondían a cada uno de sus apremios con un gruñido de aprobación. Uno de los presentes se volvió hacia Sharpe y le hizo una pregunta.

—Estadounidense —se excusó el alférez.

—¿Es usted norteamericano?

—Sí, marinero.

—Pues supongo que su presencia es bienvenida. ¿Entiende lo que está diciendo el capitán?

—Ni palabra…

—Los ingleses están a las puertas: se han metido en nuestro jardín trasero —dijo el desconocido señalando con un gesto de la cabeza el muro defensivo de la ciudad—. Sin embargo —añadió—, no son muchos y lograremos expulsarlos. Estamos instalando una nueva batería artillera ahí. ¿Ya has combatido en otras ocasiones? —quiso saber el hombre.

—Sí —le respondió Sharpe.

—Entonces me quedaré a tu lado. —El joven sonrió—. Me llamo Jens.

—Y yo Richard —le correspondió Sharpe. Sacó una de las pistolas y fingió comprobar si se encontraba lista para disparar. El arma no estaba cargada, y desde luego no tenía la menor intención de hacerlo.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó a Jens, que llamaba la atención tanto por su juventud como por el rostro amable de cabellos rubios, la chata nariz y los ojillos vivarachos.

Jens hizo unos molinetes con su viejo mosquete. El pie de gato estaba roñoso, la empuñadura partida y le faltaba una de las abrazaderas de metal destinadas a sujetar el cañón.

—A matar ingleses —contestó el danés, muy seguro de *sí* mismo.

—Ya, pero ¿qué haces cuando dejas la guadaña…? —trató de bromear el alférez.

—Soy un…, ¿cómo se dice…? Hago barcos.

—¡Ah! Carpintero de ribera…

—Eso, carpintero de ribera —repitió Jens—. Estábamos trabajando en la construcción de un nuevo tipo de buque de guerra, pero hemos tenido que dejarlo sin terminar. Lo primero es lo primero —aseguró en clara referencia a la movilización.

El capitán echó un vistazo al otro lado de la puerta de la ciudad y después empezó a hacer gestos para indicar a los milicianos que debían seguirle. Se apretujaron todos y, entre empujones, cruzaron la verja y se encontraron en un vasto jardín que más parecía un parque. Una serie de senderos de gravilla comunicaban con los diferentes bosquecillos que lo tachonaban aquí y allá. Sobre una

pequeña loma se elevaba también un elegante palacete de verano, rematado por gabletes, galerías y pináculos. El espacio ajardinado parecía una especie de versión refinada del de Vauxhall, en Londres. Junto a la residencia de verano montaba guardia, agazapada, una compañía de soldados regulares daneses, pero no se veían señales de soldados británicos por ninguna parte. El capitán de la milicia, que no sabía muy bien qué hacer, fue corriendo a consultar con el oficial de las tropas, dejando que sus hombres se sentaran en la hierba. Muy lejos, al norte, se veía un desflecado rastro de humo, como si un látigo hubiera herido el cielo. Debía de haberlo producido la trayectoria de los proyectiles, supuso Sharpe.

Se oyó una sofocada explosión a lo lejos.

—Aunque consigan tomar esas posiciones —dijo Jens señalando los barrios periféricos con un gesto de la mano—, nunca lograrán abrir brecha aquí, y menos aún penetrar en la ciudad.

—Pero ¿qué pasará si deciden cañonearla? —quiso saber Sharpe.

Jens frunció el ceño.

—¿Con morteros, quieres decir? —Parecía totalmente desconcertado—. ¡No se atreverán a tanto! —exclamó—. Hay mujeres en la ciudad…

El capitán de la milicia regresó a la carrera, seguido por dos hombres a caballo; un oficial de caballería y un civil. Sharpe, que seguía confundido entre el grupo de reclutas, comprendió de repente que los jinetes eran nada menos que Lavisser y Barker. Los recién llegados se encontraban apenas a unos metros del casaca verde, de modo que este tuvo que girarse para que Lavisser no se percatara de su presencia mientras arengaba a los soldados irregulares.

—Dice que tenemos que avanzar —tradujo Jens.

Con la espada desenvainada, Lavisser había ocupado el puesto que le correspondía a la cabeza del cuerpo de milicianos. Por su parte, Barker se situó al final, en la retaguardia. Sharpe se caló hasta los ojos el gran sombrero pardo y comenzó a pensar que habría hecho bien cargando las pistolas. Pero ya era demasiado tarde, puesto que la milicia caminaba a buen paso hacia el oeste, como si se dirigiera a los árboles. Sin orden ni concierto, marchaban todos

como una masa compacta, de modo que si los británicos hubieran lanzado en ese momento un cañonazo se habría producido una masacre.

—Vamos a atacarlos por un lado —quiso aclarar el bisoño compañero del inglés.

—Por el flanco, querrás decir.

—Sí, el flanco… Bueno, eso espero. Cuando todo acabe podrás hacerte con una buena pistola inglesa, ¿eh? Siempre será mejor que esa pistolita.

Lavisser los condujo al bosquecillo. Un sendero sinuoso bajaba por la ladera del altozano, y Lavisser, que evidentemente estaba muy seguro de que no había ningún contingente británico en las inmediaciones, espoleó al caballo para proseguir la marcha. Estaba claro que se estaba librando una suerte de primera escaramuza justo un poco más al norte, ya que se escuchaban fuertes descargas de mosquetería. Sin embargo, en la zona del jardín en la que se encontraban los milicianos las cosas permanecían en calma. Todos los reclutas estaban convencidos de estar describiendo un vasto arco de círculo destinado a rodear el flanco derecho de los británicos. Esto los animaba a seguir sin recelo alguno a Lavisser. Llegaron de este modo a una hermosa vaguada en la que un riachuelo venía a alimentar un estanque ornamental. Lavisser empezó a gritar a los milicianos con el evidente fin de ordenarles que se dispusieran en filas. El grupo formado por los marineros, todos ellos tocados con sombreros de paja y sumamente fáciles de distinguir por sus largas coletas, dio ejemplo a sus compañeros al formar cuatro hileras bien rectas mientras los dos sargentos de la compañía empujaban a los demás para obligarles a organizar filas, aunque fuera desmañadamente. Lavisser, cuyo corcel arrancaba pedazos de césped con los cascos, aullaba en un paroxismo de emoción.

—Dice que los enemigos son poco numerosos —aclaró Jens.

—¿Y cómo demonios lo sabe? —se preguntó Sharpe en voz alta.

—Porque es un oficial como Dios manda, evidentemente —respondió Jens, con inquebrantable seguridad en sí mismo.

Lavisser no había dirigido la vista hacia Sharpe, y Barker

continuaba a la zaga de la columna de trescientos hombres que ahora comenzaban a abandonar ya la falda de poniente de la colina, donde los árboles rompieron inmediatamente su cohesión. El sonido de la mosquetería venía de la derecha de Sharpe, pero ahora solo se oían disparos de manera esporádica. A lo mejor hasta existía la posibilidad de que ese medio batallón improvisado de entusiasmados e inexpertos novatos sin organización alguna lograra tomar por el flanco a los británicos, que sin duda también estaban efectuando su propia maniobra de aproximación. Sin embargo, Sharpe se sintió muy aliviado al ver que se le colocaba en las filas más retrasadas y en el ala izquierda de la formación, simultáneamente lejos de Lavisser y del fragor de la batalla. Trataba de cargar la pistola sin perder el paso, y de hecho se preguntaba si no podría acabar por presentársele la ocasión de atrapar a Lavisser y de llevarle atado de pies y manos hasta las líneas inglesas.

En ese momento estalló el estampido de un disparo de mosquete justo delante de él. Los daneses seguían metidos entre los árboles, pero frente a ellos, a un centenar de pasos, había terreno descubierto. Sharpe percibió el hilillo de humo del mosquete al borde de ese espacio iluminado por el sol, y prácticamente al mismo tiempo se escuchó una nueva descarga de mosquetería. Lavisser clavó espuelas a su montura y la torpe masa de hombres se lanzó tras él, a la carrera.

Sharpe salió a toda prisa, echándose mucho a la izquierda. Ahora ya alcanzaba a divisar a los primeros casacas rojas, pero la verdad es que solo había un puñado de ingleses. Supuso que en la linde del bosque se hallaba apostada una línea de hostigadores, a sabiendas de que el resto del batallón no debía de andar muy lejos. Los daneses gritaban con gran vehemencia, y en ese preciso instante consiguió distinguir con claridad a uno de los soldados de uniforme escarlata, hasta el punto de discernir sin dificultad sus charreteras. «Así que se trata de una compañía de la artillería ligera», pensó. Eso implicaba que las otras nueve compañías tenían que encontrarse por los alrededores, en perfecta formación y listos para disparar. Los daneses, totalmente inconscientes de lo que les esperaba, solo

alcanzaron a observar el repliegue de los escaramuzadores ingleses, y confundieron ese movimiento con la confirmación de una victoria. Lavisser debía de haber caído en el mismo error, puesto que no cesaba de ladrar órdenes como si se encontrara en un coto de caza y esgrimía constantemente el sable, haciendo ver que estaba a punto de asestar un golpe fatal a un fugitivo.

La táctica de la compañía de artillería ligera de los casacas rojas consistía en disparar y retirarse. Un hombre hincaba la rodilla en tierra, apuntaba y apretaba el gatillo mientras su compañero recargaba a toda prisa el arma, después el orden se invertía y el que acababa de vaciar la recámara retrasaba unos cuantos pasos su posición, dejando que fuese ahora su camarada quien le cubriera el tiempo necesario para sacar la baqueta y volver a tener el mosquete listo. Uno de los daneses se retorcía de dolor tendido en el suelo, otro se apoyaba como podía en un árbol y miraba espantado la sangre que manaba a borbotones de la herida que acababa de sufrir en el muslo. Los demás milicianos de su grupo disparaban los mosquetes a la carrera, sin conseguir más que estrellar las balas, sin ton ni son, en las copas de los árboles. De delante de la zona de combate llegó el penetrante sonido de un silbato. Era la señal para que los hostigadores se reincorporaran a las otras nueve compañías del batallón británico. Lavisser debía de haber visto esas compañías, ya que torció bridas con tal violencia que el caballo revolvió los ojos y se puso a escarbar con las pezuñas en el mantillo de hojarasca. Se lo vio chillar frenéticamente a sus hombres en un último intento de lograr que se detuvieran en el límite del bosquecillo y dispararan con los mosquetes bien horizontales.

Fue entonces cuando se produjo la descarga de la artillería británica.

El batallón había aguardado a que los daneses se vieran en la linde del bosque, y una vez comprobaron que se hallaban en la posición deseada las nueve compañías descerrajaron la pólvora en completa sincronía. Las balas astillaron la corteza, desgarraron las hojas, se hundieron con siniestro y sordo impacto en la carne de los hombres, tirándolos al suelo, y martillearon las culatas de los

mosquetes. El propio Lavisser salió ileso de milagro.

—¡¡Fuego!! —bramaba en inglés, olvidándose por un instante del personaje que representaba—. ¡¡Fuego!!

La mayoría de los daneses se desentendían de sus órdenes. Seguían pensando que el triunfo les pertenecía, así que corrieron alocadamente y se adentraron todavía más en la zona de campo abierto, descubriendo una vez en ella que justo al frente había una hilera entera de soldados de uniforme rojo ocultos en una trinchera, apenas a cincuenta metros. En ese preciso instante la fila entera se afanaba en recargar los mosquetes. Los escobillones giraban en el aire y bajaban a toda prisa por el ánima de la artillería, rascando ásperamente el metal. En la hierba parpadeaban las diminutas llamitas de la estopa con la que se compactaba la carga de los mosquetes británicos. Un oficial de uniforme encamado, con el bicornio costal calado hasta los ojos, cabalgaba con la espalda muy tiesa tras las líneas inglesas. Sharpe observó que las tropas de Su Majestad se llevaban el mosquete al hombro. Los milicianos empezaron a comprender al fin que el lío en el que se habían metido les ponía en una situación muy apurada, así que los que todavía tenían las armas cargadas apuntaron al enemigo. Otros, que seguían en desenfrenada carrera, se vieron de pronto aislados y empezaron a titubear. Para entonces, la carga de Lavisser se había convertido ya en un verdadero caos, y eso que los británicos todavía no habían descerrajado su segunda descarga.

—¡Pelotón…! ¡Fuego! —Sharpe, que había entendido con perfecta claridad la orden del inglés, agarró a Jens por el hombro y lo obligó a echar cuerpo a tierra.

—¡Qué haces! —protestó el soldado.

—¡Baja la cabezota! —rugió el alférez.

Inmediatamente después detonaban violentamente las armas del primer pelotón, seguidas sin solución de continuidad por las del segundo. Tras el ruido ensordecedor, el acre humo gris comenzó a rodar suavemente, alejándose del frente del batallón, mientras las balas trituraban a la desorganizada milicia. Sharpe hundió el rostro entre la hierba y escuchó con toda atención la endiablada cadencia

de las andanadas, que escupían, una tras otra, cincuenta proyectiles sobre los aturullados daneses. Era la primera vez que el alférez se veía al otro lado de la línea de artilleros, obligado a encajar el fuego graneado de sus compatriotas, y desde luego se sintió sacudido por un estremecimiento. Jens disparó su mosquete, pero al hacerlo cerró los ojos, de modo que la bala debió de pasar tres metros más arriba de los casacas rojas.

Jens se arrodilló para recargar, pero justo en ese momento surgió otro regimiento británico de entre los árboles de su derecha. Sus mosquetes vomitaron una andanada unánime que astilló el aire con un crujido siniestro, como si se hubieran chascado las mismísimas puertas del infierno. Una de las balas arrancó el mosquete de las manos a Jens e hizo pedazos la culata. Después, el nuevo batallón comenzó a encadenar los tiros como una máquina bien engrasada, en implacable alternancia de pelotones de disparo y recarga, con lo que los daneses no tuvieron más remedio que encogerse, aterrados por la constante tralla de aquel látigo de hierro. Sharpe gateó como pudo hacia la retaguardia, sin dejar en ningún momento de arrastrarse por el suelo, a fin de alejarse del fuego cruzado a que le estaban sometiendo los dos batallones. Buscó a Barker, pero el sicario de Lavisser se había esfumado, pese a que su amo se dejara ver más de la cuenta. El renegado capitán de la guardia galopaba de un lado a otro tras las líneas de la milicia desgarrada, aullando órdenes a bocajarro y disparando sobre los ingleses. Descargó sus dos pistolas a la nube de humo que envolvía al batallón de casacas rojas que tenía más próximo. Después, Sharpe vio que el caballo de Lavisser hurtaba la grupa y comenzaba a derrapar, dando tumbos, ya que una bala había venido a incrustársele en los cuartos traseros. El animal intentó por todos los medios mantenerse en pie, pero un nuevo enjambre de proyectiles rasgó su lustroso pelaje, moteándolo de rojo, así que la desdichada cabalgadura se desfondó sobre las ancas al tiempo que Lavisser se zafaba como podía de los estribos. Una última posta lanzó la cabeza del corcel a un lado, levantando una bruma de sangre. Lavisser se las arregló para saltar a un costado y no quedar atrapado bajo el corpachón de su agonizante montura,

pero se echó inmediatamente al suelo, logrando *in extremis* que la nube de plomo le pasara silbando por encima de la cabeza. Sharpe siguió culebreando a ras de suelo hasta alcanzar una pequeña hondonada desde la que echó a correr en dirección a los árboles. Se pondría a cubierto, esperaría a que acabara la refriega y se uniría a los casacas rojas.

Jens había seguido a Sharpe. El carpintero naval parecía estupefacto, y se agachaba, acobardado, con cada nueva descarga.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Nada… Que son soldados de verdad —le contestó agriamente Sharpe.

Desde su posición podía ver a los marineros daneses, que trataban de formar una fila capaz de responder al fuego enemigo, pero el segundo batallón británico, que había avanzado diez pasos, tenía a uno de sus pelotones vaciando ya las armas sobre el flanco de los hombres de mar, que tuvieron que echarse al suelo como quien trata de guarecerse de un turbión. Uno de los nórdicos respondió a los disparos, pero había olvidado la baqueta en el cañón del mosquete y Sharpe la vio salir dando vueltas por la hierba. Un herido se esforzaba en regresar penosamente a las unidades danesas, arrastrando la pierna, destrozada. Dos batallones de regulares británicos estaban dando una despiadada lección de pericia militar a una indisciplinada amalgama de aprendices. Los casacas rojas conseguían que la acción pareciera sencilla, pero Sharpe era perfectamente consciente del sinfín de horas de instrucción que habían necesitado para alcanzar ese grado de eficiencia.

En ese momento, Jens dio un fuerte empujón a Sharpe para obligarlo a apartarse.

—¿Qué demonios…? —empezó a decir el inglés, pero entonces oyó el disparo de una pistola, muy cerca, y un instante después la bala se estrellaba en el tronco del árbol que estaba junto al alférez. Sharpe se giró y se encontró frente a Barker, que se había apostado a caballo a sus espaldas. Sharpe alzó la pistola y apretó el gatillo, pero el arma permaneció muda. Seguía sin cargar. La tiró al suelo, extrajo velozmente el sable de su vaina y corrió hacia Barker, que volvió

grupas y salió al galope colina abajo. El gigantón agachó la cabeza para esquivar las ramas bajas de los árboles, pero de repente tiró con fuerza de las riendas e hizo dar media vuelta al animal. Sharpe comprendió que tenía una segunda pistola. Se echó a un lado, esperando oír el estallido de la pólvora, pero Barker se contuvo.

Sharpe se agazapó entre unos arbustos. Enfundó nuevamente el sable y sacó la otra arma. Recargarla iba a llevarle un buen rato, dado que el manejo del frasco de la pólvora, con su pequeño recipiente medidor, no era cosa sencilla. Sin embargo, empezó la maniobra, por si acaso. Barker no andaba lejos. Sharpe se arriesgó a echar un vistazo rápido. Allí estaba el caballo, pero ni rastro del jinete. Eso significaba que Barker permanecía al acecho en algún lado. «¡Muévete!», pensó. «¡Y hazlo ya, porque Barker sabe dónde te escondes…!». Dicho y hecho: metió el pomo del fulminante en el bolsillo y salió a toda velocidad hacia un claro, zigzagueó entre los árboles, y, dando un brinco, rodó, medio escurriéndose, por una empinada pendiente hasta aterrizar tras unos árboles de laurel. Oyó los pasos de Barker, que se asomaba a la fuerte caída, pero el alférez calculó que había conseguido tiempo suficiente para cebar el arma. Sobre su cabeza, las descargas de la mosquetería británica estremecían el cielo. Algunos tiros no llegaban a hacer blanco en los daneses y azotaban los árboles que bordeaban la arista alta de la cuesta.

Sharpe echó una medida de pólvora en la pistola y escupió la bala en la boca del rifle. En ese momento, oyó un fuerte ruido de pisadas, y al levantar la vista vio que Barker bajaba la cuesta a toda prisa dispuesto a abalanzarse sobre él. El hombrón había descubierto a Sharpe oculto entre los laureles y quería verse las caras con él. La pistola del casaca verde seguía sin munición en la recámara, pero Barker no tenía forma de saberlo, así que Sharpe se puso en pie, apuntó cuidadosamente el arma y sonrió.

El esbirro de Lavisser mordió el anzuelo, alzó a su vez el cañón de la pistola y precipitó el disparo. La bala pasó con un silbido a dos dedos del alférez, que en ese momento sujetaba ya el pistolón bajo el brazo izquierdo para abrir la tapa corrediza que permitía dejar caer

un hilillo de pólvora en el medidor del frasquito dispensador. Barker se dio cuenta de lo que estaba haciendo su adversario y desnudó la espada. El casaca verde, consciente de que no tenía tiempo para cargar la pistola, dejó caer la artillería y el polvorín. También él hizo brillar el acero.

—¿Crees que puedes vencerme a espada, Barker?

El interpelado fustigó varias veces el aire con la espada. Era un florete muy delgado, uno de los que Lavisser había usado en otra época, y a Barker parecía contrariarle la gran flexibilidad de la hoja. Sabía hacer buen uso de la pistola, le gustaban los puñales, y era extremadamente peligroso con un garrote o una maza, pero las espadas siempre le habían parecido armas endebles.

—Nunca he sabido manejar estas mierdas —aseguró. Sharpe se quedó mirándolo con cara de sorpresa. No sabía si le había entendido bien. Barker reventó las hojas y las ramas del laurel con el filo del espadín y después lanzó una mirada hosca a Sharpe—. ¿Has estado todo este tiempo en la ciudad?

—Así es.

—Él pensaba que te habías largado…

—Será que no me ha buscado bien —replicó el alférez—, porque la verdad es que no me he escondido.

—Ha estado muy ocupado —soltó Barker a modo de explicación—. ¿Y ahora qué? ¿Tenías idea de reincorporarte al ejército…?

—Tal cual.

—Pues entonces lárgate… —propuso Barker indicando con un brusco movimiento de cabeza el vértice de la colina. Sharpe, atónito, dejó caer la punta del sable.

—Ven conmigo, si te atreves… —respondió.

Barker pareció ofenderse ante la sarcástica invitación.

—Yo sí que no me voy a largar —contestó.

—¿Y entonces por qué no acabas conmigo? —escupió Sharpe, intrigado.

Barker miró despreciativamente el sable.

—No con esto, desde luego —contestó el coloso—. No se me

dan nada bien las puñeteras espadas. Nunca he conseguido dominarlas. ¿Qué te parece? Ya me imagino que quieres ensartarme, ¿a qué sí? Pero no creas que tiene demasiado sentido en este caso… Aunque no te tengo miedo —añadió Barker con grave seriedad—. No pienses ni por un instante que me tiemblan las rodillas. Si vuelvo a verte en la ciudad me encargaré de ti. Sin embargo, no soy ningún jodido caballero. Lucho únicamente cuando sé que llevo las de ganar. —El perdonavidas dio un paso atrás y volvió a levantar airadamente la cabeza hacia lo alto de la loma—. Lo dicho, alférez: ¡lárgate! —repitió.

Sharpe retrocedió unos pasos, preparándose para aceptar la inesperada tregua, pero justo en ese momento una voz que salía de entre los árboles gritó el nombre de Barker desde lo alto. Era Lavisser. El matasiete lanzó una dura mirada de advertencia a Sharpe. La voz volvió a llamar:

—¡Barker!

—¡Aquí abajo, señor! —berreó a su vez el aludido, y volvió a mirar significativamente al casaca verde—. Él sí que tiene una pistola, oficial.

Sharpe no se inmutó. Había visto a Lavisser vaciar sus dos pistolas y consideraba muy dudoso que hubiera tenido tiempo de recargar alguna. Existía una posibilidad, pensó, una pequeñísima posibilidad, de retener a Lavisser hasta la llegada de los casacas rojas.

Los británicos no tardarían en presentarse, ya que en lo alto de la loma los daneses morían a mansalva. Solo los marineros se mostraban lo suficientemente disciplinados como para atender a la recarga de su artillería, pero también ellos habían tenido el buen sentido de iniciar la retirada. En ese mismo instante estaban recogiendo a los heridos y arrastrándolos a los bosques. Uno a uno, el resto de los milicianos intentaban seguir sus pasos. El furioso tiroteo del pelotón, que amenazaba con perforar los tímpanos de todos los presentes, levantaba una espesa y fétida humareda que cubría ya toda la ensangrentada pradera en la que ardían las diminutas fogatas de la guata usada para prensar el proyectil en la

recámara de los mosquetes. Uno de los dos sargentos daneses intentó arengar a los hombres, acoquinados bajo la incesante lluvia de plomo, pero una bala le quebró de pronto la garganta. Dio una especie de cabriola y comenzó a agitar los pies sin moverse del sitio mientras la sangre le manaba a chorros del gaznate. Cuando comenzó a derrumbarse, muy lentamente, todavía seguía agitándose. Finalmente se vino abajo y el mosquete resbaló sobre la hierba. Los cadáveres se estremecían bajo el aguijoneo de las balas.

—¡¡No disparen!! —bramó una voz.

—¡¡Alto el fuego!! —repitió otra más allá.

—¡Calen bayonetas!

—¡Adelante escaramuzadores…!

Lavisser, que había encontrado el caballo que Barker dejara suelto y descendido la colina montado en él, se encontró cara a cara con Sharpe y su criado. El renegado esbozó una cara de auténtica sorpresa antes de esgrimir su apabullante sonrisa.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Richard? —Una jovialidad extrañamente risueña vibraba en sus palabras.

—He venido a hacerle una visita… —respondió sarcásticamente el aludido.

Lavisser levantó la vista para inspeccionar la parte alta del otero. Los últimos restos de su compañía huían a la carrera, lo que significaba que los británicos debían de hallarse ya muy próximos a la arboleda, pero el timbre de su voz no dejó traslucir la más mínima inquietud.

—¡Malditos milicianos! Aunque hay que admitir que los casacas rojas son buenos soldados. ¿Qué tal te encuentras, Richard?

—Ha empezado a estudiar usted para dentista, ¿no es eso? —se burló Sharpe—. Ha comprobado que de soldado no merece ni el nombre y se ha metido a sacamuelas, ¿verdad?

—Vamos, Richard… —suspiró el renegado con acento contrito —. Deberías dejar los chistecitos para las gentes con ingenio, ¿no te parece?

El alférez alzó el sable al observar que Barker iniciaba un movimiento, pero el fornido individuo solo pretendía interponerse

entre él y su jefe.

—No lucha usted en favor de Dinamarca —espetó el casaca verde a Lavisser—, sino a mayor gloria de los franceses.

—Viene a ser lo mismo, Richard —dijo regocijadamente el antiguo guardia. Sacó despacio una pistola y acto seguido un cartucho ya preparado de una bolsa—. Dinamarca es un país pequeño —explicó Lavisser una vez que hubo abierto el cartucho con los dientes—, y estaba cantado que su destino era acabar ultrajada por unos o por otros… Qué más da que sean los franceses o los ingleses. Gran Bretaña ha sido la primera en servirse, pero todo lo que va a conseguir es que los daneses se echen en brazos de Francia, y si quieres que te diga la verdad, Richard, no me da la impresión de que el emperador esté dispuesto a dejar que el bobo de Federico siga ejerciendo de príncipe heredero. No, de ninguna manera… Preferirá dar con algún joven de espléndido y vigoroso porte capaz de gobernar en su nombre esta región septentrional. —Sin dejar de discursear, Lavisser frunció imperceptiblemente los párpados para verter la pólvora en la boca del cañón. Barker avanzó un paso más en dirección a Sharpe, y este hizo silbar el aire con una rápida batida del acero a fin de obligar al hercúleo secuaz de Lavisser a retroceder—. No te preocupes, Barker… —indicó el traidor—, yo me encargo del alférez.

—Le he dicho que puede marcharse —comentó Barker—. Ha permanecido todo este tiempo en la ciudad, señor, pero ya estaba a punto de largarse.

Lavisser enarcó las cejas, perplejo.

—¡Vaya…! Muy generoso de tu parte, Barker. —Dedicó una larga y escrutadora mirada a Sharpe—. La verdad es que no quiero matarte, Richard. Me caes bastante bien, para serte sincero. ¿Te sorprende? Bueno, supongo que ya no tiene importancia, ¿no crees? Lo fundamental es que míster Skovgaard se encuentra ahora mismo sin protección. ¿Llamarías a eso una suposición excesivamente aventurada?

—Puede suponer usted lo que le dé la gana —dijo despreciativamente Sharpe.

—¡Cuánta amabilidad, Richard, cuánta amabilidad! —Lavisser embutió la bala en el cañón hasta asentarla bien en la estopa y apretujarlo todo contra la chimenea del arma—. Un hombre insulso hasta la náusea, nuestro Skovgaard, ¿no opinas lo mismo? Pertenece exactamente al tipo de personas que más detesto, en serio. Es tan honesto…, tan trabajador…, tan jodidamente devoto… Su conducta me resulta insultante. —El comandante levantó el rastrillo del arma para colocar el cebo—. Pero la hija es una monada, no cabe duda.

Sharpe lo mandó a tomar vientos. Lavisser soltó una carcajada. En ese momento se oyó un griterío en lo alto, y se giró. Una columna de hostigadores había hecho acto de presencia entre los árboles. Era la oportunidad que Sharpe estaba esperando.

—¡Aquí abajo! —aulló—. ¡Aquí abajo…! ¡Rápido!

Resonó el estallido de un mosquete, y la bala pulverizó las hojas de las ramas que ocultaban parcialmente a Lavisser. Varios hombres bajaban a toda velocidad, y como aún no había terminado de cargar la pistola, el renegado se limitó a torcer la brida para obligar al caballo a dar media vuelta.

—*Au revoir*! —exclamó gentilmente.

Lavisser y su lacayo pusieron pies en polvorosa. Sharpe se lanzó en su persecución, pero en ese mismo instante una docena de proyectiles acribilló los laureles y tuvo que echar cuerpo a tierra. Barker y el comandante se habían esfumado.

El alférez se quitó el sobretodo gris para dejar bien a la vista el uniforme de fusilero y recogió la pistola que poco antes había tirado al suelo. Un alud de casacas rojas descendía por la pendiente. El cuello de sus chaquetas era de color azul. Se trataba por tanto de carabineros galeses. Llevaban la bayoneta calada en los mosquetes y formaron un abanico de aguzadas puntas en torno a Sharpe. Entonces, un sargento se percató del uniforme del alférez y bajó con la mano el arma del soldado que tenía más cerca. Era un hombre de corta estatura, rostro ancho y los ojos dilatados por la incredulidad de verse tan inesperadamente ante un casaca verde.

—¡Dime que no estoy borracho, Harry! —soltó con voz tenante a uno de los soldados rasos.

—No más que de costumbre, sargento —fue la respuesta.

—¡Parece un fusilero! ¿O es que ya no sé lo que me digo?

Sharpe envainó el sable.

—Buenos días, sargento.

—¡Señor…! —El galés amagó un giro crispado como remedo de la posición de firmes—. Espero que no le parezca una pregunta jodidamente inoportuna, señor, pero ¿qué demonios están haciendo aquí los malditos fusileros?

—Me he perdido, sargento.

Un capitán corría hacia la hondonada en compañía de un grupo de hombres que habían cogido prisionero a Jens.

—¿Qué diablos está pasando aquí, sargento Davies?

—Hemos encontrado a un fusilero extraviado, señor —contestó el suboficial.

—Alférez Sharpe presentándose al servicio, señor —se identificó el aludido—. No sabrá usted por casualidad dónde se encuentra sir David Baird, ¿verdad?

—¿Sir David…? —repitió a medias el recién llegado.

—Me está esperando —mintió Sharpe—. Y ese hombre viene conmigo —agregó, señalando oblicuamente a Jens—. Hemos estado haciendo labores de reconocimiento en la ciudad. ¿Bonita mañana, no cree? —El alférez empezó a ascender por la ladera, seguido de cerca por el capitán.

—¿Ha estado usted en Copenhague? —quiso saber el mando de los carabineros.

—No está nada mal, no crea… —replicó el casaca verde—. Pero en las iglesias no cabe un alfiler. Será mejor que rece para que Dios no tome partido en esta guerra, capitán, porque desde luego hay un sinfín de daneses dispuestos a darle la tabarra. —Sharpe dedicó una amplia sonrisa a Jens—. ¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí —replicó este, lógicamente sumido en la más absoluta de las perplejidades.

—¿Se encontraba usted entre los daneses? —intervino el capitán.

—No eran más que milicianos —explicó el fusilero—, pero en la

siguiente colina les aguardaba una compañía de tropas de verdad. Aunque sin artillería. —Sharpe superó al fin la cima del altozano, horrendamente cubierto de cadáveres. Los miembros de la banda de músicos de la unidad de carabineros galeses atendían a los daneses heridos y, entre el humo, que ya empezaba a disiparse, se percibía la derrotada silueta de unos cuantos prisioneros—. ¿Podría usted averiguar dónde se encuentra sir David? —preguntó Sharpe al capitán.

—Está con la brigada, imagino. Por allí —dijo, señalando al otro lado de la trinchera defensiva—. La última vez que lo vi se encontraba junto a unos invernaderos.

—¿Me acompañas, Jens? —comentó Sharpe con un tono de despreocupación que estaba lejos de reflejar sus verdaderos sentimientos. Y es que había llegado la hora de hacer frente a las circunstancias. Y de confesar que había fracasado.

CAPÍTULO VII

Sharpe se alejó con Jens del escenario de la terrible carnicería. En cuanto hubieron superado la trinchera y quedaron fuera del campo visual de los batallones de casacas rojas, el alférez señaló con un gesto la posición de la ciudad.

—Dirígete hacia ese terreno bajo —comenzó a decir el inglés antes de indicarle a Jens la mejor manera de sortear el flanco de los carabineros sin ser detectado—. Después todo lo que tienes que hacer es seguir recto.

Jens frunció el ceño.

—¿No eres estadounidense…?

—No.

Jens parecía resistirse a la idea de marcharse.

—¿Sabías lo que iba a suceder aquí?

—No… pero tampoco había que ser adivino, ¿no te parece? Como ya te he dicho, chaval, os encontráis frente a un ejército de verdad. Tienen instrucción específica para este tipo de choques. —Sharpe cogió la pistola que aún llevaba sujeta al cinto—. ¿Sabes dónde está la plaza de Ulfedt?

—Desde luego.

—Busca a un hombre llamado Skovgaard. Dale esta pistola. Y ahora apresúrate, tienes que largarte antes de que los británicos se adueñen del resto de la zona ajardinada. No te alejes de esos árboles de poca altura y después sigue recto hasta la puerta de la ciudad. ¿Comprendido?

—¿Eres inglés?

—Sí, soy inglés. —Sharpe puso enérgicamente el arma vacía en la mano de Jens—. Gracias por salvarme la vida. Y ahora vete. ¡Deprisa!

Jens miró a Sharpe con expresión atónita y echó a correr. Sharpe observó su avance hasta comprobar que el danés conseguía ocultarse en la arboleda, y, acto seguido, se echó el sobretodo por los hombros y partió a buen paso. «He fracasado», pensó. «He fracasado miserablemente».

Se encaramó a una loma de escasa altura. La trinchera recién excavada desde la que habían estado disparando los carabineros su fuego graneado era a todas luces el inicio de una fortificación menor emprendida por los daneses. Y quedaba igualmente claro que los casacas rojas se habían apoderado de ella antes de que las milicias del príncipe heredero hubieran podido levantar a su alrededor un muro de protección o instalado una sola pieza de artillería. Y ahora los ingenieros militares británicos, que dominaban la cima de la colina, examinaban con sus catalejos los muros de la capital. Era evidente que estaban pensando que el cerro podía constituir un emplazamiento inmejorable para sus baterías. Por un lado, se veía todo el flanco marítimo que se abre al sur de Copenhague, y por otro, en la vertiente norte de la loma, se apreciaba que, metido en un ramblazo, un jardinero se afanaba en trasladar con todo cuidado una serie de plantas a un invernadero. Más allá del barranco, el terreno se elevaba hasta formar una cresta de escasa altura desde la que un grupo de oficiales británicos a caballo vigilaba el avance de otro batallón que estaba a punto de penetrar en el bosque. Una espesa humareda manchaba el aire a levante. Los daneses, que abandonaban los barrios más próximos a la ciudad, habían prendido fuego a las casas, probablemente para que los ingleses no pudieran utilizarlas como posiciones avanzadas. Más al norte, fuera del campo de visión de los invasores, se percibían los gruñidos de una o más unidades de artillería pesada, ya que el aire se estremecía al ritmo de potentes estampidos y el cielo se cubría de estrías y sedimentos de pólvora.

Un mosquete había herido en la mano izquierda al general de

división sir David Baird, por cuyo cuello resbalaba también el reguerillo de sangre de otra bala, —que en este caso le había arañado la nuca—. Pese a todo, el alto oficial se sentía lleno de energía y en plena forma. Había conducido una brigada al interior de los jardines de la ciudadela de Copenhague, expulsado a un puñado de regulares daneses, aplastado a un grupo de valientes estúpidos de la milicia, y ahora observaba las evoluciones de sus hombres, enfrascados en la labor de consolidar las posiciones que ocupaban al sur de la plaza, ya que, una vez sometidas a su control, Copenhague quedaría definitivamente aislada del resto de Selandia. El capitán Gordon, su sobrino y edecán, había perdido el resuello tratando inútilmente de convencer al general de que no debía exponerse a peligros innecesarios, pero la verdad es que Baird se lo estaba pasando en grande. De hecho, le habría gustado proseguir el avance, llegar hasta las viviendas de la periferia occidental de la población, cruzar los lagos, y acceder al casco mismo de la ciudad.

—Podríamos apoderarnos de la flota esta misma noche —aseguraba.

Lord Pumphrey, el ayuda de cámara que le había enviado el Ministerio de Asuntos Exteriores, se había mostrado alarmado ante los belicosos ímpetus del general, pero el capitán Gordon había sabido esforzarse al máximo y refrenar un tanto a sir David.

—Dudo que lord Cathcart quiera lanzar prematuramente el asalto, señor —le había hecho saber el legado ministerial.

—Eso es porque Cathcart no es más que una puta vieja friolera —había estallado Baird. Cathcart era el general en jefe del ejército británico—. Una maldita y achacosa anciana… —repitió Baird mientras miraba con mala cara a lord Pumphrey, que trataba de atraer su atención por todos los medios—. ¿Qué narices quiere…? —refunfuñó sir David antes de percatarse de que su señoría estaba señalando un punto concreto: un oficial de fusileros acababa de rebasar el invernadero y se acercaba a grandes pasos por el camino.

—Es el alférez Sharpe, sir David —concretó Pumphrey.

—¡Santo cielo! —Baird se quedó mirando fijamente al oficial, que ya se encontraba a pocos metros de distancia—. ¡Por todos los

santos! ¿Gordon? Entiéndase con él. —El general, que no quería verse mezclado en ningún fracaso, espoleó el caballo y no se detuvo hasta llegar a un punto más alejado de la escueta elevación del terreno.

Gordon desmontó y se acercó a pie a Sharpe, acompañado por lord Pumphrey.

—Yo diría que ha conseguido usted huir de la ciudad…, ¿no es cierto? —dijo Gordon a modo de saludo.

—En efecto, aquí estoy, como puede ver —respondió Sharpe con un deje de ironía.

Gordon percibió la amargura de su interlocutor. Condujo a Sharpe a la parte trasera del semillero, donde el ordenanza del general mantenía viva una fogata en la que había puesto a hervir una tetera.

—Ya nos hemos enterado de la traición de Lavisser —dijo con amabilidad—. Lo hemos leído en el *Berlingske Tidende*.

—Con repugnante insidia, el diario venía a tildarlo a usted de asesino… —añadió lord Pumphrey sin poder reprimir un escalofrío —. Ha tenido que ser extremadamente alarmante para usted. Como es obvio, enviamos una carta a su Alteza Real negando tajantemente esas afirmaciones, ya puede suponerlo…

—Todo este asunto es muy preocupante —remató Gordon—, y siento muchísimo que se haya visto usted envuelto en este embrollo, Sharpe. Pero ¿cómo podíamos saber el cariz que iban a adoptar los acontecimientos?

—Y siguen sin saber nada de nada… —repuso con rabia contenida el casaca verde.

—¿Es eso cierto? —se interesó cortésmente Gordon. Hizo una pausa para servir unas tazas de té—. De lo que nos enteramos al día siguiente de su partida, alférez —Gordon dejó un momento lo que estaba haciendo y se dio la vuelta para mirar a Sharpe—, es de que el capitán Lavisser, además de hallarse endeudado hasta las cejas, se enfrentaba a una acusación por incumplimiento de promesa… De promesa matrimonial, evidentemente. La mujer afirma que ya se había fijado la fecha de la ceremonia. Y personalmente sospecho que

también estaba embarazada. Resulta obvio que Lavisser deseaba ansiosamente huir del país, pero desde luego fue lo suficientemente astuto como para convencer al Tesoro de que le financiara la fuga.

—La cartera de Exteriores ya advirtió en su momento dé que la idea era improcedente —terció lord Pumphrey.

—Y sin duda nos lo recordará usted con tanta frecuencia como juzgue necesario —le replicó Gordon encogiéndose de hombros—. Lo siento, Sharpe. De haberlo sabido, jamás habríamos permitido que ese renegado abandonara el país.

—Pues hay cosas peores… —intentó explicar Sharpe.

—¡Ah, el té! —exclamó Gordon con deleite—. La más tierna y suave caricia de la madre naturaleza… No, esperen…, eso es más bien lo que se dice del sueño, ¿no? Bueno, da igual. El té es el segundo don más grato de la Providencia. —La concurrencia no parecía demasiado interesada en su panegírico, pero el sobrino de Baird remató la perorata con un «¡Muchas gracias Boswell…!» dirigido al ordenanza, que en ese mismo momento le tendía un tazón de estaño. El entusiasmado Gordon lo cogió y se lo pasó a Sharpe.

Lord Pumphrey declinó la infusión que le ofrecían. Su señoría seguía pareciendo desubicada y ajena a aquel círculo militar, pese a que no luciera ya el lunar artificial de su primer contacto con Sharpe y se hubiese desprendido del abrigo plateado adornado con encajes blancos para adoptar un sencillo sobretodo marrón. Tomó un pellizco de rapé, lo aspiró por la nariz y se estremeció visiblemente, quizá *menos* por efecto del tabaco que por haber visto que se bajaba a un prisionero danés de la colina. El hombre tenía el cuero cabelludo ensangrentado a causa de una herida. Dos carabineros intentaban sujetarle mientras le vendaban la cabeza, pero el preso no paraba de sacudirse con todas sus fuerzas en un desesperado intento de liberarse, aunque cuando al fin lo logró solo pudo dar unos cuantos pasos enrabietados que apenas le permitieron alejarse unos pocos metros, y aun así a trompicones.

—Díganos entonces qué es lo que aún no sabemos —pidió lord Pumphrey, volviendo la espalda al enemigo herido.

Sharpe refirió así que Barker había tratado de liquidarle; que había acudido a Skovgaard; que este le había delatado y puesto a disposición de Lavisser; que el capitán se había presentado sigilosamente en la casa del negociante acompañado por unos franceses, y que, en esa misma residencia, situada a poca distancia al norte, había tenido lugar una refriega. También les habló de madame Visser, de los tres hombres muertos, de las encías ensangrentadas de Skovgaard, de la desagradable imagen de los dientes arrancados en el escritorio.

—Lavisser trabaja para los franceses —concluyó Sharpe—. Es un maldito traidor.

Lord Pumphrey se tomó la noticia con una calma sorprendente. Permaneció unos instantes en silencio, escuchando absorto los atronadores estampidos de la artillería que operaba al norte.

—Lanchas cañoneras —dijo al fin con sombría desolación—. El estamento militar nunca dejará de asombrarme… Manejan unos presupuestos que no paran de crecer de año en año, y sin embargo su armamento anda siempre cojo. Resulta que las cañoneras de los daneses son bastante mejores que las nuestras, ya que, pese a tener menor calado y llevar armamento más pesado, obtienen unos resultados muy poco satisfactorios. —Mientras se hacía estas reflexiones, Pumphrey volvió a observar al danés herido, que ahora se hallaba tendido en el suelo, reducido al fin por los carabineros. Con su habitual delicadeza, lord Pumphrey se alejó unos pasos del hombre capturado para no oír sus lamentos—. O sea que el capitán Lavisser sigue en la ciudad, dice usted… —dijo buscando la confirmación de Sharpe.

—Se encontraba en estos mismos jardines hace apenas un minuto —contestó Sharpe con amargura—. El muy cabronazo me decía que Bonaparte va a tener necesidad de un nuevo gobernante en Dinamarca, y que ese puesto le iría como anillo al dedo a un hombre como él. Sin embargo, la última vez que lo vi, el muy hijo de la gran puta corría como un gamo.

—Desde luego tendremos que negar todos los hechos… —indicó Gordon.

—¡Negarlos…! —exclamó el alférez, levantando la voz más de la cuenta.

—Mi querido Sharpe —le reconvino Gordon—, no podemos permitir que se sepa que el duque de York tiene un edecán a sueldo de los franceses. Sería una revelación absolutamente desastrosa.

—¡Una calamidad! —corroboró lord Pumphrey.

—Doy por sentado que podemos confiar en su discreción, ¿no es cierto, alférez? —quiso tranquilizarse Gordon.

Sharpe dio un sorbo al té y paseó la vista por las estelas de humo que rasgaban el cielo del norte. Eran demasiado espesas para corresponder al rastro de los obuses, así que pensó que tenía que tratarse de misiles. No había visto ninguno desde los tiempos de la India.

—Si continúo conservando el grado de oficial de fusileros —comenzó a decir—, sabré mantener la boca cerrada. Además, en ese caso tienen ustedes la potestad de ordenarme que guarde silencio. —Estaba intentando chantajearlos. Sharpe había abandonado su puesto en el cuartel de Shorncliffe y no esperaba demasiada compasión del coronel. Lo único que podía suavizar la mano de su jefe era una intervención favorable de sir David Baird. Sin embargo, el general solo había prometido ayudarle en caso de ejecutar con éxito la misión de Copenhague. Estaba claro que no lo había conseguido, pero también resultaba evidente que nadie quería que el fracaso se aireara.

—¡Por supuesto que sigue siendo usted oficial de los fusileros! —aseguró enfáticamente Gordon—. Y sir David estará encantado de explicarle las circunstancias del caso a su coronel.

—Siempre y cuando usted no suelte prenda, como es lógico —recalcó Pumphrey.

—Sabré sujetar la lengua —prometió Sharpe.

—Muy bien… Pero detálleme un poco la situación de Skovgaard —añadió lord Pumphrey pasando a otra cosa—. ¿Cree usted que corre peligro?

—¿Que si corre peligro? ¡Por todos los diablos, ya que lo creo que sí, señor! —contestó vehementemente Sharpe—, pero a pesar

del riesgo no ha aceptado que me quedara con él, porque no le gusta lo que Gran Bretaña está haciendo en este momento. Cuenta con una guardia formada por media docena de hombres, pero todos están ya entrados en años, y además manejan mosquetes aún más viejos. En cualquier caso, no durarían ni dos minutos si tienen que enfrentarse a Lavisser y a Barker…

—Espero que esté usted en un error, alférez… —dijo pausadamente lord Pumphrey.

—Yo quería quedarme a su lado —explicó el aludido—, pero él se negó. Me dijo que ponía toda su confianza en Dios.

—Sea como fuere, Sharpe, su papel aquí ha terminado —declaró Gordon—. Lavisser es un traidor, el oro ha desaparecido y nos han embaucado con un montón de patrañas… Pero de nada de eso tiene usted la culpa, Sharpe. Ni la más mínima, de hecho. Se ha comportado usted honorablemente, y así habré de transmitírselo a su coronel. ¿Sabía usted que su regimiento se encontraba aquí?

—Así lo había supuesto, señor.

—Está más al sur, cerca de una localidad llamada Køge, creo. Será mejor que se presente usted allí.

—¿Y qué va a ocurrir con Lavisser? —quiso saber Sharpe.

—Sospecho que no volveremos a verlo —opinó Gordon, patentemente descorazonado—. Bueno, claro, tomaremos la ciudad, no cabe duda…, pero también podemos tener la certeza de que el honorable John Lavisser se ocultará muy hábilmente y de que resultará muy difícil registrar todos los desvanes y bodegas de la capital. Por otra parte, sospecho que el Tesoro de Su Majestad puede permitirse sin mayores dificultades la pérdida de cuarenta y tres mil guineas, ¿no le parece? ¿Hay suficiente comida en la ciudad?

—¿Comida? —se extrañó Sharpe, momentáneamente aturdido por el brusco cambio de tema.

—¿Están bien provistos de víveres, cree usted?

—Sí, señor. En el tiempo que pasé en sus calles asistí a la constante llegada de carros y buques. Todos repletos de grano.

—Verdaderamente trágico… —murmuró Gordon.

Sharpe frunció el ceño al comprender cuál había sido la razón de

que Gordon le planteara esa pregunta. Si la ciudad disponía de alimento en abundancia, podría resistir un asedio prolongado. Pero había una alternativa al bloqueo, o mejor dicho al estado de sitio, y Sharpe se estremeció ante la sola idea de su puesta en práctica.

—No puede usted cañonear la capital, señor…

—¿No…? —La sorpresa había partido ahora de la garganta de lord Pumphrey—. ¿Y por qué motivo no habríamos de poder hacerlo?

—Hay mujeres y niños, milord.

Lord Pumphrey suspiró largamente.

—Mujeres, niños y *barcos*, Sharpe. Le ruego que no olvide los barcos… Ellos son precisamente la razón de nuestra presencia aquí.

Gordon esbozó una sonrisa.

—La buena noticia, Sharpe, es que hemos encontrado las conducciones subterráneas que abastecen de agua dulce a la ciudad, y las hemos cegado. Quizá la sed pueda forzar la rendición de los habitantes de la plaza, pero no podemos aguardar demasiado tiempo. El clima del Báltico nos obligará a repatriar nuestra flota en unas cuantas semanas. Las embarcaciones son objetos frágiles, Sharpe. —El sobrino de Baird sacó un cuadernito de notas del bolsillo, arrancó una de las páginas y garabateó unas cuantas palabras—. Tome, Sharpe, este es su salvoconducto. Si se dirige al norte encontrará un gran edificio de ladrillo rojo que hace las veces de cuartel general de nuestras tropas. Allí habrá sin duda alguien que sepa si hay alguna unidad que se disponga a partir al sur, y desde luego se prestarán a incluirle entre sus filas. Le pido mil disculpas, desde el fondo de mi corazón, por haberle implicado a usted en todo este descabellado asunto… Y recuerde, por lo que más quiera: ninguno de estos tristes acontecimientos ha tenido lugar, ¿eh? —Dicho esto, el edecán del general se bebió de un trago el té, apurándolo hasta los posos.

—Piense que todo ha sido una simple pesadilla, alférez —recalcó Pumphrey.

Acto seguido, Gordon y él partieron a reunirse con sir David.

—¿Lo habéis dejado marchar…? —preguntó Baird a su

ayudante de campo.

—Lo he devuelto a su regimiento, señor…, y también tiene usted que firmarle una carta de recomendación que yo mismo enviaré al coronel de su unidad.

Baird puso mala cara.

—¿Yo? ¿Y por qué habría de hacerlo?

—Porque de ese modo nadie lo asociará a usted con un hombre que, además de ejercer el cargo de primer auxiliar del duque de York, ha resultado ser también un espía francés.

—¡Por las llamas del infierno! —rugió el general.

—¡Exactamente! —confirmó lord Pumphrey con su particular guasa.

Sharpe tenía que encaminarse al norte y Jens, por el contrario, al este. Sin embargo, el joven carpintero naval decidió no atenerse al consejo del inglés. Debería haber seguido la senda que conducía a la ciudad, tal y como le había aconsejado Sharpe, pero no pudo resistir la tentación de enfilar al norte por entre los árboles, a fin de averiguar de dónde procedían los tiros de mosquetería que se escuchaban esporádicamente en esa dirección. Unos cuantos escaramuzadores de la Legión Alemana del Rey le descubrieron. Eran tropas de infantería ligera, del cuerpo de cazadores, e iban armados de rifles. Al ver que Jens sostenía un pistolón en la mano le metieron tres balazos en el pecho.

Nada estaba saliendo como debería. Sin embargo, Copenhague se encontraba rodeada, la flota danesa permanecía bloqueada e inmóvil, y Sharpe continuaba con vida.

* * *

El general Castenschiold había recibido órdenes de hostigar el flanco sur de las fuerzas británicas que tenían cercada la capital danesa, y no era hombre al que le gustara hacer caso omiso de ese tipo de instrucciones. Su sueño dorado consistía en alcanzar la

gloria, y si algo le espantaba en la vida era la derrota. Sin embargo, sus estados anímicos eran bastante inestables, ya que podía pasar en poco tiempo del más eufórico optimismo a los sombríos abismos de la depresión.

Un puñado de soldados regulares componía el núcleo de sus efectivos, pero la mayor parte de los catorce mil hombres que tenía bajo su mando pertenecían a las milicias. De ellos, un reducido grupo contaba con una instrucción militar correcta y manejaba un armamento decente. Sin embargo, la inmensa mayoría eran reclutas de última hora, y algunos hasta calzaban todavía sus rústicos zuecos de madera. Las armas que llevaban casi todos eran sin duda más apropiadas para el trabajo de la granja que para la brega de los campos de batalla. Se trataba de simples chicos de campo, aunque también había jóvenes llegados de las pequeñas poblaciones danesas del sur de Selandia.

—Son hombres de gran entusiasmo —comentó uno de los edecanes al general nórdico.

Aquella aclaración solo consiguió preocupar aún más a Castenschiold. Unos hombres movidos por impulsos vehementes se lanzarían al combate sin conocer sus realidades. Pese a todo, tanto el deber como el patriotismo le exigían conducir al norte a tan inadecuados efectivos a fin de atacar a las tropas británicas que tenían rodeado Copenhague. El general trató de convencerse de que todavía podía contar realmente con el factor sorpresa. Quizá lograra penetrar a fondo en el terreno que controlaban los británicos, lo suficiente como para llegar hasta las máquinas de asedio que amenazaban Copenhague. Tal vez pudiera hacerlo incluso antes de que los casacas rojas se percataran de su presencia, así que en sus más secretos sueños (en los que le atenazaba no obstante una ligera punzada de culpabilidad) imaginaba que sus hombres aplastaban al desdichado enemigo y demolían las baterías recién instaladas y colocadas a cubierto en las trincheras… Sin embargo, en lo más hondo de su corazón sabía que no iba a haber final feliz. Fuera como fuere, lo único cierto era que había que intentar la arriesgada misión, y desde luego no quería ni pensar en lo que pasaría si dejaba traslucir

su pesimismo.

—¿Hay algún enemigo al sur de Roskilde? —preguntó a otro de sus ayudantes de campo.

—Unos cuantos… —le respondió con mal ubicado desparpajo el aludido.

—¡Quiero saber su número y su posición! —repuso con brusca violencia Castenschiold mientras el edecán hojeaba a toda prisa las decenas de mensajes que les habían enviado los ciudadanos leales al príncipe heredero—. Hay informes que aseguran que han aparecido tropas hostiles en Køge, pero también sostienen que no son excesivamente numerosas. ¡¿Cuántos son unos efectivos «no excesivamente numerosos»?! —volvió a bramar el general.

—Menos de cinco mil, señor. El maestro del colegio de Ejby indica que hay seis mil, pero estoy convencido de que exagera.

—Yo diría que, por lo general, los profesores de las escuelas conocen bien la aritmética elemental, ¿no le parece? —replicó Castenschiold con voz agriada—. ¿Y quién está al frente de esas tropas?

—Un hombre que responde por… —El edecán hizo una pausa para tratar de encontrar el pedazo de papel en el que venía esa información—. Sir Arthur Wellesley, señor.

—¿Y quién demonios es ese tipo? —continuó malhumorado el general.

—Un militar que luchó en la India, señor —contestó el auxiliar —, o eso es al menos lo que afirma el maestro. Al parecer algunos oficiales se encuentran acantonados en la escuela, señor, y, según se dice, sir Arthur adquirió muy buena reputación en la India. —El edecán se deshizo con un mohín desdeñoso de la carta del docente —. Estoy seguro de que no es demasiado difícil vencer a un puñado de indios, señor.

—¿No me diga…? —le espetó sarcásticamente Castenschiold—. Esperemos que el tal sir Arthur nos subestime a nosotros tanto como usted a él. —El anhelo de Castenschiold, cifrado en perforar las líneas británicas que atenazaban la capital, se estaba esfumando rápidamente, ya que un simple puñado de tropas británicas bastaría

para detectar su maniobra y dar la alarma a sus camaradas. Y si los cinco o seis mil adversarios apostados en la zona se hallaban al mando de un general experimentado, Castenschiold consideraba dudoso que lograran siquiera rebasar las primeras oleadas de enemigos. Sin embargo, era preciso intentarlo— la orden emanaba directamente del príncipe heredero, —así que el comandante en jefe de los daneses dio instrucciones de partir al norte.

Era uno de esos espléndidos días que acostumbran a coronar el estío. El ejército de Castenschiold marchaba por tres carreteras, llenando de polvo la cálida atmósfera.

Las tropas llevaban consigo unos cuantos cañones de campaña. Sin embargo, se trataba de piezas muy viejas y el capitán que mandaba la batería no estaba seguro de que el metal soportase un fuego excesivamente intenso.

—Se han venido utilizando con fines ceremoniales, señor —explicó el oficial a su general—. Se disparaban en salvas con ocasión de los aniversarios del rey. Hace quince años que nadie les mete una bala por la boca de fuego.

—Pero harán su cometido, ¿no? —preguntó Castenschiold.

—Deberían, señor… —contestó el capitán, pero la sombra de la duda le empañaba la voz.

—En ese caso, cerciórese de que cumplan con lo que se les encomienda —indicó desabridamente el general, que había percibido la vacilación del subalterno. La sola presencia de armas pesadas daría confianza a sus hombres, pese a que al propio Castenschiold le sirvieran de muy poco. Preferiría haber dispuesto de una batería de piezas nuevas, pero todos los cañones de campaña en buen uso se encontraban en Holstein, en espera de una invasión francesa que ahora parecía sumamente improbable. ¿Por qué habrían de invadir Dinamarca los franceses si los británicos ya estaban obligándoles a aliarse con Napoleón? Aquello quería decir que las mejores tropas y armas del ejército danés permanecían empantanados en Holstein y que la armada británica les impedía abandonar la isla de Selandia. De hecho, el general Castenschiold conservaba todavía el realismo necesario para no perder de vista que

los mejores generales de Dinamarca también se encontraban atrapados en Holstein, lo que implicaba que todas las esperanzas del país gravitaban sobre los hombros de un puntilloso alto mando de mediana edad que únicamente contaba con una batería desfasada y poco fiable, que sin duda tendría serias dificultades para cubrir a sus catorce mil soldados inadecuadamente preparados. Y, a pesar de los pesares, el general seguía atreviéndose a alimentar sus sueños de gloria.

Un escuadrón de caballería avanzaba al trote por los campos cubiertos de rastrojos. Presentaban una magnífica estampa, y el poderoso retumbar de sus carcajadas producía además un efecto tranquilizador en cuantos les contemplaban. Más adelante, en el horizonte septentrional, colgada en la cima del firmamento, se apreciaba una minúscula nubecilla gris. Castenschiold imaginó que se trataba del humo de los grandes cañones de Copenhague, pero no podía saberlo a ciencia cierta.

Esa misma tarde, sin embargo, al informarle las patrullas de caballería que las tropas británicas de sir Arthur Wellesley se habían retirado de Køge, el general danés sintió renacer sus esperanzas. No obstante, nadie sabía a qué se había debido ese repliegue. Habían llegado de la lejana Gran Bretaña, habían pernoctado en el pueblo, y se habían marchado prácticamente de inmediato, de modo que la ruta a Copenhague había quedado a todas luces expedita. El sueño de Castenschiold y sus ansias de despanzurrar a las tropas británicas todavía resultaba factible. De hecho, sus ganas de materializarlo aumentaron todavía más esa misma tarde, al llegar a Køge su pequeño ejército y descubrir que las informaciones de la caballería eran ciertas. Los ingleses se habían ido y se podía acceder efectivamente sin trabas a la capital. El comandante de la milicia local, un dinámico proveedor naval, había dedicado el tiempo transcurrido desde la partida de los británicos a cavar trincheras en todo el perímetro de la pequeña localidad de Køge.

—¡Si regresan, señor, los acribillaremos! ¡Les acribillaremos a modo…!

—¿Tiene usted pruebas de que se disponen a volver? —quiso

averiguar Castenschiold, que se preguntaba qué otra razón podría haber animado al comerciante a abrir unas zanjas tan impresionantes.

—¡Espero que lo hagan! ¡Los recibiremos con una cortina de plomo! —El vendedor indicó que solo había visto tres regimientos británicos, dos de ellos integrados por casacas rojas, y el tercero perteneciente a las unidades de uniforme verde—. Unos efectivos que apenas deben de superar los dos mil hombres en total, calculo.

—¿Tienen cañones?

—Cuentan con algunos, pero ahora nosotros también disponemos de artillería pesada. —El negociante señaló, radiante, las grandes piezas de bronce que se estaban transportando, no sin esfuerzo, al interior de la plaza.

Los hombres de Castenschiold vivaquearon esa noche en Køge. Había comunicados que hablaban de la presencia de jinetes en los campos situados al oeste de la población, pero cuando el general llegó al fin al lugar en el que se había avistado a aquellos extraños caballistas no quedaba ya ni rastro de ellos.

—¿Vestían uniforme? —preguntó, pero nadie lo sabía con seguridad.

¿Podría haberse tratado de simples lugareños? Castenschiold temía por el contrario que fuese una patrulla enemiga. Sin embargo, los piquetes no habían vuelto a ver a aquellos hombres a caballo. El grueso del ejército había acampado en los campos aledaños, junto a un riachuelo que serpenteaba entre una sucesión de bosquecillos y terrenos cubiertos unas veces de rastrojos y otras de nabos. No obstante, las tropas más afortunadas habían encontrado refugio en el pueblo y, de hecho, el propio general se había acomodado en la residencia del clérigo local, justo detrás de la iglesia de San Nicolás, y uno de los primeros esfuerzos que el general hubo de realizar en esa vivienda temporal consistió precisamente en tranquilizar al anfitrión, asegurándole que todo iba a salir bien. «¡Dios no va a abandonarnos!», había exclamado Castenschiold, y su devoto optimismo pareció quedar rápidamente justificado, ya que, a medianoche, lo despertó el jefe de una patrulla de caballería que

acababa de regresar de una descubierta. Su destacamento había conseguido llegar hasta Roskilde y averiguado que la guarnición local se hallaba intacta. El general decidió enviar un mensaje a Roskilde en cuanto amaneciera, a fin de solicitar a sus defensores que marcharan al este, en dirección a Copenhague. Con esa acción podía distraer a los británicos mientras sus fuerzas avanzaban velozmente por la carretera de la costa, en la que no había ningún obstáculo. Sin embargo, como el sueño de grandeza volvía a fraguar en su ánimo, el general olvidó las vagas informaciones de la noche anterior, que indicaban la presencia de unos jinetes no identificados.

A la mañana siguiente, mucho antes de romper el alba, el general desayunó unos cuantos arenques fríos con un poco de pan y queso. El ejército se desperezaba lentamente, disponiéndose para la marcha. Uno de los coroneles de la milicia se presentó en la casa del clérigo. Traía un sombrío informe en el que se explicaba que el calibre de las municiones que habían recibido sus hombres no era el correcto.

—Servirá —aseguraba el oficial—, pero las balas rascarán el cañón de los mosquetes. Se producirá una «desviación excesiva», así es como lo llaman, según creo…

El coronel era un quesero de Vordingborg, y la idea de llevar a sus soldados, calzados con zuecos, a batirse con los regulares británicos le suscitaba más de una duda.

Castenschiold ordenó a uno de sus edecanes que resolviera el problema. Acto seguido se ciñó el tahalí y aguzó el oído para escuchar atentamente el chillido de las gaviotas que sobrevolaban la playa alargada. «Hoy me aguarda la fama o la infamia», pensó. Y es que, en efecto, había llegado la hora de encabezar el avance de sus hombres por la dilatada ruta del litoral que corría sin separarse ni un instante de las olas, cuyas rompientes parecían traer los ecos de la armada británica. Era el día en que debían cumplirse o capotar sus esperanzas de penetrar a fondo en las líneas enemigas que rodeaban como un sudario la capital danesa.

—Clavos y martillos —dijo a otro de sus ayudantes de campo.

—¿Clavos y martillos, señor? —contestó el interpelado.

—Para cegar el oído de carga de los cañones ingleses, evidentemente —respondió a su vez en tono cortante el general, que empezaba a preguntarse si realmente iba a tener que darle todo mascado a su ejército—. Y que sean puntas más bien blandas, si consigue encontrarlas… ¡Ah, y busque también hachas en la ciudad! Para reducir a astillas los radios de las ruedas de las cureñas —añadió rápidamente, sin dar tiempo a que el edecán le interrogara por el propósito de la herramienta encargada.

—¿Tiene tiempo para una plegaria? —le preguntó el religioso.

—¿Rezos ahora? —El sacerdote había cogido a Castenschiold sumido en graves cavilaciones, ya que estaba sopesando la eventualidad de que el calado de las aguas más cercanas a la costa fuera lo suficientemente profundo como para permitir que los inmensos barcos británicos se acercaran a tierra y hallaran ocasión de descargar las terribles andanadas de sus navíos sobre la ruta que progresaba pegada al mar.

—Lo recibiríamos con los brazos abiertos en los momentos de recogimiento de la familia —aclaró el pastor a diez mil millas de imaginar los pensamientos de su invitado.

—He de mantenerme en movimiento —expuso precipitadamente Castenschiold—, pero ruegue por nosotros, por favor, no deje de encomendarnos al Todopoderoso.

El general montó en su caballo y enfiló al norte, seguido por media docena de edecanes y rasgando la bruma que la proximidad del amanecer comenzaba a disipar. Cuando llegó al fin al extremo septentrional de su campamento, la aurora incendiaba ya la lejana línea del levante. Una vez en destino, el general se puso a arengar inmediatamente a los comandantes de sus unidades.

—Hoy voy a pedirles que sus hombres ataquen por ambos flancos —indicó a los dos oficiales de caballería—. Despachen patrullas de reconocimiento, claro, pero mantengan cerca al grueso de sus efectivos. Y también debo decirles que hoy no habrá pausa ni tregua. Lleven forraje si lo juzgan preciso, y digan a sus hombres que incluyan en sus alforjas algo con lo que poder cenar. ¡Rapidez, caballeros! ¡Rapidez, eso es lo que necesitamos! —A continuación

dirigió unas palabras al conjunto de los oficiales—: La velocidad es esencial. ¡Hemos de plantarnos frente al enemigo sin darle la oportunidad de sospechar siquiera que nos abalanzamos sobre él!

Pronunciaba este discurso en lo alto de una pequeña elevación. A su derecha, sorprendentemente próxima, se extendía la longilínea banda arenosa de la playa, y frente a él serpenteaba la carretera de Copenhague entre los extensos campos que ascendían en suave pendiente hasta un breñal de árboles y arbustos. El sol seguía por debajo del horizonte, pero la claridad creciente le permitió divisar en la lejanía la silueta de un buque de guerra recortada sobre el resplandor del firmamento oriental.

—La infantería regular abrirá la marcha —dictaminó Castenschiold—. Le seguirán los artilleros y las milicias… ¡Quiero iniciar las hostilidades antes del mediodía! —A esa hora calculaba encontrarse ya a la altura de Copenhague, y su plan consistía en emplear la caballería y la infantería de regulares para combatir a cualquier unidad de casacas rojas que pudiera oponerse a su progresión, dejando en cambio que los milicianos pelearan sin cuartel entre las baterías enemigas. Su deber consistía en inutilizar los cañones bloqueando el fogón de su recámara, en partir las ruedas del armazón de transporte de las piezas y en quemar la pólvora de las cargas. Lo veía claramente en su imaginación. Veía las vertiginosas volutas de humo que se desprendían de las armas destruidas, se veía convertido en héroe—. ¡Muy bien, caballeros…, prepárense! ¡Partimos en treinta minutos! —aulló con una voz triunfante, a la que añadió un gesto acorde con su inmensa ambición.

Un puñado de oficiales siguió ingenuamente la dirección a la que parecía apuntar el ademán del general, pero solo alcanzaron a percibir una borrosa silueta en penumbra que parecía agitarse allí donde el camino se perdía entre los árboles. Castenschiold, que también había visto aquella inquieta sombra, se dijo que quizá se tratara de un ciervo, o tal vez de una vaca, pero enseguida se percató de que lo que tenía enfrente era un hombre a caballo.

—¿Quién ha enviado patrullas? —pretendió informarse.

—Ninguno de nosotros, señor —contestó uno de los hombres de la caballería.

Se habían juntado ya seis jinetes en la carretera, y acababan de detenerse, probablemente por haber divisado también el débil resplandor de las fogatas del campamento danés, que marcaban el perfil de la cresta desde la que Castenschiold había intentado enardecer a sus tropas. El general sacó el catalejo de la alforja. La luz era todavía muy escasa, así que desmontó de su alazán y pidió a uno de los edecanes que se colocara justo delante de él para poder utilizar el hombro del subalterno como apoyo para la lente.

Eran soldados de caballería. Distinguía bastante bien las fundas de los sables, pero no se trataba de militares daneses, pues los sombreros que llevaban no tenían la forma de los que era costumbre usar en sus filas. Castenschiold se inclinó ligeramente, dejando que la óptica del aparato escudriñara el espacio que se abría más allá del grupo de jinetes y tratara de discernir lo que había en el distante punto en el que la carretera comenzaba a bordear la playa. Durante un buen rato le fue imposible distinguir nada, salvo una imprecisa masa de bultos negros y grises, cuajaron es de niebla y lóbregas opacidades. De pronto, la claridad del sol todavía oculto se intensificó y pudo ver una columna de soldados en marcha. Era como asistir al avance de la oscuridad misma, al progreso de una mole humana organizada en hileras bien disciplinadas. Y parecían decididas a pisotear sus sueños. Cerró el catalejo.

—Nos quedamos donde estamos… —dijo casi en un susurro.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó uno de los edecanes, que creía no haber entendido bien.

—La infantería regular permanecerá aquí —detalló Castenschiold, señalando la cresta de escasa altura que se alzaba sobre la carretera—. Los dragones, en la playa. Las unidades de dragones ligeros, en el flanco izquierdo. La milicia actuará como reserva y se quedará entre el punto en el que ahora nos hallamos y la ciudad. La artillería operará aquí mismo, en el camino. —Habló con énfasis y determinación, consciente de que cualquier signo de vacilación o incertidumbre laminaría la moral de sus hombres.

Todo esto se debía a que los ingleses se aproximaban. No iba a haber ataque a la empeñosa labor de asedio que atenazaba la ciudad de Copenhague. En vez de eso, el destino había decretado que el general Castenschiold se viera obligado a combatir frente a la población de Køge. «¡Pues embistámoslos aquí!», decidió interiormente el general. Y lo cierto es que no se encontraba en una mala posición. Sus tropas de regulares controlaban la carretera, el mar protegía su flanco derecho, y las trincheras que acababan de excavarse le guardaban las espaldas, lo que lo escudaría en caso de tener que emprender la retirada.

Los seis exploradores enemigos se habían desvanecido, obviamente para transmitir al mando de las compañías británicas encargadas del avance que se acababa de detectar la presencia de tropas danesas. El sol rasgó súbitamente el horizonte, tendiendo un sendero de oro en la superficie del mar, levemente rizado. El día prometía ser espléndido, se dijo Castenschiold, un hermoso día para una matanza… La llegada de un carro de pequeño tamaño, procedente de Køge, interrumpió sus siniestros pensamientos. Un peludo y desgreñado poni tiraba del carrito, al que escoltaba, exultante, un edecán.

—¡Clavos y martillos, señor! —informó a grandes voces el ayudante de campo—. ¡Y cuarenta y tres hachas!

—¡Lléveselo todo! —respondió Castenschiold—; sin más, ¡lléveselo todo de inmediato!

—¿Señor…?

—¡Que se lo lleve, he dicho! —bramó el general.

La rabia del sueño destruido se le aferraba a la garganta. Cogió de nuevo el catalejo, lo extendió y vio que la infantería adversaria abandonaba el bosque. Había soldados de uniforme rojo y tropas de casaca verde. ¿Verde…? Jamás había oído hablar de infantes británicos de ese color. El enemigo se desplegaba ya frente a sus efectivos. Los británicos no solo se encontraban demasiado lejos para imaginar siquiera que pudiera alcanzarles alguno de los cañones de las baterías de aparato danesas, sino que estaba claro que aguardaban la inminente llegada de sus propias piezas de artillería

pesada. Por un instante, Castenschiold sintió la tentación de lanzar un ataque. Superaba en número a los británicos, de eso no había ninguna duda, así que comenzó a acariciar la idea de dar rienda suelta a sus hombres y hacerles descender en tropel la ladera. Sin embargo, se resistió a tomar una decisión tan arriesgada. Las tropas faltas de experiencia combatían mejor cuando se les ordenaba defender una posición, así que dejó que los británicos, conscientes de su inferioridad numérica, ascendieran la ladera y fueran a meterse, sin saberlo, en la boca del lobo, justo ante la pólvora impaciente de sus artilleros. De ese modo, aunque no pudiese levantar el cerco de Copenhague, quizás aún lograra entregar a Dinamarca una victoria.

Los daneses separaron el avantrén de las cureñas de las piezas y fijaron las gualderas al suelo. Las armas ya no retrocederían en exceso cuando el lanzafuego prendiera el estopín y se produjera el disparo. Izó la enseña de la unidad y la infantería formó en línea.

Todo quedó listo para el combate.

* * *

—¿Qué demonios hace usted aquí? —soltó airadamente el capitán Warren Dunnett al intendente del batallón. Nunca le había caído bien aquel tipo. Había salido de la nada y ascendido desde el simple grado de soldado raso, y ajuicio de Dunnett tenía una idea exagerada de sus particulares méritos; y lo que todavía era peor: como había servido en la India se figuraba gran conocedor de las artes militares.

—Me envía el coronel, señor. Me ha indicado que le faltaba a usted un alférez.

—Muy bien…, pero con todo y con eso…, ¿dónde diablos ha estado metido? —insistió el capitán mientras se inclinaba para centrar el rostro en el espejo de mano que había encajado en la astillada parte superior del poste de una cerca. Con un suave crujido, se pasó la navaja por la mejilla, evitando con sumo cuidado recortar

la punta de su rígido bigote—. No se le ha visto el pelo en varias semanas.

—He sido destacado para un servicio especial, señor.

—¿Un servicio especial? —se interrogó agriamente Dunnett—. ¿Y qué demonios significa eso?

—Cumplía órdenes del general Baird, señor.

¿Y qué narices podía querer sir David Baird de un individuo como Sharpe? Dunnett decidió que era mejor no pretender averiguarlo.

—Limítese a no estorbar… —concluyó cortante. Sacudió el agua con la que acababa de enjuagar la cuchilla y se pasó la mano por el mentón. «¡Maldito guardalmacén!», se dijo para sus adentros.

El fusilero se puso a cortar leña de un bosquecillo y encendió un par de pequeñas fogatas para hacer un poco de té. Los casacas verdes se hallaban dispersos por la larga serie de setos vivos y vallas que bordeaban las cunetas de la carretera de la costa. Tras ellos aguardaban, en los campos cubiertos de atadijos de garberas, dos batallones de casacas rojas. De cuando en cuando uno de los oficiales de uno u otro batallón se acercaba a las posiciones de los fusileros para levantar la vista y observar lo que sucedía en lo alto de la suave pendiente en cuya cima se alineaban los efectivos del contingente danés. La brisa que estremecía la bandera enemiga —una gran cruz blanca sobre campo de gules— les traía el olor del mar. Dos unidades de caballería de uniforme azul formaban los dos flancos daneses, y en el centro se divisaba también una batería de cañones de campaña. Los hombres trataban de adivinar la cifra de combatientes que había desplegado el rival, y la mayoría llegó a la conclusión de que debía de haber unos diez o doce mil daneses en la colina. Y demasiado bien sabían, por lo demás, que el bando británico apenas debía de superar los tres mil hombres. Sin embargo, casi todos los soldados, vistieran de rojo o de verde, estaban encantados con esa relación de fuerzas.

—¿A qué estamos esperando? —gruñó uno de los acantonados.

—Aguardamos, Hawkings, eso es todo… ¿Y sabe por qué? Porque el general Linsingen marcha contra el flanco de los daneses

—le contestó el capitán Dunnett.

Eso era al menos lo planeado. El general Wellesley iba a arrinconar al enemigo amagando un ataque, mientras, por otro lado, el general Linsingen, de la Legión Alemana del Rey, les rodearía por la retaguardia, bloqueándoles el paso. Pero no habían contado con que el desplome de un puente había dejado paralizado a Linsingen, y que sus huestes no solo habían avanzado únicamente tres millas, sino que se encontraban ahora en la orilla equivocada de un río, sin que, por lo demás, hubieran acertado a enviar ningún mensaje. Por consiguiente, nadie sabía todavía que el plan se había ido ya al garete.

La larga secuencia de una sorda rodadura, seguida de un brusco tamborileo de golpes y traqueteos, anunció la llegada de una batería de cañones británicos de nueve pulgadas a la carretera, así como el desmontado de los avantrenes para la inmediata fijación de las piezas.

—¡Apaguen las hogueras! —gritó un oficial a los hombres tendidos junto a los pequeños fuegos de campamento. Quería evitar preocupaciones, ya que estaba a punto de amontonar las sacas de pólvora junto a la culata del cañón.

—¡Malditos artilleros! —se quejó un fusilero.

Un capitán del 43.° se acercó a un grupo de casacas verdes y les suplicó que le alargaran una taza de té. Tenía los ojos rojos y la tez sumamente pálida. El 43.° era un regimiento galés que había realizado la instrucción con los compañeros de Sharpe en el cuartel de Shorncliffe, y los dos batallones convivían en buena armonía.

—Voy a daros un consejo —saltó de pronto el capitán.

—¿Señor?

—Ni se os ocurra probar el akvavit Es un licor del mismísimo demonio, y solo apto para ese gollete de cuero bruto que tienen los daneses. ¡Solo Dios sabe cómo consiguen metérselo entre pecho y espalda! ¡Y mucho ojo, porque a la vista parece agua!

Los fusileros respondieron con un destello socarrón en la ancha sonrisa. De repente, el capitán dio un respingo al escuchar los agudos bramidos que un gaitero ataviado con el correspondiente kilt

arrancaba a su instrumento, con el que forcejeaba como un desbravador de reses para suspender en el aire un tiberio de gemidos, aullidos y pitidos.

—¡Por Dios Santo…! —se horrorizó el capitán—. Eso no, por favor, cualquier cosa menos eso…

Sharpe escuchó el atávico llamamiento del roncón y los punteros de la gaita y su mente voló como por ensalmo hasta la India. Se vio de pronto inmerso en medio de un campo polvoriento repleto de hombres atareados, caballos inquietos y cañones pintarrajeados en el que los montañeses de Escocia acababan de labrar la ruina del enemigo, despanzurrado en el suelo.

—No sé si ese estruendo aterrará o no a los daneses —oyó que bromeaba una voz a sus espaldas—, pero desde luego a mí me hiela la sangre.

Al girarse para ver quién era el que había hablado, Sharpe vio que sir Arthur Wellesley examinaba los movimientos del enemigo con el catalejo. Sin embargo, el general, a lomos de su caballo, no había dirigido el comentario al alférez, sino a dos de sus edecanes. Por su parte, Wellesley, que había estado moviendo el instrumento a derecha e izquierda para escudriñar bien el terreno, se encontró de frente, al plegarlo, con el rostro de un oficial de fusileros que no le resultaba en absoluto desconocido. Por el semblante del alto mando cruzó una mezcla de asombro e incomodidad.

—Sharpe —dijo de la forma más inexpresiva que pudo al constatar que le resultaba imposible obviar la presencia del alférez.

—Señor.

—Sigue usted con nosotros, por lo que veo…

El aludido no dijo una palabra. Hacía tres años que no había vuelto a saber nada del general, desde la India.

Además, no se había percatado del bochorno que había ensombrecido momentáneamente la expresión del encumbrado militar, ya que lo que más le había dolido —y llamado la atención— habían sido sus muestras de desaprobación. Grace era prima de Wellesley. Pese a tratarse realmente de un parentesco muy lejano, lo cierto era que el rencor que le guardaba la familia de su antiguo

amor no había cesado de crecer ni de extenderse a otras ramas del grupo de parientes, y Sharpe quedó súbitamente convencido de que sir Arthur había hecho suyo ese resentimiento.

—¿Lo pasa bien con los fusileros, Sharpe? —preguntó el general, que al pronunciar estas palabras había preferido mantener la vista fija en la parte alta de la carretera en lugar de sostener la mirada de su interlocutor.

—Sí, señor.

—Eso pensaba —repuso Wellesley—, eso pensaba —repitió con aire pensativo—. Hoy vamos a tener ocasión de comprobar la utilidad de su nuevo armamento, ¿eh? —Al igual que la mayor parte de los oficiales del ejército británico, el aristócrata jamás había visto entrar en acción los fusiles de las unidades de uniforme verde—. ¿Dónde diablos se habrá metido Linsingen? ¡Que ni siquiera haya tenido la iniciativa de enviar un maldito mensaje…! —Volvió a observar a los daneses con la lente—. ¿Dirían ustedes que se disponen a realizar algún movimiento? —dijo para pulsar el parecer de sus edecanes. Uno de ellos respondió que le parecía distinguir la silueta de un carro de pertrechos tras las piezas de artillería enemigas —. ¡Muy bien! ¡Pues a paseo…! —exclamó Wellesley—; ¡nos las arreglaremos sin Linsingen! ¡A sus regimientos, caballeros! —Había dirigido estas últimas indicaciones a los oficiales de infantería de los casacas rojas, que se habían agrupado junto a los cañones—. ¡Que la jornada le sonría, Sharpe! —se despidió antes de volver grupas, espolear a la montura y partir al trote ligero.

—¿Le conoce usted bien, no es eso? —quiso saber el capitán Dunnett, que, mordido por la envidia al ver que el general había intercambiado unas frases con Sharpe, no había podido resistir la tentación de averiguar qué se escondía tras aquel amago de familiaridad.

—Así es —confirmó el alférez con sequedad.

—Maldito cabronazo —se dijo Dunnett para sus adentros, mientras Sharpe, por su parte, se contradecía íntimamente, pues tenía la certeza de no conocer en absoluto al general. Había hablado con él bastantes veces, le había llegado a salvar la vida, incluso, y de

hecho el gesto también le había valido el obsequio de un catalejo, pero no podía decir que supiese realmente cómo era el estirado Wellesley. Había algo en sir Arthur que le transmitía una frialdad enorme y aterradora. Sin embargo, Sharpe se alegró de que siguiera al mando de la división, más aún en un día como el que se avecinaba. Era un buen militar; sencillamente, un buen militar, sin más.

—Permanezca en el flanco derecho —le ordenó Dunnett—, junto con al sargento Filmer.

—A sus órdenes, señor.

Dunnett quería haber preguntado a Sharpe por qué llevaba un rifle, pero reunió la fuerza de voluntad suficiente para contenerse y resistir el impulso. Debía de ser que el muy ingenuo se creía todavía en las filas de tropa. En su condición de oficial, Sharpe no debería haber llevado un arma larga, pero le gustaba el rifle Baker, así que había conseguido uno de manos del cirujano del regimiento, que conservaba una pequeña armería, reunida con las que habían pertenecido a sus pacientes menos afortunados. Se trataba de un arma que no solo era mucho menos engorrosa que un mosquete, sino que resultaba muchísimo más precisa, además de estar dotada de una rotunda y brutal eficacia, dos cualidades que agradaban sobremanera al alférez.

El sargento Filmer saludó con un leve movimiento de cabeza a Sharpe.

—Me alegra verlo de vuelta, señor.

—El capitán Dunnett me ha enviado en tu busca —explicó el alférez.

Filmer le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Va usted a prepararnos nuestras buenas tazas de té, señor, como otras veces…; a arroparnos en la cama?

—Me limitaré a una simple caminata en tu compañía, Lofty. Directos a la cima de la colina.

Filmer echó un vistazo al bulto borroso de los distantes enemigos.

—Son unos zoquetes, ¿verdad? —se interesó el sargento con una

pizca de inquietud.

—Sabe Dios… Los milicianos sí, desde luego, pero yo diría que esos son regulares.

—No tardaremos en averiguarlo —replicó Filmer. El sargento era un tipo de muy corta estatura, y por eso todo el regimiento le apodaba Lofty[10]. Sin embargo, era también un profesional extremadamente competente. Tras escuchar el parecer de Sharpe, el suboficial comenzó a rascar la cazoleta de una pipa de arcilla. Hecho esto, abrió el morral y ofreció a Sharpe un trozo de cera sacado de un panal de abejas—. Recién cogido, señor. Encontré unas colmenas en la última aldea.

Sharpe sorbió de buena gana el dulce néctar.

—Si te pillan con estas cosas, Lofty, te colgarán de una soga, lo sabes, ¿verdad?

—Ayer ahorcaron a un par de pobres diablos, ¿no? Los malditos cabronazos se dejaron atrapar. —El sargento escupió con rabia un pedazo de cera que cayó blandamente en la hierba—. ¿Me equivoco al decir que se ve un pueblo allí a lo lejos, en el horizonte, señor?

—No. Se llama Køge —repuso Sharpe, convencido de que debía de haber pasado muy cerca de esa localidad al escapar de Lavisser.

—¡Vaya mierda de nombres que les ponen por aquí a los pueblos, señor! —aseguró Filmer mientras sujetaba el gatillo del rifle y manipulaba adelante y atrás el martillo del arma—. Lo acabo de engrasar —dijo a modo de explicación—, Yo diría que el aire del mar lo tenía un poco enmohecido… —El sargento echó un vistazo a sus hombres—. No os quedéis ahí como gatos adormilados, malditos capullos soñolientos, vais a tener que mover el culo muy pronto.

Los soldados de las unidades de artillería habían cargado las armas y estaban ya listos para una andanada. Algo más allá, junto a la playa, el 92.° comenzaba a formar lilas. El 4S.°, situado inmediatamente detrás de Sharpe, estaba haciendo otro tanto. Dos regimientos de casacas rojas y uno de uniformes verdes. Desde luego no podía decirse que fuese una fuerza de combate muy nutrida, y saltaba a la vista que era mucho más pequeña que la del enemigo,

pero el alférez, que sabía perfectamente bien lo que aquellos batallones de regulares eran capaces de hacer, sintió lástima de los daneses. Se detuvo a contemplar un instante la cruz blanca sobre campo de gules de los oponentes.

«No deberíamos hacer lo que estamos a punto de hacer», pensó. «Tendríamos que estar luchando contra los franceses, no rechazando a una horda de inexpertos daneses», siguió diciéndose en su fuero interno. Se acordó de Astrid y sintió una vez más el aguijonazo de la culpabilidad al evocar al mismo tiempo la memoria de Grace.

—Veremos si el fusil me responde ahora como Dios manda y todo sale como esperamos —intervino alegremente Filmer, interrumpiendo sus cavilaciones.

—Lo veremos… —coincidió el alférez. Iban a averiguar también si los meses de dura instrucción pasados en Shorncliffe habían merecido la pena. El ejército siempre había recurrido a los escaramuzadores, es decir, a grupos de hombres aguerridos dispuestos a adelantarse a las rígidas formaciones de ataque para hostigar y debilitar al enemigo que aguardaba la embestida. Sin embargo, el alto mando había optado ahora por emplear a los fusileros en esas misiones de avanzadilla, con la esperanza de conseguir que las acciones de los destacamentos de escaramuzadores resultaran más mortíferas. Muchos oficiales aseguraban que el experimento no era más que una pérdida de tiempo y dinero, ya que resultaba mucho más difícil recargar un rifle que un mosquete de ánima lisa, de modo que los casacas verdes apenas podían descerrajar un tiro en el tiempo en que las baterías de mosquetería largaban tres, y hasta cuatro. Los más escépticos afirmaban que los fusileros caerían fulminados como moscas, que serían laminados en el trance de recargar sus carísimas armas. Sin embargo, aquellos rifles tenían la virtud de dar en el blanco a una distancia cuatro veces superior a la de un mosquete. Era como oponer la calidad a la cantidad, o la precisión al voleo.

Los dos ejércitos se mantenían en compás de espera. Dos regimientos de casacas rojas se habían dispuesto ya en formación de combate, los cañones estaban listos para entrar en acción, y los

daneses no daban muestras de tener la intención de retirarse. El capitán Dunnett avanzó a pie hasta el costado derecho de su unidad.

—Bueno, Lofty. Ya sabe lo que tiene que hacer…

—¡Despellejarlos vivos, señor! —aulló Filmer.

—¡La cabeza fría…! —gritó Dunnett a sus tropas—. ¡Apunten con cuidado! —En el mismo instante en que se disponía a añadir otra nueva serie de consignas y palabras de aliento a la tropa se oyó el estridente y entrecortado llamamiento de un silbato que urgía a los hombres a pasar a la ofensiva—. ¡Adelante! —bramó Dunnett.

Para que los dos batallones de uniformes rojos contaran con la ventea táctica de los fusiles de los casacas verdes, las unidades de fusileros se habían desplegado por todo el frente británico. Iniciaron la progresión, y a los pocos metros llegaron a una cerca de poca altura que separaba un prado de un campo salpicado de gavillas de trigo. Los hombres de Filmer la derribaron de una patada unánime y continuaron la marcha. Las compañías de infantería ligera del 43.° y el 92.° avanzaban junto a los fusileros, entreverando de rojo las filas verdes. Los escaramuzadores pusieron buen cuidado en permanecer bien lejos de la carretera, ya que esa era la zona que se disponían a apisonar los cañones ingleses.

Sharpe ascendió por la breve pendiente de un montículo y vio que los hostigadores enemigos también habían abandonado sus posiciones iniciales y apretaban el paso en su dirección. Eran soldados regulares, no milicianos, y las dobles bandoleras blancas que les cruzaban el pecho resaltaban con hermoso contraste sobre sus uniformes de color azul pálido. Los daneses se dispersaron por la ladera, esperando a que los escaramuzadores del ejército rival se pusieran a tiro.

—¡Malditas botas! —gruñó el sargento Filmer a dos pasos de Sharpe. La suela del zapato derecho del suboficial acaba de soltarse y se bamboleaba arriba y abajo como la lengua de un perro exhausto —. ¡Y era un par recién sacado del almacén, señor! ¡Jodido calzado!

Una lacerante pitada de chifle puso en guardia a los hostigadores.

Aunque apenas habían avanzado unos cien pasos, hincaron la

rodilla en tierra para protegerse parcialmente entre los atadijos de mies. Se hallaban lejos del alcance de los mosquetes, pero a buena distancia de tiro para los rifles. Sharpe vio que uno de los oficiales daneses se sujetaba como podía el sombrero mientras bajaba a toda prisa la pendiente.

—¡No tienen suficientes escaramuzadores! —se percató el inglés. El enemigo había enviado muy pocos hombres al ataque… De hecho, seguirían siendo insuficientes aunque los británicos no hubieran echado mano de sus compañías de fusileros, lo que quizás indicara que iban a apostarlo todo a la eficacia de las descargas cerradas de sus batallones. Sin embargo, de los dos ejércitos, el británico era el único que realizaba la instrucción con fuego real, así que Sharpe tenía serias dudas de que la pericia de los regulares daneses pudiera compararse a la de los casacas rojas en un tiroteo. «¡Pobres diablos!», pensó.

—¡Los vamos a despellejar vivos, señor! —aseguró Filmer mientras arrancaba de cuajo la suela de la bota para metérsela en el bolsillo. Alzó la vista hacia la cresta de la loma y amartilló el rifle—. Despellejados vivos, así os vais a quedar; ya lo creo que sí —rezongó.

En ese momento se escuchó el estruendo de las baterías pesadas británicas.

Cualquiera habría dicho que ambos ejércitos estaban conteniendo la respiración. El humo, que brotó a raudales, comenzó a crecer, cubriendo como un espeso nubarrón la carretera, mientras el proyectil ascendía con un alarido la colina. Al observar a los auxiliares de artillería, que ya habían comenzado a limpiar los cañones con sus escobillones, Sharpe vio salir volando un trozo de césped negro que acabó describiendo un gran arco en el cielo, cerca del estandarte danés, y luego escuchó un nuevo apremio del silbato.

—¡Muy bien, muchachos! —rugió Filmer—. ¡Acabad con esos bastardos!

Los casacas verdes cogieron por sorpresa a los daneses. Los escaramuzadores enemigos, que efectivamente eran regulares, habían estado esperando a que los británicos avanzaran hasta

ponerse a tiro, pero de pronto descubrieron que se abatía sobre ellos, con siniestro zumbido, una lluvia de balas, de modo que se vieron obligados a retroceder.

—¡Apuntad a los oficiales! —vociferó Filmer—. ¡Y no os precipitéis! ¡Tomaos vuestro tiempo y no falléis ni uno!

Los fusileros sabían exactamente lo que debían hacer. Combatían por parejas. Uno de los hombres apuntaba y disparaba, y después el otro protegía al primero mientras este recargaba el arma. Apenas recuperados de su sorpresa, los hostigadores daneses descendían a toda prisa la cuesta para poner al enemigo al alcance de sus mosquetes, pero eran muy pocos, y cuanto más se aproximaban, más se recrudecía la tormenta de plomo. A diferencia de los mosquetes, los rifles disponían de miras, y muchos fusileros lucían las medallas al mérito que habían ganado por su condición de expertos tiradores. Apuntaban, disparaban y segaban la vida de los contrarios. Estaban dando una paliza a los daneses, y a una distancia que nadie habría juzgado letal en esos años. Filmer se limitaba a observar.

—Buenos chicos… —murmuró—, buenos chicos.

Los escaramuzadores de casaca roja comenzaron a disparar a su vez…, pero eran los de uniforme verde, con sus armas largas, los que causaban verdaderos estragos.

—¡Funciona, Lofty! —exclamó exultante Sharpe.

—¡Y de puta madre, señor! —le respondió enfáticamente el sargento.

El oficial enemigo que había estado sujetándose el sombrero había caído. Un hombre acudió a la carrera para socorrerlo, pero solo consiguió ser abatido de dos disparos. Los fusileros empezaban a señalarse los objetivos unos a otros.

—¿Ves al tiparraco ese que anda cojeando por ahí como un gilipollas? ¡Pues fíjate…!

A Sharpe le sorprendió muchísimo el ruido de las descargas. Se había visto envuelto en refriegas peores, de muy superior envergadura, pero nunca se había fijado en el estruendo que provocaban. El crepitar de los fusiles y la brutal expectoración de los

mosquetes superaba, por su cercanía, el estampido ensordecedor de la pesada artillería de campaña. Y eso apenas daba cuenta de la acción de los escaramuzadores. Los batallones principales todavía no habían descerrajado una sola descarga, y sin embargo Sharpe tenía que gritar a pleno pulmón si quería que Filmer lo oyese. Se daba perfecta cuenta de que empezaba a simpatizar con los daneses, ya que en la abrumadora mayoría de los casos estaban viviendo su primer choque armado, y resultaba evidente que la simple impresión de tamaña barahúnda les machacaba los sentidos. Aquello era como meterse entre el yunque y el martillo, arrojarse a un interminable torbellino de impactos y de ecos, entre escupitajos de humo sucio tachonado de ascuas y desgarrado por el clamor de los heridos y los moribundos, como en el contracanto de una ópera negra. Los obuses de los cañones, que arrancaban grandes bocados de tierra de la cima del mogote, hicieron explotar en una nube de astillas la rueda de uno de los bronces daneses, llevándose al mismo tiempo la cabeza de un hombre con una vaporización de sangre.

Saltando de gavilla en gavilla, los fusileros forzaban el avance y aumentaban la presión, que ya asfixiaba al enemigo. Trozos de estopa prendida alumbraban brotes de fuego entre los rastrojos. Las unidades de escaramuzadores de casaca roja habían comenzado a sumarse al tiroteo, pero los fusileros de las compañías de verde se las arreglaban muy bien solos. Los rifles estaban venciendo a los mosquetes, y las tropas de la infantería ligera danesa se replegaban a sus puestos de base.

* * *

—¡Adelante…! —bramó Filmer.

—¡Dos a tu derecha! —le advirtió Sharpe.

—¡Los veo! ¡Maddox! ¡Hart! ¡Quitadme a esos bastardos de en medio!

El retroceso de los cañones de campaña británicos estaba

dejando profundas roderas en la carretera. El humo se espesó hasta tal extremo que los artilleros empezaron a tener que disparar a ciegas, aunque eso no les impedía dar en el blanco. Los casacas verdes alcanzaron una posición desde la que resultaba más fácil disparar sobre las filas danesas. Siguiendo las instrucciones aprendidas, trataban de abatir fundamentalmente a los oficiales, y lo hacían con escalofriante eficacia: apuntaban, mataban y volvían a buscar a alguien con galones. Acosadas e incómodas, las filas danesas se desplazaban como podían, ya que no estaban preparadas para ese tipo de tiroteos a distancia. Entonces, en medio de aquel estruendo de explosiones y estallidos de todas clases, Sharpe escuchó de pronto el elemental destello sonoro de las gaitas y vio avanzar al 92.° colina arriba. Los cañones británicos seguían machacando el centro del frente enemigo. La artillería pesada danesa había permanecido en silencio, pero de pronto se vio brotar un vasto rosetón de humo en lo alto del cerro… Sin embargo, la realidad vino a contradecir de inmediato la primera impresión: no había sido un disparo, sino la explosión de uno de aquellos inseguros bronces de aparato de los escandinavos.

—¡Adelante! ¡Adelante! —aullaba Dunnett—. ¡Más cerca! —El 43.° inició a su vez el avance. No se trataba de ninguna estrategia presidida por la sutileza. Los galeses y los montañeses de Escocia caminaban en línea cerrada y ascendían la pendiente como un frente rectilíneo. La idea era avanzar hasta tener al adversario a tiro de mosquete para después lanzar una descarga colectiva y calar las bayonetas—. ¡Continuad con la carnicería…! —rugía Dunnett—. ¡Continuad con la carnicería! ¡Quiero ver muertos a sus oficiales!

Un caballo sin jinete pasó al galope frente a la hilera de tropas azules danesas. Las balas de los rifles británicos abatían, uno a uno, a los daneses, abriendo huecos en sus columnas. Los hombres que remataban las filas tenían que empujar a sus camaradas hacia el centro para cubrir los espacios. Las unidades de fusileros estaban funcionando a la perfección. «¡Dios!», pensó Sharpe. Aquello era una masacre. Tenía el rifle cargado, pero todavía no había disparado.

—¡Vamos a hacer salir de su escondrijo a los gabachos! ¿Verdad, señor? —soltó de repente Filmer—. ¡Vamos a hacerles salir de su maldito cubil! ¡Vaya que sí!

Wellesley ordenó a la caballería cargar contra el flanco izquierdo, junto a la playa. Instantes después surgieron, como un tornado, los húsares alemanes, dejando tras de sí una estela de polvo moteada por el brillo del acero desnudo. Al verlos, los daneses debieron de llegar a la conclusión de que no había ya forma humana de salvar la posición, así que empezaron a desalojar la cresta a toda prisa, mucho antes de que el avance de los batallones de casacas rojas pusiera al enemigo a tiro de sus armas. Al desvanecerse las dianas, el tiroteo cesó tan bruscamente como había empezado. Las partes altas de terreno aparecían cubiertas de cadáveres dispersos, todos daneses, salvo uno, perteneciente al cuerpo fusileros.

—¡Pilla sus botas! —dijo Filmer a uno de sus hombres—. ¡Qué horrible! ¡Era Hopkins, señor! —indicó el sargento a Sharpe—. Le han acertado en un ojo…

—¡Adelante! ¡Adelante! —Se escuchó con fuerza la afilada voz de Wellesley.

Los artilleros ya habían empezado a montar el avantrén de las cureñas y a recoger las gualderas. Los húsares alemanes regresaron al centro del frente de avance, satisfechos de que su mera presencia hubiera bastado para desalojar al enemigo. Ataviados con el kilt, los escoceses ya habían coronado el montículo, y los fusileros situados a la derecha de la carretera ascendían a la carrera para ganar también la cima y ver el perfil de Køge en la distancia. Se apreciaban perfectamente los tejados bajos de las casas, las chimeneas, las agujas de la iglesia y un molino. Si los tejados no fuesen de un rojo tan intenso, cualquiera habría dicho que se trataba de una población de la vieja Inglaterra. Sin embargo, lo que llamó poderosamente la atención de Sharpe fueron las trincheras que cubrían de cicatrices pardas los campos de la periferia de la localidad. Los daneses no habían salido huyendo, solo se habían replegado a las fortificaciones previamente excavadas para una eventualidad como la que ahora vivían. La infantería británica apresuraba el paso. Sin embargo, de

las zanjas de los daneses comenzó a manar súbitamente un torrente de soldados de la caballería de Federico. Su número era tan grande que el extremo derecho de las líneas de Wellesley corría el peligro de verse rodeado.

Se oyó un clamoreo de cornetines y toques de silbato. El 43.° se detuvo en seco. Sus hombres no formaron en cuadro, aunque prácticamente todos sus integrantes hubieran jurado que esa era la orden que les tocaba recibir. Los fusileros, que no podían defenderse bien de una carga de caballería, retrocedieron a toda prisa, buscando la protección de los mosquetes galeses. Sin embargo, en ese preciso momento volvieron a irrumpir en escena los húsares germanos, esta vez por el flanco interior, no por el de la costa, y la caballería enemiga, superada en número, contuvo el avance. Con el rifle amartillado y listo para hacer frente a la carga de la caballería danesa, Sharpe comprendió que sir Arthur Wellesley debía de haber previsto la maniobra del rival y había ordenado a sus unidades de a caballo que se mantuvieran alerta.

Los punteros de las gaitas volvieron a blandir su ancestral grito de guerra y Sharpe pudo ver que se acababa de dar una señal de avance frontal al 92.°, cuyos integrantes se dirigían ya a los atrincheramientos del adversario. No habían aguardado a recibir siquiera el apoyo de la artillería, y se limitaban a avanzar, impasibles, al son de los tambores y de la enardecedora arenga de las gaitas.

—¡Malditos paganos…! —masculló Filmer con claro tono admirativo.

A Sharpe le vinieron a la memoria los sucesos de Assaye y el recuerdo de los montañeses de Escocia marchando con idéntica calma al choque inmediato con el enemigo. La rápida retirada que se habían visto obligados a emprender en lo alto de la cresta ya debía de haber desestabilizado bastante a los daneses, se dijo, y ahora se les ofrecía además el espectáculo de un insolente asalto que, pese a ser un magnífico alarde, constituía un obvio exceso de confianza. Los defensores de Køge habían visto montar de nuevo los avantrenes de la artillería británica y sabían que el segundo batallón dé casacas rojas se aprestaba a seguir los pasos del primero, aunque

lo más probable era que su intervención no se revelara necesaria, ya que había algo implacable en la progresión de los escoceses. Con sus altos morriones de crines negras, se habría dicho que lo que se precipitaba al paso hacia el ángulo del sistema de trincheras era una tribu de gigantes. Los daneses les superaban ampliamente en número, pero el hecho de que sus zapadores hubieran excavado con excesiva precipitación las trincheras daba a los montañeses la ocasión de abalanzarse sobre un rincón que, al ser más prominente que los demás, iba a permitir que sus unidades de mosquetería, apiñadas en un bloque compacto, pudieran descargar una cortina de fuego sobre ese pequeño sector de las defensas. Además, los hombres de los otros tramos de trincheras estaban demasiado lejos para poder prestar ayuda.

—Van a salir corriendo —reflexionó Sharpe en voz alta.

—¿Tú crees? —Filmer no lo tenía tan claro.

—Con una volea y una embestida de las bayonetas —explicó Sharpe—, todos esos pobres diablos saldrán de estampida…

Los daneses abrieron fuego. Habían perdido la artillería pesada, pero sus descargas de mosquetería eran formidables.

—¡Más cerca! ¡Más cerca! —Sharpe oía como en sueños la familiar letanía de combate—. ¡Más cerca…! —se repetía el mantra.

Los escoceses parecían hacer caso omiso de las balas y se contentaban con seguir avanzando inmisericordemente hacia los montones de tierra bordeados de humo. Unos cuantos muertos yacían tendidos a espaldas del batallón. Las cintas amarillas de las gaitas flameaban en el roncón y los punteros negros.

—¡Alto! —se oyó, y el 92.° paró al instante.

—¡Presenten armas! —Al echarse el mosquete al hombro, los artilleros parecieron haber dado un ligero giro a la derecha.

—¡Fuegooo…! —Al crepitar de la andanada siguió una pestilente oleada de humo.

—¡Caalen bayoneetas!

Se produjo un extraño silencio y Sharpe escuchó nítidamente los clics metálicos de las cuchillas al encajar en los cubos de ajuste de los cañones de las armas, todavía humeantes.

—¡Adelaante…! —La hilera de mosqueteros avanzó, inmersa en la nube de humo que ella misma había creado, hasta emerger después por su otro extremo—. ¡A la caaarga!

Desatados, los escoceses soltaron un bramido y partieron como un solo hombre a la carrera. Sharpe vio a los defensores salir a gatas de las trincheras y huir hacia el sur. El aire se llenó súbitamente de toques de corneta y silbato.

—¡No deje que se metan en sus madrigueras! —se oyó gritar a Wellesley, que dirigía órdenes al comandante del 43.°. Por la parte de poniente aparecieron nuevos contingentes de tropas y un oficial galés lanzó una advertencia. Pero se trataba de los alemanes que encabezaba Linsingen. Los soldados de caballería del cuerpo de ejército alemán rompieron filas y se separaron de las columnas del general para iniciar la persecución.

—¡Demonios! —exclamó Filmer—. ¡Esto sí que es una victoria rápida!

—¡Fusileros…! —chilló una voz—. ¡Compañías! ¡Formen en columna! ¡A la carretera!

Al igual que los demás hombres del ejército de Wellesley, lo que los casacas verdes aguardaban era que se les diera la orden de bajar a la población, ya que allí podrían encontrar comida, alcohol y mujeres. Sin embargo, solo se sumaron dos compañías a las de los montañeses de Escocia a fin de ayudarles a despejar las calles de Køge. El resto tuvo que conformarse con obedecer y enfilar al sur, siguiendo a las unidades de pillaje y castigo de la caballería. Marcharon por espacio de una hora, dejando atrás los cadáveres que iban sembrando tras de sí los jinetes entregados al saqueo, y escuchando de cuando en cuando el lejano y breve chasquido de unas carabinas. Entre los caídos daneses había hombres calzados con zuecos. Un grupo de británicos partió al norte para escoltar a una legión de prisioneros. Al mediodía, al llegar a las inmediaciones de una aldea, los integrantes de la columna de custodia descubrieron que habían enlazado al fin con la caballería. Sin embargo, si los jinetes alemanes habían desmontado había sido simplemente porque un destacamento de retaguardia del enemigo defendía tenazmente

una iglesia y su cementerio. Los jinetes hacían uso de sus carabinas y pistolas, pero se veían obligados a disparar a una distancia excesiva, con lo que lo único que estaban consiguiendo era desperdiciar municiones y acribillar los muros de piedra de las casas, envueltas en el sudario de humo que exhalaban los mosquetes daneses.

—Esto va a ser un asunto hecho a nuestra medida —aseguró el sargento Filmer—. Vosotros esperad… —ordenó al pelotón.

¡Y vaya si esperaron! Los oficiales de mayor graduación del batallón querían calcular aproximadamente el número de enemigos que había en el pueblecito, y eso requería tiempo. Los fusileros se tumbaron a descansar en un campo. Unos encendieron las pipas y otros prefirieron descabezar un sueñecito. Sharpe andaba de un lado para otro, como un león enjaulado. De cuando en cuando, un mosquete se dejaba oír en la iglesia o escupía metralla desde una de las viviendas vecinas. Sin embargo, la caballería ya se había replegado lo suficiente como para quedar fuera del alcance de los plomos, así que estos les pasaban silbando por encima de la cabeza, sin efectividad alguna. En cualquier caso, lo más incongruente de todo era el grupo de civiles a caballo patentemente empeñado en contemplar la confrontación a prudente distancia. Parecían pertenecer a la alta burguesía local y haberse dado cita para sentir la emoción de una auténtica batalla, aunque durante buena parte de la tarde no fueran a tener la oportunidad de ver nada de nada. Sin embargo, al llegar sir Arthur Wellesley y su personal de Estado Mayor al escenario de los acontecimientos, se produjo un enorme griterío y una algarabía de toques de silbato, todo ello sazonado con los sabrosos juramentos de los sargentos.

—Ya os había dicho yo que iba a ser cosa nuestra —comentó Filmer tras echar un rápido vistazo a la iglesia—. ¿Por qué demonios no se largan de una puta vez? Esos jodidos cabronazos han perdido y lo saben… ¿O es que todavía no se han enterado?

Los casacas verdes se desplegaron hasta formar una línea de escaramuzadores e iniciaron un avance que les llevó a un centenar de pasos de los improvisados baluartes del adversario.

—¡Fueego! —gritó Dunnett a su compañía.

Un instante después se oyó el crujido de las balas, cuyos impactos no consiguieron sino arrancar esquirlas a los sillares de las viviendas del pueblo. Sharpe vigilaba los movimientos que parecían entreverse en el interior de la iglesia, las posibles maniobras que pudieran estar fraguándose en las casitas más próximas al templo, y la eventual presencia de daneses parapetados tras el murete del camposanto. Sin embargo, no alcanzó a divisar ninguna flor de humo delatora.

Dunnett debía de haber tenido la misma idea.

—¡Dos compañías! ¡Adelante! ¡Adelante! —Tras vociferar la orden, Dunnett se puso al frente de la tropa y condujo a sus hombres hasta la tapia del osario. Se detuvo un segundo y, después, de un brinco, saltó al otro lado. Los fusileros le imitaron, conscientes de que los civiles a caballo y el general Wellesley les observaban. Los soldados buscaron la protección de las lápidas, pero todo parecía indicar que los daneses se habían esfumado.

—Se han cansado de esperarnos… —sostuvo triunfalmente Filmer.

—¡Ala caalle…! —aulló Dunnett.

El resto de las compañías procedían a rodear la aldea en ese mismo momento, seguidos de la caballería, cuyos miembros volvían a avanzar a lomos de sus monturas.

Sharpe, que progresaba pegado a un costado de la iglesia, se encontró de pronto en una aldehuela coqueta y limpia. En el extremo opuesto de la calle, un puñado de hombres había echado a correr a toda prisa.

—¡Dadles buenas razones para que no paren hasta el polo! —rugió Dunnett. Al escuchar a su capitán, unos cuantos fusileros de su unidad se apresuraron a ganar el centro de la calle, hincaron la rodilla en tierra y descerrajaron una andana de despedida sobre los fugitivos.

El sargento Filmer sacó la pipa del bolsillo.

—¡Tengo ampollas en los talones! —confesó a Sharpe—. Claro, como son las Hopkins, me están pequeñas, ¿ves? No me valen. —Embutió unas pulgaradas de tabaco en la cazoleta de barro—.

Bueno…, al final han conseguido que no les vuelen la cabeza. Los chavales, digo… Se han portado jodidamente bien, y la verdad es que… —El sargento no terminó la frase. Dio una especie de respingo convulso y fue a caer en la carretera polvorienta, con una constelación de sangre en la blanca arcilla de la pipa.

El tiro había venido de atrás. Sharpe se giró y vio asomar una espiral de humo por una abertura de la torre del templo. A su través se vislumbraba una campana suspendida en las tinieblas.

—¡No se quede ahí parado con la boca abierta! —ladró Dunnett a pocos metros de él. El capitán, al igual que el resto de la compañía, había ido a refugiarse entre las casitas rurales.

Entonces se vio aparecer a un hombre en el chapitel. Su silueta se recortaba claramente sobre el carillón. El desconocido alzó el mosquete al mismo tiempo que Sharpe el rifle. Filmer había sido atacado por la espalda, así que el alférez no experimentó sentimiento de piedad alguno al apretar el gatillo. La bala hizo resonar el bronce del campanario, pero no sin atravesar antes al francotirador de parte a parte. El mosquete cayó con gran estrépito sobre las tejas del porche de la iglesia, seguido instantes después por el cadáver del danés, que fue a estrellarse con un ruido blando en la techumbre antes de resbalar y dar en tierra, desmadejado, en el mismo cementerio.

—¿Decía algo, capitán…? —preguntó con soma el alférez mientras pescaba otro cartucho de bala y pólvora de su morral de municiones.

Dunnett se marchó, sin más. Al terminar de colocar la carga en el fusil, Sharpe caminó hasta el final de la calle, ya que había visto un abrevadero de caballos. Se agachó y bebió a grandes tragos. Cogió agua con ambas manos y se las echó a paletadas por la cara y la nuca. Al acabar, aupó el rifle al hombro y tendió la vista al sur. El terreno descendía en suave pendiente. A su izquierda el sol hacía parpadear el mar con mil destellos, y a lo lejos relucía el nacarado bulto del velamen de un buque de guerra británico que la tripulación arriaba. Sharpe se preguntó si no sería el *Pucelle*, con sus viejos amigos a bordo. Frente a él, la caballería acorralaba a los fugitivos, y

a la derecha, a cosa de media milla, en un estrecho valle poblado de macizos árboles de sombra, se distinguía una casa preciosa, tanto que Sharpe quedó sin habla unos instantes. Era amplia sin pomposidad, y también baja y ancha, con los muros enjalbegados y unos grandes ventanales asomados a un sendero de carros y abiertos a un lago y a un jardín. Alguien había tallado con buen pulso cubos y conos en la espesa ramazón de una hilera de arbustos. La vivienda parecía cómoda y acogedora. Sin saber muy bien por qué, le invadió de pronto el recuerdo de Grace, y sintió en los ojos el agudo picor de un incipiente llanto.

De la casita campestre más próxima salió un viejecito y miró nerviosamente la estampa que ofrecían los casacas verdes apostados a corta distancia de su puerta. Al cabo de un momento dio la impresión de concluir que no representaban ningún peligro y comenzó a andar en dirección a Sharpe. Miró de frente al fusilero, lo saludó con un breve movimiento de cabeza, y se giró para contemplar la casa:

—Vygârd —afirmó con orgullo.

Sharpe tardó unos segundos en captar la sonoridad del nombre, pero después le devolvió la mirada.

—¿Eso es Herfølge? —preguntó, señalando la aldea que tenía a sus espaldas.

—*Ja*, Herfølge… —dijo con expresión alegre el lugareño, apuntando igualmente con el índice al pueblecito. Después volvió a dar media vuelta y a indicar con signos la casa de la que había salido —. Vygârd —repitió.

La casita del abuelo de Lavisser: Vygârd.

Sharpe pensó inmediatamente que el antiguo capitán de la Guardia de Infantería de Su Majestad británica había llegado a Copenhague con una rapidez verdaderamente notable, más de la que cabría esperar en un hombre cargado con un pesado cofre de monedas de oro. Además, continuó diciéndose el alférez, Lavisser no querría tener ese tesoro en una ciudad que muy bien podía acabar en manos del enemigo.

—*Tak* —dijo Sharpe al viejo—, *mange tak*.

Muchas gracias, evidentemente. Porque Vygârd era justamente el punto al que se encaminaba.

CAPÍTULO VIII

Las puertas de Vygârd estaban cerradas, pero no con llave. Todo parecía tan tranquilo que, en un primer momento, Sharpe pensó que la vivienda se encontraba desierta. Sin embargo, no tardó en caer en la cuenta de que nadie deja las contras de las ventanas abiertas si tiene intención de dejar la casa vacía una temporada. Además, entre cristal y cristal crecían pequeños macizos de rosas rojas. Al césped que se extendía frente a la entrada principal acababan de pasarle la guadaña: lo delataba el hecho de que, sobre la suave superficie verde, se apreciaran, casi imperceptiblemente, las amplias marcas en abanico de la afilada cuchilla curva. Por otro lado, en el aire de la tarde flotaba la fresca y agradable fragancia de la hierba recién cortada.

Dio la vuelta al edificio, curioseó frente a la vasta caballeriza y la cochera de los carruajes, cruzó un jardín en flor mecido por el atareado rumor de las abejas, pasó bajo un arco vegetal tallado en un alto seto de boj, y terminó por desembocar en una extensa zona cubierta de hierba que bajaba en suave pendiente hasta perderse en la orilla de un lago. En medio de la hierba, bajo una sombrilla abierta de lona blanca, una mujer de cabellos oscuros descansaba en una silla. Llevaba un vestido blanco. Sobre una mesita de mimbre descansaban unos cuantos objetos cotidianos: un sombrero de paja con una cinta blanca, un periódico descuidadamente doblado, una campanilla, y una cesta de labor. Sharpe se detuvo un tanto cohibido, pensando que iban a recriminarle su súbita irrupción o a dar aviso a la servidumbre, pero de repente comprendió que la dama

estaba dormida. La estampa no dejaba de resultar extraordinaria: una mujer en brazos de Morfeo y sosegadamente entregada al letargo del atardecer, cuando, a menos de una milla de allí, los jinetes de la caballería inglesa sacaban intempestivamente de sus escondrijos a los aterrados fugitivos que trataban de pasar desapercibidos entre zanjas y arrayanes.

En la parte trasera de la casa, las glicinas parecían dominarlo todo y, entre ellas, una puerta inmaculadamente pintada de blanco se abría como una invitación al opaco interior. En el umbral reposaba un capazo repleto de peras y manzanas silvestres. El alférez lo esquivó con cuidado y accedió al frescor de un largo pasillo enlosado en cuyas paredes se abrían, como falsas ventanas, varios cuadros de iglesias y castillos. Un pequeño mueble a medida acomodaba una docena de bastones y dos paraguas. Un perro dormitaba en la alcoba. Se despertó al paso de Sharpe, pero en lugar de ponerse a ladrar se limitó a seguir tumbado y a golpear el suelo con la cola en señal de contento.

Sharpe abrió una puerta al azar y se encontró en un elegante salón alargado de hermosos muebles. El dintel de una chimenea de mármol blanco perforaba una de las paredes. Sharpe se estremeció involuntariamente al recordar la ordalía que había vivido en las fauces de la de Skovgaard. Por las ventanas de la sala se veía perfectamente a la dama dormida. Sharpe se quedó mirándola entre las gruesas cortinas, preguntándose quién podría ser. ¿Una prima de Lavisser? Desde luego, era demasiado joven para ser su abuela. Tuvo la absurda impresión de que, junto ala señora, apoyado cerca de la silla, se veía el inopinado perfil de un mosquete, pero enseguida se percató de que se trataba de un par de muletas. La brisa, que a ratos soplaba con cierta intensidad, agitaba las hojas del diario semiabierto que había sobre la mesita de mimbre, aunque el peso del canasto lo mantenía bien sujeto.

¿Dónde habría podido meter Lavisser el oro? Desde luego no en aquella habitación de sillones bien mullidos y costosa tapicería. Lo confirmaban asimismo las gruesas alfombras y los retratos de marcos redorados, poco aptos a las maniobras de dos o tres hombres

cargados con un pesado e incómodo arcón. Sharpe pasó al recibidor central. A su derecha ascendía al segundo piso una escalinata curva de color blanco, y al otro lado había una puerta abierta. Echó un vistazo por el vano y descubrió otro salón, más pequeño, que en este caso había sido transformado en dormitorio. Lo más lógico era suponer que la mujer de las muletas no podía subir las escaleras y por consiguiente había mandado colocar una cama junto a la ventana. En el rebaje interior de esta se había habilitado un asiento de madera pintada de blanco. Tanto sobre el colchón como encima de una pesada maleta de cuero de la que sobresalían, revueltas, varias enaguas, había un montón de periódicos desparramados. En la tapa del bulto aparecían, grabadas en oro, las iniciales MLV.

Sharpe se preguntó si no se trataría de la «L» de Lavisser, pero descartó rápidamente la idea. Sin embargo, le vino a la memoria el nombre de Visser; Lavisser, Visser; madame Visser… Y en la residencia de Skovgaard, la bala de su última pistola había herido a alguien, arrancándole un gañido de dolor y manchando el suelo de sangre. La mujer del jardín usaba unas muletas.

Rebuscó en la maleta, pero no encontró ninguna prenda que le indicara un nombre. Y aunque abrió los libros, tampoco pudo encontrar en ellos la revelación de su propietario, aunque todos estaban en francés, o eso creyó entender Sharpe. El alférez regresó al salón grande y contempló un buen rato a la mujer dormida. Era la cómplice de Lavisser, una francesa, y por tanto una enemiga. Sharpe pensó que podía pasarse el día entero revisando la casa y no encontrar el oro. «Pero…», se dijo, «¿para qué preocuparme y tomarme tantas molestias cuando lo más probable es que la propia madame Visser pueda indicarme amablemente dónde lo tiene escondido?».

Regresó al pasillo obligando al perro a azotar por segunda vez las baldosas con la cola, cruzó el césped, se situó detrás de la silla y descolgó el rifle que llevaba al hombro.

—¿Madame Visser? —preguntó.

—*Oui*? —Un claro tinte de sorpresa teñía la voz, que sin embargo se apagó en un inmediato mutis al escuchar el

característico clic de un arma que se amartilla. La misteriosa mujer se giró con mucha lentitud.

—Creo que nos conocimos la semana pasada —comenzó a decir Sharpe—. Soy el hombre que le disparó…

—Entonces espero que le hagan sufrir todos los tormentos del infierno —respondió ella con increíble calma. Se expresaba en perfecto inglés. Sharpe no pudo evitar el pensamiento de que se trataba de una mujer de desconcertante belleza. Los refinados rasgos del rostro y los cabellos negros añadían un toque de distinción a su mirada depredadora. De hecho, en los penetrantes ojos no se percibía la más mínima señal de temor, sino de burla. La delicada orla de pasamanería que remataba el escote y los dobladillos del blanco vestido que ceñía sus curvas desprendían un aura tan intensamente femenina que Sharpe tuvo que llamarse a la prudencia y recordar las palabras que había emitido Skovgaard en su veredicto último sobre aquella hembra: «Despiadada», había dicho.

—Bien, ¿y qué es lo que quiere…? —preguntó directa la mujer.

—¿Dónde está el oro de Lavisser?

La interpelada se echó a reír. No era una carcajada fingida ni forzada, se mofaba de muy buena gana de la situación.

—Usted debe de ser el alférez Sharpe, ¿no es cierto? El comandante Lavisser me ha hablado de usted. Sharpe… Sharpe… —musitó ella con meditabunda letanía—. No parece que el nombre le vaya precisamente como un guante, ¿no cree? —La dama lo miró de hito en hito—. ¿Ha luchado usted en la toma de la colina?

—No ha sido lo que se dice un combate en toda regla, la verdad.

—Se me hace difícil imaginar lo contrario… —aseguró ella con desprecio—. Un contingente de tropa hecho y derecho enfrentado a un puñado de muchachitos de campo… ¿Qué esperaba? Sin embargo, mi marido se sentirá enormemente disgustado. Su amigo y él se han acercado a caballo para asistir al espectáculo. ¿No los ha visto? Quizás haya disparado usted sobre dos caballeros y sus monturas mientras freía a esos desdichados campesinos… ¿No lo sabe? —La mujer seguía incómodamente girada en la silla—. ¿Por qué no se pone frente a mí? —sugirió—. Así podré verle bien la

cara…

Sharpe aceptó la propuesta sin dejar de apuntar con el rifle a su prisionera.

Madame Visser continuaba pareciendo más divertida que asustada ante el cañón del arma.

—¿De veras ha venido en busca del oro? Lo más probable es que el comandante Lavisser se lo haya llevado consigo, así que si eso es todo lo que persigue será mejor que se largue por donde ha venido.

—Tengo la clara sensación de que está aquí… —insistió Sharpe.

—¡Entonces es que es usted un estúpido…! —le espetó ella, alargando el brazo para coger la campanilla de la mesita de mimbre. Sin embargo, una vez la tuvo en la mano pareció pensarse mejor su siguiente movimiento, porque no la hizo sonar—. ¿Y qué va a hacer usted, pobre diablo? ¿Dispararme?

—Ya lo he hecho antes, así que… ¿por qué no ahora?

—No creo que se atreva —aseguró la mujer, agitando vigorosamente, ahora sí, el llamador—. ¡Mire! ¡Aquí fue a meter usted la bala! —gritó—. ¡Y sigo viva! —concluyó desafiante.

La belleza de la mujer turbaba a Sharpe. Bajó el punto de mira del arma.

—¿Dónde dice que la herí?

—En la pierna —fue la respuesta—. Me ha dejado usted una cicatriz en el muslo. Una ofensa por la que me parece que voy a odiarlo eternamente.

—¿Acaso habría hecho mejor alojándole el proyectil en la cabeza? —ironizó el fusilero.

—Pero no se preocupe… Está curándose muy bien —continuó ella, haciendo caso omiso del comentario del casaca verde—. ¡Ah, y le agradezco mucho su interés, claro! —remató con sarcasmo. La mujer se volvió al sentir los pasos de la muchacha de ojos soñolientos que acababa de salir de la casa. Dirigió unas palabras en danés a la sirvienta. Al terminar, la doncella hizo una reverencia y regresó apresuradamente al interior del domicilio—. Acabo de solicitar ayuda —confesó madame Visser—, de modo que si le queda algo de seso hará bien en marcharse de inmediato.

La dama llevaba razón, pensó Sharpe. Tenía que irse, pero el cofre del tesoro era una tentación demasiado grande. Además, la idea de encontrarlo le parecía una magnífica forma de vengarse de Lavisser.

—He venido en busca del maldito oro —insistió el alférez—. Y por mí puede mandar llamar a todos los criados que le dé la gana. —Mientras decía esto abría con la punta del rifle la cesta de labor que sujetaba el periódico.

—¿De veras cree que voy a guardar mil guineas aquí? —preguntó divertida la señora Visser.

Sharpe quería comprobar si la dama tenía o no una pistola en el cestón, pero lo único que encontró fueron más periódicos doblados y un alfiler de sombrero de longitud auténticamente letal. Retrocedió unos cuantos pasos.

—¿Mil guineas dice usted? —inquirió a su vez—. ¿Y qué ha sido de las otras cuarenta y dos mil?

Por primera vez desde que la despertaran, madame Visser pareció desconcertarse.

—¿Cuarenta y dos mil…?

—Su adorado Lavisser ha robado cuarenta y tres mil guineas —explicó el soldado—. ¿Qué le ha contado? ¿Que solo eran mil? —La mujer permaneció callada, pero su actitud hizo saber a Sharpe que se había llevado una sorpresa—. Y ahora, dígame, ¿en qué habitación se aloja el valiente comandante cuando viene a visitarla? —la interrogó Sharpe en tono conminatorio.

Ella se limitó a encogerse de hombros.

—En una de arriba, supongo. —Dedicó una mirada ceñuda a su captor—. ¿Cuarenta y tres mil…? —Parecía desconfiar, como si no le cupiera en la cabeza que Lavisser hubiera podido llevarse una suma tan colosal.

—Ni más ni menos… Bueno, sí: hay que descontar las quince guineas que yo mismo le arrebaté…

—Imagino que se habrá llevado el botín a Copenhague —dijo madame Visser.

—O puede que lo haya escondido aquí —porfió una vez más

Sharpe.

La dueña de la vivienda hizo un desganado gesto de cabeza.

—Hay bodegas y buhardillas… —desgranó mientras volvía a mostrar su indiferencia alzando las clavículas—. ¿Y qué piensa hacer con todo ese dinero? —quiso saber.

—Devolvérselo a los ingleses —respondió tajantemente el casaca verde.

La señora Visser esbozó una sonrisa.

—Yo creo más bien que piensa quedárselo, alférez. Y mi silencio le costará cinco mil.

Sharpe dio otro paso hacia atrás.

—¿No se vende usted muy barata?

La aludida se limitó a reeditar la sonrisa, aunque esta vez lanzó un beso al aire. Sharpe continuó retrasando la posición. No estaba seguro de que la dama no escondiera una pistola bajo la falda. Ella, sin embargo, no movió un solo músculo al ver que el inglés retornaba al interior de la casa.

Sharpe subió los peldaños de dos en dos. Estaba sopesando la posibilidad de registrar los dormitorios, pero llegó finalmente a la conclusión de que Lavisser no dejaría semejante fortuna al alcance del primer criado que quisiera afanarla, así que buscó la escalera que permitía acceder al desván y no tardó en descubrir que arrancaba detrás de una discreta puertecita. El altillo estaba totalmente cubierto de polvo, pero no demasiado oscuro, ya que entraba bastante claridad por los tragaluces. El piso también aparecía atestado de baúles, maletones y cajas. Sharpe sintió renacer sus esperanzas.

Pero no había oro por ninguna parte. Solo arquetas llenas de papeles ajados, arcones de juguetes viejos y pilas de ropa apolillada. Encontró también un trineo infantil, un caballito de madera y una maqueta naval con telarañas por aparejos. Ni rastro de las guineas. No podía inspeccionar todas las cajas, pero sí levantarlas en vilo y deducir por el peso si contenían el ansiado tesoro o no, y desde luego ninguna respondió a sus expectativas. «¡Maldita sea!», rugió para sus adentros. Había que buscar en las bodegas… Madame

Visser había mandado a su criada en busca de ayuda, y pese a que hasta el momento no se hubiera presentado nadie con ánimo de meterse en sus asuntos, el alférez sabía que no le quedaba demasiado tiempo.

Bajó a toda prisa los estrechos peldaños sin alfombrar de la escalera del ático, cruzó el rellano, y continuó descendiendo por la gran escalinata curva. ¿Y con quién topó una vez en el vestíbulo? Con la persona más insospechada: el mismísimo capitán Warren Dunnett. El mugriento uniforme de los seis fusileros que le apoyaban parecía totalmente fuera de lugar en aquel refinado ambiente. Dunnett sonrió abiertamente al ver que era Sharpe quien bajaba por las escaleras.

—Queda usted arrestado, alférez.

—¡No sea estúpido! —escupió Sharpe. Vio pintarse una marcada muestra de sorpresa en el rosto de Dunnett, pero el alférez siguió adelante, apartando a sus seis camaradas, que se miraron unos a otros, sin saber muy bien qué hacer.

—¡Sharpe! —gritó Dunnett.

—¡Váyase a freír espárragos! —le contestó Sharpe. Recorrió el largo pasillo, volvió a pasmar al perro, y salió al jardín, en el que el capitán Murray trataba de atender amablemente a una angustiada madame Visser, flanqueada por dos civiles de traje y pantalones negros calzados con botas de montar. Sharpe dedujo que la chica de servicio debía de haber ido a la carrera a la aldea y pedido ayuda a los británicos.

El capitán Murray, un buen hombre que se hallaba al mando de una compañía de casacas verdes, meneaba la cabeza con visible pesadumbre.

—Pero ¿en qué estaba usted pensando, alma de cántaro?

—No pensaba en nada —protestó el aludido. Dunnett y sus hombres lo habían seguido hasta la zona ajardinada—. ¿Sabe usted quién es esta mujer? —preguntó Sharpe a Murray.

—Es mi esposa, oficial —contestó uno de los dos civiles—, y soy además un diplomático francés debidamente acreditado ante el gobierno de este país, señor mío.

—La semana pasada —prosiguió Sharpe—, pude ver con mis propios ojos a esta perra… ¡enfrascada en arrancarle los dientes a un hombre por la simple y meridiana razón de que era un agente británico!

—¡No sea absurdo! —explotó Dunnett. Dio un paso hacia Sharpe y extendió perentoriamente la mano—, ¡Deme su pistola, alférez, y su sable!

—¡Capitán! —le reconvino madame Visser—. ¿No podría encontrarse el alférez Sharpe bajo los traumáticos efectos del combate? He oído decir que algunos hombres pierden la cabeza. Creo que debería internarlo usted en un sanatorio.

—Desde luego lo mantendremos bajo arresto —aseguró Dunnett en un arrebato de entusiasmo—. Dame tu rifle, Sharpe.

—¡Maldita sea! ¡Ven tú a cogerlo! —lo amenazó el casaca verde. La cólera se estaba apoderando peligrosamente de todo su ser.

—Richard… —trató de intervenir Murray con ánimo templado. Tomó a Sharpe del brazo y se quedó atónito al comprobar que este rechazaba violentamente el afectuoso contacto—. ¡Vamos, Richard! ¡Este no es lugar para estas chiquilladas! —dijo casi en un susurro—. Volvamos a la aldea, y una vez allí veremos de arreglar las cosas…

—¡No hay ni una puta cosa que arreglar! —espetó Sharpe—. ¡No he hecho nada malo!

—Has penetrado en una propiedad privada, Richard, y eso no es ningún delito grave —buscó aplacarle Murray con su mejor buena voluntad.

—¡Alférez Sharpe! —gritó Dunnett, que estaba empezando a impacientarse—. ¡Deme *ipso facto* sus armas o daré orden a mis hombres de que se las confisquen!

—Lo pondremos en libertad bajo palabra, Warren. Siempre es mejor llegar a un compromiso de honor —sugirió Murray.

Una media sonrisa vino a rubricar la expresión, mezcla de sorna y simpatía, con la que madame Visser contemplaba a Sharpe. Había salido victoriosa del envite y disfrutaba humillando al inglés. De repente la voz de un nuevo personaje se dejó oír desde la arcada del alto seto de boj.

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí? —exigió saber el recién llegado. Al girarse, con unánime movimiento de resorte, los integrantes del grupito de militares y civiles que se había congregado en la hierba descubrieron que la persona que acababa de presentarse en la casa, asistido por tres edecanes, era nada menos que sir Arthur Wellesley—. ¿Es verdad lo que me han comunicado? ¿Que un oficial se estaba entregando aquí al pillaje? —Los rígidos y presurosos pasos que dio el general al cruzar la pulcra alfombra de hierba dejaron claramente patente que estaba furioso—. ¡Por Dios Santo! ¡No toleraré ningún saqueo! ¡Y menos por parte de los oficiales! ¿Cómo esperar que los hombres nos obedezcan si sus jefes dan tan mal ejemplo?

—¡No me he llevado nada! —vociferó Sharpe en defensa de su inocencia.

—¡Ah! Es usted —dijo Wellesley en tono distante.

Madame Visser, cautivada por la notable apostura del aristócrata, le dedicaba su más deslumbrante sonrisa. Al mismo tiempo, su marido se presentó con una leve y rígida inclinación del torso. Wellesley comenzó a hablar con ellos en perfecto francés. Mientras Dunnett y Murray se alejaban discretamente, Sharpe fijó la vista en la mesita de mimbre y maldijo su impulsivo temperamento.

Wellesley dedicó una fría mirada a Sharpe.

—*Monsieur* Visser me dice que ha estado usted molestando a su mujer.

—Le he metido un balazo en la pierna, señor —explicó tajantemente el aludido—. Tal vez se refiera a eso…

—¡¿Cómo dice…?! —exclamó Wellesley, estupefacto.

—Ocurrió la semana pasada, señor. En Copenhague. La dama se entretenía arrancándole las muelas a un hombre, y daba la casualidad de que se trataba de uno de nuestros agentes…

Wellesley clavó la vista en el alférez, con expresión vacía, mientras madame Visser reía displicentemente.

—Se ha vuelto loco, señor… —terció el capitán Dunnett.

—El sol ha debido de trastornarlo, me temo… —insistió con

gentil insidia madame Visser—, o quizás haya sido la tensión de los combates, sir Arthur. Me hice esta herida al caer del caballo. De lo contrario habría acompañado a mi esposo y asistido a su gran victoria, general. Pero, ya ve…, he tenido que quedarme aquí… Por su parte, el alférez Sharpe tuvo la osadía de amenazarme con el rifle. Y no contento con eso, dijo que quería registrar la casa en busca de un cofre repleto de oro. —Remató su alegato alzando los hombros en un gesto de desolación fingida—. Es triste pensarlo, diría yo, pero… ¿he de pensar acaso que no pagan ustedes adecuadamente a sus oficiales? —concluyó.

—¿Es cierto lo que oigo, Sharpe? —El casaca verde nunca había oído hablar a Wellesley en un tono tan gélido.

—¡Pues claro que no, señor! —se defendió el alférez. Al decir esto, sus ojos no habían buscado los del general, sino la clave que tal vez se ocultaba en el cesto de labor. «Un alfiler de sombrero…», pensó; tenía un alfiler de sombrero en el capazo. ¡Dios Santo, era una posibilidad descabellada! Pero quizá fuese la única que le quedaba. Sir Arthur, viéndose frente a una mujer tan atractiva, conversaba con ella en francés, y estaba meridianamente claro que daba perfecto crédito a todas y cada una de sus palabras. No tardaría en confirmar la orden de Dunnett y en presidir el arresto del desquiciado oficial. En vista de la situación, y aprovechando la momentánea distracción del general, Sharpe se inclinó y sacó el periódico de debajo de la cesta que lo sujetaba. Era un ejemplar del *Berlingske Tidende*, lo cual no tenía nada de extraño. Sin embargo, madame Visser trató instintivamente de arrebatárselo de las manos, aunque sin éxito.

Wellesley frunció el ceño.

—¿Qué demonios…? —comenzó a decir, pero un instante después vio que Sharpe desplegaba el diario y lo colocaba frente al sol.

Una constelación de minúsculos puntitos de luz tachonó la primera plana. El señor Visser y los demás civiles retrocedieron unos pasos, como para indicar que no querían tener nada que ver con lo que pudiese ocurrir a continuación. Con un gran suspiro de alivio,

Sharpe se limitaba en cambio a contemplar las diminutas perforaciones. Estaba salvado.

—¿Podría acercarse un instante, señor? —propuso.

Wellesley se puso efectivamente a su lado, cogió el diario y lo levantó. Paseó largo tiempo la mirada por los agujeritos que el alfiler había taladrado en el papel. Dunnett, que no había comprendido lo que estaba pasando, se movía nerviosamente de un lado a otro. La señora Visser, en cambio, continuó sentada, muy quieta y sin decir palabra. El general siguió examinando los destellos de luz que subrayaban los caracteres.

—Según me han dicho, señor —trató de aclarar Sharpe—, cada uno de los agujeritos que aparecen bajo las letras es un…

—Sé muy bien cómo funciona el sistema, gracias, Sharpe —lo interrumpió Wellesley, distante. Estaba uniendo, una a una, las diferentes vocales y consonantes marcadas a fin de descifrar el mensaje camuflado. Finalmente bajó el periódico—. Estaba usted trabajando en algún oscuro asunto dirigido por sir David Baird, ¿no es cierto?

—En efecto, señor.

—Y lord Pumphrey también andaba metido en la intriga, ¿me equivoco?

—En absoluto, señor. Es exactamente así.

—Me sacó de la cama el otro día en Londres para preguntarme qué opinión tenía yo de usted, Sharpe.

—¿Hizo eso, señor? —El alférez no podía disimular su asombro.

—El mensaje está en francés, Sharpe —prosiguió sir Arthur mientras doblaba cuidadosamente el ejemplar del *Berlingske Tidende* —, y por lo que he podido averiguar hasta ahora da instrucciones a los agentes galos de la ciudad y les pide que obedezcan las órdenes del príncipe heredero, que ha mandado incendiar la flota. Me imagino que todo esto será de gran interés para el general Cathcart… —Wellesley arrojó el periódico doblado en manos de Sharpe—. Llévele usted mismo la noticia, Sharpe. Parece que su trabajo todavía no ha terminado. ¿Sigue montando a caballo?

—Desde luego, señor.

—Nunca ha sido usted lo que se dice un buen jinete… Recemos para que haya aprendido a arreglárselas mejor. —Se volvió hacia uno de sus edecanes—: Dispóngalo todo para la pronta partida al norte del alférez Sharpe… ¡Inmediatamente! —Dicho esto, volvió a girarse, esta vez hacia madame Visser—. ¿Señora? Pertenece usted al cuerpo diplomático, de modo que su persona es inviolable.

—No sabe cuánto lo siento —dijo socarronamente madame Visser, claramente fascinada por el apuesto general.

El capitán Dunnett echaba chispas por los ojos, Murray sonreía, ausente, y madame Visser se limitaba a menear la cabeza en un gesto claramente destinado al alférez, al que este respondió lanzando un beso al aire.

Poco después cabalgaba rumbo al norte.

* * *

La cena tenía lugar en uno de los vastos caserones señoriales de la periferia elegante de Copenhague, en un edificio muy similar al que habitaba Skovgaard el día en que perdió dos dientes. Una docena de hombres se hallaban sentados a la mesa que presidía el general sir William Cathcart, décimo barón de su linaje y comandante en jefe del ejército de Su Majestad Británica en Dinamarca. El alto oficial era un hombre fornido en cuyo melancólico semblante se pintaba una perpetua expresión de zozobra e inquietud, que, en este caso, se acentuaba todavía más debido a la presencia del delgado y vehemente individuo que se sentaba a su derecha. Integrado en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Francis Jackson había sido enviado a Holstein para negociar con el sucesor al trono. Y, a decir verdad, la misión se le había confiado mucho antes de que las fuerzas de Cathcart abandonaran Gran Bretaña. Sin embargo, como los daneses se habían negado a acceder a las peticiones de Jackson, este se había visto obligado a trasladarse a Copenhague para exigir encarecidamente al sombrío general en jefe que comía a su izquierda

que cañoneara la capital.

—No me hace ninguna gracia la idea… —le había contestado Cathcart con un gruñido.

—No tiene por qué agradarle… —había replicado el agente de Exteriores sin perder de vista el espléndido trozo de cordero asado con guarnición de nabos que humeaba en el plato. De hecho, lo contemplaba con tanta atención como si estuviera intentando determinar con toda exactitud lo que acababan de servirle—. Es algo que debe hacerse, sin más —aseguró para zanjar la cuestión.

—Y rápido —añadió lord Pumphrey en apoyo de Jackson. El menudo Pumphrey, frágil como un pajarillo, se encontraba a la izquierda de Cathcart, como si el Ministerio de Asuntos Exteriores hubiera querido asegurarse de tener bien cercado al general. En esta ocasión, su señoría había elegido un abrigo blanco con entorchados de oro que le daba un vago aire marcial, aunque el lunar artificial que había vuelto a adherirse a la mejilla diera por tierra con todo ese pretendido porte militar—. El clima no tardará en volverse contra nosotros —señaló—, ¿No es así, Chase?

Sentado en el extremo opuesto de la mesa, el capitán Joel Chase, de la Marina Real Británica, asintió con un discreto gesto de cabeza.

—El Báltico se pone muy difícil a finales del otoño, milord —respondió Chase con su marcado acento de Devonshire—. Niebla, temporales… Un completo surtido de complicaciones, desde luego. —Chase había recibido licencia para dejar su embarcación y acudir a la cena con Cathcart. Este tipo de invitaciones obedecían a una práctica de cortesía que todas las noches se hacía extensiva a diferentes oficiales de la marina, y, en esta ocasión, Chase había acudido en compañía de Peel, el teniente de navío que le secundaba en el mando. Este Peel, que había bebido en exceso, dormía ahora profundamente, hundido en la silla. Chase había puesto buen cuidado en sentarse al lado de Sharpe, así que aprovechó la ocasión para conversar con el fusilero—. ¿Tú qué opinas, Richard? —le preguntó.

—Que no deberíamos hacerlo —respondió resueltamente Sharpe. Su asiento estaba lo suficientemente alejado de Cathcart

para saber que su comentario pasaría desapercibido.

—Pues a pesar de todo lo vamos a hacer —le aseguró sosegadamente Chase.

El rubio y alto capitán de la armada se hallaba al frente del *Pucelle*, el barco en el que Sharpe había luchado en Trafalgar, y al encontrar a su amigo lo había saludado con evidente regocijo:

—¡Querido Richard! ¡Qué alegría verte! —Pero se había interrumpido súbitamente, con un instantáneo cambio de expresión, y añadido con sincero pesar—: No sabes cuánto lo siento… —Sharpe y Chase no habían vuelto a verse desde que falleciera Grace, y de hecho el buque del capitán había sido el escenario de los apasionados amores de la joven dama y el fusilero—. Te escribí —explicó Chase—, pero la carta me llegó devuelta.

—Perdí la casa —señaló Sharpe con expresión desolada.

—Ha tenido que ser una experiencia muy dura, Richard…, muy dura.

—¿Y cómo van las cosas en el *Pucelle*, señor?

—Bueno, pues nos esforzamos, Richard, hacemos lo que podemos. Espera que haga memoria… ¿A quién conocías? Hopper sigue siendo mi contramaestre, Clouter va muy bien, aunque ha perdido varios dedos…, y el joven Collier está a punto de pasar el examen para licenciarse como alférez de fragata. No debería tener ningún problema en superarlo, siempre que no se arme un lío con la trigonometría, claro.

—¿Y eso qué es?

—Un rollo aburridísimo que se olvida por completo al día siguiente de la prueba —contestó Chase alegremente. Este había insistido en que le sentaran junto al fusilero, pese a que por su graduación tendría que haber ocupado una silla mucho más próxima a lord Cathcart—. Ese tío es un pelma —le confesó a Sharpe al salir el tema—. Un hombre tan reservado como aburrido. Es igual que el almirante. Bueno…, no, no tan plasta. Gambier es un meapilas. Se pasa las veladas preguntándote si te has purificado o no con la sangre del Cordero.

—¿Y lo has hecho?

—¡Bueno! ¡Me he bañado, enjuagado, lavado, empapado e impregnado en sangre, Sharpe! ¡Ya te aseguro yo que puedes decir, sin ningún miedo a equivocarte, que apesto literalmente a sangre! —Chase había declamado su hartazgo de la guerra sin perder la sonrisa, pero de pronto hizo un alto y aguzó el oído para escuchar la conversación de la mesa del extremo opuesto. Al terminar, volvió a acercarse a su viejo camarada—. Lo cierto, Richard, es que nuestros jefes no quieren lanzar ningún asalto contra la ciudad debido a que cuenta con unas murallas verdaderamente sólidas. Por eso te decía hace un momento que vamos a tener que dar la palabra a los morteros… Prácticamente no tenemos otra elección. O procedemos de ese modo o mandamos a nuestros colegas al ataque…, y con la difícil misión de abrir brecha en el fortín.

—¡Pero dentro hay mujeres y niños! —protestó Sharpe, levantando en exceso la voz.

Lord Pumphrey, de quien había partido la iniciativa de incluir a Sharpe en el sarao, oyó el comentario.

—Hay mujeres, niños y barcos, Sharpe… ¡Barcos!

—Hum, ¡no sé! ¿Cree usted de verdad que habrá alguna embarcación? —preguntó Chase.

—¡Será mejor que las haya! —gruñó malhumoradamente sir David Baird.

Cathcart pasó por alto la salida intempestiva de Baird y se quedó mirando fijamente a Chase, cuya interrogante había despertado la alarma de todos los comensales. Jackson, que era el diplomático de mayor peso en la mesa, apartó un trocito de cordero lleno de cartílagos a un lado del plato.

—Lo más seguro —empezó a decir— es que los daneses no se animen alegremente a entregar la flota a las llamas. Aguardarán hasta el último minuto, ¿no les parece?

—Tanto si lo hacen a una fracción de segundo de la capitulación como si se deciden antes —intervino enérgicamente Chase—, acabarán por prenderles fuego. Y ya les aseguro yo que los barcos son una yesca rapidísima. ¿Te acuerdas del *Achille*, Richard?

—¿El *Achille*? —quiso enterarse Pumphrey.

—El setenta y cuatro cañones francés, milord, que ardió en Trafalgar. Un minuto antes de desaparecer entre una inmensa humareda, convertido en una pavesa incandescente, estaba combatiendo con toda gallardía. Una pura brasa, milord…, en un instante. —Chase había desgranado las sílabas con desenfado—. Nos arriesgamos a encontrarnos con una ciudad repleta de cadáveres de mujeres y niños para no obtener a cambio más que una montaña de cenizas empapadas.

Cathcart, Jackson y Pumphrey lo miraron con unánime mala cara. El teniente de navío Peel se despertó con un brusco ronquido y paseó la vista de lado a lado de la mesa, poseído por una mueca de asombro.

—¿Hemos de pensar que el mensaje oculto en el periódico —declaró lord Pumphrey— iba dirigido a Lavisser?

—Así cabe suponerlo, desde luego —coincidió Jackson, entretenido en desmenuzar un trozo de pan.

—Y además, con ese mensaje, sus amos franceses lo facultan para ejecutar las órdenes danesas destinadas a privarnos de la flota.

—En efecto —corroboró Jackson con prudencia.

—Lo mejor del caso —terció Cathcart— es que gracias a míster, míster… —se interrumpió al caer en la cuenta de que no recordaba el nombre de Sharpe—, gracias a la atenta vigilancia del alférez, hemos interceptado el mensaje.

Lord Pumphrey sonrió.

—Me temo que hemos de trabajar con la hipótesis, prácticamente indudable, milord, de que se ha debido de enviar más de un ejemplar de ese mensaje. Habida cuenta de las circunstancias habría sido perfectamente lógico y normal adoptar tan sabia precaución. Y dado que el señor y la señora Visser cuentan con la protección que les brindan los acuerdos diplomáticos, también podemos tener la total certeza de que disponen de entera libertad para continuar mandando tantos mensajes de esa clase como deseen.

—Eso es exactamente así —concretó Jackson.

—¡Ah! —exclamó Cathcart, encogiéndose de hombros y reclinándose pesadamente en el respaldo de la silla.

—Además, se nos quedaría una irremediable cara de tontos —prosiguió lord Pumphrey en el más gentil de los tonos— si nos apoderáramos de la ciudad para no descubrir más que «una montaña de cenizas empapadas», como acaba de recordarnos el capitán Chase con su amable perífrasis.

—¡Maldita sea! —masculló Cathcart— ¡Necesitamos los barcos!

—Ese y no otro es el trofeo que aguarda al ganador —le confió Chase en un susurro a Sharpe—. ¿Un poquito más de vino?

—Pero ¿cómo vamos a impedir que se prenda fuego a la flota? —planteó Pumphrey en una pregunta dirigida a la mesa.

—Tendrán que rezar para que llueva —se atrevió a sugerir el teniente de navío Peel, que sin embargo se ruborizaba a los pocos segundos, consciente del inequívoco recado que encerraban las miradas que le había dirigido la mesa—. Discúlpenme… —se excusó.

El general Baird habló con el rostro crispado por la cólera contenida.

—¡Ya tendrán listos y dispuestos sus elementos incendiarios! —observó.

—¿Podría explicarnos con más detalle qué es lo que tiene en mente, sir David? —quiso averiguar Jackson.

—Habrán llenado los navíos de productos inflamables —aclaró Baird—: fardos de lona repletos de salitre, pólvora fina, azufre, resinas y aceite… —El general enumeró los ingredientes con indecente regocijo—. Y en cuanto prendan fuego a los cebos los barcos quedarán envueltos en una inmensa llamarada en tres minutos. ¡Un verdadero muro de fuego, créanme! —Y como si quisiera rematar la veracidad de tan contundente imagen, sir David tomó una vela y encendió con una pérfida sonrisa el oscuro veguero que había esgrimido, inerte, durante la explicación.

—¡Santo cielo…! —murmuró Jackson.

—Entonces, lo más probable es que no baste con *apartar* de la ciudad al capitán Lavisser, ¿no creen? —dijo lord Pumphrey, haciendo gala de su buen juicio.

—¿Apartarlo…? ¿A qué se refiere exactamente? —preguntó

Cathcart, asombrado.

El menudo y frágil lord Pumphrey alargó un dedo, lo cruzó significativamente de lado a lado de la garganta, y alzó las clavículas.

—El mensaje cifrado viene a sugerir que nuestro renegado es justamente el oficial encargado de dar la orden de prender fuego a la flota, aunque, por desgracia, si por alguna circunstancia viniera a hallarse ausente, habría sin duda alguien con la potestad necesaria para sustituirlo en ese cometido.

Todo el mundo se quedó mirando al diminuto Pumphrey. Baird, que aprobaba totalmente la idea de liquidar a Lavisser, sonrió, pero, en su inmensa mayoría, los demás oficiales presentes en la sala dieron la impresión de hallarse conmocionados. Jackson se limitó a menear la cabeza con gesto apesadumbrado.

—De todo corazón les digo que desearía poder encontrar una solución sencilla a este problema, pero, por desdicha, los daneses contarán con algún otro hombre dispuesto a iniciar la destrucción de la armada. —Dicho esto, el agente de Exteriores soltó un hondo suspiro y levantó la vista al techo—. Si hubiéramos llegado tan lejos y no lográramos materializar nuestro objetivo —añadió, como sumido en graves reflexiones personales—, nos encontraríamos ante una terrible derrota.

—¡Pero, maldita sea…! —estalló Cathcart—. ¡No vamos a permitir que los franceses se hagan con los buques! Ese es en último término el objetivo último e irrenunciable, ¿no? —sostuvo como quien busca confirmación de una verdad evidente.

—Sería la más palmaria de las derrotas —continuó Jackson, ajeno a las palabras del general—. Máxime teniendo en cuenta que los caballos y los hombres de nuestro rey habrían hecho ese largo viaje para no obtener más recompensa que el desencadenamiento de una inmensa pira. Seremos el hazmerreír de Europa. —Jackson había dirigido el dardo de su última observación a Cathcart, queriendo insinuar claramente que su señoría acabaría siendo el blanco de todas las pullas.

El general Baird hizo señas a uno de los camareros y le pidió que trajera el decantador de oporto.

—¿Contarán los navíos con toda su dotación? —inquirió.

No hubo respuesta alguna, pero casi todos los asistentes se giraron hacia Chase en busca de la pertinente aclaración. El capitán de la marina de guerra se encogió de hombros para dar a entender que no podía saberlo. Sharpe dudó un instante, pero finalmente decidió tomar la palabra.

—El gobierno danés ha decidido que los marineros se incorporen a la guarnición de Copenhague, señor.

—Muy bien… ¿Y cuántos quedan entonces a bordo de las embarcaciones? —preguntó Baird.

—Dos o tres —opinó Chase—. En el punto en el que ahora se encuentran, los navíos no corren peligro. ¿Por qué habrían de temerlo entonces las tripulaciones que permanecen en ellos? Además, estoy seguro de que se encuentran *en flûte*.

—¿Que están en qué? —saltó alarmado Baird.

—*En flûte*, sir David, lo que significa que se han transportado a tierra sus cañones a fin de aumentar la potencia artillera de la guarnición. Se dice así porque las portañolas, al carecer de bocas de fuego, se encuentran vacías, como los agujeros de una flauta.

—¿Y por qué demonios no lo ha dicho usted más claro?

—Además, sir David —prosiguió Chase haciendo caso omiso de la sorna del general—, los buques *en flûte* no necesitan tripulación, o les basta con un par de marineros que sepan vigilar los cabos de amarre, bombear las sentinas y permanecer alerta por si hay que prender los cebos para el incendio de la flota.

—¿Conque un par de tipos, eh? —se dijo reflexivamente Baird —. Entonces la cuestión se reduce, a mi juicio, a averiguar la forma de introducir a dos de los nuestros en el antepuerto de la ciudad… —Cathcart se limitó a observar fijamente a Baird, con los ojos muy abiertos, y Jackson continuó dando sorbitos a su copa de oporto—. Bueno, ¿qué me dicen? —les instó a hablar Baird en tono beligerante.

—Yo mismo tuve ocasión de visitar la zona la semana pasada — terció Sharpe—. Estuve dentro. Y no había ninguna guardia.

—¡No puede usted enviar hombres a la ciudad! —protestó

Cathcart, dirigiéndose a Baird—. ¡No durarían ni una hora!

—Sharpe consiguió hacerlo —intervino lord Pumphrey con su delicada voz de pífano. No dejaba de mirar con gran atención la araña del techo, aparentemente fascinado por un churrete de cera que, en su incesante crecimiento, amenazaba con ir a parar al cuenco de los postres—. Usted aguantó mucho más que una hora, ¿no es así? De hecho, permaneció allí varios días. ¿Me equívoco, Sharpe?

—¿De veras consiguió usted esa hazaña? —preguntó Cathcart sin apartar los ojos de Sharpe.

—Me hice pasar por estadounidense, señor.

—¿Cómo dice? —soltó Cathcart incrédulo—. ¿Anduvo usted largando escupitajos de tabaco de mascar a troche y moche? —El general se había ganado su reputación en la guerra de independencia estadounidense y se consideraba un experto en todo cuanto tuviese que ver con las antiguas colonias británicas.

—Pero, aun suponiendo que nuestros chicos logren sobrevivir en el interior de la ciudad —se oyó decir al capitán Chase—, ¿cómo vamos a arreglárnoslas para introducirlos en ella?

Francis Jackson, perfectamente embutido en la camisa blanca que vestía bajo la levita negra, cortó el extremo del puro que se disponía a fumar.

—¿Y cómo se las ingenian los daneses para infiltrar a través de nuestras líneas a los mensajeros que llevan información a las autoridades de la capital?

—Se valen de pequeños botes que ciñen la costa muy de cerca y solo se mueven en las noches más oscuras —respondió Chase en sucinto resumen.

—Hay un pequeño embarcadero —comentó Sharpe tímidamente—; un diminuto muelle de madera situado junto a la ciudadela que la gente utiliza para pescar. Está muy cerca del fuerte. Demasiado, tal vez…

—Y justo debajo de los cañones de la Batería de Cristián VI —observó uno de los edecanes de Cathcart.

—Vale. ¡Pero lo de una noche oscura es una buena idea! ¿Por qué no? —Chase pareció ceder a un súbito arrebato de entusiasmo

—. Envolvemos los escálamos con tela, para que los remos no chirríen. La chalupa de negro… ¡puede funcionar! Pero… ¿por qué desembarcar en ese muelle? ¿Qué tal si entramos remando hasta el mismísimo puerto en el que se refugia la flota?

—Hay una barrera de pesados maderos y cadenas con la que se controlan las entradas y salidas del antepuerto —detalló Sharpe—. Y también han puesto obstáculos de lado a lado del fondeadero interior. Sin embargo, el ancladero del que hablo está fuera del recinto protegido.

—¡Perfecto! Entonces tendremos que apañarnos con el embarcadero ese —concluyó Chase con una sonrisa que un instante después le llevaba a entrecerrar ligeramente los párpados para observar hasta el más mínimo gesto del semblante de Cathcart—. En cualquier caso, necesitaremos que el almirante nos autorice a enviar una lancha, milord. ¿Me permitiría usted sugerir, señor, con toda la humildad que requiere el caso, que este es un servicio para el que nadie puede estar mejor preparado que una partida de marineros? A menos, claro está, que disponga usted de soldados capaces de orientarse junto a un navío ennegrecido por las sombras de la noche…

—¡Cite usted un verso de la Biblia —propuso inopinadamente lord Pumphrey con su voz queda— en el que se justifique la puesta en marcha de una expedición de esa clase, y le aseguro que lord Gambier le concederá todas las licencias que precise!

El rostro de uno o dos de los comensales se iluminó con una sonrisa cómplice tras la útil ocurrencia de Pumphrey, pero a la cara de los demás asomó la duda de si el quisquilloso almirante llegaría efectivamente a dar el visto bueno a una apuesta semejante.

—Aceptará en cuanto se entere de que su recompensa material depende del éxito de la operación —enunció con un sordo gruñido sir David Baird.

Se produjo un incómodo silencio. Desde luego, las gratificaciones en metálico que se asignaban a los altos mandos que salían airosos de un envite eran una realidad extremadamente bien valorada, pero también algo cuya existencia no se reconocía

abiertamente, sino en muy raras ocasiones. Todos los oficiales de alta graduación, pertenecieran al ejército o a la armada, esperaban amasar una pequeña fortuna si los daneses se negaban a capitular, ya que en tal caso los barcos de los escandinavos pasarían a ser botín de guerra y se cotizarían espléndidamente bien en dinero contante y sonante.

—Yo sospecho que el alférez Sharpe debería acompañar a nuestros aguerridos marinos —propuso lord Pumphrey—. Está claro que conoce un poco la ciudad.

—No hay problema. Lo aceptamos encantados, sin duda —aseguró Chase antes de girarse hacia su amigo para preguntarle—: ¿Qué te parece la idea? ¿Te animas a venir?

Sharpe pensó inmediatamente en Astrid.

—Desde luego, señor. Claro.

—En cualquier caso… —cortó lord Pumphrey—, si finalmente decidimos hacerlo, será mejor que nos pongamos manos a la obra cuanto antes. Sus camaradas lo tendrán todo dispuesto para iniciar el fuego de mortero en uno o dos días. ¿Me equivoco, capitán Chase?

—Si es que optamos por esa solución… —masculló Cathcart con rabia contenida.

—No tenemos más remedio. Hay que hacerlo —insistió Jackson.

La discusión volvió a discurrir por sus viejos derroteros, y todo pasó a girar, una vez más, en tomo a la necesidad, imperiosa o no, de bombardear la capital. Sharpe dio un sorbo al oporto, oyó el tañido de las campanas de Copenhague, y sus pensamientos volaron nuevamente en pos de Astrid.

* * *

El armón de artillería subió dando tumbos por la pendiente y se atascó en lo alto.

—¡Por Dios Santo, empujad, malditos bastardos! —Un sargento, cubierto de barro hasta la cintura, aullaba órdenes a voz en cuello a una docena de hombres—. ¡Empujaad! —Un turbión de latigazos se abatía sobre los ocho caballos que tiraban del armón. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, la tropa se empecinaba en mover siquiera una pulgada las ruedas, pero el artefacto entero amenazaba con resbalar hasta el pie mismo de la embarrada colina—¡Dejaos la puta espalda en el empeño, joder! —bramaba el sargento —. ¡Empujaaad!

—Ciertamente, una escena en extremo dolorosa —aventuró lord Pumphrey mientras se giraba para no ver lo que estaba sucediendo.

Esa mañana, la siguiente a la cena con Cathcart, el joven aristócrata se sentía más quebradizo y frágil que de costumbre. Sharpe y él se encontraban en una duna, no muy lejos del punto en el que se había quedado varado el armón. Su señoría se afanaba en torno a un caballete en el que destacaba, sujeto con alfileres, un diminuto trozo de papel. También manejaba, muy atareado, una caja de acuarelas, un vaso de agua y un juego de pinceles. Con toda esa herramienta, el delicado noble se empeñaba en componer un paisaje del perfil urbano de Copenhague.

—Doy gracias al Señor por no haberme destinado nunca a la vida militar —se sinceró su señoría, aplicando con leves toques una veladura en el papel—. ¡Es todo tan estrepitoso…!

Centímetro a centímetro, el armón superó la cresta arcillosa y rodó con suave traqueteo hasta el punto en el que se hallaba instalada la batería. El carro, pesado hasta el límite de lo grotesco, era especial para el transporte de morteros. El portamorteros viajaba en el armón, pero el cañón lo hacía encajado bajo el eje trasero de la plataforma. La batería contaba ya con seis piezas pesadas de cañón largo y un calibre de veinticuatro libras. Se habían sacado de uno de los buques de guerra para instalarlas en la costa. Ahora se estaba completando la línea de tiro con otros tantos morteros de lanzamiento parabólico.

Se trataba sin duda de armas de aspecto maléfico. La verdad es que apenas pasaban de ser simples calderos de enormes paredes

metálicas, sencillos peroles achaparrados, gruesos y cortos. El portamorteros se había hecho con un tosco pedazo de madera con un hueco en el que insertar la siniestra cacerola a fin de que apuntara casi a la vertical, aunque también iba provisto de una cuña en la parte frontal con la que se podía variar ligeramente la elevación. No obstante, la mayoría de los artilleros prefería ajustar el alcance del arma variando sencillamente la cantidad de pólvora que embutían en la recámara. Sharpe, que observaba a los hombres maniobrar sobre el armón con la cabria de tres patas para levantar el pesado tubo del suelo y subirlo al portamorteros, intentó imaginarse el comportamiento del arma cuando la dispararan. No habría retroceso alguno, pensó, ya que el portamorteros no solo carecía de ruedas, y hasta de cureña, sino que no vomitaba su carga en posición horizontal. Por lo tanto, en lugar de pegar un peligroso salto hacia atrás, la chata masa de madera y hierro trataría simplemente de hundirse cada vez más en el suelo. Los morteros que se estaban alineando en la batería tenían todos diez pulgadas, es decir, no eran de los más grandes, pero no resultaba difícil representarse mentalmente el amplio arco humeante que describirían las pesadas balas redondas ni entender que se elevarían hacia el cielo encapotado como si pretendieran perforarlo antes de iniciar su letal caída y entrar en rumbo de colisión con las calles, los edificios y los habitantes de Copenhague.

Lord Pumphrey debió de adivinar sus pensamientos.

—Estos cañones apisonarán la ciudadela, Sharpe. ¿Aportará eso alivio suficiente a su tierna conciencia?

Sharpe se preguntó si debía informar o no a Pumphrey de la presencia de huérfanos en la ciudad, pero llegó a la conclusión de que el dato dejaría indiferente a su señoría.

—Milord, tengo la impresión de que al general Cathcart tampoco le hace ninguna gracia la idea de cañonear la ciudad.

—El general Cathcart hará lo que sus jefes políticos le ordenen —observó secamente Pumphrey— y, en ausencia de todo ministro de la corona, su deber pasará por atender a las instrucciones que tenga a bien darle míster Jackson, le gusten o no.

—¿No es a usted a quien ha de obedecer entonces? —preguntó maliciosamente Sharpe.

—Yo no soy más que un valido sin importancia, Sharpe —le contestó Pumphrey restándose importancia, mientras retocaba con suavidad la acuarela y fruncía el ceño y los párpados como si quisiera concentrarse en las perspectivas—. Mi figura se reduce a la de un peón absolutamente carente de relevancia en este ámbito. Bien es verdad, como es lógico, que estoy dispuesto a utilizar las influencias que pudiera tener, por pequeñas que sean, y a hacer todo cuanto esté en mi mano para animar a Cathcart a bombardear la capital. Y empezaremos a hacerlo mañana por la noche. Espero…

—¿Mañana? —se asombró el alférez, que no sabía que los planes fueran a llevarse tan pronto a la práctica.

—¿Y por qué no? Los cañones ya deberían estar listos para entrar en acción. Y cuanto antes lo hagamos, mejor.

Así acabaremos rápidamente con este espantoso desasosiego y podremos regresar a Londres. —Pumphrey dedicó una mirada inquisitiva a Sharpe—. ¿Qué es lo que le ha vuelto tan impresionable? Su reputación no es precisamente la de un militar de remilgos.

—No tengo inconveniente en matar a hombres hechos y derechos —contestó con firmeza Sharpe—, pero nunca me ha gustado despanzurrar a mujeres y niños. Eso es jugar con ventaja… y apostar por lo más sencillo.

—Las victorias fáciles son las mejores —replicó Pumphrey—, y por lo general resultan también las más económicas. Y no olvide que la baratura es invariablemente el mayor desiderátum de los gobiernos. Me refiero, obviamente, a los gastos del Estado, no a sus emolumentos personales. Si los hombres que asumen la gobernación de un país no consiguen hacer fortuna es que no merecen los privilegios del cargo. —El aristócrata frotó con fuerza el pincel de un lado a otro del papel, embadurnando el cielo postizo de chafarrinones grises—. ¿Sabe cuál es mi problema? —inquirió retóricamente Que nunca sé cuándo parar…

—¿Parar?

—De pintar, Sharpe, de pintar… Si se cargan las tintas, el cuadro resulta pesado y mediocre. La acuarela ha de ser ligera, sugerente, solo eso. —Dio un paso atrás y contempló con expresión levemente crispada la obra—. Creo que lo tengo prácticamente resuelto.

Sharpe observó el cuadro.

—A mí me parece muy bueno, milord. —El autor mismo compartía su parecer. Pumphrey había logrado captar espléndidamente bien el aura cuasi mágica de la capital, con sus agujas y cúpulas verdes y sus tejados rojos—. Creo que es realmente bueno, la verdad.

—¡Qué amabilísimo es usted, Sharpe! No sabe cuánto se lo agradezco —Pumphrey parecía sentirse auténticamente complacido, pero de repente se vio sacudido por un estremecimiento involuntario, ya que el sargento de artillería había vuelto a verter una catarata de maldiciones sobre los hombres que tiraban de las sogas destinadas a levantar el tubo del mortero. Las quince baterías que cinchaban ahora el flanco occidental de Copenhague constituían un amenazador fleje de metal. Las más cercanas prometían verter su virulenta ponzoña sobre el canal que protegía la plaza, mientras, frente a la costa, los cañoneros británicos, anclados en un amplio semicírculo frente a la ciudadela y la Batería de Cristián VI, vigilaban la entrada del puerto. Los barcos artilleros daneses no iban a salir de allí.

* * *

En los primeros días del enfrentamiento, esos buques armados habían causado graves daños a los navíos de la Marina Real Británica, ya que tenían un menor calado y llevaban armamento más pesado, como sabemos, pero con la instalación de las baterías litorales, los británicos habían conseguido desalojar a las embarcaciones danesas, así que ahora la ciudad se hallaba cogida *de*

facto en una tenaza de bronce.

El estampido de los cañones era incesante, pero los únicos que así bramaban eran los del príncipe heredero, dado que la pesada artillería de los murallones de Copenhague mantenía bajo un fuego constante a las baterías británicas más cercanas a sus posiciones. Sin embargo, las balas acababan enterrándose en los grandes bastiones de fajinas mezcladas con tierra que protegían cañones y morteros. Desde el elevado punto de observación que le ofrecía la cima de la duna, el casaca verde alcanzaba a distinguir el sudario de humo que envolvía las murallas. Los chapiteles de cobre de la ciudad y las tejas rojas de las casas eran lo único que perforaba los bullentes remolinos de la nube de pólvora. Más cerca del lugar en el que se encontraba, entre las viviendas y los jardines de mayor tamaño, se veían también las pardas cicatrices de las zanjas de protección recientemente excavadas para la colocación de las baterías británicas. Una docena de edificios ardía en esa zona, víctima de los obuses daneses que salvaban entre agudos silbidos el vano del canal. Las aspas de los tres molinos que también alcanzaba a divisar permanecían atadas a un poste para evitar que las ráfagas de viento las descuajaran, aunque esos mismos embates también estaban consiguiendo barrer hacia poniente la humareda y acentuar el agitado cabeceo de los barcos de la flota danesa, que, atracados por todas partes, abarrotaban los accesos portuarios que se abrían al norte de Copenhague. Había más de trescientos buques de transporte fondeados en la zona; una verdadera población flotante de madera, fácil pasto de las llamas. De los barcos de mayor tamaño, el *Pucelle* era uno de los que Sharpe tenía más cerca. De hecho, el alférez estaba aguardando a que la lancha que se había arriado alcanzara la orilla, dado que esa misma noche, si las nubes se amontonaban lo suficiente como para ocultar la luna, la partida a la que se había comprometido a sumarse podría intentar penetrar en la capital. El alférez volvió a observar las agujas de las iglesias y el recuerdo de Astrid acudió una vez más a él, con lancinante urgencia. Resultaba muy extraño que no lograra visualizar con el ojo dela mente el hermoso rostro de la joven, pero su memoria tampoco había podido evocar jamás los rasgos de Grace.

No tenía ningún retrato suyo.

—Evidentemente, los daneses podrían rendirse ahora mismo —aseguró Pumphrey—. Sería una decisión muy sensata… —Mientras se hacía estas consideraciones, el frágil aristócrata retocaba con leves pinceladas de color verde claro las torres de los templos de la urbe a fin de resaltar en ellas los destellos del sol vespertino.

—Si algo he aprendido en mi vida de soldado —intervino Sharpe—, es que en la guerra la sensatez es una página en blanco.

—¡Querido Sharpe —exclamó Pumphrey fingiendo haber quedado impresionado—, conseguiremos hacer de usted un oficial del Estado Mayor!

—Dios no lo quiera, milord —respondió con voz mate el aludido.

—¿No le atrae el Estado Mayor, Sharpe? —le dijo Pumphrey, deseoso de meterse con él.

—Lo que me gustaría, señor, es tener bajo mi mando a una compañía de fusileros y dar un par de buenas palizas a los gabachos.

—No me cabe la menor duda de que sus deseos se verán cumplidos —vaticinó su señoría.

Sharpe meneó negativamente la cabeza.

—No, señor, no crea. No caigo bien en mi unidad. Me tendrán de guardalmacén hasta el fin de los tiempos.

—¿Cómo? ¡De ninguna manera! No olvide que cuenta usted con amigos muy encumbrados, Sharpe —resaltó Pumphrey.

—Sí, en una cima tan oculta como inalcanzable —ironizó el alférez.

Pumphrey frunció el ceño al escuchar aquella imagen tan poco halagüeña, súbitamente incómodo por el comentario.

—Sir David no lo olvidará, eso se lo garantizo. Y estoy convencido de que sir Arthur también lo mira con buenos ojos.

—Sí…, para ver cómo me alejo, milord —sentenció Sharpe, haciendo explícita su amargura.

Lord Pumphrey sacudió a su vez la cabeza.

—Me parece que confunde usted la habitual frialdad de trato que mantiene nuestro general de división en todas sus relaciones

sociales con algún tipo de particular fobia hacia su persona. Yo mismo quise saber qué opinión tenía de usted, y descubrí que le tiene en muy alta estima, Sharpe. Muy alta. Pero le concedo que es efectivamente un hombre más bien difícil. ¿Extremadamente distante, no cree? Y, hablando de distancias, ¿sabía usted que *lady* Grace Hale era una lejanísima prima suya? En cualquier caso, no creo que eso influya lo más mínimo en él; ni en un sentido ni en otro.

—Discúlpeme, señor, pero no creo que ese fuera el tema de nuestra conversación.

—No, Sharpe, en efecto. Le pido mil disculpas.

Sharpe observó a los hombres que bajaban el tubo del mortero y lo instalaban en el madero labrado para sujetarlo.

—¿Y qué hay de usted, milord? —se atrevió a preguntar el casaca verde—. ¿Cómo acaba un civil de edecán de un general?

—Por su capacidad para dar buenos consejos, Sharpe. Muy buenos consejos.

—Eso es algo muy poco corriente, ¿no es así, milord?

—No, no… Las buenas palabras son algo notablemente habitual, créame —señaló Pumphrey sin poder reprimir el sarcasmo.

—Lo que digo, y corríjame si me equivoco, milord, es que no suele ser costumbre confiar un puesto del Estado Mayor a un civil.

Un escalofrío agitó a lord Pumphrey a pesar de que seguía envuelto en su grueso sobretodo y de que el día no era en modo alguno frío.

—Podría decirse, Sharpe, que a sir David se le impuso mi presencia, si quiere. ¿Sabía usted que tenía graves problemas?

—Algo había oído, señor.

La carrera de Baird había quedado bastante maltrecha después de los episodios vividos tras su paso por la India. En el viaje de regreso a casa había sido capturado por un corsario francés que le había tenido tres años preso, y tras su liberación, el gobierno de Su Majestad le había enviado al cabo de Buena Esperanza, en calidad de gobernador. Sin embargo, una vez asumido el cargo, sir David había tenido la descabellada ocurrencia de permitir que uno de sus

subordinados realizara una incursión no autorizada en la ciudad de Buenos Aires. El individuo debía de creerse sin duda al amparo de cualquier represalia por haber puesto un océano de por medio. Sin embargo, la desastrosa correría había dado alas a quienes deseaban la caída de Baird, así que no habían tardado en surgir voces que exigían su dimisión. El general había sido finalmente exonerado de toda culpa, pero el baldón de aquella afrenta seguía cerniéndose como una negra nube sobre su persona.

—El general —comenzó a decir lord Pumphrey— posee todas las virtudes marciales, salvo la de la prudencia, me temo…

—¿Y eso es lo que usted le aporta? —se atrevió a insinuar Sharpe.

—El duque de York ha demostrado tener el poco seso de solicitar la ayuda de sir David en apoyo de los planes de Lavisser, que al final se han revelado ignominiosos. Como bien sabe, tanto yo mismo como las autoridades del Ministerio de Asuntos Exteriores señalamos en su momento que se trataba de una iniciativa equivocada. Es más, también se movieron uno o dos hilos para tener la seguridad de que alguien se encargara de supervisar como es debido el desarrollo de la operación. Yo soy ese ojo-que-todo-lo-ve… Y, como le acabo de decir, me dedico a prodigar consejos. Nadie quiere nuevas aventuras irresponsables.

Sharpe esbozó una sonrisa.

—¿Es esa la razón de que me envíe de nuevo a Copenhague, milord?

Pumphrey le devolvió la sonrisa.

—Si Lavisser sigue con vida, alférez, será inevitable que comience a divulgar chismes sobre el duque de York, y el gobierno británico, en su infinita sabiduría, no desea que los periódicos franceses terminen repletos de los salaces enredos que sin duda protagonizaría Mary Ann Clarke…

—¿Mary Ann Clarke?

—Una hermosísima criatura, Sharpe, que, por desgracia, no es la esposa del duque… Su legítima señora, la duquesa, es una princesa prusiana y la adornan muchísimos méritos, no me cabe la más

mínima duda, pero al parecer no dispone de los lúbricos talentos de la señorita Clarke.

Sharpe vio aparecer un lanchón entre dos queches cargados de cañones.

—O sea, que lo que usted quiere es ver muerto a Lavisser, ¿me equivoco, señor?

—Yo jamás me atrevería a dar semejante orden —dijo Pumphrey con voz sedosa—. Me limito a señalar que, dado que tiene usted una bien ganada reputación de hombre de recursos, mi deber es confiar en que sepa usted discernir lo que es preciso hacer. Y por otra parte, permítame recordarle que han desaparecido varios miles de guineas… Y, según tengo entendido, eso era justamente lo que andaba usted buscando en Vygârd. ¿Tampoco yo me engaño, verdad?

—Mi propósito era devolvérselas a usted, milord.

—Ni por un instante se me ha pasado por las meninges la idea de que pudiese usted no hacerlo, Sharpe —respondió Pumphrey con una amplia sonrisa, antes de detenerse a observar el vuelo de la bala que acababa de disparar uno de los cañones de la ciudadela. El proyectil pasó casi rasante por encima de las suaves olas del canal y terminó chapuzándose con sordo estrépito a escasa distancia de un buque artillero británico—. Se da, no obstante, la circunstancia, Sharpe, de que todavía puede usted prestarnos otro servicio en Copenhague. ¿Recuerda el mensaje que tan inteligentemente consiguió interceptar el otro día? Pues resulta que no aludía únicamente al eventual incendio de la flota, Sharpe: contenía también, al final, una frase codificada que nos ha permitido saber que París sigue pidiendo que se le entregue una lista de nombres. Y yo sospecho que se trata de una referencia directa a los agentes que colaboraban con Skovgaard. ¿Lo cree usted posible?

—No me cabe la menor duda de que así es —coincidió el casaca verde.

—Pero me comentaba usted que nuestro amigo ha tenido el buen juicio de tomar las debidas precauciones, ¿no es cierto?

—Esa es al menos la convicción que él tiene. Asegura que Dios

lo ampara… Y piensa que soy un malvado.

—No sabe usted lo mucho que llega a irritarme ese ciego entusiasmo religioso —confesó Pumphrey—, pero, por favor, tenga la amabilidad de contactar con él. Aunque solo sea para certificar que sigue con vida. —De pronto, Pumphrey se puso serio—. Lo más importante, Sharpe, no es el oro ni la miserable existencia de Lavisser. Tampoco nos inquieta de veras la desdichada posibilidad de que los periódicos parisinos se rebajen a difundir los dimes y diretes a que puedan dar lugar las amistades de la señorita Clarke. Nada de eso es relevante, amigo mío. Lo que sí lo es, y mucho, es no revelar las identidades de los corresponsales de Skovgaard. Bastante lamentable resulta ya que se hayan enterado de que colaboraba con nosotros, pues me temo que no habrá forma de garantizar su seguridad cuando nos hayamos ido. Sin embargo, cuando todo esto acabe, intentaré convencerle de que se traslade a vivir a Gran Bretaña.

—Dudo mucho que se avenga a atender ese ruego —dijo Sharpe, que parecía empezar a desenvolverse mejor con los giros corteses que destilaba lord Pumphrey.

—Pues yo diría que la mayoría de los hombres prefieren conservar la vida a verse abocados a perderla —apostilló el aristócrata antes de volver a tomar distancia para observar atentamente la acuarela. Sacudió la cabeza con aspecto chasqueado, dejó caer desmayadamente el pincel en el travesaño horizontal del caballete, vació el recipiente de agua y cerró la caja de pinturas, evidentemente decidido a abandonar sus esfuerzos—. Sería muy triste tener que prescindir involuntariamente de los servicios de Skovgaard, pero está claro que acabaríamos por encontrar a otro individuo dispuesto a recibir y transmitir mensajes. Perdone, Sharpe… —se interrumpió el disgustado pintor—, ¿diría usted que esa es su lancha? En tal caso, déjeme que le desee el disfrute de una buena caza en Copenhague —comentó zanjando la conversación y tendiéndole la mano.

—¿Se ha previsto alguna recompensa en caso de que la batida tenga éxito, milord? —preguntó muy oportunamente Sharpe.

—¿El oro le parece poco? —se asombró Pumphrey—. En ese caso, es posible que encuentre suficiente premio en la dicha de atrapar a la presa.

—Estoy cansado de ocuparme de la intendencia, milord.

—¡Ah, entiendo! ¡Lo que usted busca es un ascenso! —exclamó Pumphrey con una sonrisa—. Déjeme que piense en lo que puedo ofrecerle, Sharpe. Aunque es posible que no le guste…

—¿Que no me guste? —trató de indagar el alférez, desconcertado.

—Después de que zarpara usted de Harwich, Sharpe —comenzó a explicar lord Pumphrey con patente regocijo—, y antes de que nosotros mismos embarcáramos en uno de los navíos más incómodos que he conocido, llegó a nuestras manos un extraño informe redactado en Londres. Y de todos los lugares y recovecos de nuestra tortuosa ciudad, ¿cuál imagina usted que había dado pie a la noticia? Pues el barrio de Wapping, nada menos; escenario por cierto de un inquietante asesinato… ¡Qué cosas! No es que el asunto tenga nada de particularmente extraño en sí mismo, por supuesto, pero se da la curiosa circunstancia de que una docena de testigos juran que el criminal es un oficial del ejército. ¿Qué dice usted a eso, Sharpe? —Su señoría aguardó respuesta, pero el aludido no dijo esta boca es mía. Pumphrey se encogió de hombros—. Cumpla mi sencillo recado, Sharpe, y yo mismo me cercioraré de que se le siga admitiendo en el seno de la oficialidad militar, aunque sea como despreciado guardalmacén. Y, en cuanto a superar el listón de esos galones…, ¡bueno!, estoy seguro de que a su debido tiempo sabrá usted elevarse muy por encima de ese rango, y por sus propios méritos, además. De hecho, ya le adelanto yo que pienso seguir su carrera con todo orgullo, consciente de haberla salvado en un momento de crisis. Y se lo prometo: haré todo cuanto esté en mi mano por promover sus intereses. —El astuto aficionado a la pintura levantó la vista a las nubes—, El cielo se está encapotando mucho por esta parte. Discúlpeme si no me despido como es de rigor. Si sigo aquí voy a cogerme un resfriado de muerte.

—Pero, milord… —intentó articular el alférez.

Pumphrey lo acalló levantando ostensiblemente la mano. Hecho esto, plegó el caballete y recogió la caja de acuarelas.

—Según dicen, el hombre de Wapping apareció prácticamente decapitado. ¡Rajado de parte a parte! No se olvide de presentar mis respetos a Lavisser, ¿quiere?

Un segundo después Pumphrey desaparecía como por ensalmo.

«¡Maldito cabronazo!», se dijo interiormente Sharpe. «¡Maldito cabronazo de mierda!». Pero, a pesar de todo, el hombrecillo le caía bien. Instantes más tarde, daba media vuelta y se encaminaba al lugar en el que se había amarrado el bote. Comandaba la partida el guardiamarina Collier.

Había doblado el físico desde los tiempos de Trafalgar y se había convertido en un joven vigoroso. Recibió a Sharpe con manifiesto placer.

—Cuando nos enteramos de que venías con nosotros, supimos de inmediato que nos acababan de enrolar en algún trabajillo sucio. ¿Te acuerdas de Hopper?

—¡Cómo olvidarlo! —contestó Sharpe saludando al contramaestre con una sonrisa de oreja a oreja. Su viejo compañero correspondió a las formalidades estirándose jocosamente del flequillo[11]—. ¡Y Clouter, claro, no podía faltar! —exclamó Sharpe al ver al inmenso negro, cuya mano derecha, destrozada, había quedado convertida en una suerte de garra con dos únicos dedos, recuerdo de Trafalgar—. ¿Cómo te va, Clouter? —Sharpe no cabía en sí de gozo.

—Hecho un toro…, ya ve usted, señor… —contestó el coloso.

—Qué, ¿nos vamos o no? —casi ordenó Collier. Sharpe observaba la penosa marcha de Pumphrey, que trataba de abrirse camino entre las dunas. «Sabed que vuestro pecado os saldrá al encuentro», recordó Sharpe. Bueno, se dijo, así que ahora su misión consistía en volver a la ciudad y quitar de en medio a un indeseable. Muy bien…, sin olvidar que también tenía que hallar el oro. Y buscar a Astrid. Y esa última perspectiva se le antojó la primera y más importante de todas.

Saltó al bote, todavía desconcertado por las implicaciones de lo

que había escupido Pumphrey.

CAPÍTULO IX

En lugar de llevar a Sharpe al *Pucelle*, la lancha lo acercó solo hasta el *Vesuvius*, una bombarda anclada mucho más cerca de la bocana del puerto. A bordo lo aguardaba el capitán Chase, ante el evidente recelo del comandante del *Vesuvius*, un simple teniente de navío al que intimidaba claramente la presencia de un auténtico capitán de la armada a bordo de su embarcación. Mientras la tripulación del bote trepaba por la proa, y dado que Sharpe y Collier eran oficiales, los silbatos del buque anunciaron formalmente su llegada al combés de la bombarda.

—Se me ha ocurrido que lo mejor es pasar el día aquí —explicó Chase. Voy a enviarte a la ciudad en compañía de la tripulación, Sharpe, y, como ves, esta posición está mucho más próxima al puerto, de modo que no tendremos que remar tanto como desde el *Pucelle*. Por cierto, he traído algo de cenar.

—Pero ¿no íbamos a llevar armas, señor?

—¡Claro! Hopper es quien se encarga de tu arsenal.

Sharpe conservaba el rifle que había utilizado en Køge, pero había pedido a Chase más elementos disuasorios, y Hopper las había traído del *Pucelle*. Había un pesado alfanje, dos pistolas y uno de aquellos enormes mosquetes de siete cañones que Sharpe ya había tenido ocasión de utilizar en Trafalgar. Se trataba de un arma naval asombrosamente letal, aunque no excesivamente práctica. Los siete cañones, con un calibre de media pulgada cada uno, se hallaban agrupados, así que era posible dispararlos todos a la vez. Sin embargo, se tardaba una eternidad en recargar el artilugio, cuyo

diseño se había concebido para que los hombres se encaramaran a las jarcias y regaran de plomo la cubierta de los barcos enemigos. Pese a sus inconvenientes, si se los empleaba a las primeras de cambio y en una única arremetida, su efecto era sencillamente devastador. Sharpe se colgó del hombro la pesada arma chata, que vino a sumarse al fusil que ya pendía del mismo sitio, y se ciñó el alfanje a la cintura con unas correas.

—¡Es estupendo volver a sentir el tacto de una buena espada! —exclamó complacido—. O sea que te vienes a la ciudad conmigo, ¿no es así, Hopper? —dijo girándose hacia su interlocutor.

—Es lógico, señor. El capitán quería lo mejor, compréndalo… —comentó socarronamente Hopper. Sin embargo, un instante después pareció vacilar—: En realidad quería decir…, ejem…, que los muchachos y yo mismo, señor…

—No te cortes, amigo. Eres el mejor, no lo dudo ni un instante —contestó animadamente Sharpe.

—No, no, señor. —Confundido, Hopper sacudió negativamente la cabeza para indicar que no se había hecho entender. Era un tipo enorme con la melena recogida en una coleta embreada y la piel cubierta de tatuajes. Sin embargo, su impresionante aspecto no impidió que el rostro se le encendiera como la grana—. Los muchachos y yo, señor… —trató de arrancar de nuevo mientras se revolvía incómodo, incapaz de sostener la mirada atónita de Sharpe —. Los muchachos y yo queríamos decirle lo apenados que estamos, señor. Era una dama como hay pocas.

—En efecto —sonrió melancólicamente Sharpe, conmovido por aquellas sinceras palabras—. Te lo agradezco, Hopper.

Poco después, tras acomodarse ambos hombres en el pequeño camarote de popa del *Vesuvius*, Chase añadió otra emotiva confidencia:

—Iban a mandaros un regalo para vuestro hijo… Hicieron un moisés con parte de los maderos que el *Pucelle* se dejó en Trafalgar. Lo más probable es que lo echaran a las calderas de la galera cuando se enteraron de la noticia. ¡Qué días tan tristes, Richard! Extremadamente tristes… Bueno, ¿estás listo para nuestra

expedición nocturna?

—Desde luego, señor —repuso el alférez.

—El joven Collier será el jefe del pelotón de desembarco —explicó Chase—. Quería ir yo mismo, pero el almirante se ha negado a autorizarlo. ¡El desgraciado dice que soy demasiado importante para la marina! ¿Puedes creerlo?

—Sí. Y lleva razón, señor.

—Es un puñetero plasta, Richard. Debería acaudillar una de esas capillitas en que se reúnen los hipócritas, no una flota. Pero no te preocupes: Collier sabe lo que se hace. —Sharpe tenía sus dudas. Al fin y al cabo, siempre era arriesgado entregar el mando de un destacamento encargado de una incursión tan compleja como aquella a un oficial de la juventud de Collier, pero Chase mostraba una total confianza en él y no parecía en modo alguno inquieto. Una vez llegados a tierra, los hombres debían dirigirse al puerto interior y desde allí subir a bordo de algún barco—. Cualquier embarcación servirá —especificó Chase—, porque en cuanto os encontréis a salvo os esconderéis en las cubiertas inferiores. Y es que, en efecto, los buques están amarrados y no van a entrar en acción —detalló el capitán—. Eso significa que no llevan tripulación, salvo, como mucho, el puñado de tíos a los que les haya caído el muerto de encender las mechas… ¡Y ya os digo yo que podéis apostaros el salario de diez años contra un jodido cuarto de penique a que estarán holgazaneando en el camarote de los oficiales! Los muchachos de Collier pueden esperar en la bodega. Y, francamente, el único riesgo que podría surgiros sería que a los daneses les diera la ventolera de hacer algún trabajo a bordo. Como a un carpintero se le ocurra meterse debajo del puente tendremos que empezar a degollar incautos.

—¿Cuándo tienes pensado cortar las mechas? —quiso saber Sharpe.

—Será Collier quien deba valorarlo —respondió Chase. La despreocupada contestación dejó intranquilo a Sharpe, pese a que no fuera un asunto que dependiera directamente de él. Su cometido consistía en introducirse en la ciudad para dar caza a Lavisser, y la

misión de Collier discurría por derroteros muy distintos, ya que a él le competía inutilizar los cebos del material incendiario destinado a liquidar la flota danesa… El alférez volvió a sentir una punzada de alarma, ya que no estaba seguro de que el joven guardiamarina fuese realmente el hombre adecuado, pero volvió a decirse que alguna razón tendría Chase para no exteriorizar ni la más mínima duda—. Lo hará fantásticamente bien, Richard; su trabajo será simplemente impecable, te lo digo yo… Bueno, y ahora, ¿qué te parece si tomamos algo? He traído lomo, lengua y fiambre de morcilla de cerdo.

—¿Fiambre de morcilla de cerdo? —se sorprendió Sharpe.

—¡Una exquisita especialidad de Devonshire, Richard! Comida como Dios manda. Yo voy a empezar por ahí.

Sharpe dedicó la tarde a echar un sueñecito, mecido por las suaves olas de la dársena. Al despertar observó que la lluvia enturbiaba el crepúsculo. En el barco reinaba una actividad frenética: se oían voces por todas partes, y el atareado trajín de los hombres, cuyas pisadas retumbaban en las planchas de la cubierta, parecía acompasar el chirrido de los cabrestantes. Sharpe tuvo la impresión de que se estaban haciendo algunos fustes en la nave. En realidad, se estaban fijando los dos enormes morteros que preñaban la panza del *Vesuvius*, de modo que para conseguir que los proyectiles dieran en el blanco había que orientar el barco entero hasta lograr que apuntara al objetivo; lo que se conseguía apretando o aflojando los cables de las cuatro anclas que sujetaban la bombarda y la prendían en una suerte de red en tensión.

—¡Ahí! ¡No! ¡Demasiado lejos! —gritó uno de los guardiamarinas—. ¡Ancla de proa, en amura de babor…, suelten dos pies!

—Tienen que repetir la operación dos veces al día —comentó Chase—. Supongo que la marea nos hace oscilar un poco.

—¿Cuál es la diana?

—Ese enorme fortín. —Chase apuntó hacia la ciudadela que se alzaba sobre el pequeño muelle de pesca en el que Sharpe esperaba desembarcar esa madrugada—. Los morteros lanzarán sus

proyectiles directamente al foso que lo protege. ¿Qué te parece si nos terminamos la lengua para cenar? De ese modo podrás irte a medianoche.

Todo estaba quedando ya dispuesto para el cañoneo. Se había procedido al engrase de las clavijas del timón a fin de que no chimaran. Y para evitar ese mismo peligro de la delación, sonora o visual, se envolvían también con trapos los escálamos sobre los que se afianzan los remos, y se tiraba de alquitrán de Estocolmo para pintar de negro el casco y las espadillas. La tripulación de la lancha parecía enteramente una partida de piratas, ya que todos sus miembros iban cargados de armas y ataviados con ropas oscuras. Se había nombrado miembro honorario de la dotación de la barca de sabotaje a un marinero danés que hasta entonces había venido desempeñando las funciones de vigía en la amura de babor del *Pucelle*.

—¿Crees que puedes confiar en ese hombre? —preguntó Sharpe a Chase.

—Pondría mi propia vida en sus manos, Richard. Lleva a bordo del *Pucelle* más tiempo que yo mismo. Y Collier necesita que le acompañe alguien capaz de hablar el idioma.

Cayó la noche. Las nubes oscurecían el cielo por completo. Tan densas eran las sombras que Sharpe no alcanzaba a comprender cómo iba a arreglárselas el lanchón para dar con la bocana del puerto. Sin embargo, Chase lo tranquilizó. Le indicó la presencia de un distante farol que despedía un pálido resplandor azul.

—Está colgado de uno de los penóles del *Pucelle*, y vamos a poner otra linterna similar en el palo del trinquete del *Vesuvius*. Hecho eso, el joven Collier solo tendrá que cerciorarse de alinear bien las dos luces azules, ya que de ese modo irá recto como una flecha al objetivo. La marina siempre intenta salir al paso de este tipo de problemas —recalcó el capitán. Pero se detuvo—: Oye, Richard, ¿te importaría mucho que no me despida? No me siento muy bien. No es nada grave, solo algo de lo que he comido. Necesito dormir. ¿Tú te encuentras bien?

—Perfectamente bien.

La despedida había tenido un aire extrañamente brusco, y no parecía demasiado estético que Chase se echara a dormir en el preciso instante en el que la tripulación de la chalupa iniciaba la operación. Sin embargo, el alférez abrigaba la sospecha de que el malestar de Chase se debía más a su estado de nervios que a una molestia estomacal. De hecho, el propio Sharpe se sentía inquieto. Estaba a punto de lanzarse al asalto de una fortaleza enemiga y a hacerlo además en una barca en la que no habría modo de ocultarse si acababan descubriéndoles. Tras observar cómo Chase se dirigía al castillo de popa, esperó en la cubierta media del *Vesuvius*, que no solo era el lugar en el que se agazapaban los grandes morteros, sino también el punto en el que Hopper y sus hombres afilaban sus cuchillos y alfanjes.

Cuando finalmente Collier ordenó el embarque, Sharpe tuvo la impresión de haber estado aguardando toda una eternidad. Después, aún tuvo que esperar otro largo lapso de tiempo para que el conjunto de los hombres, cuyos movimientos se veían entorpecidos por las armas, las bolsas de comida y los odres de agua, terminara de bajar por la escala de cuerda hasta el costado de la bombarda y comenzara a repartir concienzudamente su peso por la barca, en la que apenas se podía respirar, ya que estaba envuelta en vapores de alquitrán. Un extraño desasosiego se había apoderado de los marineros, como si estuvieran a punto de sucumbir a un ataque de risa nerviosa. De hecho, la atmósfera parecía tan inestable que Collier tuvo que darles una áspera reprimenda para conseguir que se callaran. Dando pruebas de una encomiable sensatez, también creyó oportuno cerciorarse a conciencia de que ninguno de ellos llevara las armas cargadas, ya que temía que pudiera producirse accidentalmente el delatador disparo de una pistola o un mosquete. Se puso a llover. No era un aguacero, tan solo una persistente llovizna, pero a pesar de todo consiguió colársele a Sharpe por los intersticios del cuello alto.

La lancha estaba a rebosar. Por lo general, su tripulación podía elevarse a una docena de hombres, pero ahora tenía que dar cabida a quince. Habían embarcado por la borda del *Vesuvius* más alejada de la ciudad y, a una orden de Collier, los hombres empezaron a bogar

suavemente para apartarse de la bombarda. La rotación de los grandes remos en los escálamos no emitía sonido alguno. Sin embargo, una vez que se hubieron distanciado unos pocos metros del *Vesuvius*, Collier ordenó dejar de remar a los hombres.

—La marea nos llevará hasta allí… —susurró a Sharpe. No había ninguna necesidad de hablar en voz tan baja, porque todavía se encontraban a más de una milla de la costa, pero todas aquellas precauciones no venían sino a confirmar lo expuestos que se sentían.

La lancha derivó siguiendo el capricho de las olas y la corriente. De cuando en cuando, los remeros del timón o la proa daban un breve toque de corrección con el remo para mantener bien alineadas las linternas de color azul claro. La tonalidad azulada era extremadamente tenue, casi blanca, y Sharpe, que se revolvía agitadamente en la bancada trasera, quedó asombrado, ya que se le hacía difícil creer que los hombres pudieran ver bien aquellas dos luminarias y distinguirlas del resto de puntos de luz que cabeceaban con la flota. La tripulación, en cambio, permaneció quieta y silenciosa prácticamente todo el tiempo, limitándose a escuchar los reveladores crujidos y chapoteos susceptibles de traicionar la aproximación de un guardacostas danés. Era indudable que tenía que haber al menos un barco enemigo dedicado a realizar labores de patrulla por la zona en la que se encontraban las cadenas de bloqueo del puerto. Lógicamente había que evitar cualquier incursión de ese tipo, y era más que probable que las autoridades de Copenhague sospecharan que los ingleses podían mandar una lancha al amparo de la oscuridad, ya viniera del *Pucelle* o de otro navío.

Unas cuantas luces ardían en la ciudad, proyectando alargados y vacilantes reflejos sobre la negra lámina del agua. De levante sopló de pronto una ráfaga de viento frío. Su embate vino a estrellar pequeñas ondas contra el casco del lanchón. Un fuerte escalofrío sacudió a Sharpe. Empezaba a percibir con nitidez el olor del puerto, una agria mezcla formada por el agua estancada y los putrefactos residuos retenidos por los largos murallones de los embarcaderos de piedra. En las murallas de la ciudadela se encendió brevemente una llamita que vino a morir prácticamente al instante.

Sharpe supuso que debía de tratarse de un centinela que acababa de encender la pipa. Se volvió y comprobó que los fanales de posición de la flota británica parecían ya perdidos en la lejanía, semiborrados por la lluvia… De repente, un silbido procedente de la proa de la lancha petrificó a la dotación entera. Sharpe oyó un suave chapoteo, muy cerca, junto con el quejido de un remo en el tolete. Tenían a un guardacostas enemigo encima. Sharpe aguardó, sin atreverse siquiera a respirar, pero el siguiente chapaleo se escuchó más débilmente. Le pareció ver el blanco relumbre de espuma de un remo que hería las aguas, pero no tenía forma de determinarlo con seguridad. Collier y sus hombres se habían agachado al máximo, metiendo el torso entre las rodillas, como tratando de confundirse con la oscura superficie del mar para eludir la inquisitiva mirada de la patrulla enemiga.

El rojizo resplandor de los faroles del patio central de la ciudadela caldeó de improviso el tramo alto de sus murallas. La lancha había empezado a derivar con mayor rapidez, arrastrada por la fuerte marea. Sharpe, que no alcanzaba a divisar el atracadero, trató de no pensar en los grandes cañones daneses que asomaban por las troneras que se cernían amenazadoramente sobre su cabeza. Cargada de metralla, una sola de aquellas pesadas piezas podía transformar la lancha en un amasijo de astillas sanguinolentas. Un primer reloj dio la una en la ciudad.

De pronto, la lancha chocó contra un obstáculo. Sharpe se agarró a la borda, pegajosa a causa del revestimiento de alquitrán. En un primer momento pensó que habían topado con las cadenas del bloqueo del puerto, o que tal vez habían embestido alguna roca. Pero un instante después se percató de que los hombres de proa saltaban ágilmente de la lancha. Habían llegado al muelle, certeramente guiados por las luces azules. Al ser arrojadas a lo alto del dique, las grandes bolsas de víveres y municiones se estrellaron en el suelo con una larga serie de golpes sordos.

—El bote se queda aquí, sin más —susurró Collier—, dejadlo a la deriva.

Sharpe avanzó a tientas para trepar después, un poco a trancas y barrancas, hasta una plataforma de madera impregnada de un fuerte

olor a pescado.

—¿Y ahora hacia dónde tiramos, Richard? —se oyó decir a alguien en voz muy baja.

El alférez se volvió con brusquedad, totalmente asombrado.

—¿Es usted, señor…?

—Shhh… —El capitán Chase desenvainó su afilada sonrisa en la oscuridad—. El almirante Gambier me cree indispuesto, pero no podía dejar que estos chavales se ocuparan de todo el jaleo sin mí. —En el rostro de los «chavales» se pintó una complacida expresión risueña. Sabían que su superior era de la partida, y esa había sido justamente la razón de que se mostraran tan emocionados al dejar el *Vesuvius*—. Bueno, Richard, lo dicho…, ¿adónde vamos ahora? —preguntó Chase.

—¡No debería estar aquí, señor! —exclamó Sharpe con sigilosa vehemencia.

—¡Y tú tampoco, por Dios santo! Además, ya es un poco tarde para venirme con esas advertencias, ¿no te parece? —Chase vestía de uniforme, pero en ese momento un capote marinero le cubría los hombros—. Adelante, Richard, adelante. Guíanos.

Sharpe precedió furtivamente al grupo a lo largo del muelle, sin que un solo instante se alejara de su mente la presencia de los inmensos cañones que aguardaban, boquiabiertos, a menos de cien pasos de distancia. Superado ese primer obstáculo, tomó el camino por el que había paseado en compañía de Astrid. Los miembros del destacamento tenían la sensación de que sus quince pares de botas hacían un ruido terrible. Entonces, cuando aún no habían avanzado siquiera veinte pasos por el muelle, una voz les dio el alto desde el parque en el que se había instalado la batería de cañones de campaña protegida por fajinas.

El marinero danés que acompañaba al grupo de Chase se encargó de responder. Sonó una breve risita en la oscuridad, seguida de un nuevo borboteo de palabras ininteligibles para los ingleses. Salvo el danés, todos los marineros se habían inmovilizado con las manos en las armas, pero el tono de la conversación parecía tranquilizador, así que Chase continuó abriendo la marcha.

—¿Qué les has dicho? —preguntó el capitán a su hombre de confianza al alejarse de la artillería.

—La verdad —aseguró el interpelado—. Les he explicado que somos combatientes británicos y que venimos a hacernos con la flota.

—¿Qué has hecho qué? —saltó Chase en tono de alarma.

—Mi madre siempre ha dicho que las mentiras me llevarían de cabeza al infierno, señor. Después les expliqué que se había abierto una vía de agua en nuestro bote y que estábamos de regreso. Cree que somos la tripulación del guardacostas, señor.

Chase rio entre dientes. De las lámparas de la ciudad se filtraba un débil resplandor, pero alcanzaba a iluminar con una suerte de claridad borrosa la carretera que bordeaba el amarradero del puerto, repleto de barriles de comida apilados, evidentemente reunidos con el objetivo de hacer frente a un asedio.

—¿No te parece que todo esto es jodidamente extraño, Richard? —preguntó Chase.

—Ya lo creo que sí, señor.

—¡Dios mío! ¡Estamos en una fortaleza enemiga! ¿Quién lo diría? —Chase trató de entrever lo que ocurría en los callejones, evidentemente decepcionado por la poca actividad que detectaba. Todo parecía indicar que la ciudad dormía, y no solo los civiles, también los soldados de la guarnición.

«¡Qué inocente es esta gente!», pensó Sharpe. Por muy sitiada que estuviera, la ciudad de Copenhague quería continuar con la rutina cotidiana. Era verdad que nadie deseaba una guerra, pero Sharpe tuvo la sensación de que la gente creía, contra toda lógica, que bastaría con ignorar el conflicto para conseguir que desapareciera como por ensalmo. Todo lo que Dinamarca ansiaba era que se la dejara en paz mientras Europa se entregaba a sus propios demonios. Sin embargo, la realidad era que los daneses disponían de barcos y que, por ello mismo, estaban abocados a luchar, les gustara o no.

Pasaron frente al palacio de Amalienborg. Era un lugar en el que por fuerza habrían tenido que encontrar centinelas, pero ninguno

salió al paso de la incursión inglesa, pese a que sus pasos resonaran con indeseado estrépito en los muros de la regia mansión. Un gato profirió un maullido en alguna parte, y las ratas se escabulleron en la oscuridad. El malecón, en el que no se había visto prácticamente un solo buque el día en que el príncipe heredero partiera en dirección a Holstein, se encontraba ahora casi abarrotado, sin apenas sitio para amarrar una sola embarcación más. Se trataba en casi todos los casos de barcos mercantes decididos a ocultarse a los ojos de la flota británica. Impulsada por las intensas rachas de viento, la lluvia azotaba insistentemente los altos aparejos de los bastimentos.

—No puedo quitarme de la cabeza la idea de que voy a despertarme de un momento a otro y a descubrir que todo esto no es más que un sueño —aseguró Chase.

—Todavía no hemos llegado al puerto interior —advirtió Sharpe.

Lo más lógico era pensar que los daneses tendrían bien protegida la flota, pero no se veía signo alguno que lo confirmara, entre otras cosas porque no había un solo centinela en el camino de ronda. Los mástiles y los cordajes de las embarcaciones de guerra parecían adensar todavía más la oscuridad, pese a la tenue luz rojiza que les prestaba el brasero que ahuyentaba las sombras junto a la garita alzada a corta distancia de los dos buques a medio construir que aguardaban el amanecer en las gradas. Sharpe supuso que se trataba de un puesto de guardia, porque había una pequeña caseta cubierta, aparentemente diseñada para procurar abrigo a un vigía. Sin embargo, el chiscón estaba vacío. Chase recorrió al frente de sus hombres el muelle de piedra que separaba el puerto interior del exterior. Todo parecía desarrollarse de un modo absurdamente fácil. Los daneses habían amontonado la flota en la ensenada, y los navíos se encontraban inverosímilmente apretujados, tanto que las regalas se entrechocaban, las proas de los buques de guerra rascaban el muelle, los baupreses se balanceaban por encima del paseo marítimo. Chase señaló con un gesto el primer barco, y sus hombres treparon con adiestrada soltura a las redes sujetas bajo los beques. Instantes después desaparecían, uno por uno, al otro lado de las

amuras de proa. Sharpe esperó a que hubiera pasado el último fardo al escondrijo e imitó su ejemplo, aunque no con tanta agilidad.

El barco estaba oscuro como boca de lobo. Nadie les pidió el santo y seña. Bajaron a tientas por las escalerillas hasta alcanzar la cubierta inferior, igualmente desierta. Una vez allí, permanecieron alerta, como ladrones embozados en la noche, y esperaron.

* * *

El general Peymann estudió detenidamente la carta que acababan de llevar a la ciudad dos oficiales británicos amparados por una bandera blanca. Los mandos del ejército inglés aguardaban su respuesta al otro lado de una de las puertas de acceso a la capital.

La misiva había sido redactada en inglés, y el general no dominaba lo suficiente ese idioma como para penetrar las alambicadas fórmulas de cortesía que acostumbra a exigir la diplomacia, de modo que pasó el papel a Lavisser.

—¿Sería tan amable de traducirme esto, comandante? —solicitó al antiguo Guardia de Infantería de Su Majestad británica.

Lavisser leyó en voz alta una versión comprensible del escrito. Recorrió a vuelapluma los cumplidos y florituras de rigor, para después reducir la marcha al llegar al meollo del asunto, que apenas era otra cosa que una neta exigencia de rendición de la ciudad.

—«Al momento presente, los abajo firmantes, estando nuestras tropas a sus puertas y nuestras baterías artilleras listas para abrir fuego, tenemos a bien renovarle la oferta en los mismos términos, ventajosos y conciliadores, que ya han sido propuestos a la corte de Dinamarca por medio de los ministros de Su Majestad británica». Nada nuevo bajo el sol, señor… —comentó sarcásticamente Lavisser—. «Si consiente usted en proceder a la entrega de la flota danesa y a que nosotros la llevemos a otra parte, su armada quedará en depósito y a la futura disposición de la corona danesa, a fin de serle restituida en su momento, junto con todos sus pertrechos, en

tan buen estado como se hubiere recibido; cláusula esta a la que habrá de darse cumplimiento tan pronto como las disposiciones del venidero acuerdo de paz general hayan eliminado el estado de necesidad que ha ocasionado este requerimiento». El escrito viene firmado tanto por el almirante Gambier como por el general Cathcart, señor —agregó Lavisser al tiempo que arrojaba la carta.

Peymann se sentó a la mesa y contempló con expresión sombría el pliego de condiciones que acababan de leerle.

—¿No dicen nada de un posible bombardeo de la ciudad?

—No de un modo tan explícito, señor.

—Pero ¿serán capaces de hacerlo? —insistió Peymann.

—No se atreverán —respondió uno de los edecanes—. Se ganarían el desprecio de Europa entera.

—Pero si llegaran a perpetrar ese ataque… —intervino un tercer ayudante de campo—, no tendremos más remedio que resistir. Los bomberos están preparados para intervenir.

—¿Qué bomberos? —inquirió mordazmente Lavisser—, No hay más que siete brigadas de bombeo en toda la ciudad.

—¿Siete? ¡¿Solo siete?! —exclamó Peymann, alarmado.

—Hay dos que están sufriendo reparaciones en este mismo momento, señor.

—¡Siete no alcanzarán a sofocar los fuegos que se declaren! —bramó el general.

—Queme la flota —sugirió Lavisser con aparente calma—. Cuando vean que el botín se ha esfumado, se marcharán, señor.

—Nuestra misión es proteger la flota —replicó Peymann—. Entregaremos los buques a las llamas si es preciso, pero solo como último recurso. —El general suspiró y llamó por señas a un secretario a fin de que redactara la nota de réplica a la demanda inglesa—. «Muy señores míos» —comenzó a dictar, pero después se detuvo brevemente, sumido en hondas cavilaciones—. «Continuamos convencidos de que nuestra flota, propiedad indiscutible del reino de Dinamarca, se halla tan segura en manos de Su Majestad danesa como pueda estarlo en las del rey de Inglaterra». —La frase le había salido felizmente redonda, pensó. ¿Debería

mencionar la eventualidad de un bombardeo? Tras una sesuda reflexión, Peymann concluyó en su fuero interno que debía intentar sacudir las conciencias de los británicos—. «Nuestro dueño y señor jamás ha realizado acto de hostilidad alguno que pudiera contrariar al que rige sus destinos» —prosiguió—, «y si su crueldad llega al extremo de empeñar su prestigio nacional en la destrucción de una ciudad que no ha dado el más mínimo motivo para semejante arremetida, le aseguro, señor, que nuestra capital sabrá hacer frente a su destino». —Peymann observó el ágil vuelo del plumín del escribano—. No nos bombardearán —dijo, como queriendo convencerse a sí mismo—. No lo harán; no puede ser.

—No es posible, efectivamente —añadió un ayudante.

—Sería un puro acto de barbarie —opinó un tercero.

—Desde luego habrá un asedio, de eso estoy seguro —dijo Peymann, con la doble esperanza de estar en lo cierto y de que la cosa no pasara de ahí.

* * *

Eso era desde luego lo último que deseaban Chase y sus hombres, dado que no tenían más remedio que permanecer escondidos hasta que la ciudad se rindiera. El propio Chase, que era un eterno optimista, dudaba de que la suerte los acompañase lo suficiente como para permanecer sin ser vistos las largas semanas o meses que podía durar el cerco si se prolongaba. Y, si Chase se había atrevido a desafiar la prohibición del almirante Gambier y a penetrar en la ciudad, había sido porque creía que los daneses se rendirían rápidamente en cuanto los morteros comenzaran a hablar.

—No lo olvides —le dijo a Sharpe por la mañana—, es probable que nos veamos obligados a refugiamos aquí durante varios meses. Las bodegas están repletas de cerdo en salazón. Hay incluso unos cuantos barriles de agua. Apesta un poco, pero no es peor de la que tenemos costumbre de beber. —La luz del alba había permitido

descubrir que se encontraban en el mayor buque de la flota danesa, el *Christian VII*, dotado con noventa y seis cañones—. ¡Es casi nuevo! —exclamó Chase a medio metro de Sharpe—, y muy bien construido… ¡Muy bonito, la verdad!

Las autoridades danesas habían desalojado a la tripulación y sacado tanto los cañones como la munición. Sin embargo, habían tenido la precaución de colocar unos enormes fardos de lona con productos inflamables en todas las cubiertas. De los bultos incendiarios se veían partir además unas largas mechas que terminaban en el castillo de proa. No había ningún enemigo a bordo, pero por la tarde, mientras la mayor parte de los hombres de Chase dormía tranquilamente, vencidos por el aburrimiento, se oyó de pronto el sonido de unos pasos. Los marinos, ocultos en el polvorín de proa, cogieron rápidamente las armas mientras Chase, alarmado, se llevaba imperiosamente el índice a los labios.

El ruido de pisadas descendió hasta alcanzar la cubierta situada inmediatamente por encima del comando inglés. Parecían corresponder a dos personas. Quizá viniesen a revisar las mechas o tal vez se proponían saquear la bodega del barco. En ese momento, sin embargo, uno de los intrusos soltó una carcajada y comenzó a entonar el fragmento de una canción. Era una voz de mujer. Instantes después una nueva serie de sonidos vinieron a revelar a las claras la intención última de la pareja que había subido a bordo.

—Si luchan con tanto ahínco como el que ponen en la jodienda… —susurró Collier. Pero el capitán Chase, que no estaba para bromas, lo mandó callar.

Los amantes acabaron marchándose, dejando a los hombres de Chase atareados con el pan y los fiambres de morcilla de cerdo.

—Ha sido Florence la que me ha enviado estas delicias cárnicas —explicó Chase—, y además me ha comentado que las ha hecho con los cerdos que nosotros mismos criamos. ¡Están buenísimas! ¿A que sí? Y, por cierto —se interrumpió para cortarse otra tajada del pálido embutido—, ¿qué planes tienes, Richard?

—Voy a la caza de un hombre —señaló tajantemente Sharpe. «Y a ver a una mujer», añadió para sus adentros. Llevaba todo el día

luchando contra la tentación de presentarse en la plaza de Ulfedt, pero la prudencia le había hecho recapacitar y sugerido la posibilidad de aguardar a que regresaran las sombras.

Chase reflexionó unos instantes.

—¿Por qué no esperas a que la ciudad claudique?

—Porque para entonces mi objetivo ya se habrá puesto a cubierto, señor. Pero no se preocupe, capitán, esta noche podré salir sin excesivo peligro. —«Sobre todo si empieza el cañoneo», pensó Sharpe.

Chase sonrió.

—¿Sin peligro?

—Cuando comiencen a caer esos obuses, señor, ya podría usted ordenar que los soldados del primer regimiento de la Guardia de Infantería desfilaran desnudos por el centro de la ciudad que nadie notaría su presencia.

—Eso suponiendo que se abra, efectivamente, fuego de mortero —respondió Chase—. Puede que los daneses decidan actuar sensatamente, después de todo…, ¿no crees? A lo mejor optan por la rendición.

—Rezo por ello —repuso a su vez el alférez con auténtico fervor, pero lo cierto es que tenía la impresión de que los daneses podían ser gentes sumamente obstinadas. Estaba en juego su orgullo, y quizá no creyeran realmente que los británicos se atrevieran a utilizar en último término sus morteros y obuses.

La tarde salió soleada, y el ascenso de las temperaturas secó la ciudad, que llevaba días sufriendo el azote de la lluvia y estaba empapada. Los tejados de cobre sacaron a relucir sus verdosos resplandores, y el sol dibujó sobre las calles la sombra lechosa de las humaredas, continuamente renovadas por la artillería danesa. Los cañones habían estado estremeciendo el aire desde primera hora de la mañana, tundiendo la tierra y abatanando las fajinas próximas a las baterías británicas. Los inmensos cañones navales, arrebatados a los buques vacíos de la dársena, habían sido dispuestos a barbeta, lo que significa que, al no haber troneras suficientes en las que guarecerlos, las piezas tenían que montarse y disparar al descubierto,

directamente por encima del parapeto del murallón de la fortaleza. Por su parte, los artilleros ingleses esgrimían ávidamente los catalejos a fin de observar con ojos codiciosos esos bronces al aire, ya que no resultaba difícil destruir unos tubos estacionados de ese modo.

Los achaparrados morteros británicos seguían atrincherados en sus soportes. Los auxiliares de tiro ya habían cortado las mechas de los proyectiles. Todo lo que quedaba por hacer era tomar la decisión de aplicar los botafuegos a los estopines.

Al otro extremo de Selandia, el sol se zambulló en las doraduras del horizonte e inflamó el cielo. El último rayo del astro vino a acariciar, como de intento, la blanca cruz de una bandera danesa suspendida en la punta de la mayor grúa mastelera de la ciudad. La enseña se encendió un instante, pero después una oscuridad térrea la deglutió, certificando la defunción del día. Los cañones daneses enmudecieron al fin, y su humazo comenzó a deshilacharse y a derivar suavemente hacia poniente. En la iglesia de Nuestro Salvador, cuya elegante escalinata ascendía airosamente por el exterior, envolviendo en una ingrávida espiral su vertiginosa aguja, la congregación de fieles rezaba pidiendo a Dios que salvara a la ciudad e infundiera docta cordura al general Peymann. Este, por su parte, ajeno a las plegarias, se hallaba a la mesa, dando cuenta de una suculenta cena a base de sardinas. Tres rorros, venidos al mundo ese mismo día en el Hospital de la Maternidad situado entre las calles de Bredgade y Amaliegade, dormían el sueño de los justos. Una de las madres había contraído unas fiebres, y los médicos la habían arropado con frazadas de franela y administrado una mezcla de brandi y pólvora. En las tabernas de la capital, repletas a rebosar de marineros, liberados todos de servicio, tras acabar con las tareas defensivas, otras gargantas envasaban también brandi, aderezado con barriles de akvavit. Los siete ingenios contraincendios de la población —unos vastos depósitos de metal montados sobre sendos chasis de madera provistos de cuatro ruedas y unas monstruosas bombas de doble palanca en la parte superior— aguardaban la orden de intervenir en las esquinas de las calles. Otra piadosa feligresía se

había reunido en el templo de Holman, al que acudían a encomendarse al Todopoderoso los hombres de la armada. Sus componentes suplicaban al Altísimo que no se hiciera necesario echar mano de los vehículos de lucha contra el fuego. Entretanto, en el arsenal de Tojhusgade, los más recientes voluntarios de la milicia recibían de sus superiores los últimos y maltrechos mosquetes, cubiertos de costurones y reparaciones de fortuna. Si los británicos conseguían abrir brecha en las murallas y entrar al asalto en la ciudad, todos los trabajadores de las fábricas de cerveza, secundados por una legión de oficinistas, carpinteros y albañiles, saldrían a defender sus hogares. En Tolboden, en un tallercito lindante con el muelle de la Aduana, un tatuador se afanaba en decorarle la espalda a un marinero, grabándole en la piel un intrincado dibujo en el que el león británico sucumbía ahogado a manos de una pareja de navegantes daneses.

—Hay reglas que rigen la guerra justa —señaló el general Peymann a los invitados que compartían mesa y mantel con él—, y no debemos olvidar que Gran Bretaña es una nación cristiana.

—Lo es, lo es… —quiso confirmar el capellán de la universidad —, pero también es verdad que son gentes extremadamente discutidoras.

—Pero, por belicosos que sean, no van a dar trato de combatientes a las mujeres y los niños —insistió Peymann—. ¡Y menos aún a mujeres y niños *cristianos*! ¡No en pleno siglo XIX! —protestó vehementemente el general—. ¡No estamos en la Edad Media, caramba!

—Estas sardinas están exquisitas —aseguró el capellán para cambiar de tema—. Supongo que se las traen de Dragsteds, ¿no es cierto?

En ese mismo momento, tanto en quince baterías británicas como a bordo de dieciséis bombardas y de diez lanchones específicamente adaptados para la correcta instalación de unos cuantos morteros de pequeño tamaño, los oficiales de artillería consultaban sus relojes. Junto a las baterías de tierra se había emplazado una larga serie de misiles, dispuestos para su lanzamiento

en otras tantas rampas triangulares. Aunque todavía no había oscurecido del todo, las sombras eran ya lo suficientemente densas como para ocultar las hileras de piezas pesadas a los ojos de los vigías apostados en la muralla de la capital, que evidentemente eran incapaces de detectar las gruesas fajinas que protegían los largos tubos de bronce que los auxiliares de artillería empujaban a un lado.

En la vertical de la ciudad, se abrió de pronto un claro entre las nubes, y por él se asomaron las primeras estrellas de la noche.

En una de las baterías frontales brilló la brasa de un botafuego.

—Me da la impresión de que no solo amenazan con caer en el comportamiento más abominable —afirmó el general Peymann—, también parecen abrigar la esperanza de que demos auténtico crédito al peligro. Sin embargo, el sentido común y el humanitarismo acabarán prevaleciendo… Es imposible que no logren prevalecer.

—El cristianismo triunfará —insistió el capellán de la universidad—. Un ataque directo a los civiles equivaldría a ofender a Dios mismo. ¡Huy! ¿Eso es un trueno? —exclamó sobresaltado—. Y yo que creía que el tiempo iba a aclarar…

No hubo respuesta y nadie movió un solo músculo. Había sonado exactamente igual que un inicio de tronada, pero Peymann no se llamó a engaño. Era el estampido de un cañón. La detonación se había producido muy lejos, pero siendo un sonido tan fuerte, de esos que percuten en las entrañas, estaba claro que se trataba de un mortero de grueso calibre.

—Que Dios nos ayude… —exclamó el general en voz muy baja, pero rompiendo a pesar de todo el espeso silencio que se había adueñado de la sala.

La primera bomba describió un gran arco hacia el cielo. La espoleta en llamas la coronaba de una fina línea de chispas y le añadía una tenue cola de humo. El tiro había sido una señal, porque de todas las baterías de tierra del flanco occidental de la ciudad y de todos los navíos anclados en el canal partió el eco letal de los demás morteros. El disparo hizo retroceder varios metros las ruedas de los obuses británicos, que enviaban ahora su cortejo de misiles tras las

bombas de los morteros.

Las refulgentes brasas de las mechas de las carcasas alcanzaron el cénit de su vuelo y la larga fila de rojos chispazos comenzó a curvarse en la oscuridad.

Los artilleros procedían ya a recargar sus armas. Las primeras bombas podrían haberse tomado por una lluvia de pálidas estrellas fugaces. Después, al comenzar a ulular en su vertiginosa caída, las estelas de los proyectiles parecieron concertarse y adoptar rumbos convergentes. Dios no se había mostrado clemente, los ingleses demostraban no conocer siquiera esa palabra, y Copenhague se veía abocada a una larga agonía.

* * *

La primera bomba perforó limpiamente un tejado, acompañada de una cascada de tejas rotas, demolió un falso techo de estuco y fue a detenerse en el rellano más alto de una escalera, donde permaneció un instante, haciendo humear, indecisa, la punta de su espoleta, antes de rodar por los escalones e ir a parar al segundo rellano. No había nadie en la casa.

Por un instante, se habría dicho que la carcasa del proyectil del mortero no iba a explotar. La mecha se consumió en el orificio del taco de madera que tapaba la boca de relleno del artefacto. El humo desapareció. Del techo reventado cayeron aún unos cuantos pedazos de yeso. La bomba —una bola de metal negro y treinta y tres centímetros de diámetro— quedó inmóvil. Sin embargo, la mecha seguía ardiendo y avanzaba, implacable, hasta consumir la última pulgada de nitrato potásico, azufre y pólvora molida. Finalmente, la chispa tocó la carga, y la bomba, con un demoníaco sobresalto, pulverizó toda la planta alta de la casa. En ese mismo momento, el resto de los artefactos de la primera andanada empezaron a estamparse estrepitosamente en las calles vecinas. Una chiquilla de siete años a la que sus padres habían mandado a la cama sin cena

por no haber sabido controlar la risita nerviosa durante las plegarias de la familia fue la primera víctima mortal de la ciudad, aplastada por el proyectil de mortero de once pulgadas que había atravesado el techo de su habitación.

En la capital se declararon los primeros focos incendiarios.

Ochenta y dos morteros entonaban el aria de fuego. Los auxiliares ajustaban su alcance variando la cantidad de pólvora de la carga, pero los artilleros ya habían especificado previamente el margen de variación de los volúmenes de explosivo de cada disparo a fin de conseguir que las bombas cayesen todas en las mismas zonas de la plaza asediada. En el norte, los misiles caían en el interior de la ciudadela misma, pero en el sur las bombas se estampaban en las calles más próximas a las murallas. Las dotaciones de los ingenios contraincendios hacían retumbar el suelo al desplazar sus pesados vehículos para combatir los primeros siniestros, pero la gente despavorida que trataba de huir del bombardeo en dirección contraria les dificultaba seriamente el avance. Un obús de trece pulgadas se desplomó, intacto, en medio de la multitud, y milagrosamente nadie resultó herido. El rescoldo carmesí de la espoleta señaló su presencia en la oscuridad y un hombre trató de apagarlo con la bota. Sin embargo, la bomba explotó, lanzando el pie del hombre, junto con un reguero de sangre, al otro lado de la calle, invadida por un unánime aullido de pánico. La negra sangre, mezclada con trozos de carne, salpicó las fachadas de las casas. Las familias intentaban salvar sus pertenencias de valor, llevándoselas lejos de la zona atacada y congestionando todavía más las callejuelas. Unos cuantos lugareños buscaron refugio en las iglesias, creyendo que el enemigo respetaría su derecho de acogerse a sagrado, pero las llamas se cebaban con idéntica fruición en templos y domicilios. Una de las bombas reventó en la galería de un órgano, dispersando los gigantescos tubos como simples briznas de paja. Otra mató a diez personas en una de las naves del edificio. En otros casos, los artefactos fallaban y permanecían en el suelo, como una negra y maligna cuenta pendiente. Un artista que reunía precipitadamente papel, pinceles y carboncillos, vio caer un obús pequeño que decidió

quedarse inmóvil, tras triturar el tejado, junto a la cama deshecha de la que acababa de sacarle el bombardeo. El hombre cogió el orinal, que todavía no había vaciado de su contenido nocturno, y lo vertió íntegramente sobre el proyectil. Con un fiero siseo, la mecha se apagó, dejando en el aire la llevadera venganza de un hedor espantoso.

Los focos de los incendios se multiplicaron. Los más virulentos intentaban saltar a las calles desde los tejados, auxiliados por la constante lluvia de bombas que terminaba de demoler las techumbres y de avivar las llamas. Además, los británicos habían empezado a lanzar carcasas incendiarias, es decir, obuses huecos, no concebidos para estallar sino para diseminar el fuego. Los de mayor calibre, escupidos por los grandes morteros de trece pulgadas, pesaban lo mismo que un hombre adulto, y estaban rellenos de nitrato potásico, azufre, antimonio y brea. Su ignición elevaba la temperatura del proyectil a niveles propios de un horno de fundición, y las llamas salían proyectadas por los orificios practicados en las envolturas metálicas, y con tal fuerza que ninguna bomba de agua contraincendios lograba saciar la devastadora energía destructiva de aquellos monstruos. En el cielo diluido persistían aún los residuos del resplandor crepuscular, atigrado por el brillo ambarino de las espoletas y sus estelas de humo. Al cabo de un rato, las hilazas grises giraban, titubeantes, y se dejaban trenzar por el viento antes de desvanecerse, aunque solo para renacer, reforzadas, del aliento de la siguiente tromba de bombas y carcasas. Finalmente, crecía en los vellones de humo el rojo reflejo de las llamaradas que florecían en la mucho más espesa y bullente humareda que emitía a borbotones la ciudad, convertida en un terreno acribillado de cráteres y cubierto de cascotes, súbitamente poblado de techos rotos y hogares incendiados. Los trozos de los obuses despanzurrados cruzaban silbando como mortales golfillos las calles de la población. Entre chasquidos metálicos, los primeros vehículos de lucha contra el fuego irrumpieron en el dantesco escenario. Las mangueras de cuero latían al ritmo de los hombres que accionaban desesperadamente, arriba y abajo, las inmensas bombas de agua,

pero sus artificiales cataratas resultaban inútiles. Mientras tanto, las bombas seguían apisonando ciegamente la ciudad, en cuyo lado oeste destellaba el estruendoso anillo de flores de fuego de las baterías. Las bombardas amarradas a puerto se sacudían con fuerza con cada pulsación de los morteros. Las ráfagas de luz arrojaban intensos relámpagos azafranados sobre cadenas y cordajes, envolviéndolas después, como para enfriarlas, en un sudario de humo azulado. Los cañones de largo alcance ingleses martilleaban las murallas de la urbe, que parecía querer facilitar su propia destrucción al trazar con una larga hilera de fogatas su perfil. Entretanto, los misiles abandonaban las rampas entre blancas fosforescencias y aullaban por el aire, imprimiendo a sus cabezas explosivas una errática trayectoria que terminaba por estrellarse indiscriminadamente en las avenidas y paseos de la ciudad.

Sharpe recorría en ese momento las calles de Copenhague. Colgando de un hombro llevaba su fiel rifle, y en el otro, el mosquete de siete cañones. Pese a tan especial atavío nadie reparó particularmente en su presencia. Los hombres corrían en dirección al fuego, las familias huían de los incendios, y la localidad entera se sacudía con los salvajes mazazos de las bombas. Si Sharpe caminaba hacia el almacén de Skovgaard era porque no se le ocurría que otra cosa podía hacer. No tenía sentido dejarse caer por la calle Bredgade, ya que estaba convencido de que Lavisser se hallaría en compañía de su general; o tal vez en las murallas de la ciudad. En cualquier caso, el casaca verde no tenía ni idea de por dónde empezar a buscarlo.

Aquello daba a Lavisser un día más de vida, pensó Sharpe, así que lo mejor era ir en busca de Astrid. Además, eso era justamente lo que más deseaba, lo que lo había tenido obsesionado todo el día mientras aguardaba en la oscura y maloliente cubierta inferior del buque de guerra danés. El alférez no podía tener la certeza de que Astrid fuera a recibirlo con los brazos abiertos, sobre todo ahora que las bombas de sus compatriotas estaban haciendo temblar a la población entera, pero el instinto le decía que a la joven le complacería verlo llegar. Estaba casi seguro, en cambio, de que su

padre desaprobaría su irrupción en escena y de que Aksel Bang se pondría furioso. ¡Pero que se fueran a la mierda los dos! ¡A él qué más le daba!

Ya había oscurecido, pero la ciudad, convertida en un brasero, lo iluminaba todo en rojo. Sharpe percibía perfectamente el rugido y la crepitación de las rabiosas lenguas de fuego, avivadas por la caída de las bombas que demolían vigas, techumbres y entarimados, y por el desgarrador estallido de sus cargas de pólvora. Vio resbalar de pronto, como un trineo desbocado sobre los adoquines de la calle, un misil inerte que en su loca carrera, orlada de rubias crines de fuego, hacía piafar de terror a un caballo que tiraba de un carro de barriles de agua de mar en el puerto. Una guirnalda púrpura delineaba la silueta de una de las agujas de la catedral, envuelta en humo. Sharpe se extravió brevemente en el dédalo de callejuelas, pero enseguida percibió el olor de la destilería de ginebra de la capital y se guio por el olfato hasta la plaza de Ulfedt, muy alejada del barrio en el que estaban lloviendo las bombas. Llamó con fuerza a la puerta de Skovgaard, tal y como había hecho la noche de su llegada a Copenhague.

Oyó abrirse una de las ventanas de guillotina y retrocedió unos cuantos pasos para dejarse ver.

—¡Señor Skovgaard! —gritó.

—¿Quién es? —se oyó decir. Era la voz de Astrid.

—¡Astrid!

Se produjo una pausa.

—¿Alférez Sharpe? —El timbre de voz de la muchacha expresaba incredulidad, no reproche ni enfado—. ¿Eres tú…? —preguntó—. ¡Aguarda! —El instinto del casaca verde no le había fallado, porque lo primero que vio al abrirse la puerta fue la sonrisa de la joven, aunque, inmediatamente después, la expresión jovial se frunció en un gesto de disgusto y preocupación—. ¡No deberías estar aquí! —dijo Astrid, bajando involuntariamente la voz.

—Pues lo siento, pero aquí me tienes…

Astrid lo miró fijamente un instante, pero luego se volvió con decisión hacia el vestíbulo.

—Voy a por un abrigo —explicó mientras se dirigía a un armario—. Mi padre no está. Ha ido con Aksel a una reunión de rezo, pero yo tenía idea de ir al orfanato. Además, he prometido a papá que no saldría de casa sola. Y, dado que tú ya estás aquí… —Astrid sonrió de nuevo—. ¿Pero cómo se te ha ocurrido venir?

—Para verte.

—Me parece que los ingleses unís la locura a la crueldad. Espera que encuentre una llave. —No tardó en dar con la de la puerta principal—. ¿Por qué nos estáis bombardeando? —quiso saber Astrid.

—Porque se han vuelto más locos que de costumbre —contestó Sharpe.

—¡Hacéis muy mal! —aseguró ella con una veta de fiereza en la voz—. No puedo creer lo que estoy viendo… ¡Es horrible! Espera un momento. Tengo que dejarle una nota a padre. —Astrid se desvaneció un instante en las oficinas del almacén y reapareció con el abrigo y el sombrero puestos. Cerró con llave la puerta de la entrada, y después, como habría hecho con cualquier viejo amigó, se enlazó del brazo del inglés—. ¡Ven! —le dijo, al tiempo que lo conducía hacia el infernal resplandor cobrizo y el punto en el que más fuerte bramaban las llamas—. ¡Debería estar furiosa contigo!

—Yo lo estoy con ellos —confesó Sharpe.

—¿Pero es que no saben que aquí hay mujeres y niños?

—Lo saben de sobra.

—Y entonces, ¿por qué…? —No pudo terminar la frase, dominada por un sentimiento de furia incontenible.

—Porque no quieren que vuestra flota se llene de franceses y que luego intenten invadirnos.

—Quemaríamos la armada antes de verla en manos de Napoleón… Y también lo haríamos si intentáis arrebatárnosla —afirmó tajantemente Astrid, que en ese mismo momento se aferró con todas sus fuerzas al brazo de su acompañante, sobresaltada por la deflagración de tres bombas muy seguidas—. Si las llamas se acercan al hospital —señaló—, tendremos que evacuar a los chiquillos. ¿Nos ayudarás?

—Por supuesto.

El estruendo de las bombas se iba intensificando a medida que se aproximaban a la ciudadela. Los proyectiles se precipitaban a velocidad de vértigo sobre el fortín danés, transformando la plaza de armas en una caldera de magma ardiente. El bombardeo había dejado intactas las callejuelas de las inmediaciones, que por consiguiente se encontraban atestadas de gente hipnotizada por la humareda anaranjada que borboteaba en lo alto de los murallones de la fortaleza. El hospital infantil tampoco había sufrido ningún daño. Astrid condujo a Sharpe al interior, pero allí no se necesitaba más ayuda, dado que una docena de mujeres habían acudido ya a tranquilizar a los chavales, a los que ahora, reunidos en el dispensario, les estaban contando un cuento. Sharpe permaneció en el patio, semioculto en las sombras de un balcón, y allí seguía cuando seis oficiales daneses cruzaron sin previo aviso la puerta abovedada del orfanato. Encabezaba el grupo un individuo de avanzada edad y fuerte complexión envuelto en un capote oscuro y tocado con un bicornio costal de orlas doradas. Todo parecía indicar que había venido a comprobar si se habían producido desperfectos dignos de consideración en el hospital, solo eso. Movidos por la curiosidad, algunos de los ayudantes de la comitiva echaron un vistazo a Sharpe, ya que este no solo llevaba todavía las dos armas de fuego colgadas del hombro, sino que vestía unas ropas que no se correspondían ni de lejos con ninguno de los uniformes daneses. Sin embargo, al ver que Astrid regresaba de su visita al patio interior de la institución y se acercaba amistosamente a él, se sintieron más tranquilos.

—Ese que acaba de pasar es el general Peymann —murmuró ella.

El alto mando danés se entretuvo un rato conversando con el director del hospital. Entretanto, sus edecanes le esperaban a pie firme, bajo el palo central, cubierto de banderas, en el que los niños aprendían a manejar los aparejos del mástil de un navío. El hombre al que buscaba Sharpe no era de la partida.

—Pregúntale dónde está Lavisser —pidió a Astrid el alférez.

—¡No puedo hacer eso! —se espantó la joven.

—¿Por qué no? Dile que quieres felicitar a Lavisser por haber tenido el buen juicio de cambiar de bando.

Astrid titubeó, pero al final accedió a la petición de Sharpe. Uno de los ayudantes de campo del general la abordó y se vio claramente que exigía saber quién era su acompañante, porque mientras hablaba no dejaba de mirar al fusilero. Astrid le dijo algo para quitárselo de encima, y acto seguido se presentó con una leve genuflexión al general Peymann, que respondió al saludo quitándose el sombrero e inclinándose ligeramente hacia la bella joven. Se inició entonces una larga charla. Para entonces, Sharpe conocía ya lo suficiente las costumbres de la ciudad como para figurarse que estaban hablando de los conocidos que tenían en común. Sin embargo, al cabo de un buen rato, el general repitió la reverencia y salió del recinto al frente de sus hombres.

—Les he dicho que formas parte de la tripulación del barco estadounidense que hay en el puerto —explicó Astrid.

—¿Hay un buque americano amarrado?

—Así es; el *Phoebe*, de Baltimore.

—¿Y de qué otras cosas habéis estado hablando?

—La prima de su esposa está casada con el tío de nuestro pastor —explicó Astrid, antes de caer en la cuenta de que su amigo le estaba tomando el pelo—. Vale… Sí, también le he preguntado por Lavisser. Esta noche no está oficialmente de servicio, pero el general cree que estará echando una mano a los hombres de las brigadas contra-incendios. —Después Astrid tomó del brazo a Sharpe y lo condujo a una calle en la que había un montón de mujeres a la puerta de sus hogares observando las llamas y la lluvia de bombas. Todas parecieron quedarse sin aliento al ver pasar por encima de sus cabezas el vasto arco balístico de una carcasa. El contenido del artefacto ya había entrado en incandescencia, y de pronto estalló en pleno vuelo, arrojando una enorme espiral de fuego cuyos bordes, al rizarse por el movimiento, parecían brotar de la llamarada central, dando al misil el aspecto de un furibundo dragón lanzado en picado sobre la ciudadela. Astrid se agachó instintivamente al escuchar que

el cercano polvorín del fuerte saltaba por los aires. Una constelación de ascuas incendió la noche, trazando grandes rayas lívidas en la inmensa humareda que había desprendido la detonación. El cielo quedó impregnado del fuerte tufo de la pólvora, tan intenso como en cualquier campo de batalla. Los cañones daneses de los muros del baluarte respondían al ataque, sembrando más estruendo y ruido aún en la madrugada. Astrid llevó a Sharpe hasta el cementerio de los marinos, en el que estaba enterrado su hijito—. Mi padre ha dejado dicho que si los ingleses bombardeaban la capital jamás volvería a colaborar con ellos.

—Haga lo que haga —contestó Sharpe, inquieto—, sigue corriendo un gran peligro… Los franceses quieren hacerse a toda costa con la lista de nombres que posee.

—Aksel cuida de él —aclaró Astrid.

—Entonces el riesgo que se cierne sobre él es bastante mayor de lo que él mismo cree —apuntó Sharpe.

Astrid sonrió al oír sus palabras.

—No te gusta Aksel, ¿verdad?

—No. ¿Y a ti?

—Tampoco —confesó Astrid sin vacilar—. Pero esta mañana mi padre ha sugerido que me casara con él.

—¿Por qué? —Un vivo tono de alarma alteró de pronto la voz de Sharpe.

La muchacha se encogió de hombros y permaneció en silencio durante unos segundos, encogida a causa de la rápida sucesión de estallidos de los enormes proyectiles que convulsionaban la ciudadela. Cada una de las explosiones hacía palpitar un vivido destello de luz violácea en el lienzo del humo y alargaba las sombras de las lápidas del cementerio. Sharpe escuchaba asimismo el seco impacto de los trozos de metralla de las carcasas reventadas, que iban a estrellarse en las murallas de la fortaleza o pasaban silbando por encima de su cabeza para acabar despedazando los tejados de las casitas del barrio de Nyboder.

—Es por el almacén —acabó explicando Astrid—. Si mi padre muriera, yo sería la heredera, y no cree que una mujer sea capaz de

llevar el negocio.

—¡Qué bobada! Pues claro que puedes encargarte de la empresa.

—Le gustaría tener la seguridad de que el pósito queda en buenas manos, así podría morir tranquilo —prosiguió Astrid, haciendo caso omiso del comentario de Sharpe—. Y por eso quiere que vaya a los altares con Aksel.

—No te cases con ese hombre… Elige a otro —la aconsejó Sharpe.

—Aún es pronto. Hace todavía muy poco que falleció Nils —señaló ella—, y nunca he querido a nadie, salvo a él.

Astrid seguía apoyando el brazo en el del alférez, pese a que ya hubieran dejado de caminar, y se encontraran de pie bajo un árbol, como si las ramas pudieran protegerles de las bombas que aullaban a su alrededor.

—De no resultar tan triste… —comentó Astrid—, sería hasta bonito. —Se refería a toda la zona septentrional del firmamento, en el que resplandecían los fugaces y reiterados fogonazos de los morteros que vomitaban su carga desde la cubierta de las bombardas. Con cada detonación, el cielo nocturno se teñía de tonalidades escarlata, como rajado por el rojizo rayo de una tormenta de verano. Los fucilazos parpadeaban en la noche a un ritmo incesante, estrellando sus láminas púrpura en la negra bóveda celeste—. Parece la aurora boreal —exclamó, absorta.

—¿Piensas casarte con Aksel, entonces?

—Quiero que mi padre se sienta feliz… —contestó Astrid—. Lleva demasiado tiempo padeciendo desdichas.

—Pero es que un hombre que antepone su negocio a la felicidad de su hija —desgranó Sharpe— no merece ser feliz.

—Ha trabajado muy duro —le replicó la joven, como si aquel esfuerzo paterno lo explicara todo.

—Y por cierto que habrá sido en balde si se queda aquí… —advirtió Sharpe—, porque los franceses van a ir a por él.

—¿Y qué otra cosa puede hacer? —preguntó ella.

—Mudarse a Gran Bretaña —aseguró Sharpe—. Eso es lo que desean además sus viejos amigos del Ministerio de Asuntos

Exteriores.

—¿En serio?

—Eso me han dicho.

Astrid sacudió la cabeza.

—¿Después de lo que está ocurriendo? No, no irá a Inglaterra bajo ningún concepto. Es un patriota danés. —¿Y tú?

—¿Yo…?

—Debes de tener parientes en Gran Bretaña, ¿no?

Astrid asintió con la cabeza.

—La hermana de mi madre vive en Hampshire. Le hice una visita hace mucho tiempo. Me pareció encantadora.

—Entonces ve a Hampshire —la aconsejó Sharpe. Un pedazo de acero candente quebró la ramazón del árbol que les cubría. Se oyó un revuelo alocado y el espantado piar de los pájaros, incapaces de conciliar el sueño a causa del estruendo y la luz.

—¿Y qué iba a hacer yo en Hampshire? —quiso saber Astrid.

—Esto —contestó él al tiempo que juntaba sus labios con los de ella en un apasionado beso.

Durante una fracción de segundo la chica pareció querer resistirse, pero él comprendió enseguida que había sido a causa de la sorpresa, ya que después le rodeó con los brazos y le devolvió la caricia con asombrosa fiereza. Se miraron y volvieron a besarse. Después, Astrid apoyó la cabeza en el hombro del militar y permaneció callada, aferrándose largo tiempo a él. Cayeron otras seis bombas más. Las llamas asomaban ya por encima de los murallones de la ciudadela. De pronto, un obús impactó sobre un segundo polvorín. La onda expansiva hizo retemblar los cimientos de la ciudad misma y estremeció a Astrid en brazos de Sharpe.

—No podría ir a Inglaterra… —dijo suavemente—; no en vida de papá.

La joven se apartó ligeramente del pecho del casaca verde para poder levantar la vista y mirarlo a los ojos.

—¿Podrías tú venir a vivir aquí?

—Es un buen sitio —repuso él. «O lo que quede después del ataque…», pensó para sus adentros.

—Te recibiríamos con los brazos abiertos —añadió categóricamente Astrid. Las llamas le iluminaban el rostro, y en sus ojos se leía una clara expresión de seriedad—. De verdad te digo que serías bienvenido.

—No creo que fuese el caso de Aksel —indicó Sharpe con una sonrisa.

—No, Aksel no, desde luego —respondió ella con semblante igualmente risueño—. Debería volver a casa… —dijo sin hacer ademán de irse—. ¿Hablas en serio en lo de instalarte a vivir aquí? —quiso saber.

—Totalmente —respondió Sharpe.

Ella frunció el ceño.

—Pero apenas nos conocemos, ¿no crees?

Él volvió a besarla, con más ternura esta vez.

—Tú sabes bien lo que hay dentro de mí —afirmó.

—Hemos de escuchar al corazón; ¿es eso lo que estás diciendo?

—Escuchar al corazón, sí —repitió el alférez, volviendo a desnudar los dientes en una sonrisa que rápidamente se transformó en una risotada franca y sincera. Ella lo apartó del árbol.

—La verdad es que no sé nada de ti —replicó ella. Astrid echó a andar sin dejar la mano de Sharpe—. Pero eres igual que Nils. ¡Y él soltaba unos juramentos terribles!

—¿Un danés que dice tacos?

Ella rio a su vez de buena gana.

—También él me hacía reír. —La muchacha comenzó a balancear el brazo de Sharpe, súbitamente incapaz de contener la alegría que burbujeaba en su interior, a pesar del incendio y el estruendo en que se hallaba inmersa—. ¿Y tú? —preguntó de pronto —. ¿No has estado casado?

—No.

—¿Y a punto de hacerlo?

—Eso sí. Bastante cerca, la verdad. —Sharpe refirió a Astrid su romance con Grace. Y hablando, hablando, llegaron finalmente a la plaza de Ulfedt. Astrid se detuvo y se abrazó fuertemente al hombre.

—Me parece que los dos nos merecemos días de felicidad —

aseguró convencida.

—Me temo que a tu padre no le va a hacer ninguna gracia lo nuestro —señaló Sharpe—. No le caigo nada bien. No tengo la suficiente devoción religiosa a sus ojos.

—Entonces debes decirle que estás buscando al Señor —comentó Astrid con intención táctica, mientras continuaba andando unos metros, encogiéndose sobresaltada con cada nueva sacudida de los explosivos—. Además, no se trata solo de la religión —añadió—. Papá siempre ha pensado que el hombre del que me enamore acabará alejándome de su lado. Pero si yo le digo que tienes idea de quedarte aquí, es muy posible que no se lo tome a mal.

—Aquí me quedaré —confirmó él, sorprendido de que una decisión llamada a cambiar su vida pudiera tomarse con tanta facilidad. Y, sin embargo, ¿por qué no? ¿Qué le esperaba en Inglaterra? Podía regresar al cuartel de Shorncliffe, pero volverían a limitarle a las funciones de mero guardalmacén y tendría que continuar aguantando los desprecios de tipos como Dunnett, que le manifestaban su antipatía por no haber nacido en la cuna adecuada. Además, le gustaba Copenhague. La gente era aburridamente devota, de acuerdo, pero no parecía un precio excesivo a cambio de la dicha que anhelaba. ¿Acaso no había sopesado la idea de trabajar para Ebenezer Fairley en Gran Bretaña? ¿Por qué no hacerlo entonces para Ole Skovgaard en Dinamarca y quedarse por añadidura con la hija? Además, con un poquito de suerte, podría aportar un buen montón de guineas inglesas a su nueva vida en Dinamarca.

En las ventanas de la casa de la plaza de Ulfedt se veía una difusa claridad.

—Mi padre ya debe de estar en casa —dijo Astrid. La casa y el almacén estaban intactos, ya que se encontraban a buena distancia de los vastos incendios que se habían declarado en la parte occidental de la población y en su ciudadela. Astrid abrió la puerta con la llave, dirigió una torcida y forzada sonrisa a Sharpe como queriendo indicarle que no se le escapaba que los dos iban a tener que soportar ahora una buena dosis de animadversión paterna, y

acto seguido lo animó a cruzar el umbral del domicilio—. Papá —llamó—. ¡Papá!

Una voz le respondió en danés, y un instante después se encendía en lo alto de las escaleras una dura luz que hizo vacilar las sombras de la barandilla. Pero no era Ole Skovgaard quien balanceaba el farol, sino Aksel Bang. El danés vestía su raído uniforme y llevaba el mosquete al hombro y una espada al cinto. Al bajar por las escaleras, su expresión parecía dirigir un reproche a Astrid. De pronto, al distinguir a Sharpe, abrió desmesuradamente los ojos, sin poder dar crédito a lo que veía.

—¡Alférez! —exclamó.

Sharpe se limitó a saludar con la cabeza, pero no dijo nada.

—¡No debería estar usted aquí! —aseguró Bang en tono severo.

—¡Vaya! Se ve que esta noche todo el mundo me dice lo mismo —replicó con humor el aludido.

—¡Míster Skovgaard no querrá verlo por aquí! ¡Se va a poner furioso!

—En ese caso, el señor Skovgaard podrá decírmelo personalmente —señaló tranquilamente el casaca verde.

—No va a volver esta noche —reveló Bang—. Está ayudando a sofocar los incendios.

—¿Y no ha ido usted con él para guardarle las espaldas? —interrogó el alférez.

—No corre peligro —afirmó el danés—. Lo acompañan otros hombres.

Astrid intentó reducir la creciente tensión que se estaba generando entre los dos hombres.

—¿Qué os parece si hacemos un poco de té? —propuso—. ¿Te gusta el té, Richard?

—Me encanta —comentó él.

Bang, que se había fijado en las modulaciones que se habían pintado en el semblante de la joven al hacerle la pregunta a Sharpe, se puso súbitamente rígido.

—No debes ir al patio —dijo a Astrid.

—¿Y eso?

—Al volver, me he encontrado a unos hombres que acababan de recoger varias bombas sin explotar. Bombas inglesas. —Bang había escupido las dos últimas palabras, mirando directamente a Sharpe —. Querían ponerlas en lugar seguro, así que les permití utilizar el patio. Cuando se haga de día tendremos que ocuparnos de extraer las mechas.

—¿Y por qué habría de salir al patio para hacer té, de todas maneras? —quiso saber Astrid, al tiempo que pasaba por delante de Bang, que seguía clavando la vista en Sharpe. El alférez siguió los pasos de la muchacha y, al acercarse al recalcitrante danés, le llegaron los vahos de ginebra de su aliento. ¿Aksel Bang se había dado a la bebida? ¡Qué cosas tan extraordinarias podía provocar un bombardeo!

Sharpe y Astrid se acercaron al salón y, una vez allí, la joven tiró del cordón de una campanilla para llamar a una doncella. Por su parte, el alférez cruzó la habitación para correr las cortinas de la ventana y echar un vistazo a la ciudad incendiada. La cúpula de la catedral reflejaba el resplandor de las llamaradas que ascendían al cielo con un furioso rugido, prendidas de los ennegrecidos muros de las casas reventadas. Los destellos de los cañones latían en el firmamento entre los encajes rojos que recamaban sobre el humo los regueros de brasa de las espoletas, rasgadas con furia inmisericorde por las estelas de los misiles. Desubicada entre aquella tormenta de ciclópea violencia, sonó de pronto el tañido de una campana de iglesia, terca o ingenuamente decidida a dar la media. En ese preciso instante, Sharpe escuchó con claridad el inconfundible chasquido que hace un mosquete al amartillarse.

Se giró. Con una palidez de cera, Bang apuntaba el arma al pecho del extranjero. Era un mosquete viejo, de ánima lisa y muy escasa precisión, pero a tres pasos ni siquiera el danés borracho podía fallar el tiro.

—¡Aksel! —protestó airadamente Astrid.

—Es un inglés —se limitó a decir Bang—, y no debería estar aquí. Las autoridades tienen que arrestarlo.

—Y tú eres «las autoridades», ¿verdad Aksel? —trató de

distraerlo Sharpe.

—Soy de la milicia, en efecto. Y alférez, para más señas. —Al ver que Sharpe conservaba la calma, Bang se sintió algo más confiado—. Va usted a desprenderse de las dos armas de fuego que lleva en los hombros, míster Sharpe, y me las va a entregar ahora mismo.

—Has bebido demasiado, Aksel —contestó el amenazado.

—¡En absoluto! ¡Jamás pruebo una sola gota de licor! ¡Está mintiendo, señorita Astrid! No hay verdad en él.

—Pero sí ginebra en ti —respondió Sharpe—. La huelo desde aquí.

—¡No le haga caso, señorita Astrid! —insistió Bang al tiempo que sacudía el mosquete haciendo acopio de valor—. Deme sus armas, alférez, y después el sable…

Una afilada sonrisa se asomó al rostro de Sharpe.

—Parece que no tengo otra elección, ¿verdad? —Con todo cuidado y premeditada lentitud, descolgó del hombro el mosquete de siete cañones, sujetándolo bien lejos del gatillo para dar claras muestras de que no pretendía poner en práctica ninguna argucia. El retumbar de las bombas se escuchaba en toda la capital, y sus explosiones zarandeaban con fuerza las ventanas. Sharpe notó que el acre olor de la pólvora, parecido al hedor de los huevos podridos, invadía la estancia—. ¡Toma! —indicó a Bang, pero, en lugar de lanzarle el arma para que pudiera atraparla, la arrojó con todas sus fuerzas. Bang se encogió al recibir el impacto del artefacto y antes de que pudiera recuperar su posición de ventaja, Sharpe ya había avanzado dos pasos en su dirección, apartado de su camino el cañón del mosquete, y hundido la bota derecha en la entrepierna del miliciano.

Astrid soltó un chillido, pero Sharpe no se inmutó. Cogió el arma de las flácidas manos del danés y volvió a asestarle otro tremendo patadón, esta vez en la cara, de forma que Bang salió despedido de espaldas y midió el suelo con las costillas. Sharpe lo agarró de las solapas y lo sentó de mala manera en una silla.

—Quieres jugar a los soldaditos, ¿eh? —espetó al maltrecho

Bang—. Pues entonces empieza por aprender a pelear.

—Solo estoy cumpliendo con mi deber —contestó el miliciano, apretando los dientes.

—No, Aksel, te estás columpiando en el barrilete de ginebra que te has metido en la andorga. —Sharpe quitó a Bang la espada que llevaba en la cintura y lo cacheó rápidamente en busca de otro posible armamento escondido. No llevaba nada más—. ¡Maldita sea, tío! No he venido aquí para luchar contigo ni para atacar a tu país.

—¿Y por qué has venido, entonces?

—Para quedarme —afirmó tajantemente Sharpe.

—Es verdad —terció muy seria Astrid—. Va a instalarse aquí —aseguró. Permanecía en pie, junto a la puerta en la que había pedido a la sirvienta que preparara el té.

Bang paseó la mirada entre Astrid y Sharpe, y de repente, del modo más lastimoso, se echó a llorar.

—Tiene la melopea muy ratita… —dejó escapar Sharpe.

—No bebe —insistió Astrid.

—Pues esta noche se ha llenado bien el odre, ya te lo aseguro —repitió Sharpe—. No te será difícil olerlo… Y no tardará en echar hasta la primera papilla.

Mitad a rastras, mitad en volandas, Sharpe bajó a Bang por las escaleras y lo tendió a dormir la mona en un montón de sacos vacíos del almacén. De vuelta en el rellano de la parte alta de la habitación, dio la vuelta al mosquete de Bang y comenzó a golpearlo con evidente destreza contra el entarimado. Tras resistirse unos instantes, la bala y la pólvora cayeron sin más al suelo.

—Pobre Aksel —se apiadó Astrid—, ha debido de pasar mucho miedo…

—Desde luego es muy duro si no estás acostumbrado —reconoció el inglés, que sin embargo se refería más al bombardeo que a la ginebra. Se acercó a la ventana. El estallido de las bombas había empezado a espaciarse, y Sharpe supuso que a las baterías se les estaban agotando las municiones. Vio que una de las mechas encendidas trazaba una raya púrpura en la gran humareda que cubría prácticamente toda la plaza asediada, escuchó el estruendo de la

explosión y contempló el rugiente y devorador ímpetu del fuego—. Esto acabará pronto —explicó—, y yo voy a tener que echarme a la calle.

—¿Vas a salir? —preguntó Astrid, incrédula.

Sharpe se giró y le sonrió.

—No soy ningún desertor. Voy a escribir una carta a los mandos del ejército británico y a decirles que pueden retirarme el cargo de oficial. Así todo será legal, ¿comprendes? Pero primero tengo que saldar una cuenta… Y es un asunto entre ingleses, ¿sabes? Nada que ver con los daneses.

—¿El comandante Lavisser? —adivinó Astrid.

—Si muere… —aclaró Sharpe—, tu padre estará más seguro.

—¿Vas a matarlo? —La joven parecía sorprendida.

—Esa es mi misión… —dijo el alférez—, de momento.

—¿De momento? —Astrid no salía de su asombro—. ¿Te refieres a que dejarás de matar de aquí a un tiempo?

—No hay demasiadas ocasiones de acabar con la vida de nadie por estos parajes. Tendré que encontrar otro trabajo, ¿no crees?

Sin embargo, antes debía encontrar a Lavisser y quitarlo de en medio. El traidor no estaba de servicio esa noche, pero Sharpe consideraba más que dudoso que se hubiera retirado a su casa. Estaría contemplando los incendios y las bombas, pero antes o después tendría que irse a la cama, así que Sharpe se dijo que ese sería el mejor momento de ajustarle las cuentas. Aquello significaba que tenía que recurrir al allanamiento de morada en nombre de Gran Bretaña. Aguardaría a su enemigo en la casa de Bredgade, lo mataría en cuanto regresara de su periplo nocturno y se llevaría el oro para empezar una nueva vida en Dinamarca.

Los relojes de la ciudad dieron la medianoche en el preciso momento en que bajaba las escaleras. Llevaba las dos pistolas de Skovgaard y el mosquete de siete cañones, pero había dejado el rifle y el sable en la primera planta de la casa. Bang dormía a pierna suelta, con la boca abierta de par en par. Sharpe se detuvo un instante. Se preguntaba si el danés no terminaría por despertarse y animarse a ir a la ciudad para buscar a unos cuantos soldados y

pedirles que lo ayudaran a arrestarlo, dado que estaba claro que, a los ojos de Bang, el regreso del inglés constituía una inoportuna afrenta. No obstante, el casaca verde llegó a la conclusión de que Bang debía de estar probablemente aletargado para un buen puñado de horas, dado que no tenía costumbre de trasegar ginebra. Lo dejó allí abajo, roncando como un bendito, abrió la puerta de entrada con la llave que Astrid acababa de darle y volvió a girar cuidadosamente la cerradura tras de sí. Después enfiló al norte por una serie de calles inundadas del punzante olor de la guerra. El bombardeo había cesado, pero las llamas continuaban su labor destructora. Sharpe caminaba aprisa, ateniéndose a las indicaciones que le había facilitado la joven danesa, pero a pesar de todo terminó por perderse en los oscuros callejones del casco viejo. Al cabo de un rato, divisó a un nutrido grupo de gente que llevaba en volandas a tres personas heridas y que progresaban en la misma dirección que él quería llevar. Recordó de pronto que Astrid le había dicho que Bredgade no estaba lejos del Hospital del Rey Federico.

—No tiene pérdida —le había asegurado la chica—: Es un edificio de tejados negros en el que se ve, sobre el dintel de la puerta, una talla del Buen Samaritano.

Sharpe siguió de lejos a los heridos y vio efectivamente las sombrías tejas del hospital, sobre las que relucía el encarnado resplandor de los incendios.

Su primera medida fue plantarse directamente frente al domicilio de Lavisser. No creía en modo alguno que pudiera entrar por allí, y estaba casi convencido de que las ventanas tendrían las contras echadas. La bandera danesa que se había izado para festejar el regreso de Lavisser a la patria de su abuelo seguía en lo alto del fanal. Tras contar las casas, Sharpe dobló la esquina hasta llegar al amplio paseo que discurría por la parte trasera de las suntuosas viviendas. Volvió a contarlas hasta dar con una verja por la que podía entrar al patio trasero del inmueble.

El portalón estaba cerrado con llave. Levantó la vista y vio que los barrotes de la vega terminaban en punta. También distinguió suaves destellos luminosos en la albardilla de los muretes que

cerraban el jardín. Estaba claro que se habían hincado cristales en el lomo superior de la pared. Sin embargo, los dueños de aquel tipo de casas no solían preocuparse de hacer las cosas con demasiado esmero, así que Sharpe se limitó a probar suerte en el palacete contiguo, lo que le llevó al feliz descubrimiento de que esa verja sí que estaba abierta. En el caballete del muro divisorio no solo había cristales, sino que alguien había tenido la oportuna idea de construir un cobertizo para los aperos del jardinero, y gracias a él consiguió encaramarse sin esfuerzo a la tapia. Una vez en lo alto, se detuvo y dedicó un buen rato a escudriñar el patio trasero de la casa de Lavisser.

Estaba vacío. Se veían los establos y las cocheras, así como un breve tramo de escalones que ascendían al domicilio, en cuyo interior reinaba la más absoluta oscuridad. Se dejó caer al otro lado del murete y descorrió los cerrojos de la verja trasera de la vivienda a fin de disponer de una vía de escape. Hecho esto se escondió junto al establo y volvió a examinar la casa. Debajo de los peldaños de piedra, una porción oscurecida y redondeada denunciaba la presencia de una abertura. El alférez supuso que debía de tratarse de un acceso al sótano. Decidió empezar sus pesquisas por ahí, pero primero volvió a vigilar un rato el interior de la casa. Las ventanas de la parte superior no tenían las contras cerradas, y de hecho tres habían quedado entreabiertas. Tampoco se vislumbraba aquí ninguna luz, salvo por el cabrilleo de las lejanas llamas en los cristales. Todo aparecía tranquilo y en absoluto silencio. Sin embargo, su instinto le hizo tensarse de pronto como el parche de un tambor. Algo iba mal. ¿Tres ventanas abiertas? ¿Y todas exactamente en la misma medida? Las cosas habían sido demasiado sencillas hasta el momento, había algo excesivo en aquella calma… Las ventanas mal cerradas lo escamaban terriblemente. Las estudió con el máximo detenimiento. Alguien las había abierto justo lo suficiente para poder asomar por la ranura la punta del cañón de un mosquete. ¿Había hombres apostados allí arriba? ¿O es que se estaba dejando llevar por la imaginación? Tenía la incómoda sensación de que alguien le observaba. No podía explicar por qué, pero estaba

seguro de que las cosas no iban a ser tan sencillas como había pensado. Ni de lejos.

La casa dejó de parecerle un lugar sumido en las sombras y expuesto a cualquier merodeador. El escenario adquirió súbitamente tintes amenazadores. Era una trampa. Una parte de su mente le decía que la cabeza le estaba jugando una mala pasada, pero él sabía que debía confiar en su instinto. Lo estaban vigilando, había tipos al acecho. «Hay una forma de salir de dudas», se dijo. Descolgó del hombro el enorme mosquete de siete caños, lo amartilló y se colocó de forma que solo le pudieran ver desde la ventana de la derecha. Si había gente aguardándolo, el hombre que se encontrara apostado en lo alto estaría esperando a que Sharpe cruzara el patio, ya que una vez en ese espacio abierto el inocente jardín haría las veces de matadero. Sin embargo, el que se atreviera a intentarlo también se enfrentaría al reguero de muerte de los siete cañones del mosquete de Sharpe. Con este sencillo plan, el casaca verde se lanzó a la carrera, pero en mitad del recorrido, sin previo aviso y de la forma más inesperada, levantó el arma a lo alto y apuntó a la ventana. Apenas tuvo tiempo de ver brillar la chispa del pedernal en la habitación, oscura como la boca del lobo, y la lengua de fuego que lamió un instante después el alféizar de la improvisada tronera, porque antes de darse verdadera cuenta de lo que había sucedido ya se había puesto nuevamente a cubierto, aunque sin poder evitar que una bala de mosquete hiciera saltar en pedazos un ladrillo situado a pocos centímetros de su cara. Otras dos armas vomitaron su carga casi inmediatamente, haciendo que el piso de la planta alta exhalara una vaharada de humo. Una teja de la cubierta del establo se hizo añicos, y justo después se escuchó un grito y un precipitado ruido de pasos en las escaleras de piedra que salían de la casa. Sharpe apuntó con la pistola a los escalones y en el momento mismo en que partía el disparo vio que de las cocheras salía otro grupo de matones. Tiró la pistola al suelo, levantó el mosquete de siete cañones y apretó el gatillo.

El estampido del arma, que había partido de un extremo del patio, sonó como un auténtico cañonazo. De las siete bocas de fuego

salió una llamarada de casi dos metros, creando una neblina de pólvora pérfidamente aliada con el impredecible rebote de las balas. Un hombre aulló de dolor, pero Sharpe había alcanzado ya la verja trasera. De un brusco manotazo la abrió de par en par, se escabulló por una callejuela y puso pies en polvorosa. Otras dos balas de mosquete lanzadas desde las ventanas superiores de la casa trataron de alcanzarle, y pocos segundos después una pistola descerrajaba su letal mensaje en el angosto espacio de la calleja, pero Sharpe ya había hecho mutis por el foro. Cubrió a la carrera la distancia que le separaba del hospital, donde una multitud de gente aguardaba pacientemente noticias al amparo del bajo relieve del Buen Samaritano. Parte de los reunidos, alarmados por el crepitar del tiroteo y sorprendidos al ver a un hombre con un enorme mosquete en la mano, trataron de interrogarle a gritos, pero Sharpe les esquivó y se coló por otro callejón, lo recorrió entero, volvió a doblar una esquina, giró en las dos siguientes y después ralentizó el paso para recuperar el aliento. ¡Maldita sea! ¿Pues no habían estado esperándolo? ¿Cómo era posible? ¿Por qué habría de poner un hombre su casa bajo estrecha vigilancia si se encontraba supuestamente entre amigos?

Se detuvo frente a un pasaje largo que daba acceso a un edificio. Si alguien había salido en su persecución estaba claro que había girado al revés en alguna de las callejas por las que se había internado, ya que en ese camino no había nadie. Sharpe volvió a cargar el mosquete de siete cañones. Tuvo que hacerlo al tacto, porque apenas había luz en el pasadizo. Ni siquiera prestó atención a la cantidad de pólvora que echaba en las recámaras ni a la bala que introducía en los tubos, ya que el hecho de que Lavisser hubiera convertido su hogar en una fortaleza absorbía toda su atención. ¿Era para proteger el oro? Pero, si uno manda noche tras noche a una partida de secuaces a vigilar una propiedad, lo normal es que los hombres acaben por aburrirse, que se amodorren durante la guardia, que empiecen a pensar en mujeres en lugar de mantenerse alerta por si surge algún imprevisto peligroso. Sin embargo, los tipos de la casa de Bredgade estaban perfectamente despiertos y atentos. Esperaban

que ocurriera algo y no tenían la menor intención de que nadie los pillara desprevenidos. Había tenido que ocurrir algo nuevo, algo capaz de animar a Lavisser a doblar las precauciones.

Pero la noche también había mostrado otro extraño rostro. Se había dado una circunstancia que en un primer momento le había parecido graciosa, y hasta chusca, pero que ahora se le empezaba a antojar siniestra. Embutió bien al fondo la última bala en el ánima del arma, ensartó nuevamente la baqueta en sus anillos de sujeción y echó a andar en dirección al sur. A su derecha los incendios continuaban su labor de zapa. Varios pelotones de ciudadanos exhaustos accionaban todavía las endebles bombas de agua. Los carros de las fábricas de cerveza traían ahora barriles de agua extraída del puerto, pero las bombas de los ingenios de lucha contra el fuego apenas alcanzaban la base de las llamas. Sin embargo, al sonar la una en los carillones de la iglesia, rompió a llover y los bomberos empezaron a cobrar fuerzas y a abrigar la esperanza de acabar con aquella pesadilla.

Sharpe abrió la cerradura de la puerta de Skovgaard. No creía en modo alguno que el dueño de los almacenes se encontrara en casa, y esperaba que Astrid hubiera podido conciliar el sueño.

Fue hasta la cocina y se puso a rebuscar en la oscuridad, tratando de dar con una linterna y un yesquero. Tras encontrar ambas cosas, avanzó con el farol hasta el almacén, en el que Aksel Bang seguía roncando en el improvisado lecho de sacos vacíos. Sharpe dejó en el suelo la lámpara y el mosquete de siete cañones, levantó en volandas a Bang, lo sacudió como un terrier que intentara decapitar a una rata y terminó lanzándolo con todas sus fuerzas sobre una enorme caja de clavos de olor. Bang profirió unos cuantos ladriditos de dolor y miró a Sharpe con una especie de parpadeo frenético.

—¿Dónde está, Aksel? —le instó a confesar Sharpe.

—¡No sé de qué me estás hablando! ¿Qué pasa? —Bang seguía completamente adormilado.

Sharpe dio dos pasos en su dirección, lo volvió a levantar y le arreó un par de tremendas bofetadas en el rostro, demudado en fúnebre palidez.

—¿Dónde está? —repitió Sharpe con voz firme.

—Pero ¡¿te has vuelto loco?! —chilló el danés.

—Nunca se sabe —respondió el casaca verde. Empujó una vez más al indefenso Bang contra la caja y le sujetó con una mano mientras con la otra hurgaba en los bolsillos del uniforme azul. En la parte de atrás de los faldones de la guerrera dio con lo que más temía: guineas. Monedas de oro con la efigie de los caballeritos de san Jorge. Nuevas, relucientes. Verdadera flor de cuño. Sharpe fue colocando una a una las piezas sobre la caja más cercana mientras Bang se limitaba a gimotear con desconsuelo—. ¡Maldito cabronazo! —escupió el inglés—. Lo has vendido por veinte guineas, ¿no es eso? ¿Y por qué no por treinta monedas de plata?

—¡Estás chiflado! —gritó Bang, echando mano del dinero.

Sharpe le estrelló el nudoso puño en la mandíbula.

—Cuéntamelo todo, Aksel…

—No hay nada que contar. —Un reguerillo de sangre comenzó a perfilar el alargado mentón del miliciano.

—¿Nada que contar? ¿Acompañas a Skovgaard a un encuentro piadoso y vuelves sin él. Te emborrachas como un bellaco y apareces con los bolsillos repletos de oro… ¿Me tomas por imbécil?

—He hecho unas transacciones personales —aseguró Bang, al tiempo que se limpiaba la sangre de los labios—. Míster Skovgaard lo aprueba… He vendido unas cuantas cosas.

—¿Qué cosas?

—Algo de café —declaró el interrogado—. Café y yute.

—¡Has debido de creerte que soy un perfecto estúpido, Aksel! —bramó Sharpe mientras extraía la navaja del bolsillo.

—¡No he hecho nada! —aulló esta vez Bang, mirando fijamente a su captor.

Sharpe sonrió y desnudó el filo.

—Conque café y yute, ¿eh? No, Aksel, no: lo que has vendido es tu alma. Y ahora me vas a decir de una vez de qué va todo esto.

—¡Te he dicho la verdad! —declaró indignado el danés.

Sharpe lo aprisionó contra la caja y acto seguido situó la punta de la hoja justo debajo del ojo izquierdo de Bang.

—Me llevaré primero este, Aksel. ¿Sabías que los globos oculares salen de su escondrijo como simples pelotitas? Al principio ni siquiera te dolerá demasiado. Empezaremos quitando el izquierdo, luego repetiremos con el derecho…, y cuando termine te llenaré las cuencas de sal. Entonces sí que vas a gritar de verdad.

—¡No, por favor! —Bang berreaba ya con todas sus fuerzas, aunque sin abandonar del todo sus flojos intentos de quitarse de encima a Sharpe. El inglés presionó la fría cuchilla contra la carne, consiguiendo que el miliciano chillara como un cerdo al que llevan a capar—. ¡Noo! —lloriqueó.

—Entonces dime la verdad, Aksel —lo urgió Sharpe, aumentando la presión—. Te doy los ojos a cambio de la verdad.

Lo sucedido empezó a salir a borbotones, pero de forma muy enmarañada, porque Bang insistía desesperadamente en justificarse. Míster Skovgaard, dijo, había traicionado a su patria. Había estado proporcionando información a los británicos. ¿Y acaso no eran estos enemigos declarados de Dinamarca? Además, Ole Skovgaard era un individuo mezquino y tacaño.

—Llevo dos años trabajando para él y no ha tenido la decencia de subirme el sueldo ni una sola vez… Un hombre ha de tener perspectiva, ha de acariciar algún proyecto.

—Continúa —lo animó el casaca verde antes de lanzar el cuchillo al aire. Bang siguió con la mirada la rápida espiral ascendente del arma, que rebrillaba amenazadoramente con cada nuevo giro. De pronto, se sobresaltó al escuchar el seco sonido de las cachas de la navaja al aterrizar con precisión milimétrica en la mano del inglés—. Te escucho —indicó Sharpe, tajante.

—Míster Skovgaard no se estaba comportando como un buen danés —prosiguió Bang—. Es un traidor. —Volvió a sollozar con un saltito, no porque Sharpe le hubiera hecho algo, sino porque Astrid acababa de bajar al pósito, envuelta en una vaporosa bata verde. Los gritos de Bang debían de haberla despertado, así que había cogido el rifle de su amigo inglés, medio convencida de que iba a encontrarse con un ladrón. Sin embargo, al ver lo que parecía estar sucediendo, apoyó el arma en el suelo y dirigió una mirada

inquisitiva a Sharpe.

—Aksel nos está contando unas cositas muy particulares —explicó el alférez—. En especial la que le ha llevado a vender a tu padre por veinte monedas de oro…

—¡Eso no es cierto! —protestó el acusado.

—¡Ni se te ocurra tomarte la situación a burla! —vociferó Sharpe, sobresaltando tanto a Astrid como a su prisionero—. ¡Di de una vez la puñetera verdad!

Y la puñetera verdad resultó ser que un hombre había abordado a Bang y lo había convencido de que su deber de patriota pasaba por entregar a Skovgaard.

—Lo he hecho por Dinamarca… —porfió una vez más Bang. Sostuvo asimismo que la decisión había supuesto para él una auténtica tortura, aunque, al parecer, la promesa de las monedas de oro había contribuido a mitigar en buena medida su terrible zozobra. Por eso, cuando Skovgaard le propuso acudir con él a un rezo vespertino, Bang había informado del desplazamiento a su nuevo contacto, indicándole el lugar y la hora del acto piadoso. Un coche había aguardado al comerciante junto a la iglesia, y en una fracción de segundo sus ocupantes le habían echado el guante en plena calle.

Astrid se había puesto pálida. Se quedó con la mirada fija en Bang sin poder dar apenas crédito a lo que acababa de oír. Sharpe volvió a acercar el acero al ojo izquierdo del miliciano.

—O sea que lo vendiste… Y después quisiste celebrarlo con unos traguitos de ginebra, ¿no es eso?

—Me dijeron que si tomaba un poco me sentiría mejor —admitió apesadumbrado Bang—. No sabía que era ginebra.

—¿Y qué demonios pensabas que era entonces? ¿La ambrosía del amor humano, acaso? —A Sharpe le entraron ganas de hundir la hoja en la pupila del desdichado, pero prefirió alejarse un par de pasos de Bang—. Resumiendo: has puesto al padre de Astrid en manos de Lavisser, ¿no es eso?

—No conozco al comandante Lavisser —insistió el de la guerrera azul, como si aquello restara vileza a su deslealtad.

—Pues eso es exactamente lo que has hecho —le aclaró Sharpe —. No hace ni una hora que he pasado por su casa, y estaba más guardada que un puesto avanzado recién construido. Se lo has entregado a los franceses, Aksel.

—¡Lo he puesto bajo custodia de los daneses! —chilló una vez más el interpelado.

—¡Lo has puesto en las garras de los gabachos, maldito estúpido! Sabe Dios lo que le estarán haciendo ahora… Ya le arrancaron un par de muelas en su primera visita.

—Me prometieron que no le harían ningún daño.

—¡Jodido y patético cabronazo! —masculló Sharpe, rabioso. Levantó la vista y miró a Astrid—. ¿Quieres que lo mate?

Ella meneó la cabeza.

—No… No…

—Lo tendría bien merecido —aseguró decididamente Sharpe. No obstante, instantes después sacaba a Bang al patio, consciente de que allí había un establo de ladrillo que se cerraba con una puerta muy sólida, provista además de un fortísimo candado. Sharpe dejó dentro a Bang y se puso a estudiar las posibilidades que le ofrecía el carro de mano que estaba junto a la verja de entrada al patio de caballerías. En el carretón había ocho bombas sin explotar. Lo más probable es que ya estuvieran desactivadas, pero en cuanto saliera el sol sacaría los tacos de madera que taponaban el oído en el que se hallaban insertas las mechas y vertería agua en las cargas para asegurarse. Regresó al almacén, se metió las guineas en el bolsillo y subió las escaleras—. Lo siento… —se disculpó una vez en lo alto.

Astrid estaba temblando, aunque no hacía ningún frío.

—Esos hombres… —dijo con dificultad.

—Son los mismos de antes —señaló el alférez—, y han asegurado la casa de Bredgade como si fuera una prisión.

—¿Qué van a hacerle, Richard? —La voz de Astrid resultaba casi inaudible.

—Muchas preguntas —dijo Sharpe tratando de suavizar la verdad. De hecho, no tenía la menor duda de que aquellas preguntas acabarían por arrancar respuestas al desdichado comerciante, lo que

a su vez significaba que lo que consiguieran sonsacarle debía permanecer a toda costa en Copenhague. Era absolutamente necesario que la lista de nombres no llegara a manos de los franceses. Sin embargo, eso lo obligaba a entrar en la casa de Bredgade, cosa que no podía hacer sin ayuda. Puso las manos en los hombros de Astrid—. Tengo que volver a salir —le dijo—, pero volveré. Te prometo que volveré. Quédate aquí, por favor. Deja el almacén cerrado. Y no dejes salir a Aksel bajo ningún concepto.

—No tengo la menor intención de hacerlo —le respondió ella.

—Intentará enternecerte con lloriqueos. Te dirá que tiene sed o hambre, o que se está muriendo… Pero no le hagas caso. Si tú misma o alguna de tus doncellas abrís esa puerta, saltará sobre vosotras. Es lo único que quiere.

—Solo le interesan los cuartos —dijo ella amargamente.

—Te quiere a ti, amor mío. Cree que si tu padre desaparece te aferrarás a él. Te quiere a ti, el negocio, el dinero, todo… —Sharpe sopesó largo rato el mosquete de siete cañones—. Ten bien cerrada la casa —le advirtió—. Que nadie entre ni salga, excepto yo. Y no olvides que volveré…

La aurora estaba próxima a perforar el cielo. Los incendios iban perdiendo fuerza lentamente, aunque los más persistentes todavía deshacían una oscuridad en la que ya no caían bombas, sino solo una ceniza grasienta que revoloteaba mansamente como una nieve negra en la noche agonizante. Los ladrillos y estructuras de metal de las casas seguían al rojo vivo, de modo que el agua que escupían las endebles mangueras se transformaba inmediatamente en grandes nubes de vapor que acababan uniéndose al denso humazo que emborronaba los cielos de Selandia. El suministro de agua de la ciudad era muy escaso, ya que se había cortado la red de abastecimiento, así que las bombas de los vehículos contraincendios tenían que esperar a que les trajeran barriles de agua del puerto, y eso llevaba tiempo. Pese a todo, los quejidos metálicos de las renqueantes palancas, unidas a la llovizna que había empezado a caer hacía ya un buen rato, estaban consiguiendo sofocar, aunque muy despacio, la violencia de las llamas. De las brasas ascendía hasta

los exhaustos matafuegos un siniestro olor a carne quemada. Las calles estaban sembradas de ataúdes, y los hospitales llenos de gentes deshechas en llanto.

Sharpe enfiló hacia el puerto.

Decidido a arrojar a Lavisser al mismísimo infierno.

CAPÍTULO X

El capitán Joel Chase apenas podía creer que le hubiera acompañado hasta ese punto la suerte. Sus hombres se habían pasado la noche entera escabullándose de un barco a otro sin encontrar alma viviente a bordo de los grandes buques de guerra de la armada danesa. Todos los marineros de la flota habían sido enviados a puestos de tierra, a fin de intervenir como auxiliares en el manejo de los grandes cañones que protegían las murallas de la capital, de montar la guardia en los parapetos, o de acarrear agua para mantener activas las bombas contraincendios. A Chase le preocupaba la idea de que a alguien se le hubiera ocurrido utilizar los navíos fondeados como dormitorio para sus respectivas tripulaciones, pero no tardó en comprobar que no había hamacas colgadas. Le llevó un poco más caer en la cuenta de que no se habría permitido la presencia de ningún hombre en las embarcaciones, ya que siempre podía haber algún insensato capaz de arrojar, por descuido, una colilla encendida cerca de una mecha. Estaba claro que se había proporcionado acomodo en la población tanto a la oficialidad como a la marinería, así que la flota danesa había quedado convertida en un reino dominado por las ratas y habitado únicamente por sus propios hombres, incansablemente afanados en trabajar a oscuras cortando las mechas y lanzando por la borda todos los bultos incendiarios. Dejaron únicamente intactos los artefactos que se encontraban en el puente principal, ya que resultaban fácilmente visibles para cualquiera que tuviese la iniciativa de inspeccionar los lugares. Sin embargo, empujaron por las portañolas

los de las cubiertas inferiores hasta verlos caer a las fétidas aguas del puerto.

Sharpe volvió a encontrarse en el puerto interior justo antes del amanecer. Una ligera bruma se dejaba cerner por los cordajes de las naves cuando el alférez se introdujo bajo la bodega de proa del *Christian VII*.

—¡*Pucelle*! —susurró—. *¡Pucelle!*

—¿Sharpe? —Era la voz del guardiamarina Collier, al que Chase había dejado a cargo del piquete de guardia, secundado por otros dos hombres.

—Ayúdame a subir a bordo —pidió el casaca verde—. ¿Dónde está el capitán?

Chase se encontraba justamente en el camarote del primer oficial del *Skiold*, dedicado a espulgar las cartas náuticas del Báltico a la débil luz de un fanal tapado por tres de sus cuatro costados.

—¡Qué extraordinaria cantidad de detalles, Richard! —exclamó al ver a Sharpe—. Estos mapas son mucho mejores que los nuestros. ¿Ves estos bajíos que están justo delante de Riga? Ni siquiera aparecen en nuestra cartografía… Tommy Lister, un tipo magnífico, estuvo a punto de perder al *Naiad* en ese banco de arena, y los chiflados del Almirantazgo juraron y perjuraron que no existía, aseguraron que eran imaginaciones suyas… Me los voy a llevar. ¿Te apetece un brandi? Este capitán se cuida como es debido.

—Lo que quiero —comenzó a decir Sharpe—, son dos o tres hombres.

—Por experiencia sé que si la gente habla de «dos o tres» —intervino Chase al tiempo que servía las bebidas— lo habitual es que piensen en cuatro o cinco…

—Me apaño con dos —aseguró el alférez.

—¿Y para qué? —quiso saber Chase. Se sentó en la grada almohadillada que recorría toda la parte inferior del ventanal de popa y prestó atención a Sharpe. Cuando el alférez terminó de narrar los acontecimientos, los carillones de la ciudad daban las cuatro, y por los cristales de la toldilla del *Skiold* se empezaba a colar un pálido resplandor grisáceo. Chase paladeaba lentamente el licor

—. O sea…, déjame ver si lo resumo bien… —comentó—: Hay un hombre, el tal Skovgaard, que no sabemos si está vivo o muerto, pero al que convendría rescatar porque es el mejor servicio que podemos brindar a los intereses de Gran Bretaña. ¿Correcto?

—Eso en caso de que aún respire… —matizó Sharpe con expresión severa.

—Lo que muy probable no es el caso —concedió Chase—. Y si la situación es esa, me comentabas que, a tu juicio, hay una lista de nombres que deberíamos arrebatar a los hombres que lo han interrogado. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. Y ojalá que podamos recuperarla…

—Y tanto si encontramos la relación como si no —puntualizó Chase—, quieres acabar con el tipo ese… Lavisser, ¿no?

—Así es, señor.

Chase escuchó por un instante el agudo chillido de las gaviotas que trazaban círculos sobre la vertical del barco.

—El problema, Richard —indicó al cabo de un buen rato—, es que nada de esto es oficial. Lord Pumphrey ha puesto el máximo cuidado, y así me lo has dado a entender tú mismo, ¿no?, de que no quede constancia escrita de nada de esto. No hay órdenes ni instrucciones firmadas. Eso le permitiría eludir toda responsabilidad en caso de que algo saliera mal… Es un puñetero trabajo sucio, Richard. Simple trabajo sucio.

—Si los franceses se hubieran hecho efectivamente con la lista de contactos de Skovgaard, sería absolutamente necesario detenerlos, señor.

Chase parecía no estar prestando atención a Sharpe.

—Y en todo caso, ¿qué autoridad tiene Pumphrey para dar semejantes instrucciones? No es ningún militar. De hecho, es el hombre menos marcial que conozco.

Al escuchar al capitán de navío, Sharpe prefirió no decir nada de la velada amenaza que le había dirigido Pumphrey al hablarle del asesinato de Wapping. Además, estaba casi seguro de que Chase no querría saber nada de ese asunto.

—De no ser por Pumphrey, señor —optó por señalar el alférez

—, no estaría usted aquí ahora mismo.

—¿No? —La voz de Chase transmitía una profunda incredulidad.

—Fue el hallazgo del periódico con un mensaje cifrado lo que nos dio a conocer que los daneses planeaban incendiar la flota en caso de que las cosas se les pusieran feas. Yo transmití la información a lord Pumphrey y él se encargó de tomar el resto de las disposiciones.

—Yo diría que es un señoritingo muy atareado, ¿no te parece? —Con la mirada perdida por la ventana de la popa del *Skiold*, Chase parecía contemplar algo, aunque lo único que transparentaban los cristales era la proa de otro buque de guerra. El capitán estaba persuadido de que la argumentación de Sharpe no se sostenía demasiado bien, y además sospechaba que había cosas que no se le habían dicho. Sin embargo, entendía perfectamente la importancia de proteger la identidad y la vida de las personas que habían proporcionado o recibido información de Skovgaard. Suspiró profundamente—. Detesto el trabajo sucio… —señaló suavemente —, sobre todo si procede del Ministerio de Asuntos Exteriores. Están convencidos de que la armada tiene el deber de limpiar toda la porquería que ellos van sembrando por el mundo.

—Tengo que hacerlo, señor —replicó Sharpe sin abandonar la idea—. Con o sin su ayuda.

—¿*Tienes* que hacerlo? —preguntó Chase—. ¿En serio?

Sharpe se detuvo a reflexionar un instante. Si iba a quedarse en Dinamarca, ¿qué importancia podía tener que lo considerasen sospechoso de asesinato en Londres? Inglaterra quedaba muy lejos de Copenhague… Ahora bien, si Skovgaard había muerto, ¿hallaría él ocasión de permanecer en la península? ¿Se avendría Astrid a volver a Gran Bretaña en su compañía? Todo eso resultaba extremadamente complicado. Lo que participaba de la sencillez de lo evidente, en cambio, era que había que impedir la divulgación de los nombres de la lista de Skovgaard, y que había que poner a Lavisser a criar malvas. Eso se entendía a la primera. —Sí, señor— dijo con firmeza—, tengo que hacerlo.

El guardiamarina Collier llamó a la puerta del camarote y entró sin esperar a que lo invitaran a hacerlo.

—Siento interrumpirlo, señor, pero me da la sensación de que hay una partida de achique por los alrededores.

—Entonces será mejor que nos busquemos otro cubil —comentó Chase.

—Una partida de *achique*… ¿Qué significa eso? —quiso saber Sharpe, desconcertado.

—¡Que el barco hace agua, Richard! —exclamó jocosamente Chase al tiempo que se incorporaba—. No se los puede dejar flotando aquí sin más. Si no, acabarían todos en el légamo del fondo. Por eso tienen que mandar aquí a unos tipos para que bombeen las sentinas. No tardarán demasiado, pero es preciso que nos agenciemos otro escondrijo.

—¿Y no teme que puedan encontrar las mechas cortadas?

—No notarán nada. Hemos hecho las cosas bien… Gracias, señor Collier. ¡Todo el mundo a la ratonera! —Chase cogió las cartas de navegación y dedicó una gran sonrisa a Sharpe—. ¿Te las arreglarás con Hopper y Clouter?

Sharpe no podía dar crédito a sus oídos.

—¿Hopper y Clouter, señor?

—No estoy seguro de ver con buenos ojos lo que me comentas, Richard, pero desde luego me fío de tu buen juicio. Y esos dos son mis mejores hombres, así que deberían sacarte del apuro. Pero tráemelos con vida, Richard, te lo ruego.

—Muchas gracias, señor.

—¿Necesitas algo más?

—Mechas rápidas, señor.

—¡De eso estamos sobrados! —repuso enfáticamente Chase.

Habían sonado ya las ocho y media de la mañana cuando Sharpe abandonó el barco. El grupo de achique avanzaba en sus trabajos por la hilera de las naves de mayor tamaño, pero ninguno de sus integrantes se percató de que había tres hombres deslizándose por uno de los escobenes del *Christian* VII hasta alcanzar el muelle. Todos iban armados.

Hopper blandía otro mosquete de siete cañones, respaldado por dos pistolas y un alfanje. Por su parte, Clouter había optado por un hacha de abordaje y dos armas de fuego cortas. El trío cruzó el puente sin ser notado. Apenas quince días antes, cualquier hombre que se paseara armado por la ciudad hubiera suscitado miradas de curiosidad y extrañeza, pero, en las presentes circunstancias, un fusilero y dos malinos británicos podían llevar armas suficientes para hacer picadillo a una compañía entera sin que nadie se planteara la más mínima pregunta. Tampoco llamaba la atención ver por las calles a dos individuos con coleta, uno de ellos de raza negra y el otro con la cara cubierta de tatuajes, ya que, pese a ser ambas fisonomías poco habituales, las gentes de Copenhague estaban acostumbradas a observarlas en cambio entre la variopinta marinería que desembarcaba en el puerto. Todo el mundo se hacía la simple composición de lugar de que se dirigían a las murallas, donde las piezas de la artillería pesada danesa que todavía se hallaban en condiciones de funcionar acababan de abrir fuego contra las baterías inglesas. Unos cuantos viandantes dieron los buenos días a Sharpe y a sus compañeros, recibiendo por toda respuesta un gruñido de salutación.

Sharpe abrió la puerta de Skovgaard con la llave de Astrid. Esta lo escuchó llegar y salió de la oficina con un vestido de mangas negras protegidas de cualquier posible mancha de tinta con un par de manguitos de algodón blanco. Su semblante dejó traslucir una clara expresión de alarma al ver a Hopper y a Clouter, ya que tanto el uno como el otro eran hombres de estatura extraordinaria. Sin embargo, los dos se apresuraron a quitarse el sombrero de paja y a estirarse del flequillo.

—Van a quedarse aquí esta noche —explicó Sharpe.

—¿Quiénes son? —trató de averiguar ella.

—Buenos amigos —contestó el casaca verde—. Los necesito para liberar a tu padre… Pero no podré hacerlo en tanto no se reanude el bombardeo. ¿Hay algún sitio en el que puedan descansar esta noche?

—El almacén —sugirió Astrid dubitativamente, y acto seguido

le comentó que había despedido a los operarios del negocio nada más llegar estos, justo después del amanecer. Para no despertar suspicacias, prometió pagarles su jornal, pero les aseguró que su padre prefería que fuesen a echar una mano a los vecinos que andaban buscando supervivientes entre los humeantes escombros de las casas. Después había dado a las criadas instrucciones de limpiar el desván, largo tiempo descuidado. Al quedarse sola, había aprovechado para ir al despacho de su padre y sacar los enormes libros de contabilidad—. Nunca encuentra una tiempo de revisar las cuentas como es debido —dijo a Sharpe en cuanto Clouter y Hopper quedaron instalados en el pósito vacío—, y me consta que él quiere tener la tranquilidad de que todo cuadra.

Astrid trabajó un buen rato en silencio. De pronto, Sharpe levantó la vista y observó que una de las entradas apuntadas con tinta en las columnas se disolvía sin previo aviso al contacto con la lágrima que acababa de caerle encima. Astrid se tapó la cara con las manos.

—Está muerto, ¿verdad? —preguntó.

—No lo sabemos.

—Y habrá tenido una muerte dolorosa…

—En serio, no podemos saberlo todavía —trató de consolarla Sharpe.

—Sí que lo sabemos —le contradijo la joven, levantando la vista para mirarlo a los ojos.

—No puedo retornar a la casa mientras no empiece el cañoneo —se vio obligado a repetir el alférez, presa de una sombría consternación.

—No es culpa tuya, Richard. —La joven dejó caer la pluma sobre el escritorio—. ¡Estoy tan cansada!

—Sí, lo entiendo… Lo mejor que puedes hacer es echarte un rato. Yo llevaré algo de comer a los muchachos.

Astrid fue al piso de arriba. Sharpe encontró algo de pan, queso y jamón, y compartió la comida con Hopper y Clouter. Aksel Bang se puso a dar unos cuantos golpes en la puerta del patio, pero dejó de hacer ruido al oír a Sharpe decirle que le estaban entrando ganas

de estrangular a alguien.

Poco antes de las doce del mediodía, el alférez subió las escaleras. Abrió suavemente la puerta del dormitorio y vio que Astrid había corrido las gruesas cortinas de la habitación, de modo que todo estaba a oscuras. Sin embargo, tuvo la clara sensación de que la joven estaba despierta.

—Lo siento —susurró.

—¿Por qué? —dijo ella.

—Por todo —se sinceró Sharpe—. Por todo… —Se sentó a los pies de la cama. A pesar de la oscuridad podía entrever su rostro, como si el asombroso tono dorado de sus cabellos derramados sobre la almohada le aportara toda la luz que necesitaba.

Sharpe pensó que era su deber explicarle a Astrid sin ambigüedades quiénes eran Hopper y Clouter, pero, al comenzar a desgranar los pormenores, ella se limitó a negar con la cabeza.

—Creí que no ibas a subir nunca —le dijo.

—Ya ves que estoy aquí —la tranquilizó el militar.

—Entonces no te vayas.

—Nunca —prometió él.

—He estado tan sola —suspiró Astrid—, desde que falleció Nils…

«Y yo desde que perdí a Grace», pensó Sharpe. Colgó el alfanje de una silla y se quitó las botas. Un viento frío comenzó a traer ramalazos de lluvia del este y a empujar la corona de humo que exhalaban las ruinas de la ciudad. Los cañones de las murallas se dejaron oír y, al final, Sharpe y Astrid se quedaron dormidos.

* * *

Las pesadas piezas de los parapetos occidentales de la capital escupieron fuego todo el día. Era tal su cadencia que, al poco tiempo, las gotas de lluvia que impactaban en los tubos de bronce empezaron a transformarse inmediatamente en vapor. Las bombas y

la metralla castigaban las baterías inglesas, pero las fajinas, con su mezcla de ramazón y tierra, amortiguaban la violencia de los impactos, mientras tras ellas, protegidos por sus defensas y resguardos, los artilleros británicos amontonaban munición para los morteros.

Buena parte de la población era un puro rescoldo. Se había conseguido sofocar las últimas llamas, pero las ascuas continuaban rumiando su sibilina encarnadura entre las casas y las iglesias derruidas. De cuando en cuando, las brasas acababan por prender la mecha de alguna bomba inactiva y la tremenda e inesperada explosión sacudía las ventanas de media ciudad, obligando a la gente a refugiarse precipitadamente en los portales, y a aguardar en ellos la caída de un nuevo proyectil. Convencidos de que se había reanudado la tormenta de misiles, los ciudadanos asediados escudriñaban ansiosamente el cielo en busca de estelas de humo, pero no había nada. El firmamento era un lienzo en blanco encerrado en un hondo silencio.

El general Peymann visitó las calles más dañadas, saludando con un involuntario estremecimiento el cadavérico espectáculo de las paredes descarnadas y el olor a carne quemada que despedían las cenizas candentes.

—¿Cuánta gente ha quedado sin hogar? —preguntó.

—Son centenares de familias —le dijeron con lóbrego abatimiento.

—¿Podríamos alojarlas en los barcos?

—No si decidimos incendiar la flota, señor —respondió uno de sus edecanes—. Podríamos tardar horas en evacuar a todo el mundo.

—Las iglesias están acomodando a muchos de esos desdichados —terció otro ayudante de campo—, y, si usted lo ordena, señor, la universidad también abrirá sus puertas.

—¡Por supuesto! ¡Debe hacerlo inmediatamente! —Peymann observó a un grupo de marineros que se afanaban en apartar varias vigas y travesados requemados para extraer a uno de los fallecidos. Prefería no saber cuántos muertos había provocado la acción enemiga. Fueran los que fuesen, eran demasiados. Sabía que tenía

que visitar los hospitales, pero temía los espantos que le reservaba el periplo. Era su deber, sin embargo… En cualquier caso, de momento, su primera obligación pasaba por preparar a sus conciudadanos para nuevos horrores. Ordenó que las fábricas de cerveza donaran a las autoridades sus mayores barricas, a fin de que pudieran colocarse, llenas de agua de mar, en la confluencia de las calles. Los británicos se las habían arreglado para interrumpir la traída de aguas de la urbe, así que las unidades contraincendios siempre andaban escasas de líquido. Los toneles contrarrestarían siquiera un poco ese estado de cosas, pensaba Peymann, o eso esperaba al menos. En realidad, sabía muy bien que iba a ser un gesto fútil, dado que lo cierto era que la plaza se encontraba desprotegida frente a esos ataques. Todo lo que podía hacer, todo lo que *debía* hacer… era resistir. Recorrió las calles devastadas, sorteando las montañas de escombros y los restos humeantes en que se habían convertido los paseos de Studiestræde, Peder Huitfeldts Stræde, Saint Peters Stræde y Kannikestræde—. ¿Cuántos obuses nos arrojaron ayer? —inquirió al fin el general.

—¿Cuatro mil? —aventuró un edecán—. ¿Tal vez cinco mil?

—¿Y cuántos les quedan todavía? —Esa era la cuestión. ¿Cuándo se les agotarían las municiones a los británicos…? Porque en el momento en que se vieran en esa tesitura tendrían que esperar a que les llegara una nueva remesa de Gran Bretaña, y para cuando esa partida regresara a Dinamarca las noches ya se habrían alargado y quizás hasta se dignara el príncipe heredero a abandonar Holstein y a presentarse en la capital del reino al frente de un ejército de tropas regulares capaz de abrumar numéricamente al contingente británico. Aún podía transmutarse en victoria aquel terrible infortunio, pensó Peymann. Todo cuanto tenía que hacer la ciudad era sobrevivir.

Con el rostro demacrado y sombrío, el comandante Lavisser se abría paso entre los ladrillos desparramados por la calzada. Se detuvo para recoger las enaguas de una niña. Por algún milagro, la prenda se había salvado de las llamas. Tras observarla con hermético semblante, la arrojó a un lado.

—Siento presentarme tarde al servicio, señor —dijo a modo de presentación a Peymann—. Le pido disculpas.

—Estoy seguro de que la noche ha sido larga, comandante.

—En efecto, señor, muy larga —confirmó el aludido, aunque por extenuante que le hubiera resultado no la había dedicado a apagar ningún fuego. Había aprovechado el amparo de las sombras para interrogar a Ole Skovgaard, y el recuerdo de lo sucedido le llenaba de insatisfacción. Sin embargo, lo que más seguía preocupándole era la irrupción de aquel extraño visitante que había herido a dos de sus hombres en el patio. Un ladrón, le había dicho Barker, probablemente un soldado o un marinero que había decidido aprovechar el caos del bombardeo para saquear las suntuosas mansiones de Bredgade. En un primer momento, Lavisser se había inquietado ante la eventualidad de que hubiera podido tratarse de Sharpe, pero no tardó en convencerse a sí mismo de que hacía ya mucho tiempo que el fusilero debía de haberse reincorporado al ejército británico. Lo más probable era que Barker estuviese en lo cierto: un simple ratero, aunque desde luego muy bien armado.

El general Peymann se quedó mirando fijamente la destrozada torre de la iglesia, cuya única campana se hallaba suspendida de una viga renegrida y transformada en percha improvisada de una paloma. De los restos de los reclinatorios del templo ascendía un humo asfixiante. Al ver la pierna de un niño sobresaliendo de las brasas, Peymann se giró, horrorizado. Había llegado el momento de visitar los hospitales y, aunque no quería verse frente a los atroces sufrimientos de las víctimas abrasadas, el militar sabía que no podía rehuir sus deberes.

—¿Está usted de servicio esta noche? —preguntó a Lavisser.

—Así es, señor.

—Lo que debería hacer —sugirió de pronto el general—, es encontrar una posición ventajosa. ¿La aguja de la Bolsa de valores, quizá? O tal vez la grúa mastelera de Gammelholm. En cualquier caso, ha de ser un lugar seguro, un buen resguardo. Quisiera que contase lo mejor posible el número de bombas.

Lavisser quedó desconcertado. Además, sospechaba que esa tarea de levantar una lista de detonaciones y destellos de obuses tenía mucho de humillante, una especie de degradación.

—¿Contarlas, señor? —preguntó con toda la aspereza y brusquedad que se atrevió a reunir.

—Es una misión de mucha importancia, comandante —aseguró Peymann enfáticamente—. Si esta noche prosiguen con el cañoneo y cae una menor cantidad de bombas, sabremos que están empezando a quedarse sin municiones. Y en ese caso podremos tener también la certeza de encontrarnos en condiciones de resistir… —«Aunque si, por el contrario, lanzan más proyectiles…», empezó a pensar el general antes de detenerse para no verbalizar la conclusión obvia. Se había introducido subrepticiamente en la ciudad un mensaje del príncipe heredero en el que se insistía en que la capital debía resistir a toda costa, así que Peymann no tenía más remedio que poner en práctica todo cuanto estuviera en su mano para alcanzar ese objetivo—. Cuente las bombas, comandante —repitió—, cuente las bombas. Empiece a hacerlo tan pronto como empiecen a llover. —No era imposible que los morteros comenzaran a vomitar sus carcasas durante el día, pero Peymann lo juzgaba poco probable. Los británicos buscaban el cobijo de la noche. Quizá creyeran que las tinieblas añadían un ingrediente más de terror a sus agresiones, o puede que quisieran hurtar sus fechorías a los ojos de Dios. Sin embargo, el general también sabía, con seguridad tan instintiva como racional, que el enemigo volvería a dar rienda suelta a sus felonías, de modo que tenía que valorar imperativamente la intensidad de su próximo bombardeo a fin de poder deducir después la duración de la resistencia de los suyos. Y Copenhague debía superar la prueba. Era la única esperanza.

—¿Qué crees que debería hacer con Aksel? —preguntó Sharpe a Astrid esa misma tarde.

—¿Qué solución querrías tomar tú? —quiso saber ella.

—Yo lo mataría.

—¡No! —exclamó la joven danesa con sólida convicción desaprobatoria—. ¿No puedes dejarlo marchar sin más?

—Ya… Y diez minutos después tendríamos aquí a los soldados… —señaló Sharpe—. Tendrá que quedarse en el mismo sitio en el que ahora se encuentra.

—Pero ¿hasta cuándo?

—Hasta que la ciudad se rinda —aseguró el alférez. Estaba convencido de que, si se vivía otra noche como la anterior, Copenhague claudicaría.

«¿Y después qué?», se interrogaba en su fuero interno. ¿De verdad iba a quedarse? Si lo hacía, estaría afiliándose a una nación que era enemiga de Gran Bretaña y aliada de Francia. ¿Y qué pasaría si quisieran obligarlo a combatir? ¿Iba a quitarse el uniforme verde y a cambiarlo por el de color azul? ¿Se llevaría a Astrid a Gran Bretaña? ¿Y qué podía hacer en ese caso, salvo guerrear? Eso la dejaría a ella sola y en un país extraño. «Un soldado no debería casarse…», pensó.

—¿En qué piensas? —preguntó Astrid.

—En que es hora de prepararse. —Se giró para besarla. Se vistió y bajó al patio. En la ciudad reinaba el fétido olor de la pólvora rancia. Un fino velo de humo ensuciaba todavía el cielo, pero al menos había dejado de llover. Llevó pan y agua a Bang, que lo observó con hosquedad pero sin decir palabra.

—Vas a quedarte aquí, Aksel, hasta que todo esto acabe —quiso tranquilizarlo Sharpe.

Volvió a cerrar con llave la puerta de la improvisada prisión y acto seguido despertó a Hopper y a Clouter. El trío de ingleses se acuclilló en el patio y se puso a confeccionar pábilos nuevos para tres de las bombas sin explotar que se habían retirado de la calle. Tuvieron que sacar los tapones de madera de las filásticas, extraer después los viejos cabos fallidos del oído de los artefactos, e insertar a continuación las mechas rápidas recién hechas.

—Cuando estemos dentro —dijo Sharpe a sus compañeros—, mataremos a todo el que encontremos.

—¿También a las sirvientas? —se sorprendió Hopper.

—A las mujeres, no —repuso el alférez—. Y tampoco a Skovgaard, si sigue con vida. Nos metemos en la casa, damos con el

objetivo y nos largamos. Y acabamos con todos los hombres. No vamos a tener tiempo de hacer distingos. —Sharpe cortó la mecha rápida hasta dejar únicamente un pequeño trozo a la vista. De ese modo la bomba explotaría pocos segundos después de que la prendieran.

—¿Cuántos cabronazos hay en la casa? —quiso saber Clouter.

El casaca verde no podía decírselo con seguridad.

—¿Media docena, quizá? —aventuró—. Además, creo que son franceses, no daneses. —Había estado haciendo cábalas para tratar de averiguar quién le había disparado la noche anterior, y había llegado a la conclusión de que los franceses debían de haber dejado apostados algunos hombres al trasladar su embajada al sur—. Aunque también podría tratarse de daneses decididos a luchar con los gabachos —añadió.

—Para mí es lo mismo —comentó Hopper, al tiempo que martillaba el tapón de madera con el tacón del zapato para volver a meterlo en la bomba—. Pero ¿qué demonios han venido a hacer aquí?

—Son espías —aclaró Sharpe—. Se está librando secretamente una guerra sucia en toda Europa, y estos individuos han sido enviados a Dinamarca para liquidar a nuestros agentes. Nuestra misión es adelantarnos a ellos y pagarles con la misma moneda.

—¿Sabes si dan pagas extra por limpiar nidos de informadores? —intervino nuevamente Clouter.

Sharpe esbozó una sonrisa.

—No puedo prometeros nada, pero con un poco de suerte conseguiréis llevaros tanto oro como podáis cargar. —Levantó la vista al cielo. El crepúsculo ya había dado paso a la noche, pero la tardía penumbra de las últimas semanas de estío todavía no había desaparecido del todo. Tenían que esperar.

En la ciudad reinaba el agotamiento. Los ingleses habían camuflado sus baterías y las mantenían en silencio. Los cañones daneses seguían disparando, aunque ahora con menor cadencia de tiro, como si supieran que sus esfuerzos morían sin resultado en las fajinas y terraplenes que parapetaban las armas británicas. De la

maltrecha ciudadela se habían traído unos cuantos obuses para emplazarlos detrás de los murallones. Sus artilleros intentaban lanzar las carcasas en vuelo parabólico y destruir así las piezas enemigas más próximas. Sin embargo, nadie podía constatar si ese fuego de mortero estaba teniendo los efectos deseados o no.

La oscuridad fue ganando poco a poco el cielo encapotado. Un viento helado soplaba del este, y la ciudad entera aguardaba, aterida. Durante un tiempo se quiso tener la impresión de que esa segunda noche no se iban a repetir los bombardeos, pero, de repente, un inmenso destello reventó la negrura de poniente y una finísima línea roja rayó el firmamento como si una gigantesca aguja hubiera resbalado sobre él. El rasguño incandescente ascendió hasta tocar las nubes, se detuvo un instante, indeciso, al alcanzar el cénit, e inició su fatídico descenso.

Inmediatamente después se escuchó el bramido de los demás morteros. Su unánime estruendo restalló con la fuerza de un trueno titánico y rodó sobre la ciudad, al tiempo que las estelas de las filásticas prendidas se elevaban como látigos de fuego atentos a la vertiginosa caída de la primera bomba, que ya se precipitaba hacia las casas.

—Ha llegado la hora —exclamó suavemente Sharpe.

Los tres hombres recorrieron las calles iluminadas por el lejano resplandor de los relámpagos de pólvora. Al observar el rastro de las mechas en el cielo negro, el alférez comprendió que esa noche la artillería no iba a ocuparse de la ciudadela, sino a martirizar las zonas próximas a las calles que ya habían sido pasto de las llamas. Los misiles de la flota rasgaban el aire sobre sus cabezas mientras los gruesos y brillantes regueros rojos de los proyectiles trazaban curvas perfectas por encima de los tejados. Al igual que sus dos camaradas, Sharpe llevaba colgada del hombro una bomba de trece pulgadas embutida en una bolsa de cuero. Era increíblemente pesada.

El casaca verde condujo a Clouter y a Hopper hasta la trasera de la casa de Lavisser. Tras los altos y bien cerrados muros del edificio imperaba la más cerrada negrura, pero en la fachada posterior de las mansiones de Bredgade reverberaba el resplandor anaranjado de las

distantes llamaradas. Las bombas habían respetado escrupulosamente ese barrio, que no en vano se encontraba en las inmediaciones de los palacios reales.

El alférez depositó la bomba que llevaba en el suelo, junto a la puerta de la verja que daba al patio de Lavisser. Se arrodilló, sacó el yesquero y golpeó la varilla de acero contra el pedernal. Un brillo moteó el extremo del ennegrecido cordel de lino. Sharpe sopló cuidadosamente sobre el ascua para hacer saltar las llamas y ponerlas en contacto con la mecha rápida, echando a correr después como alma que lleva el diablo por la calle de los traspatios e ir a refugiarse junto a Hopper y Clouter. Vio el diminuto punto rojo de la filástica y, al comprobar que desaparecía dentro de la carcasa, se encogió todo lo que pudo en espera de la detonación. Pero no ocurrió nada. El fusilero se preguntó si no sería una bomba simplemente defectuosa. ¿Se le habría mojado la pólvora? «¡Maldita sea!», gruñó entre dientes al tiempo que levantaba la cabeza para situarse. Justo en ese momento estalló el artefacto, y el aullido de los trozos de metralla llenó la calle. Un instante después el metal incandescente se estrellaba en las paredes de ladrillo, rebotando e incrustándose finalmente en todo lo que se hallara inscrito en la vasta esfera de su radio de acción. El fuego y el humo se apoderaron del lugar. La onda expansiva, que había arrancado de cuajo la verja de Lavisser, también la había hecho saltar estrepitosamente al otro lado del patio.

—Tu turno, Hopper —ordenó Sharpe, y los tres ingleses corrieron hacia el desvencijado portalón, envuelto en humo.

Hopper sacó la bomba de la bolsa y el alférez volvió a encender la yesca y a prender la mecha. Acto seguido, el propio casaca verde echó a rodar el mortífero ingenio, lanzándolo como una bola de boliche hacia el centro del patio. Los tres británicos se parapetaron tras el murete de la casa. Dentro se escuchó un grito. Sharpe sospechaba que había varios sicarios de Lavisser apostados en la cochera, y que ellos serían obviamente los primeros en salir a investigar cuando se escuchara la explosión inicial; por eso les había largado el segundo artefacto. Los ingleses oyeron de pronto una voz

muy cerca, y en ese momento la carcasa de Hopper reventó la noche y abrasó la calle con una furiosa y súbita llamarada que espesó todavía más el denso humo que invadía el patio.

Clouter ya estaba en la verja desfondada con el tercer obús. Sharpe hizo saltar la chispa en el pedernal, avivó la lumbre que mordía el cordón de yesca y prendió la mecha. Tomó la bomba de manos de su compañero, cruzó el umbral del patio y se internó unos cuantos pasos en la humareda hasta ver el punto en el que los peldaños de piedra marcaban la entrada al sótano. La espoleta silbaba junto a su estómago. Se detuvo, calculó la distancia y lanzó la carcasa por encima de los retorcidos restos de la verja. La bomba fue a caer en los adoquines, a muy corta distancia de las escaleras, osciló un instante, y finalmente cayó por el hueco que daba a la bodega. Clouter y Hopper tenían la espalda apoyada en el tabique exterior del establo. Los dos miraban fijamente el humo, tratando de discernir dónde estaba Sharpe. Un mosquete crepitó en una ventana del piso alto y la bala impactó con un chasquido en los guijarros junto a los que se encontraba Sharpe. Este dio un respingo hacia atrás y a punto estuvo de pisar un cadáver. Estaba claro que la segunda bomba había cazado a alguien. Entonces explotó la tercera, arrasando con una inmensa lengua de fuego la fachada trasera de la casa. Los cristales de una docena de ventanas saltaron en pedazos.

—¡Vamos! —rugió Sharpe. Blandiendo el rifle en la mano derecha, echó a correr escaleras abajo y pasó como pudo por encima de los astillados restos de la puerta. Se encontró en una cocina iluminada por las llamas que habían prendido en las tablas de otro batiente, igualmente destrozado. No se veía a nadie. Saltó por encima de la madera ardiendo, cruzó el suelo enlosado y abrió otra puerta más, tras la cual nacía la oscura escalinata de acceso a los pisos de arriba. Oyó tiros de pistola a sus espaldas, se giró y vio que Clouter había comenzado a disparar hacia el patio—. ¿Necesitas ayuda? —gritó.

—¡Esos ya no molestarán más! —respondió Clouter al tiempo que se apartaba del quicio de la entrada para recargar el arma. La tela embreada que cubría una mesa puesta junto a la ventana había

prendido fuego. Sharpe lo dejó estar y se lanzó a la carrera escaleras arriba. Hopper lo seguía de cerca. El alférez derribó la puerta de la parte alta y se vio en un amplio vestíbulo. Había un hombre al otro lado de las escaleras, pero se volvió y desapareció antes de que el casaca verde pudiera apuntarle con el rifle. Clouter pudo escapar al fin de la cocina y alcanzar a sus compañeros, pero tras él la humareda se espesaba con alarmante velocidad.

—Arriba —indicó Sharpe.

Había varios hombres en la planta superior, hombres que no solo eran conscientes de que los atacantes se les iban a echar encima, sino que seguramente estaban armados. Sin embargo, el alférez estaba convencido de que sería peor retrasar el ataque un solo minuto. Las llamas crepitaban en su dirección.

—Aguardadme aquí —pidió a los dos marineros. Se colgó el rifle del hombro y empuñó el mosquete de siete cañones. No quería cargar contra sus adversarios estando en la desventajosa posición de las escaleras, pero si daba siquiera un mínimo respiro a los individuos de la planta alta tendrían tiempo de parapetarse tras una barricada. Soltó un juramento entre dientes, se armó de valor y echó a correr.

Salvó los escalones de tres en tres hasta llegar al rellano que partía en dos el cañón de la escalera, a cuyos lados se abrían dos puertas. Pasó sin ocuparse de ellas. El instinto le decía que los habitantes del edificio se encontraban más arriba, así que dobló a toda velocidad el ángulo que formaba el descansillo, subió a la carrera el siguiente tramo de escalones y se encontró frente a una puerta entornada por la que sobresalía, apenas visible, la boca de fuego de un mosquete. Se arrojó al suelo en el preciso instante en el que el arma del desconocido escupía la carga. La bala fue a estrellarse en un retrato colgado en lo alto del hueco de la escalera. Sharpe levantó levemente el torso, asomó el arma de siete cañones por encima del último peldaño y apretó el gatillo.

Los siete proyectiles hicieron añicos la parte baja de la puerta. Se escuchó aullar a un hombre. Sharpe sacó la pistola y volvió a disparar. Un instante después, Hopper y Clouter llegaban a su

altura, descerrajaban las armas contra la puerta y se apresuraban a cruzar el umbral delante del alférez.

—¡Esperad! —les ordenó este. Quería ser el primero en penetrar en la habitación, no porque anduviera buscando reputación de héroe, sino porque había prometido al capitán Chase que cuidaría de los dos hombres que le había confiado. Sin embargo, Clouter ya había echado abajo la puerta con el hombro y entrado a trompicones en la estancia, hacha en mano.

—¡*Pucelle*! —bramaba el gigante negro—. *¡Pucelle!* —repitió, como si estuviera lanzándose al abordaje de un barco enemigo.

Sharpe lo siguió inmediatamente después de que Hopper vaciara su mosquete de siete cañones en la sala. Al cruzar la puerta, una bala enemiga restalló con la fuerza de un trallazo a escasos centímetros de la cabeza del fusilero. Con asombrosa agilidad, Sharpe se dejó deslizar por el bruñido entarimado, acuclillándose sobre la marcha y barriendo con la mira del rifle el perímetro del cuarto, un elegante estudio con cuadros y estanterías atestadas de libros, además de un escritorio y un sofá. Un hombre se desplomó sobre la mesa, retorciéndose de dolor a causa de una de las balas de Hopper. Otro hombre yacía junto a una ventana que tenía los postigos echados, con el hacha de abordaje de Clouter clavada en la nuca hasta la empuñadura.

—Queda uno con vida detrás de la mesa —advirtió Hopper.

Sharpe lanzó a Hopper el arma de siete cañones.

—Recárgala —dijo quedamente mientras se acercaba con todo sigilo al bufete. Oyó con claridad el rasponazo de una baqueta tratando de compactar desesperadamente la pólvora en el cañón de un arma de avancarga y supo que su adversario no podía dispararle. Dio otros tres rápidos pasos y vio a un hombre agachado con una pistola aún no totalmente cargada. Sharpe había esperado encontrar a Lavisser, pero no había visto en su vida al tipo en cuestión. El hombre levantó la vista y meneó la cabeza.

—*Non,* monsieur, *non!*

Sharpe accionó el gatillo. La bala perforó el cráneo del francés, salpicando la mesa de sangre y tendiendo al agonizante en el suelo, a

los pies del casaca verde.

Pero había un cuarto hombre en la habitación. Estaba desnudo y atado a un sofá arrimado a un rincón. Sin embargo, aún respiraba. Al verlo, Sharpe sintió unas náuseas casi incontenibles. Estaba vivo de milagro. Ole Skovgaard había quedado prácticamente ciego. Lo habían torturado, y parecía no tener conciencia de la lucha que acababa de llenar la estancia del humazo asfixiante de la pólvora.

Clouter, con el hacha ensangrentada en una mano, se acercó al diván y soltó un juramento en voz casi inaudible. Sharpe no pudo reprimir una mueca de disgusto al ver la órbita ocular vaciada, la boca vomitando sangre, y las puntas de los dedos en carne viva. Le habían arrancado las uñas como preámbulo de los golpes de maza que le habían partido las falanges. Dejó el rifle en el suelo, cogió la navaja y cortó las cuerdas que inmovilizaban al desdichado danés.

—¿Puede oírme, señor Skovgaard? —preguntó—. ¿Puede oírme?

El negociante levantó titubeantemente un brazo.

—¿Alférez? —Apenas conseguía hablar. Le habían desraizado todos los dientes de la boca, de ahí que la tuviera hecha una pura llaga.

—Vamos a llevarlo a casa —dijo Sharpe dulcemente—, a casa.

Hopper disparó la pistola hacia la parte baja de la escalera, y Clouter acudió en su ayuda. Skovgaard señaló con gesto desmayado el escritorio y, al acercarse a él, Sharpe vio un montón de papeles tachonados de la sangre del hombre que acababa de abatir. Las hojas estaban cubiertas de nombres y más nombres. Era la lista de los contactos que Londres quería proteger. Hans Bischoff, de Bremen; Josef Gruber, de Hannover; Carl Friederich, de Königsberg… Había apellidos rusos, prusianos, de todas partes. Siete páginas de nombres. Sharpe cogió los documentos y se los introdujo violentamente en el bolsillo. Clouter lanzó otro disparo por el hueco de la escalera. Hopper había recargado uno de los mosquetes de siete cañones, así que, al oír que su compañero de armas vaciaba la suya, le desplazó suavemente con el hombro para relevarle. Sin embargo, no pareció observar ninguna amenaza, porque contuvo el

dedo del gatillo.

Por la parte interior, las ventanas de las contras cerradas se adornaban con gruesos cortinones de terciopelo. El fusilero agarró una y tiró con todas sus fuerzas, rasgando los ojales. Una vez descolgada, envolvió a Skovgaard, que estaba desnudo, con la suave tela encarnada, y lo cogió en volandas. Skovgaard dio un gemido de dolor.

—Lo llevamos a casa, señor Skovgaard —trató de tranquilizarlo el casaca verde. Había empezado a salir humo por el cañón de las escaleras—. ¿Quién está ahí abajo? —preguntó Sharpe a Clouter.

—Dos hombres… Puede que tres.

—Tenemos que bajar como sea —recalcó el alférez—, y salir por la puerta principal. —No había visto ni a Lavisser ni a Barker.

Hopper estaba recargando el segundo mosquete de siete tiros. Acababa de dejar el primero en manos de Clouter. Sharpe oyó crepitar las llamas en el piso de abajo. En el flanco oeste de la ciudad se escuchaba la explosión de las bombas inglesas. Una criada, con los ojos desorbitadamente abiertos por el terror, bajó a toda prisa los escalones. No pareció advertir la presencia de los hombres apostados en el quicio del estudio, y en cuanto llegó al descansillo intermedio, dobló la esquina y desapareció. Se oyó un disparo en el zaguán, seguido de un chillido de mujer, sin duda la doncella.

—¡Jodidos cabrones! —rugió Sharpe.

Hopper había cargado ya cuatro de los siete caños del arma de abordaje, y llegó a la conclusión de que bastaría con eso.

—¿Qué? ¿Vamos?

—¡Vamos! —confirmó el fusilero.

Clouter y Hopper iban delante, seguidos de Sharpe con Skovgaard en brazos. Los dos marineros se plantaron de un salto en el rellano y descerrajaron simultáneamente sus armas, encañonando directamente el humo que salía del vestíbulo. Sharpe avanzaba más despacio, tratando de no escuchar los suaves quejidos del martirizado Skovgaard. La sirvienta estaba tendida en las losas del descansillo, junto al pasamanos, con el vestido manchado de sangre. En el recibidor, al lado de una mesa, había otro cadáver. Las llamas

parpadeaban bajo el zócalo del portillo que daba a la cocina. La puerta principal estaba abierta y Clouter salió por ella, encabezando la marcha de los fugitivos. Sharpe gritó para advertir a sus camaradas que los hombres de Lavisser podían estar esperándolos en la calle, pero las únicas personas que había fuera eran los vecinos del barrio, convencidos de que el fuego y el humo habían sido provocados por las bombas inglesas. Al ver a los dos hombres de enorme corpulencia que acababan de salir a la carrera por la puerta de la casa, y con armas en la mano, una de las mujeres de la zona pareció alarmarse, pero cuando el gentío observó salir al maltrecho Skovgaard en brazos de Sharpe, el sobresalto se convirtió en un murmullo de admirada simpatía.

Sin embargo, una joven dio de pronto un alarido. Era Astrid, que al descubrir al herido se precipitó hacia Sharpe.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el casaca verde sin comprender inmediatamente la preocupación de ella.

—Sabía que ibais a venir aquí, así que me he acercado para asegurarme de que estabais bien. —No pudo reprimir una mueca de espanto al ver el rostro de su padre—. ¿Está vivo?

—Necesita un médico —dijo rápidamente Sharpe. Calculaba que Skovgaard debía de haber resistido unas cuatro horas antes de claudicar.

—Los hospitales están llenos —le recordó ella al tiempo que sujetaba la muñeca de su padre, que no era más que un muñón destrozado—. Esta mañana se ha publicado un bando que insta a la población a no llevar a las clínicas sino a los heridos más graves —aclaró.

—Pues él está muy malherido —insistió él. Sin embargo, un instante después pensó que Lavisser estaría perfectamente al comente de la situación, y que, por consiguiente, los sanatorios serían justamente el sitio en el que primero tratara de buscar a Skovgaard. Las bombas seguían machacando tercamente la ciudad, y sus explosiones arrancaban destellos cárdenos al cielo saturado de humo—. Tienes razón, no podemos llevarlo a ningún dispensario —coincidió Sharpe. Pensó entonces en la plaza de Ulfedt, pero

enseguida cayó en la cuenta de que ese sería el segundo sitio en el que investigara el renegado excapitán de la Guardia de Infantería de Su Majestad.

Astrid acarició suavemente la mejilla de su padre.

—Hay una buena enfermera en el orfanato —comentó—. Y además está muy cerca.

Llevaron a Skovgaard al hospicio, y la cuidadora se hizo cargo de él, ayudada por Astrid. Mientras tanto, Sharpe se llevó a Hopper y a Clouter al patio, y los tres se sentaron bajo el mástil cubierto de banderas en el que solían jugar los chiquillos antes del ataque. Se oía llorar a algunos de los chicos y chicas más pequeños, asustados por el estruendo de las bombas, pero estaban todos sanos y salvos en los dormitorios, muy alejados de los puntos en que impactaban los proyectiles. Dos mujeres que acarreaban leche y agua escaleras arriba echaron un atemorizado vistazo al extraño trío de soldados que aguardaban afuera.

—No hemos dado con Lavisser —lamentó Sharpe.

—¿Y eso qué más da? —se interrogó Hopper en voz alta.

—Quiere esta lista a toda costa —dijo Sharpe, dándose unas palmaditas en el bolsillo—. Estos nombres le granjearán el favor de los franceses.

—Y tampoco hemos encontrado oro por ninguna parte —masculló Clouter, contrariado.

Una expresión de sorpresa se asomó al rostro de Sharpe.

—¡Se me había borrado por completo lo del oro! —exclamó—. Lo siento. —Se frotó la cara—. No podemos volver al almacén… Es uno de los sitios en los que ese traidor intentará devolvernos el golpe. —«Además lo acompañará un destacamento de tropas danesas», pensó el alférez, «porque sin duda afirmará ir a la caza de un puñado de espías británicos»—. Tendremos que quedarnos aquí —concluyó.

—¿Podríamos regresar al barco? —indagó Clouter.

—Bueno sí, desde luego. Si eso es lo que queréis, no hay inconveniente —aceptó el fusilero—. Pero yo me quedo. —No iba a moverse de allí, porque era perfectamente consciente de que Astrid

no se apartaría de su padre, y él tampoco estaba dispuesto a dejar a la joven.

Hopper empezó a recargar uno de los mosquetes de siete cañones.

—¿Veis a esa enfermera? —preguntó como quien no quiere la cosa.

—Me parece que le acaban de entrar ganas de quedarse, señor —aseguró Clouter con una gran sonrisa.

—Podemos esperar aquí —volvió a comentar Sharpe—. Y de verdad… Quiero daros las gracias, a los dos. No lo habría logrado sin vosotros. —Las bombas hacían centellear el cielo. «Por la mañana, los daneses se rendirán», pensó, «no hay ninguna duda. Eso significa», prosiguió, «que el ejército británico tomará las calles y que Lavisser tendrá que pasar a la clandestinidad… Pero lo encontraré», se dijo tajantemente. «Aunque tenga que registrar todas las putas casas de Copenhague, daré con su paradero y lo mataré… Con eso habré terminado mi labor aquí, y podré quedarme en Dinamarca». Había llegado la hora de sentar la cabeza.

* * *

A la mañana siguiente, el general Peymann convocó un consejo urgente en el palacio de Amalienborg. Cubiertos de hollín y ceniza, con el semblante empalidecido y exhausto por una segunda noche de ímprobos esfuerzos, de luchar contra los incendios y de acudir a la carrera a los atestados hospitales para trasladar a cientos de personas horriblemente abrasadas, los hombres recibieron café en tacitas de la mejor porcelana de manos de los criados y maestresalas de la casa.

—Tengo la impresión de que en este ataque ha habido menos bombas que en el anterior —observó el general.

—Han lanzado un poco menos de dos mil en total, señor —informó el comandante Lavisser—, incluyendo los misiles.

—¿Y en la primera embestida? —intentó averiguar Peymann.

—Rondaron más bien las cinco mil —respondió uno de los edecanes.

—Están empezando a quedarse cortos de munición —declaró el general, sin poder evitar una leve vibración de triunfo en el tono de voz—. Dudo que en la tercera oleada nos envíen más de mil proyectiles. ¿Y mañana? ¿Quién sabe? Quizá ninguno. Debemos resistir, caballeros. ¡Debemos resistir!

La solemne exposición del estado de la situación sanitaria, que corrió evidentemente a cargo del director del Hospital del Rey Federico, supuso un baño de realidad para todos. Ya no quedaban camas libres, ni siquiera después de haber ocupado las salas del edificio de la maternidad, situado justo al lado del que él regentaba. Se vivía además una acuciante falta de ungüentos, bálsamos, vendas y agua dulce. Pese a todo, se manifestó cautelosamente optimista. Si los bombardeos no se intensificaban, opinó, los médicos, las enfermeras y el resto del personal conseguirían hacer frente a las urgencias.

Uno de los ingenieros civiles señaló que se estaban sacando grandes cantidades de agua dulce del viejo pozo de Bjornegaden, y que se habían iniciado obras destinadas a abrir otras tres cisternas naturales en desuso, cegadas al empezar a abastecerse a la ciudad con los acuíferos del norte de Selandia. Confiaba, añadió, en que pudieran empezar a reutilizarse ese mismo día. El teniente de alcalde dijo que no había escasez de alimentos. Durante la noche habían muerto unas cuantas vacas, explicó, pero quedaban muchísimas más.

—¿Vacas? —preguntó Peymann.

—La ciudad necesita leche, señor. Hemos acercado dos rebaños a la capital.

—En vista de lo que me indican, caballeros —empezó a decir el general a modo de conclusión—, me parece que tendremos motivos para felicitamos cuando todo haya terminado. Lo peor del asalto británico ha pasado ya, y hemos sobrevivido. —Tiró hacia sí del vasto mapa de la capital que descansaba sobre una mesa. Los ingenieros habían señalado con tinta las calles más afectadas por el

bombardeo de la primera noche, pero lo que ahora interesaba a Peymann eran las zonas suavemente sombreadas a lápiz, que correspondían a los efectos de la segunda tanda de explosivos.

Esas áreas recién perfiladas con el carboncillo eran mucho más pequeñas, ya que solo había desperfectos en un corto tramo de un pasaje próximo a la puerta de Nørre y en un puñado de casas de Skindergade.

—Por lo menos no han acertado a la catedral —se alegró Peymann.

—Y también ha habido daños aquí —señaló un ayudante de campo dando unos golpecitos con la yema de los dedos en Bredgade —. La casa del comandante Lavisser ha resultado destruida, y los edificios colindantes han perdido el tejado a causa de las llamas…

Peymann miró con semblante serio a Lavisser.

—¿Su domicilio, comandante?

—De mi abuelo, señor.

—¡Qué tragedia! —entonó el general—. ¡Qué tragedia! —repitió.

—Creemos que debió de ocurrir por el impacto de un misil, señor —intervino el edecán—. De lo contrario no se entiende, ya que la zona está muy lejos del resto de calles siniestradas.

—¿Espero que no haya habido heridos, al menos? —trató de averiguar Peymann con evidente angustia.

—Tememos que algunos criados se hayan visto atrapados —respondió Lavisser—, pero mi abuelo, desde luego, se halla junto al príncipe heredero.

—¡Doy gracias al cielo! —exclamó Peymann—. Pero sin duda deberá dedicar usted una parte del día a rescatar todas las propiedades de la familia que aún puedan salvarse… No sabe cuánto lo siento, comandante.

—Nada tiene de extraño que compartamos los padecimientos de la ciudad, señor —afirmó Lavisser, despertando un murmullo de aprobación entre los presentes.

Un pastor de la armada puso fin al cónclave dando gracias a Dios por ayudar a la ciudad a soportar la durísima prueba y por las

múltiples bendiciones que sin duda se obtendrían con la victoria. El sacerdote culminó su labor elevando al Todopoderoso una rogativa por el consuelo de los heridos y los afligidos, e implorando para ellos su gracia salvadora.

—Amén —se oyó decir con voz tonante al general Peymann—. Amén.

Al salir Lavisser al patio de armas del palacio, en el que lo aguardaba Barker, un pálido sol deslavado empezaba a asomarse ya por entre el sudario de humo que sofocaba la ciudad.

—Rezan, Barker —masculló con desprecio infinito—, a eso se dedican, a rezar.

—Aquí lo hacen mucho, señor.

—Bueno…, ¿qué has averiguado?

Mientras su amo asistía a la reunión, Barker había estado haciendo todo lo posible por explorar las ruinas de Bredgade.

—El lugar es todavía un horno, señor, y no hay forma de entrar. De todas maneras, no es más que un montón de ruinas. No deja de humear. Pero Jules ha conseguido salir con vida.

—¿Nada más que Jules?

—Solo lo he encontrado a él, señor. Los demás están muertos o en el hospital, imagino. Y Jules jura que ha sido cosa de Sharpe.

—¡Es imposible!

—Pues él insiste en que fueron tres los hombres que abandonaron la casa después del ataque, señor. Dos eran marineros, y el tercero un individuo de notable estatura y cabello negro, con una cicatriz.

Lavisser vomitó un juramento.

—Además —prosiguió implacablemente Barker—, el tipo del costurón llevaba a Skovgaard en brazos.

El renegado soltó otro taco.

—¿Y el oro? —preguntó.

—Lo más probable es que siga en Bredgade, señor. Casi con toda seguridad, fundido, pero allí estará.

Lavisser permaneció un largo rato en silencio. El oro podría recuperarse, y desde luego no corría prisa hacerlo, pero no habría

forma de conseguir ningún alto cargo de los franceses si no alcanzaba a proporcionarles la lista de nombres que tan dolorosamente habían arrancado a Skovgaard. Esa lista permitiría a Lavisser disfrutar de la liberalidad del emperador, que por tales servicios estaría dispuesto a nombrarle príncipe de Selandia, duque de Holstein e incluso rey de Dinamarca. Así lo acariciaba al menos el antiguo capitán de la guardia en sus más recónditos y secretos sueños.

—¿Y qué ha dicho Jules de la lista?

—Cree que estaba en la casa cuando se produjo el incendio, señor.

Lavisser maldijo una vez más.

—¡Todos nuestros esfuerzos tirados por la borda! —exclamó—. ¡Desperdiciados!

Con la vista perdida en las palomas que se arrullaban en los tejados de palacio, Barker parecía sumido a su vez en sus propias cavilaciones. Pensaba en la noche que él mismo había malgastado, puesto que Lavisser había insistido en que le acompañara en la supervisión del recuento de bombas. Sin embargo, y a pesar de que el guardaespaldas hubiera preferido proteger la casa de Bredgade, las instrucciones que había recibido de su amo le habían obligado a contabilizar el número de destellos que viera aparecer en los buques de la flota británica, ya que de ese modo Lavisser podía dedicarse a inventariar los disparos que se efectuaran desde las baterías de tierra. Eso sí que había sido un verdadero desperdicio, se dijo el esbirro, puesto que, de haber permanecido él en Bredgade, Sharpe estaría muerto, y Skovgaard seguiría revelando nombres.

—Tenemos que dar con el paradero de Skovgaard, señor —dijo Barker.

—Sí, claro, pero ¿cómo? —repuso agriamente Lavisser, antes de responder él mismo a su propia pregunta—: Por fuerza tiene que estar en un hospital, ¿no te parece…?

—¿O quizás en la consulta de algún médico? —sugirió Barker.

Lavisser meneó negativamente la cabeza.

—Todos los facultativos han recibido órdenes de acudir a los

sanatorios.

Establecida esa conclusión, Lavisser y Barker comenzaron a buscar a Ole Skovgaard por todas las clínicas de Copenhague. Consumieron la mañana en esa indagación, yendo de sala en sala y oyendo los lamentos de los centenares de quemados que se retorcían entre horribles dolores. Pero no vieron a Skovgaard por ninguna parte. De ese modo, después de la noche, echaban a perder ahora la mitad de un día, así que Lavisser visitó con ánimo sombrío los restos de la mansión de Bredgade, convertida en un simple montón de humeantes rescoldos. El oro, si seguía efectivamente allí, no era más que una derretida masa informe, profundamente oculta en sus bodegas. Sin embargo, todavía tenían a Jules, uno de los franceses que habían permanecido en la capital danesa al huir de ella los diplomáticos de Napoleón. Jules, que había sobrevivido y seguía instalado en la cochera intacta, quería cobrarse una venganza personal en Sharpe.

—Sabemos dónde está, señor —insistía Barker una y otra vez.

—¿Te refieres a la plaza de Ulfedt? —trató de aclarar Lavisser al fin.

—¿Dónde, si no?

—Sí, pero fíjate… —prosiguió el comandante—, somos Jules, tú y yo contra esos tres. Creo que deberíamos mejorar nuestras posibilidades.

Mientras Barker y Jules se ocupaban de vigilar lo que ocurría en la plaza de Ulfedt, Lavisser iba a la ciudadela en la que el general Peymann tenía instalado su cuartel general. Sin embargo, el jefe del ejército, que se había pasado la noche en vela, se había ido a la cama después de la reunión, así que Lavisser tuvo que esperar a que se despertara, a eso de la media tarde, para referirle su particular fabulación.

—Hoy ha fallecido un niño al jugar con una bomba sin explotar, señor —le aseguró—, y temo que vaya a haber bastantes más muertes por esa misma causa. Hay demasiados explosivos tirados por las calles.

Peymann sopló suavemente en la taza de café, excesivamente

caliente para su gusto.

—Creía que el capitán Nielsen ya se ocupaba de ese problema —señaló el general.

—Sí, pero las circunstancias lo sobrepasan, señor. Necesito una docena de hombres.

—Sin duda, sin duda… Cómo no. —Peymann firmó la pertinente orden, y Lavisser partió inmediatamente a despertar a uno de los alféreces de la ciudadela, que, no sin cierta renuencia, se aprestó a cumplir sus órdenes y a reunir un pelotón.

El alférez no entendía para qué podían necesitar mosquetes sus hombres si lo que se les pedía era salir en busca de proyectiles sin explotar. Sin embargo, estaba demasiado cansado para ponerse a discutir, así que se limitó a seguir a Lavisser a la plaza de Ulfedt, donde dos civiles aguardaban junto a un almacén.

—Llame a la puerta, alférez —exigió Lavisser.

—Creía que habíamos venido a detectar y retirar bombas, señor.

Lavisser se llevó a un lado al oficial.

—¿Sabría usted actuar con discreción, alférez?

—Perfectamente. Tanto como cualquiera. —La pregunta había ofendido al alférez.

—Disculpe, pero no he podido hablarle antes con franqueza, oficial. Bien sabe Dios lo numerosos que son ya los rumores que circulan por la ciudad, de modo que no quería iniciar uno más. Lo cierto es que el general Peymann ha recibido informes que indican la presencia de espías ingleses en Copenhague.

—¿Espías, señor? —El alférez había abierto los ojos de par en par. Tenía apenas diecinueve años y solo llevaba dos meses ejerciendo las funciones de oficial. De hecho, hasta ese momento, su deber más importante había consistido en cerciorarse de que se izara cada amanecer el estandarte de la ciudadela.

—Se trata más bien de saboteadores —afirmó Lavisser para embellecer todavía más el cuento—. Creemos que los británicos se están quedando sin municiones pesadas. Es probable que disparen unas cuantas bombas esta noche, pero tenemos datos que nos inducen a pensar que han enviado agentes a la ciudad para causar

más daños. El general está persuadido de que hay hombres que se ocultan en este local.

El alférez instó a sus hombres a calar rápidamente las bayonetas y, acto seguido, se puso a aporrear la puerta del domicilio de Skovgaard. Instantes después la abría una alarmada doncella. Al ver el afilado puñal que remataba el acero de los fusiles, la criada chilló asustada para confesar después que su amo y su ama habían desaparecido.

—¿Y qué hay del inglés? —la interrogó Lavisser por encima del hombro del alférez.

—Aún no ha regresado, caballero —explicó la doncella—. No ha vuelto nadie, señor —repitió.

—Regístrenlo todo —ordenó Lavisser a los soldados. Envió a algunos de sus hombres al pósito y a otros a la planta alta de la casa. Por su parte, Jules, Barker y él mismo se reservaron la oficina de Skovgaard como lugar de búsqueda.

No encontraron ninguna lista de nombres en el edificio. Lo que sí cayó en sus manos fue una caja de metal repleta de dinero, pero no dieron con un solo dato de inteligencia utilizable. En el piso de arriba, el alférez descubrió un mosquete descargado. De pronto, las sirvientas, aterradas, recordaron que el señor Bang se hallaba encerrado en el antiguo establo, y así se lo dijeron al joven oficial. El alférez transmitió la información a los hombres que indagaban en el despacho del negociante.

—¿Míster Bang? —se preguntó Lavisser en voz alta, al tiempo que se embutía el dinero a puñados en los bolsillos del abrigo.

—El tipo que nos entregó a Skovgaard —dijo Barker para refrescarle la memoria.

Los soldados arrancaron el candado, y, al abrir la puerta, emergió a la menguante luz del día, trastabillándose y sobrecogido, el vapuleado Aksel. Estaba nervioso e indignado, y tan perplejo que apenas conseguía decir nada coherente. Para tranquilizarlo, Lavisser ordenó a las doncellas que hicieran un poco de té. Después, mientras llegaba la infusión, se llevó a Bang al piso superior y lo acomodó en el salón de la casa. Una vez allí, Bang contó que el

alférez Sharpe había regresado a la ciudad y que él —Bang— había intentado arrestarlo. Aquí el relato pareció enmarañarse un poco, ya que el confesante no deseaba admitir que el inglés le había reducido con enorme facilidad, pero, evidentemente, a Lavisser no le interesaban los detalles. Bang no sabía cuántos hombres acompañaban a Sharpe, pero les había oído hablar en el patio y sabía que debían de ser al menos dos o tres.

—¿Y la hija del señor Skovgaard ayudaba a los tres ingleses? —quiso saber Lavisser.

—No quería hacerlo, no… Si cooperaba no era de buen grado, desde luego —recalcó Bang—. Debieron de engatusarla con algún enredo.

—Claro, claro… Sin duda —convino sin dificultad su astuto interrogador.

—En cambio, su padre… Siempre ha militado en el bando británico —dijo vengativamente Bang—. Obligaba a Astrid a echarle una mano. Ella no deseaba hacerlo, como es lógico, pero él la forzaba.

Lavisser dio un sorbito al té.

—O sea que Astrid dispone de la misma información que su padre, ¿no es eso?

—Sí, sí, desde luego —confirmó Bang.

—¿Conoce los nombres de los contactos de su padre? —continuó Lavisser.

—Ella sabe cuanto hace y dice su padre —aseguró Bang.

«Conque está al corriente de todo…», se dijo el comandante para sus adentros. Prendió una vela, porque el crepúsculo empezaba a oscurecer la habitación. Poniendo buen cuidado en halagar a Bang valiéndose de su rango en la milicia, Lavisser resaltó los presuntos méritos de su interlocutor.

—Deje que le diga una cosa, alférez: hizo usted muy bien al entregar a Skovgaard a la policía.

Sin embargo, la sombra de una duda parecía haber horadado las certezas de Bang.

—El alférez Sharpe dijo que había sido usted quien se había

llevado a Skovgaard, señor.

—¿En serio? ¿Eso dijo? —Tras poner su mejor cara de asombro, Lavisser enarboló su hechizante sonrisa—. ¡Pues claro que no fui yo! No tengo autoridad en ese terreno, no. Fue la policía la que se hizo cargo de míster Skovgaard, ya que era preciso interrogarlo, pero, por desgracia, se escapó… Aprovechó la confusión del bombardeo, ¿entiende? El problema al que nos enfrentamos es que el alférez Sharpe y sus compinches ingleses se encuentran en algún punto de la ciudad. Hasta es posible que ya hayan rescatado al señor Skovgaard. El general Peymann creía poder encontrarlo aquí, pero, por desgracia, ya veo que no va a ser posible. —Con fingida resignación, el comandante se encogió de hombros—. Yo sospecho que el trío de ingleses y el propio Skovgaard han dado con algún buen escondite, pero usted, alférez, conoce a su antiguo jefe mejor que nadie.

—Muy cierto —quiso pavonearse Bang.

—¿Y quién sabe con qué paparruchas estarán embrollando a la pobre Astrid? —se preguntó Lavisser con aire de preocupación.

—¡La tienen engañada! —saltó Bang, súbitamente encolerizado. La rabia y la impotencia le hicieron dar rienda suelta al rencor que alimentaba contra Sharpe. El inglés había hecho a Astrid la promesa de quedarse en Dinamarca, explicó—. ¡Y ella lo ha creído! —exclamó consternado—. ¡Lo ha creído! Ese individuo la ha trastornado… Le ha llenado la cabeza de ideas falsas.

«Pues trastornada o no», reflexionó Lavisser, «esa cabeza no es solo la de una bellísima mujer, es también un cofre que debemos abrir, pues contiene toda la información que necesito».

—Temo por ella, alférez —manifestó solemnemente—, se lo digo muy en serio. —Se levantó y se plantó a mirar por la ventana para que Bang no le viera aguantar la risa. ¿Así que Sharpe se había enamorado? Lavisser no pudo reprimir una siniestra mueca al comprenderlo. El cielo, cada vez más oscuro, se cubría de negras nubes. Las primeras bombas no tardarían en caer, se dijo, a menos que los británicos se hubieran quedado ya sin municiones, en cuyo caso la ciudad quedaría a salvo mientras no se trajeran más de

Inglaterra—. No hay duda de que tienen a la desdichada Astrid de rehén. —En ese momento el comandante abandonó sus fingidas cavilaciones frente a la ventana y se giró de nuevo hacia Bang—: Es preciso encontrarlos… A toda costa —concluyó tajante.

—Podrían estar en cualquier sitio —lamentó Bang con desesperación.

—Una bomba hirió al señor Skovgaard en su huida —mintió descaradamente Lavisser—, Y aunque creemos que necesita un médico, lo cierto es que no aparece por ningún hospital.

Bang meneó la cabeza, confuso.

—Su doctor vive en Vester Fælled.

—Pues está claro que no ha podido llegar hasta allí —comentó Lavisser—. ¿Dónde podría esconderse? Pero ¿qué le pasa? —La desorbitada expresión de asombro que se había pintado de pronto en el rostro de Bang había alarmado al traidor.

Sin embargo, Bang trocó inmediatamente la sorpresa en sonrisa.

—¿Dice usted que míster Skovgaard necesita atención médica? —preguntó retóricamente—. Entonces sé exactamente dónde se encuentran él y sus amiguitos británicos.

—¿En serio?

—¿Me proporcionaría una pistola? —preguntó ansiosamente Bang—. ¿Me permitiría ayudarlo?

—No esperaba menos de un danés tan leal como usted —dejó caer untuosamente el comandante.

—En ese caso los conduciré hasta su escondrijo —manifestó muy ufano el alférez.

Y es que, en efecto, Aksel sabía exactamente dónde buscarlos.

Un destello rojo hizo vibrar el cielo a poniente y la primera bomba escaló la oscuridad.

Instantes después, el resto de los cañones martillaban el aire, envolviendo la ciudad en un anillo de fogonazos y bocanadas de humo.

Las bombas volvían a precipitarse sobre la martirizada capital.

CAPÍTULO XI

Sharpe pasó buena parte del día en un trastero atestado de cachivaches situado justo encima del arco central de la entrada al orfanato. Dijo a Hopper y a Clouter que desde ahí podía vigilar la zona, por si se presentaba Lavisser, pero en realidad no esperaba ver al renegado. Lo que en realidad deseaba era poder pensar. Pensar en dejar Gran Bretaña, en Grace y en Astrid. Pensar en el ejército y en Wapping. Y, mientras él cavilaba, Clouter y Hopper hacían turnos de guardia junto a la cama de Ole Skovgaard, que había sido colocada bajo las escaleras interiores debido a que el orfanato estaba completamente abarrotado de gente sin hogar a causa de los bombardeos. Se había colgado del techo una gran bandera de Dinamarca para dar un poco de privacidad al convaleciente, así que los dos marineros empezaron a decirse que, a fin de cuentas, su presencia en la institución no se debía tanto a la necesidad de proteger al paciente de un eventual ataque de Lavisser como a la no menos importante misión de evitar la intrusión de los chiquillos, sobreexcitados por las explosiones de la noche y la subsiguiente agitación general. Astrid atendía a su padre, y de cuando en cuando ayudaba a sosegar a las alborotadas criaturas.

A la caída de la tarde, Hopper llevó a Sharpe un poco de pan con queso, y los dos compañeros de armas dieron cuenta del sencillo refrigerio en el desván en el que se había acomodado el alférez, iluminado por un único ventanuco que, cerrado por gruesos barrotes, daba a la calle que llevaba hasta las casas de Nyboder.

—Está durmiendo —comentó Hopper en referencia a Ole

Skovgaard. Le habían entablillado los dedos y vendado las heridas —. No es un sueño tranquilo, desde luego —prosiguió Hopper—, pero me temo que va a ser así durante un tiempo, ¿no crees? — Empujó una jarra de agua hasta ponerla al alcance de Sharpe—. Estaba pensando, señor, que Clouter o yo mismo deberíamos ir a ver al capitán Chase…

Sharpe asintió con un movimiento de cabeza.

—Estará preocupado, sin duda.

—Es solo para hacerle saber que seguimos vivitos y coleando — dijo Hopper con buen ánimo—. No importa cuál de los dos vaya, señor, pero el capitán querrá estar informado de nuestros próximos movimientos.

—Si los supiera te los diría, no creas… —lamentó Sharpe.

—He pensado que podríamos aguardar a que se reanude el cañoneo y salir entonces. Nadie se fija absolutamente en nada cuando empiezan a llover carcasas.

Sharpe echó un vistazo a la calle que se veía desde la buhardilla. Un barrendero cojo empuñaba la escoba para llevar hasta una carretilla los restos que cubrían la calzada.

—Lo que vayamos a hacer —comenzó a decir el alférez— depende en realidad de lo que hagan los daneses… De si se rinden o no.

—Vamos a tener que lanzarles unas cuantas bombas más, y a poder ser con mayor intensidad que la pasada noche —soltó cáusticamente Hopper—. No tiene sentido limitarnos a incordiarlos, ¿no crees? Hay que darles duro y dejarlos malheridos. Si no, todo esto no servirá de nada.

—Si se rinden —señaló Sharpe—, no habrá problema. Lo único que tendremos que hacer será poner al señor Skovgaard en manos de un oficial médico de la armada británica. Pero, si no capitulan… —El casaca verde prefirió dejar la conclusión en el aire.

—En ese caso tendremos que seguir esquivando a ese Capitán Letrina que le tiene tantas ganas, ¿no es eso?

Sharpe asintió con un breve gesto de cabeza.

—Aunque también creo que aquí estaríamos suficientemente a

salvo.

Hopper le indicó que era del mismo parecer.

—Pues bien, señor, cuando oscurezca y empiece el bombardeo, me escabulliré y volveré al barco en el que se encuentra el capitán Chase.

—Dígale que pienso quedarme aquí hasta que Skovgaard se halle en condiciones de ser trasladado sin peligro. —Sharpe no veía ninguna otra posibilidad. Sabía que lo que se imponía ahora era salir a cazar a Lavisser, pero tenía la impresión de que la custodia de Ole Skovgaard constituía su más importante tarea, al menos de momento—. Y, cuando todo acabe, Hopper, iremos con Clouter a excavar un poco en esa casa. Las cenizas tienen que ocultar por fuerza cuarenta y tres mil guineas fundidas en alguna parte.

—¿Cuarenta y tres mil…? —se sorprendió su compañero.

—Puñado arriba o abajo, sí.

Hopper lanzó un silbido admirativo.

—Pero imagino que ese Capitán Letrina ya habrá empezado a darle a la pala, ¿no cree?

—Las brasas aún seguirán haciéndolo imposible —replicó Sharpe.

—Entonces lo mejor que podemos hacer es rezar para que esos cabronazos icen bandera blanca, ¿verdad? —Hopper dedicó una fría mirada estática a la calle en sombras—. ¡Mira al gilipollas ese! ¡Hay que ser imbécil para ponerse a barrer una ciudad bombardeada! Debería dormir un rato, señor, lo veo hecho un trapo. —Miró con mala cara el cuartucho repleto de trastos—. Aquí no hay sitio para tender como es debido un catre, señor. ¿Por qué no va a la capilla? Allí se está bastante tranquilo.

—Muy bien. Pero despiérteme antes de partir, Hopper.

—Descuide, señor.

El oratorio se hallaba efectivamente en silencio, pero el fusilero no lograba conciliar el sueño. Se sentó al fondo, en el último banco pintado de blanco del recinto, y paseó pensativamente la vista por la vidriera policromada que dominaba el sencillo altar. Fuera se iban adensando las sombras y los detalles del vitral comenzaban a

apagarse. Sin embargo, los cabellos dorados de los niños arremolinados en torno a Jesús y el halo de plata que enmarcaba la cabeza de Cristo brillaban con luz propia. La aureola contenía una inscripción, pero las palabras estaban en danés, así que no pudo entender su significado.

Oyó el suave quejido de los goznes de la puerta al abrirse. Se giró y vio que era Astrid, que acudía a hacerle compañía.

—Te veo muy pensativo —le dijo.

—Me estaba preguntando qué querrá decir la frase que hay allí…, en lo alto del ventanal —explicó Sharpe.

Astrid contempló un instante el cristal, ya casi oscurecido.

—*Lader de små Born homme til mig* —leyó.

—Pues aunque me la leas en voz alta, sigo en blanco, me temo —confesó él.

—«Dejad que los niños se acerquen a mí…» —tradujo la joven —. Es de los Evangelios.

—Ah.

Astrid sonrió.

—Por tu tono, diría que no era lo que esperabas.

—Pensé que quizá pusiera «Sabed que vuestro pecado os saldrá al encuentro».

—O sea, que al final sí que eres un hombre religioso.

—¿Tú crees?

Astrid le cogió la mano y la sostuvo un rato entre las suyas. Al cabo de un tiempo, se la oyó dar un profundo suspiro.

—¿Cómo es posible que una persona se ensañe con otra de ese modo? —lamentó.

—Porque estamos en guerra —quiso zanjar Sharpe.

—No creas. Más bien porque el mundo es muy cruel —resumió Astrid. Miró fijamente la vidriera. El aura y los ojos de Jesucristo parecían perforar el cristal con su luz blanca, pero el resto se desvanecía poco a poco—. En adelante —comenzó a decir—, estará tuerto, desdentado y no podrá volver a utilizar la pluma. —Sharpe sintió que le apretaba fuertemente la mano—. Tendré que cuidar de él… —añadió ella.

—Pues entonces yo tendré que ayudarte, ¿no te parece?

—¿Estarías dispuesto?

Sharpe asintió en silencio. La pregunta, pensó, no era si *quería*, sino si *podría* hacerlo. ¿Hallaría fuerza suficiente en su interior para vivir en Dinamarca? ¿Conseguiría bregar con un Ole Skovgaard quejoso y disminuido, y en un país de idioma desconocido que sin duda pondría en cuestión la respetabilidad del negociante por su trato con los británicos, y la suya misma a causa de su nacionalidad? En ese momento Astrid reclinó suavemente la cabeza en su hombro, y supo que no quería perderla. Permaneció en silencio, observando cómo la oscuridad devoraba los colores del vitral y recordó las palabras que con tanto aplomo le había confiado lord Pumphrey: «En los próximos años», había venido a decirle, «habrá guerras constantemente, así que un buen militar puede tener garantizado el ascenso». El alférez se dijo que, en realidad, nunca había hallado ocasión de demostrar su valía como oficial. Había dado sobradas pruebas de que sabía ser un buen soldado, pero sus cualidades como hombre de mando seguían siendo flojas. La dirección de una compañía de casacas verdes, pensó, y la posibilidad de humillar al enemigo francés, era uno de esos sueños que merecía la pena materializar. Pero un hombre ha de tomar decisiones en su vida, y, sin darse cuenta, ese razonamiento le hizo estrujar los dedos de Astrid.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Nada —contestó él, al tiempo que veía teñirse de púrpura la túnica azul marino del Cristo y destellar en sus ojos un deslumbrante fogonazo rojo. «Debes de estar soñando», pensó, pero en ese mismo instante los colores del ventanal recuperaron la indecisa grisura de la noche y se escuchó un estampido sordo. Rodeó instintivamente a Astrid con los brazos y la protegió con el cuerpo. La bomba estalló cerca de la vidriera, y el cristal esmaltado, con su fabulosa gama de azules, dorados, verdes y carmesíes, saltó en pedazos, acribillando con mil dardos ululantes el aire de la capilla. Tras la violenta sacudida y su estela de humazo, todo quedó sumido en un profundo silencio, roto únicamente por los fragmentos de los

cristales que todavía se deslizaban sobre el enlosado del camarín. Era como si el recinto entero hubiera tomado aliento, antes de la lluvia de fuego que anunciaba siempre el primer aldabonazo.

* * *

Los británicos habían lanzado cerca de cinco mil proyectiles la noche del cañoneo inicial. La contemplación de los incendios que devastaban las casas intramuros de la capital les había persuadido de que una nueva noche de dolor convencería a los daneses de que no les quedaba más remedio que rendir la plaza. Por eso habían disparado menos artefactos la segunda noche, apenas dos mil. Pensaban que ese castigo bastaría a un tiempo para disuadir a los más correosos y salvar el honor de la guarnición. Pero por la mañana, al apreciarse que el humo cubría la población con un paño mortuorio, no solo no llegó ningún mensaje de sus capitanías, sino que la bandera danesa continuaba ondeando sobre la baqueteada ciudadela y, para colmo, las piezas apostadas en sus parapetos, molidos a cañonazos, se permitieron el lujo de abrir fuego en un claro desafío. En vista de las circunstancias, los británicos decidieron que en esa tercera noche habría que ahogar en llamas la bella Copenhague. La armada británica había dedicado el día entero a reponer las existencias de sus santabárbaras y a llevar carros y más carros de munición a las baterías artilleras. Por consiguiente, en cuanto se hizo de noche, los inmensos caños de bronce comenzaron a apisonar la población hasta conseguir que el suelo mismo pareciera palpitar al ritmo del estampido de los morteros y los culatazos de los obuses. Las parpadeantes luces de las mechas tachonaron el cielo y lo araron con un sinfín de zarpazos de humo.

Los artilleros variaron el punto de mira, ya que lo que ahora planeaban era destruir zonas aún intactas de la ciudad. De este modo, mientras las bombas y las carcasas se abatían sobre la catedral y la universidad, el resto de los obuses se estaban disparando con la

palmaria intención de castigar el dédalo de callejuelas del casco urbano y doblegar así la terca resistencia de los daneses. Con tremendas sacudidas, las bombardas se estremecían con cada andanada, y sus misiles marcaban las nubes con trallazos de fuego. Los siete ingenios contraincendios de la población hacían lo que podían, pero no daban abasto. Las brigadas de extinción accionaban frenéticamente las largas palancas de sus precarios sistemas de bombeo y se afanaban en rociar agua sobre las llamas, pero, con el estallido de nuevos focos, los hombres abandonaban precipitadamente la faena para tratar de salvar a sus propias familias. Las calles quedaron rápidamente atestadas de gentes que, presas del pánico, partían en desbandada. En todas partes, el estruendo de las bombas, el rugido de las llamaradas y el desplome de los muros denunciaba el estertor agónico de la capital.

En pie en el camino de ronda del murallón de la ciudadela, el general Peymann observaba brotar una constelación de incendios. El fuego dibujaba contornos incandescentes en las agujas y los chapiteles, derrumbándolas después ante sus ojos hasta formar en su lugar vastos y etéreos pilares de ascuas encendidas, sobre los cuales se estrellaba después la empecinada saña de las bombas. Las palomas, espantadas, desertaban de sus nidos y trataban de capear las llamas hasta caer ardiendo, como meteoritos condenados. «¿Por qué no se elevan y huyen de este infierno?», se preguntaba Peymann. Un proyectil rebotó en la cúpula de la catedral y volvió a escalar el cielo hasta detonar en el aire como queriendo rubricar el éxito de la siguiente bomba, que acababa de atravesar las tejas de la bóveda. La calle Skindergade ardía por los cuatro costados. De pronto, una carcasa hizo añicos el techo del almacén de Skovgaard, en la plaza de Ulfedt, prendiendo fuego a los sacos de azúcar. Las llamas adquirieron proporciones titánicas con brutal rapidez, iluminando el barrio entero como en el más resplandeciente mediodía. Tres bombas vapulearon el colegio de Suhmsgade, recientemente convertido en refugio para los desahuciados. Al ver que los establecimientos de Frederiksborggade y Landemærket también sucumbían al fuego, Peymann sintió ascender la rabia y la inmensa

cólera de asistir impotente a toda aquella destrucción.

—¿Sabe si el comandante Lavisser anda por aquí? —preguntó el general a uno de sus ayudantes de campo.

—Lo he visto hace un instante, señor.

—Dígale que queme la flota.

—¿Quemarla? —El edecán estaba horrorizado, ya que aquella orden significaba que Peymann había llegado a la conclusión de que la ciudad no podía aguantar más.

—Debe prender fuego a la armada —especificó Peymann con voz sombría, al tiempo que se encogía instintivamente ante el estampido de la andanada que acababa de impactar en la universidad. Estaba claro que los británicos no estaban faltos de munición. Por eso abrumaban al adversario con un diluvio de bombas destinado a arrancarles la rendición o a borrar del mapa la ciudad. Uno de los proyectiles cayó sobre la destilería situada frente al almacén de Skovgaard. Con una gigantesca llamarada azul, los alambiques explotaron y el alcohol que contenían, inflamado, bajó con la velocidad de un río de mercurio por callejas y alcantarillas. Pese a la altura y la distancia, Peymann podía oír perfectamente desde su atalaya los gritos de terror que se adueñaban de las calles—. ¡Rápido! ¡Dígale al comandante Lavisser que prenda las mechas! —gritó a su ayudante de campo.

El coronel esperaba que los británicos, al ver volatilizarse la flota, detuvieran el terrible bombardeo, aunque era dolorosamente consciente de que se iban a necesitar al menos una o dos horas para poder entregar las naves a las llamas, ya que centenares de personas habían buscado refugio en el puerto interior, con la lógica seguridad de que los ingleses no iban a disparar sus morteros contra el barrio en el que se cobijaban precisamente las embarcaciones que ambicionaban, lo que significaba que habría que convencer a toda esa gente de que evacuaran la zona antes de que el calor de tan monumental pira hiciera imposible permanecer en las inmediaciones.

El ayudante de campo recorrió toda la banqueta de tiro del parapeto hasta llegar al patio abrasado sin encontrar ni rastro del

comandante Lavisser. El ordenanza del general le dijo que, a su juicio, el alto oficial debía de haber ido a la casa de Bredgade, así que el edecán se encaminó hacia ese sector. Sin embargo, nada más salir de la ciudadela, un artefacto explotó a sus espaldas, a escasos metros de donde se encontraba. La metralla le partió la espina dorsal y lo arrojó al foso del fortín. Las llamas se cebaban en la universidad y devoraban con un goloso bramido los anaqueles de la biblioteca. Los incendios dispersos por la capital empezaban a confluir, y ahora, unidos, alcanzaban mayor altura, dimensión, brillo y fiereza.

—¡Venid! —exclamó el general mientras llamaba con gestos al resto de sus ayudantes de campo—. ¡Tenemos quehacer todo cuanto esté en nuestras manos! —Pero era muy poco el alivio que podían aportar en realidad, ya que la población se hallaba desamparada frente a aquel horror. Sin embargo, tampoco era cuestión de quedarse de brazos cruzados. Siempre habría gente a la que salvar de una muerte segura, y nunca faltarían supervivientes a los que reconfortar…

Las bombardas seguían vomitando su carga sobre la ciudadela. Uno de los misiles fue a impactar en la capilla del orfanato, haciendo astillas la techumbre y explotando después entre los tubos del órgano. Astrid no pudo reprimir un chillido al ver que las llamas empezaban a lamer la destrozada caja del instrumento. Sharpe la tomó de la mano y la arrastró al patio.

—¡Los niños! —gritó ella.

—¡Los sacaremos de aquí! —trató de tranquilizarla su amigo. «¡Sacarlos, sí! ¿Pero adónde?», pensó él. Sin saber cómo, se encontró de pronto bajo el mástil de las banderas. Levantó la vista al cielo. Los misiles, se dijo, estaban castigando precisamente el flanco sur del orfanato, lo que significaba que los sepulcros de la fachada norte del edificio podían encontrarse paradójicamente en el sitio más seguro—. ¡El cementerio! —vociferó el alférez para que Astrid lo oyera a pesar del estruendo—. ¡Llévalos al cementerio! —En el instante mismo en que la joven asentía con un movimiento de cabeza, un artefacto vino a estrellarse en el patio, dejando en el suelo

un pequeño cráter. Allí permaneció, elevando en el aire el maligno silbido y el hilillo de humo de su mecha incandescente.

De repente, surgido de no se sabe dónde, Hopper dio un salto y arrancó limpiamente el cebador del tapón de madera de la bomba.

—¡Me voy a ver al capitán, señor! —advirtió mientras se alejaba, raudo como una centella.

Sharpe estuvo a punto de pedirle que regresara, pero pensó que allí había muchos adultos que podían ayudarlo a rescatar a las criaturas, así que dejó que el hombretón continuara su carrera. Preocupado por el padre de Astrid, el casaca verde se apresuró a entrar en el edificio y encontró a Clouter junto a la cama de Ole Skovgaard.

—Ahí atrás hay un cementerio que probablemente sea seguro —indicó a su camarada—. Vamos a llevarlo hasta allí. ¿Puedes también con la cama?

—Sin problema, señor.

—Es por ahí —dijo Sharpe señalando el camino al pequeño recinto en el que se alineaban las tumbas. Acto seguido dejó el rifle y el mosquete de diecisiete caños en una esquina—. Después vuelve por aquí y échanos una mano con los niños —indicó a Clouter levantando una vez más la voz.

Alguien había tenido la curiosa idea de hacer sonar atropelladamente la campana del orfanato, como si hubiera alguna necesidad de dar la alarma… La capilla estaba ardiendo, pero también había explotado otra bomba en las cocinas, así que el edificio entero empezaba a ser ya pasto de las llamas. Se oyeron gritos angustiados al detonar un nuevo proyectil en los dormitorios. Los chiquillos estaban aterrados. Sharpe subió a toda prisa las escaleras exteriores y bramó con su mejor voz de mando a un grupo de muchachitos que berreaban y se daban empujones en la galería del rellano superior de la escalera. Ninguno de ellos entendía el inglés, pero quedaron paralizados al oír aquel vozarrón, cuyo potente sonido parecían temer más que las llamas y el ruido.

—¡Tú! —aulló al tiempo que agarraba a una chica del brazo—. ¡Baja las escaleras! ¡Y tú, síguela! —Les hizo formar en fila india

para descender ordenadamente los escalones. Comenzaron a acudir otras personas mayores para echarle una mano. Al verse momentáneamente liberado de la tutela infantil, el fusilero penetró como una exhalación en el dormitorio incendiado. Con sus frágiles cuerpecitos desmadejados y cubiertos de sangre, había dos niñas por las que ya nada podía hacerse, pero una tercera no dejaba de gemir, agazapada en un rincón, mientras se tapaba la cara ensangrentada con las manos. Sharpe la cogió en volandas y la llevó a la galería. Una vez allí la dejó en brazos de una de las mujeres que estaban arrimando el hombro. Las llamas de las cocinas habían alcanzado ya el techo, pero no había caído ninguna otra carcasa, pese a que unas doce o más acababan de estallar justo en la parte sur, dejando tras de sí una estela de edificios ardiendo.

Astrid, que había estado dirigiendo a la gente al cementerio de los marinos, acababa de volver a entrar en el edificio por la arcada del acceso principal y se disponía ya a subir las escaleras.

—Todavía faltan los lisiados —le dijo a Sharpe.

—¿Dónde están?

La muchacha señaló una de las habitaciones que hacían esquina, y Sharpe recorrió a toda prisa la galería y se encontró a seis críos aterrorizados, todos hechos un ovillo en sus respectivas camas. Clouter regresó al patio y el alférez se apresuró a sacar a los niños de la galería, uno a uno, arrojándoselos después al marino, que, tras atraparlos al vuelo, los iba poniendo en manos de los daneses que cooperaban en el rescate. En el preciso instante en el que Sharpe lanzaba al último chiquillo, una bomba atravesó los restos de la capilla, explotando justo delante de su puerta y dispersando fragmentos metálicos y astillas de madera por todo el patio. La fortuna quiso que nadie saliera herido. Sharpe tenía manchas de sangre en la espalda, ya que varios trozos de cristal de la vidriera habían rasgado el sobretodo y la casaca hasta alcanzar la piel. Él, sin embargo, ni siquiera había notado los rasguños.

—¿Estos son todos los chavales? —preguntó a Astrid, haciéndose oír por encima de sordo golpeteo de las bombas y el furor de las llamas.

—¡Sí, ya no hay más! —contestó ella alzando igualmente la voz.

El último crío ya había sido trasladado al cementerio, así que Clouter se encontraba solo en el patio.

—¡Vete! ¡Huye de aquí! —gritó Sharpe al infante de marina, antes de tomar la mano de Astrid y recorrer la galería con ella hasta el rellano superior. Al pasar delante del dormitorio incendiado, los dos sintieron el infernal aliento del cuarto, convertido en un gigantesco horno. De repente, una bomba penetró por el hueco de la escalera exterior, haciendo añicos los escalones. El siguiente artefacto era una carcasa, y al caer comenzó a lanzar sibilantes lenguas de fuego en el patio. Sharpe tiró de Astrid para guiarla hasta el descansillo central, bajar desde ahí el tramo interior de la escalinata y llegar a un pequeño vestíbulo, en el que se topó nuevamente con Clouter—. ¡Creía haberte pedido que te marcharas!

—He venido por esto —le contestó el aludido, al tiempo que blandía el mosquete de siete cañones de Hopper. Sharpe imitó a su camarada y cogió a su vez las armas que había dejado. Un estrépito de tejas rotas en el patio traicionó el impacto de la nueva tanda de proyectiles que acababa de encajar el edificio. Sharpe rogó internamente a Dios que los artilleros no estuvieran variando el ángulo de las piezas para batir la zona norte de esa parte de la ciudad, ya que en ese caso el cementerio contiguo al orfanato quedaría desprotegido.

—Lo único que tenemos que hacer ahora —le dijo a Clouter—, es cuidar del señor Skovgaard.

Con un súbito estremecimiento, el caserón entero pareció dolerse por la explosión de otras dos bombas. A ras de suelo, y con la cabellera en llamas, la muñeca de una niña cruzó velozmente el patio, invadido por el humo, en el preciso momento en el que Sharpe precedía a Astrid y a Clouter hacia la verja de la entrada. Sin previo aviso, el casaca verde dio un brusco giro a la derecha y lanzó un grito de alarma.

Acababa de ver a un grupo de soldados en el camino que conducía al portalón de hierro del orfanato. Lavisser, que formaba parte del pelotón, había dado orden de que los hombres llevaran los

mosquetes levantados a la altura del hombro para encañonar todo cuanto tuviesen delante. Sharpe cogió del suelo la bomba que Hopper había desactivado y la arrojó contra los integrantes del destacamento haciendo un molinete con el brazo. Al ver el negro artefacto, los daneses se agazaparon tras el primer elemento de protección que encontraron y Sharpe aprovechó el instante de desconcierto para arrastrar nuevamente a Astrid hasta la puerta de entrada, cerrándola violentamente tras de sí y corriendo el pasador. Después se giró y cogió a Astrid por los hombros.

—¿Tienen barrotes las ventanas de este piso?

Ella lo miró sin comprender exactamente qué le inducía a plantear aquella pregunta y meneó la cabeza.

—No —respondió.

—Entonces busca una, sal por ella y ve al cementerio. ¡Date prisa!

Las culatas de los mosquetes aporreaban ya la puerta atrancada.

Sharpe empujó suavemente a Astrid para animarla a echar a correr por el pasillo. Tras ver que se alejaba, subió a toda velocidad las escaleras hasta situarse en la galería envuelta en humo. Clouter lo siguió, y ambos ganaron velozmente una de las partes aún intactas del edificio. Una vez en el punto elegido, el fusilero se volvió, afirmó sólidamente las piernas y apuntó el mosquete de siete caños a los soldados que se esforzaban en echar abajo la puerta, ya que podían irrumpir por ella en cualquier momento. Tuvo un momento de vacilación. Sus cuentas pendientes debía cobrárselas a Lavisser, no a la tropa. Sin embargo, no veía por ninguna parte al renegado, y tampoco a Barker. De pronto observó que un hombre se introducía por una de las ventanas que daban al patio. ¿Habría conseguido Lavisser penetrar en el recinto? A su derecha, las llamaradas se erguían con tal fuerza que ya empezaban a tocar las vigas de los dormitorios. Clouter y él podían quedar fácilmente atrapados en ese asadero y morir abrasados, pensó Sharpe. En ese justo instante, los vio uno de los soldados, que empezó a dar voces para advertir de su presencia al resto del escuadrón. El alférez, que seguía tratando de evitar que su particular pendencia con el traidor se desarrollara en el

edificio en llamas, empujó a Clouter para instarlo a regresar a la habitación que aún continuaba intacta. Una bomba se estrelló en el patio y se oyeron gritos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Clouter.

—Solo Dios lo sabe —repuso el fusilero, al tiempo que se colgaba al hombro el arma de siete cañones y se dirigía a una ventana.

Como estaban todas protegidas por barrotes para impedir que a los chicos se les ocurrieran ideas temerarias, Sharpe se puso a sacudirlos con la esperanza de poder aflojarlos y soltarlos. De ese modo, se decía, Clouter y él podrían deslizarse hasta el jardín del orfanato y llegar sin ser vistos hasta el camposanto, pero las barras de hierro, sólidamente ancladas, frustraron todos sus intentos. Soltó un juramento y volvió a tirar del metal. Al darse cuenta de lo que estaba intentando hacer su compañero, Clouter se acercó a echarle una mano. Con un gruñido, el gigantón comenzó a hacer fuerza sobre el barrote. Unos segundos después, el marino se quedaba con el hierro en la mano, haciendo saltar astillas del alféizar de madera.

Entonces se oyó a Lavisser dar grandes voces en el patio.

—¡Sharpe! ¡Sharpe! —aullaba el traidor.

El interpelado dio media vuelta y regresó al descansillo. Lo hizo con precaución, ya que esperaba que le descerrajasen una andanada de mosquete, pero lo que le aguardaba era otra cosa bien distinta: media docena de soldados ensangrentados, que se retorcían, tendidos en el suelo, con el cuerpo cubierto de graves quemaduras. Una bomba había diezmado al grupo que vigilaba la puerta que el casaca verde había cerrado con el pestillo. Fue entonces cuando Sharpe comprendió que Lavisser no estaba solo. Tenía a Astrid a su lado, sujeta por un hombre alto de semblante extremadamente pálido. Era Aksel Bang.

«¡Dios!», maldijo interiormente Sharpe. ¡Se había olvidado por completo del larguirucho danés!

—¿Sharpe? —volvió a vociferar Lavisser.

—¿Qué quieres?

—Que bajes. Nada más. Con eso acabará todo.

La ciudad parecía presa de fuertes temblores, semiachicharrada por las llamas e incandescente como un hierro al rojo. Por encima de la capilla incendiada, Sharpe tuvo la sensación de que el cielo, arañado por las pérfidas estelas de los misiles, preparaba una verdadera tromba de artefactos. El humazo burbujeaba como si estuviera hirviendo. Dio un paso atrás para ocultarse entre las sombras. Cogió el rifle que llevaba al hombro. Veía perfectamente a Lavisser, pero no a Barker. ¿Estaba dentro el sicario, acechándolo?

—¿Acabar, dices? ¿Qué pretendes terminar? —gritó a Lavisser.

—Me han dicho que la señorita Skovgaard conoce los nombres que necesito.

—Deja que se marche.

Lavisser sonrió. Una nueva carcasa vino a estrellarse en el orfanato, y la onda expansiva, con su cortejo de fuego y humo, agitó los faldones del capote del comandante, que sin embargo no mostró el más mínimo temor. Se limitó a ampliar la sonrisa.

—No puedo hacerlo, Richard. Y tú lo sabes. Quiero esos nombres.

—Yo tengo tus nombres… Tengo tu lista.

—En ese caso, bájamela, Richard, y dejaré libre a la señorita Skovgaard.

Sharpe hincó la rodilla en tierra y amartilló suavemente el rifle con el dedo pulgar. «Jesús se echará a llorar por esto»[12], pensó, «pero por él espero que esta arma sea precisa». Aksel Bang se encontraba apenas a veinte metros de distancia, pero se parapetaba detrás de Astrid, a la que mantenía sujeta por detrás, rodeándole la cintura con el brazo. El fusilero no podía verle más que el rostro, tan lúgubre como de costumbre, ya que el cuerpo dé Astrid le ocultaba el resto. Sin embargo, Sharpe era consciente de que, en el campo de tiro del cuartel de Shorncliffe, el cien por cien de los disparos que había efectuado sobre una diana del tamaño de la cara de un hombre habían dado en el blanco a sesenta metros.

—¿A qué esperas, Richard…?

—Estoy pensando.

Clouter se había agachado junto a Sharpe.

—Debe de haber un tipo enorme merodeando por ahí —le dijo el alférez—. Ten mucho cuidado con él.

Clouter asintió con un breve gesto de cabeza. Sharpe sacó suavemente el cañón del rifle entre los balaustres de la barandilla de la galería y alineó el alza del arma y el punto de mira con el rostro de Aksel Bang. Sin embargo, una idea vino súbitamente a inquietarlo: ¿habría envuelto la bala en el correspondiente pedazo de cuero engrasado al recargar el fusil? Recordaba perfectamente haber disparado con él en la casa de Bredgade, pero… ¿cuándo había vuelto a meterle munición? Creía haberlo hecho la noche anterior, al llegar al orfanato, pero de ser así debía de haberse tratado de un gesto mecánico. Era lógico que no pudiera visualizarlo; para él, cargar un arma era como respirar, algo que un soldado hace sin poner mayor atención en los gestos, independizados de su voluntad. Ahora bien, si no le había puesto el parche de piel, las siete espirales de estrías y campos del ánima del caño no agarrarían bien el proyectil y este no giraría adecuadamente, lo que le haría perder precisión. Al tener un diámetro ligerísimamente inferior al del tubo de fuego, si la bala estuviera desnuda en el fusil saldría con un pequeño ángulo de desvío. Minúsculo, pero suficiente para errar el tiro y herir tal vez a Astrid.

—¡Sharpe! ¡Sigo esperando! —chilló Lavisser, tratando de adivinar lo que ocurría en el oscuro tramo que venía a morir junto a la puerta— ¡Dame la maldita lista!

—¡Deja que Astrid se vaya!

—¡Haz el favor de no aburrirme, Richard! ¡Tú solo baja! ¿O prefieres que te cuente lo que tengo pensado hacerle a tu hermosa damisela si no lo haces?

Sharpe apretó el gatillo. No podía ver si la bala había dado o no en el blanco, porque el espacio que le separaba de los captores de la joven quedó inmediatamente cubierto por el humazo de la pólvora, pero oyó chillar a Astrid y supo al instante que había cometido un error. Debería haber disparado a Lavisser, no a Bang.

Bang carecía de agallas para hacer nada por iniciativa propia, pero si Sharpe lo había elegido había sido porque tenía sujeta a

Astrid. Sin tiempo para aclarar sus pensamientos, el casaca verde se zambulló de cabeza en la nube de humo hasta llegar al barandal y asomarse desesperadamente a él para averiguar lo que había ocurrido. Vio a Bang tendido de espaldas en el suelo, abiertos los brazos y las piernas, como un títere crucificado en aspa. Lo que un segundo antes había sido el rostro, no era ya más que un gran manchurrón de huesos, cartílagos y carne ensangrentada. Astrid se había desmayado. Lavisser observaba a Bang sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos. En ese mismo instante, Sharpe percibió un leve movimiento a su izquierda y dobló una rodilla, en el preciso momento en que Barker descerrajaba el mosquete. La bala le arrancó un mechón de pelo y le arañó el cráneo. Quedó aturdido, pero no perdió la conciencia. De lo más profundo de su ser surgió, como con vida propia, el agudo grito de guerra de los fusileros británicos mientras arremetía a toda velocidad contra su enemigo, situado al otro lado de la galería. Hundió el cañón del rifle, ahora descargado, en la entrepierna de Barker. Pero otro mosquete destelló con intención letal. El alférez sintió muy cerca el mortal hálito de la bala y vio de pronto que detrás de Barker había un segundo hombre. Entonces oyó que el vozarrón de Clouter le gritaba:

—¡Al suelo!

Nada más echar cuerpo a tierra se escuchó el bramido del arma de abordaje cuya lengua de fuego pareció explotar con la violencia de una bomba. El secuaz de Barker salió disparado de espaldas mientras dos de las postas perforaban las vigas del dormitorio en el que poco antes habían hallado refugio Clouter y Sharpe. Barker se retorcía de dolor en el balcón.

—¡Noo…! —aulló aterrado al ver que Sharpe sacaba una de sus pistolas.

—Sií… —fue la lacónica respuesta.

—¡Yo te perdoné la vida! —volvió a chillar el sicario.

—Eso te pasa por ser un maldito estúpido —le contestó el alférez, al tiempo que le encañonaba cuidadosamente con el arma. Apretó el gatillo, hundiendo el plomo bajo la barbilla de Barker. De

repente, un tercer mosquete restalló en el patio, astillando la balaustrada que Sharpe tenía justo detrás. Clouter respondió al fuego enemigo con sus dos pistolas y se agachó de nuevo para recargar el arma de siete caños. Con un rápido movimiento de muñeca, Sharpe hizo resbalar con fuerza su última pistola en dirección al enorme negro—. Espérame aquí —le dijo.

—¿Adónde vas? —quiso saber el aludido.

—A por el cabronazo que capitanea esta piara de cerdos —masculló Sharpe.

Al comprobar que Lavisser se había esfumado, el fusilero cogió el mosquete de asalto que llevaba al hombro, pasó por encima del cadáver de Barker, y avanzó con el máximo sigilo por el rellano de la parte alta de la escalera. A su derecha, las terribles llamaradas amenazaban con abrasarle… Corrió a toda prisa para alcanzar una zona de aire fresco y se encontró en la puerta que daba a la escalinata interior. Allí estaba Lavisser, en el descansillo intermedio. Sharpe levantó inmediatamente el mosquete de siete caños a la altura del hombro. Sin embargo, Lavisser, que había sido más rápido que él, ya tenía la pistola en la mano. Sharpe se echó velozmente atrás.

—¡No voy a dispararte, Richard! —aseguró Lavisser—. ¡Solo quiero parlamentar!

El alférez se detuvo. La cabeza le daba vueltas y un hilillo de sangre le manaba de la oreja. Una bomba descuajó de pronto las plantas del patio, haciendo rodar los inertes y ensangrentados cuerpos de los soldados de infantería. Una de las carcasas seguía soltando llamas y estas prendieron fuego a las municiones de la caja de cartuchos de uno de los daneses muertos, provocando una crepitación colérica.

—¡No voy a disparar! —repitió Lavisser, unos cuantos pasos más cerca—. Háblame… Dime algo… ¿Estás ahí?

—Aquí estoy —respondió secamente Sharpe.

Manteniendo el pistolete patentemente alejado del cuerpo para dar fe de que no abrigaba propósitos aviesos, Lavisser penetró despaciosamente en la galería abierta.

—¿Lo ves? —dijo haciendo claros gestos de inocuidad con el

arma—. No más pólvora, Richard.

Sharpe había alzado el mosquete de abordaje a la altura de la pelvis y apuntaba al renegado con sus siete cañones. Las palabras de su enemigo no le hicieron variar un solo milímetro la posición del arma.

Lavisser echó un vistazo al mortífero instrumento y sonrió.

—Tu novia está a salvo. Ha salido corriendo por el arco principal.

—¿Mi novia?

—Míster Bang estaba convencido de que la chica te miraba con buenos ojos.

—Bang era un idiota.

—Mi querido Richard…, aquí todos son idiotas. ¡Esto es Dinamarca! Son sosísimos. Insufriblemente aburridos. Llevan camino de convertirse en el país más respetable de la Tierra. —Súbitamente sobresaltado, el comandante se encogió al sentir el estampido de la bomba que acababa de destrozar el trastero situado encima del arco central de acceso al orfanato. Sin embargo, puso buen cuidado en no perder de vista a Sharpe—. Esta noche nuestros artilleros están demostrando que se encuentran en muy buena forma, lo que es bastante raro, dicho sea de paso. Por cierto, el amigo Bang me comentaba que tenías idea de quedarte aquí.

—¿Y?

—Que yo también me planteo lo mismo, Richard. Y podría hallar ocasión de hacerlo con un amigo que no resulte insoportablemente honorable.

Sharpe avanzó un paso, porque el calor que le calcinaba la espalda estaba empezando a revelarse insoportable. Lavisser retrocedió en igual medida. Seguía sosteniendo la pistola lejos del cuerpo. Clouter progresaba lentamente por el extremo opuesto de la galería. Con la agilidad de un gato, saltó por encima de la balaustrada y se aferró al mástil de las banderas. Los flechastes embreados estaban ardiendo, pero el marinero, haciendo gala de una larga práctica, descendió a tal velocidad que ni siquiera lo notó.

—¿Y cuál es el precio de tu amistad? —interrogó Sharpe—. ¿La

lista que llevo en el bolsillo?

—¿De verdad te importa la gente de ese papel? —intentó asombrarse Lavisser—. ¿Quiénes son? ¿Un puñado de comerciantes anónimos de Prusia y Hannover? Deja que los franceses se hagan con el documento y ellos se encargarán de recompensarnos. ¿Qué te gustaría ser, Richard? ¿General del ejército danés? Puede arreglarse, créeme… ¿Prefieres un título? El emperador es más que generoso con las cartas de nobleza. Todo es nuevo en Europa, Richard. ¡Las viejas aristocracias ya no significan nada! Si logras elevarte a posiciones de poder, llegarás a ser un lord o un príncipe. Hasta podrías hacerte con un archiducado o un reino, si te lo propones… —Lavisser echó un vistazo al otro lado del patio, donde Clouter lo amenazaba con el mosquete de siete caños, recién recargado—. ¿Vas a dejar que tu amigo negro me pegue un tiro?

—¡Déjalo, Clouter!

—Como usted diga, señor. —El interpelado bajó el arma.

Sharpe volvió a dar un par de pasos hacia Lavisser, obligando a su contrincante a retroceder algo más de un metro en dirección a la capilla en llamas. El comandante, en el que crecía la preocupación, trató de cambiar de táctica y empezó a mover la mano de la pistola para encañonar a Sharpe, pero este dio al mosquete de abordaje una escueta sacudida que hizo comprender a Lavisser que un solo movimiento más significaba la muerte, de modo que volvió a alejar el arma del cuerpo.

—Hablo en serio, Richard —aseguró—. Tú y yo… ¿Te imaginas? Seríamos como lobos en este país de tiernos corderitos.

—No sé si te habrás fijado, pero todavía llevo el uniforme británico —contestó secamente Sharpe—. ¿Te parece que es solo un detalle?

—¿Y qué grandes favores va a hacerte Gran Bretaña? —lo sondeó Lavisser—, ¿Crees que algún día se avendrán a aceptarte? Y eso sin contar con que tienes intención de quedarte aquí… Vas a necesitar dinero, Richard. Dinero y amigos. Y yo te ofrezco ambas cosas. ¿En serio te figuras que podrás soportar Dinamarca sin lo uno ni lo otro? —Una súbita sonrisa de alivio iluminó el rostro de

Lavisser al ver que Sharpe abandonaba al fin la determinación de apuntarle a la cintura con los siete cañones de su demoledor mosquete. Acababa de desviar a un costado la boca de fuego—. Confieso que me gustaría contar con tu amistad, Richard —declaró Lavisser.

—¿Y eso por qué?

—Porque eres un granuja —dijo alegremente el antiguo capitán de la guardia inglesa—, y me caen bien los bribones como tú… Siempre me han gustado. Además, eres enormemente eficaz, muchacho. Me has dejado impresionado, la verdad. Igual que los artilleros que manejan esta noche las piezas inglesas… —Y es que, desde luego, los encargados de los cañones habían convertido Copenhague en un auténtico infierno. Varios de los barrios más populosos de la ciudad ardían por los cuatro costados, y las llamas amagaban con elevarse al cielo encaramándose a los últimos chapiteles de las iglesias. De hecho, al desviar un instante la vista por encima de la cabeza del renegado, el casaca verde tuvo la impresión de que la capital entera se hallaba bajo una cúpula de fuego, como si un arco iris incandescente hubiera atrapado el lugar bajo su candente bóveda. Se habría dicho un vislumbre del fin de los tiempos, el barrunto apocalíptico de un universo harto de los hombres. Y, desde el punto de vista de los vencedores, la imagen misma de la eficiencia, sin duda.

—Soy un rufián, ¿recuerdas? —apuntó Sharpe.

—Y yo aspiro a serlo —quiso halagarlo Lavisser—. Este mundo es de los bellacos. Ellos son los llamados a gobernarlo. ¿Qué otra cosa es el emperador, sino un truhán? ¿Y qué el duque de York? Otro sinvergüenza. Aunque mucho más desdibujado y necio, claro… Los bárbaros dominan, Richard. El botín es siempre para el fuerte.

—Solo tengo un problema —avisó Sharpe. El calor le quemaba la espalda, pero no se movió—. Has amenazado a Astrid.

—No seas absurdo, Richard —replicó Lavisser con su mejor sonrisa—. ¿No irás a decirme que te lo has tomado en serio? Vamos, hombre… Sabes que era un farol. Esa mujer me agrada demasiado

para caer tan bajo. No estoy diciendo que me atraiga como a ti, por supuesto, pero debo decir que admiro tu buen gusto. —El comandante miró de reojo el mosquete de siete caños y comprobó que seguía apuntando a otra parte—. Nunca me habría atrevido a hacerle el menor daño, Richard.

—¿Ah no?

—¡De ninguna manera! ¿Pero por quién me tomas, Richard?

—Por un maldito bastardo —replicó suavemente Sharpe— y un mentiroso hijo de la gran puta. —Apretó el gatillo de la potente arma. Los siete plomos batieron el humo, arrancaron la pistola a Lavisser y le redujeron la mano y la muñeca a un amasijo de colgajos ensangrentados. Boquiabierto, el traidor miró el muñón sin decir palabra, pero un instante después el dolor le sacaba del asombro con un agudo chillido.

—¡Jodido cabronazo! ¡Puto hijo de perra! —ladró el alférez, al tiempo que lanzaba el mosquete de abordaje a Clouter y desenfundaba el alfanje.

Hirió a Lavisser en el pecho con el acero para obligarlo a retroceder. Valiéndose del brazo izquierdo, el comandante echó también mano de la empuñadura de su espada, pero no pudo cruzarla sobre el cuerpo para protegerse, así que el fusilero volvió a hundirle la punta del sable en el mismo sitio, haciendo que Lavisser se trastabillara y continuara reculando. De pronto, el chaquetero exoficial británico se percató de que el balcón terminaba en una puerta que antes daba a la galería superior de la capilla y que ahora se abría al mismísimo infierno.

—¡Noo! —chilló, mientras hacía un desesperado esfuerzo por ganar terreno, aunque fuera a trompicones. Sin embargo, Sharpe se adelantó a sus intenciones. Hundió a fondo la pesada hoja de la cimitarra en el esternón del intrigante, que, sacudido por temblores, desanduvo los pasos dados hasta situarse en el quicio de la puerta maldita. A sus pies rugía un averno al rojo de bancos y biblias envueltos en llamas—. ¡Nooo!

—¡Al infierno…, demonio…! —rugió el casaca verde mientras forzaba de nuevo el repliegue de su enemigo. Esta vez, sin embargo,

Lavisser agarró la hoja del alfanje con la mano buena, aferrándose al hierro para evitar la caída.

—¡Sácame de aquí! —rogó—. ¡Por lo que más quieras!

Sharpe soltó el arma, y Lavisser se abismó en el crematorio. Con un horrísono aullido y los brazos en cruz, el infeliz marcó con un golpe sordo la culminación de su destino.

El balcón comenzó a ceder bajo los pies del alférez, que, de un brinco, saltó el barandal y aterrizó en el patio. Las llamaradas conferían a la arcada de salida, semioculta por el humo, un resplandor irreal. Sharpe calculó que su compañero y él mismo podrían atravesar el muro de fuego si lo embestían de cabeza y a toda velocidad. Cogió el mosquete de siete caños que le tendía Clouter, miró la abrasadora pared que les cerraba el paso entre funestos bramidos y preguntó a Clouter:

—¿Te consideras un tío con suerte, compañero?

—Desde luego más que ese pobre desgraciado, señor.

—¡Pues vamos!

Y echaron a correr.

* * *

La ciudad se rindió al amanecer. La noche la había obligado a encajar siete mil proyectiles. Había calles en las que la intensidad de los incendios era tal que no había quien se acercara a menos de cien pasos de los focos. Doscientos sesenta kilómetros cuadrados de la isla de Selandia aparecieron cubiertos de los carbonizados restos de los libros que en su día había atesorado la biblioteca universitaria. La catedral no era más que un esquelético armazón de piedras calcinadas en cuyo centro humeaban las brasas como en el propio orco. En los parques, las plazas y los muelles se habían alineado los cadáveres en filas perfectamente ordenadas. No había ataúdes suficientes para todos, ni de lejos, así que las personas que habían tenido la inmensa fortuna de haber salvado su casa traían las sábanas

y cuanto podían para tratar de adecentar del mejor modo posible a los muertos. Entera e intacta, la flota estaba en manos de los británicos. Nadie se había presentado siquiera a prender fuego a las mechas, pero aun en el caso de que alguien lo hubiese intentado, el resultado habría sido idéntico, ya que el capitán Chase había arrancado los cebadores.

Los soldados ingleses contribuían ahora a combatir el fuego, y frente al palacio de Amalienborg una banda de música de los casacas rojas tocaba aires militares. Mientras escuchaba aquellas melodías extrañas, el general Peymann trataba de prestar atención a los comentarios halagüeños que le prodigaban los nuevos amos de la capital, pero, por más esfuerzos que hacía, no lograba apartar de la mente la triste sensación de ser víctima de una injusticia colosal.

—Había mujeres y niños en Copenhague… —repetía una y otra vez. Sin embargo, pronunciaba sus lamentos en danés, así que los oficiales británicos, afanados en dar cuenta de una opípara cena servida en la más fina vajilla de la regia residencia, no le entendían —. No nos merecíamos esto —protestó al fin, insistiendo en que uno de sus ayudantes de campo tradujera la queja al vencedor.

—Es Europa la que no se merece al emperador —replicó acaloradamente sir David Baird—, pero nos aguantamos. Vamos, señor mío, hágame el favor de probar este ragú.

El general Cathcart, que siempre se había mostrado contrario a la idea de bombardear la ciudad, permanecía totalmente callado. El olor del humo, que invadía el comedor entero, le había quitado el apetito. Sin embargo, de cuando en cuando echaba un rápido vistazo por las ventanas para contemplar los mástiles de la flota cautiva y preguntarse qué montante del valor de aquellos navíos le correspondería como recompensa por sus desvelos. Más que suficiente para adquirir una buena finca en su Escocia natal, eso seguro.

No lejos de allí, en Bredgade, una docena de marineros ultimaban la maniobra de sacar de un enorme agujero la larga serie de vigas renegridas y ladrillos calcinados en que se había transformado uno de los edificios. Acabada la labor, se acuclillaron

en círculo y empezaron a partir por decenas unos curiosos mazacotes negros que, al abrirse por la persuasiva acción de sus hachas de asalto, relucían como los dorados rayos del amanecer. No todo el oro se había fundido, una parte de las monedas seguía intacta, metida todavía en las sacas de tela originales, aunque obviamente carbonizadas. Por esa razón, el capitán Chase se entretenía haciendo varios montones con las guineas.

—No estoy seguro de que lo hayamos recuperado todo, Richard.

—En cualquier caso, es más que suficiente —contestó Sharpe.

—¿Suficiente, dices? ¡Ya lo creo! ¡Es más de lo que jamás habría soñado reunir!

Lord Pumphrey supervisaba los trabajos de excavación. Se había presentado de repente, sin previo aviso, acompañado por una docena de soldados, y hecho la solemne declaración de que se encontraba allí para preservar los intereses de las arcas del Tesoro. No obstante, en una conversación con Sharpe, el aristócrata había matizado su presencia:

—Debería imitar el comportamiento de Nelson en Copenhague y hacer la vista gorda… A fin de cuentas, me importa poco la Hacienda de Su Majestad. Lo que no es raro, pues ¿acaso hay alguien que la aprecie? Pero es preciso que les devolvamos al menos una parte.

—¿De veras lo cree imprescindible? —protestó veladamente el alférez.

—Bueno, verá… Me gusta saber que esos gerifaltes me deben un favor, así que sí, me temo que va a ser necesario. Pero no se inquiete, Richard, coja lo que estime conveniente, que yo seguiré mirando para otro lado.

Sharpe entregó a Pumphrey la lista de nombres.

—Lavisser está muerto, señor —añadió al mismo tiempo.

—Me alegra saberlo, Sharpe. No sabe cuánto… —Pumphrey echó un rápido vistazo a los papeles—. ¿Esto es sangre?

—En efecto, señor.

Pumphrey consideró un instante el rostro de Sharpe, y vio que un rescoldo de cólera seguía alumbrándole las pupilas, así que

prefirió no seguir ahondando en el tema. También optó por hacer caso omiso de la sangre seca de sus cabellos y por ignorar las señales que el fuego le había tatuado en la casaca.

—Le doy las gracias por los servicios prestados, Sharpe. ¿Qué ha sido de Skovgaard?

—Sigue vivo, señor, aunque a duras penas… Justamente me disponía a hacerle una visita en este momento. Las bombas de la pasada noche incendiaron su almacén. No ha quedado piedra sobre piedra. Aunque es verdad que conserva una residencia extramuros, en Vester Fælled. ¿Quiere venir conmigo?

—Creo que debo esperar un poco antes de ir a presentarle mis respetos —señaló Pumphrey, al tiempo que extendía la mano para retener al fusilero, que parecía a punto de marcharse—. Pero, dígame, ¿sabe si tiene intención de instalarse en Gran Bretaña? Creo que va a ser difícil que pueda permanecer aquí.

—¿Le parece complicado? —dijo Sharpe sin comprender del todo.

—Mi querido alférez, vamos a estar aquí un mes…, dos a lo sumo. Después, los franceses tomarán rápidamente las riendas de la pequeña Dinamarca. ¿Cuánto tiempo cree que lo dejarán seguir respirando cuando eso ocurra?

—Con el debido respeto, señor, creo que el último sitio al que debe ir es a Inglaterra. Antes le convendría más bajar al propio infierno —aseguró Sharpe con aplomo—. Tendrá que encontrar otra forma de proteger a míster Skovgaard… Y a su hija.

—¿Su hija?

—Tiene tanta información como el padre. ¿Qué me dice, señor? ¿Se le ocurre alguna alternativa?

—¿Suecia, quizá? —sugirió lord Pumphrey—. Personalmente, preferiría tenerlos a los dos en Gran Bretaña, pero en una cosa sí que empeño mi palabra, Sharpe: le juro por mi honor que los franceses no los molestarán.

Sharpe clavó duramente la mirada en Pumphrey. Sus ojos transmitían con tal intensidad una exigencia de certeza que el hombrecillo casi tuvo que reprimir un estremecimiento. Sin

embargo, un instante después, el alférez, tras asentir con un imperceptible movimiento de cabeza, daba media vuelta y salía en busca de Skovgaard. Tenía los bolsillos llenos de oro. Chase y sus hombres iban a hacerse ricos antes de que se pusiera el sol, e indudablemente, el propio lord Pumphrey alargaría un tanto la mano antes de devolver aquellas riquezas al erario. Sharpe, por el contrario, no iba a acostarse con el mismo desahogo; por grande que fuera el peso que en ese momento le lastraba las faltriqueras.

Tampoco iba a quedarse en Dinamarca. Ole Skovgaard había prohibido a su hija toda veleidad de matrimonio con el inglés. Pese a su doliente estado, el negociante había reunido la energía suficiente para pronunciar su veto con la máxima firmeza, sabedor de que Astrid no iba a desobedecerlo. Por eso, al llamar Sharpe a la puerta de la mansión de Vester Fælled, la encontró al borde de las lágrimas.

—No va a cambiar de opinión —dijo, consternada.

—Lo sé.

—Después de lo que ha sucedido, odia a Gran Bretaña —empezó a decir con voz temblorosa—, pero también te detesta a ti, y asegura que no eres cristiano. Te tiene por un impío, y no puedo… —La joven meneó la cabeza, incapaz de proseguir. De repente, al ver que Sharpe extraía de los bolsillos puñados de oro ennegrecido y monedas semiderretidas por el calor, Astrid frunció el ceño—. Pero… ¿crees que esto va a hacerle cambiar de idea? —exclamó Astrid, incrédula—. El dinero no va a convencerlo, estate seguro.

—No es para él —explicó Sharpe—, ni para ti; salvo que quieras quedártelo —añadió mientras sacaba la última guinea y la amontonaba junto a las que ya había ido dejando sobre el taburete del clavecín. Como los oficiales británicos habían convertido la casa en un cuartel improvisado durante el bombardeo, sus botas claveteadas habían cubierto de marcas el magnífico parqué de maderas exóticas y llenado de barro las alfombras—. Me comentaste que querías reconstruir el orfanato —recordó Sharpe—, y con esto podrás hacerlo.

—¡Richard! —protestó Astrid, al tiempo que intentaba rechazar

el oro con un gesto. Pero él no estaba dispuesto a cogerlo.

—No lo quiero —aseguró con firmeza. En realidad, claro que lo quería. Es más, lo necesitaba desesperadamente. Sin embargo, también era cierto que a lo largo del último mes había conseguido hacerse con bastantes guineas. Por otro lado, deseaba ardientemente que Astrid pudiera ver cumplido su sueño. Y ese deseo era mayor que su urgente apremio de solvencia—. Dáselo a los niños —insistió.

Astrid rompió a llorar y se abrazó a él.

—No puedo contrariar las disposiciones de mi padre —consiguió articular al fin—. No estaría bien.

—No —respondió el inglés, aunque en verdad no acababa de entender la sumisa aceptación de ella. Lo que sí comprendía, sin embargo, era que el acatamiento tenía mucha importancia para Astrid. Le acarició el cabello—. Un tipo me ha dicho que la sociedad danesa es extremadamente respetable —comenzó a decir —, y reconozco que yo no habría podido encajar aquí. No tengo vuestra devoción… Quizá sea mejor así, Astrid. Pero, quién sabe, tal vez vuelva algún día.

Se alejó de la joven y cruzó el cementerio contiguo, en el que varios hombres estaban excavando una gran fosa para las víctimas del pavoroso incendio.

Esa misma noche, en el palacio de Amalienborg, lord Pumphrey apartó sigilosamente una parte del oro y lo guardó en su equipaje. El resto del dinero —que, según sus cálculos, ascendía a unas nueve mil libras esterlinas— regresaría a la caja fuerte del banco de Inglaterra. Y desde luego no iba a haber dificultad alguna en atribuir la desaparición de la diferencia a las acciones del honorable John Lavisser, lo que no dejaba de constituir una excusa muy confortable y oportuna, por cierto.

—Podría usted dejar que se lo quedara Sharpe —propuso Pumphrey a sir David Baird al día siguiente.

—¿Y por qué precisamente Sharpe?

—Porque quiero verlo lejos de Copenhague —aclaró el frágil aristócrata.

—¿En qué lío se ha metido ahora?

—Pues verá… —señaló Pumphrey con su voz nítida y cortante —, el embrollo en el que se ha visto envuelto es exactamente el que yo le pedí que resolviera. Y debo decir que lo ha solucionado todo del más excelente de los modos. Sepa que Sharpe cuenta con mi plena recomendación, sir David. Sin embargo, entre las cosas que le solicité hacer, figuraba el encargo de mantener con vida a dos personas, y así lo ha hecho. El único problema es que ahora ya no forma parte de los intereses de Su Majestad que continúen con vida. —Pumphrey remató el discurso con una blanda sonrisa y cruzándose la garganta con el dedo índice, de sorprendente y marfileña delicadeza.

Baird levantó la mano para introducir gestualmente una objeción.

—No me diga una sola palabra más, Pumphrey… No quiero poner los pies en el sucio mundo por el que usted transita.

—Una sabia decisión por su parte, sir David —lo halagó Pumphrey—. Pero apresúrese a sacar a Sharpe de aquí, si es usted tan amable. Estamos ante un hombre de alma inoportunamente noble, y desde luego no quisiera tenerlo por enemigo. Además, podría resultarme útil en el futuro.

Cuando Sharpe abandonó Copenhague, sus ruinas aún seguían humeantes. El otoño ya se dejaba sentir en el aire, presagiado por los fríos vientos que soplaban de Suecia. Sin embargo, el cielo estaba despejado, afeado únicamente por las vastas fumaradas que derivaban suavemente sobre los campos de Selandia. De hecho, a bordo del *Pucelle*, el alférez iba a continuar divisando el humo mucho después de que la ciudad se hubiera desvanecido tras el horizonte. Sus pensamientos volaban repetidamente hacia Astrid. Al menos, ahora sus recuerdos no le llevaban ya exclusivamente a Grace. Y, aunque seguía confuso, ahora existía una importante diferencia, dado que en esa segunda navegación era perfectamente consciente de los pasos que se proponía dar en el futuro más inmediato. Retornaba al cuartel, al tedioso cumplimiento de sus deberes de guardalmacén, pero con la promesa, en modo alguno

baladí, de no ser abandonado como un náufrago al frente de aquella insufrible intendencia la próxima vez que el regimiento se hiciera a la mar para contender en una guerra. Y batallas no le iban a faltar, desde luego. El imperio napoleónico se hallaba al otro lado de aquel horizonte saturado de humo. Francia, convertida ahora en la concubina de Europa, se había transformado también en un enemigo al que resultaba irrenunciable vencer, puesto que no habría paz en tanto sus ejércitos no doblaran la cerviz. El mundo entero se había militarizado, y él era un soldado. ¿Qué podría encajar mejor en esas circunstancias?

Chase se reunió con él junto al coronamiento de popa.

—Supongo que te espera un buen permiso al llegar, ¿no?

—Pues sí, nada menos que un mes, señor. No tengo que presentarme en Shorncliffe hasta octubre.

—Entonces vente a Devon conmigo. Ya es hora de que conozcas a Florence, ¡mi alma gemela! Y quizá podamos ir de caza. ¿Qué te parece? No aceptaré una negativa, Richard —dijo Chase, con una gran sonrisa.

—Pues estamos de suerte, señor, ¡porque no pienso rechazar la oferta! —contestó alegremente el alférez.

—¡Mira, allí! ¡Es el castillo de Kronborg! —exclamó Chase, al tiempo que señalaba con la mano las verdes techumbres de cobre, cálidamente iluminadas por el crepúsculo—. ¿Sabes si ese palacio es conocido por algo en particular, Richard?

—Por *Hamlet* —repuso el casaca verde, muy seguro de sí mismo.

—¡Por Dios Santo! ¡Claro! —Chase no podía ocultar su asombro—. En el viaje de ida se lo pregunté al joven Collier… ¡y me confesó que no tenía ni idea!

—¿Es que ha muerto?

—¿Quién? ¿Collier? ¡Qué va! ¡Está fuerte como un toro!

—No, señor. Me refería a Hamlet.

—Por supuesto. Muerto y enterrado. ¿No conoces la obra? Bueno, puede que no… —se apresuró a añadir Chase—. No todo el mundo la ha leído.

—¿Y de qué trata? —preguntó Sharpe.

—De un tipo que no consigue tomar una decisión, amigo mío… Y al que la vacilación acaba por llevarlo a la tumba. Es una lección que todos debemos tener muy en cuenta.

Sharpe sonrió. Recordaba la obsequiosa amabilidad de que había hecho gala Lavisser al pasar frente a Kronborg, y que el excapitán de la guardia había llegado a citar incluso unos versos de la pieza. ¡Qué curioso resultaba pensar ahora que en esos días hasta le caía bien el muy canalla! También conservaba vivamente impreso en la memoria lo mucho que le habían tentado las propuestas que había vertido su enemigo en la galería en llamas. Una parte de él habría aceptado gustosamente la amistad de Lavisser y cogido el oro y la ocasión al vuelo. Sin embargo, si finalmente había optado por apretar el gatillo había sido para tener la conciencia tranquila. Aunque solo Dios sabía dónde podría haber llegado de no haber atendido a sus escrúpulos.

La oscuridad de la noche se apoderó de todo. El humo de la ciudad vencida se desvanecía poco a poco en la intensa negrura.

Sharpe volvía a casa. Y seguía al servicio del ejército.

UN APUNTE HISTÓRICO

Los británicos conservan en la memoria un recuerdo muy vivo del ataque que su nación lanzó sobre Copenhague en abril de 1801. Sin embargo, la mucho más devastadora embestida inglesa de septiembre de 1807 ha caído prácticamente en el olvido. Es posible que la razón deba buscarse en el hecho de que el primer caso se distinguiera por la presencia de Horacio Nelson, ya que fue durante la batalla de Copenhague cuando se produjo la famosa anécdota en la que el almirante se llevó el catalejo al ojo que había perdido en el verano de 1794 (en un choque con la armada francesa en las inmediaciones de Córcega) y declaró que «no veía ninguna señal» que le indicara que era preciso poner fin a la acción.

Los combates de abril de 1801 enfrentaron a las flotas británica y danesa, que contaba con el apoyo de un conjunto de baterías artilleras flotantes, así como con la formidable protección de las defensas marítimas de la ciudad. La refriega se cobró la vida de 790 marineros y soldados daneses y dejó heridos a otros 900. No obstante, todos esos hombres formaban parte de un contingente de tropas de combate, igual que las 950 bajas del lado británico. En 1807, en cambio, los ingleses mataron a 1600 civiles daneses atrapados en el interior de la capital nórdica (mientras que, en toda la campaña, los británicos perdieron 259 hombres), y la derrota danesa fue mucho más profunda… Y, a pesar de ello, Gran Bretaña ha preferido echar en buena medida al olvido esa campaña.

El detonante del conflicto fue el Tratado de Tilsit, firmado en 1807 entre Francia y Rusia. En él, los dos países acordaban, entre

otras muchas cosas, que los franceses se adueñaran de la flota danesa. Los rusos no tenían derecho a realizar semejante concesión, y al emperador tampoco le asistía el derecho al dar por buena la idea de apoderarse de ella. Sin embargo, Dinamarca era una nación pequeña (aunque no tanto como en la actualidad, ya que en 1807 todavía poseía la región de Holstein —que actualmente forma parte de la Alemania septentrional— y la totalidad de lo que hoy es Noruega). Pese a todo, Dinamarca contaba con la segunda mayor flota mercante del mundo, y, para protegerla, se había dotado de una armada extremadamente grande, provista de buques de enorme poderío, lo que ofrecía a los franceses la posibilidad de sustituir los que habían perdido en Trafalgar en 1805. Los británicos, que contaban con unos servicios de inteligencia de muy notable eficiencia, habían tenido noticia de la inclusión de esa cláusula secreta en el tratado, así que, para impedir que se llevara a la práctica, exigieron que los daneses enviaran la flota a Gran Bretaña para su custodia y protección. Los interpelados, como es lógico, se negaron, y ese fue el detonante de la expedición de 1807, que se organizó para forzarles la mano. Al comprobar que, pese a la amenaza, las autoridades de Dinamarca mantenían su postura, claramente contraria a las pretensiones británicas, los artilleros de Su Majestad abrieron fuego y bombardearon Copenhague hasta que la ciudad, resuelta a no encajar más víctimas, optó por la rendición. De este modo, en lugar de acoger a la flota danesa bajo su tutela, los ingleses se limitaron sencillamente a apoderarse de ella.

No es una campaña de la que Gran Bretaña pueda sentirse particularmente orgullosa. El grueso del ejército danés se encontraba en Holstein, de modo que la única acción de cierto relieve fue justamente la que aparece descrita en la novela —la batalla de Køge —, en la que el contingente de sir Arthur Wellesley se enfrentó a las mal preparadas huestes que el general Castenschiold había alcanzado a reclutar a toda prisa. Los daneses llaman al choque «la batalla de los zuecos», porque muchos de sus milicianos eran granjeros e iban calzados con ellos. Uno siente la tentación de señalar que los daneses tuvieron muy mala suerte, ya que, en un

momento histórico en el que precisamente había muchos generales mediocres al frente de las fuerzas armadas británicas, a ellos les tocó enfrentarse nada menos que al futuro duque de Wellington, sin olvidar al 95.° de Fusileros. Las compañías de ese regimiento ya habían prestado servicio en un par de enfrentamientos anteriores, pero la ofensiva de Køge fue la primera en la que combatieron todos los integrantes del primer batallón del cuerpo. No hubo ningún intento de sobornar al príncipe heredero de Dinamarca, si bien es verdad que los «dorados caballeritos de san Jorge» fueron una de las más potentes armas de Inglaterra en las largas guerras que hubo de librar contra Francia; y debemos tener muy presente que se utilizaron para subvertir, sobornar y persuadir a un sinfín de gobernantes. Entre 1793 y 1815, el Tesoro británico gastó nada menos que cincuenta y dos millones de libras esterlinas en esa clase de «subsidios».

El hecho de que los daneses no prendieran fuego a la flota sigue siendo un misterio. Sabemos con seguridad que el príncipe Federico dio órdenes precisas de entregarla a las llamas, dado que los británicos consiguieron interceptar uno de los mensajes del futuro rey danés. No obstante, es probable que varias copias de esas instrucciones consiguieran llegar a la capital, y aun así las naves permanecieron intactas. No se coló en la ciudad ningún marinero británico cuya misión consistiera en imposibilitar el incendio de la flota. Parece que lo que ocurrió fue sencillamente que, en el caos del bombardeo, las autoridades pasaron por alto la orden, o que Peymann juzgara que los británicos habrían de cobrarse un altísimo precio si decidía mermar significativamente su botín. Por consiguiente, al entrar como vencedores en la plaza, los ingleses se encontraron a la flota esperándolos, y al partir, tras haber prolongado por espacio de seis semanas la ocupación de Copenhague, se llevaron a Gran Bretaña dieciocho navíos de guerra, cuatro fragatas y otras dieciséis embarcaciones de diferentes tipos, así como veinticinco bombardas. También arramplaron con todos los materiales almacenados en los astilleros y destruyeron los buques que se hallaban en las gradas a medio construir. Uno de los barcos

de guerra se perdió durante el viaje de regreso, pero el resto, al ser considerados como otros tantos trofeos militares, hicieron inmensamente ricos a los oficiales que habían dirigido la aventura desde los más encumbrados puestos del escalafón. (Solo el almirante Gambier y el general Cathcart se repartieron trescientas mil libras esterlinas, lo que en esa época era una auténtica fortuna). No obstante, los británicos se dejaron en el puerto de Copenhague una pequeña fragata, bastante hermosa además, aunque en realidad era poco más que una embarcación de recreo. Se trataba de un obsequio del rey Jorge III de Dinamarca a su sobrino, el príncipe heredero. Meses más tarde, los daneses, haciendo gala de un macabro sentido del humor, enviaron la corbeta a Inglaterra, junto con un puñado de prisioneros británicos y una nota en la que ironizaban diciéndoles que, al parecer, se habían olvidado de la bricbarca en su última incursión. Una de las ventajas de importancia secundaria que iban a rapiñar los ingleses en esta correría se produciría a raíz de la captura de uno de los territorios que habitaban los daneses: el de la isla de Helgoland, en el mar del Norte, isla que habría de permanecer sujeta a la gobernación británica hasta el año 1890, fecha en la que se entregó a Alemania como gesto de amistad.

Para Dinamarca, la campaña de 1807 fue un desastre. Obligó al país a aliarse con los franceses, y provocó su ruina económica. La pequeña nación nórdica perdió Noruega (que pasó a manos de Suecia), y los barrios de Copenhague arrasados durante los bombardeos británicos permanecieron derruidos por espacio de una generación. Más de trescientas casas se vinieron abajo, y otras mil acabaron con graves desperfectos. La catedral ardió por entero, y el fuego se llevó también una docena de iglesias más sencillas, así como la universidad. La anécdota del artista danés que apagó la mecha incandescente de un obús de mortero vaciándole encima el contenido del orinal es un hecho verídico. El hombre se llamaba Christoffer Wilhelm Eckersberg, y nos ha dejado varios cuadros desgarradores de la ciudad a merced de las llamas. En la actualidad, apenas queda ya signo alguno de la destrucción que tuvo lugar en 1807, aunque en la argamasa de las fachadas de algunas de las casas

que se reconstruyeron hay trozos de metralla de las carcasas británicas. Las grandes fortificaciones de la ciudad se demolieron en 1867, pero la ciudadela se ha conservado (y se la conoce con su denominación en danés, que es «Kastellet»). Cerca de la ciudadela, no muy lejos del punto en el que hoy se encuentra la célebre escultura de *La Sirenita*, había un pequeño embarcadero de madera para los pescadores. Casi todos los nombres de las calles han cambiado, y, por ejemplo, la plaza de Ulfedt (que se quemó por completo) se llama actualmente Gråbrødretorv.

La campaña nos ha dejado asimismo materia para una curiosa nota a pie de página. Uno de los generales británicos que intervinieron en la expedición fue Thomas Grosvenor, que se llevó en el barco a su magnífica yegua, *lady* Catherine. Estando en Dinamarca, Grosvenor descubrió que la potranca había quedado preñada, así que la envió de vuelta a Inglaterra, donde dio a luz a un potrillo, que más tarde se vendió a sir Charles Stewart, que acabaría desempeñando el cargo de ayudante general en la guerra de la Independencia española. Al cabo de un tiempo, Stewart traspasó el garañón a sir Arthur Wellesley, que no tardó en considerarlo su caballo favorito. De hecho, Wellesley —convertido ya en duque de Wellington— recorrería a lomos de esa fiable montura de guerra todos los escenarios de la batalla de Waterloo, llevándolo después, ya retirado del servicio, a su finca de Stratfield Saye. El animal falleció en 1836 y fue enterrado en los terrenos de esa misma heredad, donde todavía puede verse la lápida que custodia la sepultura. El caballo se llamaba, como no podía ser de otra manera, Copenhague. «Puede que haya muchos caballos más veloces que este», diría en una ocasión el duque en referencia a Copenhague, «y sin duda son también muy numerosos los que presentan una más fina estampa, pero, en cuanto a fondo y resistencia, jamás he visto ninguno que lo iguale…».

Puede afirmarse en consecuencia que, por evanescente que resulte la conexión, la ruta a Waterloo pasa por Copenhague, y que Sharpe, al igual que el duque, se verá obligado a recorrer todos y cada uno de sus hitos.

LAS PERIPECIAS DE SHARPE

Muchas veces me preguntan de dónde sale el personaje de Sharpe, si lo he perfilado basándome en las experiencias de alguna persona real cuyas memorias hubieran llegado por puro azar a mis manos o si me apoyo en la biografía de algún amigo mío… La verdad, sin embargo, es muy distinta, ya que sus rasgos y su trayectoria son enteramente ficticios. Recuerdo que ya aparecía en uno de mis primeros relatos, aunque por entonces no le daba el nombre de Sharpe. En esa época, me dedicaba a producir programas de televisión, lo que me agradaba mucho. Sin embargo, siempre había querido ser novelista, y desde que leí, siendo apenas un muchacho, las aventuras de Horatio Hornblower, el personaje creado por Cecil Scott Forester, me propuse encontrar una serie literaria que relatara los hechos de armas que rodearon la carrera de Wellington con el mismo detalle con el que Forester había descrito las aventuras de su héroe de la armada de Nelson. Sin embargo, terminé descubriendo que nadie había colmado esa laguna, así que, en uno de esos lluviosos días que tanto abundan en Belfast, decidí aplicarme yo mismo a la tarea. Pero el intento quedó en agua de borrajas.

Más tarde, corriendo ya el año 1979, conocí a Judy, una chica estadounidense. La flecha de Cupido me atravesó con la precisión del proyectil de un rifle manejado por Daniel Hagman[13]. Por muchas y muy buenas razones, Judy no podía dejar Estados Unidos, de modo que decidí abandonar mi trabajo en la televisión, dejar Belfast, y partir a Norteamérica. El problema fue que el gobierno estadounidense, en su inmensa sabiduría, me negó el permiso de

trabajo, así que, en un arranque de desparpajo, le prometí a Judy que me ganaría la vida como escritor, y lo único que me apetecía confiar al papel era una serie de novelas similares a aquellas del soldado Hornblower. Así las cosas, saqué la máquina de escribir, la puse en la mesa de la cocina de nuestra casa de Nueva Jersey, y volví a intentarlo. A diferencia de mis primeros esfuerzos en Belfast, esta vez la situación era mucho más desesperada. Si Sharpe me fallaba, o si yo le fallaba a él —lo que resultaba mucho más probable—, el impetuoso vuelo del amor verdadero podía encontrarse con el camino bloqueado por un enorme peñasco. El poco dinero que poseía no iba a durar demasiado, así que la rapidez era un factor esencial. Esto explica el apresuramiento con el que redacté *Sharpe y el águila del imperio*. ¿Pero qué información tenía yo acerca de mi protagonista? Sabía que tenía que ser un fusilero, porque las tropas de Wellington eran las únicas que utilizaban rifles y porque eso le proporcionaría una cierta ventaja sobre el enemigo. Era consciente de que no podía permanecer invariablemente enrolado en el 95.° de Fusileros, ya que en ese caso tendría que limitar las narraciones a la sola descripción de las acciones en las que intervino esa brigada, y yo quería que tuviera libertad de movimientos para poder participar en todas las operaciones posibles. Sabía asimismo que debía tratarse de un oficial salido de la nada, dado que eso le obligaría a bregar con más de un problema en las filas de su propio ejército… Sin embargo, aparte de estos detalles, apenas tenía idea de qué rasgos o circunstancias le envolvían. En el arranque de ese primer libro le presté la fisonomía de un hombre de elevada estatura y cabello negro, lo que funcionó muy bien hasta que Sean Bean tuvo que darle vida en la pequeña pantalla, así que después de sus apariciones televisivas intenté no volver a mencionar nunca más su pelo negro. Le adjudiqué una cicatriz en la mejilla, aunque nunca consigo recordar —ni por todo el oro del mundo— en qué lado de la cara tiene el corte, así que sospecho que ha debido de ir cambiando de un libro a otro… Lo que no le di fue un nombre, porque buscaba algo que fuese tan memorable y poco convencional como Horatio Hornblower. Los días pasaban y las páginas se iban amontonando

en la cocina…, pero yo seguía hablando del alférez XXX. Hice listas de nombres, pero ninguno me cuadraba, así que empecé a sentirme incómodo. De hecho, el malestar llegó incluso a suspender la elaboración del libro durante un tiempo, de modo que al final decidí ponerle un nombre provisional. Lo llamé Richard Sharpe en honor de Richard Sharp, el gran jugador de *rugby* de Cornualles e Inglaterra. La idea era modificarlo en cuanto se me ocurriera ese nombre de campanillas que esperaba encontrar en algún momento. Como es obvio, ese nuevo nombre cuajó, y en un par de días ya no podía pensar en él sino como Sharpe, así que se lo dejé.

A Patrick Harper me resultó mucho más fácil hallarle esa denominación. Yo había pasado en Belfast los años inmediatamente anteriores a la redacción de Sharpe y quedé prendado de Irlanda; de hecho, esa fascinación nunca me ha abandonado. Tenía un amigo en Belfast que se llamaba Charlie Harper, y había dado a su hijo el nombre de Patrick. El problema era que la familia Harper no simpatizaba demasiado con los ingleses, ni tenía motivos para hacerlo. Como me preocupaba que se ofendieran si daba a un soldado del ejército británico el nombre de su hijo, les pedí permiso y me lo dieron sin el menor reparo, así que desde entonces Harper acompaña a Sharpe en casi todas sus aventuras.

El libro quedó listo en unos seis meses, y no tenía ni idea de si era bueno o no. Sin embargo, conseguí encontrar un agente literario en Londres y este se encargó de buscar a un editor. Así fue como vio la luz, corriendo el año 1981, *Sharpe's Eagle* —el original inglés de *Sharpe y el águila del imperio*. Nunca lo he releído, pero no hace mucho tiempo uno de mis lectores me comentó lo que le había parecido esa primera novela de Sharpe. «Pensé que sería como cualquier otro libro», me dijo, «pero al ver que Sharpe se cargaba a Berry, supe que tenía entre las manos algo diferente. Ningún otro héroe novelesco haría nada semejante. Todos son oficiales y caballeros, pero Sharpe es otra cosa…». Esto significa que, desde el principio, Sharpe afirmó su condición de granuja. Berry era un oficial británico, un colega de mi personaje que había encolerizado al protagonista, lo que nunca ha sido buena idea, posiblemente por

la ira que late en el fondo de su alma. Es la rabia surgida de una infancia desgraciada, la furia de un hombre que se ha visto obligado a luchar por todos y cada uno de los avances sociales y personales que a otros les son dados en virtud de su posición y su nacimiento, y ese coraje ha sido siempre lo que ha animado las energías de Sharpe. Se trata de un rasgo de carácter que le diferencia por completo de Homblower, siempre tan justo y honorable. Sharpe es un canalla, y también un hombre peligroso, pero como tal bandido tiene la ventaja de militar en nuestras filas.

«Nunca habría podido llevar esa espada al cinto», me dijo un experto tras la publicación de *Sharpe y el águila del imperio*. Al decir «esa espada», esa persona se estaba refiriendo al arma reglamentaria que utilizaba la caballería pesada en 1796. Hablamos de una hoja bestial, mal equilibrada y poco eficaz, pero me gustaba la idea de que Sharpe, que es un hombre alto, pudiese sujetarse a la cintura esa suerte de hacha de carnicero[14]. Empleé un dinero que no podía permitirme el lujo de gastar en comprar una espada de verdad (el vendedor me aseguró que se había combatido con ella en Waterloo, y me hace ilusión pensar que es cierto). Descubrí que podía llevarse sin dificultad. La sujeté a un cinturón y me di cuenta de que no tenía ningún problema para moverme, ni siquiera en espacios cerrados, así que todo quedó arreglado, y desde entonces Sharpe ha venido colgándosela del tahalí.

Uno de los más trepidantes relatos de las guerras napoleónicas es la del tercer asedio de Badajoz, en 1812. Ese era el lance que realmente deseaba contar en el primer libro de Sharpe, pero pensé que quizá no dispusiera de las dotes literarias precisas para hacerlo, y menos siendo un autor novel, así que opté por situar a Sharpe en 1809. La historia de lo sucedido en Badajoz, con todos sus horrores y acciones heroicas, aparece en el tercer libro de la serie, titulado *Sharpe y sus fusileros*. En ese texto también presento al malévolo sargento Obadiah Hakeswill. No tengo ni idea de qué fue lo que me llevó a pensar en ese personaje. Ocurrió, sin más: un buen día, iba conduciendo por la carretera y el apellido me vino súbitamente a la cabeza: Hakeswill. Era un nombre maravilloso para el malo de una

novela. Pero ¿a qué se debía que el cuello de este individuo estuviera marcado por una «obscena mutilación»? Al hecho de que hubiera conseguido sobrevivir a una sentencia judicial que le había condenado a morir en la horca. Recuerdo que al rematar ese párrafo me detuve. ¿Estaba llevando demasiado lejos las cosas, forzando no solo el horror de la cicatriz de Obadiah, sino la credibilidad de mis propios escenarios? Estuve a punto de suprimir el pasaje, convencido de que los lectores me enviarían cartas repletas de críticas desdeñosas. Sin embargo, también me parecía perfectamente lógico y coherente que Obadiah hubiera sentido la abrasión de la soga y sobrevivido a la ordalía, así que lo dejé. Varios meses después descubrí que eran muchísimos los condenados que habían sobrevivido a una sentencia de ahorcamiento, tantos que el Real Colegio de Cirujanos consiguió que se instituyera un reglamento a fin de determinar a cuántas de las personas que superaban el tormento y no morían debían tratar los médicos. Los cadáveres de los delincuentes colgados se vendían a los facultativos, que los empleaban en sus disecciones, y no tardó en comprobarse que el número de los que seguían todavía vivos cuando llegaban a los hospitales era tan elevado que se hacía preciso disponer de una normativa para establecer el comportamiento a seguir en tales circunstancias (que normalmente consistía en reanimarlos para su posterior envío a Australia, en la mayoría de los casos). Comprendí así que, lejos de resultar improbable, el trance de Obadiah era poco menos que habitual[15]. Este personaje, al que tan fantásticamente supo dar vida Pete Postlethwaite en la serie de televisión que una cadena británica dedicó a Sharpe, es uno de los que ideé de la nada con la intención de incrementar la intriga de un libro. En este sentido, comparte su origen con Lucille, la francesa con la que Sharpe acabará pasando el resto de sus días. ¡Y debo decir que, de todas las cosas que el fusilero ha hecho en su vida, esta de afincarse en Francia es la que más me ha sorprendido! Evidentemente, era consciente de que su matrimonio con Jane Gibbons se había ido al traste, pero supuse que conocería a otra mujer y sentaría la cabeza en la campaña inglesa. Siempre pensé que Lucille terminaría siendo

una especie de encuentro feliz para el atribulado William Frederickson, el amigo íntimo de Sharpe que tantas penalidades había soportado por ser su aliado y que sin embargo nunca había sido afortunado en amores. Yo estaba convencido de que Lucille Castineau iba a ser la mujer perfecta para el «dulce William», pero, en un giro perverso de la trama, Sharpe terminó enamorándose de ella. Intenté evitarlo, pero cuando un personaje se emancipa por su cuenta y riesgo de ese modo, el escritor no puede hacer prácticamente nada, así que a Sharpe y a Lucille les entró una chaladura romántica tan irremediable que el pobre Frederickson quedó chasqueado y solo.

Me sorprendió muchísimo que Sharpe se fuera a vivir a Francia, y sin embargo, ahora me parece que se hacía inevitable. Nuestro fusilero siempre ha sido esa persona que no encaja, una suerte de extraño verso suelto en todas partes, así que, al terminar la guerra con Napoleón, no habría podido sentirse a gusto en Gran Bretaña. No obstante, al ser un soldado inglés afincado en el país de sus antiguos y más inveterados enemigos, es obvio que su felicidad se ve tan limitada como en la época en que era un oficial salido de las filas de la tropa, obligado a sobrevivir en el comedor de oficiales, aunque también hay que tener en cuenta que siempre le gustó ser la oveja negra y vivir como un pulpo en un garaje. Y desde luego quiere locamente a Lucille. Eso lo convierte en un hombre de suerte… En cualquier caso, no creo que él pensara lo mismo cuando, de la noche a la mañana, el emperador se las arregló para huir de Elba y generar el cúmulo de circunstancias que terminarán por arrastrar inesperadamente al casaca verde a la campaña de Waterloo. Lo malo de esa última batalla es que no hay forma de acoplarle ningún argumento de ficción. La dificultad no radica únicamente en el carácter espectacular de la tragedia que se desarrolla en la jornada misma del enfrentamiento, en la que hasta el último momento se tendrá la impresión de que los franceses van a alzarse con la victoria, estriba también en el drama humano que supone el hecho de que los dos mayores soldados de la época se desafíen finalmente en el campo de batalla.

Nadie podrá discutir nunca el lugar de honor que ocupa Napoleón en el panteón de los grandes líderes militares, pero, a mi juicio, Wellington es un general de muy superior talla sobre el terreno. Es evidente que Wellington nunca fue un «campeón bélico» como Napoleón. No jugaba a los dados con las naciones. Funcionaba en un plano más modesto, como cabeza visible de un ejército, y una de las circunstancias más notables de su carrera es que, a diferencia del emperador, nunca se vio derrotado en el campo de batalla. Poseía un gran talento para el combate, una clara visión del desarrollo de los acontecimientos, una mente resolutiva de ágiles decisiones, y una perfecta comprensión de las capacidades operativas de sus hombres. La soldadesca le apreciaba. No le adoraban, como las tropas francesas a Napoleón, pero tampoco debemos olvidar que el emperador era un hábil político que sabía cómo granjearse el afecto de la gente. Eso le permitió organizar un culto a su persona. ¿Y cómo actuaba Wellington en este sentido? Pues parece que no era hombre al que le gustara suscitar idolatrías. Él mismo decía que no sabía engatusar a nadie. No sabía dirigirse a los soldados rasos. Era de hecho un esnob que no se avergonzaba en absoluto de serlo. Pese a todo, sus hombres le tenían en gran estima porque sabían que no era un general que arriesgara sus vidas innecesariamente. Procuraba protegerlos en la batalla, habitualmente colocándoles en la parte trasera de alguna loma a fin de que el enemigo no pudiese divisarles. Quienes combatían a sus órdenes sabían que no les iba a mandar alegremente a una carnicería. Tras el choque de Austerlitz, un general francés lamentó el inmenso número de caídos que habían sufrido los franceses, y Napoleón le contestó con frío desdén: «Las mujeres de París pueden reemplazar todas esas bajas en una sola noche». Wellington jamás habría dicho nada semejante.

Solo en los asedios perdía el duque su talento para mantener muy contenidas las cifras de víctimas, pero es bien sabido que la imposición de cercos a las fortalezas no era lo que mejor se le daba. En la batalla, y precisamente por la aguda conciencia que tenía de lo difícil que resulta sustituir a los muertos y a los heridos, hacía todo lo posible por mantener a salvo a sus hombres hasta el instante

mismo en el que surgía el imperativo de exponerlos. En una ocasión le preguntaron cuál había sido el mayor cumplido que jamás hubiera recibido, y al contestar le vino a la memoria el día en que había visitado a los soldados que habían acabado heridos en la batalla de La Albuera, al sur de Badajoz. El general británico al mando en la contienda, que había sido espantosa, era el general William Beresford, y la acción había estado a punto de acabar en un desastre. El bando inglés había encajado un elevadísimo número de muertos. Según el comandante francés, «el enemigo había sido derrotado, pero no se había enterado». Al final, y a pesar de haber salido triunfantes, los británicos tuvieron que reconocer que la victoria les había exigido un coste espeluznante. Dos días después del choque, Wellington fue a ver a los supervivientes. Como era habitual en él cada vez que tenía que hablar con los soldados comunes y corrientes, se quedó cortado y no supo qué decir al verse delante de los hombres. Llegó a una amplia sala del convento en la que se atendía a los soldados y se encontró frente a una muchedumbre de dolientes. Explicó a los postrados casacas rojas que no sabía muy bien cómo consolarlos, de modo que se aclaró la garganta y, con la debilitada voz de quien no encuentra convicción interior con la que respaldar lo que dice, señaló a los presentes que sentía mucho ver a tantos heridos. «Milord», aseguró un cabo que había decidido tomar la palabra, «si usted hubiera estado al mando de la batalla no seríamos tan numerosos». Fue efectivamente un gran elogio.

Uno de los elementos que subyacen a la trama de casi todos los libros de Sharpe es justamente el de la relación entre Wellington y Sharpe. Desde luego, no son hombres que tiendan a simpatizar instintivamente el uno con el otro. El general, que acabaría recibiendo el título de duque, como sabemos, es una persona fría y taciturna. No aprueba el comportamiento de los individuos como el alférez. No le gusta que se promueva a los miembros de la tropa y se les incorpore a la oficialidad del ejército. «Siempre se dan a la bebida», acostumbraba a protestar con desdén. A su vez, Sharpe desprecia a los aristócratas como Wellington, que disfrutan de los privilegios del rango, el dinero y las relaciones desde la misma cuna.

Sharpe no puede comprar los galones y auparse así en el escalafón, como era normal en la época; y, de hecho, esa había sido la vía que Wellington había empleado para obtener sus primeros ascensos. Sin embargo, los dos hombres se hallan unidos por un vínculo indisoluble, dado que en una ocasión el casaca verde había salvado la vida del futuro vencedor de Waterloo. El general es consciente de que ha de mostrarse agradecido, y así lo deja traslucir (aunque a regañadientes). Por su parte, Sharpe admira al encumbrado militar, pese a que en buena lógica tendría que verle con muy malos ojos. El fusilero sabe distinguir a un buen soldado al primer vistazo. El nacimiento y las prerrogativas nada tienen que ver con una condición en la que la eficiencia lo es todo. Jamás llegaran a hacerse amigos, siempre mantendrán una relación distante, pero se necesitan mutuamente. Hasta creo que se agradan, la verdad, pero ninguno de los dos sabe ingeniárselas para salvar el abismo que le permitiría dar expresión a ese aprecio. Además, Sharpe no para de realizar acciones de tremenda espectacularidad, que el duque no aprueba en modo alguno. A Wellington le gustan los oficiales serios e inalterables, refractarios al escándalo e incluso a llamar siquiera la atención, invariablemente dispuestos a cumplir calladamente con su deber… Y hace muy bien en ponderar positivamente la valía de esos hombres de estricta virtud. Pero Sharpe es cualquier cosa menos discretamente solícito. Es el hombre diferente, el que siempre está de más en todas partes, aunque no por ello deje de revelarse extremadamente útil en el campo de batalla.

Yo estaba convencido de que Waterloo marcaría el fin de la serie de aventuras de Sharpe. Al llegar a esa batalla decisiva tenía ya once novelas en mi haber —lo que igualaba la cifra de la colección de obras que Forester había dedicado a Hornblower—, y había guiado a Sharpe desde Talavera hasta Waterloo. Además, tras la derrota definitiva del emperador, el mundo en el que le había tocado vivir recuperaba al fin la paz. Sharpe podía por tanto regresar tranquilo a Normandía y a los brazos de Lucille, y yo podría probar suerte con otros libros. Sharpe estaba acabado.

Pero entonces las cosas se complicaron. De hecho, habían

empezado a torcerse un par de años antes, al anunciarme una productora de televisión que deseaba rodar una serie sobre mi personaje. La idea, como es obvio, me encantó, aunque no creí ni por un momento que llegara a filmarse un solo episodio. Existía no obstante la posibilidad de que una compañía española del ramo decidiera invertir en el proyecto. Por consiguiente, lo que necesitaban los productores era un nuevo relato ambientado en los inicios de la carrera militar de Sharpe, y querían que se incluyera en él a un héroe español. Personalmente, yo seguía pensando que el plan terminaría por quedar en agua de borrajas, pero resultaba absurdo desaprovechar la oportunidad que se me ofrecía si la idea llegaba a fructificar, así que escribí *Los Rifles de Sharpe*, en el que Blas Vivar fue el español encargado de desempeñar el rol susceptible de hacer que las televisiones me extendieran el deseado cheque. El texto salió a las librerías y no volví a oír hablar de ninguna serie de televisión, de modo que deduje que los programas propuestos habían sido un simple espejismo, un fogonazo fallido. Si uso la expresión «fogonazo fallido» es porque eso era lo que se decía en el siglo XVII cuando el pedernal del mosquete conseguía prender la pólvora del cebo pero no la carga principal prensada en la recámara. Sin embargo, estaba en un error, ya que las películas sí que se rodaron. Se envió un equipo técnico a Ucrania, los actores acudieron a la cita, y de repente, con la misma rapidez con la que había arrancado todo, hubo que volver a empezar desde el principio. El intérprete que debía encamar a Sharpe tuvo un horrible percance en el transcurso de un partido de fútbol contra los extras ucranianos, y el médico dijo que no podría volver a caminar en seis meses, con lo que la empresa entera pareció irse al traste. No sé muy bien cómo, los productores consiguieron relanzar el asunto, pero, claro está, ahora necesitaban a otro actor para el papel de Sharpe, y había que dar con él en un tiempo récord. No tenían tiempo para audiciones ni pruebas, y el único actor disponible que encontraron fue Sean Bean, que de la manera más inesperada se vio a bordo de un avión rumbo a Simferopol (ciudad a la que todo el equipo de rodaje acabó dando el nombre de «Simply-Awful»). Aquello fue en realidad un golpe de

suerte, ya que no puedo imaginar que ningún otro intérprete pudiera meterse tan bien en la piel de Sharpe. De hecho, cuando escribo las novelas del casaca verde, la voz que oigo en mi cabeza en los diálogos es la de Sean. Se trata de uno de esos casos en los que actor y personaje vienen a maridarse a las mil maravillas.

No obstante, antes de todos estos acontecimientos, en la época en que había abandonado cualquier esperanza de ver materializada la serie de televisión sobre el alférez, yo ya había iniciado la colección de Starbuck, en la que relato las peripecias de un joven del norte de Estados Unidos que termina combatiendo para la Confederación durante la guerra de Secesión norteamericana. La redacción de esa nueva serie estaba resultando muy gratificante, pero en cuanto la filmación de los episodios de Sharpe se puso en marcha, quedó claro que tenía que volver a idear aventuras inéditas para el fusilero, y eso acabó obligándome a pedirle a Sharpe que partiera nada menos que a la India.

* * *

El gran subcontinente asiático siempre había formado parte del «pasado» de Sharpe. Ya en el primer libro de todos, el de *Sharpe y el águila del imperio*, se menciona la India. Esa región contribuía a explicar buena parte de las circunstancias de mi protagonista: cómo había aprendido a leer, por ejemplo, y desde luego lo más importante de todo: el lance en el que había terminado salvándole la vida a Wellington y obtenido como recompensa un ascenso. Esto significa que la India me había sido extremadamente útil para añadir detalle y color al héroe de mis novelas, pero no que tuviera la intención de narrar en profundidad las aventuras indias de Sharpe, ya que lo cierto es que nunca me lo había planteado. Sabía muy poco de la India, y las fuentes susceptibles de proporcionarme información sobre las campañas indias de sir Arthur Wellesley (como se conocía por entonces a Wellington) no solo eran

sumamente escuetas, sino que apenas se detenían a exponer los pormenores de las situaciones que describían (sobre todo en comparación con los ríos de tinta generados por las campañas que este mismo militar había librado en las campañas de la Independencia española y Waterloo). También estaba convencido de que no podría escribir nada convincente sobre ninguna batalla, fuera la que fuese, a menos que se me presentara la ocasión de visitar personalmente el escenario en el que se había desarrollado. Esto complicaba las cosas, dado que nunca había estado en la India, y era reacio a viajar hasta allá porque imaginaba que los campos de batalla habrían cambiado enormemente, hasta el punto de resultar ya totalmente irreconocibles. Sin embargo, los teatros de las guerras que libraron los británicos en la India revelaron ser los menos alterados de cuantos había visitado hasta entonces. En 1799, cuando los ingleses la sometieron a asedio, la ciudad de Seringapatam, en cuyas inmediaciones se verifica la acción de *Sharpe y el tigre de Bengala*, era una ciudad de talla nada desdeñable. Yo sospechaba que me iba a ver obligado a husmear por los más recónditos callejones de la población para poder encontrar siquiera un mínimo vestigio de la urbe en la que se había desenvuelto Sharpe, pero descubrí que las dimensiones de Seringapatam se habían reducido considerablemente y que había quedado convertida en una simple aldea, con lo que sus impresionantes murallones defensivos ciñen actualmente un vasto espacio vacío. Es sin duda un emplazamiento fantástico.

Una de las alegrías que proporciona la elaboración de novelas históricas radica en el hecho de que ofrezcan al escritor la posibilidad de «explicar» algunos de los pequeños y más recónditos entresijos oscuros de la Historia con mayúscula. Uno de esos misterios es el que envuelve las causas de la terrible explosión que se registró en el polvorín de la plaza fuerte portuguesa de Almeida (deflagración que es también uno de los acontecimientos centrales de *Sharpe y el oro de los españoles*). Otra de las incógnitas «reveladas» es la de la muerte del sultán Tipu en Seringapatam. Sabemos que cayó abatido por una bala en Watergate, un túnel provisto de una

compuerta para regular el agua, gracias al cual se podía pasar al otro lado de los parapetos. Sin embargo, nunca se llegó a conocer la identidad del soldado británico que lo mató. Habría recibido una importante recompensa por su acción, pero prefirió no desvelar su identidad, probablemente porque el sultán falleció cubierto de joyas y piedras preciosas. Ese día, el desconocido combatiente inglés se hizo inmensamente rico, y no hay duda de que temía que se le confiscara el botín que había atesorado ilegítimamente. Por eso hice que Sharpe ocupara su lugar.

Al principio de *Sharpe y el tigre de Bengala*, nuestro fusilero es un simple soldado raso, pero acaba ascendiendo a sargento. Y como también aprenderá a leer en las mazmorras de la fortaleza de Tipu, esto implica que ya se encuentra al fin provisto de dos de los requisitos necesarios para acceder al grado de oficial. Ese avance en su carrera se producirá en la segunda aventura india del casaca verde, titulada *El triunfo de Sharpe*, en la que asistimos al extraordinario choque de la batalla de Assaye… Y en lo más enconado de esa terrible refriega aparece otro de esos pequeños misterios. Sabemos que, al recorrer al galope el escenario de la contienda, en un constante ir y venir entre los dos extremos del ejército, sir Arthur Wellesley acabó viéndose atrapado frente a las líneas de la artillería pesada enemiga. El caballo que montaba en esa ocasión —llamado Diomed— había sido herido por una pica en el pecho y las huestes contrarias del imperio maratha rodearon al general, que había resbalado de la silla. Logró sobrevivir al trance, pero siempre se mostró reacio a explicar con exactitud lo sucedido. Teniendo en cuenta que la carrera de Wellington sobresale por el hecho de que su frecuente proximidad a los peligros mortales apenas le provocara lesiones —salvo unas cuantas de la más leve consideración—, ese aprieto fue sin duda el momento en el que más cerca estuvo de perder la vida en combate. Pero ¿qué fue entonces lo que sucedió? Desde luego, él no lo iba a revelar, y yo necesitaba un acontecimiento capaz de catapultar a Sharpe al rango de oficial. Tenía que tratarse de un hecho de armas marcado por una excepcional exhibición de audacia y valentía, y la milagrosa

circunstancia de que Wellesley hubiera salido indemne me ofrecía una oportunidad perfecta para conseguir el efecto deseado. Es el momento crucial de la vida militar de Sharpe, ya que se trata de un gesto que no solo le da a conocer a Wellesley, sino que le convierte en oficial y da inicio a su reputación de hombre intrépido.

Como es lógico, el fusilero, ascendido ya al rango de alférez, tenía que regresar a la India, así que se me ocurrió —y debo admitir que no sin cierta picardía— que el viaje de vuelta tendría que conducirle inevitablemente a regiones no demasiado alejadas del cabo gaditano de Trafalgar. Dado que Sharpe había librado sus últimos combates en el subcontinente en 1804 y que la batalla de Trafalgar tuvo lugar en 1805, la idea de hacerle participar en el encontronazo, junto a las huestes de Nelson, parecía una jugada irresistible. Sabía que Hornblower no había intervenido en esa célebre derrota de la armada franco-española…, pero ¿por qué no habría de hacerlo Sharpe…? Y así fue como mi personaje se transformó en uno de los pocos hombres (he descubierto que hubo al menos otros dos —aunque estos arriesgaran la vida en el mundo real—) en pelear tanto en Trafalgar como en Waterloo.

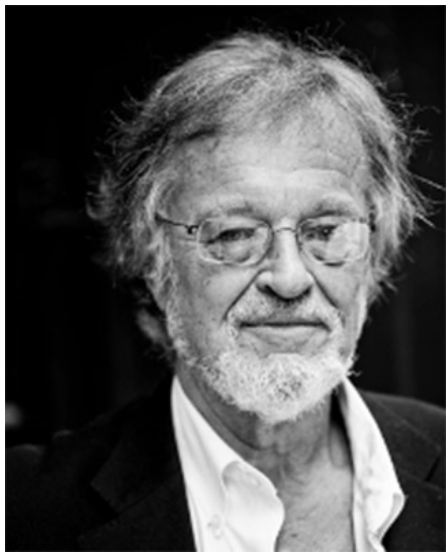
Muchas veces me preguntan cuántas más novelas de Sharpe tengo intención de escribir, y yo siempre he respondido que aún quedan cinco. Lo dije cuando solo había entregado a la imprenta cinco libros, volví a hacerlo cuando salió el sexto, y desde entonces he seguido manteniéndome en esa cifra. Lo hago porque me resulta considerablemente más fácil que tratar de determinar lo que va a suceder de verdad, puesto que lo cierto es que no tengo ni idea. Lo único que sé es que vendrán nuevos relatos, y que algunos de ellos, como el llamado a convertirse en el número veintiuno de la saga, me deparará más de una sorpresa. Un buen día nos invitaron a Judy y a mí a una boda en Jerez de la Frontera, a poco más de treinta kilómetros de Cádiz, en el sur de España, aunque muy lejos de cualquiera de los escenarios en los que luchó Wellington. Sin embargo, en las inmediaciones de la capital gaditana se encuentra Barrosa, que hoy es una pequeña población turística. Sin embargo, fue justamente en esa localidad donde las tropas británicas, al

mando de sir Thomas Graham, capturaron la primera de las muchas águilas del imperio que habrían de arrebatar al enemigo francés. Pensé que sería interesante visitar el lugar de la contienda, pese a que no tuviera nada que ver con Sharpe ni con Wellington. Así las cosas, y todavía bajo los efectos de una impresionante resaca (las bodas españolas son verdaderamente espectaculares), mi esposa y yo condujimos hasta Barrosa. En nuestros días no queda ya prácticamente nada de lo que en su momento fue el campo de batalla, pero sabíamos que la pelea se libró en lo alto de una colina y que allí fue donde el improvisado batallón del comandante Browne salió al encuentro de una muerte cierta. Al pasear la vista por las grúas de los edificios en construcción que se alzaban al pie del cerro en el que los fusileros reales irlandeses del comandante Gough se apoderaron de la enseña militar del 8.° regimiento francés, pensé que Sharpe debía participar como fuera en aquella gesta. No tenía ni idea de cómo arreglármelas para hacer que se presentara en Cádiz, pero la perspectiva de dar cuenta de los sucesos de Barrosa resultaba irresistible… Y así nació *La furia de Sharpe*.

Habrá sin duda nuevos libros de Sharpe (¿valdría decir otros cinco más, tal vez?). No sé qué peripecias narrarán, pero sí que serán un homenaje al heroísmo del soldado británico. En los últimos tiempos ha ido cuajando la noción (aún no hace mucho que se la oía repetir machaconamente a un catedrático en la cadena de Radio 4 de la BBC) de que el ejército de Wellington estaba formado por un hatajo de ratas de cloaca capitaneadas por un puñado de aristócratas habituados a imponerles la disciplina militar de la manera más brutal. No son más que un montón de sandeces facilonas. No se ganan guerras con un instrumento así de averiado. En realidad, había muy pocos miembros de la nobleza inglesa, ya que la mayor parte de los oficiales pertenecían a lo que hoy entendemos por clase media. Además, al terminar la guerra, muchos soldados rasos habían logrado sumarse por derecho propio a la cadena de mando, como le ocurre al propio Sharpe. La moral del ejército era alta, y así lo confirman, uno tras otro, todos los escritos de memorias que han llegado hasta nosotros, que insisten en señalar unánimemente el

respeto que se profesaban mutuamente los oficiales y la tropa. Bromeaban, sobrevivían y soportaban juntos un castigo terrible, pero siempre supieron pelear como demonios y ganar batallas y más batallas. Sharpe es uno de esos hombres. Siempre lo he visto como un granuja, pero puede que no sea tan mala cosa… Hace tiempo tuve la suerte de hablar con un suboficial mayor del ejército que había empezado a dirigir, tras su jubilación, un programa para adolescentes drogadictos. Este militar me dijo algo importante: «En el frente, el soldado combate para defender a quienes no pueden batirse por sus propios medios». Creo que es el resumen más brillante y exacto que jamás haya tenido oportunidad de escuchar respecto a la misión propia del hombre de armas, y a ese espíritu he recurrido en más de una ocasión en los libros de la serie sobre nuestro fusilero. Sharpe lucha por quienes no pueden hacerlo solos, y lo hace valiéndose del juego sucio. Y esa circunstancia, que es sin duda la que explica que se revele tan eficaz, es asimismo la razón de que yo le aprecie tanto. Por eso no tengo duda de que Sharpe y Harper volverán a marchar juntos algún día.

Bernard Cornwell



BERNARD CORNWELL: Nació en Londres en 1944 y vivió su infancia en el sur de Essex. Después de graduarse en la Universidad de Londres, trabajó para la cadena de televisión de la BBC durante siete años, principalmente como realizador del programa Nationwide. Posteriormente se hizo cargo del departamento de actualidad de la BBC en Irlanda del Norte, y en 1978 pasó a dirigir el programa Thames at Six, para la Thames Television. Actualmente reside en Estados Unidos. Su serie dedicada a Richard Sharpe, que en España viene publicando Edhasa, le ha convertido en uno de los escritores más leídos y de mayor éxito en el género de la novela histórica de aventuras, condición que volvió a poner de manifiesto con la trilogía formada por *Arqueros del Rey* (2001), *La batalla del Grial* (2002) y *El sitio de Calais* (2004) o la tetralogía sobre Starbuck, situada en la guerra civil americana, de la que las primeras entregas han sido *Rebelde* (2011), *Copperhead* (2012) y *Bandera de batalla* (2020). También son buena muestra de su talento las novelas *Stonehenge* (2000), *El ladrón de la horca* (2003) o *Azincourt* (2010), *El fuerte* (2011) así como las Crónicas del Señor de la Guerra: *El rey del invierno* (2008), *El enemigo de Dios* (2009) y *Excalibur* (2010). El ciclo sobre la confluencia de sajones, vikingos y normandos, se inició con *Northumbria, El último reino* (2006), *Svein, el del caballo blanco* (2007), *Los señores del Norte* (2008), *La canción de la espada* (2009), *La tierra en llamas* (2010), *Muerte de Reyes*

(2013), *Uhtred, el pagado* (2014), *El trono vacante* (2015), *Los guerreros de la tormenta* (2016), *El portador de la llama* (2018) todas ellas publicadas en Narrativas históricas y prácticamente todas también publicadas en la colección económica de bolsillo Pocket-edhasa. Esta serie sobre la aventuras de Uhtred de Bebbamburg, lo ha encumbrado a lo mas alto de la novela histórica y ha sido llevada a la televisión por la BBC (Netflix).

Notas

[1] Una de las cuatro posiciones de supinación que puede adoptar la mano del tirador de esgrima. *(N. del T.)* <<

[2] Un selecto club mixto con varios locales en el Londres de los siglos XIX y XX. *(N. del T.)* <<

[3] Teniendo en cuenta que «French Horn» ya apunta maneras, dado que significa algo así como «el francés cachondo», no es de extrañar que la tropa dé una vuelta de tuerca a los sobreentendidos jergales y convierta el mesón en «la Polla del Gabacho». *(N. del T.)* <<

[4] *Ella se humilla para ganar, o los malentendidos de una noche*, comedia de Oliver Goldsmith, estrenada en Londres en 1773. *(N. del T.)* <<

[5] Impuesto establecido por los reyes medievales con cuyos importes se pagaba a los daneses para que los vikingos no realizaran saqueos en las costas inglesas. *(N. del T.)* <<

[6] Uno de los rangos más altos de la Marina Real Británica. A efectos prácticos podríamos equipararlo al contraalmirante, inmediatamente subordinado al almirante y al vicealmirante. *(N. del T.)* <<

[7] Algo más de treinta centímetros. *(N. del T.)* <<

[8] Juan, 3, 16. *(N. del T.)* <<

[9] Se trata de Carolina Matilde de Gran Bretaña, nacida en Londres en 1751. Fue la última hija de Federico Luis de Hannover, príncipe de Gales, y de la princesa Augusta de Sajonia-Gotha. *(N. del T.)* <<

[10] El mote indica con guasa lo contrario, ya que «lofty» significa «altísimo». *(N. del T.)* <<

[11] Se trata de un hábito histórico real del antiguo régimen, consistente en tirarse literalmente del cabello de la frente mientras se inclina la cabeza. Al ser un signo de pleitesía que se hacía ante un superior, adquiere tintes de chanza amistosa al utilizarse de manera figurada, que es lo que ocurre en este caso, pero en sentido propio es una marca de profundo respeto. *(N. del T.)* <<

[12] «Jesús se echará a llorar…», expresión relativamente común en la lengua inglesa con la que se lamenta una mala acción necesaria. Es cita literal del Evangelio según san Juan, 11, 35. *(N. del T.)* <<

[13] El fusilero Daniel Hagman es el hombre de mayor edad de la compañía en la que sirve Richard Sharpe y, en todas las novelas de la serie, también su mejor tirador. *(N. del T.)* <<

[14] Hay que tener en cuenta que la hoja mide 890 milímetros de longitud, con lo que existe el riesgo de que, guardada en su vaina, ande cerca de tocar el suelo o se balancee demasiado y golpee los objetos. *(N. del T.)* <<

[15] La creatividad punitiva ideó en su momento varios métodos de ahorcamiento. En el descrito, llamado de «caída corta» y habitual hasta el año 1850, la cuerda tenía menos de un metro. Al quedar suspendido, el peso del cuerpo provocaba el estrangulamiento, y la muerte sobrevenía tras una agonía que no solo podía llegar a durar veinte minutos, sino que daba lugar a muchas excepciones, como bien indica Comwell. Más tarde se «humanizará» el sistema con la «caída larga», que producía el fallecimiento de forma casi inmediata, y se establecerán tablas para fijar la longitud de la soga en función de la corpulencia del reo. *(N. del T.)* <<